

HISTORIA GENERAL

DE MÉJICO.

---





*Nicotò de Lamaccoia*





# HISTORIA DE MÉJICO,

DESDE SUS TIEMPOS MAS REMOTOS  
HASTA NUESTROS DIAS.

ESCRITA EN VISTA DE TODO LO QUE DE IRREFUGABLE MAN DADO A LAZ LOS  
MAS CHARACTERIZADOS HISTORIADORES.  
Y EN VIRTUD DE DOCUMENTOS AUTÉNTICOS, NO PUBLICADOS  
TODAVIA, TOMADOS DEL  
ARCHIVO NACIONAL DE MÉJICO, DE LAS BIBLIOTECAS PUBLICAS, Y DE LOS PRECIOSOS  
MANUSCRITOS QUE, HASTA HACE POCO, EXISTIAN EN LAS  
DE LOS CONVENTOS DE AQUEL PAÍS.

POR

DON NICETO DE ZAMACOIS.

La obra va ilustrada con profusion de lienzos que representan los personajes principales  
antiguos y modernos, copiados fielmente de los retratos que se hallan en los  
edificios del gobierno; batallas, costumbres, monumentos, paisajes,  
vistas de ciudades, etc., etc.;

POR REPUTADOS ARTISTAS.

---

TOMO I.

---

J. F. PARRÉS Y COMP.<sup>ª</sup>, EDITORES.

BARCELONA:  
CALLE DEPUTACION, 316.

MÉJICO:  
CALLE DE CHIQUIS, 11.

1877.



## INTRODUCCION.

---

La historia es la llave de oro que franquea á las generaciones presentes, las puertas luminosas del elocuente panteon donde duermen, entre el polvo de los siglos, las generaciones que nos precedieron. Ella nos da paso á ese filosófico templo de la investigacion de lo pasado, donde yacen los hombres de las sociedades que fueron, y, evocando sus nombres, les obliga á levantarse de sus tumbas arrojando el sudario que envuelve sus formas, presentándoles á nuestra vista con los crímenes y virtudes con que vivieron, con los recuerdos de su grandeza y de su debilidad, con los grandes pensamientos de su gigante genio, ó con las ruines ideas de su mezquino pensamiento.

Cada página de esa historia nos deja percibir, con lineamientos de matemática exactitud, las huellas que los diversos actores que han figurado en el vasto escenario del mundo dejaron impresas en su peregrinacion sobre la tierra;

huellas que el helado soplo de los tiempos las hubiera borrado para siempre sin dejarnos percibir la ruta que siguieron, si no se hubiesen ocupado de sorprenderlas y de trazarlas, los hombres laboriosos, dedicados á la investigacion de los hechos, con el noble objeto de que sirvan de provechosa enseñaanza á la humanidad, para que, con el estudio de lo pasado, corrigiesen el presente y preparasen el futuro.

Por esas importantes páginas en que han consignado los acontecimientos de las edades fenecidas, prolonga el hombre estudioso la esfera de sus conocimientos; y como si su vida hubiera empezado en el primer dia del principio de los siglos, adquiere el conocimiento de todos los grandes personajes que han florecido en los diversos países del globo, aun de una manera mas exacta y precisa, que si á ellos le hubiesen unido los lazos mas estrechos de una íntima y cordial amistad.

El estudio de la historia es el estudio de la humanidad entera; y las consecuencias de ese estudio pueden ser altamente fecundas en provechosos resultados para todos los países de la tierra.

Con la inextinguible antorcha de la historia, cuya radiante luz alumbra hasta los mas recónditos y apartados ámbitos del globo, el hombre descubre de una manera inequívoca, clara, tangible, á los hombres que duermen el sueño de los siglos, se aproxima á ellos, les anatomiza, lee sus pensamientos y la intencion que les guió en el mundo á obrar de la manera que lo hicieron, inquiere, analiza, estudia los elementos que les rodearon en sus resoluciones; se coloca en la época en que los hechos se operaron, estu-



dia sus costumbres, sus preocupaciones, sus exigencias, sorprende sus secretos, descubre las causas que impulsaron sus actos, las circunstancias que caracterizaron sus empresas, que crearon sus gustos, que formaron sus inclinaciones, los motivos que influyeron en sus actos religiosos, políticos y sociales; estudia detenidamente los rasgos de la fisonomía de cada sociedad pasada hasta en sus mas ligeros detalles; y como la historia es siempre lógica, y no hay en ella efecto sin causa, comprende la filosófica relacion que enlaza á unos siglos con otros formando una cadena progresiva, cuyos diversos eslabones constituyen el armónico conjunto de los adelantos sociales.

Entonces ve intimamente enlazadas unas épocas con otras, prestándose sucesivamente sus luces y sus progresivos adelantos; luces y adelantos que continuarán eslabonándose á cada siglo que nos suceda, hasta que vaya á terminar en el último dia del último de los siglos. Entonces ve la razon de ser de cada objeto, de cada empresa, de cada disposicion, y comprende las causas que motivaron la creacion de unos imperios sobre la ruina de otros; la aparicion de una república donde poco antes brillara suntuosa una monarquía, y la ereccion de una monarquía encima de las rotas urnas electorales de una república democrática popular.

Con la segura brújula que los cronistas y filósofos historiadores han puesto en manos de los amantes del saber, á fin de proporcionar lecciones de útil experiencia á los que están llamados á regir los destinos de las naciones en el proceloso mar de la política, se comprenden las evoluciones operadas en la religion y en las costumbres de cada

pueblo, cuyas causas se ocultaban antes al entendimiento; se alcanzan los motivos que impulsaron al genio á levantar las maravillosas pirámides del Egipto y de la Núbia, el suntuoso panteon que ilustra la época del valiente Agripa, levantado entonces á Júpiter Vindicator, y hoy consagrado á Nuestra Señora de la Rotonda; la colosal estatua de Apolo gravitando sobre dos separadas rocas, ostentándose á la entrada del magnífico puerto de Rodas, como la séptima de las maravillas del mundo; la magnífica Basílica de San Pedro que se levanta admirable como sorprendente concepcion del genio del catolicismo, y los monumentos que, diseminados por el mundo, constituyen las brillantes páginas de la pasada grandeza romana.

Pero si el conocimiento de la historia universal es de alta importancia para el hombre amante del saber, la particular de cada país, que da á conocer menudamente la manera con que se han ido formando y los elementos que han concurrido para su formacion, desarrollo y engrandecimiento, es indispensable, es el complemento de la luz, alumbrando los mas ligeros secretos de la ciencia política de los pueblos.

Todas las naciones tienen su historia particular, y todas presentan al mundo con laudable ufanía, sus grandes hombres, y los hechos mas señalados de su existencia.

Grecia, Italia, Egipto, Francia, España y Africa, se honran con la memoria de eminentes hombres en armas, ciencias y letras, y con los monumentos levantados por sus preclaros hijos, como páginas impercederas en que lee el mundo la historia de su grandeza. Los nombres de César, de Alejandro, de Anibal, de Wamba, de Pelayo, de

Séneca, de Ciceron, de Arquímedes, de Tolomeo, de Brenno, de Miguel Angel, de Carlo Magno, de Cortés, de Colón, de Vasco de Gama, de Magallanes, de Sebastian Cano, de Velazquez, de Ercilla y de otras mil lumbreras, presenta la historia como elevadas figuras que honran la humanidad, los pronuncian con admiracion y respeto todos los países del Antiguo Mundo, y sus nombres atraviesan los mares, repetidos por el ruido de las olas del ancho Océano, y cruzan por la vasta extension del Nuevo-Mundo, pronunciados por el eco de las montañas, de los valles y de los torrentes.

¡Bandita sea la historia que así perpetúa la memoria de las glorias de la humanidad!

Pero no es solo privilegio exclusivo de los pueblos que dejo consignados, la de haber dado al mundo seres de inteligencia sublime. Tambien en la pintoresca region de la exuberante América, han brillado genios que pueden, con justicia, asociarse á las lumbreras del saber de los diversos pueblos del globo. Al lado de las ruinas de Palmira y de las pirámides de Egipto, que el Antiguo Continente ostenta como dignos monumentos de eterno renombre, Méjico abre las páginas del libro de sus adelantos; y en el prólogo de sus primeros tiempos, nos presenta, en la grandeza de las suntuosas ruinas del Palenque y de Papantla, en las pirámides notables de Cholula y de Teotihuacan que han sobrevivido á la desaparicion de los pueblos que las crearan, así como en los preciosos manuscritos de los aztecas, los elocuentes rasgos de una civilizacion maravillosa. Junto á las ciudades del Antiguo Mundo, ilustres en letras, se puede colocar á la primitiva ciudad de Tex-

coco, la Atenas del poderoso imperio azteca, y á su literato rey Nezahualcoyotl, el sentido poeta de los amores y dulcísimas cantigas, donde campean la sublime sencillez y los sentimientos de la mas delicada sensibilidad del alma. Si en el mundo antiguo han pasado hechos que la historia ha legado á la posteridad como dignos de imperecedera memoria, en el antiguo imperio azteca se registran acontecimientos de no menos importancia.

La historia, al enaltecer los nombres de Colon, Cortés, Alvarado, Velazquez de Leon, Sandoval, Bernal Diaz, Holguin y del padre Olmedo, se ve precisada á describir, con brillante colorido, los nombres de Moctezuma, de Xicolencatl, de Guatimotzin y de la Malintzin ó Marina.

Cuatro grandes fases presenta la historia de Méjico á la contemplacion del mundo entero, para el estudio de su existencia, desde el principio de sus primeros tiempos hasta la época que cruza la sociedad moderna. Una regida desde su ser primero politico por sus señores naturales, hasta el último de sus emperadores aztecas; otra referente á los maravillosos hechos de la conquista; la tercera á las tres centurias de la dominacion española, y la cuarta al interesante período que presencié los primeros sucesos que prepararon el grito de independenciam en 1810 por el cura de Dolores D. Miguel Hidalgo y Costilla, y á su existencia como nacion independiente desde 1821.

Las dos primeras fases se encuentran detalladamente retratadas en las apreciables obras del ilustre mejicano Clavijero, Gomara, Benavente, Sahagun, Zurita, Acosta, Bernal Diaz, Sois, ~~Lasas~~, Torquemada, Prescott, Betancurt, Herrera, ~~Romon~~ y otros cien ilustres escrito-

res. La tercera, aunque con grandes claros por llenar, pero con preciosos datos trazada, en «Los Tres Siglos de Méjico,» por el padre Andrés Cabo, y en las preciosas «Disertaciones,» del ilustre literato D. Lucas Alaman. La cuarta fase, menos perceptible á la vista de la verdadera filosofía, por hallarse colocada entre las diversas tintas de actualidad que reflejan sobre la figura de un cuerpo social en los momentos de sus agitadas convulsiones políticas, ha sido trazada, en puntos, por desgracia de alto interés, con lineamientos y colorido disímbolos, y no pocas veces diametralmente opuestos, segun el punto de preocupacion política en que se han colocado, para apreciar los hechos, los diversos escritores que se han ocupado en darlos á conocer.

Respecto de las tres primeras fases, aunque mi intento no es presentarlas menuda y detalladamente, porque esto seria dar demasiadas dimensiones á una obra cuyo principal objeto se dirige á patentizar los hechos todos correspondientes á la historia moderna, que da principio en los primeros años del presente siglo, no por esto carecerán de ninguno de aquellos rasgos notables que mas las caractericen. No dibujaré línea por línea la fisonomía de cada uno de los tres períodos anteriores á la independenciam; pero sí trazaré exactamente sus contornos, á fin de que, al primer golpe de vista, se deje adivinar los marcados caracteres del original, por la severa exactitud del retrato en su conjunto. Así, economizando al lector aquellos pormenores que no sean de imprescindible y vital interés para el conocimiento de los acontecimientos que vienen á constituir realmente la vida política de Méjico antes del descubrimiento de la

América y cuando, agregada á la Península, formaba el mas rico floron de la corona de España, se le colocará en la situacion de que pueda apreciar debidamente de la civilizacion, usos, costumbres, leyes y religion de la nacion azteca, y de las leyes, órden, gobierno, usos, costumbres y religion que, llevadas por los españoles, sustituyeron, consumada la conquista, á la vida política, civil y religiosa de aquellos, hasta entonces, desconocidos pueblos.

Pero no solamente he procurado, despues de consultar las obras de todos los autores que dejo mencionados y de otros muchos que he dejado de consignar, que nada esencial faltase relativo á esas tres épocas, sino que he recogido del «Archivo Nacional» de Méjico, así como de los manuscritos que hasta hace poco enriquecian las bibliotecas de los conventos de aquel país, preciosos documentos de inestimable precio, que presentan hechos hasta ahora no referidos en ninguna de las obras que han visto la luz pública.

Provisto así de un caudal de datos y de noticias de un interés positivo, he logrado, valiéndome de la fulgente luz que brotaban sus renglones, patentizar las exageraciones y errores en que el venerable padre las Casas, inflamado de un noble celo, incurrió en sus escritos; las inexactitudes y contradicciones palpitantes que forman un desagradable lunar en la obra verdaderamente estimable del instruido doctor Robertson; las falsedades y falta de justicia que forman las páginas escritas por el académico francés Raynal respecto de la América, y la manera diametralmente opuesta á la verdad con que el escritor Paw ha llegado á juzgar de las cosas de Méjico.

Por lo que hace al delicado período en que abrazo menudamente la interesante era desde el grito de emancipacion de la metrópoli hasta el año de 1876 que cruzamos, el trabajo ha sido aun mas penoso y difícil, muy especialmente en aquella parte en que los hechos solo han sido consignados por los periódicos, y en que los escritores, agitados por las pasiones políticas, no han podido prescindir del natural interés de partido.

La adhesion á los hombres y á las ideas bajo cuya influencia han escrito sus artículos de fondo, sus gacetillas y sus noticias, ha dado por resultado la exagerada parcialidad, y en consecuencia, el elogio ó la disculpa á los errores de sus correligionarios, y la censura y la diatriba aun para los actos mas dignos de sus adversarios.

De aquí el escurecimiento de la verdad para el extraño que, sin conocer los hechos, tratase de adquirir la luz por las apreciaciones contradictorias de los periodistas de encontrada comunion política.

Esto por lo que concierne á los periodistas que combaten en el terreno de la prensa por el triunfo de sus ideas. En cuanto á los escritores extranjeros que se han ocupado de los asuntos de Méjico, así como de su sociedad y de sus costumbres desde que se emancipó de España, el retrato presentado por ellos no podia ser mas inexacto, mas injusto ni mas pronunciadamente desfavorable al hermoso país que han tratado de dar á conocer.

Guiados por exagerados informes y por una prevencion de malquerencia injustificable, han hecho la historia al capricho de las ideas, en vez de referirla con arreglo á la realidad de los hechos y de la filosofia.

El pintor que se propusiese presentar en el lienzo la imagen de un grande personaje, á quien no conociese, trazando los contornos y añadiendo el colorido por los informes que le diesen diversas y apasionadas personas, lograria hacer una figura; pero no un retrato.

El escritor que trate de dar á luz en una obra los hombres políticos y los acontecimientos de una nacion sin conocer los hechos mas que por lo que le indiquen individuos interesados, hará, es verdad, un libro; pero no una historia.

La de Méjico, por la grande importancia que con justicia llegó á conquistar en todos los países del antiguo mundo al descubrimiento de aquel vasto territorio, así como por las fabulosas cantidades de oro y plata que de sus inagotables y ricas minas han salido incesantemente, derramándose por la Europa como rios fecundantes del comercio y de la industria, merecia haber sido tocada con imparcialidad y filosofía. Para todos los hombres de todos los países es de sumo interés conocer exactamente los hechos que se han operado en el favorecido suelo del antiguo Anáhuac, actualmente constituido en república mejicana; pero muy especialmente para los hijos de la nacion que nos ocupa, y para los que han visto la luz primera del sol en la, en un tiempo, emprendora España. Para los primeros, porque nada existe de mas alto interés que el estudio que puede conducirles al conocimiento de su origen, de los elementos de que se compone su sociedad, de las causas que concurrieron á la alianza de los diversos magnates indigenas á las huestes de Hernan Cortés para derrocar el poderoso imperio de los soberanos aztecas; de dónde dimanen los usos,



costumbres, leyes y religion que actualmente ostentan, y los medios á que se han recurrido para encontrarse constituidos en nacion independiente. Para los segundos, porque ella les dará palpablemente á conocer el apartado suelo á donde, con heróico ardimiento, llevaron su sangre, su sávia, sus costumbres, su administracion política, su idioma, sus creencias religiosas, su industria y su civilizacion, y donde levantaron, con solicitud sin ejemplo, magníficas ciudades, sorprendentes acueductos, grandiosos colegios, templos y hospitales de sólida y admirable arquitectura que constituyen las páginas imperecederas que, con elocuencia irresistible, patentizan el amor con que los monarcas españoles gobernaron, como ninguna otra nacion del mundo, sus lejanas colonias.

El español que desconozca la historia de Méjico, no puede lisonjearse de conocer, por completo, la historia de su propia patria. En la historia de España se encuentra un gran vacío por llenar; y este vacío es el que corresponde á los acontecimientos de Méjico durante los trescientos años que rigieron los monarcas españoles aquel país como colonia; así como los de su lucha hasta emanciparse de la metrópoli, y ser reconocido por esta, como nacion independiente.

Si como al principio dije, la historia antigua es la llave que abre las puertas del panteon de los acontecimientos pasados, la historia de la época que cruzamos debe ser el claro y diáfano espejo que refleje, de cuerpo entero, la figura de los personajes que han desempeñado y desempeñan un papel principal en la escena de los acontecimientos del mundo. Espejo imparcial como la verdad y severo como

la conciencia, que presente á los individuos con sus exactas actitudes, con su aire peculiar, con su verdadera fisonomía, señalando sus mas ligeros lunares; dejando admirar sus recomendables perfecciones. La historia contemporánea debe ser la fotografía que sorprenda á los actores del drama político del mundo, en toda la eslabonada cadena de sus actos, en todas las escenas de la vida, fotografiándoles escrupulosa y detalladamente.

Así comprendo yo la historia, y así he procurado presentarla en las líneas que he trazado para dar á conocer la interesante de Méjico en la última de sus cuatro fases.

Si alguno de los actores que figuran en la galeria de retratos presentados en las páginas de mi obra, no encuentra en sus lineamientos, contornos y colorido, engalanada su efígie con las resplandecientes cualidades con que él desearia aparecer á la contemplacion de la humanidad entera hasta el último dia de los siglos, no culpe al espejo ni á la fotografía, inocentes y leales instrumentos de la justicia, de la rectitud con que han fijado sus particulares formas; cúlpese únicamente á sí mismo por haberse exhibido en el teatro de los acontecimientos humanos, con caracteres antipáticos y repugnantes.

No es pintor quien falsea la naturaleza en sus cuadros. No es historiador quien falsea los hechos en las páginas de su libro.

Esta cuarta fase, no menos importante que las tres primeras, como que ella detalla, por decirlo así, la fisonomía de aquel bello país desde que se constituyó en nacion independiente, puede considerarse dividida en dos períodos. El primero es el que abraza las evoluciones políticas desde

1810 hasta 1832, presentado por plumas caracterizadas de aventajados escritores mejicanos, y el segundo aquel que, sin formar cuerpo de obra, se encuentra consignado en los multiplicados periódicos que han visto y ven la luz pública en aquella República, y en una que otra relación histórica escrita, expofeso, para enaltecer determinadas administraciones y arrojar censuras sobre otras.

Entre las apreciables obras de esos escritores, en que figuran los nombres de Zavala, Mora, Bustamante, Arrangoiz y D. Lucas Alaman, la mas notable, la que encierra mas suma de documentos y de noticias de hechos de una enseñanza altamente provechosa al hombre reflexivo, es la escrita por el último. «La Historia de Méjico» de este laborioso escritor, da principio en el año de 1808, época en que se acumularon las causas que hicieron llevar á cabo el pensamiento de independendencia que germinaba en los corazones de distinguidos patriotas, y termina, por decirlo así, en la caída del presidente D. Anastasio Bustamante en 1832; pues aunque toca las demás administraciones gubernativas hasta 1847, lo hace á grandes, aunque magistrales rasgos, porque no entraba en su plan detallar menudamente los hechos y los cambios políticos mas recientes que se han operado en el país.

A la fuente de los preciosos documentos y de los incontestables datos que D. Lucas Alaman legó á los amantes de la verdad histórica, he recurrido solícito para formar la mia, en lo relativo al período por él abrazado. Sin embargo, deber mio es decir que, aunque de acuerdo con los hechos que presenta, no lo estoy con respecto á varias de sus apreciaciones, muy especialmente en aquellas que se rela-

cionan con la conducta de los principales caudillos que, en 1810, se presentaron á disputar, con las armas en la mano, la emancipacion y autonomia del país que les habia visto nacer.

En la parto moral y política, los retratos que yo presento del anciano cura de Dolores y de otros personajes que en la empresa le siguieron, difieren notablemente de los presentados en la obra del sabio historiador que ha sido el primero en delinearlos. Este disentiimiento emana de que nos hemos colocado á distinta luz para trazarlos.

Una misma figura, en cierta posicion colocada, puede salir á la vez, si dos dibujantes la copian tomándola de distinto punto, ya llena de oscuras sombras, ya mas limpia y clara, segun los efectos de la luz que la bañan. D. Lucas Alaman tomó la de D. Miguel Hidalgo, cuando aun estaba envuelta en el humo denso de los combates que conmovieron en sus cimientos aquella deliciosa region despues de trescientos años de inalterable paz. Yo, cuando ha cesado el fragor de la sangrienta lucha; cuando desvanecido el humo de las batallas, y destruido por el tiempo el velo de las pasiones políticas, he podido verla á la limpia luz de la mas severa imparcialidad; estudiarla en las difíciles circunstancias que le rodeaban; en la carencia de recursos que le afligian; en los momentos criticos en que se hallaba.

No vaya á pensarse, por lo que llevo dicho, que el retrato que presento estará exento de sombras y de lunares. No hay un solo hombre de los que han jugado algun papel importante en la política de las naciones, que no tenga, en su vida pública, lunares y sombras. Hidalgo los tenia; y esos lunares y esas sombras los presentaré como escritor

de conciencia ; pero sin que velen á los ojos del público el gran pensamiento que le animaba, la idea patriótica que inflamaba su corazon, el noble afan de independendencia que le alentaba, y el laudable deseo de ver á su patria libre, rica y poderosa.

Para poder apreciar debidamente los hechos del cura Hidalgo y de los patriotas que se asociaron á la temeraria empresa que acometió el 16 de Setiembre, me entregué á la lectura de todo lo que se ha publicado referente á ese acontecimiento ; copié documentos importantes ; adquirí datos preciosos ; cotejé lo que han referido diversos y antagonistas escritores de mas nota, sobre puntos idénticos ; comparé sus encontradas apreciaciones, para poder formar la mia ; analicé de nuevo la obra de D. Lucas Aleman ; examiné los datos en que se apoyaban los impugnadores de ella, y muy especialmente los del instruido literato mejicano D. José María Tornel ; leí con detenimiento las «Adiciones y rectificaciones á la historia de Méjico,» hechas por D. José María de Liceaga, para utilizarlas debidamente ; entresaqué de las obras de D. Carlos Maria Bustamante lo apreciable y curioso que en ellas habia ; fijé la atencion en el contenido de la «Sinopsis Histórica, filosófica y politica de las revoluciones mejicanas,» escrita por el instruido abogado D. Victor José Martinez ; utilicé los preciosos datos de la obra de D. José María Luis Mora, «Méjico y sus revoluciones,» así como las que se encuentran en la historia escrita por Zavala ; examiné, en una palabra, cuanto se ha publicado en obras y periódicos, relativo á los sucesos de que fué teatro Méjico desde 1810 á 1832, y me acompaña la conciencia de que, del estudio detenido á que me

he entregado, he conseguido reunir materiales de intachable exactitud, para poder presentar á los primeros hombres que se lanzaron á la liza contra el gobierno colonial, con los rasgos propios que les distinguieron, vindicándoles, con apreciaciones justas, de las desfavorables calificaciones de severos escritores de su misma nacionalidad, que les han juzgado con exagerada preocupacion, no concediéndoles ninguna virtud, y modificando, al mismo tiempo, el apasionado colorido de autores panegiristas, tambien exagerados, que han tratado de santificar hasta sus defectos y debilidades.

Terminado á satisfaccion mia ese periodo que ha dado lugar á escritores de opiniones contrarias, á juzgar de los caudillos de la independencia de una manera diametralmente opuesta, con daño de la verdad, me faltaba únicamente, para dar completa cima á la obra total de la historia general, presentar las últimas escenas políticas verificadas en aquel pais desde 1832 hasta el instante en que nos encontramos.

Muchas formas de gobierno se han ensayado desde la época á que alcanza la historia de Alaman, hasta la que estamos cruzando; muchos hombres políticos han figurado en los diversos partidos que se han disputado la direccion de los destinos de aquella república; muchas modificaciones se han operado en las ideas así religiosas como sociales, y muchas han sido las evoluciones efectuadas en los sistemas, en las leyes y hasta en las costumbres.

No existiendo de este interesante periodo obra ninguna en forma, y viendo que las pasiones de partido no concedian virtud ninguna á los contrarios en opiniones políticas,

ni admitian censura en los errores de sus correligionarios, me propuse presentar los hechos de la manera real con que han pasado, apoyando mis aseveraciones, no en la humilde opinion particular mia que pudiera muy bien, á pesar de mi recta intencion, no ser exacta, sino en datos y documentos irrecusables que, para verter radiante luz sobre los acontecimientos, he tenido el imprescindible cuidado de presentar al lector en el apéndice de esta obra. De esta manera me lisonjea la esperanza de que se alcanzará el objeto de evitar que aquellos hombres rectos que ha habido y hay en todos los matices que han figurado y figuran en la marcha política de la nacion mejicana, se vean afeados con los rasgos apasionados con que han sido trazados por algunos periodistas contrarios, y cuyas apreciaciones, que es indispensable que adolezcan de la pasion de partido, serian las únicas fuentes donde beberia, transcurridos algunos años, el escritor que se propusiese dar á luz la historia de los acontecimientos de Méjico.

No se me ocultaba lo delicado de la empresa; pero la acometí con fé, confiando mas en mi recta intencion que en mi escasa elocuencia; mas en la exactitud del fondo del asunto, que en las bellezas de la forma.

Espinosa es la tarea de escribir la historia contemporánea; pero indispensable abrizarla, si se quiere que la posteridad tenga una idea exacta de los acontecimientos actuales y de los hombres de la época. El transcurso del tiempo hace olvidar circunstancias importantes que caracterizan á los individuos, y que han ejercido gran influencia en las resoluciones gubernativas. Para escribir la historia de remotas épocas que, por falta de libertad de imprenta en ellas,

no presentan al hombre estudioso mas que los rasgos mas resaltantes de los Césares y de los reyes, en escritos incompletos y cortados, los historiadores de algunos siglos despues, se han tenido que valer de las probabilidades y de las conjeturas. Sin otros guias que los panegiricos de los escritores favorecidos de los maguates y las diatribas y embozadas sátiras de los mordaces poetas, los historiadores se han visto precisados á abrazar ese sistema despejador y de vehementos indicios, que, con frecuencia, conduce á la imaginacion á lamentables descarríos y á apreciaciones inexactas. Sin otra luz que la corta que se desprende de aquel estilo sentencioso y breve que retrata la época del mando absoluto de los gobernantes y de la obediencia ciega de los pueblos, fácilmente tropiezan en contradicciones palpitan-tes, por mucho que se hayan esmerado en preparar en su mente, consultando con la recta filosofía y la severa lógica, el armonioso conjunto de los hechos, llevando la historia por el laborioso y florido rumbo de la probabilidad.

De la reflexion de esta verdad, brota la natural desconfianza en la mente del reflexivo lector, que recela en dar acogida á los señalados hechos que, con escrupuloso esmero y con marcadas señales de fidelidad, le presenta el historiad-  
dor, temiendo que se haya dejado arrastrar de ilusiones que él quisiera fiscalizar.

La libertad de imprenta; ese derecho sagrado de emitir libremente el juicio que el escritor se ha formado de los gobernantes públicos; esa independiente autoridad de juzgar de sus actos, sin las enmudecedoras trabas del temor y de la arbitrariedad opresiva; ese activo y poderoso agente con que el escritor, dominando el mundo, cita, residencia,



sujeta á un juicio universal á los prohombres de todos los partidos que se agitan en las repúblicas y en los imperios en que se divide la tierra, brinda al historiador un vasto campo para presentar á los hombres que han dirigido los destinos de los países, con los lineamientos mas minuciosos y precisos que marquen sus hechos hasta en sus mas ligeros detalles.

Pero si la libertad de imprenta sirve para delatar los abusos, tambien sirve, por desgracia, para presentarlos con el ropaje de las virtudes.

Esa misma libertad de imprenta, conquista de los adelantos del siglo, para que el escritor independiente censure los actos reprobables de los hombres que se hallan al frente de los destinos de las naciones, autoriza la aduicacion y la bulagadora lisonja del periodista adicto á los gobernantes, y la virulenta critica hácia el partido y los hombres de distinto credo político al suyo: ella establece una constante pugna, un sistemático antagonismo en el periodismo de encontradas opiniones, deificando los unos á los personajes que otros anatematizan; presentando aquellos como déspota tirano, conculcador de las leyes, al que éstos ensalzan como libertador del oprimido pueblo, defensor de los sagrados derechos del ciudadano y garantía de las libertades patrias; y es inconcuso que de ese palenque periodístico en que los valientes atletas de la política han esgrimido con esforzado aliento las armas de la razon, de la sátira, del sarcasmo, de la mentira, y hasta de la personalidad, sembrando el terreno de la prolongada liza de disimulos y contradictorios fragmentos, el hombre reflexivo y analizador, el que ha podido adquirir una mediana idea del invariable sistema que

los campeones de la política observan en las reñidas luchas periodísticas, no conseguirá alcanzar, al fin de un detenido exámen, de qué lado se declaró la victoria, en el terreno de la razon, de la justicia y de la verdad. Sabe que agitados la mayor parte de los escritores por las pasiones políticas, mas que á la verdad, rinden culto á sus intereses de partido: mas que á la justicia, á la idea: mas que á la verdad al interes; y en ese océano de apreciaciones opuestas sobre unos mismos hechos y sobre unos mismos hombres, vacila en la elección, temeroso de tomar lo falso por lo cierto, la calumnia por la verdad, lo censurable por lo digno de elogio.

Si un escritor extranjero llegase á Méjico con intencion de escribir la historia contemporánea, y se guiase por la opinion que cada periodista ha emitido respecto de los hombres de ideas contrarias que han figurado en la política, en vez de hacer una historia haria una horrible fábula.

Y ved aqui desvirtuado ese elemento civilizador que, creado para difundir la verdad, lo ha convertido el hombre en instrumento favorable para sus pasiones y ambicion.

La excesiva libertad ha venido, pues, á dar un resultado para el historiador, casi idéntico al de la falta absoluta de ella en otro tiempo; esto es, la incertidumbre, la duda.

Para poder extraer la verdad del campo periodístico, en que lo real y lo ficticio, el odio y la adhesion, el encono y la parcialidad se halian lastimosamente mezclados, es preciso pertenecer á otra nacionalidad para ser neutral; haber vivido con esos periodistas; conocer la intencion que ha guiado sus plumas; haber escuchado confidencialmente, de ellos mismos, el espíritu de partido, de interés ó de convic-

cion con que han defendido unos principios y atacado otros; estar empapado de las costumbres, deseos y aspiraciones de la sociedad de que se trata; saber, por ella misma, las medidas, leyes y disposiciones dadas por los diversos gobiernos que han sido acogidas con benevolencia ó reprobadas, y estar dotado, por último, de una imparcialidad inquebrantable.

Estas circunstancias favorables concurren en mí con respecto al país, cuya historia he tomado á mi cargo referir.

Radicado en Méjico, desde hace muchos años, he presenciado gran parte de los hechos que refiero, he conocido á muchos de los personajes que menciono; tratado á varios de ellos, y cultivado buena amistad con algunos de diversas opiniones políticas. Esto, unido á mi ocupacion de periodista, hasta poco despues del drama sangriento de Querétaro, en que el emperador Maximiliano moria fusilado en el Cerro de las Campanas, mientras su bella esposa, la emperatriz Carlota, vagaba loca por el castillo de Miramar, me ha puesto en posicion de poder juzgar con imparcialidad y exactitud de los hechos y de los hombres.

Mi calidad de español, lejos de ser una condicion desfavorable para escribir la historia de Méjico, es, por el contrario, una garantía de imparcialidad, puesto que ella me pone en la ventajosa posicion de poder juzgar desapasionadamente, y de apreciar, en su justo valor, los hechos de los hombres, por la analogía que existe entre el carácter mejicano y el español.

Libre de toda aspiracion á puestos elevados, á que solo tienen derecho, en todo país, los ciudadanos de él; colocado en un punto culminante y neutral desde donde observar

podia, sin la ofuscadora agitacion de las pasiones políticas, cómo se formaban y se extendian las apreciaciones apasionadas de los periodistas, nublando con los brillantes giros de sus valientes y persuasivas frases la luz reguladora de los hechos; viendo brotar mañosamente de sus elocuentes plumas los argumentos mas convincentes, ya abogando con el irresistible brio de una elocuencia fascinadora por los hombres y las doctrinas de su credo político, ya dirigiendo inculpaciones escarnecedoras, impregnadas en un raudal de encono; pero diestramente ataviadas con el deslumbrante ropaje de la cautivadora sinceridad, á los notables personajes de encontradas opiniones á las suyas: cultivando con todos una amistad sincera y franca que me colocaba en la favorable posicion de poder apreciar debidamente las atrevidas pinceladas, rebosantes de colorido, con que en sus reñidas polémicas alcanzaban realzar sus principios políticos y las virtudes cívicas de sus prohombres; con una deuda de gratitud igual á la deferencia alcanzada de distintos personajes de los diversos partidos que se han sucedido en el poder, me he creído colocado en las circunstancias mas favorables para poder extraer del centro de esas apasionadas contiendas periodísticas y de partido; de ese inmenso piélago en que se engolfan los hombres políticos para formar extensa y popular atmósfera á sus ideas, la sencilla verdad, sin el atavío de la magia de un seductor lenguaje, y vestida con el modesto ropaje de la imparcialidad con que al escritor de conciencia corresponde presentarla.

Español y vizcaino, amo Méjico con la franqueza del primero y la firmeza constante del segundo; y esta es otra garantía para esperar que no miraré con mala prevencion á

ninguno de los hombres que han figurado en el escenario político de la república mejicana.

Si la historia es la sentencia dada por el escritor para que los contemporáneos y la posteridad juzguen de los hechos de los hombres que desempeñan un papel importante en ella, y el historiador es el que se constituye en juez para que su fallo sobre los personajes que juzga, sea un padron de infamia ó un certificado de honra inmerceda, que dure mientras duraren los siglos, indispensable es que abrigue una concioncia recta y un espíritu de verdad inquebrantable. Asi su fallo será pronunciado despues de un detenido exámen de los hechos; despues de haber pesado y sorprendido las razones que concurrieron para consumarlos; despues de ponerse en la época, en las circunstancias, en la posicion de los personajes que juzga, y hasta en las ideas y preocupaciones de la época en que figuraron en el escenario político.

Obrar de otra manera seria exponerse á incurrir en inexactas calificaciones, en equivocados juicios, en apreciaciones apasionadas, con daño tal vez de la honra y del buen nombre de alguno de los personajes que presenta; honra y nombre que nadie como el historiador, que es el juez de los hechos, debe procurar no mancharlos sin razon, puesto que la mancha que sobre ellos arroje, pasará de generacion en generacion, de gente en gente, hasta el último instante de los tiempos.

Con la firmeza de esta conviccion he trazado mi presente obra.

Como novelista, nunca he faltado á la verdad, en los pasajes que he tocado relativos á la historia: como periodista,

jamás escribí un artículo de fondo, jamás costuve una polémica, jamás escribí el mas ligero párrafo de gacetilla sin tener la conciencia de que lo que escribía era realmente cierto. Nunca he visto en mis contrarios de opiniones políticas y religiosas enemigos á quienes odiar, sino prójimos, hácia los cuales he tenido las consideraciones que he deseado que ellos guardasen conmigo. Redactor en jefe de *El Cronista*, durante el imperio de Maximiliano, mi pluma nunca se mojó sino en la tinta de la justicia para ensalzar los actos buenos y criticar los malos, sin que, para ensalzarlos ó criticarlos, me detuviese á mirar con anticipacion, de cuál de los dos bandos contendientes procedian. Tolerante con todas las opiniones nacidas de la conviccion ó de la creencia de su bien, he juzgado á los hombres por sus hechos y no por sus principios, toda vez que ninguno de estos últimos excluya de su seno las altas virtudes y los rasgos mas heróicos de abnegacion y de patriotismo con que la humanidad se honra.

En la actual historia no hay encono ni lisonja para nadie; no hay mas que justicia.

Cuando el deber de historiador me obliga á presentar los errores de alguno, cualquiera que sea la comunión á que pertenece, lo hago con honda pena; pero lo hago: cuando se me presenta la ocasion de ensalzar algun rasgo noble, corre mi pluma con indecible placer; pero corre sin exagerar el hecho.

En las líneas de esta produccion no hay mas que verdad y buena fé.

La sociedad mejicana, la clase honrada, de arraigo y trabajadora; el pueblo, en su legitima acepcion, no encontrarán

mas que su vindicacion y la defensa de su buen nombre en esa verdad: los políticos y los gobernantes, en una gran parte, por desgracia, no hallarán acaso en ella iguales resultados.

Justo es manifestar que para conseguir los datos nuevos que he adquirido relativos á la historia antigua y moderna, y llenar así mi objeto, se me ha facilitado en el Archivo Nacional de Méjico, así como en sus Bibliotecas, todo lo que podia contribuir á la realizacion de la empresa, y que idéntica benevolencia y favor me han demostrado las personas particulares de aquel país, consagradas al estudio y á las bellas letras.

Entre los individuos que me han facilitado curiosos datos, debo hacer particular mencion de D. Antonio Mancera, honrado encuadernador, de claro talento, de instruccion y de buen criterio, y sobre todo de infatigable asiduidad, que ha recogido, con escrupulosa diligencia, todo lo importante y curioso que pueda servir para ilustrar la historia de su patria. Libros me ha proporcionado él, con un desinterés no comun, que no los habia podido encontrar en ninguna parte, y que han venido á hacerse raros, no obstante la suma de interesantes noticias históricas que encierran.

Tengo el gusto de hacer pública esta manifestacion de gratitud hácia todos los que me han favorecido, y deseo que mi obra corresponda al buen concepto que de mi imparcialidad se habian formado al facilitarme los curiosos datos que poseian.

Manifestado el plan que fielmente he seguido en la historia de Méjico que presento, solo me falta añadir dos palabras para terminar. Nadie está exento de error, por mas

distante que esté de su ánimo el incurrir en él. Si en la serie de hechos que refiero, hubiese, involuntariamente, caído en alguno, dispuesto estoy á rectificarlo, si se me arguye de equivocacion con datos irrecusables. De no apoyarse la advertencia que se me haga en algo positivo, no haré alteracion ninguna en mi relato, puesto que, como he dicho, he procurado seguir siempre el sendero de la verdad.

Madrid 30 de Marzo de 1876.

NICETO DE ZAMACOIS.

---



# HISTORIA DE MÉJICO.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Procedencia de los primeros habitantes del continente Americano.—Los toltecas: su establecimiento en el país de Anáhuac: su civilización: su desaparición.—Los chichimecas: sus monarcas: su gobierno: su favor hácia los inmigrantes.—Llegada de los acolhuas, de los olmecas, y de otras diversas tribus que habitaron antes que los mejicanos el país á quien estos dieron el fin su nombre.—Unión de los chichimecas y acolhuas: sus progresos en las artes y en la agricultura.

Antes de presentar las brillantes páginas del descubrimiento del Nuevo-Mundo que ilustran el dichoso reinado de Isabel la Católica y de Fernando; antes de consignar las particulares circunstancias y los notables hechos que inmortalizaron el nombre de Hernan Cortés, de ese hombre extraordinario que agregó mas tarde la mas preciosa porcion de la América, el exuberante y rico suelo de Méjico á la corona de Carlos V, preciso es que me detenga á dar á conocer el vasto territorio que fué teatro de sus hazañas antes de que los españoles colocasen allí su poderosa planta, la manera con que se formaron aquellos lejanos pueblos, la religion y ritos que observaban, el sistema de gobierno que les regia, las leyes y costumbres que tonian y

el estado de civilizaci6n á que habian llegado hasta el último de sus emperadores.

La existencia de los primeros hombres que habitaron el vasto continente de la América, se pierde en las nebulosas sombras de los tiempos.

Envuelta permanece en los pliegues de los siglos mas remotos, la procedencia de los que pisaron antes que ningun otro, las fértiles regiones del Nuevo-Mundo

Muchos sabios escritores y filósofos, caminando por el frágil y seductor sendero de las conjeturas y de la probabilidad, no han conseguido con sus sistemas de investigaci6n y de inferencias, mas que sembrar la vacilaci6n y la duda en los lectores á quienes han tratado de inspirar sus doctrinas en ese punto del todo improbable.

Nada, en una palabra, se ha logrado adelantar en el resbaladizo terreno que envuelve en densas tinieblas el pasado, respecto de los primitivos colonos de la América. La luz de la verdad se encuentra velada por el espeso velo de los siglos, y no llegará á las sociedades futuras algun tenue rayo de ella, sino cuando la casualidad presente al hombre, en objetos y monumentos que acaso permanecen sepultados en ignorados desiertos, las claras páginas de los acontecimientos pasados.

Pero no porque la brillante luz de una seguridad inconcusa no se presente á nuestros ojos á deshacer las sombras de la duda, debemos renunciar á los ligeros indicios que, de acuerdo con la razon, nos conducen á una probabilidad altamente lógica.

Apoyados en vehementes probabilidades que se desprenden de jeroglíficos y pinturas de una antigüedad re-

mota, los historiadores mas caracterizados por su ilustracion y recto juicio, han llegado á ponerse enteramente de acuerdo en sus apreciaciones, en la parte referente á la procedencia de los primeros hombres que pasaron del Antiguo-Mundo al mundo descubierto por Colon.

Segun la respectable opinion de estos eruditos historiadores, opinion que ha sido admitida como la mas probable por la mayor parte de los amantes del saber, los hombres que pisaron primero el vasto continente americano, pasaron del Asia á la América, bien por un espacio de tierra que debia unir entonces los dos continentes, bien por una prolongada sucesion de ligeras islas que en épocas muy remotas debieron existir á cortas distancias unas de otras.

Como prueba que arguye en favor de la opinion por ellos asentada, exhiben las pinturas y cánticos de los distintos pueblos que se extendieron por el Nuevo-Mundo.

Los Toltecas, los Acolhuas, los Mejicanos, los Tlascueteecas, los Tarascos, los Chipanecas y los Mixtecas, así como todas las diversas tribus que registra la historia de la América, aseguraban que sus antepasados habian marchado del otro continente, indicaban el camino que habian llevado, y aun conservaban los nombres verdaderos ó adulterados de sus primeros progenitores que, despues de la confusion de las lenguas, se habian esparcido por el haz de la tierra dirigiéndose á diferentes regiones del globo.

Evoluciones y  
cambios  
de la tierra.

No presenta la admitida opinion de los autores que han conjeturado la union de los dos mundos por medio de un gran brazo de tierra, ó de una no interrumpida sucesion de islas, colocadas á cortas distancias unas de otras en el espacio comprendido en-

tre el Asia y la América, nada que se subleve contra la razon, contra la verosimilitud ni contra las observaciones de los geólogos.

Los cambios operados en nuestro admirable planeta desde los tiempos mas remotos, consignados se encuentran en las obras de los estudiosos sabios que han dado á conocer sus multiplicadas variaciones. Ricos viñedos y feraces campiñas se cultivan actualmente, que en épocas remotas se ostentaban golfos navegables y caudalosos rios; en tanto que veleros bajeles y rápidos vapores, surcan con actividad prodigiosa, por los que on un tiempo fueron feraces sementeras que correspondian con abundantes frutos á las fatigas del labrador que conducia por ellas el arado. Los destructores terremotos, sacudiendo la tierra en sus mas hondos cimientos, han hecho desaparecer grandes islas y espaciosos terrenos, handiéndolos en el abismo, en tanto que los fuegos subterráneos han hecho surgir islas y tierras que no existían.

La geologia registra en sus páginas, numerosos hechos de los notables cambios operados sobre el haz de la tierra. Ya Sicilia se encontraba en otro tiempo unida al continente de Nápoles, como á la Beocia lo estaba la Eubca, hoy Negroponte. Igual union existia entre España y Africa, segun lo afirman Diodoro y Estrabou, quedando separadas, á consecuencia de una violenta erupcion hecha por el Océano en la tierra que se encuentra entre los montes Avila y Calpe, que produjo aquella comunicacion y formó el mar Mediterráneo. La isla de Ceilan so formó, segun la tradicion que conservan con fé viva los habitantes de ella, á causa de un terrible terremoto que la separó de la

península de la India. Idéntica convicción abrigan los malabares, respecto de las islas Maldivas, y los malaies por lo que hace á la de Sumatra. Del poético rio Sarno, que lamia murmurando los muros de Pompeya, no ha quedado el mas leve vestigio que dé á conocer donde estuvo su cauce, hoy convertido en terreno de cenizas y lava endurecida, y aun el mismo volcan del Vesubio, que sepultó con sus lavas las bellas ciudades de la Campaña, deja ver las palpables señales de haber sido, en épocas remotas, submarino.

El conde de Buffon, refiriéndose á Ceilan, no duda en asegurar que allí ha perdido la tierra cerca de cuarenta leguas de terreno que le ha quitado el mar, y que, por el contrario, en Tongres, lugar de los Países Bajos, el mar ha cedido á la tierra algo mas de treinta leguas. A las inundaciones del Nilo debe el Egipto su parte septentrional. La tierra, que segun el mismo autor ha llevado aquel rio de los países mediterráneos del Africa y ha dejado en sus inundaciones, ha formado un suelo de mas de veinte brazas de profundidad. Por verdad inconcusa y suficientemente probada pasa que del fango de los rios se llegaron á formar la provincia del rio Gialo en la China y la de la Luisiana.

Nueve notables islas, aparecidas de repente en el ancho mar por levantamientos de la tierra, nos presenta el sabio naturalista Plinio, enumerando entre ellas Delo, Rodi, Anafe, Nea, Abone, Yera, Tera, Teracia y Tia. (1)

En la region de América, los eminentes geólogos que

(1) Lib. 2 de la Hist. nat.

con ojos filosóficos han observado la monumental península de Yucatan, han convenido unánimemente, en que su feraz terreno ha sido lecho de mar, en épocas lejanas, y el vice-versa, á esa admirable evolucion, se advierte en el caual de Bahama, donde se presentan vehementes indicios que arguyen casi una certeza innegable, de haber estado unida en otro tiempo la hermosa Isla de Cuba, al bello continente de la Florida.

Las referidas evoluciones operadas por los fenómenos geológicos que han hecho cambiar, en varios puntos, la fisonomía del planeta que habitamos, vienen á imprimir un carácter de certidumbre á la opinion unánime de la antigua union de la América con el Asia. En el estrecho que separa á estos dos países, se descubren un número considerable de islas que la razon, el estudio y el exámen, convencen que fueron en un tiempo parte de aquellas montañas que allí debieron existir, y que, con sobrado colorido de verosimilitud, se juzga que fueron despedazadas y hundidas por espantosos terremotos.

Presontada la opinion mas aceptable y mas generalmente aceptada por el criterio y la lógica de eminentes hombres en ciencias y en letras, respecto de los primeros habitantes que pisaron el vírgen suelo de la pintoresca América, cruzando del Asia al Nuevo-Mundo, entremos de lleno en la historia correspondiente á la parte de esa América, en uno de cuyos puntos, el mas favorecido de la naturaleza, se encuentra asentada la actual República Mejicana. Entremos de lleno, repito, en esa historia, y empecemos por dar á conocer la manera con que se fué formando la poblacion de aquel vasto territorio, que llegó

á ser la mas poderosa y civilizada nacion del Nuevo-Mundo.

La misma densa oscuridad que envuelve la procedencia de los primeros hombres que cruzaron del viejo al nuevo continente, envuelve tambien la de los individuos que pisaron, antes que ningun otro, el fértil suelo del Anáhuac.

La tradicion, siempre respetable, pero no pocas veces sensiblemente adulatorada, pretende que admitamos la existencia de una raza de gigantes, estableciéndose como la primera de las que asentaron su planta en aquel delicioso territorio. El descubrimiento de huesos, cráneos y esqueletos de magnitud gigantesca, desenterrados en diversas épocas en las cimas de varias montañas del Anáhuac, así como el de multitud de restos fósiles de algunos elefantes y de otros animales de gran corpulencia, han venido en apoyo de aquella tradicion, para que algunos escritores la presenten como un hecho patente, de inequívoca realidad. (1)

Pero no es admisible la opinion de la existencia de una nacion de gigantes. La historia no nos presenta, desde la creacion del mundo, ningun país de hombres de corpulencia colosal; y la razon y la sana lógica aconsejan que no admitamos como regla general, lo que solo son escepciones en la familia humana.

Las osamentas y los esqueletos de extraordinarias dimensiones oncontrados al acaso al remover la tierra en que

(1) Esos esqueletos y cráneos de colosal tamaño, se han encontrado en *Atlantepet*, pueblo de la provincia de Tlaxcala, en Texcoco, Toluca, *Quauhtinallpan*, y últimamente en la California, en un collado poco distante de *Kadaman*.

estaban sepultados, debemos creer que perteneciesen á hombres de talla gigantesca, que siempre los ha habido en todas las naciones; pero de ninguna manera debemos, por la vista de ellos, sacar deducciones generales, concediendo á todos, lo que la naturaleza solo se habia dignado conceder á un reducido número de personas.

Dejando, sin embargo, las conjeturas de diversos autores respecto de si los esqueletos de esos gigantes pertenecian á individuos de tribus anteriores á los que despues se establecieron en los mismos puntos, ó si habian formado parte de estas últimas, voy á ocuparme de la instalacion de los diversos pueblos que pasaron al Anáhuac, y de cuya existencia real y positiva se tiene una certeza inconcusa y á todas luces irrecusable.

De dónde viene el nombre **El** eufónico nombre de Anáhuac, que en de Anáhuac. la espresiva lengua mejicana significa *junto al agua*, y que despues se hizo extensivo al pais entero que los conquistadores españoles, al engarzar aquella valiosa joya á la corona de Castilla, denominaron Nueva España, solo correspondió, en los primitivos tiempos, al majestuoso valle de Méjico, cuyas principales poblaciones llegaron á fundarse á las márgenes de los magníficos lagos que ostenta como anchurosos espejos donde se retrata la azul techumbre de un cielo siempre diáfano, y on las pequeñas y pintorescas islas que, como nevados cisnes, descansaban en medio de las tranquilas ondas.

Los espaciosos lindes que mas tarde fueron comprendidos con esa denominacion, incluyendo dentro de ellos nuevos y fértiles terrenos, nuevas y poéticas ciudades, hasta el descubrimiento de la América por el ilustre navegante Co-



lon, determinados quedarán suficientemente cuando los hechos históricos nos lleven á tratar del poder del imperio mejicano, bajo el gobierno de sus últimos soberanos.

**343.** Los toltecas, siguiendo el orden cronológico de la era vulgar. Llegada de los toltecas al Anáhuac. con que las diversas naciones que se encontraban al Norte de la América llegaron á pasar al favorecido territorio en que hoy se asienta la República Mejicana, fué la primera tribu ambulante que penetró en las anchurosas campiñas del Anáhuac, que brindaban al hombre una tierra virgen, feraz y deliciosa.

Hasta entonces habian vivido en los estrechos limites de *Huehuetlapallan* ó *Tlapallan*, ciudad del reino de Tollan, situada al Norte del rio Gila, entregados á las artes y á la agricultura, en que estaban bastante adelantados.

Aumentada la poblacion considerablemente, y no ofreciendo el país de su nacimiento los precisos medios para satisfacer las imperiosas necesidades de la vida, resolvieron, numerosas familias, abandonar el estéril suelo de su patria, y dirigirse en busca de una region menos esquivada, que les proporcionase los preciosos medios de subsistencia que les negaba el ingrato terreno en que habian nacido.

**344.** Dispuesta la marcha, y provistos de arcos y de flechas, de semillas, y de algunos instrumentos de labranza, se pusieron en camino el año de 544 de la era vulgar, abandonando para siempre el país que les habia visto nacer.

Al frente de los resueltos emigrantes que se lanzaban á una peregrinacion penosa y larga, se colocaron algunos de los hombres mas caracterizados por su prudencia, saber y valor, que habian influido en que se tomase aquella reso-

lucion, figurando en primer término el sabio *Huematzin* ó *Hueman*, que significa, el de las grandes manos.

Los toltecas, llamados así por ser nombre derivado de Tollan, su patria, caminaban, respetando la opinión de sus directores, con dirección constante al Mediodía. El sabio *Huematzin*, observando en su marcha el sistema que en época más lejana había puesto en práctica el venerable patriarca *Abraham*, conducía á su fatigada gente hácia sitios favorecidos por la naturaleza, tomaba posesión del campo que más abundantes frutos ofrecía, levantaba chozas, ordenaba que se cultivase la tierra sembrando maíz, algodón y otras plantas en ella; y cuando merced al asiduo trabajo, veía á su honrada tribu provista en abundancia de todo lo necesario para continuar la marcha, abandonaba aquel lugar para ocupar otro y otros, en los cuales se iban repitiendo las mismas interesantes escenas de laboriosidad y de industria, benéficas huellas que iban dejando á su paso, como imperecederas señales de civilización los entendidos toltecas. *Hueyralan* fué el punto primero que, cultivada la campiña por los robustos brazos de la infatigable tribu tolteca que había hecho alto allí á los doce días de haber abandonado la patria, ostentó sus poco antes eriales campos, vestidos con la brillante esplendidez que prestan á la naturaleza las ricas producciones de la benéfica agricultura. Sin embargo, la cantidad de los productos presentados por los labrados campos al agricultor tolteca, no correspondió á las fatigas, á las esperanzas ni á las necesidades de la industriosa tribu, y los toltecas, abandonando aquel ingrato suelo en que habían permanecido cuatro años, continuaron su penosa peregrinación en solicitud

de regiones mas fructíferas y apacibles. Falcos de acémilas y de todo animal de carga, porque ninguno existia entonces en la América; abrumados con el fatigoso peso de sus instrumentos de labranza, de sus armas y de sus provisiones, los toltecas llegaron al fin de veinte dias de penosa marcha á Xalisco, donde halagados por el clima y la belleza de su suelo, resolvieron detenerse y trabajar.

Activos y emprendedores, pronto edificaron una ciudad, y depositaron en el seno de los campos próximos á ella, las plantas mas necesarias á la vida. El maíz, el algodón, el pimientó, la habichuela y una considerable variedad de plantas vistieron la tierra, y la atmósfera se aromatizó con el perfume de las multiplicadas flores.

Los toltecas se manifestaban altamente satisfechos de haber llegado á un país, cuyos feraces terrenos correspondian con usura al trabajo de los brazos. Contentos del resultado que les proporcionaban sus faenas, viviendo en el seno de sus familias entregados á la industria y á la educacion de sus hijos, jamás hubieran abandonado aquella region que parecia empeñarse en proporcionarles la dicha y la ventura, si los jefes á quienes obedecian, no se hubieran resuelto á continuar su viaje hasta llegar á un punto que se habian propuesto como término de su peregrinacion.

Ocho años permanecieron los toltecas en el feraz terreno de Xalisco, viviendo en la abundancia y la tranquilidad. Terminado ese periodo, emprendieron de nuevo su camino dirigiéndose hácia la costa del mar del Sur, por en medio de una naturaleza prodigiosamente exuberante, sí; pero bajo un clima sofocador que enervaba los miembros y fatigaba el espíritu.

Era imposible que en una region que carecia de las condiciones de sanidad y de templanza, que constituyen el principal tesoro de los pueblos, se resolviesen á permanecer por mucho tiempo los jefes que conducian á la vagabunda tribu tolteca.

Con efecto, despues de haber permanecido cinco años en un lugar que denominaron *Chimathuacan*, se dirigieron hácia el Oriente; y pasando por *Toxpan*, donde vivieron por espacio de otros cinco años, por *Quiyahuitzlan*, *Zacatlan* y *Tutzapan*, llegaron en 697, conducidos por siete señores toltecas, á *Tollantzinco*, país de campiña feroz y de benigno clima. (1)

Bellísima era la situacion de ese paraje que distaba cincuenta millas hácia el Norte del sitio en donde algunos siglos despues se fundó la famosa ciudad de Méjico; benigno su clima, sereno su cielo, puro su horizonte y fértil su terreno; pero á posar de la bondad y de las favorables condiciones que presentaba, solo permanecieron en él veinte años, y se retiraron cuarenta millas hácia el Poniente, donde edificaron la ciudad de *Tollan*, hoy *Tula*, en memoria del nombre de su patria.

Tula, sitio que llegó á llenar todas las exigencias y á realizar todas las esperanzas de los jefes que habian conducido á los activos y laboriosos toltecas, fué el punto en que dieron por terminado su viaje, despues de ciento cuatro años de una vida errante y vagabunda. Tula era la realizacion del ideal que se habian formado, y es hoy la ciudad mas antigua que cuenta el suelo del Anáhuac, así

(1) Se llamaban estos siete señores *Zacatl*, *Chalcatzin*, *Tehuacual*, *Metsotzin*, *Chocatzin*, *Tlapalmetsotzin* y *Czamatzin*.

como una de las mas célebres que se registran en los fastos de la historia de la nacion mejicana.

Elegido el sitio, se dió principio á la fundacion de la ciudad; se levantaron cortas poblaciones en sus pintorescos alrededores; se cultivaron con esmero exquisito los campos, que en breve se vieron cubiertos de vistosos maizales y de variados frutos, y pronto la comarca entera, vestida de plantas y de flores, de huertas y de jardines, presentaba un aspecto risueño y encantador.

Gobierno de los toltecas. Declarada Tula metrópoli de la nacion tolteca y corte de sus reyes, los toltecas se constituyeron en gobierno monárquico.

Segun las bases en que asentaron su existencia política, la monarquía era hereditaria; pero cada monarca solo habia de empuñar el cetro por espacio de cincuenta y dos años, periodo que constituia el siglo tolteca. Si el rey llegaba á cumplir el siglo en el trono, dejaba inmediatamente el mando, quo entraba á ejercerlo, acto continuo, el individuo llamado á sucederle. Si ocurría su muerte antes de que se cumpliese el siglo, en que debia terminar, la nobleza entraba á ejercer el gobierno hasta que se cumpliese el tiempo que faltaba para llenar el periodo convenido.

Establecido el sistema que debia conducir á la nacion por la senda de prosperidad que los toltecas se habian imaginado, se dió principio á la monarquía el año de 667 de la era vulgar del cristianismo, siendo su primer rey *Chalchiuhltlanetzin*.

667. Agradecido el hombre elevado al trono á la confianza que habian depositado en él los que no dudaron poner en sus manos la suerte de

Chalchiuhltlanetzin. I. er rey tolteca.

la nueva sociedad, se propuso no defraudar las lisonjeras esperanzas alimentadas por sus generosos súbditos. Celoso del cumplimiento de los graves deberes que están obligados á llenar en conciencia los gobernantes rectos, su gobierno se inició con disposiciones altamente satisfactorias y benéficas para el reino. Humano, justo y benigno, crecieron prodigiosamente, á la sombra de la proteccion que dispensaba á todos los ramos útiles, la agricultura, las artes y las ciencias. En todas partes se notaba la vida que con sus acertados providencias sabia comunicar á la naciente sociedad. Aleccionado en la escuela de las vicisitudes de la penosa peregrinacion que acababan de hacer, comprendió que la positiva riqueza de los pueblos se encuentra en el cultivo de los campos y en la actividad del comercio de las ciudades; y al impulso preferente que dió á esos dos ramos que constituyen la duradera felicidad de los pueblos, se edificaron pintorescas poblaciones, y se cubrieron las campiñas de abundantes maizales, de varias hortalizas, de árboles frutales y de preciosas plantas, entre las cuales predominaba el productivo algodón.

Pero si juzgó necesario, para el bien social, el cultivo de los campos, no juzgó menos indispensable el cultivo de la inteligencia en todos los ramos del saber humano. La arquitectura, la fundicion de los metales, la escrito-pintura y muy especialmente la astronomía, encontraron proteccion y premio en el monarca.

El celo del rey en todo lo que hacia relacion al engrandecimiento del espíritu, inspiró al anciano *Huematzin*, uno de sus mas distinguidos astrónomos, la brillante idea de formar una obra verdaderamente notable, segun asegura Boturini. (A)

(A) Véase la obra escrita por Boturini y publicada en Madrid en 1716 que

El sabio astrónomo, impulsado por el noble afán de que no se perdiese la costumbre observada por los toltecas de notar en sus pinturas los eclipses, los cometas y los demás fenómenos celestes, propuso al rey el pensamiento de hacer un libro en que consignados quedasen para siempre los acontecimientos que mas importaban á la historia de la patria. Admitida por el monarca la idea, el astrónomo *Huemaczin* convocó en 660, á todos los sabios de la nacion, y con auxilio de ellos se dió cima á la obra, que se denominó *Teoamoxtli*, que significa, *libro divino*. En esta notable produccion se marcaban, dice Boturini, con figuras perfectamente claras y precisas, el origen de los indios, su dispersion por el mundo despues de la confusion de las lenguas en Babel, su peregrinacion por el Asia, sus primeros establecimientos en el continente de la América, la fundacion del imperio de Tula, y sus progresos y adelantos hasta aquel tiempo. Se describian igualmente los cielos, los planetas, las constelaciones y el calendario tolteca con sus cielos, las transformaciones mitológicas, en las cuales se incluia la filosofia moral de aquellos pueblos, y los arcauos de la sabiduria vulgar, bajo los emblemas ó jeroglíficos de los dioses, con todo lo relativo á la religion y á las costumbres.

Ignoro los grados de autoridad que merezcan los documentos que han proporcionado á Boturini la noticia que acabo de consignar, dejando al lector en el libre derecho de admitirla ó desecharla; pero aun cuando la existencia de ese libro tolteca no fuese mas que una bella creacion de

tione por título: *Idea de una historia general de la Nueva España. Fundada sobre una gran copia de figuras, símbolos, caracteres, jeroglíficos, cánticos y manuscritos indianos. hallados en Veracruz.*

la fantasía, no por eso sería menos cierto que los toltecas poseían notables conocimientos respecto del sistema planetario.

*Chalchiuhltlanetzin*, después de haber tenido la satisfacción de ver formarse, crecer y desarrollar con prodigiosa rapidez la industria, las artes y las ciencias en la sociedad que le había elevado al trono; después de haber contribuido eficazmente al engrandecimiento y prosperidad de sus pueblos y de haber reinado pacíficamente el período de 52 años señalados por la ley, entregó á su sucesor el cetro que en sus manos había producido los mejores resultados.

719. Satisfecho de no haber faltado jamás á los deberes del buen soberano, se retiró á la vida privada, siendo, lejos del brillo del poder, modelo de súbditos, como lo había sido en la grandeza, modelo de reyes.

*Chalchiuhltlanetzin*, entregado al cultivo de la inteligencia y protegiendo siempre el talento y el genio, dejó de existir en 771, víctima de una enfermedad poco penosa, llorado por sus amigos y sentido por las ciencias.

Ocuparon sucesivamente el trono tolteca *Ixtlilcuechahuac*, su hijo *Huetzin*, y al fin del período de este *Totepauh*, que empuñó el cetro el año de 875.

875. La monarquía tolteca había ido tomando creces prodigiosas, y la población se multiplicó rápidamente.

Sencillos en sus costumbres los toltecas, inclinados al trabajo, y sin nación rival ninguna que les pudiese promover disturbios ni guerra, pues eran absolutos dueños del fecundo y vasto suelo del Anáhuac, preciso



y lógico era que su nación creciese y prosperase en un terreno exuberante que premia con fabulosas creces los mas ligeros esfuerzos del hombre laborioso.

*Totepenh*, no menos celoso del bien de sus pueblos, que los monarcas que le habian precedido, procuró aumentar la vida y la belleza de su reino. Protector de las artes, brillaron en su época los finos tejidos de algodón, las obras de ornamentacion, y la arquitectura. Las ciudades se vieron enriquecidas por edificios de bastante gusto, descollando entre ellas, por la magnificencia de sus templos *Tcotihuacan*, que significa *habitacion de los dioses*.

En esta bella ciudad que compelia en esplendor con la corte que habitaban los reyes, y que, como su nombre lo indica, era la ciudad santa, la ciudad de los monumentos dedicados á la religion de los toltecas, mandó levantar el rey *Totepenh*, poseido de un vivo sentimiento religioso, dos sorprendentes templos que sobrepujasen en belleza á todos los que hasta entonces se habian levantado. El ardiente deseo del monarca quedó cumplidamente satisfecho: los magnificos templos denominados *Tonatiuh*, *Izahual* y *Mextli Izahual*, esto es, *casa del sol* y *casa de la luna*, quedaron terminados, y sus colosales proporciones, destacándose imponentes y régias en medio de la mística ciudad, parecian dos vigilantes centinelas encargados de la custodia de los pueblos.

El templo consagrado al sol, deidad á quien incensaban cuatro veces durante el dia y cinco en las horas de la noche, media, en su cuerpo inferior ó base, doscientas ochenta varas de largo, doscientas tres de ancho, y una altura correspondiente á las admirables proporciones que formaban

su latitud y longitud. Un idolo de gigantesca estatura, hecho de una piedra durisima y cubierto de oro, representando al astro deificad, se levantaba resplandeciente, ostentando, en una gran concavidad que tenia en el pecho, la imágen del mismo astro del dia, de oro finisimo del mas encendido color.

El templo de la luna, cuya base media de largo doscientas varas y ciento sesenta de ancho, ostentaba tambien una colosal estátua de piedra, cubierta de oro, que representaba al astro melancólico y dulce de la noche. La altura de este soberbio templo, construido con perfeccion admirable, correspondia, lo mismo que el del sol, á la inmensa moio que le servia de planta. Cuatro cuerpos de una solidez que competía con la de los monumentos de una antigüedad remota que han eternizado la memoria de otras naciones del globo, presentaba cada uno de los referidos templos, con igual número de escaleras formadas de grandes y bruñidas piedras.

Aun existen los notables restos de esos famosos templos que sirvieron de modelo á los demás santuarios ó *teocallis* que mas tarde levantaron en Anáhuac las naciones que se establecieron allí despues de los toltecas. Hernan Cortés y sus soldados, quedaron admirados ante la grandiosidad de esos dos extraordinarios templos, y destrozando los dos colosales ídolos, se aprovecharon del precioso y rico metal que los cubria. De los cuatro sólidos cuerpos que parecian desafiar con su estructura la poderosa fuerza de los siglos, en el último de los cuales se veian distribuidas diversas divinidades cubiertas tambien con laminitas de oro muy delgadas, únicamente quedan las notables ruinas que paten-

tizan la magnificencia de esos templos; ruinas admirables que subsisten como páginas imperecederas de la historia de los toltecas, y que hasta el día son conocidas con el nombre de *Pirámides de San Juan de Teotihuacan*.

Al derredor de los magníficos templos del sol y de la luna que los toltecas, lo mismo que otros pueblos, divinizaron, edificaron un número considerable de pirámides pequeñas que no excedían de diez metros de elevación, y que abundan mas hacia el lado austral del templo de la luna que hacia el templo dedicado al sol. Parece, según la tradición que se conserva de esos multiplicados monumentos, que fueron dedicados á las estrellas; y existen vehementes indicios que conducen á creer que servían de sepulcro á los magnates y caciques de las tribus primitivas. Los españoles, al pisar algunos siglos despues el mismo sitio en que esa série de pirámides se levantaba, le llamaron *llano de las cues*, valiéndose de esta última palabra de la isla de Cuba que significa *templo*; y que en la lengua tolteca y en la azteca, que eran semejantes se llamó *Micoatl*, esto es, *camino de los muertos*.

Las monumentales ruinas que atestiguan la grandeza de los dos colosales templos levantados al sol y á la luna divinizados, y que el viajero no puede examinar sin conmoción profunda, subsisten solitarias, como imágenes mudas, pero elocuentes de la grandeza de una sociedad pasada, á distancia de legua y media, al Norte, del actual pueblo de Teotihuacan, y á siete de la hermosa capital de la moderna república mejicana.

927.  
Nacxoc, 5.º rey  
tolteca.

El cetro que con benéfica diestra había empuñado Totepuh, brotando de su acer-

tada direccion la ventura de los pueblos, pasó, en 927, á las manos de Nacaxoc, en quien concurrían las bellas cualidades que resaltar deben en los hombres consagrados á regir los destinos de las sociedades.

Tomando por modelo á su predecesor, y siguiendo la senda de adelanto emprendida desde el primer monarca que ocupó, en el Auáhuac, el trono levantado por la industriosa tribu tolteca, miró, satisfecho, brotar de la proteccion que afanoso prestó á los nobles raudes que constituyen el bienestar de las naciones, nuevas y florecientes heredades, alfombradas de abundantes y ricas mieses; vistosos edificios de construccion sólida, y exquisitas obras de valiosa orfebreria en que llegaron á ser notables siempre los toltecas.

No se registran en el reinado de Nacaxoc ninguno de esos hechos notables de profunda sensacion que dejan un recuerdo vivo en la memoria de la humanidad. Su reinado fué semejante á esos tranquilos rios que fecundizan la tierra suavemente; pero cuyo nombre no llega á conquistar jamás la popularidad que los impetuosos torrentes y las imponentes cataratas que imprimen en el alma ese sublime terror que jamás se borra, que se recuerda siempre con horror, y que nos complacemos en dar á conocer los terribles efectos que han producido al desbordarse. Nacaxoc fué la lluvia bienhechora que vigoriza y refresca las plantas sin destruirlas; y al espirar el periodo que la ley establecida señalaba, entregó las riendas del floreciente Estado, que con admirable acierto habia dirigido, á su hijo primogénito Milt, que antes de heredar la corona, habia heredado ya las preclaras virtudes de su padre.

979.

Milt, 6.º rey  
tolteca.

El nuevo rey, alentando el noble espíritu que engendra rasgos de verdadera grandeza, señaló honrosos premios para todos los hombres que se distinguiesen en sus distintas artes y profesiones con alguna obra de notable importancia; y la sociedad, estimulada con el deseo de gloria que aviva el entendimiento, abriendo un vasto campo al ingenio, miró desarrollarse con prodigioso aumento, la industria, las artes, las ciencias y la agricultura.

Un corazón dotado de los elevados sentimientos que animaban el del entusiasta monarca Milt, no podía ser indiferente á las dulces sensaciones del mas natural de los afectos; el amor. Con efecto; Milt no pudo ver sin sentir en su alma una sensación profunda y grata, la encantadora belleza de una jóven, notable por su talento y su gracia, llamada *Xiuhltalcin*, y cautivado no menos de sus virtudes y de su capacidad que de su deslumbrante hermosura, la pidió por esposa, y la elevó á la categoría de reina.

La elección no podía haber sido mas digna del talento y buen juicio del monarca; y la entredida jóven, anhelando para su esposo un renombre esclarecido en la posteridad, contribuyó con sus elevados consejos, al acierto en las resoluciones del bondadoso monarca.

Amante del lustre de su religion, el rey Milt mandó edificar un suntuoso templo que descollase con magnificencia entre los notables santuarios que á las diversas deidades se habian levantado en la ciudad de Tula, y que compitiese con los monumentales templos que ostentaba, envanecida, la ciudad de Teotihuacan. Millares de entendidos operarios se ocuparon en la fabricacion del edificio

dedicado á los dioses de la idolátrica religion que el reino profesaba; y la riqueza de las alhajas que adornaban á los ídolos, rivalizaba con la grandiosidad del templo. Perlas, pedrería, joyas con exquisito gusto trabajadas, se encontraban con profusion en los altares, destacándose en medio del templo, con atrevida arrogancia, un magnífico pedestal de gran mérito artístico, sobre el cual descansaba una rana de oro cubierta de esmeraldas que, mas tarde, Hernan Cortés envió de regalo al emperador Carlos V.

Satisfecho el monarca de la belleza del edificio levantado á su religion, y anhelandó que á la idea religiosa que lo habia concebido, correspondiese el decoro del templo, instituyó para el digno servicio de los dioses, un número respetable de virtuosos sacerdotes, cuyas obligaciones imprescindibles eran la castidad, la oracion y la penitencia. Vestian estos nuevos ministros de la religion tolteca, un traje negro talar de fina tela de algodón, marchaban con los ojos inclinados al suelo en actitud de profundo recogimiento, y llevaban suelto sobre la espalda, el largo y negro cabello flotando en caprichoso desorden.

No menos celoso de los progresos de la inteligencia en las ciencias y en las artes que del brillo de la religion de sus mayores, el benigno monarca Milt concibió el útil pensamiento de hacer extensivas á la sociedad en general, los conocimientos de los ramos mas notables del saber humano, y fundó un seminario donde llegó á reunir los mas notables artífices y los hombres mas eminentes en las ciencias.

1031.  
Milt es reelecto  
rey de los  
toltecas.

Terminado el feliz periodo de su reinado, Milt, menos ambicioso de mando que de tranquilidad, se dispuso á dejar, obedeciendo las

leyes del Estado, las riendas del gobierno que había manejado con admirable acierto; pero sus leales vasallos, agradecidos á los imponderables bienes que el país había recibido durante su benéfica administración gubernativa, se propusieron quebrantar la costumbre y la ley que le separaban del poder, y le reeligieron soberano, suplicándole, en nombre de la patria, que continuase al frente de los negocios públicos.

El favorecido monarca, aceptó de nuevo el cargo; y los buenos resultados de sus providencias, correspondieron á las esperanzas y aspiraciones de los gobernados. Siete años llevaba de dirigir, en su segunda era, la nave de los destinos de la nación, cuando la muerte le vino, en 1038, á sorprender en el camino de adelantos y de prosperidad que se había propuesto seguir.

La muerte de Milt fué sentida, como se siente siempre por los favorecidos, la muerte de los favorecedores.

Quebrantada una vez la ley prolongando, como consignado queda, el reinado del último monarca, fácil les fué á los toltecas volverla á quebrantar en otro de los puntos que servían de base á la monarquía establecida.

1038.

Xiuhuitzin,  
1.ª reina  
tolteca.

Segun la ley respetada hasta entonces, la corona tolteca únicamente correspondía á los primogénitos varones. Ni las hijas del monarca, ni la reina viuda podían ocupar el trono, vedado á su sexo; pero los toltecas que habían gustado de la benéfica influencia que la reina había ejercido en las resoluciones del difunto monarca, juzgaron que la ley debia posponerse al interés del Estado, y la eligieron soberana.

Lejos de ofenderse el varon heredero de la elección he-

cha en la reina viuda, se apresuró á manifestarla su íntima adhesión como buen hijo y como leal vasallo, conquistándose con su abnegación, las simpatías de los pueblos.

No tuvieron los toltecas motivo para arrepentirse de la elección hecha. La prudente reina, siguiendo en su reinado las benéficas huellas de su esposo, dictó sabias providencias que, dando resultados fructíferos, derramaron en la sociedad la abundancia y la ventura. Nuevos proyectos que aumentasen el bienestar de sus vasallos ocupaban la mente de la soberana, cuando la muerte vino á sorprenderla en su camino de progreso.

Cuatro años condujo la nave del Estado por rumbo venturoso, y al dejar de existir en 1042, dejó viviente en la memoria de sus vasallos, los beneficios de su gobierno.

Bajo los venturosos gobiernos de esa pléyada de benéficos reyes que por espacio de 304 años dirigieron los destinos de la monarquía tolteca en Tula, el aspecto del país había tomado un tinte eucantador. La población, creciendo de una manera prodigiosa, se había extendido hasta los confines más apartados del Anáhuac, (1) y en todas partes levantaba pueblos y ciudades que recibían la vida de la agricultura y de las artes.

Pirámide de  
Cholula.

Durante esos reinados de inalterable paz y de ventura fué cuando los toltecas, animados de un espíritu religioso altamente marcado, levantaron la arrogante pirámide de Cholula, grandioso monumento fabricado en honor de su querida divinidad Quetzalcoatl,

(1) *Ixtlilxochitl*, «Hist. de los chichimecas, 1115, cap. 73. Esta obra, y otras del mismo autor, descendiente por línea recta de los reyes de Acolhuacan, se hallaban en la librería del colegio de San Pedro y San Pablo, en la ciudad de Méjico.



dios del aire, cuyos admirables restos están patentizando al mundo su grandiosidad pasada: pirámide ó *teocalli* de soberbia magnitud que se levanta arrogante, excediendo en longitud aparente de su base, á la de todos los edificios de su género encontrados por los viajeros en el antiguo continente; base de doble magnitud de la que cuenta la gran pirámide conocida con el nombre de Cheope; y monumento en fin que ostenta tres metros mas de altura que el Mycerino, ó la tercera de las grandes pirámides egipcias del grupo de Djyzeh. (1)

1049. Muerta la excelente reina Xiuhltlaltzin, su-  
 Popanohitzin. hió á ocupar el trono el primogénito Tepan-  
 8.º rey cuitzin, que se habia manifestado respetuoso  
 tolteca. y obediente con su madre y soberana.

La cultura y la civilizacion habian caminado en escala ascendente desde el primero de los reyes toltecas hasta el nuevo monarca que acababa de empuñar el cetro. Cultura y civilizacion relativa, es cierto, al estado que guardaban las otras tribus de la América; pero que revelaban una inteligencia clara, y que procedian, á juzgar por la forma de su gobierno, de una nacion adelantada que habia sufrido, como dice Humboldt, grandes trastornos en su estado social. Nada arguye con mas poderosa fuerza en favor del estado de adelanto de la nacion tolteca, que las mismas obras que legaron al mundo, para que fuesen juzgadas

(1) Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva-España.*

Boturini ha sufrido un error al creer que la pirámide de Cholula fué edificada para salvarse en ella los toltecas. en caso de otro diluvio. Locura hubiera sido hacerlo con ese intento, puesto que ella no habia á contener todos los habitantes de un reino, y cuando muy cerca existian muchos y elevadas montañas de superior altura.

por la posteridad. Conocedores del uso de las pinturas jeroglíficas, los toltecas sabian transmitir, por medio de ellas, sus pensamientos y sus ideas; referir los hechos pertenecientes á la historia hasta con sus mas ligeros detalles; expresar sus afectos mas íntimos y dar á conocer el seguro curso y el movimiento exacto de los astros. Artifices inteligentes, trabajaban, con exquisito gusto, las piedras preciosas: eran admirables en la fundición del oro y de la plata, y sabian dar, por medio de perfectos moldes, las formas mas caprichosas á esos dos ricos metales, de que hacian graciosos pajaritos, brillantes mariposas y delicados objetos dedicados al adorno y la compostura. Los dibujos de piuma y los finos tejidos de algodón eran de un mérito notable; y los edificios que levantaron, los templos que construyeron y los caminos que dejaron, serán siempre el testimonio irrecusable que certifique el adelanto de los primeros pobladores del Anáhuac.

Para los que hayan leído el desfavorable y ofensivo juicio emitido por el escritor Paw en sus *Investigaciones filosóficas* respecto de los indigenas de la América, la pintura que de los toltecas acabo de presentar, parecerá acaso lisonjera y parcial. Nada, sin embargo, está mas lejos de mí que la parcialidad.

El expresado escritor Paw, obedeciendo, sin duda, á los impulsos de una imaginacion vivísima y creadora, y juzgando á los primitivos habitantes de la América por algunos rasgos particulares de sus costumbres, ha dejado correr su pluma dominado de una prevención desfavorable hácia ellos, muy comun, por desgracia, entre la mayor parte de los escritores extranjeros que visitan aquellos países. Preo-

cupado su ánimo con la idea falsa, que por cierta le presentaba su imaginacion por falta de un exámen detenido, el señor Paw no concede á los indios mas que una memoria limitada y frágil que les hace olvidar hoy lo que practicaron ayer; un ingenio obtuso que no les permite pensar ni ordenar sus ideas; una voluntad fria, incapaz de sentir los estímulos del amor; un ánimo apocado y mezquino; un genio indolente y estúpido; y una alma, en fin, muy inferior á la de los demás hombres, y muy poco superior á la de los seres irracionales.

Por fortuna de la verdad histórica, al lado de la opinion errónea y ofensiva del filósofo Paw, se encuentran los escritos intachables de Hernan Cortés, de Bernal Diaz, de Solís y de todos los autores españoles, ensalzando la inteligencia, el valor, el claro ingenio y las notables obras ejecutadas por los indios que ellos tuvieron proporcion de admirar al poner su planta en el Nuevo-Mundo.

Humboldt, excepcion honrosa de las pocas que se cuentan entre los extranjeros que han escrito de las cosas de Méjico, hace una pintura brillante de la cultura y adelantos de los toltecas, que está en armonía con la de los mas ilustres autores antiguos españoles y mejicanos. «Los toltecas, dice, introdujeron el cultivo del maíz y del algodón, edificaron ciudades, construyeron caminos, y principalmente las grandes pirámides que aun hoy dia admiramos, y cuyas caras están perfectamente orientadas. Conocian el uso de las pinturas jeroglíficas, sabian fundir los metales y cortar las piedras mas duras; y tenian un año solar mas perfecto que el de los griegos y de los romanos.»

Despues del respetable parecer del juicioso baron de Humboldt, nadie podrá poner en tela de duda la inteligencia, cultura y adelantos de los toltecas.

Lejos estoy de pretender, al hablar de la civilizacion tolteca, que se la quiera nivelar con la civilizacion de otros pueblos de Europa en la misma época. Las condiciones de ambos continentes habian sido muy distintas. Los pueblos de Europa habian seguido comunicándose progresivamente sus luces y sus adelantos, mientras los habitantes de la América, aislados, privados de toda comunicacion con el resto del género humano, debian á sus propios esfuerzos la civilizacion que mostraban. Pero comparando los adelantos de los toltecas en las circunstancias que en él concurrían, con otros del antiguo continente, cuando se encontraron en parecidas ó iguales, preciso es confesar que los resultados de la comparacion no resultan desfavorables á los primeros.

No ha existido historiador ninguno imparcial, que no haya hecho justicia á los toltecas, presentándoles como un pueblo relativamente culto. Ellos fueron los inventores, en América, ó por lo menos los reformadores del arreglo del tiempo que adoptaron todas las naciones de Anáhuac; y es sabido que el arreglo del año civil que éstas tenían, estaba perfectamente de acuerdo con el solar, por medio de los dias intercalares, como lo tuvieron los romanos despues de la correccion de Julio César, dejándose admirar en él la mayor exactitud.

Religion de los  
toltecas.

Opiniones sobre  
si sacrificaban  
ó no victimas  
humanas.

A la inteligencia clara de que los toltecas estaban adornados, reunian un carácter pacífico, mas inclinado al trabajo y al cultivo de las cosas útiles, que á las guerras, siempre des-

tractoras. Estas bellas cualidades que distinguian á los toltecas, y la carencia de datos respecto de los actos de su religion, ha inducido á creer á algunos escritores que, aunque idolátrica, como realmente era, acaso no tenian la terrible costumbre de sacrificar víctimas humanas. «Fueron,—dice el ilustre escritor Clavijero,—los inventores de la mayor parte de la mitología mejicana; pero no sabemos que usasen aquellos bárbaros y sanguinarios sacrificios que despues se hicieron tan frecuentes entre las otras naciones.»

Si pudiera asegurarse que, con efecto, en medio del adelanto á que habian llegado, se hallaban exentos de la costumbre de sacrificar á sus falsas divinidades víctimas humanas, el cuadro que podriamos presentar de los toltecas seria el mas risucño, el menos cargado de sombras, el mas bieu concluido. Pero, por desgracia, existe un indicio vehemente para sospechar que practicaban ese acto sangriento exigido por una religion que ellos no tenian la culpa de tener. Las señales poderosas que arguyen que los toltecas sacrificaban á sus dioses víctimas humanas, aun cuando fuese en muy escaso número, se encuentran en las ruinas de los magníficos templos que levantaron á sus divinidades. El respetable baron de Humboldt, observador profundo, cuya opinion sobre las cosas de la América es justamente de todos respetada, no duda en asentar, al ocuparse de las ruinas de Teotihuacan, que los toltecas practicaban sacrificios humanos. «Cada uno de los cuatro altos principales de los templos, del sol y de la luna,—dice,—se dividia en gradas pequeñas de un metro de alto, y de las cuales aun quedan rastros cubiertos con pedazos de ob-

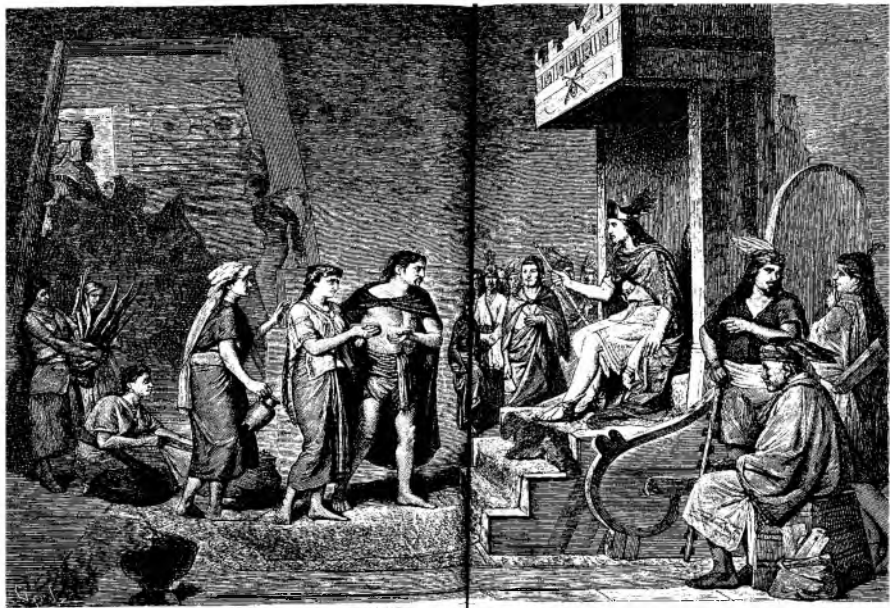
sidiana, que serian, sin duda, los instrumentos cortantes con los que, en sus bárbaros sacrificios, los sacerdotes toltecas y aztecas abrían el pecho á las victimas.» (1)

Dejando al lector en el libre derecho de que juzgue como mas lógico crea conveniente en este punto en que los historiadores solo pueden guiarse por conjeturas mas ó menos persuasivas, volvamos á ocuparnos de la marcha que los gobernantes siguieron observando en la direccion de las cosas del Estado.

1042. Elevado al trono, como antes dejamos in-  
 Tejanacaltzin, dicado, el nuevo rey Tepanacaltzin, no desme-  
 R.º rey tolteca. recieron los primeros dias de su reinado, de  
 los buenos de sus predecesores. Casto y rigido con su per-  
 sona, era el modelo que trataban de imitar sus goberna-  
 dos. El descubrimiento de un producto que mas tarde de-  
 bia constituir un ramo de riqueza inagotable en la region  
 de Anáhuac, llegó á aumentar el cultivo de inmensos ter-  
 renos eriales. El descubrimiento llegó á hacerlo un pariente  
 Descubrimiento del rey llamado *Papantzin*, extrayendo del  
 del pulque. tronco del maguey, un licor blanco, suave y  
 espeso, denominado *pulque*. Contento de aquel descubri-  
 miento que proporcionaba á sus compatriotas una bebida  
 sana y estomacal, que hoy equivale al vino en nuestra Eu-  
 ropa, se lo comunicó á su hija *Xochitl* (Flor), hermosa y  
 encantadora jóven llena de modestia y de virtud. La gra-  
 ciosa *Xochitl* juzgó que aquel descubrimiento era digno de  
 especial estimu; y su satisfecho padre, obrigando la misma  
 idea, y no dudando que el rey recibiria la noticia con no-

(1) Humboldt. Ensayo político sobre el reino de Nueva España.





LA JEMOSA. Suerte de esclavitud del Pulque.





table agrado, preparó el nuevo licor, y colocándolo en una aromática vasija, se dirigió con su bellísima hija, á presentarlo á su real pariente y soberano.

El rey se  
enamoró de la  
hermosa  
Xochitl.

El rey Tepancaltzin quedó prendado del descubrimiento hecho por su industrioso deudo Papantzin; pero lo quedó aun mucho mas de la seductora hermosura de la hechicera *Xochitl*, verdadera flor como su nombre, que ostentaba en sus labios el carmin de los clavos, y en sus pudorosas mejillas el apreciable color de la naciente rosa.

Era la vez primera que el monarca veia á la modesta y simpática hija de su pariente Papantzin, en cuyos ojos grandes y negros velados por arqueadas y largas pestañas, se descubria el fondo de una alma tierna y sencillo, como lo es el alma de la mujer en los primeros albores de la risueña juventud.

El monarca no acertaba á separar la vista de aquella joven encantadora, en cuya serena frente, que hacia mas serena aun el negro y abundante cabello que embellecia su bien formada cabeza, se reflejaban el talento y la bondad.

El rey, cautivado por las gracias de la hermosa *Xochitl*, prodigó al descubrimiento hecho por su padre, los mas lisonjeros elogios, procurando atraerse con ellos el cariño de aquel ser que habia conmovido profundamente su corazon.

La graciosa jóven y su amoroso padre, despues de haber escuchado con grata satisfaccion los plácemes del monarca por el reciente descubrimiento, se retiraron de la presencia del soberano, que, extasiado de placer, siguió

con la vista, á la modesta Xochitl hasta el instante de verla desaparecer de la régia estancia.

La impresion que produjo en el corazon del rey la belleza cautivadora de la graciosa Xochitl, operó un completo cambio en los sentimientos de su corazon.

Aquel rey, modelo hasta entonces de moderacion y de rigidez; aquel rey que habia mirado hasta ese instante con veneracion religiosa, los derechos sagrados de los padres de familia en el hogar doméstico, se olvidó de sus deberes, y fascinada su imaginacion con los atractivos de la hermosa Xochitl, solo pensó ya en los medios que le pudiesen conducir al logro de la posesion de la jóven.

Existiendo entre las tribus de la América la poligamia, y siendo permitido el que se casasen los parientes cuando el parentesco no era demasiado próximo, lógico parecia que el rey pidiese la mano de la jóven, bien para elevarla á la categoria de reina, bien para contarla entre el número de las demás mujeres.

No era obstáculo para ello el que estuviese unido á otra mujer á quien habia dado el titulo de reina; pues el rey podia conceder el mismo rango á la jóven á quien juzgase digna de unirse á él y de aquel titulo. Sin embargo, el rey, á pesar de su amor, de su pasion vehemente por la hermosa Xochitl, no recurrió á ese medio, que parecia el mas sencillo y noble para realizar su deseo; lo cual induce á creer que la jóven estaba prometida por su padre á otro jóven á quien ella amaba, y que el monarca, al saberlo, no queriendo aparecer como arbitrario opouidándose á aquellos amores, trató de ganar en secreto, el corazon de la hermosa.

Tierno y apasionado, manifestó á la seductora Xochitl los afectos amorosos de su corazón; pero viendo que sus apasionados ruegos se estrellaban de continuo en la recta virtud de la pública beldad, resolvió recurrir á un medio que, aunque violento, le diese el resultado que anhelaba: robarla de la casa paterna.

El rey Tepancaltzin, robó á la hermosa Xochitl. Concebida la idea, la puso inmediatamente en práctica; y la linda Xochitl fué robada por el rey, arrebatada de la casa de su padre, y encerrada en uno de los palacios del soberano.

El tiempo y los ruegos del rey profundamente enamorado, vencieron ai fin la resistencia de la jóven, y la hermosa Xochitl dió á luz en 1051 un niño, fruto de sus relaciones con el monarca, á quien pusieron por nombre *Meconetzin*, esto es, *hijo del maguey*.

Transcurridos algunos meses, la esposa del soberano que habia devorado en silencio las infidelidades de su esposo, sucumbió víctima de una lenta enfermedad, y Tepancaltzin, ciego aun de amor por la bella Xochitl, llevó á esta y á su hijo, llamado tambien *Topiltzin*, á su palacio, y les confió las riendas del gobierno, elevando á la primera al rango de reina.

Como no existia del matrimonio legitimo del rey, heredero niuguno á la corona, esta pasó en 1094 á las sienes de Topiltzin, hijo de los ilícitos amores del soberano con la linda *Xochitl*.

1094.  
Reinado de Topiltzin, último rey tolteca.

La felicidad y el bienestar del pueblo tolteca empezó á decrecer visiblemente desde que el rey Tepancaltzin, separándose de la recta senda seguida por los soberanos que le habian prece-

dido en el trono, atropelló los respetos de la sociedad y se hizo esclavo de las débiles pasiones.

Los males del país, que empezaron á dejarse sentir cuando se entregó completamente á los ilícitos amores con la jóven *Xochitl*, abandonando por ellos los negocios del Estado, se aumentaron y tomaron proporciones alarmantes, al empuñar el cetro el fruto nacido de aquella volcánica pasion.

El cielo parecia haber maldecido el comercio ilícito de los dos amantes; y la elevacion de Topiltzin al trono, no fué acogida con el entusiasmo manifestado en la coronacion de los anteriores monarcas. A la jura del nuevo soberano, celebrada en Tula, no concurren, como habia sido costumbre, algunos poderosos señores de diversos pueblos, indicio inequívoco de la indisposicion de los ánimos. El nuevo monarca, juzgándose herido en su dignidad, envió comisionados que no alcanzaron el objeto deseado por el rey. La falta de armonía entre el soberano tolteca y los jefes que no quisieron rendirle homenaje, produjo serias y enérgicas contestaciones que, empezando por indisponer los ánimos, acabó por conducirles al terreno de las armas. Topiltzin levantó un ejército numeroso, y disponiéndose á llevar la guerra, consiguió amedrentar á sus contrarios, logrando así que se celebrase una tregua de diez años.

Satisfecho del resultado obtenido, y creyéndose sólidamente asentado en el trono, no pensó ya mas que en entregarse á los goces de una vida poco ceñida á la moral. Sus desórdenes no conocian limite, y santificados por los sacerdotes del templo de Cholula, sin traba y sin reparo el rey se creyó con el derecho de continuarlos. Pronto su ejemplo

fué seguido por los nobles de la corte, y desde entonces la relajacion y el vicio constituyeron la vida del monarca y de los cortesanos.

A sacarle de aquel estado de molicie y de corrupcion, vino por fin el grito de guerra lanzado al espirar el plazo de diez años de tregua que habia celebrado con sus contrarios. Estos se habian preparado á la lucha mientras Topiltzin, sumergido en el fango de los vicios, habia descuidado los negocios importantes del Estado.

La lucha empezó con encono profundo por una y otra parte. Por espacio de tres años no se escuchó en aquel país, hasta entonces entregado á las artes y á la agricultura, mas que el estruendo de las destructoras armas y los gritos y alaridos que aquellas tribus lanzaban en los combates.

La ruina y la devastacion se presentaban donde poco antes crecian las ricas mieses y se ostentaban risueñas poblaciones. Campiñas destruidas, ciudades incendiadas, era el espectáculo que se presentaba á la vista del hombre. La lucha se mantuvo en los tres años que duraron sus estragos, sin que la victoria decisiva se declarase por ninguno; pero al fin los resultados fueron, como tenian que ser, funestos para el monarca; y en una de las batallas, la mas sangrienta y desastrosa para sus armas, perecieron entre millares de intrépidos soldados, su anciano padre Tepan-caltzin, y su bella esposa la simpática Nochitl. El rey, aunque cercado de enemigos por todas partes, logró salvarse recurriendo á la fuga; pero abatido por la suerte y abandonado de sus servidores, debió morir á poco errante y miserable, pues nunca se llegó á tener noticia ninguna de su paradero. El hijo mayor del monarca, llamado Pocholl,

logró escaparse con su nodriza, de la tenaz persecucion de sus contrarios, refugiándose en una de las poblaciones del fértil valle de Toluca.

Como consecuencia de aquella desoladora y larga guerra, pronto apareció el terrible azote del hambre con todo su lúgubre y destructor cortejo, en el suelo, hasta entonces, verdaderamente feliz de los toltecas. La fuerza abrasadora de los rayos solares, y la absoluta carencia de lluvias, secaron sus campos; y el concurso de todas estas calamidades, ocasionando diariamente millares de víctimas, iba convirtiendo á la nacion en un vasto cementerio. La peste se agregó bien pronto á los males que desolaban la sociedad, y el reino entero no era mas que un inmenso hospital que alimentaba con infinitos cadáveres las tumbas que se abrian. Aterrados los que aun se habian salvado del contagio, del cúmulo de calamidades que afligian su suelo, trataron de buscar en otros sitios, la tranquilidad y el reposo de que desgraciadamente carecian. Todos los que se sentian con suficiente robustez para soportar las penalidades de un largo viaje, abandonaron el horrible escenario en que las víctimas se sucedian sin interrupcion, y se esparcieron con sus mujeres y sus hijos, por las fértiles regiones de Guatemala, de Yucatan y de otros puntos, donde el viajero cree encontrar, en las majestuosas ruinas del Palenque y de Mitla, las elocuentes páginas levantadas por los inmigrantes toltecas para perpetuar la memoria de su civilizacion. Unicamente quedaron en el desolado reino, algunas cuantas familias á quienes la miseria, la carencia de recursos y la falta de salud, les impidió seguir á sus compatriotas, y que tristes y macilentas se esparcieron por el

espacioso y pintoresco valle en que, mas tarde, llegó á fundarse la grandiosa ciudad de Méjico, en Cholula, Tlaximalóyan y en otros diversos lugares que correspondiesen con sus frutos al trabajo de sus brazos. Entre el reducido número á quienes la necesidad obligó á que se estableciesen en el valle, se encontraban dos hijos del derrotado monarca Topiltzin, cuyos descendientes llegaron á emparentar, en épocas posteriores, con las familias reales de Méjico, de Texcoco y de Coyohuacan.

De esta manera desapareció la nacion tolteca, despues de cuatro siglos de haber echado los cimientos de su monarquía en la region de Anáhuac. Pero si la base de su gobierno se hundió bajo el peso de las últimas calamidades que afligieron al pueblo, quedaron incólumes los fundamentos de la civilizacion que sirvió de sostén á las demás naciones que la siguieron, y de impercederas páginas que inmortalizarán por siempre el nombre tolteca.

La agricultura, las artes, las ciencias, todo aquello, en fin, en que se distinguieron mas tarde los hombres que siguieron poblando el precioso valle de Méjico, fué debido á los industriosos toltecas. Notables en el pulimento de las piedras preciosas y en el gusto que daban al oro y la plata en las vistosas alhajas que hacian, el nombre tolteca, sirvió, pasados los siglos, para aplicarlo como uu timbre de honor á los distinguidos artifices de las demás naciones que poblaron el Anáhuac. Celosos de la conservacion de los hechos mas remotos, habian tenido el cuidado de señalarlos en sus pinturas y jeroglíficos; y todos los que hayau estudiado la historia de los antiguos pueblos de Méjico, dice Clavijero, saben á no dudar, «que los toltecas tenian noticia



clara y distinta del diluvio universal, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes, y que aun conservaban los nombres de sus primeros progenitores, que del resto de la familia se separaron en aquella universal dispersion.»

Si acaso otros, antes que los toltecas, llegaron á habitar el país de Anáhuac, preciso seria confesar que la señal de su existencia desapareció con ellos mismos.

Pudiera ser que tribus nómadas, bien se denominasen olmecas, bien xicallanques, pasando como rápidos cazadores, colocasen allí por breve tiempo, sus frágiles aduares; pero la huella de su paso no ha quedado atestiguada con ningun monumento que patentice su pasajera permanencia.

Nada existe anterior á los toltecas.

Es indubitable que los primeros que llevaron al valle de Anáhuac los benéficos gérmenes de la civilizacion; los primeros que en aquel delicioso oasis de la América elevaron grandiosos monumentos comparables con los del antiguo Egipto y de la India; los que han dejado en las admirables ruinas de Teotihuacan y de Cholula la huella imperecedera y honrosa de su existencia como los inmigrantes mas antiguos que se establecieron en la tierra entonces deshabitada del Anáhuac, fueron los toltecas.

Llegada de los otomíes al país de Anáhuac. Por espacio de mas de un siglo permaneció casi desierto y solitario, el pintoresco territorio en que los toltecas dejaron impresa en sus monumentales obras, la historia de su existencia. En las abandonadas casas y solitarios templos de las desiertas ciudades, solo se albergaban las aves y las fieras. Todo era soledad lo que en un tiempo fué animacion y vida. Solamente se

encontraban diseminadas por aquellos sitios mas favorecidos por la naturaleza, algunas cuantas familias, preciosos restos de la, aun no hacia muchos años, floreciente nacion tolteca.

De pronto otra nacion, ávida tambien Vinje de los chichimecos al país de Anáhuac. de terrenos mas feraces, de un cielo puro, y de un clima benigno que le negaba el suelo del Norte en que estaba asentada, abandonó sus lares; y tomando sus arcos y sus flechas, se dirigió en busca de una region que reuniese las condiciones anheladas.

La nacion que abandonaba los sitios de su nacimiento por ir en pos de otros que le brindasen los bienes que soñaba, fué la nacion chichimeca, cuyo asiento en la parte del Norte, se ignora aun donde estuvo situado.

Presentaban los chichimecas una mezcla rara de algunos imperceptibles rasgos de civilizacion, con otros muchos de barbarie. Gobernados por un rey y por autoridades encargadas de hacer cumplir las pocas leyes que les regian, los chichimecas acataban las disposiciones, con el respeto con que pudiera hacerlo el país mas culto: la plebe guardaba á la nobleza establecida en aquella sociedad, las mas altas consideraciones; los individuos que por sus servicios ó méritos habian alcanzado el favor del soberano, eran profundamente respetados por la clase pobre; y la sociedad entera, comprendiendo los bienes que resultan á los pueblos de la comunicacion de las familias, vivia congregada en diversas, aunque humildes poblaciones.

Al lado de estas cualidades propias solo de los pueblos que tienen algunas nociones de civilizacion, se encontra-

ban los opuestos rasgos resaltantes que marcaban su incultura. Sus casas eran miserables chozas de tierra con frágiles techos de ramas, que tenían por pavimento el mismo suelo que les servía de cimiento. Una sola pieza incómoda y súa, que no recibía más luz que la que entraba por la estrecha puerta, por donde solo era posible entrar agachado, servía de habitación, cocina y dormitorio á todos los miembros de la familia, sin distinción de sexos; y el ajuar de ella se reducía á las flechas y el arco que constituían las armas favoritas del chichimeca. Acostumbrados á una vida libre y vagabunda, desconocían completamente la agricultura y las artes; vivían de la caza de los bosques, de la pesca, de las frutas silvestres y de las raíces que encontraban en las montañas; sus vestidos eran toscas pieles de las mismas fieras que en las selvas cazaban; llevaban largo y en desorden el cabello; adoraban al sol, juzgando á este astro como la única divinidad que existía; le ofrecían las yerbas y las flores que encontraban en los campos; le pedían que fecundizase la tierra y poblase de pájaros los bosques; y contemplaban su brillante salida y su majestuosa desaparición con profundo arrobamiento religioso.

En medio de esa vida semisalvaje y ruda que les daba un aspecto feroz y temible, conservaban costumbres que, si estaban lejos de ser dulces y apacibles, se encontraban también distantes de la crueldad que debía esperarse de un pueblo cazador, criado en el ejercicio de las armas y en medio de las selvas y de los torrentes.

Para haber tomado la resolución de abandonar su país nativo llamado *Amaquemecan*, situado, como el de los tol-

tecas, en la region del Norte; pero cuyo punto fijo se ignora, los chichimecas tenian un motivo. El último rey de Amaquemecan, consagrando amor igual á dos hijos respetuosos que el cielo le habia concedido, y no queriendo herir la sensibilidad de ninguno de ellos manifestando preferencia al otro, dejó una parte del reino, bajo el gobierno del que contaba menos edad, y el resto de la monarquía encomendado á la direccion del primogénito.

Los dos príncipes, cuyos nombres eran *Achcauhlli* y *Xololt*, se manifestaron dispuestos á obsequiar gustosos la disposicion del rey su padre. Sin embargo, dificil era que se conservase por mucho tiempo la armonía con que asociados entraron al principio á gobernar sus pueblos. La débil condicion humana es inclinada á no admitir en el poder á otra entidad que ejerza igual poder á la que uno ejerce, bien porque, inferior en inteligencia, sirva de rémora á su marcha, bien porque, superior en dotes y talento, pueda cautivar con su esplendente brillo á la sociedad agradecida.

No existe dato ninguno que arguya que *Xololt* participase de esa rivalidad que generalmente se establece entre gobernantes que ejercen idéntico poder; pero ya reconociese por causa la rivalidad, ó ya fuese motivada por el sentimiento noble de mejorar el bien de sus gobernados, es lo cierto que *Xololt*, resolvió abandonar el suelo de la patria, y dirigirse, con sus vasallos, á otra region que les brindase con el sustento y la abundancia de caza que las montañas y los bosques de su país no tenian.

Cauto y previsor, envió á varias personas inteligentes, antes de llevar á cabo la resolucion, á que recorriesen las

tierras meridionales, examinasen las condiciones de ellas, y le diesen una noticia exacta de las ventajas que presentaban para la vida.

Los exploradores desempeñaron la importante comision á satisfuccion del rey, indicando el punto en que se podrian echar, á juicio de ellos, los cimientos de una monarquia feliz. Xololt, les escuchó con regocijo, y halagado cada vez mas por la idea que habia concebido, convocó á sus vasallos, les comunicó su pensamiento, y les invitó á que le siguiesen á países mas risueños, que brindaban un porvenir dichoso, abundante caza, y un clima benéfico y primaveral.

Las lisonjeras esperanzas que, vestidas con el seductor ropaje que les presta la fantasia, se presentaron fascinadoras á la mente del necesitado soñador; el atractivo que encierra toda novedad halagadora envuelta en promesas de ventura; y, sobre todo, el deseo de tener montes y bosques abundantes donde entregarse al errante ejercicio de la caza, fueron alicientes irresistibles para la mayor parte de los súbditos que se ofrecieron gustosos á seguirle.

Contento de la buena disposicion de sus vasallos, señaló el dia en que se debia emprender la marcha, á fin de que cada familia se abasteciese de lo necesario para el viaje. Pocos eran los preparativos que tenia que hacer aquella tribu ambulante, cuyos aduares se improvisaban, y cuyos alimentos eran las yerbas, las aves y las fieras. Pronto arreglaron sus familias, levantaron sus penates, y al llegar el plazo fijado para la marcha, se presentaron al monarca, dispuestos á partir. El momento de emprender la peregrinacion habia llegado; y al brillar la luz de una apacible

mañana, Xololt, despues de haber ofrecido al sol las flores y las yerbas que en su religion se juzgaban de mas estima para la divinidad, emprendió su viaje, llevando á su lado á su hijo el principe *Noyaltzin*, rodeado de la nobleza y seguido de casi todos sus vasallos que, armados de arco y flechas, formaban un ejército original y formidable.

Siguiendo el rumbo indicado por los exploradores que antes de emprender el viaje habia mandado el rey, el camino que tomaron fué el mismo por donde habian pasado, en tiempos anteriores, los toltecas.

Los chichimecas, seducidos por el delicioso clima á medida que iban penetrando en el pintoresco suelo de Anáhuac, se iban deteniendo en aquellos sorprendentes parajes en quo la naturaleza se ostentaba en toda su exuberante esplendidez, y en que la abundancia de jugosas frutas silvestres y de sabrosa caza, les brindaba numerosas provisiones.

Así continuó la ambulante tribu su marcha, encontrando á su paso las solitarias ruinas de las poblaciones toltecas, semiocultas entre la maleza y la yerba que habian crecido al derredor de ellas. Aquellas venerandas ruinas, eran el libro en que se leia, con caracteres inequívocos, la grandeza de un pueblo que habia desaparecido; pero los chichimecas no experimentaron á su vista sensacion ninguna de profundo afecto, juzgando que sus antiguos habitantes habrian marchado en busca de terrenos mas feraces, como ellos habian dejado sus patrios lares y sus áridas montañas con el mismo pensamiento.

El exámen, solo pertenece á los hombres cultos; y los

chichimecas que se encontraban muy lejos aun de haber llegado á la cultura que conduce á la observacion, siguieron indiferentes su marcha por entre restos de desiertas poblaciones, entre las cuales se contaba Tula, á donde llegaron á los diez y ocho meses de haber salido de su patria.

Nada quedaba en Tula que indicase haber sido la residencia de los reyes de una nacion importante. Los débiles edificios, pues solo en los templos se ostentaba la solidez, incendiados unos por las desastrosas guerras civiles que affligieron al pueblo tolteca en el reinado de su último monarca, destruidos otros por la furia de los vencedores, y aniquilados los restos que habian quedado en pié de las aisladas paredes, solo presentaban fragmentos ennegrecidos, y montones de piedras y de tierra.

Los chichimecas solo se detuvieron en Tula el tiempo preciso para descansar.

Despues de algunos dias de reposo, continuaron su viaje, llegando por senderos abundantes de caza, á Cempoala y Tepepulco, punto distante cuarenta millas del notable lugar en que, transcurridos los tiempos, se levantó grandiosa la ciudad de Méjico.

El rey *Xolotl* acampó con toda su gente en aquellas campiñas; y ávido de conocer las condiciones del feraz suelo que pisaba, para establecer, donde mas conveniente fuese, el imperio, cuyos cimientos trataba de poner, envió á su hijo primogénito *Nopaltsin*, príncipe de relevantes dotes, á que observase el país por diferentes rumbos.

El apuesto jóven *Nopaltsin*, tomando para que le siguiera, la gente mas resuelta y escogida, emprendió contento

la expedición. A medida que iba avanzando en la dirección que había tomado, el aspecto del país se presentaba con nuevos encantos y bellezas. De repente se detuvo, sorprendido acaso ante el mas brillante panorama que puede presentar la naturaleza á la vista impresionable del hombre. El punto en que se había detenido era una dominante altura, desde donde se descubria el admirable conjunto del grandioso valle de Méjico, formado, podria decirse, por Dios, en la plenitud de sus bondades.

No nos ha transmitido la historia la sensacion que produjo en el ánimo del principe *Nopalztin*, la vista de aquel sorprendente valle, que no se puede ver sin amar, y que se llega á amar desde el instante mismo en que el viajero lo mira. Pero grata y profunda debió ser sin duda la emocion que embargó sus potencias, cuando admirado de lo que veia, hizo alto para detenerse á contemplar la espléndida vegetacion que ostentaban los bosques y las campiñas, ataviados con todo el lujo de la vírgen naturaleza.

Anto los ojos tenia el explorador principe chichimeca ese gran valle de Méjico, delicioso y ovalado oasis de diez y ocho leguas de largo, doce de ancho, sesenta y siete de circunferencia, y doscientas cuarenta y cinco leguas cuadradas de superficie; ese delicioso valle con sus grandes lagos en medio de las florestas esmaltadas de verdura y de flores; circunvalado, por decirlo así, de elevadas montañas, entre las cuales descuellan como dos gigantes centinelas avanzados, los majestuosos volcanes coronados de perpetuas nieves, el *Popocatepetl*, que significa *monte que arroja humo*, y el *Iztla:ihualt*, ó *mujer blanca*; cuyas nevadas cabezas se ocultan en el flotante pabellon del cielo que forma su



brillante aureola, que el sol salpica de variadas perlas. Ese indescriptible valle que ocupa el centro mismo de la cordillera del Anáhuac, con su naturaleza animada, brillante y caprichosa; con su cielo despejado y puro; con sus poéticas colinas como la encantadora de Chapultepec; con sus colosales y majestuosas *ahuchuetes*; (1) y con ese magnífico conjunto, en fin, de variados contrastes, siempre maravillosos, que llega á formar un grandioso cuadro que halaga siempre, y que jamás se borra de la mente cuando se ha tenido la dicha de contemplarle alguna vez.

Los chichimecas Contento el principe *Noxaltzin* de lo que sus ojos descubrian, recorrió afanoso las risueñas orillas de los grandes lagos que fecundizan el valle; admiró los feraces campos que se extendian por la llanura como una rica alfombra de flores y de silvestres frutas; examinó las elevadas montañas, y deteniéndose en la cima de la mas pintoresca de ellas, volvió á tender la vista por todo el hermoso paisaje que le rodeaba. *Noxaltzin*, satisfecho del brillante resultado de su expedicion, tomó el arco, y disparó cuatro flechas hácia los cuatro vientos cardinales. Aquella ceremonia indicaba que habia tomado posesion, en nombre del rey y en pro del pueblo chichimeca, de toda la tierra que acababa de descubrir.

La descripcion hecha por el principe al soberano del resultado de su expedicion, satisfizo cumplidamente al segundo; y pronto, poniéndose á la cabeza de sus vasallos, se dirigió hácia el sitio ponderado por su hijo. *Xololt*, rodeado

(1) Arbol de notable belleza, muchos de los cuales ostentan un tronco de 26 varas de circunferancia: pertenece á la familia de las coníferas y significa, *tam-shu: de agua, de allí*, que quiere decir *agua*, y de *ah-ah-ell*, tauhor.

de la nobleza, fijaba la atención en las condiciones del terreno de cada punto por donde pasaba, y llegó por fin, á Tenayuca, punto que le pareció que reunía las cualidades que anhelaba.

En este lugar, distante seis millas de Méjico, hácia el norte, mandó hacer alto á toda su gente, contó el número de sus vasallos, y fijó la residencia; quedándole á Tenayuca, desde entonces, el nombre de *Nepahuualco*, que significa *numeracion, ó sitio de la cuenta*.

Aunque fué grande el número de chichimecas que resultó de la revista efectuada por el rey Xololt, estaba sin embargo, muy lejos de arrojar la enorme cifra de mas de un millon que ha consignado Torquemada en su *Monarquía Indiana*.

Basta detenerse á reflexionaa sobre el alimento que cada hombre necesita para conservar en vigor sus fuerzas en un largo y penoso viaje, para comprender que, un país que aun no estaba cultivado, pudiese sustentar á mas de un millon de personas que solo vivian de la caza y de las frutas silvestres.

No me detendré á calcular el número que aproximadamente debió formar la falange que acompañó á Xololt al abandonar su patria; pero cada lector consultando con su recto criterio, podrá acercarse á la cifra real, partiendo del punto de que el país por donde habian pasado, carecia completamente de agricultura.

El monarca Xololt, que trataba de facilitar á su pueblo los medios de que pudiese atender á las necesidades de la vida, ordenó á numerosas familias, que se estableciesen en las tierras mas abundantes en caza y frutas que existian

en los puntos comarcanos á Teuayuca, donde él estableció su residencia.

La población, buscando las condiciones mas favorables, se fué aglomerando insensiblemente hácia la parte del poniente y del norte que presentaban mayores elementos de bienestar; y esta aglomeración hizo que tomasen aquellas tierras el nombre de *Chichimecaltalli*, esto es, tierra de los chichimecas.

Pronto los nuevos habitantes fueron levantando frágiles chozas, y formando numerosas, aunque cortas poblaciones.

El rey Xololt, dotado de un carácter emprendedor y activo, queriendo tener conocimiento del origen de algunos rios que el principe *Nopalztin* habia visto al observar el valle de Méjico, y de los cuales le habia hablado con entusiasmo, ordenó á uno de sus mas estimados capitanes, llamado *Achitomal*, que fuese inmediatamente á practicar el reconocimiento mas escrupuloso. El entendido comisionado, viéndose honrado con la confianza que el soberano hacia de su saber, se dirigió hácia los sitios convenientes. Al acercarse á *Chapultepec*, que significa *cerro del chapulín*, (1) á Coyohuacan y á otros lugares, llamó su atención el encontrar algunas chozas con personas de ambos sexos que no pertenecian á su nacion, y cultivados con esmero algunos pedazos de terreno.

La agricultura era desconocida de los chichimecas; pero el asombrado capitan que estaba dotado del suficiente criterio natural para comprender que los hombres que habian hecho productiva la tierra, se encontraban á mayor altura

(1) Insecto, especie de langosta que en Castilla se llama *salton*.

de civilización que los que no sabían más que hollarla y destruirla, se formó un ventajoso concepto de aquel reducido número de seres humanos que vivían en sociedad.

*Achitomatl*, inclinado en favor de ellos, se acercó, lleno de respeto y de consideración, á preguntarles por la nación á que pertenecían, por la ciudad que ocupaba el soberano que les gobernaba, y por cuanto hacía relación á la sociedad que formaban. Entonces supo, con asombro, la formación, engrandecimiento y ruina del imperio tolteca, y que las contadas familias que tenía á la vista, eran las únicas que se habían salvado de la desolación general.

Informado el monarca *Xololt* de la existencia de aquellos restos de una sociedad civilizada, ordenó que se les guardasen las más altas consideraciones. La habilidad, el talento y la cultura que los chichimecas encontraban en los restos de los primeros habitantes del Anáhuac, les inclinaba á verles con particular y distinguido aprecio. Esta opinión ventajosa, fué bien pronto el aliciente más poderoso que las familias toltecas podían atesorar para que tratasen de enlazarse á ellas las de los nuevos moradores. Los individuos más distinguidos de la nobleza chichimeca, se apresuraron á casarse con mujeres toltecas; y el mismo príncipe *Noyaltzin*, heredero de la corona, se desposó con la hermosa joven *Azaxochitl*, descendiente de *Pachottl*, uno de los dos príncipes toltecas que sobrevivieron á la ruina de su nación.

La conducta noble y generosa observada por los chichimecas onaltecando el saber y el talento de los laboriosos toltecas, fué de provechosos resultados para unos y otros. Reconociendo las ventajas de la agricultura y admirando

la maestria en las artes, ramos que proporcionaban á los toltecas comodidades y abundancia de que ellos habian carecido, se dedicaron al cultivo del maiz, del algod6n, y de otras plantas; aprendieron á fundir los metales, á labrar las piedras preciosas, á fabricar telas de algod6n y pronto mejorando de alimento, de traje, de habitaciones, de costumbres y de condiciones higiénicas, fueron perdiendo sus instintos salvajes y adquiriendo hábitos y gustos mas apacibles y tranquilos.

El rey Xololt, dotado de cualidades relevantes y decidido protector de todo lo que pudiera influir en el engrandecimiento y bienestar de sus vasallos, dió impulso á las nacientes artes y á la agricultura, ofreció premios á los que presentasen alguna mejora en los ramos útiles, patrocinó las ciencias, y movida la máquina social por los poderosos agentes del premio y del estímulo, la nueva monarquía llegó á presentar, trascurridos algunos años, el estado mas lisonjero de prosperidad y de riqueza.

La fama del buen gobierno de Xololt, del benigno clima en que habia fundado su monarquía, de la riqueza del suelo y de la abundancia y prosperidad en que vivian sus vasallos, llegó bien pronto á noticia de otras tribus que, como la de los chichimecas, vivian en el Norte errantes y manteniéndose de las raíces de los montes y de la caza de las selvas.

Ocho años solamente llevaba de haber establecido el rey Xololt su gobierno en Tenayuca, cuando los jefes de siete tribus que habitaban en uno de los países del Norte, denominado Aztlan, que significa tierra de las garzas, patria de los mejicanos, próximo al reino de Amaquemecau, dis-

pusieron abandonar el suelo en que vivían y dirigirse al naciente imperio chichimeca con objeto de pedir permiso al soberano de él, para establecerse en las regiones de Anáhuac.

Las siete expresadas tribus, que formaban parte de la nación de los *nahuatlacas*, se pusieron en camino, sin contar con mas recursos que con sus arcos y sus flechas para proporcionarse el sustento con la caza de las fieras y de las aves. Estas tribus, las componían los xochimilcos, los tepanecas, los chalqueños, los colhuas, los tlahuicas, los tlaxcaltecas y los aztecas ó mejicanos, debiendo estos últimos dar su nombre, trascurrido el tiempo, á una de las naciones mas ricas y poderosas del Nuevo-Mundo. El idioma, las costumbres, las prácticas religiosas que se reducían á la adoración del sol, guardaban notable semejanza con las de los chichimecas.

Los siete personajes se pusieron á la cabeza de sus respectivas tribus; pero al llegar á Chicomoztoc, que significa *lugar de las siete cuevas*. Los aztecas ó mejicanos resolvieron quedarse en aquel sitio, separándose de sus compañeros. Se ignora el motivo cierto que existió para esta separación; pero se sospecha que reconoció por causa algunas desavenencias suscitadas entre los jefes aztecas y los del resto de la expedición.

Tomada por los aztecas la resolución de permanecer en Chicomoztoc, lugar distante de las otras seis tribus. Los mejicanos se separan de las otras seis tribus. siete leguas de la actual ciudad de Zacatecas hácia el Mediodía, continuaron las otras seis tribus su viaje, aunque marchando á notables distancias una de otra.

Los seis personajes, á quienes reconocían como abso-

lutos jefes, fueron llegando al fin, aunque en diversas épocas, á la cabeza de su errante gente, á la ciudad de Tenayuca, donde el benigno rey Xolotl les recibió, á cada uno de ellos, con las mas distinguidas muestras de aprecio. (1)

Escuchado por el atento soberano el objeto de su viaje, que era establecerse en el país, acogió con benevolencia el pensamiento, les señaló, á medida que fueron llegando, excelentes tierras en que pudiesen vivir con abundancia, les permitió que formasen poblaciones enteramente separadas de las de los chichimecas, y llevó su generosidad hasta el grado de permitirles que eligiesen, de entre ellos mismos, los gobernantes que juzgasen mas convenientes.

El convenio celebrado para aquellas concepciones fué propuesto por los mismos jefes de las seis tribus, y aceptado por el monarca Xolotl. Consistia en reconocerse feudatarios de la corona chichimeca, en auxiliarla con sus personas, bienes y vasallos cuando el monarca lo exigiese, guardar inviolable fidelidad, y reconocer en el rey chichimeca cierto supremo dominio.

Pactadas estas consideraciones feudales, las seis tribus, aunque reconocian un mismo origen, hablaban un idioma y tenian iguales costumbres. formaron diversas naciones independientes, aunque feudatarias, como queda dicho, de la corona chichimeca.

Los nombres con que las hemos presentado para distinguir las, no eran los mismos que ellas trajeron al pisar el suelo del Anáhuac, sino los que despues tomaron de las diversas ciudades que fundaron y en las cuales se estable-

(1) Los nombres de los seis personajes eran *Tecnatlan*, *Tzoutlhuayotl*, *Zacatltecochi*, *Huilamatlan*, *Tepototecua* & *Itcuicua*.

cieron. Los xochimilcas tomaron este nombre de la hermosa ciudad de Xochimilco, que edificaron en la orilla meridional de la gran laguna de Chalco, y que significa *campo de las flores*: los chalqueños, de la ciudad que con la denominación de Chalco levantaron sobre la orilla oriental de la misma laguna: los tepanecas, de Tepan ó Tecpan, que significa *lugar pedregoso*, donde estuvieron antes de fundar Azcapozalco; los colhuas, de Colhuacan, *monte corcovado*; los tlaxcaltecas, de Tlaxcala, que equivale á *tierra de maíz*; y los tlahuicas, de Tlahuican, donde se establecieron, y quiere decir *tierra de almagre*.

Todas estas tribus, que estaban dotadas de ingenio y de actividad, empezaron á cultivar con afán la tierra que muy pronto correspondió, con abundantes frutos, al trabajo de sus cultivadores.

La tribu tepaneca, buscando aun mejores terrenos que aquellos en que se habia situado, se trasladó á otro punto mas fértil, y agricultora y guerrera á la vez, edificó la ciudad de Azcapozalco, que significa *hormiguero*, donde fundó su monarquía.

Xiutemoc,  
1.º rey  
de Colhuacan. Los colhuas, contentos del lugar que habian elegido, se apresuraron á levantar sólidos edificios, y á sembrar el campo de excelentes y variadas semillas. Convencidos de que la suerte de los pueblos depende generalmente de los hombres encargados del poder, eligieron por monarca á un respetable anciano llamado Xiutemoc ó Siultemol, miembro venerable que se habia quedado encargado del gobierno de las pocas familias toltscas que habian logrado salvarse de las destructoras plagas que asolaron su país.



La tribu que se situó en punto menos productivo, fué la tlaxcalteca, antes de que edificase la ciudad á que mas tarde le dió el nombre de Tlaxcala; tribu que se vió precisada á vivir de la caza en medio de las otras mas felices, y de la cual nos ocuparemos cuando lo exija la relacion de los hechos.

Llegada de los acollhuas. Pocos años despues, y atraidos igualmente por la fama que habia alcanzado el rico país de Anáhuac, llegaron otros tres principes, al frente de un numeroso ejército de la nacion Acolhua, una de las mas civilizadas que se conocian en la América, distinta enteramente de la *Colhua*, de que hace un instante me ocupé, y que muchos historiadores la confunden con aquella. La numerosa tribu acollhua, así como las otras que le habian precedido, habia salido de la region del Norte, próxima al reino de Amaquemecan.

En el Anáhuac, lo mismo que en el siglo V aconteció en Europa, las naciones guerreras habian marchado de los países del Norte; pero en aquel bello país de la América, todos los pueblos dejaron á su paso la huella de su civilizacion y de su cultura, on tanto que los pueblos que inundaron la Europa, no dejaron en su destructor tránsito, mas que la señal profunda de su barbarie.

La llegada de los acollhuas al territorio de Anáhuac, presentándose en la forma de un ejército formidable, alarmó á los chichimecas. Temieron que aquel número crecido de gente desconocida, que se aproximaba con sus armas y sus jefes, tratase de enseñorearse, con el tiempo, de la tierra que ellos poseian, y suplicaron al rey que no permitiese entrar á los desconocidos extranjeros en su territo-

rio, hasta no estar convencido de que sus miras no eran siniestras, sino pacíficas.

Xolotl había mudado de residencia. La ciudad de Texcoco, situada en la orilla oriental de la ancha laguna del mismo nombre, le pareció mas ventajosamente colocada que la de Tenayuca para establecer la corte. Con efecto, Texcoco era una poblacion risueña, bañada por un lado por las fecundantes aguas del majestuoso lago que la proveia de abundante pesca, y enriquecida por los otros, por fértiles campiñas, espesos bosques y deliciosos verjeles que embalsamaban la atmósfera y daban vigor al comercio.

Los toltecas, cautivados de la ventajosa posicion que ocupaba aquel pintoresco sitio, fueron los que fundaron, en sus tiempos de ventura, aquella ciudad, con el nombre de *Catenihco*. Los chichimecas, no menos admirados del interesante paisaje que rodeaba á la poblacion como del clima primaveral que disfrutaba, se detuvieron mas tarde en él, dándole el nombre de Texcoco, que significa *lugar de detencion*.

Trasladada la corte del rey Xolotl de Tenayuca á Texcoco, y sabedor de los temores que abrigaba su pueblo por la llegada al país de los tres príncipes acolhuas, prometió á sus vasallos no obrar sino como correspondia á la dignidad y dicha de la patria.

No abrigaban los distinguidos jefes de la tribu acolhua sentimiento ninguno de ambicion bastarda que envolviere una amenaza á la independenciam y felicidad de los chichimecas. Nobles eran los fines que habian alentado al emprender aquella penosa peregrinacion, y nobles eran tambien los que abrigaban al llegar al flore-

ciente reino, asentado en la region mas dulce de la América.

Los tres príncipes acolhuas, no desmintiendo en sus actos la noble sangre de la casa de Citin á que pertenecian, recomendaron á su numerosa tribu la moderacion y la templanza; le ordenaron que hiciese alto en los confines del reino chichimeca; y adelantándose ellos hasta la capital, solicitaron respetuosamente una audiencia del soberano.

Los términos en que estuvo concebida la solicitud, dispuso el ánimo del bondadoso rey Xolotl en favor de los gallardos príncipes acolhuas, que pocas horas despues fueron admitidos en su presencia. (1)

Los solicitantes jefes, al presentarse en la estancia del soberano, se inclinaron profundamente; tocaron el suelo con la mano, besándola en seguida, como señal de respeto y de lealtad, y tomando luego la palabra uno de ellos en nombre de todos, manifestó en un lacónico discurso, el objeto de aquella visita.

En la breve, pero expresiva alocucion que pronunció, dijo que habian llegado del reino de Teocolhuacan, pero distante de la patria misma de Xolotl; que los tres eran hermanos, hijos de un poderoso rey; pero que sabedores de la felicidad de que gozaban los chichimecas bajo el gobierno paternal del mas benigno de los soberanos, habian preferido á las ventajas que les ofrecia su patria, la gloria de ser vasallos suyos: que, en consecuencia, le rogaban que les concediese un sitio donde vivir en la venturosa na-

(1) El nombre de estos príncipes era Acolhuatzin, Chicocauaculiti y Tzontecomatl.

cion que gobernaba, declarándose sus mas adictos y leales súbditos.

Xolotl quedó altamente complacido de las frases pronunciadas por el apuesto príncipe, pues ellas le afirmaban en el concepto de que sus pueblos se hallaban felizmente regidos. Satisfecha su alma, mas que halagada su vanidad, se manifestó agradecido á la generosa oferta de los gallardos príncipes; les dijo que su mayor dicha seria obsequiar cumplidamente el deseo per ellos manifestado; pero que mientras deliberaba con los principales del reino, respecto del modo de verificarlo, les suplicaba siguiesen á su hijo Nopaltzin á un edificio en que habia mandado disponer un alojamiento que correspondiera en todo al ilustre nacimiento de ellos.

Los príncipes hicieron una inclinacion de cabeza, y acompañados del joven Nopaltzin, digno vástago del benigno monarca, salieron de la morada real, fluctuando entre la duda y la esperanza.

El rey Xolotl, interesado por los nobles extranjeros, y abrigando la conviccion de que la inmigracion de gentes cultas forma la grandeza de los pueblos, convocó á las personas mas caracterizadas del reino, con el fin de que expusieran libremente su opinion. El monarca expuso sencillamente las acseptables proposiciones de los magnates acolhuas, que no titubeó en manifestar que las juzgaba convenientes para el bien de la patria.

Los brillantes resultados producidos por la distincion con que los chichimccas habian tratado á los toltecas: aquella fusion del pueblo inculto y guerrero, con los restos del pueblo tolteca agrícola, industrioso y culto, compa-

rativamente, produjo benéficos frutos á la sociedad que se transformó de vagabunda cazadora, en agricultora y artesana. Los consejeros del monarca, percibían en aquellos momentos, el ruido productor del martillo del platero, sentían llegar hasta la estancia que ocupaban, el aura embalsamada de las cultivadas campiñas; y no olvidando que de los beneficios de la industria, de la agricultura y de las artes que disfrutaban, eran deudores á los toltecas, á los hijos de otra nacion extraña, opinaron unánimemente porque se admitiese en el país á los nuevos extranjeros.

Contento el rey Xolotl del resultado de la consulta, comunicó á los ilustres príncipes la resolución del Consejo. Luego, dejándose llevar de los elevados sentimientos de su corazón, les manifestó que no solo estaba dispuesto á darles estados en su mismo reino, sino también á unir al mayor y al mediano con dos hijas que tenía. «Siento—añadió—no tener otra, á fin de que ninguno de los tres quedase excluido de la nueva alianza.»

Los príncipes expresaron su profundo reconocimiento con las frases mas expresivas, y el pueblo esperó el día de las bodas con las mas señaladas manifestaciones de impaciencia.

Queriendo el rey Xolotl que sus hijas se presentasen el día de la union adornadas de las preciosas alhajas, que entonces era uno de los distintivos de las personas de elevado nacimiento, encargó á los joyeros toltecas y chichimecas que se esmerasen en hacerlas de las mas delicadas formas. Los chichimecas, que se habian hecho artífices notables bajo la dirección de los toltecas, presentaron alhajas de primorosa hechura que podian competir con las de sus

mismos maestros, quienes, á su vez, dejaron ver en las que salieron de sus manos, que no habian desmerecido de la fama que se habian conquistado.

El dia de las bodas llegó por fin, y la ciudad de Tenayuca, destinada para celebrar el enlace y las fiestas, se llenó literalmente de personas de todos sexos y edades, atraidas por la curiosidad y por el cariño que abrigaban hácia las hijas de su soberano.

Casamiento de los príncipes acolhuas con las hijas del rey Xolotl. El mayor de los príncipes, llamado Acolhuatzin, jóven de arrogante presencia y de bondadosa fisonomía, recibió por dulce compañera á la hermosa Cuellaxochitl, que era la mayor de las dos princesas, aunque igual en belleza y atractivos á su linda hermana Cihuaxochitl, que se unió al segundo de los príncipes llamado Chiconcuahtli.

El menor de los príncipes, en quien concurrían cualidades no inferiores á las que atesoraban sus dos hermanos, se unió, con beneplácito del rey, con una jóven de singular belleza llamada Coatell, hija de una noble familia de Chalco, en la cual se habia mezclado ya la sangre tolteca con la chichimeca.

Los regocijos públicos celebrados con motivo de esos enlaces que merecieron toda la aprobacion del pueblo, duraron sesenta dias. En ellos hubo luchas, juegos gimnásticos, combates de fieras, tiro de flecha, saltos, carreras, y cuantos juegos y ejercicios estaban en relacion con el carácter, costumbres y gusto de la nacion chichimeca, sobresaliendo por su valor y destreza, el príncipe Nopaltzin, heredero de la corona.

El ejemplo de la familia real encontró bien pronto nu-

merosos imitadores en la nobleza. Los enlaces entre las personas de ambas naciones se fueron repitiendo con frecuencia; y el pueblo chichimeca, como todos los pueblos que viven con otro mas inteligente y culto, llegó á identificarse con los acolhuas, se apropió sus creencias, sus hábitos, sus costumbres, todo, en fin, lo que constituia la manera de ser de sus ilustrados huéspedes, y llegó á hacer del nombre acolhua un significado de honra, como se habia hecho del nombre tolteca. Esta adhesion produjo un resultado singular. Los chichimecas, que habian empezado por favorecer á sus huéspedes, se unieron despues á ellos; y habiendo resultado, de los continuos casamientos, la union de ambas naciones hasta formar las dos una sola, el nombre que aceptaron para denominarla, fué el de *Acolhua*, como el mas digno y noble; y el reino se denominó *Acolhuacan*.

No puede presentarse un ejemplo mas palpitante de la influencia que ejerce la cultura sobre los pueblos. Dos naciones, mas fuerte en armas la una que la otra, pero mas adelantada en civilizacion ésta que aquella, se unon, se amalgaman, se funden en una sola, y al operarse esa fusion admirable, se sobrepone la luz de la inteligencia; y la parte menos culta, pero bastante para comprender la belleza de la luz, acepta el nombre de la mas inteligente como un timbre que le honra.

Pero no todos los chichimecas quisieron admitir la denominacion que se acababa de dar á la nacion. Los que jamás quisieron dedicarse á los trabajos agricolas ni á las artes; los que prefiriendo la vida sin trabas del salvaje,

habian continuado sustentándose de las frutas silvestres y de la caza; los que estimando mas las fatigas de esta que la quietud de los talleres, no habian podido fundirse en el molde ajustado del orden y de los reglamentos, esos conservaron el nombre de chichimecas; y no queriendo someterse á la pauta de la subordinacion, se marcharon á los montes que se hallan al Norte del valle de Méjico, donde haciendo la vida nómada, no teniendo ni jefes, ni leyes, ni domicilio fijo, corrían por las selvas en pos de las bestias salvajes con el arco en la mano izquierda, la flecha en la derecha, y el carcaj provisto de saetas, sobre el hombro. Estos bárbaros, que tenían los montes por morada, por lecho el suelo donde les sorprendia la noche, por traje la desnudez casi completa, y por refugio en las tempestades las cavernas y las aisladas chozas, llegaron á mezclarse con los otomites, tribu salvaje que habia llegado tambien al Anáhuac, y que seguia el mismo sistema de vida. Los chichimecas y los otomites, tomando los valles y los montes que mas abundante caza ofrecían para atender á las necesidades de la vida errante que tenían, ocuparon una porcion de terreno de cerca cuatrocientas millas de extension, que conservaron sus descendientes por algun tiempo, aun despues de la conquista de Méjico por los españoles.

Terminadas las fiestas celebradas en Tenayuca, en manifestacion de placer por la union de las hijas del rey Xolotl, con los príncipes acolhuas, dividió el soberano el

El rey Xolotl,  
divide el  
reino entre los  
tres príncipes  
acoliun<sup>os</sup>.

reino en diversos estados que los repartió entre sus yernos y entre los mas distinguidos hombres que formaban la nobleza de las dos naciones, fundidas en aquellos instantes en



una sola. Al príncipe Acolhuatzin le dió las tierras de Azcapozalco, al fallecimiento del señor que las gobernaba: el gobierno del Estado de Xacoltlan lo confirió al jóven Chiconcuauhtli, y el de Coatlichan, al entendido Tzontecomatl.

Llevadas á cabo estas disposiciones que juzgó convenientes para la prosperidad de sus vasallos, concibió el pensamiento de instituir una órden militar que formase la columna y el sostén de la defensa nacional en el caso de que alguna otra nacion que llegase, como ellos habian llegado, en busca de feraces terrenos, intentase hacerse señora del país en que estaba asentado su imperio. Convenido por la nobleza, con quien habia consultado, de que el pensamiento era altamente feliz, el rey Xolotl se apresuró á realizarlo; y con gusto del país entero, instituyó la órden militar de los *Tecullis* ó *esforzados guerreros*.

El rey Xolotl  
instituye  
la órden militar  
de los  
Tecullis.

país en que estaba asentado su imperio. Convenido por la nobleza, con quien habia consultado, de que el pensamiento era altamente feliz, el rey Xolotl se apresuró á realizarlo; y con gusto del país entero, instituyó la órden militar de los *Tecullis* ó *esforzados guerreros*.

No menos amante de su religion que del lustre de las armas, procuró que en todas las ciudades se levantasen obras á la divinidad que adoraban, y por mandato especial suyo, se construyó en Texcoco un magnífico templo al sol, que excedió en belleza á cuantos hasta entonces se habian edificado en su reinado.

A la sombra del buen gobierno y de la proteccion á la agricultura, á las artes y á las ciencias, la poblacion chichimeca-acolhua, permítaseme denominarla así por la fusion que se operó entre ellas, fué creciendo notablemente y ensanchando sus fronteras.

Con rapidez maravillosa crecieron, á la vez, las demás tribus que vimos preceder á la de los acolhuas; y pronto el extenso valle de Méjico se vió vestido de la vistosa y

elegante planta del maíz, del cándido algodón y de las mas delicadas hortalizas. Al mismo tiempo que Azcapozalco, industriosa ciudad de los tepanecas, dejaba presentir el poder que mas tarde ostentó sobre los demás pueblos, se veian brillar, con nuevos encantos, junto á la orilla de los tranquilos lagos, las graciosas poblaciones de Chalco, de Xochimilco, de Colhuacan y de otras cien no menos pintorescas que ostentaban las brillantes galas de la industria y del trabajo.

A la vista de esas poéticas ciudades, levantadas por la industria de laboriosas tribus, junto á las benéficas ondas de las apacibles lagunas, buscó el hombre una eufónica palabra que expresase la situacion topográfica de los pueblos á la orilla de los lagos; y entonces le dió, al conjunto de esos sitios, la denominacion de *Anhuac*, que, como al principio dije, significa *junto al agua*.

Admitida y aceptada por todos la significativa voz, que mas tarde se hizo extensiva al país entero, se aplicó el nombre de *anahuatlaca* ó *nahuatlaca* á todas las naciones cultas que ocuparon las orillas de la laguna de Méjico.

La nacion colhua, dotada, por la cultura de sus hijos, de los elementos mas grandes de prosperidad, llegó á un bienestar notable. Su rey Xolotl, se complacia en observar la marcha progresiva de su pueblo que le bondecia y amaba. Pero rara vez le es dado al soberano, por excelente que sea, no tener enemigos entre los mismos á quienes mas ha colmado tal vez de particulares favores.

Si cierto es que la cultura de los pueblos habia ido tomando creces de dia en dia, tambien lo es que con ella fueron despertándose ambiciones hasta entonces descono-

cidas. La ingratitud y la ambicion de uno de los nobles mas poderosos, llamado Yacanex, fueron las primeras que llegaron á interrumpir la armonía del Estado, y á dejar escuchar el ruido de las armas donde hasta aquel momento solo se habia oido el de los instrumentos de labranza y de las artes. Yacanex, pretextando motivos justos, que nunca faltan al ambicioso, se sublevó, poniéndose al frente de un crecido número de gente, contra su rey; pero derrotado por las tropas de éste mandadas por el príncipe heredero de la corona, Nopaltzin, se vió precisado á huir, refugiándose en la provincia de Pánuco.

Aun no acababa la corte de felicitar al rey por el término feliz de la sublevacion de Yacanex, cuando recibió la noticia de que el rey de los colhuas, tributario suyo, se negaba á pagar la parte que le correspondia.

Era entonces monarca de los colhuas, Nauhyotl, quien, por muerte de su anciano padre Xiutemoc, habia heredado la corona de Colhuacan. El rey chichimeca Xolotl, indignado por la ingratitud de los colhuas, no menos que celoso de la dignidad real, envió á su hijo Nopaltzin, al frente de un fuerte ejército, á que rednjese al órden al tributario monarca de Colhuacan. Los dos ejércitos se encontraron bien pronto y se lanzaron al combate. La batalla fué sangrienta, pero favorable para Nopaltzin. El rey de los colhuas, *Nauhyotl*, quedó muerto en el campo de batalla, y Xolotl, despues de entrar triunfante en Colhuacan, hizo que se reconociese por rey á *Achitomel*, hijo del príncipe *Pozotl*, último monarca legitimo de los toltecas.

El triunfo alcanzado sobre los rebeldes, asi como el descubrimiento de algunas conjuraciones fraguadas en las

grandes poblaciones y sofocadas instantáneamente, fueron vistas con satisfacción por los individuos honrados y pacíficos.

Sin embargo, no por esto, cesaron la ambición ni las aspiraciones de otros. Las conspiraciones seguían fraguándose en secreto; y el rey Xolotl, que siempre había gobernado con benignidad y dulzura, se vió precisado, en los últimos años de su reinado, á usar de rigor con los rebeldes, ya privándoles de sus empleos, ya desterrándoles, y ya condenándoles á la pena de muerte, según el grado de culpabilidad que existía en los enemigos del orden.

El justo rigor del soberano, no dió por resultado la conclusión de las revoluciones, sino el hacer mas cautos á los conspiradores, que desde entonces esperaron un momento oportuno para desinacorse del monarca.

No tardó en presentarse una oportunidad favorable.

El rey había manifestado el deseo de que se aumentasen las aguas de uno de sus jardines, donde tenia costumbre de pasar algunas horas de recreo y en que, después de haber hecho algun ejercicio, ordenaba que le dejaran solo para entregarse al sueño.

Los enemigos del monarca que tenían noticia de esa costumbre y sabían el deseo por él manifestado, concibieron la manera de hacerle parecer, sin riesgo de infundir sospechas ni ser descubiertos. Atravesaba la ciudad un riachuelo, y los rebeldes, poniendo un dique á éste, construyeron una zanja por donde fuese el agua á los jardines. Dispuesto cuanto era necesario para realizar el plan, esperaron el momento en que el soberano solia dormir á la sombra de unos frondosos árboles que ocupaban la parte

baja del jardin. Llegado el instante, los conjurados, levantando el dique de la zanja, dejaron correr de un golpe toda el agua que, con fuerza impetuosa, entró en el jardin. Los autores de aquel hecho se lisonjeaban de que nadie podria ni aun sospechar de su delito, no dudando que la muerte del rey se atribuiria á imprevision ó descuido involuntario de sus leales vasallos que tratarou de servirle, y de manera ninguna á plan concebido para matarle. Pero el intento criminal de los rebeldes no se realizó. El rey tuvo aviso secreto de la conspiracion, y quiso convencerse de ella, asistiendo al sitio de costumbre, sin comunicar á nadie, ni aun á los que le rodeaban, el proyecto de los rebeldes. Para no alterar en nada la costumbre establecida y no inspirar desconfianza ninguna á los conjurados, despidió á los nobles que le acompañaban, y quedó solo en el jardin. Los rebeldes esperaron á soltar el agua hasta que calcularon que el rey se habria dormido; pero éste, lejos de permanecer en la parte baja, se subió á un punto elevado del jardin para presenciar la anegacion. Pronto se empezó á verificar esta, dejando manifiesta la traicion. Sin embargo, el monarca continuó disimulando para burlarse mas de sus enemigos; y cuando á la noticia de la inundacion, acudieron los grandes temiendo una desgracia, encontraron al soberano contemplando con calma el espectáculo de la anegacion. «Tranquilizaos—dijo el monarca al ver llegar sobresaltados á sus cortesanos.—Nada me ha sucedido. La escena que acabo de presenciar, lejos de entristecerme, me llena de verdadera satisfaccion. Yo —añadió sonriendo—abrigaba la creencia de que mis vasallos me amaban ; y ahora me persuado de que me aman

mucho mas de lo que yo me imaginaba. Habia manifestado deseos de que se aumentase el agua de mis jardines, y ved como mis vasallos, obsequiando mi anhelo, me la han traído sin gasto ninguno de mi parte.»

Al siguiente dia mandó que se celebrasen grandes regocijos en la corte; y cuando las fiestas terminaron, se trasladó á Tenayuca henchido el corazon de pena á la vez que de indignacion, resuelto á castigar severamente á los conjurados.

El rey sintió profundamente ver que existian súbditos ingratos, que correspondian á su bondad y á los esfuerzos constantes que habia hecho por la felicidad de sus pueblos, con disposiciones de muerte. Triste y lleno de pesar, quiso dejar por algunos dias su residencia de Texcoco, y se marchó á Tenayuca, sitio que encerraba para él, los gratos recuerdos de los años mas tranquilos de su reinado.

Hondamente afectado aun por los últimos acontecimientos sediciosos, se propuso castigar severamente á los conspiradores que habian tratado de quitarle la vida; pero habiendo enfermado á los pocos dias de haber marchado á Tenayuca, no se procedió á dar paso ninguno contra los culpables.

Xolotl, aunque habia sido un hombre de naturaleza robusta y fuerte, se encontraba ya en una edad muy avanzada en que el peso de los años agobia y abrumba. Falto de vigor para resistir la enfermedad, conoció que iba á morir, y quiso antes de espirar, despedirse de sus hijos, y recomendarles que velasen por el bien de sus vasallos.

Acudieron inmediatamente á obsequiar su deseo, su hijo Nopaltzin, heredero de la corona, sus dos hijas y su yerno Acolhuatzin, único príncipe acolhua que aun vivia. Al

verles reunidos, Xolotl les estrechó con efusion de cariño paternal la mano.

Las primeras palabras que pronunciaron sus labios, fueron de amor y de ternura: luego pasando al serio asunto del gobierno, les recomendó que guardasen entre sí la mas perfecta armonía; que nunca rompiesen el lazo de paz que les unia; que procurasen el adelanto de la patria; que protegiesen á la nobleza, y que tratasen con benignidad paternal á los pueblos.

Muere el rey Xolotl; rodeado de sus hijos y de la nobleza, dejó de existir á los cuarenta años de un reinado próspero y feliz.

*Xolotl*, que significa *ojo*, fué verdaderamente el ojo vigilante, pues siempre veló por el bien de sus vasallos.

La noticia de la muerte del soberano se esparció inmediatamente por toda la nacion, y se dió noticia especial de ella á todos los magnates, con el objeto de que concurriesen á sus exequias.

El cadáver del monarca, despues de haber sido adornado con alhajas de oro y plata, imitando figuras caprichosas, fué colocado en una silla de goma copal y de otras sustancias aromáticas de que abunda el valle de Méjico. Cinco dias estuvo de aquella manera, para dar tiempo á que llegasen los personajes á quienes se habia convocado. Reunidos todos, así como la nobleza, los guerreros principales y un considerable número de gente del pueblo, el cadáver fué quemado, segun costumbre de los chichimecas, y las cenizas colocadas en una urna de esmeraldas, cubierta con una lámina de oro, que estuvo expuesta por cuarenta dias en una sala del palacio real. La nobleza y las autori-

dades del reino, así como los principales magnates, asistieron diariamente al sitio en que se había colocado la urna, para tributar el debido homenaje al monarca fenecido, y trascurridos los cuarenta días, la urna fué llevada á una gruta situada en las cercanías de la ciudad.

Sube al trono el príncipe Nopaltzin, 2.º rey chiebtmeca. La exaltacion de Nopaltzin al trono, se celebró, terminadas las exequias de su padre, con esplendentes fiestas de regocijo, que duraron cuarenta días. La nobleza, los grandes y todas las clases distinguidas de la sociedad que habían acudido á los funerales del difunto Xolotl, se quedaron en Tenayuca, para asistir á la coronacion del nuevo soberano, digno sucesor del que le había precedido.

Nopaltzin era entonces un hombre de buena edad: estaba casado con una mujer que descendia de los reyes toltecas, llamada Azcaxochitl, y tenia tres hijos, cuyos nombres eran Tlotzin, Cuauhquequihua y Apopozoc, todos de edad suficiente para dirigir un reino.

Los magnates que se hallaron presentes á la coronacion, se manifestaron sinceramente adictos al hombre que acababa de empuñar las riendas del gobierno; y al despedirse de él, para volver á los distintos puntos del reino en que vivian, tomó uno la palabra, en nombre de todos, y en un breve, pero sentido discurso, hizo las mas firmes protestas de obediencia, respeto y fidelidad hácia el hombre que acababa de sentarse en el trono.

Nopaltzin, contestó en los términos mas lisonjeros, asegurando que no descuidaria, ni por un solo momento, nada de lo que pudiese conducir al país á su elevacion y ventura; y la nobleza, despues de haberle escuchado con marca-



das señales de aprobacion, se retiró de la presencia del monarca.

Nopaltzin permaneció por espacio de un año en Tenayuca, arreglando los negocios del Estado que habia perdido mucho de su tranquilidad antigua. Las bastardas pasiones y la ambicion de mando, habian germinado en la clase influyente con el pueblo, y la tranquilidad y el órden se hallaban seriamente amenazados. Existia en esos momentos la paz; pero esa paz se parecia á la calma aparente del océano, pronto á levantar sus impetuosas olas al primer soplo del inconstante viento.

El rey Nopaltzin  
da á cada uno  
de sus hijos  
á gobernar un  
Estado.

Cautó y prudente como el esperto marino que ordena al piloto y á la oficialidad la vigilancia sobre el buen estado del buque en tiempo sereno, para evitar que la tormenta le estrellé si llega á estallar, dispuso que su hijo primogénito Tlotzin, príncipe de bellas esperanzas, tuviese á su cargo el gobierno de Texcoco, y á los otros dos les confirió la administracion de los Estados de Zacatlan y de Tenamitic. De esta manera, á la vez que velaban por la seguridad presente, se adiestraban en la difícil ciencia de gobernar á los pueblos en el futuro.

El rey, notando síntomas de ambicion en algunos magnates que residian en Tenayuca, permaneció un año en esta ciudad con su hermana la princesa Cihuaxochitl, viuda del príncipe Chiconcuahtli, con el objeto de calmar las pasiones y de poner en buena marcha los negocios del Estado. Su don de gobierno, su prudencia y su tino, lograron que se cambiasen en adictos, muchos de los que se habian manifestado descontentos; pero otros continuaron

conspirando, y Nopaltzin se vió precisado á castigarles severamente. Sin embargo, aunque reprimidas las conspiraciones, no se establecia por completo la tranquilidad; y el soberano, descando el acierto en las resoluciones, marchó á Texcoco, con el fin de consultar con su hijo Tlotzin, los medios que se debian adoptar, para que la paz imperase. En una de las conferencias á que asistieron los grandes y la nobleza, Nopaltzin, hondamente conmovido, expresó con acento triste, el pesar que le abrumaba de ver á sus pueblos inclinados á la rebelion; y al salir con ellos y su hijo á los jardines para gozar de los encantos de la naturaleza, el recuerdo del pasado hizo asomar á sus ojos el llanto. Pero aquel llanto, no era el llanto de la pusilanimidad; era el llanto del sentimiento que embarga el corazon de un padre amoroso, cuando ve que sus hijos le pagan con ingratitud y desprecios, su cariño y su ternura. Aquellos jardines despertaron en su memoria el recuerdo del difunto rey su padre, ardientemente amado de sus vasallos al principio de su reinado, y blanco despues, de los odios de algunos ingratos: comparó, al contemplar cuanto le rodeaba, la obediencia y cariño de los súbditos de entonces, con la rebeldía que se notaba en los actuales; sintió verse obligado á castigar como á enemigos, á los vasallos conspiradores que hubiera querido tener motivo para ensalzar; y sensible al triste resultado de aquellas comparaciones, comunicó á los que le rodeaban, los sentimientos que embargaban su alma. Luego dirigiéndose á su hijo, y estrechando cariñosamente su mano entre las suyas, le dijo, que tuviese constantemente ante los ojos la imágen de su bondadoso abuelo; que imitase los ejemplos de virtud, de prudencia y de justicia

que les habia legado como el tesoro de mas precio para el gobernante, y que fortaleciese su corazon con todas las prendas que son necesarias al hombre á quien están encomendados los intereses y la prosperidad de la patria.

Poco tiempo permaneció el rey Nopaltzin en Texcoco. Los negocios del Estado reclamaban su presencia en Tenayuca, donde tenia la corte, y se trasladó á esta última, despues de haber tratado con su hijo de los puntos mas delicados del gobierno.

1818. Seis años llevaba de regir Nopaltzin los  
 Los mejicanos: destinos de su reino, cuando los mejicanos  
 llegan á que se habian detenido en Chicomoxtoc, como  
 Zumpango: el que se habian detenido en Chicomoxtoc, como  
 rey Nopaltzin. queda consignado en páginas anteriores, lle-  
 manda que se les garon á *Tzompango* (*Zumpango*), ciudad con-  
 . trate bien. siderable del valle de Méjico, donde fueron recibidos con  
 pruebas de aprecio, por *Tochpanecatli*, señor de aquel  
 punto.

El rey Nopaltzin, dispuso que se les guardase todas las consideraciones que merecen los que por medio de su trabajo tratan de sustentarse y prosperar; y los mejicanos se manifestaron agradecidos á la hospitalidad que recibieron.

Pero si era hospitalario y bondadoso con los que buscaban en la senda del bien su adelanto, no por esto descuidaba la vigilancia sobre los malos, y anticipaba los remedios.

Uno de los poderosos que solapadamente habia trabajado por indisponer el ánimo de los pueblos contra el rey, fué *Chalchihcua*, señor de *Tepotzollan*, que gobernaba en aquellos momentos á los tepanecas, una de las seis tribus

que, con beneplácito de Xolotl, se habia establecido, como tenemos dicho, en aquel sitio.

El príncipe Acolhuatzin, señor de Azcapozalco, se apodera del Estado de Tepotzotlan. El soberano chichimeca, juzgando conveniente la prudencia, aparentó tener en su lealtad la mas completa confianza mientras las circunstancias eran desfavorables; pero cuando los horizontes de la situacion se presentaron despojados de los negros nubarrones de que habia estado cargada, ordenó á su cuñado Acolhuatzin, que ensanchase los límites del Estado de Azcapozalco que le estaba conferido. apoderándose del departamento de Tepotzotlan. Chalchiuhcua, armó su gente, como señor feudal, para oponerse al despojo; pero fué vencido, y su Estado se agregó al de Azcapozalco.

Apenas habia cesado el ruido de las armas entre los dos pueblos indicados, cuando retumbó con mas fuerza, aunque por causas de diferente especie, en otros Estados que formaban parte de la nacion.

Dos magnates que gobernaban distintos Estados, solicitaron la mano de la hermosa jóven Atotoztlí, sobrina de la reina. Uno de los pretendientes era Huetzin, señor de Coatlichan, hijo del difunto príncipe Tzontecomatl, que formó parte de los tres magnates acolhuas á quienes el rey chichimeca Xolotl, casó con sus hijas, y el otro Xacazozolotl, á quien estaba encomendado el gobierno del Estado de Tepetlaoztoc.

No queriendo el padre de la jóven disgustar á ninguno de los pretendientes, porque á los dos apreciaba igualmente, hizo que la solicitada jóven, sin desairar á ninguno, se manifestase por entonces deseosa de permanecer al lado de

la familia, sin resolverse á tomar estado. Huetzin se propuso esperar; pero no así Xacazozolotl, que era de pasiones violentas y de carácter impetuoso. Resuelto á ser dueño de la mujer que amaba, dispuso un ejército para entrar en el lugar en que tenia su residencia, y robarla. Para llevar á cabo su plan, se unió con Tochinteuctli, que habiendo sido señor de Cuahuacan, se hallaba desterrado en Tepetlaoztoc, en castigo de sus crímenes. Sabedor Huetzin de las disposiciones tomadas por su rival, y de que marchaba al frente de sus tropas á consumar su inicuo plan, reunió un número de fuerzas respetable, y le salió al encuentro. Los dos ejércitos se avistaron en las inmediaciones de Texcoco, y se acometieron con furor. La lucha fué sangrienta; pero favorable á Huetzin. Su rival quedó muerto en la accion con gran parte de su gente, y el resto de su ejército, destrozado. Huetzin se apoderó, con beneplácito del rey, del Estado de Tepetlaoztoc, y poco despues llegó á unirse con la hermosa Atotozli.

Tras de estas luchas suscitadas entre feudatarios del monarca chichimeca, estalló otra de carácter hostil contra el soberano, promovida por el magnate de la provincia de Tollantziuco, que se habia rebelado. Indignado el rey de aquel movimiento revolucionario, y temiendo que cundiese el pernicioso ejemplo de desobediencia por otros Estados, marchó, en persona, á sofocar el fuego de la guerra civil.

Pronto vió que la realizacion de su deseo era mas difícil de lo que se habia imaginado. Los rebeldes se habian preparado con anticipacion para aquella lucha, y las tropas del rey sufrieron grandes pérdidas en los primeros encuentros que tuvieron. El principe Tlotzin que gobernaba, como

hemos dicho, en Texcoco, al saber la crítica situación en que se hallaban las tropas mandadas por el rey su padre, envió inmediatamente en su auxilio, un fuerte ejército que, unido al del soberano, derrotó á los rebeldes. Los jefes del movimiento revolucionario, fueron castigados con el último suplicio, quedando, por entonces, pacificado el país.

La satisfacción del rey al ver restablecida la paz, fuente de toda felicidad para los pueblos, fué seguida bien pronto de una noticia que llenó de amargura su corazón. Su cuñado, el príncipe Acolhuatzin, que había gobernado con singular acierto el estado de Azcapozalco, distinguiéndose siempre por su lealtad al soberano, y por su amor á sus gobernados, dejó de existir después de una larga enfermedad, dejando á su hijo Tezozomoc, dueño de los dominios que había regido. El rey dispuso que las exequias se celebrasen con la mayor pompa y esplendor posible, y asistió á ellas con la nobleza de las dos naciones acolhua y chichimeca que, aunque fundidas en una, es conveniente distinguir las, para mayor claridad de la historia.

Libre de los cuidados de la guerra civil, y cumplidos los sagrados deberes que tenía hacia su cuñado, el rey se entregó con asiduidad, á las mejoras de su país; y pronto se fundaron nuevos pueblos y se construyeron notables edificios. Celoso del buen orden, fué el primer rey de Anáhuac que dictó leyes dignas de mencionarse. En esas leyes, se prohibía, bajo prudentes penas, incendiar los bosques, tomar la caza caída en redes de otro, apoderarse del venado herido por otro cazador, y cazar sin tener el permiso de la autoridad. Teniendo por sagrada la

propiedad, y por baso del bien social el respeto al matrimonio y la fidelidad de los cónyuges, estableció la pena de muerte para los que destruyeran las mojoneras ó señales de los límites, así como para los adúlteros de ambos sexos.

Entregado se hallaba en su corte de Tenayuca en meditar los reglamentos que juzgaba conducentes al bien de sus vasallos y en poner en fácil carril los negocios de su gobierno, cuando se vió atacado de la enfermedad que debia causarle la muerte. Nopaltzin, conociendo que le llegaba el último instante del plazo de la vida, llamó á su hijo primogénito Tlotzin, ó Huetzin Pochotl, que gobernaba Texcoco, le recomendó que velase como padre amoroso por el bien de los pueblos, y declarándole sucesor á la corona, espiró á los treinta y dos años de su reinado.

Tlotzin, 3.<sup>er</sup> rey  
chichimeca. La exaltacion del nuevo monarca chichimeca al trono, fué solemnizada con los regocijos mas señalados de aprecio y de respeto. Tlotzin, aunque acostumbrado al clima de Texcoco, donde durante la vida del rey su padre habia gobernado, fijó su residencia en Tenayuca, prefiriendo á su gusto, la conveniencia de los negocios públicos.

Calmadas las pasiones políticas de los ambiciosos por la dulzura y afabilidad del soberano, éste se dedicó, á la sombra de la paz, á proteger la agricultura y las artes. Mirando la primera como el bien esencial de los pueblos, hizo plantar nuevas semillas, y en su reinado se sembró, por primera vez, el frijol (alubia), la chia y varias legumbres antes desconocidas por los chichimecas.

Querido de los pueblos, y sin que ningun aconteci-

miento desfavorable llegase á turbar la tranquilidad pública, Tlotzin, se vió atacado de una aguda enfermedad que le llevó al sepulcro á los treinta y seis años de haber empuñado el cetro.

1297.

Quinatzin,

4.º rey

chichimeca.

Sucedióle en el poder, en 1297, su hijo Quinatzin, llamado tambien *Taltecatzin*. El nuevo soberano, juzgando la ciudad de Texcoco mas digna, por su posicion topográfica, de ser la corte de los monarcas que la ciudad de Tenayuca, dispuso coronarse y establecer su corte en aquella, y se hizo conducir de la antigua á la nueva residencia, en una lujosa litera abierta, llevada en hombros por cuatro principales señores del reino, y debajo de un pálio que llevaban otros cuatro individuos de la grandeza. Era el primer soberano que se hacia conducir de aquella manera;

El rey introduce la costumbre de ser conducidos los soberanos en litera, y en hombros de sus vasallos.

pues hasta entonces, todos los reyes que le habian precedido, habian caminado á pié. La vanidad y el deseo de aparecer como superior á los grandes de su reino, le sugirieron aquella idea que revelaba, á la vez, inclinacion á la molicie y al fausto. El ejemplo de Quinatzin fué seguido despues por todos los reyes que le sucedieron, esforzándose cada uno en superar en lujo á todos los que le habian precedido. Igual costumbre se introdujo bien pronto entre los nobles y los magnates del país; y nadie que figurase en algun puesto público ó ejerciese autoridad, salia de un pueblo á otro, por próximos que estuviesen, sin ser llevado en su litera y bajo de pálio, por robustos servidores.

Elegida definitivamente la ciudad de Texcoco por residencia de la familia real, el monarca se esmeró embe-



llecerla con notables edificios y deliciosos jardines que la convirtieron en un sitio verdaderamente encantador.

Texcoco fué, desde entonces hasta la época en que los españoles pisaron, dos siglos despues, las vastas campiñas del Anáhuac, la corte de los reyes chichimecas, la capital del reino que se llamó de *Acolhuacan*.

Durante los primeros años del reinado del fastuoso rey, se mantuvo inalterable la paz, que parecia haber echado raíces sólidas desde el gobierno de su padre; pero el viento de la discordia sopló cuando la calma se creia mas asegurada, y el país volvió á gemir bajo el azote de la guerra civil. Los Estados de Poyauhtlan, Meztitlan y Tototepec, situados en los montes, al norte de la capital, se sublevaron contra el rey, acaudillados por sus ambiciosos señores. El rey acudió inmediatamente con un fuerte ejército á combatir á los rebeldes, y les retó á que bajasen á la llanura de Tlaximalco, donde una sola batalla podria decidir de los destinos. Los sublevados admitieron gustosos el reto, pues se habian preparado con bastante anticipacion para aquella lucha, y no dudaron, ni por un solo momento, de que alcanzarian el triunfo. Dada la señal del combate, los dos ejércitos, lanzando horribles alaridos, se acometieron con furia espantosa, resueltos á triunfar ó á morir en la demanda. Varias horas llevaban de sangrienta pelea, cuando la noche vino á suspender la lucha, sin que la victoria se hubiese decidido por ninguno de los dos bandos. Los combates continuaron por espacio de cuarenta dias, alcanzando algunas ventajas las tropas del soberano. Los jefes rebeldes conocieron entonces que serian vencidos; y viendo que el desaliento empezaba á introducirse

en la gente que mandaban, se rindieron al soberano. Quinatzin perdonó á los pueblos su delito; pero castigó severamente á los que les habian inducido á la rebelion. Con la misma benignidad trató á los habitantes del Estado de Tepepolco, que tambien se habian rebelado, usando de duro rigor con sus caudillos.

Apenas acababa el rey de sofocar aquel movimiento revolucionario, cuando levantaron el estandarte de la rebelion siete considerables ciudades, entre las cuales se contaban Huehuetoca, Mizquiz y Totolapa. El monarca, poniéndose al frente de un buen cuerpo de tropas, marchó en persona sobre Totolapa, al mismo tiempo que envió á seis de sus mejores generales, á reducir al orden á las otras seis poblaciones.

La rebelion fué sofocada en todas partes, y las siete ciudades volvieron á la obediencia del rey, sin que para conseguirlo se hubiese derramado mucha sangre.

Estos triunfos se celebraron con grandes regocijos, y dieron al rey una respetabilidad sólida. Temido de los contrarios, y respetado y querido de sus adictos, logró que no volviese á alterarse en lo mas mínimo la paz durante su reinado.

1357. Restablecida por completo la tranquilidad,  
 Muerte de Quinatzin. Quinatzin se dedicó á dictar medidas convenientes á la felicidad de los pueblos; y despues de un reinado de sesenta años, bajó al sepulcro en 1357, nombrando á su hijo primogénito *Techotlatzin*, heredero de la corona.

Las demostraciones de sentimiento hechas por la muerte de Quinatzin, superaron á todas las practicadas en el

fallecimiento de sus antecesores. En el instante que dejó de existir, se procedió á abrir cuidadosamente su cadáver. La operacion se practicó por los mas diestros médicos; y despues de haberle sacado las entrañas, lo prepararon con una composicion aromática que preservaba al cuerpo, por algun tiempo, de la corrupcion. Embalsamado de la manera indicada el cadáver, se le colocó en una silla, vestido con las insignias reales, y armado de arco y de flechas. Para revelar el valor y la intrepidez que habia demostrado en todas sus empresas, colocaron á sus piés una águila de madera, con las anchas alas tendidas en actitud de emprender el vuelo, y detrás del asiento, un corpulento tigre, en actitud imponente y majestuosa.

Cuarenta dias permaneció de esta manera el cadáver del monarca á la vista del pueblo.

Terminado el plazo de la fúnebre exposicion, los lloradores de paga y de oficio, vertiendo, como era costumbre, abundante llanto y exhalando profundos suspiros, acompañaron al finado rey hasta el escogido sitio en que debia ser quemado.

El número de dolientes fué numeroso.

Consumido por las llamas el real cadáver, se recogieron con cuidadoso esmero sus cenizas; se guardaron en una urna de primorosa hechura, y se depositaron en una caverna de los montes vecinos á Texcoco.

1357. Muerto el soberano, subió á ocupar el tro-  
 Techottalatzin, no chichimeca, su hijo menor *Techottalla* ó  
 5.º rey *Techottalatzin*. La primera providencia de es-  
 chichimeca, te soberano, fué ordenar que se suslituyese  
 ordena que se hable el idioma el dialecto duro y bárbaro de los chichimecas:  
 acolhua.

con la lengua *nahuatl* ó *acolhua*; que era mas dulce y rica. (1)

El favor marcado de los soberanos chichimecas á todo lo que hacia referencia á la cultura de los acolhuas; cultura en la infancia sí, que hoy no mereceria ese nombre, pero que al compararla con la de ellos, la encontraban muy alta, es cosa digna de llamar la atencion. Desde su primer rey Xolotl, se vieron los acolhuas honrados por los chichimecas por su saber. El monarca dió en matrimonio sus hijas á dos principes acolhuas; la nobleza sigue el ejemplo; los enlaces de familia entre la nacion que pide hospitalidad y la que se la da, funde las dos naciones en una; y al verificarse esa fusion, los chichimecas resuelven que ambas lleven un solo nombre, y que este nombre sea el de acolhua. Llegá á subir al trono Techotlalatzin, y este quinto rey chichimeca, da el golpe de gracia á los restos que aun quedaban de la incultura de su pueblo, ordenando que se proscriba el brusco dialecto chichimeca, y que se adopte, y solo se hable el idioma acolhua.

Dispuesto el nuevo monarca á seguir por el camino del progreso emprendido por sus predecesores, dictó disposiciones acertadas en favor de la agricultura y de las artes.

De las diversas  
tribus que  
poblaban el  
Anáhuac.

Mientras los reyes chichimecas habian extendido los limites de su reino, que habia crecido maravillosamente en habitantes, otras tribus diversas de las que ocupaban la orilla de los lagos á *nahuatlacas*, habia llegado á establecerse en otros pun-

(1) Dicho queda que *nahuatlaca* ó *nahuatlaco* se llamó á las naciones cultas que se situaron á la orilla de la laguna, derivando el nombre de Anáhuac. En consecuencia la voz *nahuatl* significa: *el que lo sabe todo, titulado, experto, instruido, culto*, etc.

tos distintos del país. Estas tribus que, como un enjambre, habiau salido tambien del Norte en diferentes fechas, eran la de los olmecas, xicollanques, otómites, tarascos, mazahuas, matlatzinqués y otras muchas de que nos ocuparemos á su tiempo.

De los olmecas y xicollanques. Los olmecas y los xicollanques, podian considerarse como una sola nacion, y se ignora su origen, porque no existe respecto de él, pintura ninguna que lo dé á conocer.

Los otómites. Los otómites, que eran los mas numerosos, ocupaban un terreno de mas de trescientas millas, desde los montes de Izmiquilpan, hácia el Noroeste, que confinaba por la parte del Oriente y del Poniente con varias naciones salvajes. Los otómites, que lo eran tambien, vivian errantes por los bosques y las montañas; teniendo por habitacion las cuevas y las cavernas; por alimento la caza, en que eran sumamente diestros; por baños los rios y los torrentes; por cortinaje de sus habitaciones los horizontes; y por garantía de sus vidas y de su independencia, sus arcos y sus flechas. El idioma de esta guerrera tribu, en nada se parecia al que hablaban las otras diversas naciones que habitaban distintos puntos del Anáhuac. Era un idioma difícil, completamente distinto á cuantos hasta entonces se conocian; lleno de aspiraciones guturales y nasales; rico, enérgico, abundante y expresivo, que aun se conserva puro hasta el dia.

Los tarascos. Los tarascos, que ocupaban el vasto y privilegiado país de Michuacan, eran notables por su cultura, por su habilidad para toda clase de artefactos; por su dedicacion á la agricultura y por el gusto que

se notaba en las muchas ciudades que edificaron. Su idioma que se conserva todavía, era agradable, rico, suave y sonoro, y abundaba en él la *r* suave que lo hacia altamente expresivo. Aunque los tarascos eran idólatras, siempre sacrificaron en su culto menos víctimas humanas que las que sacrificaron los aztecas.

Los mazahuas. Los mazahuas, que habian formado en otro tiempo parte de la nacion Otomí, tenian sus principales poblaciones sobre los montes occidentales de Méjico. Enemigos de un trabajo reglado y uniforme, miraban con desprecio la agricultura, y vivian de las aves y fieras que cazaban. Los mazahuas componian el Estado de Mazahuacan, y fueron, mas tarde, vasallos de la corona de Tacuba.

Los matlatzincos. El extenso y fértil valle de Toluca se hallaba habitado por los matlatzincos, gente resuelta y de valor, quienes, trascurridos los años, llegaron á verse sometidos por el rey Axayacatl, como lo referiremos, cuando llegue su tiempo, á la corona de Méjico.

Los mixtecos y zapotecos. Los mixtecos y zapotecos, eran dos naciones, comparativamente cultas, que ocuparon, al Oriente de Texcoco, los espaciosos países de su nombre. Las dos naciones estaban divididas en Estados, regidos por señores de los mismos países. La cultura y la industria tenian su asiento entre los mixtecos y zapotecos; sabian computar el tiempo; usaban de las pinturas para perpetuar la memoria de los grandes acontecimientos, entre los cuales tenian representados la creacion del mundo, el diluvio universal y la confusion de las lenguas; y tenian leyes que respetaban sumisamente.

Los zapotecos, fueron los chiapanecos. Los hijos de esta nacion fueron industriosos, y sobresalieron en la agricultura y en las artes.

Respecto de los cohuixques, cuitlatecos, yopes, mazatecos, popolocas, chimantecos y totonacos, su origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, y no hay señal ninguna que marque la época en que llegaron al país de Anáhuac.

Pero entre todas las diversas naciones que se encontraban en esa época derramadas por aquella hermosa porcion del Nuevo-Mundo, las que sobresalian por su mayor cultura y saber, eran las que habitaban las ciudades levantadas á la orilla de los lagos, y á las cuales, como he dicho, se conocian con el nombre de *nahuatlacas*, esto es, *sabias, ilustradas*.

No todas las tribus *nahuatlacas* pudieron, sin embargo, establecerse en las riberas de las lagunas. La tlaxcalteca, no obstante pertenecer á ellas, se vió precisada á alejarse algunas leguas, á fin de proporcionarse los recursos á la vida. Ya dije, al hablar del establecimiento de las seis naciones conducidas por sus correspondientes señores, que los tlaxcaltecas fueron los únicos que no encontraron un terreno favorable.

El jefe que se hallaba á su cabeza, estableció al principio la colonia en un lugar llamado *Poyauhtlan*, en la orilla oriental de la laguna de Texcoco, entre la capital de este nombre, corte de los reyes chichimecas, y el pueblo de Chimalhuacan.

El sitio no presentaba á los tlaxcaltecas la risueña pers-

pectiva de un porvenir abundante. Escaso de lo que mas necesario es á la existencia, los tlaxcaltecas se vieron reducidos á vivir únicamente de la caza, que no era suficiente para alimentar al crecido número de individuos que formaban la colonia. Los terrenos de que podian disponer, carecian de las condiciones necesarias para la agricultura, y los escasos recursos fueron menguando entre ellos á medida que fué creciendo la poblacion. Abrumados por la miseria, trataron entonces de ensanchar los límites de sus posesiones, y se apoderaron de algunas tierras próximas que presentaban mas feracidad y abundancia. La conducta de los tlaxcaltecas disgustó profundamente á los xochimilcas, tepanecas y chalqueños, que eran sus confinantes, y en consecuencia los perjudicados. Pero los tlaxcaltecas eran diestros en la guerra, y por lo mismo era temible para cada confinante, oponerse aisladamente, á las usurpaciones del osado vecino. No quedaba pues á las naciones limítrofes otro medio para poner á raya las anexiones de terrenos hechas por los tlaxcaltecas, que confederarse para batirles. Pronto se llevó á cabo la alianza ; y los confederados, uniendo sus ejércitos, se propusieron, no solo rescatar lo que se les habia usurpado, sino arrojar del valle de Méjico á sus ambiciosos enemigos.

Los tlaxcaltecas al ver formarse la tormenta que les amenazaba, se prepararon á conjurarla por medio de las armas, y esperaron á los ejércitos contrarios que avanzaban con la seguridad del triunfo.

Pronto se encontraron unos y otros en un punto espacioso, situado en la ribera de la anchurosa laguna. Los dos ejércitos, al verse, se acometieron con indescriptible



furia. El combate se hizo sangriento. Los tlaxcaltecas, aunque inferiores en número, llevaban la superioridad en el arte de la guerra; y al fin alcanzaron una completa victoria sobre sus enemigos, causando en sus filas horribles estragos.

Sin embargo, aquel triunfo habia sido muy costoso para los vencedores; y los tlaxcaltecas, comprendiendo que su permanencia en aquel país no seria ya posible sino sosteniendo continuas guerras contra sus vecinos, se resolvieron á abandonarlo.

Deseando que el punto á donde se dirigiesen presentase los medios de subsistencia necesarios, enviaron por todas partes exploradores que examinasen los terrenos. No encontraron los comisionados tierra ninguna inhabitada donde establecerse todos juntos; y entonces los tlaxcaltecas tomaron la determinacion de separarse en dos secciones, dirigiéndose una hácia el Mediodía, y la otra hácia el Norte.

Los que tomaron este último rumbo, enviaron á sus jefes para que solicitasen del rey chichimeca el permiso de establecerse en Tollantzingo y en Quauhchinango, á donde habian llegado despues de un corto aunque penoso viaje. El rey chichimeca, les otorgó la gracia que pedian, y allí empozaron á disfrutar de la abundancia de que hasta entonces se habian visto privados.

La seccion que marchó hácia el Mediodía, despues de caminar por Tetela y Tochimilco al rededor del gigantesco volcan de Popocatepetl, se extendió desde las inmediaciones de *Allixco*, donde fundó la ciudad de Quaubquechollan, hasta *Poyauhitecatl* ó monte de Orizaba, fundando

otros varios pueblos, entre ellos *Analiuhcan* pero el grueso de los tlaxcaltecas se dirigió por Cholula á la falda del monte Matlucuelle. Los olmecas y xicallancas habitaban este punto desde que llegaron al país de Anáhuac; pero los tlaxcaltecas, sin respetar la posesion ni á sus poseedores, arrojaron á estos de aquel país dando la muerte al rey que lo gobernaba, y cuyo nombre era *Colopochtli*.

Dueños del terreno que codiciaban, los tlaxcaltecas se prepararon para la guerra, no dudando que los pueblos vecinos se confederarian mas ó menos tarde para atacarles.

No se engañaron en su presentimiento. Llevaban aun poco tiempo de haberse establecido bajo el mando de uno de sus ilustres magnates llamado Colhuacateuctli, cuando los *huexotzincas*, unidos á todos los señores de los demás pueblos vecinos, acometieron de repente y con fuerzas considerables á los tlaxcaltecas, obligándoles á retirarse á la cima del monte. Los tlaxcaltecas, al verse en aquella situacion crítica, imploraron, por medio de sus magnates, el auxilio del rey chichimeca, el cual hizo salir inmediatamente de Texcoco un número respetable de fuerzas en ayuda de ellos. Los huexotzincas no contando con fuerzas suficientes para hacer frente á las contrarias, llamaron en su auxilio á los tepanecas, no dudando que se apresurarian á enviar sus guerreros, para vengarse de la usurpacion de terrenos que en época no muy lejana les hicieron, como he consignado en páginas anteriores, los tlaxcaltecas. Con gusto hubiera acudido el gobernante de los tepanecas al llamamiento de los huexotzincas; pero temiendo atraerse

el enojo del poderoso rey chichimeca, aunque mandó sus tropas, las envió con orden secreta de no atacar á los tlaxcaltecas, y dando aviso á estos de que nada temiesen. De esta manera el magnate tepaneca, lograba contentar al que pedia su auxilio, conservando con él la mejor armonía, y no se malquistaba con el soberano chichimeca, cuyo poder temia.

**Fundacion de Tlaxcala.** Seguros entonces los tlaxcaltecas del triunfo, atacaron impetuosamente á los huexotzincas que fueron completamente derrotados. Libres de sus enemigos con aquella victoria, los tlaxcaltecas volvieron á ocupar el sitio en que se habian establecido, y continuaron edificando con ahinco, la ciudad de Tlaxcala que habian empezado ya á levantar, y que mas tarde fué la capital de aquella nacion, eterna rival del imperio azteca.

**Gobierno de los tlaxcaltecas.** El gobierno adoptado por los tlaxcaltecas, fué el de República, que estuvo dirigido por un solo gobernante, mientras fué corto el número de habitantes. Trascurrido algun tiempo y aumentada la poblacion de una manera asombrosa, se dividió el Estado en cuatro provincias, y la ciudad en otros tantos cuarteles llamados *Tepetipac, Ocotelolco, Quiahuitlan* y *Tizatlan*. Hecha la division, se nombraron cuatro gobernantes, cada uno de los cuales tenia á su cargo el gobierno de su cuartel lo mismo que el de la provincia correspondiente.

En todos los asuntos graves de la nacion los cuatro jefes de la república se unian á los nobles que venian á formar una especie de senado, y este resolvia todas las cuestiones que se ventilaban, y sus resoluciones eran respeta-

das y cumplidas. Nada se hacia sin su aprobacion; él decíala la paz ó la guerra; señalaba el número de tropas que debian armarse; nombraba los jefes que juzgaba mas aptos para mandarlas, y dictaba, en fin, todas las medidas que estimaba convenientes para la salud del Estado.

He referido la manera con que llegaron al país de Anáhuac, se instalaron en él y se constituyeron en naciones mas ó menos pequeñas, mas ó menos fuertes, las diversas tribus que, abandonando las crudas regiones del Norte, buscaron un clima mas benigno, y en tierra mas abundante los productos necesarios á la vida. He consignado las diferencias suscitadas entre algunas, y las frágiles alianzas de otras; la tendencia de unas á la civilizacion, y su apego á la vida errante y vagabunda de no pocas. Pero expreso he dejado de hablar de una que, siendo la última que llegó al valle de Méjico, figuró, despues de pasar por vicisitudes harto penosas, como señora y árbitra de todas las naciones del Anáhuac.

Esta nacion que, por medio de su valor, de su constancia y de su saber, se sobrepuso á cuantas se encontraban ocupando el vasto territorio del hermoso país que habian elegido, fué la de los aztecas ó mejicanos, á quienes vimos separarse, en Chicomoztoc, de las otras seis tribus *nahuatlacas*; la que mas tarde llegó á ser la absoluta dueña del país entero; á la que estaban sujetos los demás monarcas; á la que pagaban tributo los pueblos todos del Anáhuac, y la que, por último, dió nombre, para siempre, al rico suelo de Méjico.

Nacion que por sus heróicos esfuerzos y sus excelentes

cualidades llegó, no solo á ser la señora de las demás naciones establecidas en aquella parte de la América, sino á merecer los elogios del mismo Hernan Cortés y de sus bravos compañeros, derecho tiene á que se dé principio, al hablar de ella, á nuevos capítulos, que con gusto le consagro en las páginas que siguen.

---

## CAPITULO II.

Las aztecas ó mejicanos.—Su viaje al país de Anáhuac.—Se establecen sucesivamente en Tepeyacac, Chapultepec y Acocolco.—Son reducidos á esclavitud en Colhuacan.—Un sacrificio humano.—Recobran la libertad.—Fundacion de Méjico.—Huertos flotantes ó chinampas de los mejicanos.—Division de los mejicanos en tlaxelolcos y tenochcas.—Se hacen dos naciones vecinas y rivales.—Los mejicanos piden al rey de Colhuacan una hija para hacerla madre de su dios.—Sacrificio inhumano.—Huitzilopochtli, nùmen de la guerra; su descripción.

1160.

Viaje de los  
mejicanos.

Los aztecas ó mejicanos que han sido los que hicieron imperecedero el nombre de aquel vasto país á donde Hernan Cortés llevó á cabo la mas difícil de las empresas, vivieron hasta el año de 1160 de la era vulgar, en un país llamado Aztlan, de donde les viene el nombre aztecas; país situado al Norte del seno de la California.

Se ignora el motivo cierto que tuvieron los aztecas para abandonar el suelo en que habitaban, y dirigirse en busca de otro, emprendiendo una peregrinacion penosa. Los escritores que han tratado de dar á conocer las causas que concurrieron para obligarles á tomar esa resolucion, no están de acuerdo en ellas, y cada uno atribuye el abandono de la patria, á motivos disimbolos, muchos de los cua-

les tienen todos los caracteres de la puerilidad y de las consejas.

En lo único en que se hallan en perfecto acuerdo, por ser una verdad innegable, es en que el viaje lo emprendieron en el año referido de 1160, según consta de las pinturas en que está representada con fidelidad aquella marcha. Los mejicanos, provistos de semillas, para sembrarlas en los sitios donde fuesen deteniéndose, pasaron el río Colorado que desagua en el seno de California, y continuaron su marcha hacia el Mediodía, llegando á la orilla del río Gila, donde permanecieron por algun tiempo cultivando la tierra y edificando poblaciones. Aun se conservan las ruinas de algunos edificios levantados por ellos, que patentizan su paso por aquel punto.

No juzgando conveniente permanecer por mas tiempo en el país en que se habian detenido, se dirigieron al Sudeste, y volvieron á hacer alto en un lugar bastante ameno, que distaba ochenta y tres leguas de la hoy ciudad de Chihuahua.

El sitio elegido por los mejicanos para detenerse, es el mismo que se conoce hoy con el nombre de *Casas-Grandes*, entre el Nordeste y Norte de Chihuahua; nombre que

Edificio antiguo, se le ha puesto á causa de existir allí hasta el  
 fabricado por los mejicanos en su viaje. día, un gran edificio que la tradicion universal lo atribuye á los aztecas cuando pasaron por aquel punto, y cuyos restos persuaden de

la verdad de la tradicion. El edificio presenta la forma de una fortaleza defendida en uno de sus flancos por un monte alto, y circunvalada, en el resto, por una gruesa muralla de siete piés de espesor, cuyos cimientos existen todavía.







Huitzilopochtli, dios de la guerra.

En esta fortaleza se ven piedras enormes que revelan la solidez que tuvo, y los techos ostentan vigas de pino, perfectamente labradas. En el centro de esta fábrica vasta y digna de conocerse como curiosidad histórica, se destaca un montecillo, hecho expreso, con el objeto, según parece, de hacer en él la guardia para observar á los enemigos. Durante el gobierno español se hicieron en ese sitio algunas escavaciones que dieron por resultado el hallazgo de algunas piezas de loza, como tazas, copas, platos, jarros, y ollas, y de algunos espejitos hechos de piedra *itztli*, sumamente curiosos.

Después de haber permanecido algunos años en el referido sitio, tomaron el rumbo del Mediodía, y cruzando los escabrosos montes de la Tarahumara, llegaron á *Huicohuacan*, llamado hoy Culiacan, lugar situado sobre el seno de la California. Tres años vivieron sobre el nuevo terreno elegido, labrando la tierra y edificando casas de poca importancia, toda vez que conocieron que no era allí donde debían residir para siempre.

Amantes de su religión, y juzgando que para dar cima feliz á la peregrinación que habían emprendido, era preciso que labrasen una escultura representando á la divinidad que adoraban, hicieron una estatua de madera que representaba á *Huitzilopochtli*, dios de la guerra, y deidad protectora de la nación azteca.

Terminada la escultura, hicieron una preciosa silla de juncos y de cañas entrelazados artísticamente, llamada *teicpalli* (silla de Dios), para llevar en ella la imagen divinizada. Los encargados de cargar en hombros esta silla eran sacerdotes á quienes denominaron *teollamacazque*:

(siervos de Dios) y al acto de cargar se llamó, *teomama*, que significa, *llevar á Dios áuestas*.

Resuelta la continuacion de la marcha, cuatro sacerdotes tomaron en hombros la silla on que se colocó á la divinidad sangrienta; recogieron los mejicanos sus semillas, hicieron sus provisiones, y despues de haber caminado muchos dias hácia el Oriente, llegaron á *Chicomoxtoc*, punto donde se detuvieron, y en el cual, como ya tengo dicho, se separaron de las otras seis tribus que llegaron despues de los chichimecas, al valle de Méjico.

Nueve años permanecieron los mejicanos en *Chicomoxtoc*, lugar distante siete leguas de Zacatecas hácia la parte del Mediodia. Pasado este tiempo, emprendieron de nuevo la marcha, y dejando el país de los zacatecanos, caminaron hácia el Mediodia, con el mismo vigor y energía con que habian salido de su país natal.

Atravesando Ameca, Cocula y Zayula, bajaron á la provincia marítima de Colima; de allí marcharon á la de Zacatula; tomaron en seguida el rumbo del Oriente, logrando subir á Malinolco, situado en los montes que rodean el valle de Toluca; tomaron despues el camino hácia el Norte, y llegaron á la antigua ciudad de Tula on 1196.

Como generalmente acontece en toda larga y penosa peregrinacion, se suscitaron diferencias entre los individuos principales que iban al frente de los inmigrantes, y tomando el pueblo parte en aquellas diferencias, se dividió la tribu en dos fracciones, en un sitio llamado Coatlicamac, viniendo á ser, con el tiempo, enemigos irreconciliables.

La causa, segun ellos, que promovió la discordia, fué

la aparición maravillosa de dos envoltorios en medio del camino que llevaban. Los que formaban la sección que iba delante con sus correspondientes jefes, se apoderó del primer envoltorio, lo abrió, y se encontró con una piedra preciosa. Al ver la segunda sección lo valioso de la alhaja, quiso apoderarse de ella; y tratando cada cual de poseerla, como dádiva de la divinidad, estuvieron á punto de venirse á las manos. Por fortuna los jefes usaron de prudencia, y la piedra quedó en poder de los que la habían cogido primero. El otro envoltorio contenía dos leños que los poseedores de la brillante alhaja, los arrojaron lejos de sí como inútiles y despreciables.

Igual cosa se disponían á hacer los mejicanos de la segunda sección; pero un sabio anciano, llamado Huitecton, cuyas palabras eran tenidas por ellos como pronunciadas por el oráculo, les dijo que aquellos dos leños eran de más valía que la piedra preciosa; que los recogiesen y guardasen, pues servirían, según las condiciones que en ellos veía, para sacar fuego cuando necesario fuese.

Aunque el hallazgo de los dos envoltorios aparecidos milagrosamente no es un hecho, sino solamente, como dice con sobrado acierto Clavijero, un epílogo moral, inventado para enseñar que en los momentos angustiosos de la vida, lo útil es preferible á lo bello, ellos lo tenían como una verdad inconcusa; como el poderoso motivo de sus disensiones.

Sin embargo de esta división operada por causas que en realidad se ignoran, las dos fracciones continuaron haciendo su viaje juntas, sin duda para alcanzar la protección de su dios *Huit-ilopochtli* que pertenecía á los dos partidos.

Se extrañará, sin duda, que los mejicanos hiciesen en su viaje un rodeo de mas de trescientas leguas para llegar al país de Anáhuac; pero la extrañeza acabará al saber que no llevaban rumbo fijo para establecerse; que caminaban á la ventura; y que su resolucion era radicarse donde encontrasen un sitio que les brindase los bienes que apetecian.

No fué la ciudad de Tula tampoco la que llenó sus exigencias: así es que, despues de haber permanecido allí nueve años, la abandonaron, llegando á Zumpango, ciudad de las mas importantes del valle de Méjico, el año de 1216, esto es, al cabo de cincuenta y seis años de penosa peregrinacion.

Zumpango reconocia entonces como soberano, á Tlotzin, tercer rey de los chichimecas; y era señor de la ciudad un magnate humano llamado, como ya tengo dicho, *Tochpanecatl*.

El monarca chichimeca Nopaltzin habia dado orden á *Tochpanecatl*, de que recibiese con benignidad á los mejicanos, y la disposicion fué obsequiada satisfactoriamente. El señor de Zumpango, no solo se esmeró en obsequiarles dándoles escogidos alojamientos y proporcionándoles viveres en abundancia, sino que les distinguió con su amistad al poco tiempo de tenerles por huéspedes.

Iba entre los mejicanos una jóven hermosa, llamada *Tlacapantzin*, de familia noble, que llegó á interesar bien pronto el corazon de uno de los hijos de *Tochpanecatl*. El señor de Zumpango, como una prueba de distincion hácia sus huéspedes, pidió al padre de la jóven la mano de ésta para su hijo *Ilhuicatl*. Concedida la solicitud, la boda se celebró con grandes regocijos y fiestas.

Siete años permanecieron los mejicanos en Zumpango, al cabo de los cuales se dirigieron á otra ciudad poco distante llamada *Tizayocan*. Con ellos, como era regular, marcharon tambien la jóven *Tlacapantzin* y su esposo *Ihuicatl*, hijo del señor de Zumpango.

Poco tiempo despues de haber marchado á Tizayocan, dió á luz la hermosa *Tlacapantzin*, un hijo á quien se le puso por nombre *Huitzilihuitl*.

Los mejicanos encontraban deferencia y favor por donde quiera que pasaban, y eran respetados y queridos por su laboriosidad y su talento. El buen concepto que se habian conquistado y la ventajosa idea que se iba formando de ellos, fueron estímulos activos para que *Xochiatzin*, señor de *Quauhtilan*, pidiese á otra de las familias nobles aztecas, una jóven con quien unirse en matrimonio; enlace que se verificó poco tiempo despues.

No era, sin embargo, Tezayocan el punto en que aspiraban vivir los mejicanos. Su anhelo era llegar á un sitio en que pudiesen formar su gobierno y disfrutar en él de una verdadera independencia. Con este objeto dejaron la ciudad de Tezayocan y pasaron á Tolpetlac y á Tepeyacac, situados ambos puntos en la orilla del lago de Texcoco y muy próximos al lugar en que despues se fundó Méjico.

Elegido *Tepeyacac*, donde hoy se encuentra el suntuoso Santuario de la Virgen de Guadalupe, para residencia, los mejicanos empezaron á levantar humildes chozas, y á labrar la tierra para vivir, sino muy cómodamente, si con agradable independencia.

Las órdenes dadas por el rey chichimeca Nopaltzin para

que se les dejase establecerse en el punto que encontrasen libre, les prestaba seguridades de no ser inquietados por nadie, y con esta confianza tomaron posesion de aquellos sitios que, aunque áridos en gran parte, les podian proporcionar por entonces, lo necesario á la vida.

Los mejicanos acordados por un señor chichimeca abandonan Tepeyacac. La presencia de los mejicanos no fué vista por algunos señores de pueblos, con el gusto con que la habia visto el buen rey Nopaltzin; y aunque obligados á ejecutar las instrucciones del soberano, buscaban la manera de mortificarles y ofenderles. Uno de los magnates que mas desplegó su saña contra ellos, fué *Tenaucaacaltzin*, señor chichimeca, hombre de mezquinos pensamientos y de aviesa condicion.

Los mejicanos altamente disgustados del bastardo proceder del orgulloso magnate chichimeca, resolvieron abandonar sus dos recientes poblaciones, y se dirigieron á Chapultepec, considerándolo como un sitio de refugio.

1245. Los mejicanos se refugian en Chapultepec. Era, y es Chapultepec, un punto delicioso, situado sobre la orilla occidental de la laguna, á menos de una legua del punto en que mas tarde se ostentó la suntuosa ciudad de Méjico; abundante en ricos manantiales de exquisitas aguas; cubierto de árboles frondosos y colosales; con una vegetacion vigorosa y exuberante, y enriquecido con los mas preciosos dones de la naturaleza.

Los mejicanos, con la actividad que les distinguia, empezaron á levantar ligeras casas y á sembrar la tierra desde el momento que llegaron, y pronto el cerro de Chapultepec en que se habian establecido, se vió cubierto de la

vistosa planta del maíz, de las legumbres mas alimenticias y de diversas y exquisitas verduras.

Su instalacion en el delicioso lugar que nos ocupa, se verificó en el año de 1245, á los tres años de haber subido al trono Tlatzin, tercer rey de los chichimecás, y digno sucesor de su padre Nopaltzin. (1)

Los mejicanos se ven precisados á dejar Chapultepec, y se establecen en Acocolco. Pronto empezó á prosperar la colonia mejicana, y con su prosperidad creció la envidia de varios poderosos señores de los pueblos comarcanos. El bienestar de la nueva tribu despertaba en las tribus vecinas el innoble sentimiento de los celos; y la persecucion hácia los mejicanos empezó á ser incesante y dura. El señor de Xaltoncan, uno de sus mas implacables enemigos, se propuso vejarlos con la siniestra mira de obligarles á abandonar la tierra en que se habian establecido, y al fin logró ver realizado su reprehensible deseo. Los mejicanos, celosos de su dignidad, dejaron á Chapultepec despues de haber vivido en él diez y siete años, trabajando sin descanso, y fueron á buscar un asilo mas seguro á unas islitas, situadas á la extremidad meridional de la laguna, radicándose en un punto que llamaron Acocolco, que significa *lugar de refugio*.

(1) Boturini y Torquemada dicen que reinaba *Quinatzin*, 4.º rey chichimeca, y D. Francisco Javier Clavijero asegura que ocupaba el trono el monarca Nopaltzin. Yo creo que los tres padecen un error y voy á tratar de demostrarlo. Los chichimecas se establecieron en 1170, y su primer rey Xolotl gobernó 40 años, esto es, hasta 1210: su hijo Nopaltzin reinó 32 años, quiere decir hasta 1242: los mejicanos, segun el mismo Clavijero, se situaron en Chapultepec en 1215; luego hacia tres años que habia muerto Nopaltzin, los mismos que hacia que ocupaba el trono su hijo Tlatzin. Respecto de Boturini y Torquemada, la equivocacion cronológica es notable, puesto que Tlatzin reinó 36 años y Quinatzin subió al trono en 1278, esto es, 33 años despues de hallarse los mejicanos en Chapultepec.



Padecimientos de los mejicanos en Acapulco. Por espacio de cincuenta y dos años vivieron los mejicanos en aquellos miserables terrenos que no podian despertar la envidia de nadie; sufriendo las mayores privaciones, sin ropa con que cubrirse, alimentándose con algunos peces, insectos, fruta silvestre, yerbas y raíces palustres que se criaban en las islitas; cubriendo sus enflaquecidas y tostadas carnes con las hojas de una planta llamada *amoztli* que crece con abundancia en aquellos sitios, y durmiendo en miserables chozas hechas de las cañas y juncos que se encontraban en la laguna.

Si no existiesen pruebas irrecusables que acreditan la verdad de los anteriores sufrimientos padecidos por los mejicanos en esas islas miserables, el hecho real pasaria por una fábula, y la fortaleza de los mejicanos por un cuento inverosímil. Pero la realidad de ese triste período, se encuentra plenamente acreditada por el testimonio de sus historias, así como por los acontecimientos posteriores, y nada hay que dé lugar á la mas ligera duda.

Sin embargo, los mejicanos sufrían con resignacion, y aun con gusto, la miseria, el hambre y la desnudez, porque en medio de aquellas privaciones, disfrutaban al menos de su independenciam y libertad, no pagaban tributo á ningun señor extraño y se gobernaban por sus leyes.

Pero aun de ese único y apreciable bien de la libertad, que hasta entonces habian disfrutado, se iban á ver muy pronto despojados. Los colhuas, una de las seis tribus nahuatlacas que con ellos llegaron, como tengo ya repetido, hasta *Chicomoztoc*, cuando juntos salieron del país de *Astlan*, iban á ser los que de ella les privasen.

El régulo de Colhuacan, llamado Coxcox, que miraba con mala voluntad á los mejicanos, se valió de un pretexto para oprimirles. Acoso oxistian resentimientos antiguos entre colhuas y mejicanos, que dieron motivo á la separacion de estos en el viaje que emprendieron juntos al dejar todos su patria.

El magnate colhua, dando por motivo que no podia permitir que los mejicanos viviesen en terrenos pertenecientes á su distrito, libres de tributo como estaban, exigió de ellos que se sometiesen desde entonces á pagar el que se les impusiese. Los mejicanos que se habian establecido allí, porque los soberanos chichimecas les habian concedido el permiso de instalarse donde juzgasen conveniente, se negaron á reconocerse tributarios. Indignado entonces el régulo de Colhuacan con la contestacion recibida, envió numerosas tropas contra ellos, y despues de haberles vencido, les hizo sus esclavos. (1)

Esclavitud de los mejicanos. El hecho segun otros historiadores se llevó á cabo por el expresado régulo de Colhuacan, de una manera mas hipócrita y menos peligrosa. Afirman que el magnate colhuacano les brindó con excelentes tier-

(1) D. Pedro Pruneda, en una obra impresa en Madrid en 1807 con el título de «Historia de la guerra de Méjico desde 1811 á 1807,» dice que los xochimilcas fueron los que intentaron hacer esclavos á los mejicanos; pero que estos pidieron el auxilio de los colhuas, lograron derrotarlos, conservando así su libertad. El autor citado sufre un grave error: los colhuas y no los xochimilcas fueron los que redujeron á los mejicanos á la esclavitud: ni fueron estos los que pidieron á los colhuas auxilio para combatir contra los xochimilcas, sino lo contrario los que ordenaron á los mejicanos á que se armasen para que les auxiliasen en la guerra que les habian declarado los xochimilcas, como veremos en las siguientes páginas. No hay más que consultar las obras de los mas caracterizados historiadores, entre ellas la del sabio y erudito mejicano Clavijero, para convencerse de que el Sr. Pruneda ha sufrido un error.

ras próximas á la ciudad que él habitaba, fingiendo interesarse por el bien y la prosperidad de ellos: que los mejicanos admitieron gustosos la oferta; y que cuando el régulo les vió fuera de las islitas, descuidados y ajenos á todo temor de traición, hizo que las tropas colhuas se arrojasen sobre ellos, les hiciesen prisioneros, y los condujesen como esclavos á Tizapan, lugar que pertenecía al Estado de Colhuacan.

El lector podrá admitir la relacion primera ó la segunda, segun mas le agrade, por ser cuestion únicamente de forma, pues en el fondo ambas encierran una misma verdad; el hecho de haber sido reducidos á la esclavitud los mejicanos por el régulo de Colhuacan.

El acto cometido por los colhuas, fué altamente arbitrario; y de esperarse era que el soberano chichimeca, de quien era tributario el magnate Coxcox, reprendiese aquel hecho á todas luces injusto. Pero nada de esto sucedió: Quinatzin, cuarto rey chichimeca, que llevaba entonces treinta y seis años de haber subido al trono, bien fuese porque temiera indisponerse con las naciones tributarias, bien porque el régulo de Colhuacan lo hubiese hecho creer que habia obrado en justicia, nada llegó á decir respecto del suceso consumado.

La vida de esclavos se hacia insoportable para los mejicanos. La miseria, la pobreza, la desnudez, les parecian dichas inapreciables comparadas con la pesada esclavitud. Pero eran pocos; se hallaban supeditados por la fuerza de los numerosos ejércitos de sus opresores, y no tenian mas consuelo que el de la esperanza de recobrar algun dia la libertad.

La ocasion que podia conducirles á realizar su dorado sueño, se presentó al cabo de algunos años.

La guerra se declaró entre colhuas y xochimilcas. El régulo Coxcox fué derrotado en varios encuentros por sus enenigos, y queriendo hacer el último esfuerzo para resistirles, se vió precisado á echar mano de los mejicanos para presentarles un numeroso ejército.

Los mejicanos, llenos de regocijo, porque esperaban alcanzar por medio de su valor, la gracia de que el régulo les devolviese la libertad en premio de la victoria que esperaban conseguir, se armaron de largos y fuertes pulos que remataban en punta, para enterrar esta en el suelo y poder saltar de un punto á otro en los terrenos fangosos; se hicieron de cortantes cuchillos de *iztli*, construyeron adargas ó escudos de madera y de cañas, se dispusieron para el combate, y convinieron entre sí, en no detenerse en hacer prisioneros, como era costumbre, sino en cortar una oreja á cada uno que cayese en su poder, dejándole marchar con la otra, depositando la cortada en un saquito que cada cual llevaria atado á la cintura.

Con el auxilio de los mejicanos triunfan los colhuas de los xochimilcas. Pronto se avistaron los dos ejércitos; y cuando los colhuas y los xochimilcas luchaban con mayor encarnizamiento, se arrojaron los mejicanos sobre los segundos con ímpetu indescriptible, y la victoria se declaró, merced á su auxilio, en favor de los colhuas. El triunfo no pudo ser mas completo; y los xochimilcas, no solo huyeron completamente derrotados, sino que poscidos de terror pánico, abandonaron su ciudad y se refugiaron á los montes.

Concluida la batalla, los colhuas se acercaron á su gone-

ral presentando, como era costumbre entre aquellas naciones, los prisioneros que habian hecho, pues se estimaba en mas el valor del soldado por el número de prisioneros que hacia, que por el de enemigos que mataba.

Aquella costumbre no hay duda que daba por resultado la economia de mucha sangre ; pero en cambio aumentaba el número de esclavos, puesto que todos los prisioneros se veian reducidos á esa penosa situacion. Si el acto hubiera reconocido un sentimiento de humanidad, nada mas digno que él de loa ; pero, por desgracia, no reconocia por origen otro afecto que el de la vanidad del valor, y daba por resultado la esclavitud.

Despues de haber presentado los soldados colhuas á su general los prisioneros que habian hecho durante el combate, se llamó á los mejicanos para que diesen cuenta de los suyos.

Los mejicanos se presentaron sin ninguno ; pues aunque habian cogido cuatro prisioneros, no quisieron manifestarlo, porque habian dispuesto reservarlos para cumplir con un propósito que á su tiempo referiré.

El general colhua al verles llegar sin conducir preso á ningun enemigo, les preguntó, en dónde se encontraban los prisioneros que habian cogido durante la batalla. «No hemos hecho ninguno ;—contestó el que hacia cabeza,— porque no quisimos perder en atarles, el tiempo precioso que podia servir para anticiparos la victoria ; pero aquí tenéis las orejas cortadas á los que han caido en nuestro poder, y por el número de ellas podreis saber el de prisioneros que pudimos haberos traído.» (1)

(1) Pruneda, en la obra que en mi nota anterior dejo mencionada, dice que

Los colhuas quedaron admirados de aquel hecho que revelaba el ingenio, el valor y la astucia de aquellos á quienes debieron en gran parte su triunfo.

Aunque el servicio prestado por los mejicanos fué de notable importancia, no por esto les dió su libertad el régulo de Colhuacan. Cierto es que les miró desde entonces con mas distinguida consideracion ; pero no obstante siguieron siendo esclavos, permaneciendo en esta condicion en Huitzilopochco, punto que les habian señalado por residencia.

Menos acosados ya por sus opresores, los mejicanos erigieron un altar á su deidad protectora *Huitzilopochtli*, y anhelando ofrecerle alguna ofrenda que le fuese grata por su riqueza en la dedicacion, suplicaron al régulo de Colhuacan, su señor, que se dignase enviarles algun valioso presente para el dios que adoraban.

El orgulloso potentado Coxcox, tratando de ofender y de humillar á los que miraba como esclavos, envió con sus sacerdotes colhuas, un lienzo súcio y ordinario, dentro del cual iba un pájaro, muerto con la inmundicia mas repugnante. Los sacerdotes colhuas, colocaron el nauseabundo envoltorio sobre el altar de *Huitzilopochtli*, y se retiraron sin despegar los labios. Grande fué la indignacion que en los mejicanos produjo aquel desacato hecho á su divinidad tutelar ; pero aplazando para tienpo oportuno la venganza de la ofensa, reprimieron su enojo ; qui-

presentaron sacos llenos de narices y de orejas. Niugun historiador habla mas que de haber presentado orejas. Ni es verosímil que los mejicanos que por economizar tiempo no quisieron humillar á los prisioneros, ocupasen mucho mas cortándoles las narices, operacion difícil.

taron del altar, sin manifestarse alterados, los inmundos objetos enviados por el magnate colhua, y pusieron en su lugar un cuchillo de *iztli* y una fragante yerba.

Anunciado el día de la dedicacion, el régulo de Colhuacan se dirigió, con la nobleza, á Huitzilopochco, con objeto de presenciar la fiesta, no por honrar con su presencia el acto religioso, sino por satisfacer únicamente su curiosidad, y burlarse de sus esclavos.

Los mejicanos dieron principio á la ceremonia, con un vistoso baile, en el cual se presentaron con los trajes mas ricos que pudieron hacer en medio de sus escaseces y penurias. El señor de Colhuacan y la nobleza que le rodeaba, se manifestaban altamente complacidos con los pasos y movimientos ejecutados por los danzantes. Los mejicanos, en los momentos de mas animacion, sacaron á los cuatro prisioneros xochimilcas que habian conservado ocultos despues de la batalla de que hicimos ya referencia; les condujeron enfrente del altar del dios *Huitzilopochtli* con la mayor ceremonia, y en seguida les mandaron que bailasen un poco delante de la divinidad.

El régulo de Colhuacan y los nobles, se maravillaban de todo lo que veian, y se manifestaban contentos.

**Primer sacrificio de víctimas humanas en Anáhuac.** De repente cesó el baile: los mejicanos se apoderaron de los cuatro prisioneros; les tendieron sobre una piedra; les rompieron con rapidez asombrosa el pecho con un agudo cuchillo de *iztli*, y sacándoles el corazón, los ofrecieron, aun calientes, palpitantes y goleando sangre, á su funesta deidad *Huitzilopochtli*.

Un grito de horror salió de los labios de todos los col-



Sacrificio humano en honor de Huitzilopochtli .





huas que ignoraban el culto sangriento que consagraban á su dios los mejicanos, y se marcharon á Colhuacan sobre-cogidos aun de espanto.

Aquel fué el primer sacrificio de víctimas humanas verificado en la region de Anáhuac, de que hace mencion la historia ; pues aunque es de suponer que antes se verificaron otras, no hay noticia de que hasta entonces se hubiese dado en espectáculo una escena de aquella naturaleza, por ninguna de las demás tribus.

El régulo Coxcox, creyendo que podria producir malos resultados la permanencia de los mejicanos entre sus vasallos, resolvió dejarles en libertad, y de acuerdo con la nobleza, les dió orden para que saliesen inmediatamente de su distrito, y buscasen en otra parte su punto de residencia. Los mejicanos obedecieron gustosos la orden que les sacaba de la esclavitud, y atribuyeron el beneficio de la libertad que volvian á disfrutar, á la gratitud de su divinidad por las víctimas que en su honor habian sacrificado.

Ducños del bien mas precioso que tiene el hombre, la libertad, los mejicanos caminaron con rumbo hácia el norte, y llegaron á un punto situado entre las dos lagunas, llamado *Acatziteintlan*. La errante tribu, hizo alto en aquel lugar, y le puso por nombre *Mexicaltzinco*, esto es, lugar del templo del dios *Mexitti* ó de la guerra. Pero muy poco tiempo permanecieron allí : el sitio además de no presentarles las comodidades á que aspiraban, se hallaba demasiado próximo todavía al de sus enemigos los colhuas, y se marcharon á Iztacalco, acercándose así, hácia el sitio donde mas tarde habian de fundar la grandiosa ciudad de Méjico.

Radicados en Iztacalco, y queriendo celebrar la victoria que habian alcanzado sobre los xochimilcas, y manifestar á su dios *Huitzilopochtli* su gratitud porque les habia sacado del poder de los colhuas, hicieron un montecillo de papel que representaba á Colhuacan, y pasaron toda una noche bailando al rededor de él, entonando himnos de alabanza á su divinidad, y cantos guerreros en memoria del triunfo conseguido.

Dos años permanecieron los mejicanos en Iztacalco, viviendo en la mayor penuria y estrechez. Cansados de aquella existencia miserable y sin porvenir que se adaptaba mal con su carácter emprendedor y activo, abandonaron sus frágiles chozas hechas de cañas y de adobo, y tomando sus arcos y sus flechas, emprendieron de nuevo la marcha en busca de un sitio conveniente, llevando en andas y en hombros de cuatro sacerdotes, al dios *Huitzilopochtli*, de quien esperaban favor y ventura.

Así caminando por las orillas de las grandes lagunas, alimentándose de las yerbas, de los pececillos y de algunas aves que con sus flechas cazaban, durmiendo á la intemperie, pero alentados siempre por las lisonjeras promesas de sus oráculos, llegaron despues de una série de acontecimientos y de aventuras de mas brillante colorido que las leyendas maravillosas de los héroes de la antigüedad, á un sitio en que detuvieron el paso á la vista de un espectáculo que les sorprendió agradablemente.

En medio de las serenas aguas del lago principal, se levantaba una isla de diminutas dimensiones, como una blanca gaviota durmiendo sobre la superficie de un apacible golfo. A la orilla Sudoeste de esa pintoresca isleta, bro-

taba, de la hendidura de una roca de forma caprichosa, un silvestre nopal, cubierto de amarillentas tunas, sobre el cual descansaba una águila de notable magnitud; abiertas las alas á los rayos del sol naciente, y teniendo entre sus cortantes garras una enorme culebra que se retorcia con las agonías de la muerte.

La peregrinacion de los mejicanos habia terminado.

El gran dios *Huitzilopochtli*, por medio de un anciano sacerdote, les habia indicado el sitio en que debian echar los cimientos de su monarquia.

El sitio debia ser aquel donde encontrasen un águila reposando tranquila sobre un robusto nopal nacido en la peña de una isla.

El oráculo se habia realizado.

Los mejicanos vieron llenadas las condiciones reveladas por su protectora divinidad al ministro de su religion, y se resolvieron á fundar allí su sociedad y su gobierno.

La diminuta isla, desprovista de vegetacion, pero que para los mejicanos encerraba el interés de acatar la disposicion del oráculo, pertenecia al rey de Azcapozalco.

Los mejicanos solicitaron del monarca tepaneca el permiso para establecerse en el sitio que anhelaban, y con solicitud se les dijo que les seria concedida, á condicion de que se obligasen á pagar cierto tributo en determinadas épocas del año. La errante tribu admitió las condiciones del soberano tepaneca, y acto continuo tomó posesion de aquel sitio á quien dió el nombre de *Tenochtitlan*, que significa *nopal sobre piedra*. (1)

(1) *Tenochtili* significa *nopal*. Los mejicanos llamaron *Tenochtitlan* á la ciudad que allí fundaron. Muchos historiadores, sin embargo, por no conocer el

1325.  
Fundacion  
de  
Méjico.

Lo primero que los mejicanos hicieron al tomar posesion del lugar señalado por el oráculo, fué construir junto al nopal en que apareció el águila, un humilde templo de céspedes y de paja, dedicado á su dios *Huitzilopochtli*, que les habia señalado el paraje en que debian edificar su ciudad.

La expresion del agradecimiento á la divinidad ha sido en todos tiempos y en todas las naciones, cualquiera que haya sido su religion, el primer acto del hombre despues de haber llegado, á través de penosos trabajos y peligros, al punto deseado.

Por desgracia, los mejicanos tenian una religion que les presentaba como ofrendas las mas aceptables á su dios, los sacrificios de victimas humanas.

Deseando que la dedicacion del humilde templo revelase el respeto y amor hácia su dios, salió á los bosques inmediatos un atrevido mejicano á cazar la primer fiera que encontrase para sacrificarla y ofrecerla á la divinidad que adoraban. Cuando se internaba en un punto peligroso, se encontró con un colhua llamado *Xominiltl*. El resentimiento que los mejicanos tenian contra los colhuas por la esclavitud á que les tuvieron reducidos, y el desprecio con que los segundos miraban á los primeros, dió por resultado que, despues de haber cruzado algunas palabras ofensivas, ambos echasen mano á las armas que llevaban. La lucha personal fué tenaz ; pero al fin venció el mejicano, y atando á su rendido enemigo, le llevó al sitio en que habian

idioma, han adulterado el nombre, escribiendo *Tenozttilan*, *Tenuhttilan* y *Temútilan*.

construido el frágil santuario á *Huitzilopochtli*. Notable fué el regocijo que causó en todos la presencia del prisionero: la ofrenda que con él podían ofrecer á su dios, la consideraron de mas valta á los ojos de su divinidad, que la de una fiera. No queriendo retardar ni un solo instante la celebracion del estreno del templo, hicieron que bailase el colhua delante de la sangrienta deidad, le tendieron sobre la piedra del sacrificio, y poco despues, rasgándole el pecho, le sacaron el corazon que, humeante todavía, lo colocaron sobre el altar, ofreciéndolo á su dios, con grandes demostraciones de placer y de alegría. Aquel sacrificio lo consumaron con doble satisfaccion, porque á la vez que les proporcionaba un desahogo de su odio contra los colhuas que les privaron un dia de su libertad, presentaban á su numen de la guerra, la sangre de uno de los vasallos del régulo de Colhuacan, Coxcox, en desagravio del nefando desacato cometido por éste al manchar el altar de *Huitzilopochtli* con el inmundo envoltorio de que hicimos referencia anteriormente.

Hecho el rústico santuario, los mejicanos empezaron á construir miserables chozas de juncos y de cañas al rededor do él, así para tener mas próxima la proteccion de su divinidad, como para defenderla de cualquiera extraña tribu que tratase de ofenderla.

Así se dió principio á la fundacion de la pintoresca Venecia del mundo occidental; á la ciudad de Tenochtitlan quo llegó á ser, con el tiempo, la suntuosa corte de los poderosos emperadores aztecas, y la mas notable, rica y grandiosa ciudad del Nuevo-Mundo que llenó de admiracion á los mismos españoles.

Origen del  
nombre  
de Méjico.

Los mejicanos, queriendo consagrar á su dios *Huitzilopochtli* un recuerdo eterno de gratitud por los bienes de que se creían deudores hácia él, dispusieron que la ciudad llevase, además del nombre de Tenochtitlan, que indicaba el acatamiento á la orden del oráculo, el nombre de *Mexitli*, (Méjico) que significa lugar de *Mexitli* ó de *Huitzilopochtli*, pues con estos dos nombres era conocido por ellos la predilecta deidad que adoraban. (1)

Con la noble mira de ponerse á salvo de cualquier ataque que se intentase de nuevo contra su libertad, los mejicanos trabajaron sin descanso en aumentar los edificios, y en dar á la ciudad de Méjico una respetabilidad que tuviese á raya á las tribus colindantes.

Ocupaba entonces el trono chichimeca, su cuarto rey *Quinatzin*, á quien vimos establecer definitivamente la corte en la ciudad de Texcoco, y que fué, hasta la conquista por los españoles, la capital del reino de Acolhuacan.

Corria el año de 1325 cuando los mejicanos levantaron la primera cabaña en la despues gran ciudad de Méjico, á su deidad tutelar, acariciando la lisonjera esperanza de po-

(1) Muchas y variadas opiniones se han emitido respecto de la etimología del nombre de Méjico. Unos dicen que viene de la palabra *Mexitli*, luna, porque esta reflejaba en la laguna cuando llegaron los mejicanos, como lo había indicado el oráculo: otros aseguran que significa *en la fuente*, por haber encontrado una de buena agua en aquel sitio, y algunos han creído que venia de la palabra *meccico*, que quiere decir, *en el centro del maguay*. Pero en las dos primeras etimologías hay violencia; y respecto de la tercera el talismo Clavijero que pensó en ella, dice que, con el estudio de la historia se desengañó de que no reconocía el origen que se imaginó. «Al presente—añade en su «Historia Antigua

der constituirse en nacion independiente. Sin embargo, aunque establecidos en el lugar en que les habia indicado el oráculo, no por esto las condiciones de bienestar, con respecto á la subsistencia y comodidades de la vida, habian mejorado. Situados en medio de la laguna, en aquella isleta en extremo reducida para contener á todos los habitantes; careciendo de terreno para sembrar; desprovistos de toda materia para tejer y hacer sus vestidos; aislados de todo trato con las demás tribus; abrigando constantemente una invencible desconfianza hácia todas las naciones vecinas, los mejicanos pasaban una vida no menos penosa que la que habian tenido hasta entonces. Sin maíz, sin legumbres, porque no tenian donde cultivarlas, se veian reducidos á alimentarse solamente de animales y de vegetales acuáticos. Pero estas penalidades y miserias no llegaron á abatir jamás el espíritu de aquellos hombres, ni á hacerles desmayar en su trabajo. Alentados por los mismos contratiempos, se propusieron remediar un grave mal, del que conocian que dimanaban todos los otros. El mal era la carencia de terreno para fabricar sus casas, pues la isleta no prestaba la capacidad necesaria para contener á todos los mejicanos. Resueltos á vencer los obstáculos que se presentaban, empezaron á poner estacadas en aquellas partes en que mas baja estaba el agua, terraplenándolas con céspedes y piedra; y continuando este trabajo penoso, consiguieron unir á la isleta principal, otras mas pequeñas que se encontraban á corta distancia.

de Méjico.—estoy ya seguro de que Méjico significa el lugar de Mexitli ó de Huiztlopochtli, esto es, el Monte de los mejicanos, á causa del santuario fabricado allí.



Alimento de los  
mejicanos  
en los primeros  
años de  
haber fundado  
Méjico.

Asonbra la resignacion y la constancia con que aquel pueblo se resolvia á sufrir las penalidades de todo género y la miseria mas espantosa, en medio de un rudo trabajo y de una islita miserable, por conservar su libertad preciada. La isla carecia de los alimentos mas indispensables á la vida; y los mejicanos, para sustentarse, se vieron precisados á hacer alimenticios aun los objetos que mas repugnantes les hubieran parecido en circunstancias menos asflictivas. Acosados por el hambre y la necesidad, se vieron obligados á sustentarse con todo lo que encontraban en las aguas del lago, y en los yerbajos próximos á la orilla. Sobreponiéndose al temor de contraer penosas enfermedades por la mala calidad de los alimentos, comian, no solo las raíces de las ásperas plantas acuáticas, sino los moscos, los huevecillos que estos ponian en cantidad prodigiosa sobre los juncos de la laguna, las culebras, el *atetopitz*, el *atoyinan*, diversidad de animalillos, varios insectos palustres, las hormigas y el *axolotl*, llamado *ajolote*, que se cria en el fango de los pantanos. (1) La cantidad de moscos llamados *axayacatl* que se extendian por el lago, era fabulosa, y los mejicanos inventaron la manera de cogerlos con la mayor facilidad y en número prodigioso. Con este insecto, que recogian á millones, lograban, no solo alimentarse ellos, sino alimentar

(1) El *axolotl*, ó *ajolote* como lo llamaron los españoles, adulterando el nombre, es un lagarto pequeño acuático, de ocho pulgadas de largo, que se cria en la laguna de Méjico y en el fango de las acequias. Su figura es repugnante; su piel blanda y negra; larga la cabeza; grande la boca; larga la cola; y corta, ancha y cartilaginosa la lengua. Desde la mitad del cuerpo hasta la extremidad de la cola, va estrechándose: sus piés, que son cuatro, y con los cuales nada, se asemejan á los de la rana. La carne del *axolotl* es blanca, y su sabor muy pare-

tambien diversidad de pájaros, y vender una gran cantidad en el mercado. Para hacer menos desagradable aquel alimento, amasaban los moscos, y formando una pasta, hacian redondos panecillos que, colocados en hojas de alguna planta, los cocian en agua con sal. Cuando, mas tarde, pudieron sembrar el maíz, los panecillos los ponian en las hojas de esta benéfica planta que ha llegado á ser la mas necesaria para los pueblos del Anáhuac. Obligados por la imperiosa necesidad, no sacaban menos provecho de los huevecillos que los mismos moscos depositaban á millares, en los juncos y yerbas del lago. Queriendo utilizarlos como utilizaban los insectos, hacian una especie de albóndiga ó torta llamada *ahuanhltli*, que aun forma parte del alimento de los indigenas de los pueblecillos próximos á Méjico, situados al borde del canal y de la laguna. Entre las cosas que no se puede concebir cómo se resolvieron á tomarla por alimento, se encontraba una sustancia fangosa, llamada *tecuillatl*, esto es, excremento de piedra, que nadaba en la superficie del lago. Pero el hambre da osadía para probarlo todo, y los mejicanos sacaron de aquella sustancia un provecho inapreciable. Ingeniosos y entendidos, la ponian al sol hasta que llegase á quedar perfectamente seca; le daban una forma redonda, y la conservaban para comerla, á manera de queso, al cual se parecia algo en el sabor.

Los mejicanos llegaron á acostumbrarse de tal manera á estos miserables alimentos durante los muchos años de pe-

cilo al de la aguililla. En Méjico se hace algun consumo de este pez, pues parece que es un alimento muy bueno para los enfermos, especialmente para los de Hsiv.

nalidades que sufrieron, que siguieron haciendo uso de ellos hasta en su mayor prosperidad.

Pero todo lo admitian con gusto en cambio de mantener su libertad. Puesto el pensamiento en la esperanza de que con la abnegacion y el trabajo llegarían á conseguir el bienestar social, se dedicaron á la pesca de un pez que, aunque pequeño, es de agradable sabor, llamado blanco; á la de otros mucho menores, conocidos con el nombre de amarillitos; pesca que, unida á la caza de diversas aves acuáticas y á los objetos y sustancias antes referidos, les proporcionó un activo y productivo comercio con las tribus próximas á la laguna, que les daban en cambio maíz, frijol, y cuanto les era necesario.

Provistos, merced á su asiduo trabajo, de piedra, de madera y de otros materiales de construccion, hicieron sólidas estacadas, sobre las cuales edificaron pobres y humildes edificios sí, pero agradables y pintorescos, que formaban calles rectas y animadas, por donde transitaba, en ligeras canoas, la trabajadora multitud, así como por los multiplicados puentes hechos de cañas y de juncos que cruzaban de una á otra orilla de la calle.

Chinampas ó  
jardines  
flotantes: modo  
de formarlas.

Las dificultades mas grandes llegaron á ser vencidas por la industria y el ingenio. Pero en donde estas dos cualidades de los mejicanos brillaron de una manera marcada, fué en la feliz concepcion de formar graciosos huertos flotantes sobre el agua. Careciendo de tierras de labranza, pues á su derredor no tonian mas que las ondas de la espaciosa laguna, idearon la manera de construir nadantes sementeras sobre el líquido elemento, donde pudiesen cultivar toda clase de hortaliz-

zas y de frutas. El ingenio, aguijonado por la necesidad, realizó bien pronto el pensamiento felizmente concebido, y la apacible laguna se vió poco tiempo despues, sustentando sobre sus durmientes aguas los flotantes huertos, llamados *chinampas* que, manteniéndose á flote sobre la blanda superficie, eran llevados de un sitio á otro de la laguna, á merced del industrioso cultivador. Formaban estos huertos, uniendo estrechamente maderas fofas y esponjosas con que lograban hacer una balsa que reunia las condiciones de resistente y ligera. Esta balsa iba entrelazada con tejidos de mimbres, cañas verdes y flexibles, y de raíces de varias plantas palustres ó de otras yerbas acuáticas ligeras, pero suficientemente fuertes para mantener la tierra del huerto perfectamente unida. Sobre esta base, cuyo conjunto venia á resultar una balsa herbosa, ligera y consistente, colocaban ligeros céspedes de los mismos que flotaban en la laguna, y encima de todo ponian el fango que sacaban del fondo del agua. La forma de estos huertos era cuadrilonga; las dimensiones de ellos, diversas; pero generalmente tenian veinte varas de largo, siete de ancho y poco mas de una tercia de elevacion sobre la superficie del agua, que, manteniéndose á flote, sobre el lago, remedaban islas encantadas que resbalaban sobre las ondas, obedientes al mágico poder de las hadas, para situarse á voluntad de su misterioso deseo.

En estas campiñas flotantes ó *chinampas*, creacion de un claro ingenio inspirado por la necesidad y el patriotismo, que aun forman en las cercanias de Méjico la fortuna de los indios; en estos huertos poéticos y vistosos que fueron los primeros campos que en medio de las aguas apa-

recieron como pensiles graciosos y rientes, cultivaban los mejicanos el maíz, el pimiento y otras muchas plantas y semillas para su sustento.

**1338.** Trece años llevaban de aquella vida de privaciones que, aunque lentamente, iban desapareciendo por fortuna. Hasta entonces, á pesar de las discordias que de continuo se suscitaban entre los dos bandos en que estaban divididos desde el encuentro de los dos envoltorios de que ya nos hemos ocupado, se mantuvieron unidos para ser fuertes; pero, cuando se creyó cada partido capaz de formar por sí solo un reino, los odios que se habian trasmitido de padres á hijos, se dejaron ver con mas fuerza, y uno de los bandos, mirando como insoponible la presencia del otro, se resolvió á separarse, buscando terreno en otro punto. Pronto puso en planta su pensamiento; pero temiendo que si se alejaba mucho, le privase de la libertad alguno de los señores de los Estados vecinos, se dirigió hácia el norte, y se instaló en una islita próxima.

Los que abrazaron el partido de separarse, fueron aquellos que, segun el moral epílogo que hemos referido ya, habian encontrado la piedra preciosa: los que continuaron en Méjico, eran los que recogieron los dos leños.

La islita elegida por los que se habian separado, era pobre como todas las que se encontraban en la laguna, y pertenecía, lo mismo que el sitio en que se levantó Méjico, al rey de Azcapozalco.

Los separatistas solicitaron del monarca tepaneca el permiso de habitar el punto que tenian dispuesto poblar; y conseguida la licencia, en cambio de reconocerse tributarios

de la corona de Azcapozalco, se dirigieron á tomar posesion del sitio que anhelaban. Al tomar posesion de su nuevo recinto, se encontraron un gran monton de arena en medio de la isla, por lo cual la pusieron por nombre *Xaltlilco*.

Acostumbrados á las privaciones y al trabajo, se entregaron inmediatamente á este y sufrieron aquellas, con la esperanza de hacer productivo el reducido sitio que pisaban. Su primera diligencia fué el construir un terraplen, y conseguido su objeto al poco tiempo, cambiaron el nombre de la isla, llamándola desde entonces *Tlatelolco*, nombre que conserva hasta nuestros dias.

Desde el momento que se operó la separacion de los dos bandos, se llamaron los que se establecieron en Tlatelolco, *Tlatelolcos*, y los que continuaron en Tenochtitlan, *tenochchi*. Sin embargo, nosotros, siguiendo la costumbre observada por los demás historiadores, continuaremos llamándoles mejicanos á los segundos.

Nombres de los cuatro cuarteles en que se dividió Méjico y cuya division existe hasta el día.

Mientras los *Tlatelolcos* se esforzaban en proporcionar á la nueva poblacion lo muy preciso á la vida, los mejicanos continuaban construyendo casas y templos, puentes y canoas por todas partes, y aumentaban notablemente los recursos de bienestar. Viendo que la poblacion habia tomado creces notables, dividieron la ciudad, para mejorar la administracion de ella, en cuatro cuarteles, á cada uno de los cuales asignaron su divinidad protectora, sin perjuicio del mayor de sus dioses *Huitzilopochtli*, que era la deidad suprema de la nacion. Los cuatro cuarteles en que dividieron la ciudad son los mismos que se conservan has-

ta el dia con los nombres de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa Maria, y que entonces se llamaron, siguiendo el mismo orden, *Tcopan* y *Xochimilca*, el primero; *Aztacoalco* el segundo; *Moyolla* el tercero, y *Cuepopan* y *Tlaquechiuchcan* el cuarto.

Con proporciones mas agradables y con materiales menos frágiles y toscos que al principio, se levantaba en el centro de los cuatro cuarteles, el templo del dios *Huitzilopochtli*, cada vez mas reverenciado, recibiendo cada dia mayor culto de la nacion entera, que atribuia su prosperidad á la proteccion del idolo por ella divinizado.

El engrandecimiento progresivo y rápido de los mejicanos; la belleza que habian sabido imprimir á una ciudad edificada sobre el agua; el ingenio y valor que desplegaran en todas sus empresas, les conquistó una alta reputacion entre todas las naciones vecinas.

Atribuyendo á su dios *Huitzilopochtli*, como he dicho anteriormente, la situacion brillante á que habian conseguido llegar, dispusieron manifestarle su gratitud con un acto que juzgaron alcanzaria todo el beneplácito de su falsa divinidad. Halagados por la idea que habian concebido, se apresuraron á enviar una embajada al rey de Colhuacan, solicitando se dignase concederles alguna de sus hijas, para consagrarla madre de la deidad protectora que les habia concedido los notables bienes de que en aquel momento disfrutaban. Los embajadores, despues de ponderar los nobles atributos de que juzgaban adornado al dios que respetaban, manifestaron que la solicitud partia de la misma divinidad bienhechora, que les habia enviado

Los mejicanos  
piden al rey de  
Colhuacan  
una de sus hijas  
para hacerla  
madre de  
su dios.

para que le expresasen que era voluntad suya exaltarla al distinguido honor de hacerla madre suya.

El soberano  
colhua entrega  
á los embaja-  
dores mejicanos  
una de  
sus hijas.

El rey de Colhuacan, deseando atraerse la estimacion de los mejicanos, borrar la memoria de la indigna conducta observada por el régulo Coxcox cuando les redujo á la esclavitud, y sobre todo, deslumbrado por la gloria que le estaba reservada de ver á su hija deificada, contestó manifestando que obsequiaba la solicitud con la mas profunda alegría. Satisfecho de la honra que recibia, corrió á comunicar la nueva á la mas hermosa de sus hijas, quien llena de júbilo por la suprema dignidad á que la elevaba un dios, se dirigió, acompañada de los embajadores, y reverenciada por éstos, á la animada ciudad de Méjico.

El rey de Colhuacan quedó en su corte, despues de haber ofrecido que asistiria al apotcosis de su hija el dia destinado para la gloriosa fiesta.

Los mejicanos recibieron á la hermosa jóven que debia ocupar el distinguido puesto correspondiente á la madre de su divinidad protectora, con las demostraciones de la mas alta satisfaccion y respeto.

Sacrificio ejecu-  
tado en la hija  
del rey de Col-  
huacan para  
deificarla.

Los sacerdotes, mirándola como una futura diosa, la condujeron á un templo donde le prodigaron todos los respetos de una deidad celeste. La jóven recibia los honores que se le tributaban, como mandatos del dios que la recibia por madre, gozándose en la gloria que le esperaba. Pasados los primeros instantes, los sacerdotes entregaron la jóven á otros que se acercaron á ella con respeto; la tendieron sobre una ancha losa; la sujetaron y observando siempre



con ella las mismas consideraciones, la sacrificaron ; despojaron al cadáver de la piel, y se dispuso que con esta se vistiese uno de los jóvenes que mas se hubiese distinguido por su valor en la nacion.

El rey de Colhuacan estaba muy lejos de creer que su hija habia sido destinada al sacrificio, y esperaba con impaciencia el dia en que se celebrase el apoteosis que la elevase en vida, á la categoria de los dioses.

El momento anhelado llegó : el rey recibió la invitacion para que asistiese á la religiosa ceremonia, y marchó á Méjico con los principales personajes de su corte.

El rey de Colhuacan fué introducido en el santuario donde reinaba el silencio mas profundo. En aquel recinto se debia celebrar la notable funcion, y él estaba nombrado para ser uno de los adoradores de la nueva deidad.

El santuario se hallaba envuelto en tinieblas, como correspondia para el recogimiento y la solemnidad del acto, y en medio de la oscuridad que reinaba, solo se acertaban á descubrir dos figuras, aunque sin distinguir las : la de *Huitzilopochtli*, y otra que estaba á su izquierda, pero próxima á ella.

Los sacerdotes se acercaron al rey de Colhuacan, le pusieron un incensario en la mano con un poco de copal, le acercaron al sitio en que estaban las dos divinidades, y le ordenaron que las incensase para dar principio á la ceremonia religiosa.

El soberano, lleno de respeto, y fijos los ojos en los dos objetos que aun no distinguia, empezó á incensar. De repente, á favor de la llama que producía el copal, creyó reconocer á uno de aquellos dos bultos que incensaba ; vuel-

ve á despedir su luz el copal ; clava entonces la vista en lo que le sorprende ; ve al jóven guerrero cubierto con la piel que reconoce ser la de su hija ; da un grito espantoso ; deja caer el incensario de su mano, y sobrecogido de terror y de espanto, salió corriendo á la calle trastornada la razon por el dolor, ordenando á los suyos la venganza por el bárbaro atentado que se habia cometido contra su hija querida.

Pero la venganza era imposible. Se hallaba en una ciudad populosa donde la multitud se hubiera arrojado sobre ellos, y el rey de Colhuacan abandonó la ciudad y se dirigió á su reino, prensado el pecho por el dolor, y llorando la horrible muerte del sér querido de su corazon.

La jóven que, como su padre, no imaginó jamás que la solicitasen para el trágico fin que tuvo, fué creada diosa ; y no solo fué venerada como madre de *Huitzilopochtli*, sino tambien como de todos los demás dioses, pues esto significa *Tetcoinan*, que es el nombre que la pusieron, y con el cual fué conocida y reverenciada en lo sucesivo.

La idea de un Sér Supremo es innata en el hombre, quien en todos tiempos ha procurado manifestarle con ofrendas, su amor y su gratitud. Por eso lo temible era, en los que desconocian la mansedumbre de un dios todo caridad, equivocarse en la ofrenda que pudiera serle grata. Los mejicanos que juzgaban que nada era mas aceptable para su dios que la sangre de los séres humanos vertida en sus altares, se apresuraban á complacerle ; y por eso la celebracion de los hechos mas notables, la marcaban con las sangrientas escenas de personas sacrificadas á su falsa divinidad. Los triunfos, la ereccion de sus templos,

el foliz resultado de una empresa, todo lo celebraban con el sacrificio de las victimas humanas. Su falsa religion les ordenaba actos sangrientos, y las consecuencias, en la práctica de sus doctrinas, no podian producir otros resultados.

La historia de esa divinidad, en cuyas aras se celebraron terribles hecatombes de séres racionales, es digna de ser conocida al empezar, por decirlo así, el prólogo de las victimas que le fueron sacrificadas.

Historia de *Huitzilopochtli*, segun la falsa religion de Huitzilopochtli. los que en él adoraban con verdadera fé, era Su un sér celestial que habia encarnado en una hermosa mujer llamada Coatlicue, de acrisolada virtud y entregada al culto de los dioses; pero sin que para aquella concepcion hubiese mediado cooperacion ninguna de varon. Era la bella dama, viuda de un distinguido noble de quien le habian quedado varios hijos varones y una hembra llamada Coyolxauhqui, que habitaban, lo mismo que ella, en el pintoresco pueblo de Coatepec, próximo á la antigua ciudad de Tula.

La primera oracion que se elevaba en el templo á las aztecas divinidades al brillar los nacientes rayos de la aurora, salia de los labios de la modesta Coatlicue; el primer incienso que aromatizaba las bóvedas del sagrado recinto de los dioses era el que exhalaba el suave copal de su incensario; las manos primeras que se consagraban al nacer el dia, en el decoroso aseo del pavimento del *teocalli* eran las suyas. En uno de esos momentos en que humilde y fervorosa limpiaba muy de mañana las espaciosas gradas del templo, vió descender suavemente del cielo, una blan-

da y brillante bola de matizadas plumas. La hermosa Coatlicue contenta del primoroso hallazgo, lo guardó en su seno, con el intento de colocarlo despues, como un precioso adorno, en el altar de la deidad principal; pero cuando terminado el aseo del templo, buscó la preciosa bola, esta habia desaparecido y no pudo encontrarla. Maravillada quedó la hermosa Coatlicue de la desaparicion del objeto que buscaba; pero se maravilló doblemente cuando sintió en su sór la concepcion de otro sér inexplicable.

Aunque tranquila en su conciencia, la virtuosa Coatlicue, temía sin embargo la censura del público; y cuando sus hijos, trascurido el tiempo necesario, llegaron á conocer el estado que guardaba, temiendo que cayese sobre ellos un borron de infamia, determinaron matarla antes de que en la poblacion se sospechase de su virtud. La afligida Coatlicue llegó á saber que sus hijos habian resuelto quitarle la vida, y la duda de ellos aumentó la pena de su sensible corazon. De repente escuchó una voz celestial que operó un cambio completo en su espíritu, convirtiendo su tristeza y su dolor en intensa alegría y profundo placer. Aquella voz divina salia de su vientre, y con acento blando y profético le decia: «No temais, madre mia; regocijaos mas bien; yo os salvaré con honor. vuestro y gloria mia.»

Aun no volvia de su religioso asombro la hermosa Coatlicue, cuando entraron sus hijos á matarla, azuzados por su hermana Coyolxauhqui. De repente, y en los momentos en que se disponian á descargar el golpe parricida, nació *Huitzilopochtli*, llevando en la mano izquierda un brillante escudo, un dardo en la derecha; un rico penacho de

plumas verdes en la cabeza; listado de azul el rostro; adornada la pierna izquierda con tornasoladas plumas de colibri, y listados tambien de azul los muslos y los brazos. (1)

Los hijos de Coatlicue quedaron extáticos ante aquella aparicion, sin atreverse á dar un paso.

*Huitzilopochtli* hizo aparecer, en cuanto salió á luz, una gran serpiente de pino, y mandó á un soldado suyo, llamado Tochancalqui, que matase inmediatamente á la jóven Coyolxauhqui, que era la mas culpable. El soldado obedeció; y mientras cumplia la sangrienta orden, *Huitzilopochtli* se lanzó sobre los otros hermanos, matándoles á todos, sin que les valiese ni la defensa que hicieron, ni los ruegos. Concluida aquella escena de sangre y de matanza, incendió las casas que tenian en la poblacion, quedando la madre dueña de los despojos. Los pueblos todos quedaron aterrados con aquel inesperado suceso, que desde entonces lo llamaron *Tetzahuill* (espantoso) *Tetzauhteotl*, dios espantoso.

La estatua con que los mejicanos representaban á *Huitzilopochtli* era la de un hombre de gigantesca altura, sentado en un banco azul que ostentaba cuatro ángulos, saliendo de cada uno de ellos una enorme serpiente: su rostro, que era muy ancho, estaba cubierto con una máscara de oro, pero grotesca, igual á otra del mismo rico metal que le cubria la nuca; sus ojos eran disformes y espanto-

(1) *Huitzilopochtli*, á quien Bernal Diaz llama en su historia, adulterando el nombre, *Huichilobos*, y algunos otros autores europeos, *Vizlipuzli*, es un nombre compuesto de dos: de *huitzilin*, nombre de un pajarito de plumaje vario y brillante, conocido vulgarmente por chupa mirto, (colibri) y de *opochtli*, que significa *izquierdo*. Los mejicanos pusieron aquel nombre á su deidad, porque le representaban con plumas del expresado pajarito en el pié izquierdo.

sos; su frente ancha y tosca era azul: brillaba sobre su descomunal cabeza un rico penacho de plumas, de la forma de un pico de pájaro; diez figuras de corazones humanos formaban el adorno de una lujosa gargantilla que llevaba en el cuello; empuñaba con la mano derecha un lujoso baston azul de forma espiral, y con la izquierda sostenia un ancho escudo adornado de cinco bolas de vistosas plumas, dispuestas en forma de cruz. Una banderola de oro con cuatro flechas que le habian enviado del cielo para ejecutar heróicos hechos, se alzaban en la parte superior del expresado escudo. Su fornido cuerpo estaba salpicado de piedras preciosas, de figuritas de oro representando diversos animales y rodeado de una gran serpiente tambien de oro. Cada uno de los ricos adornos que se encontraban aglomerados en aquella sangrienta divinidad, tenia un significado en la religion azteca.

Tambien se le representaba de pié; con los ojos centellantes; rodeado el cuerpo de enormes culebras y adornado de rica pedreria; con una gargantilla de caras y corazones de indios; con el arco en la mano izquierda; varias flechas en la derecha, y con un paje á su lado que le tenia una lanza corta y una rodela de oro y pedreria.

Este era el dios á quien se sacrificaban mas tarde, millares de víctimas humanas, y á quien en la paz y en la guerra se le demandaba proteccion, cubriendo sus altares con la sangre de seres desgraciados.

No debemos creer, sin embargo, que estas horribles hecatombes eran sugeridas por un instinto sanguinario y cruel. No era un acto espontáneo en obsequio de un sentimiento inhumano que gozaba con los sufrimientos de la

humanidad, sino en cumplimiento de un deber sagrado, segun ellos, impuesto por su religion que juzgaban santa, prescrita por dioses que les castigarían si faltaban á ella.

Acaso se complacian, como tendremos ocasion de ver mas adelante, en poder presentar á sus divinidades el mayor número de víctimas; pero se complacian, no por el gusto material de sacrificar seres humanos, sino porque juzgaban que en relacion con el número de sacrificados, se hallaba la gratitud y el placer del dios á quien ofrecian sus víctimas.

No veian en aquellos sacrificios un acto de crueldad reprehensible, sino un acto meritorio de religion.

Tenemos el deber de no juzgar de los sentimientos de los antiguos mejicanos, por sus prácticas religiosas.

Los mejicanos obraban de una manera en su vida civil y particular, y de otra muy distinta bajo su aspecto religioso.

La bondad, los nobles sentimientos de la mas sana moral, eran las máximas que inculcaban á sus hijos en la educacion que les daban. En los preceptos de su religion, la sangre del prójimo, vertida en los altares de sus dioses, se presentaba como una ofrenda grata y laudable.

Respetemos, pues, á los hombres, y lamentemos sus preocupaciones.

---

### CAPITULO III.

Sistema de gobierno de los mejicanos hasta 1352.—Fundacion de la monarquía.—Primer rey de Méjico.—Primer rey de Tlatelolco.—Tributos impuestos á los mejicanos por el rey de Azcapozalco.—Progreso de los mejicanos.—Huitziluhiti, segundo rey de Méjico.—Se casa con una hija del rey de Azcapozalco, y poco despues con otra del señor de Cuahuanhuac.—Quedan libres los mejicanos de los anteriores tributos.—Triunfo debido á ellos en Xaltocan.—El rey de Acolhuacan divide su reino en 65 estados.—Prosperidad agrícola y comercial de los mejicanos.—Enemistad de Maxtlaton, señor de Coyocan con los mejicanos.—Se asesina por su orden al hijo del rey de Méjico.—Conducta prudente del rey de Méjico.

**1352.** Veintisiete años llevaban los mejicanos de haberse establecido en la ciudad de Méjico por ellos edificada, cuando resolvieron cambiar el sistema de gobierno con que se habian regido constantemente. Hasta el año 1352, su régimen gubernativo habia sido aristocrático, componiéndolo varias personas en quienes concurrían la nobleza, la probidad, la sabiduria y la riqueza. A este cuerpo respetable por sus relevantes cualidades, obedecia la nacion entera con voluntad firme y ciega fé. Los individuos que se hallaban al frente de los negocios públicos cuando llegó á fundarse la ciudad de Méjico, eran veinte, destacando entre ellos, por su vasta capacidad y su feliz acierto en los negocios públi-



cos, el noble *Tenoch*, como aparece por las pinturas de los mejicanos. (1)

Las continuas disensiones y graves disgustos á que habian estado entregados entre sí desde su primera discordia en Coallimamac; el ejemplo de paz y de firmeza que les daban otras naciones del Anáhuac; la prosperidad en que veian al reino de Acolhuacan, cuyo trono ocupaba en Texcoco el quinto rey chichimeca *Techotlalatzin*, de quien dije que ordenó que en todos sus estados se hablase la lengua *nahuatl* ó *sabia*, abandonando el dialecto duro de los chichimecas; la falta de unidad en que se hallaban para no tener que sufrir las incomodidades que les inferian sus vecinos, y la esperanza, en fin, de que oriéndose en monarquía encontrarían en un rey al recto juez, al padre cariñoso y al intrépido general que, en caso necesario, les condujese á la victoria, les decidió á constituirse en mo-

1352.

*Acamapitzin*,  
1er rey de  
Méjico.

narquía, y de comun consentimiento eligieron por soberano al ilustre *Acamapitzin*, que significa *el que tiene cañas en la mano*.

La eleccion no podia haber recaído sobre personaje mas digno ni distinguido. El electo rey era hijo de *Opochtli*, personaje de la mas alta nobleza azteca y de la hermosa *Atozotli*, princesa de la casa real de Acolhuacan. (2) Su origen por el lado paterno, lo traia del noble *Tochpane-*

(1) Los nombres de los veinte señores que gobernaban al fundarse Méjico, eran: *Tenoch*, *Azín*, *Acacitli*, *Ahuexotl* ó *Ahuéitl*, *Ocelopan*, *Xomitlilt*, *Ximacac*, *Azoloahu*, *Nauacatrin*, *Quetzin*, *Tlalala*, *Tzontliyayauh*, *Cocatl*, *Tecatl*, *Tochpan*, *Ahuéitl*, *Telepan*, *Tzocantl*, *Acolhuatl* y *Achitonacatl*.

(2) Llama la atencion que *Opochtli* hubiese alcanzado la mano de una princesa acolhua en los tiempos en que los mejicanos se hallaban en la esclavitud; pero no cabe duda de que ese enlace se verificó, pues así consta en las pinturas

catl, aquel bondadoso señor de Zumpango, que impulsado de sus generosos sentimientos, recibió á los mejicanos, cuando pasaron por aquella ciudad, con las demostraciones del mas cordial y afectuoso cariño.

Hecha la eleccion del monarca, y colocado sobre el trono, se estableció que la corona fuese electiva.

Era el reciente rey mejicano Acamapitzin, jóven de arrogante presencia, de gran juicio, de notable prudencia y de sentimientos generosos. Aunque tenia varias mujeres, pues como tengo dicho al hablar de los toltecas, estaba establecida en todas las tribus de la América la poligamia, la nacion trató de unirle con alguna princesa de las tribus vecinas mas poderosas, con el laudable objeto de celebrar así alianzas favorables. Para que la solicitud fuese hecha con la dignidad que debe mediar entre personas

reales, se enviaron sucesivamente embajadores al señor de Tacuba y al rey de Azcapozalco, pidiendo primero á uno y despues al otro, la mano de una de sus hijas. La contestacion de ambos poderosos fué negativa y casi insolente.

Los mejicanos disimularon el desaire injurioso, y conservando la esperanza de proporcionar á su rey un enlace ventajoso y conveniente al Estado, enviaron una comision de las personas mas notables, al señor de Coallichan, llamado *Acolmicltli*, descendiente de uno de aquellos tres magnates acolhuas, á quien el rey chichimeca Xolotl recibió benévolamente, diciendo que se dignase dar una de

de los mejicanos y colhuas, de que hace mencion el sabio mejicano Sigüenza que colectó un gran número de ellas á subido precio.

El monarca mejicano se casa con la hija del señor de Coatlican. sus hijas en casamiento al monarca mejicano. Acolmiztli accedió gustoso á la solicitud, y entregó su hija *Nancueitl* á los embajadores. Los mejicanos, agradecidos y contentos, condujeron en triunfo á la jóven princesa, y á los pocos dias las bodas se celebraron con el mayor fausto y alegría.

Al mismo tiempo que los mejicanos con su prudente política, su actividad y su industria, le daban á su naciente ciudad esplendor y poder, los tlatelolcos, la fracción intransigente que, henchida de odio, se habia separado de ellos, formando en Tlatelolco una nacion diferente, se esforzaba en rivalizar en todo con los que fueron sus hermanos y compañeros.

1353.

Quaquanchpit-zahuac, 1er rey de Tlatelolco.

Recelosos del creciente poder de los mejicanos, y temiendo que intentasen algun dia oprimirles y dominarles, los tlatelolcos, así por asegurar su independencia como por anular la gloria de los mejicanos, dispusieron ser regidos por un rey que diese á la nacion respetabilidad y gloria. Llevados de su odio hácia los mejicanos, y tratando de crearles dificultades con el rey de Azcapozalco, se propusieron halagar la vanidad de éste, en provecho de ellos y en perjuicio de sus temibles rivales. Para conseguir el doble objeto que se habian propuesto, en vez de elegir por rey á uno de los grandes de su nacion, los tlatelolcos enviaron una embajada, pidiendo respetuosamente al soberano de Azcapozalco, que les enviase por rey alguno de sus hijos, para que les gobernase como á fieles vasallos. El monarca de Azcapozalco, agradecido, manifestó á los embajadores tlatelolcos

el contento que le causaba aquella distincion, y les dió á su hijo *Quaquauhchpitzahuac*.

Los embajadores, al ver halagada la vanidad del monarca tepaneca, trataron de sacar provecho de ella, indisponiendo su ánimo contra los mejicanos. Para conseguir el dañado objeto de sus miras, ponderaron la magnanimidad del monarca, concediendo á ellos, humildes tributarios, la honra de darles á uno de sus hijos por rey : manifestaron que se consideraban felices con haber demostrado con aquel paso, que eran leales feudatarios de la corona tepaneca, sin cuyo permiso hubieran juzgado irrespetuoso elegir soberano ; y terminaron manifestando extrañeza de que los mejicanos hubiesen elegido monarca sin haber solicitado su permiso ; puesto que semejante proceder envolvia irrespetuosidad, casi desprecio y punible olvido de que eran sus tributarios.

Las palabras de los embajadores tlatelolcos produjeron en el rey, el efecto que se habian propuesto. El soberano de Azcapozalco se manifestó descontento del proceder de los mejicanos, y los embajadores se retiraron contentos de la impresion que en el ánimo real habian causado sus palabras.

El hijo del soberano de Azcapozalco fué recibido en Tlatelolco, con el mas ardiente entusiasmo. Toda la poblacion salió á recibirle ; y pocas horas despues fué coronado rey, con gran solemnidad y regocijo, corriendo el año de 1353.

Contribuciones  
impuestas  
á los  
mejicanos por  
el rey de  
Azcapozalco.

Las palabras de los embajadores tlatelolcos, presentando á los mejicanos como insolentes é irrespetuosos, hicieron brotar en la mente del rey de Azcapozalco, sospechas que le alar-

maron. Dominado por el sentimiento del amor propio herido, y preocupado con la idea de que su autoridad habia sido despreciada, convocó á sus consejeros para comunicarles sus recelos y consultar las medidas que en lo sucesivo se debian tomar con los mejicanos. Rounidos todos los individuos que formaban el consejo, el rey les manifestó el motivo que habia tenido para llamarles: les presentó como un atentado inaudito el que los mejicanos hubiesen nombrado un rey, sin perderle permiso para ello; les dijo que se habian introducido en sus dominios manifestándose respetuosos; pero que al ver floreciente su ciudad, obraban sin cuidarse de la opinion del país que él gobernaba; que si do aquella manera se conducian en los primeros años de su existencia política, se debía esperar que se manifestasen altaneros cuando se encontrasen fuertes; que era de temer que, de tributarios que entonces eran, tratasen de imponerles á ellos tributo, y que no era aventurado creer que el hombre que habian proclamado por rey, tratase de serlo mas tarde de los tepanecas. «Yo juzgo—agregó—que en vista de todo lo que acabo de exponer, debemos aumentarles los impuestos hasta el grado de que superen á lo que puedan pagar; de esta manera, apremiados continuamente por nuestros recaudadores, se verán precisados á abandonar el país, quedando asegurada así la tranquilidad de nuestro Estado.»

El discurso del monarca fué acogido con unánime aceptación; y sin pérdida de momento, se les hizo saber á los mejicanos que el tributo que hasta entonces habian pagado, se duplicaba en su valor. Pero no solo fué el aumento del tributo el que se hizo pesar sobre los mejicanos. Bus-

cando la manera de que no pudiesen cumplir con las condiciones nuevas que se les impusiese, y tener así un pretexto para tiranizarles, se les exigió además, que llevasen algunos miles de sauces, para plantarlos en los caminos y en los jardines del rey de Azcapozalco; y, por último, que condujesen hasta la corte del rey tepaneca, un gran huerto en que se ostentasen, sembradas y ya crecidas, todas las simientes usuales en Anáhuac.

Injustas encontraron los mejicanos las exigencias del monarca de Azcapozalco. Hasta entonces el tributo que habian pagado, les habia sido fácil presentar, porque solo consistia en una corta cantidad de peces y en cierto número de pájaros acuáticos que abundaban en la laguna; pero temiendo que se les obligase á abandonar una ciudad que habian levantado á fuerza de sacrificios, trabajaron con afan por satisfacer sus nuevos impuestos, y con efecto, al vencimiento del dia en que debian entregarlos, se presentaron con ellos al rey de Azcapozalco.

Como cuento inverosímil y fantástico aparecerá para algunos el que los mejicanos cumpliesen con la última de las obligaciones que se les habia impuesto; la de conducir un huerto flotante ostentando crecidas ya todas las semillas que se cultivaban. Pero nada es mas cierto. Los mejicanos, como he dicho en páginas anteriores, habian llegado á formar jardines flotantes, llamados *chinampas*, sobre la laguna, y conduciendo por el agua hasta Azcapozalco una de estas *chinampas*, donde habian sembrado lo exigido por el rey, llenaron su compromiso. Los que, como yo, han vivido en aquel país y conocen las pintorescas y poéticas *chinampas* que hasta el presente constituyen los deliciosos

huertos de los indios, pueden testificar que la conduccion del pensil nadante por los mejicanos, nada tenia para ellos de extraordinario ni de sorprendente, por mucho que tuviese de costoso y molesto.

El rey de Azcapozalco, resuelto á seguir observando una conducta arbitraria que, colmando la medida de la paciencia de los mejicanos, diese por resultado el abandono de la naciente ciudad por los que á fuerza de privaciones y de constancia la habian edificado, exigió que, al año siguiente le presentasen otro florifero huerto, enriquecido con las plantas mas delicadas, y en medio del cual debia llevarse una preciosa garza y una vistosa ánade, cluecas, empollando ambas sus huevos, cuyos polluelos habian de nacer precisamente en los instantes mismos en que el pensil flotante llegase á Azcapozalco.

Inverosimil, por ridícula, parecerá la pretension del impertinente soberano, respecto de la última cláusula. Impropio de un alto personaje parece, con efecto, el ordenar á sus tributarios una cosa que, por lo fútil, tocaba en la puerilidad. Pero quien trate de juzgar de la capacidad del soberano de Azcapozalco por la simple pretension de que le presentasen las aves en el estado que habia exigido, sin detenerse á meditar en la intencion palpitante que entrañaba aquel mandato, no hará mas que separarse del pensamiento político que tuvo presente aquel monarca al ordenar su ejecucion. El soberano de Azcapozalco buscaba por todos los medios que no arguyesen una persecucion abierta, la manera de que los mejicanos abandonasen un punto que pertenecia á su distrito; pero sin querer aparecer inconsecuente, puesto que, con autorizacion suya, se

habian establecido en él. Creyó al principio que bastaria el aumento del tributo y algunas exacciones, al logro de su intento: agregó mas tarde la gravosa condicion, para un pueblo corto aun y pobre, de la entrega de un huerto abundantemente provisto de plantas y semillas, la de miles de árboles, y la de algunos otros objetos. Pero los mejicanos, que consagraban á la ciudad que habian levantado desde sus cimientos, el cariño que se profesa á todo lo que al hombre le cuesta grandes sacrificios, complieron con cuanto se les habia prescrito, sin dar motivo á reclamacion ninguna. Entonces fué cuando el monarca de Azcapozalco, viendo que los gravámenes que podian cubrir por medio del trabajo, no producian en el ánimo levantado de los mejicanos el resultado que se habia propuesto, recurrió á un medio que no vaciló en creer que realizaria el plan meditado. Comprendió que nada existe de mas resistente para el hombre que el cumplimiento de aquellas órdenes que puedan humillarle y rebajar su dignidad. Quanto mas pueril y mas impropio de la dignidad de una nacion aparezca un mandato, tanto mas ofensivo se presenta á los ojos de aquel á quien se ordena su ejecucion. La disposicion del rey de Azcapozalco, ordenando que le entregasen el ánade y la garza de la manera que referido queda, era una impertinencia que tocaba en lo ridículo; pero por lo mismo que era una impertinencia, era una cosa humillante que no dudó el soberano de Azcapozalco que se resistiesen á ejecutarla, abandonando, en consecuencia, la ciudad de Méjico que era el objeto de todos sus deseos. (1)

(1) Clavijero y otros historiadores califican de Insensato y de necio, al rey de Azcapozalco, por ese hecho de las aves y de los polluelos; pero en mi concepto



Los mejicanos miraron la nueva exigencia con manifestaciones de la mas profunda repugnancia; pero comprendieron que aun no estaban en disposicion de oponerse á los caprichos del soberano de quien oran tributarios, y obedecieron fielmente la disposicion del rey de Azcapozalco, logrando, con exactitud matemática, que los polluelos salieran de los cascarones en los instantes mismos en que la flotante huerta penetraba en la ciudad de aquel sagaz soberano.

Viendo fracasar sus esperanzas y salir fallido el proyecto de hacer abandonar á los mejicanos el sitio que ocupaban, recurrió á otro medio que acarició como conducente al fin de su deseo. Lisonjeado por la idea que habia concebido, les ordenó que en el año próximo, condujesen igual número de objetos, á los cuales habian de agregar un venado vivo.

Este último precepto era altamente comprometido para los mejicanos. Los puntos de la laguna no abrigaban venado ninguno; y para cazarlo, era preciso que se dirigiesen á territorios de otras tribus, que por aquella infraccion del derecho, podrian declararles la guerra. (1) Sin embargo, se comprometieron á cumplir lo ordenado: y con esce-

le han calificado así porque solo juzgaron el hecho sin analizar la intencion del pensamiento. En mi concepto, lejos de merecer esos calificativos, es acreedor á los de sagaz y penetrante.

(1) Clavijero dice que esta orden ora «dificil de cumplirse, porque exponia á los mejicanos al evidente peligro de encontrarse con sus enemigos.» Esto tiene á comprobar que el rey de Azcapozalco se valia de los medios, ya que humillasen, ya que aterrassen, para lograr su objeto, pues la presentacion del venado, por sí solo, no hubiera sido menos pueril que la de las aves. Pero en esta trató el soberano de Azcapozalco de hacer intolerable el precepto por la humillacion; en la del venado por el temor de provocar guerras con los vecinos.

to, venciendo todas las dificultades, lograron llevar, en el tiempo señalado, lo que se les había pedido.

El rigor y la arbitrariedad desplegados por el soberano cluchimeca, poniendo obstáculos al adelanto de los mejicanos, llenaban de satisfacción á los tlatelolcos que, con la ruina de aquellos, esperaban engrandecerse y ensanchar sus límites.

Nuevos impuestos y nuevas exigencias siguieron á los hasta entonces señalados; impuestos y exigencias que fueron satisfechos por los mejicanos.

Sensible le era al rey mejicano Acamapitzin, ver la manera altanera con que el soberano tepaneca aumentaba el tributo y las dificultades de satisfacerle; pero la falta de recursos en que todavía se hallaba la ciudad para armar un numeroso ejército, y el temor de que la resistencia á cumplir con lo que se les pedía, diese por resultado mayores injusticias y exigencias, se resolvió, de acuerdo con el consejo de la nobleza, á entregar en el tiempo debido, lo que se le pedía á la nación.

Al profundo pesar que le causaba al sensible Acamapitzin ver á sus vasallos precisados á sufrir las vejaciones del injusto soberano tepaneca, se agregaba la honda pena de no tener sucesión de su bella esposa Tlancueitl, hija, como á su tiempo dije, del señor de Coatlichan.

El rey mejicano  
Acamapitzin  
contrae nuevo  
matrimonio.

Acamapitzin, teniendo la falta de sucesión como una desgracia, contrajo segundo matrimonio con la joven Texcatlamiahuatl, hija del señor de Tclepanco, sin dejar por esto á su primera mujer, cuyas virtudes se complacía en admirar.

No era menos recomendable por sus bellas cualidades

la segunda consorte que la primera ; y esta identidad de sentimientos nobles, hizo que las dos viviesen siempre en la mas completa armonia, y con el cariño íntimo de dos verdaderas amigas.

Del segundo enlace tuvo el rey mejicano varios hijos, entre ellos á Huitzilihuitl y Chimalpopoca, que fueron esmeradamente cuidados por las dos esposas, desvelándose la primera en la educacion del primero de los dos príncipes mencionados, con un cariño de verdadera madre. De las hijas, la mas notable fué Natlalcihuatzin, en quien reunió la naturaleza sus mas bellos dotes.

Además de las dos mujeres legítimas, el rey tuvo, como tengo dicho, otras varias, aunque no elevadas á la categoria de reinas ; entre las cuales se contaba una esclava de quien tuvo un hijo llamado Itzcoatl, que llegó á ser uno de los reyes mas notables que registran los anales del Anáhuac.

El amor hácia sus vasallos y el deseo de legar al que le sucediese en el mando, un trono menos penoso que el que él ocupaba, le hizo redoblar sus esfuerzos en el engrandecimiento de la ciudad á que estaba reducido entonces todo el reino mejicano. Alentados los nobles y los plebeyos con el ejemplo de su rey, edificaron varias casas de alguna importancia, construyeron gran número de canoas, se aumentaron los huertos flotantes, se hicieron nuevos puentes, y la poblacion creció notablemente respecto de habitantes.

A la satisfaccion que le causaba la buena marcha de los negocios públicos, se agregó la de ver pedida la mano de su hija Natlalcihuatzin para el príncipe Ixtlilxochitl, hijo

de Techotlalla, rey de Acolhuacan. Esta union que se celebró con satisfaccion de todos, juzgó que seria de buenos resultados para su patria, pues constituia un lazo de alianza entre las dos naciones.

El rey Acamapitzin, despues de haber trabajado con infatigable celo por el engrandecimiento de la ciudad y por el bien de sus vasallos, cayó gravemente enfermo. Pronto conoció que el último instante de su vida se acercaba; y animado de los mas nobles sentimientos, convocó á los magnates del reducido reino, que acudieron inmediatamente á su llamamiento. Al verles reunidos, Acamapitzin, despues de recomendarles en un breve, pero sentido discurso, que velasen por el bien y la felicidad del pueblo, y de encomendar al cuidado de ellos el porvenir de sus mujeres y de sus hijos, terminó diciendo que la corona que habia recibido de sus manos, se la volvia para que la colocasen en las sienes del hombre que juzgasen mas digno para gobernar; que llevaba al sepulcro la pena de dejar á la nacion tributaria de los tepanecas; que habia hecho cuanto habia estado de su parte por sacarla de aquel triste estado de tutela; pero que lo que no habia logrado conseguir él, esperaba que lo alcanzase bien pronto, el hombre que le iba á suceder en el mando.

**1389.** Poco despues de este discurso, el rey Acamapitzin dejó de existir, en 1389 á los treinta y siete años de haber sido elevado al trono.

Muerto el monarca mejicano, la nacion estuvo gobernada por los consejeros durante cuatro meses; tiempo que trascurió en arreglar el número de electores, en establecer las ceremonias de la coronacion, y en deliberar sobre cuál

de los hijos del finado rey debia ser elevado al primer puesto de la nacion.

Se establece que sean cuatro los electores para elegir rey. Despues de varias conferencias verificadas entre los consejeros relativas al número de electores que debian nombrarse para la eleccion de soberano, el punto se terminó satisfactoriamente para todos, quedando desde entonces establecido lo dispuesto por ellos. Se crearon cuatro electores, generalmente de la sangre real, que perteneciesen á la primera nobleza, y en los cuales concurriesen las recomendables cualidades de prudencia, probidad y saber. En estos electores tenia depositada su confianza la nacion, y en el parecer de ellos, se comprometian los sufragios de todo el reino. El empleo de elector acababa en la primera eleccion que hacian, y en seguida se nombraban nuevos electores, ó se reelegian los mismos, por votos de la nobleza. Si alguno de los electores moria durante la vida del rey, se elegia otro que le reemplazase, y que, como aquel, debia ser nombrado por la nobleza.

1329. Reunidos los cuatro electores elegidos por Huitzilhuittl, 2.<sup>o</sup> rey de Méjico, la nobleza, el mas caracterizado de ellos tomó la palabra, recomendando que en la eleccion obrase la conciencia y no el afecto á determinadas personas. El discurso fué escuchado con muestras de aprobacion; y procediéndose en seguida á la eleccion, resultó electo á quien por derecho de primogenitura le correspondia, el príncipe *Huitzilhuittl*, que significa *ave de ricas plumas*.

Los electores, satisfechos del resultado que juzgaban conveniente para el país, se dirigieron, acto continuo, á la

casa del nuevo soberano; le llevaron al *tlatocaiçpalli*, que era el trono ó silla real; le pidieron que se sentase; le ungieron; le ciñeron sus sienes con el *copilli* ó corona, y en seguida le protestaron todos vasallaje y fidelidad.

Elevado una vez al trono, la nobleza pensó que seria altamente conveniente para el Estado, casarle con una hija de Tezozomoc, rey de Azcapozalco, que entonces gobernaba á la nacion tepaneca. Para no exponerse á sufrir otro ofensivo desaire como el que sufrieron del anterior monarca cuando trataron de dar esposa al rey Acamapitzin, dispusieron que pasase á ver al soberano tepaneca una comision compuesta de las personas mas nobles del reino, la cual debia hacer la peticion con las mas altas demostraciones de sumision y de respeto.

Los mejicanos piden al monarca de Azcapozalco la mano de su hija para su rey. La comision nombrada, marchó inmediatamente á Azcapozalco, y admitida á la presencia del monarca tepaneca, le expuso la peticion en términos los mas lisonjeros. El rey tepaneca, seducido así por la elegante forma del discurso, no menos que por la respetuosidad que entrañaba en el fondo, se manifestó dispuesto á obsequiar el deseo de los mejicanos, y entregó su hermosa hija Ayauhcihuatl, á los enviados, para que la llevasen á su soberano.

Se casa el monarca mejicano con la hija del rey de Azcapozalco. Conducida la jóven princesa á Méjico con las mas altas consideraciones, se hicieron inmediatamente los preparativos para la boda, y el casamiento se verificó en medio del regocijo general, y con la ceremonia acostumbrada de atar la extremidad de la ropa de los dos novios.

Profundo disgusto experimentaron los tlatelolcos al ver

el favor dispensado por el rey tepaneca á los mejicanos, á quienes su antecesor les habia vejado y ofendido por consejo de ellos; pero tuvieron que devorar en silencio su disgusto, en tanto que los mejicanos se entregaban á la esperanza de un favorable porvenir.

Los beneficios producidos por aquella alianza, se dejaron sentir bien pronto en la sociedad mejicana.

Un año llevaba la hermosa Ayauhcihuatl de haberse unido al rey de Méjico, cuando dió á luz un hijo á quien pusieron por nombre Acolnahuacatl.

La jóven reina pidió entonces á su padre el monarca tepaneca, que relevase á los mejicanos de las fuertes gabelas á que habian estado sujetos hasta entonces. El rey Tozozomoc, sensible al ruego de su hija, se apresuró á concederle el favor que pedia; y los mejicanos solo quedaron obligados á entregar dos ánales cada año, como señal únicamente de que se reconocian por feudos del soberano de Azcapozalzo.

Segundo  
matrimonio  
del rey  
de Méjico.

Mucho habia mejorado la posicion de los mejicanos con este enlace, pues por él se veian libres de los gravosos tributos, y se habian disminuido además las arbitrariedades de los súbditos tepanecas. Sin embargo, el rey Huitzilihuitl aspiraba á dar á su corona el mayor brillo y respetabilidad posible; y animado de esa noble ambicion que juzgó fácil realizar por medio de nuevas alianzas de familia, pidió al señor de Cucuhnahuc la mano de su hija Mishuaxochitl. La solicitud del soberano azteca fué obsequiada inmediatamente, y las bodas se celebraron con notable pompa y grandes regocijos.

De este segundo matrimonio tuvo un hijo llamado *Moc-tezuma Ilhuicamina*, que brilló mas tarde como el astro sin rival de los monarcas que ocuparon el trono de Méjico.

La nacion que mas benévola se manifestaba á los mejicanos, era la de los acolhuas, cuyo nombre habian adoptado los reyes chichimecas, como tengo referido ya, desde que se operó la fusion de las dos tribus. Desde el primer rey chichimeca *Xololl*, hasta *Quinatzin* que fué el cuarto, las órdenes dadas á los señores tributarios suyos, eran recomendando que se les tratase con deferencia, y que se les dejase establecer en el sitio desocupado que mas les conviniere. Cierta es que los mejicanos sufrieron, á pesar de esas recomendaciones, la esclavitud del injusto *Coxcox*, régulo de *Colhuacan*; pero de esto no debe culparse á los soberanos chichimecas ó de *Acolhuacan*, como les llamaremos en lo sucesivo, sino al abuso del poder que ejercian los régulos, sin que el soberano de quien se reconocian tributarios, tuviese la facultad de impedir que hiciesen la guerra á un Estado ó reino contrario.

Cuando los mejicanos eligieron por rey al noble jóven *Acamapitzin*, aun reinaba *Quinatzin*, que fué el cuarto soberano chichimeca que estableció definitivamente la corte del reino de *Acolhuacan* en la ciudad de *Texcoco*. Con satisfaccion vió este monarca empezar á fundar la ciudad de *Tenochtitlan* por los mejicanos, elegir por primer rey á *Acamapitzin*, y dedicarse á las mejoras de la nueva poblacion.

Cinco años despues de la coronacion del monarca mejicano, esto es, en 1357, murió *Quinatziu*, sin haber ofendido jamás á los mejicanos, y subió á ocupar el trono de



Acolhuacan su hijo Techtollalla ó Tlechtollalatzin, en quien dejó interrumpida la historia de los reyes chichimecas, para ocuparme de las vicisitudes sufridas por los mejicanos hasta aquel reinado.

El monarca Techtollalla no desdijo de la conducta benévola observada con los fundadores de la ciudad de Méjico, por los soberanos chichimecas que le precedieron. Los mejicanos, por su parte, se manifestaban agradecidos á la conducta leal de los reyes de Acolhuacan; y unos y otros se hallaban en las mejores condiciones para favorecerse.

Pronto tuvo motivo el rey de los acolhuas para convenirse de la buena amistad de los mejicanos.

Después de treinta años de haber gobernado á sus pueblos con admirable acierto y sin que se notase el mas leve síntoma de descontento en todo el reino de Acolhuacan, se dejó escuchar el grito de rebelion dado por Tzompan, señor de Xaltocan. El hombre que acababa de encender la ten de la discordia contra la corona, era el último descendiente de Chiconcuauhtli, uno de los tres príncipes acolhuas, á quienes el rey chichimeca Xolotl, no solamente les recibió con distinguidas muestras de cariño, sino que les dió por esposas á sus hijas, dándoles en seguida el mando de tres Estados.

Profundo fué el pesar que recibió el monarca Techtollalla, al ver rebelarse contra él á quien descendia de una persona de las mas dignas que habiau pisado el suelo del Anáhuac; y no queriendo verse en la penosa necesidad de castigar á quien descendia de un hombre que se hizo amar por sus virtudes, le amonestó para que abandonase la ac-

Rebellion de  
Tzompan, señor  
de Xaltocan,  
contra su  
soberano el rey  
de  
Acolhuacan.

itud hostil que habia tomado, al mismo tiempo que disponia su ejército para marchar á batirle en caso de que continuase en su rebeldía.

El rebelde señor de Xaltocan, resolvió llevar adelante su pensamiento contra el rey de Acolhuacan; pero considerándose débil para llevar á cabo por sí solo la empresa que habia acometido, invitó á los señores de los Estados de Otompan, Meztitlan, Cuahuacan, Tecomic, Cuauhtitlan y Tepotzotlan á que secundasen su grito. Contentos admitieron la invitacion; y pronto, reunidas las fuerzas de todos los confederados, se presentaron amenazantes y formidables.

El rey Techotlalla, tratando de evitar á todo trance el derramamiento de sangre y los terribles males de la guerra á sus pueblos, volvió á enviar unos comisionados, suplicando al caudillo de la revolucion, lo mismo que á los señores que se lo habian unido, que dejasen las armas y se sometiesen, pues les prometia olvido y perdon.

La contestacion del ambicioso Tzompau, fué altamente insolente.

Ofendido por ella el prudente soberano de Acolhuacan, se propuso castigar á los rebeldes, y solicitó el auxilio de los mejicanos y de los tepanecas.

El monarca mejicano Huitzilihuitl, comprendiendo que de la campaña á que se le invitaba podria atraerse el favor del rey Techotlalla, envió todas las tropas que pudo reunir, y pronto se dió principio á las operaciones de la campaña.

La guerra fué obstinada, y trascurrieron varios meses dándose batallas muy sangrientas con éxito vario; pero el

Techotlalla, rey  
de Acolhuacan  
solicita el  
auxilio de los  
mejicanos.

En la victoria quedó por las tropas del rey y de sus aliados, y los mejicanos, cubiertos de gloria y de despojos, volvieron á su ciudad, recibiendo las demostraciones de agradecimiento del monarca de Acolhuacan.

Sen castigados los jefes rebel- des con la muerte. Tzompan y los jefes coligados pagaron con el último suplicio su rebeldía, y los Estados quedaron sujetos y tranquilos. (1)

Ahogada la revolucion y castigados con la muerte los que la habian promovido, el triunfante soberano de Acolhuacan, estudiando la manera de evitar que se repitiesen nuevas rebeliones, admitió como remedio para ellas, el dividir el reino en sesenta y cinco Estados, regido cada uno por un señor que lo gobernase, pero subordinados todos á la corona.

El rey de Acolhuacan divide el reino en 65 Estados. Puesto en planta el pensamiento, sacó de cada Estado alguna gente para establecerla en otro; pero sin que por esto dejase de estar sujeta al señor del Estado de donde habia salido. De este modo trataba el rey Techotlalla de tener obedientes á los pueblos por medio de las personas extrañas en cada uno de ellos. Esta política, que revela gran disposicion y don de mando en el rey que la concibió y la puso en planta, patentiza, como tengo ya indicado, la injusta calificacion que algunos escritores extranjeros han emitido respecto de los primeros habitantes del Nuevo-Mundo. Robertson, autor respetable por mil títulos, en otros puntos, se equi-

(1) Esta guerra está representada en las pinturas antiguas; pero no han engañado aquellos escritores que han creido que las ciudades mencionadas que señalan las referidas pinturas habian sido conquistadas para la corona de Méjico.

voca lastimosamente cuando se ocupa de las facultades intelectuales de los indios, asegurando que «poquísimos tienen el discernimiento intelectual necesario para ser juzgados dignos de acercarse á la sagrada mesa.» (1)

La política adoptada por el rey de Acolhuacan, aunque previsora y sagaz para evitar rebeliones, era ofensiva á los súbditos pacíficos y leales, y altamente incómoda para los jefes encargados del gobierno. Sin embargo, los resultados de aquella política correspondieron á la esperanza concebida por el rey al abrazarla, aunque no siempre se disfrutó de la completa tranquilidad á que aspiraba.

Hecho el arreglo de los pueblos de la manera que expresado queda, Techtollalla nombró general de los ejércitos á Teltato, que se habia distinguido en la lucha contra el rebelde Tzompan; introductor de embajadores y aposentador á Yalqui; mayordomo de palacio á Tlanu; inspector de policía de las casas reales al noble Amechichi, y director de los maestros que trabajaban el oro y la plata con perfeccion admirable, al inteligente Cahuatl.

Con el fin de conseguir que reinase la mas perfecta armonía entre las tres principales ramas que formaban la sociedad, y evitar los malos resultados que suelen producir siempre las preferencias y los favores á determinados bandos, hizo que el aposentador de embajadores tuviese á sus órdenes el número conveniente de oficiales colhuas, el mayordomo, de chichimecas, y el inspector de policía, de tepaneecas. Respecto de las obras de orfbrería pertenecientes al rey, nadie podia entregarse á ellas sino los hijos del mis-

(1) Historia de América, por Robertson, libro 8.<sup>o</sup>

mo director, que eran los mas entendidos en aquel arte.

Todas estas notables disposiciones unidas á otros rasgos de política que revelaban fino tacto y prevision clara, contribuyeron á aumentar el esplendor de la corona, á rodear el trono de grande respetabilidad, á dar impulso al comercio, á la agricultura y á las artes, y á consolidar mas y mas los cimientos del trono de Acolhuacan.

Entre tanto los mejicanos, libres de los tributos de que antes se habian visto recargados, y considerados por el rey de Acolhuacan doblemente que hasta entonces, por haber contribuido al triunfo obtenido sobre el rebelde señor de Xaltocan, se entregaron al mejoramiento de cuanto constituia su vida política y social. La alianza llevada á cabo entre el monarca de Azcapozalco, suegro del de Méjico, y Techotlalla soberano de Acolhuacan, contribuyó tambien, en gran parte, á la prosperidad que empezaban á gozar. El favor del primero y las consideraciones del último, les permitió entregarse con afan á todas las obras materiales y de gobierno; y ampliados así los horizontes de su libertad y de su comercio, empezaron á poder sustituir sus miserables ropas, hechas de grosera tela de lilo de maguey (1), con otras mas agradables de tela de suave algodón.

Maxtlaton, Pero apenas empezaban á disfrutar de los  
 señor de Coyoacan, se declara beneficios de que hasta entonces se habian  
 enemigo visto privados, cuando Maxtlaton, señor do  
 de Coyoacan, hombre de instintos crueles que  
 los mejicanos. miraba con despecho y temor la marcha progresiva de la  
 nacion mejicana, se propuso malquistarles con el monarca  
 de Azcapozalco.

(1) Planta llamada en castellano, pita.

Era Maxtlaton hijo de este último, aunque muy distinto en sentimientos y carácter. Desde que su padre concedió la mano de la princesa Ayauhciuatl al joven Huitzilihuitl, segundo rey de Méjico, se despertaron en el corazón de Maxtlaton afectos de odio, de celos y de venganza.

Maxtlaton amaba á su hermana, aunque nunca le habia revelado su amor, sin duda porque no esperó jamás que fuese entregada á otro hombre sin llegar antes á su noticia. Es preciso advertir que Maxtlaton y Ayauhciuatl, aunque hermanos, y ambos hijos de Tezozomoc, habian nacido de diversas madres, y entre los tepanecas era lícita la union entre hermanos, cuando concurrían esas circunstancias.

Pero la union de la hermosa Ayauhciuatl con el monarca mejicano se verificó sin que hubiese tenido noticia de lo que iba á pasar; y aunque despechado y celoso, disimuló su encono por entonces.

Aunque el tiempo llegó á amortiguar el sentimiento del amor hácia su hermana, hizo renacer otro no menos vehemente: el odio y la envidia hácia el que juzgó que podría llegar á heredar los dominios de su padre. Maxtlaton temió que en su sobrino Acoluahuacatl, hijo de su hermana y del rey de Méjico, recuyese, pasado el tiempo, el señorío de los tepanecas, dando por resultado la sumision de su patria á la nacion mejicana; y no pudiendo tolerar aquella idea que le atormentaba, se propuso recurrir á un medio atroz, pero eficaz para evitarlo.

Aplazando, pues, el momento de la ejecucion para la época que juzgó conveniente, y anhelandó humillar antes al soberano de Méjico y enagenarle las simpatías de la no-

bleza tepaneca, pasó á la ciudad de Azcapozalco para conseguir su objeto.

Habian trascurrido ya diez años desde la union de su hermana con Huitzilihuitl, cuando Maxtlaton tomó la determinacion que dejo referida. Rebosando encono contra los mejicanos y su monarca, pero disimulando su ambicion, convocó á la nobleza, y expuso con los colores mas vivos y alarmantes para la tranquilidad del Estado, el grado de poder á que habian llegado los que pobres y miserables habian logrado que se les concediese poblar una despreciable islita; exageró el orgullo y la arrogancia de que se hallaban henchidos desde que, merced al auxilio de ellos, habia alcanzado el rey de Acolhuacan el triunfo sobre los rebeldes; ponderó la ambicion de que estaban dominados, trabajando sin descanso por sobreponerse á todos los Estados; hizo ver los fatales resultados que podrian sobrevenir sobre el reino tepaneca si no se ponía á tiempo un limite á las aspiraciones que alentaban; y terminó quejándose de los graves daños que el rey de Méjico le habia causado, usurpándole la jóven que él tenia reservada para esposu.

Se hace  
comparacion al  
rey de  
Méjico ante  
la corte  
de Azcapozalco.

La nobleza escuchó atenta y conmovida el discurso del vengativo Maxtlaton, y convino en que existia la razon en sus palabras, y en que era preciso llamar al monarca mejicano para que contestase á los cargos que contra él habia.

Huitzilihuitl se puso en marcha en el instante que se le comunicó el despo de que se presentase en la corte del rey tepaneca. No habia en este paso dado por el monarca mejicano, nada opuesto á su dignidad, pues además de ser

costumbre en los soberanos el pasar al territorio de otro cuando se les invitaba, en el rey de Méjico existía el deber de obsequiar al soberano tepaneca, por ser su feudatario.

Cierto es que el monarca de Azcapozalco no fué quien dió aquella orden, porque no quiso mezclarse en un asunto en que tenia que lastimar la delicadeza del esposo de su hija; pero temia oponerse á la voluntad de su hijo, cuyo genio irascible conocia, y no tuvo suficiente energia para oponerse á lo resuelto por él y la nobleza.

El rey de Méjico fué recibido por Maxtlaton en una sala del palacio donde se encontraba toda la grandeza de la corte. Llegada la hora de comer, y sentados á la mesa, Maxtlaton hizo recaer la conversacion sobre los negocios de Estado, y tomando un aire severo, dirigió en seguida la palabra á Huitzilihuitl, manifestándole, con acento de reprimida cólera, que habia recibido de él una grande injuria, por haberse casado con la mujer que estaba destinada para ser suya. El monarca mejicano protestó que ignoraba aquella circunstancia cuando solicitó la mano de Ayauhcihuatl: dijo que si hubiera tenido conocimiento de ello, se habria abstenido de pedirla; y añadió, que el mismo rey Tezozouac debia hallarse ignorante de aquella pasion, cuando no puso obstáculo ninguno en entregarle su hija.

El señor de Coyoacan, no dándose por satisfecho de las sinceras palabras del monarca mejicano, le atajó diciendo que no olvidase que podia imponerle silencio y darle muerte alli mismo, castigando así su tomeridad y dejando vengado su honor ultrajado; pero que no queria que en ningun tiempo se dijese que un principe tepaneca habia matado, prevaliéndose del poder, á un enemigo. «Marchad,



por ahora en paz, que tiempo vendrá en que pueda tomar una venganza mas digna y decorosa.»

El rey Huitzilihuitl se alejó de la corte tepaneca con el corazon henchido de ira ; y al entrar en su palacio do Méjico, hizo presente á los nobles, lo que le habia pasado en la entrevista con Maxtlaton.

Todos se indignaron del altanero proceder del orgulloso príncipe Maxtlaton, y se lamentaron de la debilidad del rey su padre ; pero aun no estaba la nacion en estado de recurrir á las armas para vengar la ofensa de una nacion poderosa, y fué preciso devorar interiormente el ultraje, siendo motivo para que se trabajase con mas alinco en poner á la ciudad en estado de hacerse respetar en un plazo no lejano.

Las palabras últimas del señor de Coyoacan, amenazando al monarca mejicano con una venganza en ocasion y tiempo oportunos, inquietó el ánimo de Huitzilihuitl, que esperaba de su injusto enemigo todo lo que existe de mas cruel en el corazon perverso de un hombre.

1399.

Maxtlaton  
manda á unos  
malvados  
asesinar al hijo  
del rey de  
Méjico.

No se hizo esperar mucho la venganza ofrecida. Maxtlaton, para evitar que el trono tepaneca pasase á manos del hijo de su hermana y del monarca de Méjico, su sobrino Acoluahucatl, concibió el criminal pensamiento de asesinarle. Concebida la infernal idea, encargó la ejecucion del crimen á hombres de su confianza, pero de costumbres depravadas, asegurándoles que nada tenian que temer y si mucho que esperar de su gratitud si le servian cumplidamente.

Los ascinos, alentados por la codicia del premio, obe-

decieron fielmente la orden; y el niño príncipe que apenas contaba nueve años de edad, fué asesinado bárbaramente en 1399.

Ningun historiador ha referido la manera con que se cometió el crimen, ni se puede concebir cómo se perpetró dentro del mismo Méjico, sin que se llegase á descubrir jamás quienes fueron los ejecutores del asesinato. Y sin embargo, el hecho es cierto. El crimen cometido en el hijo del afligido soberano de Méjico, se halla consignado por los autores nacionales.

El trágico fin del niño príncipe, inundó de amargura el corazón del desdichado soberano Huitzilihuitl; pero aunque sabia muy bien de donde le habia venido el terrible golpe, meditó si seria mas conveniente fingir que ignoraba su origen, ó manifestar que lo conocia.

La nacion que gobernaba, se reducía á los estrechos límites que aun ocupaba la naciente ciudad de Méjico, que empezaba entonces á levantarse y florecer.

Para reclamar contra el acto sangriento de Maxtlaton necesitaba la alianza de otros Estados.

El rey Huitzilihuitl no se atrevia á solicitar esta alianza, porque abrigaba la idea de que nadie quiere atraerse el odio del fuerte por salir á la defensa del derecho del débil.

Temia, además, que aquellos de quienes solicitase el auxilio y la cooperacion, lejos de servirle, se apresurasen á delatar sus proyectos al monarca tepaneca, exponiendo á la ciudad á sufrir las horribles consecuencias de una guerra destructora con una nacion comparativamente poderosa.

Los tlatcholcos, sus vecinos y rivales, serian en su con-

cepto, los primeros en unirse al rey de Azcapozalco para destruir su ciudad.

De fingir que se ignoraba el origen del crimen cometido en su hijo, solo se exigia la renuncia de una venganza.

De darse por entendido de la causa de su muerte, resultaba la obligacion de pedir una satisfaccion de la ofensa, envolviendo al pais en una guerra para la cual no contaba aun con los elementos precisos, ó de humillarla si no la exigia.

Huitzilihuitl optó por ahogar en su corazon el resentimiento individual. Juzgó mas patriótico sacrificar su deseo de venganza, á envolver á su nación en una guerra funesta.

Huitzilihuitl pospuso, con abnegacion heroica, sus sentimientos de padre, á los deberes de rey.

---

## CAPÍTULO IV.

Prosperidad de la agricultura entre los mejicanos, y aumento de su comercio.—Tlacateotl, segundo rey de Tlatelolco.—Fiestas de los mejicanos en la terminación de cada siglo que se componia de 52 años, y en el principio del siguiente.—Juego llamado de los voladores.—Ixtlilxochitl, sexto rey de Acolhuacan.—Rebelion del rey de Azcapozalco y de otros señores contra el monarca de Acolhuacan.—Muere en una batalla Cuauhxilotl, señor de Ixtapalcoacan.—Convenio de paz entre el rey de Acolhuacan y los rebeldes.—Muerte de Huitzilihuitl, rey de Méjico.—Mejoras que recibió Méjico durante su reinado.

La conducta de rigor emprendida de nuevo por los tepanecas contra los mejicanos, era mirada con notable placer por los tlatelolcos que aspiraban á sobreponerse á sus antiguos hermanos y modernos rivales.

Los tlatelolcos, lisonjeando el amor propio del rey de Azcapozalco, habian conseguido que éste les dejase prosperar, sin poner trabas á ninguna de sus empresas, logrando así ver á su ciudad levantarse rápidamente, dejando presentir una era próxima de ventura. Su rey Cuacuauhpitzahuac que, desde que fué elevado al trono, se ocupó con celo infatigable del buen gobierno de sus vasallos, logró que la naciente ciudad se viese en poco tiem-

po adornada de buenos y sólidos edificios, embellecida con hermosos jardines, animada con el comercio que logró establecer con las naciones vecinas, cultivados los campos próximos á la corte produciendo el maiz, el *frijol*, (alubia) y otras nutritivas semillas, y establecido cierto grado de civilizacion y de policia que patentizaban las bellas dotes del entendido monarca. El objeto á donde se habian dirigido todos sus descos desde que ocupó el trono, fué el de superar á los mejicanos en todos los ramos que constituyen el bien de la sociedad y en hacer ver á sus vasallos que no habian andado desacertados al honrarle con la confianza de elevarle á la primera dignidad del reino.

Los mejicanos, á pesar de las vejaciones de que habian sido blanco por parte de los tepanecas, continuaban ocupándose constantemente del engrandecimiento de su ciudad, procurando siempre encontrarse en condiciones de superioridad respecto de los tlataloocs. Esta rivalidad establecida entre los habitantes de las dos ciudades, fué el mas eficaz agente que pudo presentarse para impulsarlas al trabajo y á la industria. Los mejicanos, multiplicando el número de flotantes huertos, habian convertido, por decirlo así, el lago, en una esmaltada campiña nadante, cubierta de nutritivos granos, de sabrosas frutas y de jugosas y delicadas verduras que erau altamente estimadas en el mercado de las naciones próximas á la laguna. La pesca, con la construccion de nuevas canoas que diariamente se echaban al agua, habia aumentado considerablemente, cuadruplicando los ganancios de los que se habian dedicado á ella; y los edificios de la ciudad, asi como la poblacion, aumentaron de una manera notable.

Meditando en nuevos medios de engrandecer mas rápidamente su reino se hallaba el monarca de Tlatelolco, cuando una enfermedad que le llevó al sepulcro, lo privó de realizarlos. Hacia pocos meses que habia perecido el niño príncipe Acaahuacatl bajo el puñal de infames asesinos, cuando acaeció la muerte del expresado monarca, en el mismo año de 1399.

1399.

Tlacateotl,  
2.º rey  
de Tlatelolco.

No fué menos activo Tlacateotl que fué elcigido por rey para ocupar el trono vacante. El nuevo soberano, segun unos historiadores, era tepaneca, como su antecesor; y, segun otros, acolhua, dado á los Tlatelolcos por el rey de Acolhuacan. Como no envuelve importancia ninguna la averiguacion del sitio de su nacimiento, dejaremos en el lugar que les correspondo las dos opiniones emitidas, para ocuparnos únicamente de sus actos. Dominado por el mismo celo patriótico que distinguió á su antecesor y por la rivalidad hácia los mejicanos, impulsó todas las obras de construccion, protegió la agricultura, favoreció el comercio, y dió mayor ensanche á la poblacion.

Las dos naciones rivales, impulsadas por la emulacion, crecian rápidamente; y los mejicanos, merced á los resultados producidos por esa emulacion, se hallaron en 1402, tros años despues del asesinato cometido en su príncipe, en estado de poder celebrar con toda solemnidad, el principio del quinto siglo que contaban desde su salida de su patria Aztlan.

El siglo de los mejicanos se componia, como el de los toltecas, de cincuenta y dos años; y el quinto empezaba, como he dicho, en 1402, que se prepararon á celebrarlo

con la decencia que los permitia ya el mejoramiento de su posicion.

Las ceremonias de la conclusion de un siglo, y las fiestas del principio del otro, eran celebradas entre los mejicanos, con imponente solemnidad las primeras, y con alegres y bulliciosas fiestas las segundas.

El mundo debia desaparecer, por un cataclismo horrendo, en el último instante en que espirase un siglo.

Se ignoraba el siglo en que el funesto acontecimiento debia verificarse.

Cada uno de los que llegaban, podia ser el señalado por los dioses para que en su desaparicion, desapareciese tambien, entre horribles sacudimientos, la tierra.

Por eso en la última noche de cada siglo, se preparaban para presenciar el tremendo espectáculo en que debian ser actores y víctimas.

Modo  
de celebrar  
la terminacion  
de un siglo y  
el principio  
del otro.
 

 Todo era imponente y lúgubre en esa noche que podia ser la última para el género humano. Apagaban el fuego y las luces que en los templos ardian, y apagaban tambien el de sus casas, quedando envueltos en completa oscuridad; rompian las ollas, los vasos, los platos y todos los utensilios de barro y loza destinados para condimentar la comida y el servicio de la mesa, y se disponian para morir despidiéndose de sus deudos y de sus amigos. Los sacerdotes, vestidos con las insignias y ricos ornamentos de sus divinidades; tendida al viento su larga y despeinada cabellera; acompañados de un inmenso pueblo silencioso y meditabundo, salian con gran recogimiento del templo principal. llevando consigo una noble víctima para el sacrificio, al

mas valiente de los prisioneros que se habian hecho en los combates; cruzaban lentamente la silenciosa ciudad envuelta en sombras, y se dirigian con majestuoso paso, hácia el monte de Huixachila, distante dos leguas de la grandiosa capital, y muy próximo á Ixtapalapa. La lúgubre y misteriosa procesion emprendia su lenta marcha al salir del templo, á una hora, cuya exactitud calculaba por la posicion que las estrellas guardaban, y llegaba al religioso monte momentos antes de la media noche. La numerosa procesion hacia alto en un sitio designado, y los sacerdotes se adelantaban con paso tardo y con profundo recogimiento hácia el centro de la cima, donde debia encenderse, llegada la media noche, el sagrado fuego que indicase que habia empezado el nuevo siglo y que habia terminado el anterior sin el cataclismo temido.

Pero durante esas horas de duda, en que la poblacion esperaba con ansia la aparicion del fuego, y temia al mismo tiempo terminar la existencia en medio de la catástrofe del mundo, la angustia de todos era terrible, indescripible. Los esposos cubrian con hojas de maguey el rostro de sus mujeres grávidas y las encerraban en los graneros, temiendo que se convirtieran en sangrientas fieras y les devorasen: temerosos igualmente de que los niños se trasformasen en ratones y sabandijas, les tapaban la cara con las hojas de la misma planta, y les movian y hablaban incesantemente para evitar que se durmiesen. Las personas que se habian quedado en la ciudad sin formar parte de la procesion, ocupaban las azoteas de sus casas, á donde habian subido para tener fija la vista en la cima del monte



destinado á dejar ver la señal de que los dioses concedian nuevos dias de vida al mundo.

La ceremonia de encender el fuego sagrado que indicase el principio de un nuevo siglo, tocaba privativamente á un sacerdote del barrio llamado de Coopolco. Pasado el instante que indicaba la continuacion de otra edad, el valiente prisionero que habia marchado en la procesion, era sacrificado inmediatamente, y su cadáver lo colocaban sobre una pira funeral de maderas resinosas y aromáticas. El sacerdote encargado de encender el fuego sagrado, se acercaba á la víctima; colocaba en su rasgado pecho dos pedazos de leño que por medio de la friccion encendia; y pronto la llama, comunicándose á la combustible pira, se elevaba como una columna de fuego hasta las nubes, dejándose ver á distancias considerables. Al lúgubre y profundo silencio que habia reinado durante las horas de angustiosa incertidumbre, siguieron, al ver la señal de nueva vida, los gritos de triunfo y de alegría lanzados por la multitud que cubria las campiñas, los terrados de los templos, las colinas y las azoteas de los edificios. Todos los que habian formado parte de la lúgubre procesion, corrian presurosos á la hoguera encendida, á coger un poco de aquel fuego sagrado para llevarlo á su casa. Millares de hombres se veian cruzar en todas direcciones con leños resinosos encendidos, como fantásticas apariciones en medio de las oscuras selvas y de los caminos; en tanto que las personas que habian quedado en la ciudad, acudian á encender sus antorchas en los templos á donde una parte del fuego divino habia sido llevado por los sacerdotes. El elemento consolar que indicaba la vida de un siglo mas, res-

plandecia en los altares y en el hogar doméstico, al rededor del cual se agrupaban contentas las familias.

Los trece dias siguientes á la renovacion del fuego, que eran los que se intercalaban entre el siglo fenecido y el naciente para ajustar el curso solar del año, se empleaban en la festividad del nuevo ciclo y en las felicitaciones reciprocas que se enviaban porque las leyes de la naturaleza continuaban para los aztecas en su curso regular.

En esos trece dias se blanqueaban, embellecian, limpiaban y componian los edificios públicos y particulares; se empezaban á construir nuevas casas y templos; se reemplazaban los rotos utensilios de cocina con otros nuevos y mas brillantes; platos, manteles, vasos, todo era flamante á fin de que nada usado se presentase al aparecer el nuevo siglo. El pueblo, formando diversas procesiones, coronado de vistosas guirnaldas y llevando en la mano exquisitos ramilletes de flores, se dirigia á los templos para elevar cánticos de gracias á sus divinidades que les habian concedido la dicha de entrar en otra era de ventura.

El siglo y el año naciotes, empezaban siempre el 26 de febrero. En ese dia á nadie le era lícito beber agua hasta que el sol elevándose al cúmit, no marcaba las doce en su brillante carrera. Entonces empezaban los sacrificios, cuyo número estaba en relacion con la grandeza de la fiesta. Por todas partes resonaban los gritos de júbilo y de alegría y se escuchaban las palabras de enhorabuena que mutuamente se dirigian los amigos.

En esos dias, todos se presentaban con los trajes mas vistosos y ricos que tenian; los convites, los bailes, la música y los juegos públicos, aumentaban la animacion

de la escena, y las luminarias que la ciudad ostentaba durante las trece noches, aumentaban el placer de los alegres habitantes. Era la gran festividad secular en que se celebraba la nueva vida de un pueblo entero que habia terminado hundirse en el abismo de los tiempos al terminar el siglo.

Entre los variados juegos, alusivos á la regeneracion del mundo que en esa fiesta particularmente celebraban, habia uno verdaderamente notable, llamado de *los voladores*. Era un juego que exigia notable agilidad y gallardía en los que lo ejecutaban.

Juego de los voladores. Para verificar este vistoso juego que se conserva hasta el dia, aunque muy modificado, fijaban un palo alto y grueso, como el mástil de un bergantín, en medio de una plaza. En la parte superior de este gran palo, metian un cilindro de madera, semejante á un mortero, del cual pendian cuatro cordeles de fuerte y apretado tejido, que sostenian, por los cuatro ángulos, un bastidor, tambien de madera, de forma cuadrada. Constaba el bastidor de cuatro pedazos con un agujero en medio de cada uno de ellos. Otras cuatro cuerdas semejantes á las primeras, estaban en el espacio que existia entre el bastidor y el cilindro, formando al rededor del palo trece vueltas, que eran las que debian dar precisamente los voladores. Estaba fijado el número de trece vueltas, porque con él se representaba el número del siglo que se componia de cuatro periodos de trece años cada uno. La longitud de las cuerdas y la elevacion del palo se ballaban combinados de una manera que, al terminar la vuelta décimo tercia, los cuatro voladores llegasen con matemática

exactitud á tierra. Cada una de las cuerdas que daban vueltas al rededor del palo entre el cilindro y el bastidor, pasaba por el agujero que, como he dicho, tenia cada uno de los cuatro pedazos que formaban el último; y otra cuerda, independiente de estas, que bajaba desde el cilindro, rodeando todo el palo, servia para que subiesen por él los voladores. Los principales de estos, que eran cuatro, vestidos de águilas, de cisnes, ó de otras vistosas aves, subian con velocidad asombrosa al cilindro, valiéndose únicamente de la última cuerda que dejo mencionada: tras de ellos subian otros nueve individuos para formar el número de trece, vestidos tambien caprichosamente, colocándose ocho en el bastidor, y el noveno sobre el cilindro, provisto de un tamboril ó de una banderola. Colocados de la manera indicada, los cuatro primeros voladores que habian subido al cilindro, bailaban unos cuantos instantes, entreteniéndolo á la multitud que acudia á verles; se ataban en seguida con la extremidad de las cuerdas que pasaban por los cuatro agujeros del bastidor, y sin detenerse un instante, se lanzaban con ímpetu extraordinario, emprendiendo el vuelo con las alas extendidas y moviéndolas con admirable rapidez. Al impulso de los cuerpos al emprender el vuelo, se ponian en movimiento el bastidor y el cilindro, desenvolviendo aquel con sus giros las cuerdas de cuyos extremos estaban atados los voladores, de manera que cuando mas se alargaban, iban siendo mayores los círculos que describian. Durante este vistoso vuelo en que los voladores giraban en círculos progresivos, el que se habia colocado encima del cilindro, tocaba el tamboril ó tremolaba la banderola, sin cuidarse del

peligro en que se ponía. Entre tanto los otros ocho que se hallaban colocados en el bastidor, tenían fijos los ojos en los voladores; y cuando estos daban la última vuelta, se desprendían de la altura, agarrados de las cuerdas para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, en medio de los aplausos y voces de alegría de la multitud regocijada. Pero no se concretaban los últimos que ocupaban el bastidor á precipitarse de la altura para llegar al suelo al mismo tiempo que los primeros. Para manifestar al público su ligereza y su habilidad, solían, en la parte en que las cuerdas estaban mas próximas, pasar con notable rapidez de la una á la otra, hasta que siendo largas las distancias, descendían por la última á que habían pasado.

Con estas manifestaciones de regocijo acogieron los mejicanos la llegada del nuevo siglo, esperando que los dioses continuarían prestándoles protección en todas las empresas, y muy especialmente en el engrandecimiento y prosperidad de la ciudad de Méjico.

No se tiene noticia del número ni de la calidad de las desgraciadas víctimas que en esa notable festividad secular se inmolaron á las sangrientas deidades. Debemos suponer sin embargo, que fué corto comparativamente, y que esas víctimas que escogieron para celebrar el quinto siglo de la salida de su patria Aztlan, fueron tomadas de entre los prisioneros hechos en Xaltocan, cuando marcharon de auxiliares del rey de Acolhuacan contra el rebelde Tzompan. Costumbre era entre ellos reservar para sus fiestas religiosas y sus notables acontecimientos una parte de los prisioneros; y no habiendo tenido desde la campaña de Xaltocan

otro hecho de armas, es lógico pensar que economizaban el número de sacrificados.

Mientras los mejicanos lograban por medio del trabajo y de la constancia cambiar favorablemente su posición, mejorar la calidad de sus alimentos y de sus vestidos así por el aumento de huertos en que cosechaban los principales frutos para la vida, como por el comercio activo que mantenían con todas las naciones próximas á la laguna, de las cuales se proveían de telas de algodón y de otros objetos necesarios, el monarca de Acolhuacan, el prudente Techotlalla, á quien las tropas mejicanas auxiliaron en su campaña contra el rebelde Tzompan, señor de Xaltocan, veía acongojado acercarse la muerte, temiendo que, después de ella, su nación, hasta entonces la primera y más poderosa del Anáhuac, se viese desmembrada y envuelta en sangrienta guerra.

Se hallaba Techotlalla en la edad ya de la decrepitud, y deseando que no se realizasen los males que para su patria temía, llamó, poco antes de morir, á su hijo *Ixtlixochitl* que debía sucederle en el trono. Llegado el príncipe á su presencia, su anciano padre le dijo que procurase ganarse, por todos los medios dignos y de las concesiones justas, la amistad y la adhesión de todos los señores feudatarios de la corona; que tenía motivos para creer que Tezozomoc, rey de Azcapozalco, que hasta entonces se había mantenido amigo, abrigaba proyectos ambiciosos y miras de conspiración contra el trono; que por estas circunstancias le recomendaba mantuviese la mejor armonía con los señores feudatarios y no descuidase nada para captarse la voluntad de ellos y grangearse sus ánimos.

Muerto de Techtollalla rey de Acolhuacan. Pocos dias despues de haber dado al príncipe heredero las anteriores instrucciones y otras no menos importantes para conjurar la tormenta que presagiaba, dejó de existir en 1406, cuatro años despues de haber celebrado los mejicanos, de la manera que he referido, el principio del siglo, y á los cuarenta y nueve años de su reinado.

Las exequias del finado soberano de Acolhuacan se celebraron con la dignidad y grandeza que correspondian al acertado tino con que habia gobernado su floreciente monarquía. Todos los reyes y señores feudatarios de la corona asistieron con gran número de sus nobles, á la fúnebre ceremonia. Entre ellos se destacaba por su distinguido porte y el lucido acompañamiento que habia llevado, el anciano Tezozomoc, rey de Azcapozalco, de quien el difunto monarca acolhua habia manifestado á su hijo que desconfiaba y temia.

1406. Pasados los dias dedicados á las demostraciones de sentimiento, se dispuso la coronación del nuevo monarca Ixtlilxochitl.

Ixtlilxochitl, G.º rey chichimeca ó de Acolhuacan. Todos los personajes que habian asistido á las exequias, permanecieron en la corte para presenciaria y protestar fidelidad y obediencia al sucesor del finado soberano.

Solamente uno se alejó antes de que llegase el dia de la coronacion. El rey tepaneca Tezozomoc.

Hacia tiempo que acariciaba en su mente la idea de no continuar siendo feudatario del rey de Acolhuacan, y creyó llegado el momento oportuno de manifestar, ausentándose sin prestar obediencia, que no reconocia por señor al nuevo monarca.

Ixtlilxochitl notó aquella falta cometida por el orgulloso y temible feudatario, y comprendió que no habian sido infundados los recelos de su padre.

Rebelion del rey de Azcapozalco y otros señores contra el monarca de Acolhuacan. Dado el primer paso, que equivalia á desconocer la soberanía de Ixtlilxochitl, el rey de Azcapozalco se fué á sus estados para excitar á la rebelion contra el nuevo monarca, á todos los reyes y señores que habian protestado obediencia al jóven que acababa de sentarse en el trono de Acolhuacan. Sagaz y atrevido, envió activos y diestros emisarios invitándoles á entrar en una confederacion, cuyo objeto, les decia, era sacudir el yugo de los reyes acolhuas, y poder gobernar en lo sucesivo cada uno su estado, con absoluta independencia y libertad.

La idea era halagadora, y la coalicion se verificó en breves dias.

Entran los mejicanos en la liga contra el rey de Acolhuacan. Aunque el ambicioso Tezozomoc comprendia que los mejicanos debian estar resentidos por la altanería con que su hijo Maxtlaton habia tratado á su rey Huitzilihuitl y por el asesinato cometido en el niño príncipe, no por esto vaciló en invitarles para que, como feudatarios suyos, se uniesen á él contra el soberano acolhua. Para inclinar al monarca mejicano á la alianza, apeló al parentesco que les unia desde que le dió por esposa á su hija Ayauhcihuatl; le aseguró que habia visto con profundo dolor la conducta observada por Maxtlaton, y le hizo protestas de sincera amistad altamente halagadoras.

El monarca mejicano Huitzilihuitl sentia unir sus armas á los tepanecas para llevar la guerra á los acolhuas,



únicos que habian guardado siempre buena armonía con los mejicanos. Favorecer á los que acababan de herirle horriblemente con la muerte de su hijo y luchar contra los que siempre se habian manifestado generosos, era altamente sensible para Huitzilbuitl; era un acto que repugnaba á sus sentimientos nobles y rectos. Pero al lado de la repugnancia estaba la obligacion. Era feudatario del rey de Azcapozalco, y estaba casado con su hija.

El parentesco y el deber, unidos al temor de atraerse una guerra si se negaba á la invitacion, fueron motivos que le obligaron á entrar en la conjuracion contra el rey de Acolhuacan.

El monarca de Tlatelolco, cuyas miras se dirigian á atraerse el aprecio del soberano tepaneca, no solamente se manifestó dispuesto á enviarle sus tropas, sino que se ofreció á no abandonarle en su empresa hasta perder por él la vida si necesario era.

El jóven Ixtlilxochitl, veia desde la corte de Texcoco, prepararse la tormenta con todos los horrores de una guerra sangrienta. Prudente, á la vez que enérgico, trató de conjurarla, acudiendo á los medios que su anciano padre le habia recomendado como los mas eficaces para evitar el mal, y procuró, con su conducta leal y franca, con su asidua aplicacion al arreglo de los negocios públicos, y con la deferencia hácia sus vasallos, atraerse el amor y la adhesion de los pueblos. Pero, con sentimiento, vió que muchos de los hombres de cuya fidelidad no se hubiera atrevido á dudar, ó se manifestaban tibios en servirle, ó se adherian al partido contrario.

Ixtlilxochitl, comprendiendo que no le quedaba mas re-

medio que acudir á las armas y manifestarse inflexible con los rebeldes, reunió un número considerable de tropas; amenazó con castigar severamente á los que protegiesen directa ó indirectamente la revolucion, y mandó á los señores de Coatlichan, de Huexotla y de algunos estados próximos á la corte, y de cuya lealtad estaba seguro, que pusiesen en pié de guerra toda la gente que pudiesen.

Pronto se vió el rey de Acolhuacan con un brillante ejército á su disposicion, y resolvió marchar él mismo á batir á los rebeldes. Pero aquella determinacion, aunque digna de un rey, no era la mas conveniente en las circunstancias críticas en que se encontraba la nacion. Los consejeros y la nobleza le hicieron ver que su ausencia podria dar lugar á que algunos ambiciosos, aprovechándose de ella, se declarasen en favor de los disidentes; y escuchando sus consejos, se resolvió á permanecer en la corte. Entonces se dispuso que el ejército lo mandase el general Tochinteuctli, hijo del cacique de Coatlichan; y por si en los azares de la guerra perdia la vida, nombraron para que tomase el mando en su lugar, á Cuauhxiotl, señor de Iztapallocan.

Ambos ejércitos se dirigieron hácia la ancha llanura de Cuauhtitlan, cinco leguas al norte de Azcapozalco, para resolver la cuestion política por medio de las armas.

Las tropas del rey de Acolhuacan, con el fin de castigar á los pueblos rebeldes y de privar de los recursos á sus contrarios, destruyeron cuanto hallaron á su paso en seis Estados de los caudillos rebeldes.

El número de tropas presentadas por los disidentes, era

mucho mayor que el de las contrarias; pero la superioridad numérica de los tepanecas, estaba compensada con la superioridad de organizacion militar y de disciplina que tenían los cuerpos texcocanos.

Muere  
en una batalla  
Cuauhxilottl,  
señor de  
Iztapallocan.

La fortuna empezó siendo adversa para los rebeldes; y la guerra hubiera terminado pronto sino hubiera sido por la actividad que todos los señores coligados desplegaron en reclutar incesantemente nuevos soldados que enviaban á la lucha. Muchas fueron las acciones sangrientas que con éxito vario se libraron; y en una de esas acciones murió intrépidamente, defendiendo la ciudad de Cuauhtitlan, el valiente Cuauhxilottl, señor de Iztapallocan, que estaba nombrado para sustituir al general en jefe que mandaba las tropas leales, en caso de que éste hubiera muerto.

El soberano de Acolhuacan, abrazando un nuevo plan de campaña que, aunque mas lento, le pareció menos destructor y mas seguro, colocó en todas las poblaciones de alguna consideracion, fuertes guarniciones, y destinó un gran cuerpo de ejército á las operaciones de la campaña. Pronto este ejército se vió aumentado considerablemente, con numerosas tropas auxiliares que le enviaban los señores de diversos puntos.

Mientras las tropas del rey de Acolhuacan engrosaban diariamente con los refuerzos que acudian en su auxilio, las del rebelde Tezozomoc disminuian visiblemente. Sin embargo, aun estaba en actitud imponente y ofensiva, y podia prolongar la lucha por largo tiempo.

Tres años llevaban de aquella guerra desastrosa que habia matado la agricultura y aniquilado los pueblos.

Se hace  
la paz entre  
el rey  
de Acolhuacan  
y el de  
Azcapozalco.

Convencido Tezozomoc de que cuando las revoluciones se prolongan, el triunfo es de los gobiernos, porque cuentan con mas recursos y mas unidad de accion, propuso la paz al rey de Acolhuacan, pidiendo que se diese al olvido todo lo pasado, y que á nadie se castigase, reprendiese, ni molestase por haber hecho armas contra la corona.

Ixtlilxochitl, aunque sentia dejar sin castigo á los rebeldes, no estaba en estado de prolongar la guerra por mas tiempo. Sus vasallos habian sufrido mucho; los pueblos estaban cansados de la lucha; y esta podia serle contraria si rehusando admitir la proposicion que se le hacia, exasperaba á su orgulloso contrario obligándole á defenderse. El rey de Acolhuacan, despues de pesar detenidamente sobre los males presentes de una guerra asoladora, y las consecuencias futuras de una paz comprada con el perdón de los rebeldes, optó por la segunda, por muchas que fuesen las razones que tenia para no confiar en la duracion de ella, supuesto el ambicioso carácter del astuto Tezozomoc.

Terminada la guerra sin exigir condiciones, el rey tepaneca retiró sus tropas, y el de Acolhuacan hizo lo mismo con las suyas, entregándose en seguida á las tareas de una buena administracion.

1409.  
Muerte del  
9.º rey  
mejicano  
Huitziluhuitl.

Pocos dias despues de terminada la guerra y de haber vuelto las tropas auxiliares mejicanas á la ciudad de Méjico, murió de enfermedad su monarca Huitziluhuitl, en 1409.

Durante su reinado que duró veinte años, la ciudad creció notablemente, aumentó el comercio, promulgó acertadas leyes en armonia con las costumbres y exigencias de aque-

lla sociedad, se edificaron algunas casas de bastante importancia, y confirmó á la nobleza en el derecho de elegir para sucederle en el trono á la persona que mas digna juzgase.

---

## CAPÍTULO V.

Se da una ley para que la eleccion de monarca recaiga en un hermano, sobrino ó primo del rey fenecido.—Chimalpopoca, tercer rey de Méjico.—Nueva rebelion de Texozomoc contra el rey de Acolhuacan.—Caída de éste.—Muere apedreado el príncipe Cihuaucucemotzin.—Muerte del rey Itlixochitl.—El monarca de Azcapozalco se apodera del trono de Acolhuacan.

Muerto el rey Huitzilihuitl, los cuatro electores nombrados por la nobleza á quien el finado monarca habia conferido la facultad de nombrar el sucesor á la corona, procedieron á la eleccion.

Se da una ley para que la eleccion de rey recaiga sobre algun hermano, sobrino ó primo del monarca que fallece.

Desde esa época se estableció por ley, que la eleccion recayese en uno de los hermanos del rey fenecido; que á falta de hermanos, se eligiese á uno de los sobrinos; y que no existiendo éstos, se procediese á elegir á uno de sus primos, teniendo los electores la soberana facultad de escoger entre los hermanos, sobrinos ó primos del monarca difunto, al que mas digno juzgasen por sus virtudes, de empuñar el cetro y ceñir la co-

rona. Esta práctica llegó á seguirse, sin alterarla, desde el primero de los soberanos, hasta la desaparicion del último rey azteca.

1409.

Chimalpopoca,  
3.er rey de  
Méjico.

El nombramiento recayó por unanimidad de los electores, ou un hermano del difunto monarca, llamado Chimalpopoca, que significa *rodela que humea*.

En la ceremonia de la coronacion, al sentarse en el trono, le colocaron en la mano derecha una espada con filos de pedernal, y en la izquierda un arco dorado y flechas.

La nobleza y los electores quisieron simbolizar con aquel acto, que por las armas se habia de conquistar la completa independenciam, rompiendo la sujecion de tributarios de los reyes de Azcapozalco.

Animado Chimalpopoca del mismo celo que sus predecesores por el bien de la patria, continuó la obra de organizacion y de prosperidad empezada por ellos, y procuró sobrepujar en todos los ramos á los tlatelolcos que, por su parte, estaban resueltos á llevar la supremacia en todo, á los mejicanos.

Pero esta emulacion no se oponia á que se tuviesen mutuamente las dos pequeñas y nacientes naciones las consideraciones mas señaladas. Ambas conocian, por entonces, que debian respetarse; y Chimalpopoca dió una prueba de la buena armonia que deseaba reinase entre los dos pueblos, pidiendo al rey de Tlatelolco la mano de su hermosa hija *Matlalatzin*, que se la concedió en el acto, celebrándose la union con beneplácito de todos.

Mientras estas dos naciones, émulas y sin embargo diferentes entre sí, crecian por el ardiente anhelo de supe-

rarse en poder, en felicidad y en grandeza, la de Acolhuacan, venturosa y fuerte hasta entonces, se encontraba envuelta en un torbellino de revueltas políticas que amenazaban acabar con el esplendor que llegó á adquirir por los esfuerzos de sus notables soberanos. Aquella nacion que empezó su infancia bajo el paternal gobierno de su primer rey chichimeca Xolotl; que creció robusta al amparo del benigno cetro de Nopaltzin y de Tlotzin, protectores ambos de la industria, de las artes y de la agricultura; y que se ostentó potente y venturosa, respetada y obedecida, desde Quinatzin hasta su quinto rex Techotlalla, se vió de repente, casi desde los primeros instantes que su sexto monarca Ixtlilxochitl empuñó el timon del Estado, sacudida y maltratada por el terrible oleaje de las ambiciosas pasiones de rebeldes magnates que, empezando por quererse sustraer de la obediencia del soberano de Acolhuacan, pretendian concluir por derribarle del trono.

Nueva rebelion  
de Tezozomoc  
contra el  
rey de  
Acolhuacan.

La paz arreglada entre el rebelde Tezozomoc, rey de Azcapozalco, y el monarca Ixtlilxochitl, no fué mas que instantánea. El primero volvió á trabajar con mas ahinco y elementos, desde el instante en que el segundo retiró sus tropas, y pronto los ambiciosos señores que se habian adherido á su plan, se manifestaron dispuestos á repetir la rebelion. El rey de Acolhuacan, aunque vió formarse la tormenta y quiso conjurarla, no tuvo tiempo para hacerlo. Los rebeldes tenian ganadas las principales ciudades; y dado el grito contra el bondadoso Ixtlilxochitl, éste se encontró por todas partes rodeado de enemigos, á los cuales era imposible hacer frente con los pocos amigos leales que



le quedaron. Sin embargo, luchó por algun tiempo con el auxilio de algunos pueblos que habian resistido hasta entonces á la seduccion. Hizo frente á la tempestad con el heroico ardimiento que correspondia á un rey digno que prefriere la honra á la vida; pero al ver que sus esfuerzos eran inútiles, y que poco á poco le iban abandonando sus adictos, se decidió á abandonar el terreno de la lucha.

Para salvar á los pueblos de la guerra civil y librarse él de caer en poder de sus contrarios, fué á buscar un refugio seguro en las montañas vecinas. En medio de la desgracia y de la ingratitud de muchos, tuvo el consuelo de ver la lealtad de algunos fieles servidores y amigos que no quisieron abandonarle. Una corta fuerza de valientes guerreros, unida á los señores de Huexotla y de Coatlichan, se propusieron morir en su defensa.

Pronto empezaron á faltar en las áridas asperezas á donde se habian refugiado, los víveres indispensables á la vida, y el hambre se dejó sentir entre los leales vasallos que le obedecian.

Los tepanecas, dirigidos por su rey Tezozomoc, primer caudillo y jefe de aquella revolucion, cortaron toda comunicacion entre las poblaciones y el destronado monarca. Para reducirle á la necesidad de que el hambre le obligase á presentarse á sus enemigos, prohibieron bajo severas penas, que se le proporcionase ningun género de auxilio, y colocaron numerosas fuerzas en todos los puntos convenientes, para que interceptasen los víveres que alguno pudiese enviarle.

El monarca des-  
tronado,  
solicita víveres  
de sus  
mismos  
enemigos.

Reducido el destronado rey Ixtlilxochitl al mas extremo grado de necesidad, y conmovido por el triste cuadro que presentaba aquel corto número de leales que le acompañaba, se resolvió á solicitar de sus mismos enemigos, que le enviasen algunos viveres, para no ver perecer de hambre á sus adeptos.

Para que desempeñase esta comision al lado de sus contrarios, eligió á *Cihuacuecuenotzin*, jóven de relevantes cualidades, sobrino suyo, que siempre habia sido mirado con aprecio por el pueblo. La ciudad á donde debia dirigirse en solicitud de lo que se necesitaba, fué Otompan, que era una de las rebeladas. El rey, confiando en el influjo que su sobrino ejercia en el ánimo de los que conocian sus bellas cualidades, le encargó que hiciese saber á los habitantes de Otompan, la miseria y las penas que aquejaban á su monarca; que les inclinase á abandonar el partido de los que habian alterado la venturosa paz del reino; y que volviesen á la obediencia para cumplir con los juramentos de fidelidad que al subir al trono le habian prestado.

Cihuacuecuenotzin va á pedir en nombre del monarca, víveres á los rebeldes.

El príncipe *Cihuacuecuenotzin*, escuchó á su tio y rey con atencion y respeto, y midió en un instante las dificultades de que estaba cercada la empresa que se le confiaba. Sin embargo, resuelto á posponer su vida á los nobles sentimientos de la amistad, del parentesco, y sobre todo del deber de caballero, aceptó la comision sin vacilar ni un solo instante. «Marcho á obsequiar vuestros deseos—dijo—y á dar mi vida por cumplir con el sagrado deber de

obedeceros. Creo imposible que los otompanecas que han cometido el crimen de rebelarse contra vos, vuelvan á la obediencia, cuando los tepanecas, de quien son aliados, se encuentran en los alrededores. Todo el país está sembrado de peligros para los que hemos tenido la gloria de no separarnos del deber. Mi vuelta es, por lo mismo, difícil: acaso no nos volvamos á ver. Pero si muero en servicio vuestro y en el de la patria, y si el sacrificio de la vida por el cumplimiento del primer deber del hombre, es merecedor de alguna recompensa, yo os pido, señor, que encuentren en vos dos tiernos y amados hijos que tengo, el cuidado y las atenciones indispensables, para que lleguen á ser algun dia, los sucesores de mi lealtad hácia vos.»

Las dignas palabras del jóven Cihuacuecuonotzin conmovieron el generoso corazón del desgraciado monarca, el cual, abrazándole tiernamente, le dijo que los dioses le acompañarian en el desempeño de la comision que le confiaba; pero que si otra cosa habian dispuesto en sus altos fines, sus dos tiernos hijos quedaban bajo su custodia.

El noble príncipe se despidió en seguida de su tío y monarca, y se dirigió á Otompan.

En los instantes mismos en que ponía los piés en la ciudad, se disponian los tepanecas, enviados por Tezozomoc, á publicar un bando.

Todos los habitantes de la ciudad se encontraban congregados en la plaza, á donde les habian convocado con el objeto de que se enterasen de lo que en él se ordenaba.

Cihuacuecuenotzin, aunque comprendió lo desfavorable que le era aquella circunstancia, no vaciló por esto, y se dirigió con entereza á la plaza, ocupada por la multitud

en los momentos de su llegada. El leal y noble príncipe, se presentó en medio del gentío; y colocándose en un punto dominante de donde pudiese ser escuchado y visto, saludó con dignidad, suplicó que le prestasen atención, y expuso con franqueza el objeto de su embajada. El discurso fué escuchado con manifestaciones de burla y de desprecio. Sin embargo, ninguno se atrevió á ofender personalmente al príncipe. Este permaneció algunos instantes esperando la resolución del pueblo; pero no recibió otra cosa que risas y silbidos, síntomas alarmantes de próximas injurias y desmanes. Así lo comprendió el valiente Cihuacuecuenotzin; pero se propuso sacrificarse en aras de la lealtad y del deber á su rey, y permaneció quieto en su puesto. Pronto á las risas y los silbidos se unieron algunas palabras descomedidas, y entonces un hombre de la hez del pueblo que llevaba la voz en un grupo de insolentes, le tiró una piedra excitando á los demás á que le matasen. El ejemplo fué seguido por algunos, y celebrado por todos. Los soldados tepanecas que hasta entonces habían permanecido sin tomar parte ninguna en aquella escena que presenciaron en silencio, dejaron su actitud pacífica al ver á los otompanecas declararse abiertamente contra el monarca de Acolhuacan, y uniéndose á la multitud, excitaron el odio contra el embajador, gritando *muezas* y arrojándole una lluvia de piedras.

Muere á pedradas Cihuacuecuenotzin, sobrino del rey de Acolhuacan. El ultrajado príncipe se mantuvo firme un instante, tratando de contener el desman, aseándoles un hecho indigno de un pueblo valiente. Pero sus palabras se perdieron entre los gritos de furor lanzados por la multitud. Cihuacuec-

notzin, viéndose acosado por todas partes, se vió precisado á recurrir á la fuga para salvar la vida; pero era ya tarde cuando tomó esta resolucion. Los enemigos le habian cortado todas las salidas, y el valiente jóven, no encontrando donde refugiarse, cayó muerto en medio de un diluvio de piedras que lanzaron sobre él.

Digno de imperecedera memoria es el nombre del príncipe Cihuacuecuenotzin, víctima de la lealtad del caballero y del esclarecido patriota. Pocos hechos registra la historia, en sus mas honrosas páginas, que superen en nobleza y dignidad al que inmortalizará siempre la grandeza de alma del vasallo que supo sacrificarse por su rey en la desgracia; por el bien de su patria en el peligro.

La noticia de la muerte dada al enviado del destronado rey de Acolhuacan y de la crítica situacion en que éste se encontraba, fué comunicada inmediatamente por los tepanecas que habian presenciado el hecho, al señor de Acolman, hijo de Tezozomoc. Pronto puso en conocimiento de su ambicioso padre la noticia, felicitándole por aquel acontecimiento.

El rey de Azcapozalco, tratando de sacar provecho de las favorables circunstancias que le brindaban poder y grandeza á su ambicion, concertó con los señores de Otompan y de Chalco, que eran sus mas adictos compañeros, la manera de acabar de una vez con el destronado rey.

1410.

Es asesinado  
el rey de

Acolhuacan.

El plan se arregló y se puso en planta sin pérdida de momento.

Los señores de Chalco y de Otompan, que eran los que mas próximos se hallaban al sitio en que se habia refugiado el monarca de Acolhuacan, debian con sus

tropas, sorprender y capturar á este último. Ambos magnates, hicieron salir de noche y con gran sigilo, suficientes tropas que las situaron, sin que nadie se apercibiese de ello, en un monte vecino, proximo al que ocupaba el monarca destronado. Hecho esto, enviaron dos capitanes, notables por su arrojo, al campamento del monarca de Acolhuacan, fingiendo una comision que tenia por objeto un arreglo; pero cuyo verdadero intento era alejar al rey de sus tropas, y llevarle, entreteniéndole en la conversacion, hasta un sitio próximo á donde estaba la emboscada. El plan salió de la manera que se habia esperado al concebirlo. Los dos capitanes fueron admitidos á la presencia de Ixtlilxochitl que se hallaba entonces en las inmediaciones de Tlaxcala. Sagaces y de talento, se manifestaron con dolidos de la suerte á que las circunstancias le habian conducido, y le prometieron que influirian en que las diferencias terminasen de una manera digna. Pocos instantes despues, y al ver que el rey les escuchaba con notable interés y complacencia, manifestaron deseo de dar un paseo por la campiña, que brindaba con su frescura, á recorrer su esmaltado suelo, durante el cual podrian convenir en lo que debia hacerse para un arreglo conveniente á todos. Ixtlilxochitl se apresuró á complacerles; y los tres, animados en la conversacion, se fueron alejando lentamente del sitio en que se hallaban las tropas del último. Asi caminaron hasta un punto bastante retirado, y entonces los dos capitanes se lanzaron de improviso sobre el conguado rey, quitándole la vida á la vista de sus mismas tropas, aunque á distancia conveniente de ellas. Los jefes y soldados, indignados de aquella infame traicion, volaron á apoderarse

de los malvados; pero inmediatamente se vieron acometidos por todas partes, por el ejército que los jefes rebeldes tenían emboscado.

Los sorprendidos y leales vasallos del desgraciado Ixtlilxochitl, alentados por su hijo el príncipe Nezahualcoyotl, joven dotado de relevantes prendas, lucharon con denuedo por largo rato; pero acosados por todas partes, apenas pudieron recoger y salvar el cadáver de su desventurado monarca.

El príncipe Nezahualcoyotl, perseguido de cerca por numerosos enemigos, por en medio de los cuales se abrió paso con sus armas, se vió precisado á esconderse en unos espesos matorrales para no caer en manos de sus perseguidores.

Los leales servidores del asesinado monarca, celebraron las exequias de su soberano profundamente conmovidos, y depositaron sus cenizas en un sitio seguro, donde reposasen hasta que la escena política se presentase menos borrascosa para su familia.

El trágico fin del rey Ixtlilxochitl, acaecido en 1410, fué sentido por todos los hombres rectos de la nacion, y llenó de duelo el corazón de los buenos vasallos.

Ixtlilxochitl dejó varios hijos; pero el que mas sobresalía por sus recomendables prendas, por su ingenio y por su noble carácter, fué Nezahualcoyotl, que ora el heredero de la corona, tenido de su matrimonio con Matlalcihuatzin, hija de Acamapitzin, primer rey de Méjico, con la cual se unió cuando aun era príncipe.

La trágica muerte del monarca de Acolhuacan, acaecida á los siete años de haber subido al trono, acabó de dar el

triunfo á los rebeldes. Tezozomoc envió inmediatamente considerables fuerzas sobre las ciudades de Texcoco, Huexotla, Coatlichan, Iztapallocan y Coatepec que se habian mantenido adictas al rey acolhua, con órden de que entregasen á las llamas toda poblacion que hiciese resistencia. Las mujeres, los niños y los ancianos, toda la gente, en fin, que no estaba en disposicion de tomar las armas, se internaron en los montes, y buscaron un lugar de refugio entre los huexotzingos y los tlaxcaltecas; pero todos los hombres útiles se prepararon al combate y lucharon con heróico esfuerzo por su patria. Al fin fueron vencidos los leales; mejor dicho, murieron casi todos en defensa de lo que mas amaban; pero hicieron pagar bien cara la victoria á sus contrarios que vieron caer en la lucha millares de sus compañeros.

Alcanzado el triunfo completo, y sometidos los pueblos que combatieron por su soberano, el ambicioso Tezozomoc pasó á Texcoco, y se hizo proclamar, con toda pompa, rey de Acolhuacan. Para satisfacer las aspiraciones de los que le habian auxiliado en la empresa, distribuyó entre ellos las dignidades y el mando de ciertos pueblos. A Chimalpopoca, rey de Méjico, le dió en feudo, la ciudad de Texcoco; la de Huexotla, á Tlacateoll, rey de Tlatelolco, y el gobierno de otros varios puntos lo confió á diversos magnates que se habian distinguido.

La ceremonia se celebró con toda pompa, y en ella se declaró que, en lo sucesivo, Azcapozalco seria la capital de todo el reino de Acolhuacan.

Varios individuos de alta importancia del partido opuesto al triunfante, asistieron, disfrazados, á la ceremonia. Entre



aquellos individuos se hallaba el mismo príncipe Nezahualcoyotl, que miraba con indignacion, ocupar á un cruel usurpador el trono de donde la traicion habia arrojado á su excelente padre.

La indignacion y la cólera se veian pintadas en los semblantes de los adictos al gobierno derrocado, lo mismo que en el de Nezahualcoyotl; pero la prudencia exigia que se reprimiesen los afectos del alma, y todos tuvieron suficiente fortaleza para sobreponerse á su ira.

Por su parte, los adictos al nuevo órden de cosas y algunos que comercian con la adulacion de los que suben al poder, trataron de excitar al pueblo para que prorumpiese en gritos contra los príncipes de la dinastía caida, y aun salieron algunas voces en aquel sentido. Al escucharlas. el general mejicano Itzcoatl, hermano del rey Chimalpopoca, que habia contribuido en gran parte al triunfo de la revolucion con las tropas auxiliares mejicanas, subió al templo en que la raza tolteca tenia sus divinidades, y con voz clara y enérgica, pronunció un breve, pero eficaz discurso, que escuchó atenta y con respeto la multitud.

Aquel personaje mejicano, teniendo presente que el príncipe Nezahualcoyotl era hijo de la princesa mejicana Matlalzihuatzin, hija del primer rey de Méjico, trató de evitar que se cometiese acto ninguno de persecucion contra él. En su corta alocucion, despues de pedir en alta voz á los chichimecas, á los acolhuas y al pueblo entero que le escuchasen, les dijo, que nadie osase hacer el mas leve daño al bondadoso Nezahualcoyotl, ni permitiese que ningun otro se lo hiciera sino queria exponerse á sufrir un riguroso castigo.

La amenaza hecha en los términos mas enérgicos por un personaje que acababa de distinguirse en la guerra, produjo un feliz resultado. Nadie quiso atraerse el enojo de un personaje cuya nacion empezaba ya á inspirar respeto, y Nezahualcoyotl se libró así de ser el blanco de la persecucion de sus contrarios.

El usurpador Tezozomoc, queriendo captarse el aprecio de los vencidos, concedió indulto general y permiso de volver á sus casas á los que habian combatido contra él.

Muchos nobles y personas principales que habian emigrado á Tlaxcala y Huexotzinco para salvarse del furor de los soldados tepanecas, se reunieron en un sitio próximo á Texcoco, llamado Papalotla, con el fin de tratar si debian aprovecharse del indulto acogiéndose á él, ó si continuarían sufriendo los males de la emigracion. La resolucion unánime fué optar por lo primero; y todos volvieron á sus casas y al seno de sus familias, reconociendo por sus señores á los nuevos que el usurpador Tezozomoc habia nombrado, y prestándoles obediencia.

---



## CAPITULO VI.

Tezozomoc, usurpador de Acolhuacan.—Impone mayores tributos.—Muerte del tirano Tezozomoc.—Maxtlaton se apodera del reino de Azcapozalco.—Mnere Tayatzin asesinado por órden de su hermano.—Proclaman á Maxtlaton rey de Azcapozalco y de Colhuacan.—Ofensas que inflere á Chimalpopoca, rey de Méjico.—Prision de éste.

Reconocido el usurpador monarca Tezozomoc como soberano de los pueblos vencidos, y declarada la ciudad de Azcapozalco, donde residia, capital de todo el reino de Acolhuacan, los acolhuas y cbichimecas empezaron á conocer bien pronto que las promesas halagadoras de libertad y abolicion de tributos con que habia sabido seducir á la multitud, no habian sido mas que palabras de encantador sonido con que habia ocultado su ambicion, para llegar á la tirania mas pronunciada.

Lejos de cumplir con el bello programa de reduccion de gabelas, aumentó los tributos que en viveres y en telas pagaban á su monarca; y exigió, además, que le entregasen periódicamente, una cantidad de oro y de piedras preciosas que difícilmente podian presentar.

Nuevos tributos  
del usurpador  
Tezozomoc.

El nuevo impuesto decretado por el inflexible Tezozomoc, llenó de pena y de inquietud á los nobles toltecas y chichimecas; y conociendo que casi tocaba en lo imposible satisfacer lo que de sus pueblos se exigia, dispusieron enviar dos personajes, respetables por su saber y por su posicion social, que manifestasen respetuosamente al nuevo soberano, la triste situacion en que habia quedado el pais á consecuencia de los estragos de la guerra, para poder obsequiar el nuevo tributo impuesto.

Los acolhuas  
envian dos  
oradores al  
nuevo soberano  
para que les  
quite el nuevo  
impuesto.

Los personajes que eligieron para el desempeño de la delicada mision, fueron dos nobles oradores, de cuya elocuencia arrebatadora se prometian alcanzar que el rey les librara de aquel gravámen. Pero se engañaron.

El rey Tezozomoc escuchó primero el sentido y conmovedor discurso del orador tolteca y despues el elocuente y severo del chichimeca, y aunque les hizo grandes manifestaciones de aprecio, confirmó la disposicion de que se pagase el nuevo tributo.

Los dos desairados oradores salieron de Azcapozalco tristes por la respuesta del tirano, y llegaron á Texcoco, donde con impaciencia les esperaban los nobles toltecas y chichimecas que les habian dado la comision referida.

El sentimiento que produjo la resolucion del rey de Azcapozalco, fué profunda, y los ánimos se exaltaron al comparar el carácter benévolo de sus pasados reyes, con el despótico y cruel del usurpador.

Entre tanto que el ambicioso Tezozomoc se hacia odioso y aborrecible para los acolhuas con sus actos injustos y opresivos, el príncipe Nezahualcoyotl se conquistaba las

simpatías de todos los que fueron vasallos de su excelente padre.

Afable, atento y dotado de un talento claro y de una inteligencia privilegiada, Nezahualcoyotl recorría las ciudades y pueblos del reino de Acolhuacan, con el objeto de captarse las simpatías de sus habitantes y de subir á un trono que de derecho le pertenecía. Grande era, con efecto, el interés con que todos le miraban y los deseos que tenían de verle rigiendo los destinos de la patria oprimida por un tirano; pero estaban supeditados por la fuerza; temían la ira del cruel Tezozomoc, y nadie se atrevía á pronunciar una palabra que revelase deseo de un cambio. El joven príncipe comprendía perfectamente el origen de la profunda reserva que los pueblos observaban; pero estaba interiormente satisfecho, porque en los rostros, en los ademanes, en la mirada de los que habían sido vasallos de su padre, creía ver la adhesión y el amor hácia su persona. Sin embargo, muchos desengaños sufrió de aquellos de quienes precisamente debía esperar mas cariño y amistad. Mientras la mayor parte de los pueblos sentían no poderle favorecer y proclamarle su rey, varios de sus amigos y deudos, temiendo malquistarse con el usurpador Tezozomoc, le abandonaban indignamente. Entre esos deudos que posponían el lazo sagrado del parentesco al egoísmo de sus personas, se encontraban Cihimalpan, tío suyo, y Tecpanecatl, hermano de su segunda mujer Nezahualxochil, de la estirpe real de Méjico.

Nezahualcoyotl, sintió profundamente la conducta de sus dos parientes; pero aunque se vió privado del favor de ellos, no por eso dejó de continuar su viaje por las pobla-

ciones, para granjearse la voluntad de sus habitantes. Un hecho desagradable, originado de un celo imprudente por la observancia de las leyes dictadas por los reyes de su estirpe, vino á hacerle gran daño en aquellos momentos en que mas que nunca necesitaba de poder transitar sin temor por todas partes. Habiendo llegado una tarde á un pueblecito de la provincia de Chalco, vió á Nezahualcoyotl mata por su propia mano á una mujer por haber infringido una ley sobre el pulque. El pulque. una mujer extrayendo de la planta del malguey, el vino llamado *pulque*, no solo para el uso de su familia, sino tambien para venderlo en la poblacion. Aquella mujer se llamaba Tziltomiauh, era viuda, y pertenecia á ella el pueblecito. El príncipe Nezahualcoyotl, no vió en ella ni á la mujer, ni á la dueña del pueblo, sino á una transgresora de una de las leyes de los chichimecas, que prohibian severamente la extraccion y venta de aquel licor, y ciego de ira se lanzó sobre ella y la dió muerte por su propia mano.

Este hecho reprehensible, hijo de un celo indiscreto, causó gran sensacion en la provincia; y el señor de Chalco que era enemigo de Nezahualcoyotl y habia sido cómplice en el asesinato del padre de éste, envió inmediatamente gente para prenderle. Nezahualcoyotl conoció el peligro que corria, y se puso en salvo antes de que sus perseguidores llegaran.

Entre tanto el tiempo trascurria y los pueblos seguian gimiendo, agobiados por los enormes tributos que sobre ellos pesaban.

Sueños de Tezozomoc. Reune á sus hijos y les pide la muerte de Nezahualcoyotl. Tezozomoc que llevaba ocho años de poseer sin contradiccion el reino de Acolhuacan, sacando de él grandes riquezas, llegó de repente á verse dominado de una inquietud y de un

sobresalto que acibaraban sus placeres. Supersticioso, como lo eran entonces todos los hombres de su país, creía los sueños como presagios de acontecimientos futuros, y habiendo tenido dos sueños alarmantes, se vió dominado por el terror que le inspiraron. En uno de esos sueños vió á Nezahualcoyotl que, convertido en águila, le destrozaba el pecho y le devoraba el corazón : en el otro vió al mismo príncipe, en forma de león, lamerle el cuerpo y chuparle la sangre. Tezozomoc, sobresaltado, llamó á sus tres hijos Tayatzin, Teuctzintli y Maxtlaton ; les refirió lo que había soñado, y les encargó que, en secreto y sin que nadie pudiese sospechar que él lo había mandado, diesen muerte á Nezahualcoyotl, lo mas pronto posible.

Aunque unánimes ofrecieron á su padre poner en juego todos los resortes mas convenientes para que su orden quedase cumplida, no era muy fácil llevarla á cabo con el disimulo que se requería ; y en tanto que buscaban el medio de realizar el crimen, los años y los achaques iban conduciendo al sepulcro al tirano usurpador. Se hallaba entonces Tezozomoc en la edad de la decrepitud ; su cuerpo carecía ya de calor, y sus miembros de fuerzas. Un frio glacial circulaba por sus venas, y á fin de proporcionarle algun calor, le sacaban, cubierto de algodón, de pieles y de blandas telas, á que tomase el sol, sentado en una gran canasta que tenia la forma de una cuna. Sin embargo, aunque veía próximo el fin de su vida, no llegó á separarse de la arbitrariedad y de la tiranía, que las ejerció con inaudito rigor.

Los pueblos sufrieron el peso del cetro de hierro del tirano, hasta el instante en que la muerte vino á arrancarle del mundo.



Muere Tezozomoc, y recomendada á su hijo la muerte de Nezahualcoyotl. Cuando abrumado por nuevos achaques propios de su avanzada edad, conoció que iba á morir, llamó á su hijo Tayatzin, á quien habia nombrado ya heredero de la corona. Al presentarse el principe, el decrepito rey, dominado siempre por sus instintos de odio y de crueldad, le manifestó que moria con la pena de no haber logrado que se vertiese la sangre de Nezahualcoyotl. «Sin embargo—añadió—esta pena será menor si me prometes que será asesinado cuando ocupe mi trono. Mi deseo es que muera : yo te ordeno como rey y como padre, su muerte.»

Poco despues do haber recomendado ese crimen, espiró acariciando la idea de que Nezahualcoyotl seria asesinado.

Así aquel hombre, que por espacio de setenta y nueve años habia ocupado el trono de Azcapozalco, tiranizando nueve el reino de Acolhuacan, bajó al sepulcro dictando disposiciones sangrientas.

Maxtlaton se apodera del gobierno de Azcapozalco. Desde que el rey Tezozomoc se puso gravemente malo, pensó el ambicioso Maxtlaton, por cuya orden vimos asesinar al niño principe mejicano Acoinahuacatl, sobrino suyo, pensó sentarse en el trono de su padre, aunque pertenecia la corona á su hermano Tayatzin. Maxtlaton superaba en crueldad y perversos instintos á su padre Tezozomoc, y aun éste le habia temido siempre. Tayatzin, por el contrario, era tímido, y sobre todo, no se atrevia á oponerse á nada de lo que resolvia su hermano, cuyo carácter vengativo conocia.

En cuanto murió Tezozomoc, el osado Maxtlaton, ó Maxtla, prevaliéndose del genio apocado de su hermano, se

arrogó las facultades que á ésta le pertenecian, y pasó aviso á los reyes de Méjico y de Tlatelolco, así como á varios señores y grandes, para que asistiesen á las exequias del finado monarca.

Los reyes invitados pasaron inmediatamente á Azcapuzalco, donde estaba la corte, y fueron recibidos por Maxtlaton, que disponia y ordenaba como si estuviese en posesion del trono que ardientemente codiciaba.

El cadáver del difunto soberano se hallaba colocado en una sala del palacio, expuesto á la vista de los nobles y de la grandeza.

Los reyes de Méjico y de Tlatelolco, los régulos y los señores, fueron conducidos á la sala mortuoria, donde se sentaron, por orden de categorías.

No habia sido convidado para las exequias el principe Nezahualcoyotl; pero el jóven se propuso asistir para observar lo que pasaba, y sondear los ánimos, y se presentó en la sala, acompañado de algunas personas notables y de un íntimo confidente en quien tenia puesta toda su confianza.

En la sala en que estaba expuesto el cadáver, se encontraban los tres hijos del finado Tezozomoc, los reyes de Méjico y de Tlatelolco, todos los señores feudatarios y lo mas notable de la nobleza.

Nezahualcoyotl fué saludando uno por uno á todos los concurrentes, y presentándoles ramos de flores, como era costumbre entre ellos. El primero á quien saludó fué á su cuñado Chimalpopoca, rey de Méjico, luego á Tlacataotl, rey de Tlatelolco, y así sucesivamente á los demás señores, segun el orden en que estaban sentados.

Terminada la ceremonia del obsequio de los ramilletes, Nezahualcoyotl tomó asiento al lado de Chimalpopoca. El joven príncipe consagraba un afecto sincero á su pariente monarca; y aunque sentia que hubiese auxiliado al tirano para derrocar á su desventurado padre, privándole á él de la corona, no le guardaba por ello rencor ninguno.

La presencia de Nezahualcoyotl inspiró un pensamiento criminal en Teuctzintli, uno de los hijos del finado. Creyó oportuna aquella ocasion para cumplir con la órden que les dió su padre para asesinar á Nezahualcoyotl, y le propuso, en voz baja, á su hermano Maxtlaton el ponerla por obra. Maxtlaton, aunque no menos perverso que su hermano, era mas sagaz, y le hizo ver que no convenia hacerlo en los momentos en que debian manifestar sentimiento por la muerte de su padre; que derramar la sangre de cualquiera, cuando solo debian derramar llanto por la pérdida que habian sufrido, seria enagenarse el aprecio de todos los grandes que habian asistido á las exequias, y exponerse á adquirir el nombre de inhumanos, cuando, para captarse el aprecio de todos, debian procurar adquirir el de magnánimos. «Tiempo oportuno vendrá—agregó—en que tu deseo, que es tambien el mio, como fué el de nuestro padre, se realice: Nezahualcoyotl vive confiado; pero aun cuando se ocultase en lo mas profundo de la tierra, será infaliblemente asesinado.»

Las observaciones de Maxtlaton y la seguridad con que pronunció que Nezahualcoyotl pereceria, satisficieron á Teuctzintli, y Nezahualcoyotl quedó, por entonces, libre del golpe asesino.

Terminadas las exequias con la mayor pompa y solem-

nidad, el rey de Méjico, el de Tlatelolco y los régulos y señores, volvieron para sus respectivas ciudades.

**Proyecto contra Maxtlaton.** Maxtlaton, resuelto á apoderarse del trono perteneciente á su hermano, empezó á dirigir los asuntos del Estado, á dictar órdenes y á poner en planta todo lo que su voluntad anhelaba, sin tomar parecer, ni consultar para nada con Tayatzin. Este no miraba con gusto el que Maxtlaton se arrogase un mando que á él solo le correspondia; pero no se atrevia á reclamar de su hermano lo que le pertenecia, temiendo su enojo y su venganza. No queriendo sin embargo dejarse arrebatar un trono que le pertenecia, resolvió hacer una visita al rey de Méjico, para consultar con él lo que debia hacer. Chimalpopoca recibió á Tayatzin con sumo respeto y agrado, y escuchó de éste las justas quejas que tenia contra su hermano. Chimalpopoca le aconsejó que hiciese un llamamiento á sus súbditos, como rey legitimo que era, para lanzar del trono al usurpador; pero al oir de Tayatzin que los súbditos no acudirian á su llamamiento por temor de atraerse el enojo de Maxtlaton que ya estaba en posesion del mundo, Chimalpopoca concluyó por darle un consejo que Tayatzin escuchó con la mayor atencion. Le aconsejó Chimalpopoca que no habitase el palacio de su padre, pretextando que se renovaba con su vista el dolor que sentia por la pérdida de su padre; que manifestase deseos de hacer un palacio para su residencia; que cuando estuviese terminado, diese, para estrenarlo, un gran banquete, y convidase á su hermano; que cuando mas entregados á los goces de la mesa estuviesen, penetrasen en la sala algunos hombres, de antemano preparados, se arrojasen sobre

Maxtlaton y le quitasen la vida, libertando así al país de un tirano, y á la humanidad de un monstruo. «Obrad con resolucion—agregó—y para que nada tengais que temer, yo acudiré en vuestro auxilio con mis tropas y mi persona.»

Tayatzin era, como he dicho, de corazón tímido, y acabó de escuchar á Chimalpopoca, sin que en su fisonomía se retratase ningun afecto pronunciado. Toda su contestacion consistió en enviar al rey de Méjico una mirada melancólica, en inclinarse respetuosamente á él, y en salir triste y meditabundo. Tal vez, el consejo de Chimalpopoca le pareció demasiado terrible para ponerlo en obra con un hermano, á quien, á pesar del acto injusto que con él habia cometido, amaba y respetaba.

Un criado de **Aunque la entrevista habia sido únicamente**  
 Tayatzin, revela **to entre los dos soberanos, sin embargo, fue**  
 á Maxtlaton **escuchada por un individuo que se ocultó en**  
 el proyecto. **una de las piezas inmediatas con el objeto de saber lo que**  
**iban á tratar. Aquel individuo era un criado de Tayatzin.**  
 Dueño del secreto, creyó que la delacion podria proporcionarle una recompensa que bastase á su felicidad, y salió aquella misma noche de Méjico, para poner en conocimiento de Maxtlaton el plan que habia descubierto. Maxtlaton sintió exaltarse su corazón con el sentimiento de la ira y con el deseo de la venganza; pero comprendiendo que le convenia disimular, reprendió ágricamente al delator, diciéndole que aquella era una injuria hecha á su hermano, cuyos rectos principios conocia, para ganar una recompensa; le amenazó con castigarle severamente si volvía á inferir semejante injuria al distinguido personaje á quien

calumniaba, y le hizo que volviese al lado de su amo para obedecerle lealmente; no para ofenderle injustamente ni malquistarle.

Salió el delator desairado por el usurpador, y éste quedó meditando, á sus solas, en la manera de ejecutar con su hermano, lo mismo que el criado le habia referido que habian tratado hacer con él. Nada le pareció mas fácil. Convocó á los habitantes de Azcapozalco, y al verles reunidos, les manifestó que no era conveniente que él siguiese viviendo en el palacio de su padre, cuando le correspondia de derecho á su hermano Tayatzin; que anhela, sin embargo, tener en Azcapozalco una casa donde alojarse para cuando algun negocio grave le llamase de sus estados á Coyoahuacan, y que no dudaba que se apresurarian á edificarle un palacio, como muestra inequívoca del amor de sus pueblos.

Manifestar su deseo y empezar la construccion del edificio, todo fué obra de un instante. Centenares de operarios, enviados, como era costumbre, por los señores de los pueblos, dieron principio á la formacion del nuevo palacio, y á los tres dias de estar de vuelta Tayatzin de su entrevista con el rey de Méjico, la obra estaba bastante adelantada.

Tayatzin, admirado de lo que veia, preguntó á su hermano el motivo que habia tenido para mandar hacer aquel edificio. Maxtlaton, fingiendo el mas noble desinterés y el mas profundo amor por su hermano, le manifestó que lo habia mandado hacer porque no era justo que permaneciese por mas tiempo en un sitio que únicamente le pertenecia al heredero legítimo de la corona; que su objeto era tener un edificio digno para residir en él cuando marchase

á la corte, y que en el momento que se terminase la obra, iria á residir en su nueva morada.

Tayatzin, que ignoraba la delacion hecha por su criado, creyó fácilmente á su hermano, y se reprendió á sí mismo interiormente, por haberle creído capaz de la infame accion de usurparle el trono.

Adormecido con esta confianza, veia con placer adelantar todos los dias la construccion del edificio, esperando entrar á regir los destinos de la nacion en el instante en que Maxtlaton pasase á vivir al nuevo palacio.

Poco tiempo tardó en concluirse la obra; y Maxtlaton dispuso un gran banquete en el nuevo edificio, para celebrar su terminacion, al cual convidó á sus hermanos, á Chimalpopoca, rey de Méjico, al soberano de Tlatelolco, á varios régulos y á los mas distinguidos magnates.

Todos admitieron la invitacion y concurrieron al banquete.

Solamente uno de los convidados dejó de asistir, alegando graves ocupaciones de gobierno.

Este uno, era el rey Chimalpopoca.

Sospechó que Maxtlaton tenia noticia de los consejos que habia dado á su hermano, y temió que aquel fuese un lazo tendido para cogerle.

La disculpa de Chimalpopoca pareció á todos los convidados leal y sincera.

Solamente Maxtlaton sospechó el verdadero origen de ella; pero fingió creerla, para no delatar con una indiscreta palabra, su odio al rey de Méjico.

El pretexto, sin embargo, tenia todas las apariencias de un motivo justo.

Los mejicanos acababan de tener una guerra con los chalqueños, sobre los cuales habian alcanzado varias victorias. La mas notable de ellas fué una naval, en que casi todas las canoas quedaron en poder de la armada de Chimalpopoca.

El rey de Méjico que se proponia celebrarlas fastuosamente, se ocupaba precisamente en aquellos momentos, que correspondian al undécimo año de su reinado, en disponer la colocacion de dos grandes piedras que habia hecho llevar algunos meses antes. Una de esas piedras estaba destinada para que sirviese de altar en los sacrificios comunes de los prisioneros: la otra, que era redonda y de mayores dimensiones, para el sacrificio gladiatorio. (1)

Reunidos los convidados, Maxtlaton ordenó que se sirviese la mesa, y todos se sentaron á ella, ocupando cada cual el lugar que se le habia señalado, segun su categoría. La alegría reinaba en aquel banquete, y nadie de los convidados llegó á imaginarse siquiera, que existian penas ni dolores sobre la tierra.

Tayatzin, satisfecho de la conducta de su hermano, le prodigaba los mayores elogios.

Tayatzin,  
asesinado por  
orden de su  
hermano  
Maxtlaton.

Quando el contento habia estallado, por decirlo así, por el influjo del calor de las bebidas fermentadas que usaban, entraron de repente varias personas armadas, y arrojándose sobre el desgraciado Tayatzin, le quitaron la vida. La víctima no tuvo tiempo ni aun para fijar la vista en sus enemigos, pues se apagó para siempre, al primer golpe mortal

(1) Las batallas que los mejicanos tuvieron con los chalqueños, así como el combate naval, se encuentran en la futura cuarta de la coleccion de Mendoza.



que recibió, exhalando un ¡ay! desgarrador, y escuchándose, casi en el mismo instante, el ruido de un cuerpo que cae en tierra.

Los circunstantes quedaron aterrados con aquella escena de sangre; pero Maxtlaton, poniéndose de pié, les explicó, en breves palabras, la causa de aquel hecho. Les dijo que la muerte perpetrada en Tayatzin, no era mas que el justo castigo de la traicion por él dispuesta para asesinarle; que no habia castigado al hermano, cuya muerte sentia, sino al criminal, cuya muerte es la garantía de la sociedad.

Maxtlaton  
proclamado  
rey.

Las palabras de Maxtlaton, pronunciadas con energia y con un tinte de verdad persuasivo, tranquilizó á los concurrentes. Todos miraron como justa la muerte de Tayatzin, y proclamaron allí mismo rey de Azcapozalco y de Acolhuacau, al fratricida Maxtlaton.

Proclamado monarca, Maxtlaton se propuso humillar primero y vengarse despues, del rey Chimalpopoca. Sin embargo disimuló al principio su encono, por no alarmar al hombre que pensaba hacer su víctima. Para conseguir su objeto sin despertar sospecha ninguna en Chimalpopoca, se manifestó deferente hácia él mientras se aseguraba en el trono; pero cuando se juzgó firme y poderoso, dió libre rienda á su encono, y se desató en injurias contra el monarca de Méjico.

Chimalpopoca no ignoraba nada de lo que el usurpador rey de Azcapozalco y de Acolhuacan decia contra él, y temia los resultados de su enojo. Pronto empezó á sentir los primeros efectos de la ira de su poderoso enemigo. Todos

los reyes feudatarios tenían obligación de enviar, cada año, un presente al monarca de quien eran tributarios, para manifestar con él, que reconocían el supremo dominio de aquel á quien obsequiaban. Chimalpopoca envió el suyo que consistía, como siempre, en tres canastas de diversos peces, una cantidad regular de cangrejos y ranas, ricas legumbres y jugosa y magnífica verdura. Maxtlaton recibió el presente con las demostraciones mas grandes de gratitud, y manifestó á los embajadores, que deseaba corresponder al afecto del rey de Méjico, de una manera que patentizase el grado de estimacion en que le tenia.

Los embajadores esperaron el regalo del monarca de Azcapozalco, con que era costumbre corresponder al presente que se le enviaba, contentos de las palabras de deferencia y amistad que habia pronunciado hácia Chimalpopoca. Maxtlaton, entre tanto, habia ido á consultar con sus confidentes para convenir en lo que se debia enviar al monarca mejicano. Resuelto lo que debia ser, mandó que se entregase á los embajadores, para el monarca á quien servian, un *cueill* y un *huopilli*, esto es, unas enaguas y una camisa mujeril, prendas altamente ofensivas con que trató de infamarle, reputándole afeminado y cobarde.

El rey Chimalpopoca sintió despedazado el pecho por la ira, ante aquellos objetos que le humillaban; pero aun no contaba su corta nacion con los elementos necesarios para pretender castigar la grave injuria que acababa de hacersele; se hallaba además escaso de recursos por la guerra que habia tenido con los chalqueses, y disimuló su indignacion y su despecho. No satisfecho Maxtlaton con haber inferi-

Ofensivo regalo  
que hizo al rey  
de Méjico el  
tributo  
Maxtlaton.

do á su contrario aquella herida en el sentimiento de la delicadeza, quiso inferirle otra nueva y mas profunda en el honor. Sabia el tirano que entre las mujeres del rey de Méjico habia una de una belleza extraordinaria y de un atractivo seductor. La pintura que de la hermosura de ella le habian hecho sus cortesanos, inflamó el corazon del impetuoso tirano, quien resolvió sacrificar á su deseo, la honra de la que formaba el encanto del hombre á quien odiaba. Para conseguir el inicuo objeto que se habia propuesto sin que la víctima sospechase la red que se le tendia, hizo que unas damas tepanecas, con motivo de un acontecimiento fausto, convidasen á la hermosa, á pasar en Azcapozalco algunos dias. La invitacion era hecha por personas de quien ni ella ni el rey Chimalpopoca podian recelar nada indigno; y la linda esposa del monarca de Méjico, marchó á Azcapozalco donde cayó en el lazo que se le habia puesto. En vano hizo una resistencia tenaz; en vano se valió de la reprehension y de las lágrimas para librarse del tirano. Nada bastó á cambiar la resolucion de éste; y la engañada jóven volvió á Méjico cubierta de vergüenza y de dolor, y manifestó á su esposo, ruborizada y llena de profunda pena, la iniquidad cometida por el infame Maxtlaton. La relacion de aquel hecho, referido entre sollozos por la desgraciada víctima, desgarró el corazon del desventurado Chimalpopoca, y llenó de indignacion á los cortesanos. El insulto primero hecho á su rey y la villana accion cometida contra su noble consorte, recaian sobre el reino todo, á quien se ofendia en sus altos dignatarios. Pero aquellas nacioncitas que no gozaban de soberanía mas que en el nombre, puesto que

de hecho se veían obligadas por la necesidad, á sufrir las arbitrariedades de las que aun que cortas, eran mas fuertes que ellas, callaban sus resentimientos por temor de mayores males, y vivían soportando en silencio las vejaciones de extraños monarcas de quienes eran feudatarios.

El rey de Méjico, la nobleza y el pueblo, devoraron en silencio los ultrajes inferidos por el tirano Maxtlaton, y nadie pensó en pedir al altanero monarca tepaneca, satisfaccion ninguna por sus graves ofensas. La menor observacion digna y justa que se le hubiese formulado, habria bastado para que destruyese la ciudad, diese la muerte á los hombres mas principales, y redujese á la esclavitud al pueblo. Cada nacioncita era, á la vez, opresora y oprimida; y cada una, así como era inflexible con los menores, era humildemente respetuosa con las mayores.

Conociendo el desventurado rey Chimalpopoca la imposibilidad de tomar venganza del último ultraje hecho á su honor por el soberano tepaneca, resolvió sacrificarse á su dios *Huitzilopochtli*, como lo habían hecho algunos individuos de su nacion, para borrar la mancha que sobre su honra habia arrojado el monstruo que le arrebató la felicidad con el honor de su esposa.

Chimalpopoca comunicó á la nobleza y á sus consejeros el pensamiento que tenia, y lejos de tratar de disuadirle de su intento, le apoyaron la idea, teniendo su resolucion como digna de la grandeza de un rey que se sacrificaba por su dios. Nada juzgaron mas eficaz para lavar la mancha que habia arrojado un pérfido sobre la honra de su rey, que el que éste se sacrificase en aras de la sangrienta divinidad de *Huitzilopochtli*, y varios de ellos se ofrecie-

con á sacrificarse con él, como era costumbre, para tener la hora de acompañar á su rey á la presencia de su dios.

Resuelto el sacrificio y señalado el dia en que debía verificarse, el rey y los nobles que se habian propuesto morir con él, se dispusieron con actos religiosos, para dar la vida por honra y gloria de su divinidad.

El plazo señalado llegó por fin, y el rey Chimalpopoca se presentó para aquella ceremonia, vestido de la manera misma con que representaban á su dios *Huitzilopochtli*. Los demás personajes que, como él, habian de ser sacrificados, se pusieron los trajes mas ricos que tenian. La fiesta religiosa empezó con un baile acompasado, que debia durar todo el tiempo en que se estuviesen sacrificando las victimas. Los nobles habian de preceder á su soberano en el sacrificio, y así se fueron presentando uno á uno, siendo inmolados por los sacrificadores á la funesta deidad.

La noticia de la resolucion tomada por Chimalpopoca habia llegado á oídos del rey Maxtlaton, pocos dias antes de que llegase el señalado para la fiesta religiosa. El monarca de Azcapozalco, viendo que de aquella manera se sustraia su enemigo de nuevos actos de venganza que tenia dispuestos contra él, se propuso evitar que realizase su sacrificio. Para conseguirlo, dispuso que una fuerza considerable de tropas entrase en Méjico de repente, se apoderase de su monarca, y le condujese preso á la ciudad de Azcapozalco. Todo se hizo á medida del deseo del tirano Maxtlaton. Solo faltaban ya dos victimas para sacrificar, á las cuales debia seguir el sacrificio del rey, cuan-

Maxtlaton  
se apuñaló de  
Chimalpopoca,  
rey de  
Méjico, y le  
encerró en una  
jaula.

do las tropas tepanecas, presentándose de improviso, interrumpieron la fiesta, se apoderaron de Chimalpopoca, le condujeron á Azcapozalco y le presentaron al monarca.

Los mejicanos, sorprendidos, no tuvieron tiempo para marchar en auxilio de su rey.

La entrada de los tepanecas en la ciudad de Méjico habia estado dispuesta con gran sigilo, y verificada por un número considerable de fuerzas, fácil le fué al tirano Maxtlaton conseguir su objeto.

Los mejicanos hubieran luchado dentro de la ciudad, y tal vez hubieran vencido á sus contrarios; pero aun eran impotentes para atacar al poderoso rey de Azcapozalco en su corte misma, y tuvieron que sufrir aquel nuevo ultraje, y dejar á su monarca en poder de su vengativo contrario.

Maxtlaton, complaciéndose en los sufrimientos del rey de Méjico, mandó que se le encerrase en una jaula sólida de madera, que era la cárcel usada entre los tepanecas.

Chimalpopoca oprimido, pero no humillado, quedó custodiado por una fuerte guardia, esperando el instante en que su vengativo enemigo ordenase su muerte.

¡De esta manera trataba Maxtlaton al soberano que habia contribuido eficazmente con sus tropas, á colocar á su padre Tezozomoc en el trono de Acolhuacan, de donde arrojó á Ixtlilxochitl, padre del príncipe Nezahualcoyotl!



## CAPÍTULO VII.

Nezahualcoyotl se presenta en Azcapozalco por orden de Maxtlaton.—Chimalpopoca llama al príncipe á la prision en que está y le dice que huya.—Nezahualcoyotl obedece.—Fin trágico del rey Chimalpopoca.—Maxtlaton envia varios capitanes á que asesinen á Nezahualcoyotl.—El príncipe logra huir.—Rasgo de fidelidad de los habitantes de Coatitlan.

La prision del rey Chimalpopoca, llenó de indignacion á los mejicanos: pero se vieron precisados á devorar en silencio su enojo. La nacion se creia débil para representar contra aquel acto con que se habia hollado su territorio, arrebatándole su rey y encerrándole en una prision, y permaneció sin protestar contra aquel injusto hecho, temiendo su aniquilamiento y su ruina.

Contento Maxtlaton de tener en su poder al hombre que odiaba, para hacerle sufrir horriblemente, creyó que solo faltaba para satisfacer todos sus deseos de venganza, apoderarse del príncipe Nezahualcoyotl, cuya muerte tenia decretada hacia mucho tiempo. La realizacion de este deseo lo creyó sumamente fácil, atendida la nobleza de alma y la franqueza del jóven príncipe. Con efecto, el astuto



monarca envió un respetable emisario al noble Nezahualcoyotl, diciéndole que se dignase pasar á la corte de Azcapozalco para tratar de asuntos importantes de Estado, y poder celebrar un convenio digno y decoroso respecto de la corona del reino de Acolhuacan. Nezahualcoyotl comprendió con su clara inteligencia, la intencion que envolvia aquel afectuoso llamamiento; pero incapaz de intimidarse ante ningun peligro, y sostenido sobre todo, por la fuerza de su derecho, se decidió á presentarse ante el usurpador del trono que le pertenecia. Inmediatamente se puso en marcha hácia Azcapozalco, y al pasar por Tlatelolco visitó á *Quiquincatl*, leal y sabio confidente suyo, á quien comunicó el recado que habia recibido de Maxtlaton y su resolucion de presentarse á él. Lejos de aprobar la resolucion del jóven principe, Quiquincatl le aconsejó que desistiese de su intento; le dijo que el proyecto de Maxtlaton era mandarle asesinar, como mandaria lo hiciesen con el rey Chimalpopoca, que gemia preso en una jaula; que su ambicion no conocia límites, y que no seria difícil que aun proyectase la muerte del rey de Tlatelolco, para encontrarse sin rivales que algun dia le pudiesen disputar el poder y el derecho sobre el trono de Acolhuacan.

Nezahualcoyotl  
se presenta en  
Azcapozalco,  
Habiendo  
por Maxtlaton.

Nezahualcoyotl escuchó á su sabio confidente con atencion; convino con él, en que no podia ser otro el objeto del tirano; pero manifestó que estaba resuelto á arrostrar todos

los peligros. No juzgó conveniente Quiquincatl insistir en disuadirle de su intento, y Nezahualcoyotl siguió su marcha hácia Azcapozalco, á donde llegó sin temor, descansando en la tranquilidad de su conciencia. Su primer paso



1. MACTLATON, tirano de Azcapotzalco.—2. NEZAHUALCOYOTL, rey de Acolhuacan.  
3. QUAKUAHUITZAHUAC, primer rey de Tlateloleo.—4. TOTOQUIHUATZIN, primer rey de Tlaxcala.



fué visitar á Chachatón, personaje que le tenia dadas distinguidas muestras de aprecio, y favorito estimado del monarca Maxtlaton. Nezahualcoyotl le dijo que confiaba en su amistad, y que esperaba del influjo que ejercia con el rey, que se le guardarían las consideraciones debidas, sin que nadie atentase contra su vida ni contra su libertad.

Poco despues el favorito de Maxtlaton y el jóven príncipe, se dirigieron á la residencia del rey.

Maxtlaton recibió al jóven Nezahualcoyotl con afabilidad; y éste con la franqueza y sinceridad que le eran peculiares, fué el primero que tomó la palabra: «Sé—le dijo—que el rey de Méjico ha sido reducido á prision por vuestra órden: ignoro si aun vive ó habeis mandado quitarle la vida; y se me ha asegurado por último, que me habeis hecho venir para hacerme perecer. Si esto último es cierto, aquí me teneis; matadme por vuestra propia mano, pues yo no he titubeado en venir á vuestro llamamiento.»

Maxtlaton le miró con sorpresa; y despues de manifestar á su favorito, en alta voz, lo mucho que extrañaba que un jóven que se hallaba en lo mas florido de su vida, se mostrase tan desprendido de ella; agregó dirigiéndose á Nezahualcoyotl: «Cierto es que el rey de Méjico se encuentra aquí preso por el plan dispuesto con mi hermano para asesinarme; pero vivo, y no pienso privarle de la vida. Con respecto á vos, yo os garantizo que en nada se-reis ofendido.»

Dichas estas palabras, mandó á su favorito que dispusiesen un buen alojamiento para el jóven príncipe, en

prueba de la buena amistad que anhelaba se estableciese entre los dos.

Al siguiente dia de haber llegado á la ciudad de Azcapozalco, el rey Chimalpopoca, informado por varios amigos de que se hallaba en la corte Nezahualcoyotl, le envi6 un recado, suplicándole se dignase pasar á verle á su prision. El jóven principe pidió permiso á Maxtlaton para pasar á ver á su desgraciado pariente.

El soberano tepaneca, queriendo manifestarse complaciente, le concedió el permiso, y Nezahualcoyotl se dirigió á la prision.

Chimalpopoca, arrepentido de haber tomado parte en la desgracia del rey Ixtlilxoxitl, envolviendo en ella á su hijo Nezahualcoyotl, anhelaba ver á éste para reparar, en lo posible, su falta.

El generoso principe, bastante noble para no ver en su cuñado su pasada falta, sino sus presentes desventuras, deseaba consolarle.

Nezahualcoyotl  
visita á  
Chimalpopoca  
en la  
prision.

Pocos instantes despues, la puerta de la prision se abria, dando entrada á Nezahualcoyotl. Chimalpopoca, al verle, corrió á abrazarle; y aquellas dos nobles víctimas de la ambicion y del odio de un tirano, quedaron por un momento sin poder pronunciar una palabra; embargados sus corazones por el sentimiento del cariño. Pasado un instante, Chimalpopoca, recobrando su serenidad, y estrechando entre sus manos las del valeroso principe, su cuñado, le refirió la triste y larga série de sus desgracias; le aseguró que el tirano tenia dispuesta la muerte de los dos; que le suplicaba por lo mismo, que se alejase in-

mediatamente de Azcapozalco; que no volviese á la ciudad mientras viviese el perseguidor de ambos; que velase por la felicidad de los mejicanos, y que hiciese por ellos todo lo que un buen padre haria por la dicha de sus hijos queridos. Terminadas estas palabras, Chimalpopoca se quitó del labio un rico pendiente de oro, prenda querida que fué de su hermano Huitzilihuitl, se despojó de otros dos que llevaba en las orejas, y juntos con otras joyas que conservaba en su prision, los entregó á Nezahualcoyotl, diciéndole que los conservase como recuerdo de cariño de un amigo y de un cuñado.

El jóven príncipe recibió aquellas prendas con profunda emocion; y poco despues salia de la prision, humedecidos en lágrimas sus ojos, y dejando á su desdichado pariente esperando de un momento á otro la terrible muerte.

Nezahualcoyotl Fuera de la estrecha cárcel en que se ha-  
 huye de  
 Azcapozalco. llaba el rey de Méjico, Nezahualcoyotl resolvió abandonar inmediatamente la ciudad sin que nadie tuviese noticia de ello. Las palabras de su cuñado Chimalpopoca, la fingida amabilidad del tirano Maxtlaton y la tristeza que creia descubrir en el rostro de Quiquincatl, favorito del rey, le patentizaron que se atentaba contra su vida, y sin presentarse al rey ni despedirse de su ministro, salió clandestinamente de Azcapozalco, se dirigió á toda prisa á Tlatelolco; tomó allí una canoa tripulada por excelentes remeros, y sin detenerse un instante, partió hácia Texcoco, para ponerse lejos de las asechanzas del tirano.

1423. Entre tanto el desventurado rey Chimalpo-

El rey  
 Chimalpopoca  
 se suicida. poca, gemia oprimido en la estrecha jaula en que le tenian encerrado. Allí pasaba los dias

en la desesperacion, sin esperanza de libertad y con la certeza de una muerte cruel, propia del corazon perverso de Maxtlaton. La conviccion de que nada debia aguardar sino ignominia y una muerte tormentosa, le hizo tomar una resolucion desesperada: la de quitarse la vida por sí mismo, sin dejar al tirano el placer de que se la quitase. Abrazada la idea, la puso inmediatamente en ejecucion.

Aprovechando un instante en que el centinela estaba descuidado, subió al cielo de la prision, se quitó la faja que cubria su cintura, la amarró por un extremo á una de las vigas de la jaula; hizo un lazo corredizo en el otro extremo; metió la cabeza en él; se dejó caer de repente de la altura, y quedó ahorcado á los pocos instantes.

Así terminó la vida, en 1423, el tercer rey de Méjico, el desgraciado Chimalpopoca.

En los trece años que reinó, hizo cuanto le fué posible por el adelanto de la agricultura, de las artes y por las mejoras de la ciudad. Tuvo muchos hijos de sus concubinas, y su trágico fin, acaecido un año despues de la muerte de Tezozomoc, padre del tirano Maxtlaton, causó profunda sensacion entre los reyes y señores tributarios de éste.

El príncipe Nezahualcoyotl supo con dolor profundo el fin trágico de su pariente, y permaneció algunos dias en su palacio de Texcoco, sin dejarse ver mas que de algunos íntimos amigos que, como él, anhelaban salvar á los pueblos de la opresion en que les tenia el usurpador. Terminados los dias de duelo, Nezahualcoyotl que sabia que estaba vigilado por los agentes de Maxtlaton para que le diesen cuenta hasta de sus mas insignificantes acciones, se dejó ver de todos, y se entregó á las diversiones que mas

halagaban su carácter, ó que, mas bien, habia adoptado para desorientar á sus espías. Convencido de que para inspirar confianza á sus enemigos, el medio mas acertado era persuadir con actos ajenos á la política, que en nada pensaba menos que en conspirar contra ellos, adoptó el sistema de entregarse en todas las poblaciones que visitaba, á los bailes, á los moderados, pero agradables goces, y á determinados juegos que no podian perjudicar su honra. El resultado del método abrazado, no pudo corresponder de una manera mas lisonjera á sus deseos. Los gobernadores de los pueblos, al verle entregado completamente á los goces que formaban generalmente las delicias de la juventud, informaban favorablemente, asegurando que, por entonces al menos, nada habia que temer ni que sospechar de él. Mientras así, engañados por las apariencias, no se detenia á examinar lo que se ocultaba en el fondo de aquella superficie seductora, Nezahualcoyotl hablaba con los hombres mas distinguidos del partido oprimido, procuraba captarse el amor de los pueblos, y se ocupaba astutamente de preparar el terreno para que se operase un cambio favorable.

Desde la muerte del rey Chimalpopoca, se habia ido á vivir á Texcoco, donde observaba, con el mismo fin, idéntico sistema de vida.

Cuando el tirano Maxtlaton supo que Chimalpopoca habia puesto fin á sus dias, sustrayéndose así al género de muerte que él habia dispuesto darle, estalló en cólera, creyéndose poco vengado de su desgraciada víctima. No sintió menos enojo con la noticia de la desaparicion de Nezahualcoyotl, á quien habia deseado tener en Azcapozalco



para quitarle la vida y poner así fin á los reccelos de poder perder el dominio sobre el reino de Acolhuacan. Varias ocasiones oportunas se le habian presentado á Maxtlaton para llevar á cabo la muerte del jóven y temible principe; pero se habia abstenido de hacerlo, porque los signos consultados por los sacerdotes le habian dicho que no era tiempo todavía de hacerlo.

Maxtlaton  
envia á unos  
capitanes con  
Orleu  
de matar á  
Nezahualcoyotl.

El tirano, en medio de su cólera, sintió no haber despreciado los agüeros, y resuelto á obedecer únicamente los instintos sanguinarios de su corazón, llamó á cuatro capitanes de los de mas confianza para él; les ordenó que saliesen inmediatamente con algunos bravos soldados hácia Texcoco como en cumplimiento de alguna comision comun del servicio, para no asustar la caza que neccitaba hacer, y que, donde quiera que se hallase Nezahualcoyotl, se arrojasen sobre él y le quitasen la vida.

Los encargados de aquella inhumana comision llegaron á Texcoco, y se dirigieron al palacio en que habitaba el principe Nezahualcoyotl. En aquellos momentos se hallaba éste jugando al balon con un individuo de su servidumbre, llamado *Ocelotl*. Avisado por el portero de que cuatro capitanes tepanecas solicitaban hablarle, Nezahualcoyotl sospechó el intento que llevaban, y se propuso huir, pero sin manifestar á nadie su intento.

Ocultando, por lo mismo, su sobresalto interior, mandó á *Ocelotl*, con quien estaba jugando, que les recibiese con afabilidad, les diese algo de comer, y les dijese que en cuanto concluyesen de tomar aquel ligero obsequio y de reposar un poco, saldria su amo á tener el gusto de hablar

con ellos. Los oficiales tepanecas nada vieron en aquello que no fuese natural, y por lo mismo admitieron el convite y se sentaron á la mesa, dejando para despues la ejecucion de la órden dada por Maxtlaton. Terminada la comida, los cuatro capitanes esperaron otro instante mas; pero viendo que el principe no se presentaba como habia mandado decir, penetraron en las piezas con objeto de asesinarle. Los soldados que les acompañan lo registraron todo; pero nadie encontró al hombre que buscaban. Nezahualcoyotl habia salido, mientras comian, por una puerta secreta de que solo él tenia conocimiento, y poco despues se alejaba de la ciudad sin ser visto de nadie, (1) refugiándose, por entonces, en un pueblecito cercano, llamado Coatitlan, cuyos habitantes, tejedores la mayor parte, le eran sumamente adictos y fieles.

Noble rasgo  
de fidelidad de  
los habitantes  
de Coatitlan.

Los capitanes tepanecas, furiosos por el chasco que habian recibido, salieron en su busca por todas partes. Informados por un campesino que encontraron en el camino de Coatitlan, de que se hallaba oculto en el pueblo indicado, penetraron en él con sus soldados, y exigieron de los habitantes, que les entregasen el fugitivo, so pena de la muerte al que le tuviese oculto y no obedeciese la órden.

Los amenazados vecinos comprendieron perfectamente que iban á ses víctimas del furor de aquellos sicarios del tirano; pero pudiendo mas en ellos la lealtad y la fide-

(1) Según Torquemada, Nezahualcoyotl salió de su palacio por un laberinto lleno de vueltas y de secretos que habia hecho, y que solo él y un confidente suyo conocian. Factible es lo dicho por el citado historiador, si se tiene presente el ingenio que distinguió siempre al príncipe perseguido.

dad, que el temor á la muerte, nadie quiso delatar el sitio en que el principe estaba escondido, aunque todos lo sabian. Los tepanecas, irritados al verse desobedecidos, dieron muerte á varios que se obstinaron en negar el punto en que el principe se ocultaba; y entre las nobles victimas sacrificadas que prefirieron dar la vida á cometer una infame delacion, se encontraron dos, cuyos nombres debe conservar la historia como dignos de eterna memoria, Tochmatzin, sobrestante de todos los telares de aquel pueblo fabril, y Matlalintzin, noble señora de distinguida gerarquía. Exasperados los tepanecas de no poder encontrar á Nezahualcoyotl, descargaron su furor sobre todo el pueblo, y sospechando que se hubiese ocultado en alguna cueva ó entre la maleza del campo, salieron en su busca. Nezahualcoyotl, al verles alejarse, abandonó el pueblo, tomando la direccion contraria que sus perseguidores, creyendo que por allí no encontraria enemigos. Pero se equivocó. Los enviados por Maxtlaton, no encontrándole por un lado, se dirigieron hácia el sitio que llevaba. El principe logró verles antes de ser vistos; pero estaban ya muy cerca, y no podian tardar en descubrirle. En medio de aquella angustia, Nezahualcoyotl vió á unos labradores á muy corta distancia de él, y se acercó á ellos. No quedándole mas remedio que aventurarlo todo, les dijo quién era y el peligro que corria. Los labradores, llevados de un generoso sentimiento y queriendo salvarle, le escondieron en unos montones grandes de yerba conocida en Méjico con el nombre de chia, y cuya diminuta semilla se dedica para refrescos.

Los soldados tepanecas pasaron por junto á los monto-

nes de yerba; pero estando muy lejos de pensar que allí se encontraba el hombre que buscaban, se alejaron, volviéndose á Texcoco despechados del mal resultado de su expedicion.

Nezahualcoyotl, libre de sus perseguidores, se puso inmediatamente en camino, y se dirigió á Texcotzinco, que era una casa de campo que sus antepasados habian construido, como punto de solaz, para pasar en ella una temporada del año. El prófugo príncipe quedó gratamente sorprendido al encontrarse en aquel retirado y delicioso sitio con seis perseguidos régulos que habian sido despojados de sus señorios por Maxtlaton, y que andaban errantes, no atreviéndose á permanecer en un sitio fijo, por no caer en poder de los pérfidos agentes del tirano.

Reunidos los siete por circunstancias idénticas, trataron detenidamente de buscar los medios para sacudir el yugo que oprimia á los pueblos chichimecas y acolhuas, y convinieron en solicitar el auxilio de algunos señores conocidamente adictos á sus ideas, empezando por el de Chalco, no obstante haber perseguido en un tiempo, obstinadamente, á Nezahualcoyotl, y de haber contribuido, en parte, á la muerte de su padre el rey Ixtlilxochitl.

Tomada la resolucion de obrar activamente, Nezahualcoyotl salió al siguiente dia, muy de mañana, á ponerse de acuerdo con los adictos á su persona, que tenia en varios pueblos, mientras otros de los señores marchaban á conferenciar con el señor de Chalco, con el objeto de inclinarle en favor del príncipe.

Nezahualcoyotl pasó dos dias en ponerse de acuerdo con los partidarios que tenia en Matlallan y en diversos pue-

blecitos próximos, y llegó á la ciudad de Apan en la noche del segundo dia, hallando en todas partes la mejor disposicion para rebelarse contra el tirano. La fortuna parecia sonreirle. No habia punto donde no encontrase adictos resueltos á lanzarse á la lucha para ayudarle á conquistar el trono de Acolhuacan que le pertenecia. En el mismo Apan, á las pocas horas de hallarse en la poblacion, llegaron unos embajadores cholultecas, ofreciéndole el apoyo de los vasallos de su señor para arrojar del trono al tirano Maxtlaton. La fatal nueva que en aquellos instantes recibió, en que le decian que el usurpador habia dado muerte en el tormento á su leal favorito Huitziluhuitl, queriendo arrancarle un secreto que la victima jamás quiso descubrir, aumentó la indignacion de los embajadores cholultecas contra el infame Maxtlaton, y las simpatias hácia el noble príncipe, blanco de las iras del tirano.

Nezahualcoyotl, prensado de pena el corazon por la infausta nueva recibida, pasó de Apan, á Huexotzingo, donde fué recibido con las pruebas mas sinceras de cariño por el régulo de aquella poblacion, que era pariente suyo. Indignado, como todos, el señor de Huexotzingo de la bárbara conducta y de la insufrible tiranía de Maxtlaton, le ofreció unir sus tropas á las de sus adictos, para ayudarle en la santa empresa de librar al mundo de un mónstruo. No encontró menos adhesion en Tlaxcala, á donde marchó de Huexotzingo. El gobierno de aquella república le ofreció sostenerle en la guerra que emprendiese contra el usurpador de su trono, y admitidos por Nezahualcoyotl los sinceros ofrecimientos de todos, se marcó el sitio en que debian reunirse las fuerzas de Tlaxcala, de Cholula y

de Huoxotzinco. Señalado el día y el punto, el favorecido príncipe marchó á Calpolalpan, ciudad intermedia entre Tlaxcala y Texcoco, acompañado de una comitiva selecta y numerosa que denunciaba, no al solicitante de favores, sino al grande, estimado por los poderosos. Nadie se había negado á servirle: todos le ofrecieron ayudarle en su empresa; y para que nada faltase á la esperanza de un buen éxito, no bien había llegado á Calpolalpan, cuando recibió una satisfactoria respuesta de los chalqueses ó chalqueños, diciéndole que estaban dispuestos á servirle hasta colocarle en el trono de Acolhuacau.

Obcecado el tirano Maxtlaton con sus ideas de opresion y de vengauza, no veía prepararse la negra tormenta que debía descargar sañuda sobre su cabeza. Vano y orgulloso, creía que nadie osaría levantar el estandarte de la rebelion contra él; y queriendo dominar por el terror, desplegaba todo su encono contra el que tuviese la desgracia de inspirarle la menor sospecha. Insaciable en su venganza, ya que ésta no la pudo desplegar con toda la fuerza que él se había propuesto sobre el rey Chimalpopoca, por haber puesto éste último fin á su misera existencia, la dejó caer sobre los mejicanos, agobiándoles con impuestos, humillándoles con sus actos arbitrarios, y oprimiéndoles con su injusticia y tiranía.

---



## CAPÍTULO VIII.

Itzcoatl, cuarto rey de Méjico.—Nemhualcoyotl entra con sus adictos en Texcoco.—El rey de Méjico le ofrece sus tropas para derrocar á Maxtlaton.—Embajada enviada á Nezahualcoyotl.—El embajador mejicano Moteuczoma es capturado por el señor de Chalco.—Digna conducta de los huexotzingas.—Raigo herfido de Cnateotzin.—Crueldad del señor de Chalco.—La plebe pide al rey de Méjico que no declare la guerra al de Azcapozalco.—Los embajadores, sus derechos y sus deberes.—Se declara la guerra entre mejicanos y tepanecas.—Pacto celebrado entre la plebe de Méjico y el rey.

El tirano Maxtlaton gozaba haciendo sufrir á los pueblos.

Itzcoatl  
4.º rey  
de Méjico.      Deseosos los mejicanos de sacudir aquel yugo insoportable impuesto por el soberano tepaneca, resolvieron elegir un rey que estuviese dotado de las cualidades relevantes que exigia la penosa situacion en que se encontraban, para sacar á la nacion del degradante estado en que se hallaba. El momento no podia ser mas oportuno. Sabian la buena disposicion en que estaban los reinccitos próximos, en sostener á Nezahualcoyotl, combatiendo contra Maxtlaton, y creyeron que habia llegado el instante de vengar las afrentas inferidas por el ti-



rano. Congregados los electores, y escuchado un sentido y patriótico discurso lleno de energía, pronunciado por uno de los ancianos mas respetables, se procedió al nombramiento de un rey, y la eleccion recayó sobre el principe Itzcoatl, que significa *celebra de nacajas*, hijo natural de Acamsquitin, primer rey de Méjico y de una esclava, y hermano de los dos reyes precedentes. No podia haber recaido la eleccion en persona mas digna por sus excelentes prendas, por su valor, por su clara inteligencia, por su honradez, por su rectitud y por su prudencia. Pero á

Cualidad indispensable para ser electo rey de Méjico.

pesar de las bellas cualidades expresadas, no hubiera alcanzado la gloria de ser electo rey, sino hubiera reunido á ellas la circunstancia de haberse distinguido en el ejército. La profesion mas noble y honrosa entre los mejicanos, era la de las armas, y su principal númen, el de la guerra, que era venerado como protector de la nacion. Nadie podia ser electo rey, sino se habia distinguido en las batallas por su valor y su pericia. Itzcoatl tenia cuarenta y seis años, habia desempeñado el distinguido cargo de general, por espacio de veinte años, acreditando su valor en las varias guerras con las naciones vecinas, y por lo mismo reunia todas las condiciones necesarias.

Electo rey, se le hizo sentar en el *tlatocauipalli*, ó silla real, y en seguida fué aclamado como soberano de Méjico por toda la nobleza.

Dominado el nuevo monarca Itzcoatl del noble sentimiento de la patria, y resuelto á salvar á su reino de la opresion vergonzosa de un déspota inhumano, dió á un sobrino suyo la comision de que fuese á donde se hallaba el

príncipe Nezahualcoyotl, le hiciese saber su elevacion al trono, y le dijese que estaba dispuesto á ayudarle con sus tropas para derrocar á Maxtlaton y hacerle recobrar la corona. Nezahualcoyotl recibió la embajada con las mas señaladas muestras de aprecio, manifestó su placer por la elevacion al trono de su entendido cuñado Itzcoatl, y aceptó la oferta que se le hacia. Sin embargo, juzgando por entonces conveniente que la ciudad de Méjico no quedase expuesta á un golpe de mano de parte de los tepanecas, dijo que ninguna tropa se le enviase, porque para las primeras operaciones tenia suficiente con las que habia reunidas en Calpolalpan, y que las fuerzas mejicanas se quedasen cuidando su ciudad, como punto importante para la campaña.

El horizonte político iba cubriéndose de negros nubarrones para el tirano Maxtlaton. Habia logrado con sus iras, sus enconos, sus persecuciones y sus injusticias, formar una espesa nube de resentimientos sobre el dosel del trono, y el rayo de la venganza de los oprimidos, iba á caer sobre su cabeza.

Nezahualcoyotl, trabajando con una actividad asombrosa, vió al fin terminados todos los preparativos para la guerra, y juzgando que los golpes imprevistos y prontos son los que dan mejores resultados, se puso al frente de las tropas auxiliares tlaxcaltecas, huexotzingas y chalqueñas, y se dirigió á Texcoco, resuelto á apoderarse de la ciudad y á castigar á sus habitantes por haber hecho armas contra su rey, y favorecido al soberano de Azcapozalco. Al llegar á un punto llamado *Ostopolco*, que se encuentra á la vista de la ciudad, Nezahualcoyotl mandó

hacer alto, dictó las disposiciones convenientes para atacar la ciudad al siguiente día, y dispuso que allí se pasase la noche.

Temerosos los habitantes de Texcoco de un castigo severo de parte del príncipe por haber sido desleales al rey su padro, salieron de la ciudad al rayar el alba para solicitar el perdón y mover á piedad el corazón del ofendido Nezahualcoyotl. Afligidas madres, llevando en sus brazos á sus tiernos hijos; débiles ancianos encorbados bajo el peso de los años, desdichados enfermos, inocentes niños y delicadas jóvenes, marcharon á encontrar en el camino al joven príncipe que avanzaba ya sobre la ciudad. Al verle llegar, todos se postraron en tierra, y le suplicaron que no descargase sobre ellos, que eran inocentes, el castigo que solo merecían algunos culpables. Nezahualcoyotl, conmovido ante aquel cuadro de llanto y de aflicción, les ofreció el perdón, añadiendo que nada debían temer de él; que solo se proponía castigar á los culpables que mandaban la ciudad y á los usurpadores tepanecas. Tranquilos con las benévolas palabras del príncipe, se quedaron en aquel sitio, esperando el resultado del ataque sobre la ciudad.

Nezahualcoyotl destacó, en seguida, fuerzas tlaxcaltecas y huexotzingas sobre Texcoco y Acolman, y fuerzas chalqueñas con orden de que se apoderasen de la ciudad de Coatlichan. Las tres poblaciones cayeron en el mismo día, en poder del ejército de Nezahualcoyotl. La sangre de los defensores del tirano Maxtlaton corrió en abundancia. En Texcoco, según la orden dictada por Nezahualcoyotl á los jefes, se dió muerte á los gobernadores, á los representantes de la autoridad del usurpador, y á to-

dos los tepanecas que se hollaban en la ciudad. En Acolman quedó cubierto de cadáveres todo el trayecto desde las puertas de la ciudad hasta la habitación del caudillo, hermano de Maxtlaton, que pereció en la lucha; y en Cuatlilchan los chalqueños mataron al gobernador, sin que hubiesen sido bastante á salvarle, los dioses del templo principal á donde se habia refugiado.

El usurpador Maxtlaton, al saber que las tres principales ciudades del reino de Acolhuacan habian caido en poder de Nezahualcoyotl, se dispuso á recobrarlas, y preparó un numeroso ejército que marchase á combatir á sus enemigos. Para evitar que el rey de Méjico pudiese enviar tropas en auxilio de Nezahualcoyotl, destacó una respetable parte de tropas que se interpuso inmediatamente entre los dos. Tomada esta providencia, amenazó á Toteotzin, señor de Chalco, con la destruccion de su ciudad, si continuaba auxiliando al príncipe que habia levantado el estandarte de la rebelion, y esta amenaza produjo el resultado que se habia propuesto. Toteotzin, cuyo carácter veleidoso era de todos conocido, pidió perdon al tirano por su pasado error, protestó serle fiel en lo sucesivo, y retiró sus tropas del lado de Nezahualcoyotl.

Esta defeccion fué sensible para el valiente príncipe, y de notorio perjuicio para los mejicanos que volvieron á tener un nuevo y rencoroso enemigo que trataba de vengar las derrotas sufridas en tiempo de Chimalpopoca. Pero no decayó el ánimo de Nezahualcoyotl por aquella defeccion, ni entibió en el rey de Méjico la buena disposicion hácia el príncipe su cuñado. Por el contrario, el afecto del último creció con el desleal proceder de los chalqueses, y

dispuso enviar una embajada al valiente principe, dándole la enhorabuena por sus triunfos, y repitiendo la oferta de su auxilio cuando lo juzgase conveniente.

Altamente difícil era conseguir que el encargado de la embajada pudiese llegar al sitio en que se encontraba Nezahualcoyotl. Todos los caminos que salian de Méjico, estaban cuidados por tropas de Maxtlaton; y tratar de pasar al campo del principe, era exponerse á graves peligros, y aun á la muerte. Sin embargo, la consideracion de los inconvenientes referidos no hicieron desistir al rey Itzcoatl de su propósito, y comunicado su pensamiento á un sobrino suyo llamado Moteuczoma Ilhuicamina, este se ofreció á desempeñar la comision, despreciando los riesgos y la muerte.

Era Moteuczoma hombre de elevada talla, de musculatura atlética, de fuerza hercúlea, de extraordinario valor y de indomable arrojo, que se habia hecho notable por sus heroicas hazañas en las diversas acciones de guerra con los reñecitos vecinos, y sobre todo en la última lucha contra los chalqueses. Su temerario arrojo y su destreza en el manejo del arco y en el disparo de una flecha, le conquistaron el nombre de *Tlacaele*, que significa, *hombre de gran corazon*, y el de *Ilhuicamina* que equivale á *flechador del cielo*. Estas dos cualidades que en él brillaban de una manera marcada, trataron los mejicanos de perpetuarla en los tiempos, y para el efecto, le presentaban en sus pinturas, con un cielo herido por una flecha sobre su cabeza.

Moteuczoma, acompañado de algunos otros individuos, salió de Méjico con las precauciones necesarias para burlar la vigilancia de los tepanecas; pero con la resolucion de

morir luchando contra ellos, en caso de verse atacado. Ningun obstáculo encontró, por fortuna; y atribuyéndolo á favor distinguido de los dioses, se presentó satisfecho á Nezahualcoyotl, desempeñando fielmente la comision que llevaba.

La noticia de que Moteuczoma habia marchado á conferenciar con Nezahualcoyotl, llegó bien pronto á saberla Toteitzin, señor de Chalco. El veleidoso magnate que so acababa de separar de la coalicion por la amenaza de Maxtlaton, creyó llegado el momento oportuno de manifestar al último su arrepentimiento y lealtad, apoderándose del enviado mejicano.

La idea lisonjeó sus interesadas miras, y anhelando realizarla, hizo salir inmediatamente una fuerza, con orden de emboscarse en el camino que debia llevar Moteuczoma á su regreso á Méjico, y apoderándose de él, conducirle á Chalco en union de todos los que le acompañaban.

Moteuczoma, ignorando el lazo que el señor de Chalco le habia tendido, se puso en camino despues de evacuada su comision, y marchaba lleno de confianza y de regocijo. De repente, al pasar por junto á un bosque, se vió acometido por todas partes por los chalqueños emboscados, y antes do que tuviese tiempo do cchar mano á sus armas, se vió sujetado y reducido á prision con los que le acompañaban. Conducido á Chalco, Toteitzin mandó encerrarle en una prision.

Pocos dias despues, queriendo granjearse el aprecio de los huexotzingos, á quienes juzgaba enemigos de los mejicanos, les envió los prisioneros, como un obsequio para sus dioses. Al enviarles aquel presente, les decia que les

sacrificasen, si lo juzgaban conveniente, en Huexotzingo, asistiendo al acto los chalqueños; pero si juzgaban mas acertado que el sacrificio se verificase en Chalco, se dignasen los huexotzingos pasar á presenciario á esta última ciudad.

Cuando el variable Toteitzin esperaba recibir los plácemes y las gracias de los huexotzingos, vió entrar á los prisioneros que les habia enviado, custodiados por la misma fuerza que les sacó de Chalco.

Noble rango de los huexotzingos. La accion de Toteitzin, lejos de merecer la aprobacion de los huexotzingos, alcanzó su desprecio. La contestacion que dieron á los enviados que les presentaron los prisioneros, fué manifestar que no podian ni debian recibirlos.

«Decid al señor de Cholco—añadieron—que no es motivo para privarle á nadie de la vida, el ser fiel mensajero de su rey; que le devolvemos sus prisioneros; y que la nobleza huexotzinca no se presta á la infamia ni á las bastardas acciones que deshonran.»

Desairado Toteitzin por los huexotzingos, puso en conocimiento de Maxtlaton la captura de Moteuczoma y de los demás individuos, diciéndole que determinase la clase de muerte que debia dárselos, y encargó el cuidado de los prisioneros á Cuateotzin.

Generosidad de Cuateotzin. Dotado éste de un corazon recto y compasivo, no podia ver con ojos serenos el trágico fin que esperaba á Moteuczoma y sus compañeros sin nio delito que el de la lentad á su soberano. Interesado al fin vivamente por la existencia del primero, lo dijo que iba á proporcionarle la fuga.

Moteuczoma quedó asombrado de la generosa oferta de su carcelero; y al manifestarle su agradecimiento, le dijo que viese que se exponía á sufrir un terrible castigo de su señor Toteitzin. El compasivo custodio contestó que había meditado ya en las consecuencias funestas que podrian sobrevenirle; pero que no podía resistir al deseo de obrar bien. «Sé—añadió—que caerá sobre mí el odio de Toteitzin; que me quitará la vida acaso; pero no me podrá quitar el placer de haber obrado bien: solo os ruego, si mecore, que en recompensa de mis servicios, protejais á los tiernos hijos que tengo.»

Moteuczoma le prometió obsequiar su deseo si por desgracia acontecia el fin funesto que temia.

Cuateotzin, al abrir la puerta de la prision de los encomendados á su custodia, aconsejó á Moteuczoma que en vez de dirigirse á Méjico por tierra, marchase por Izlapallocan á Chimalhuacan, y de aquí se dirigiese en una canoa ligera, conducida por buenos raueros, á Méjico.

Moteuczoma siguió fielmente el consejo, y pocas horas despues llegaba á la presencia de su monarca, en medio de las aclamaciones del pueblo que le habia creído ya sacrificado.

Mientras Moteuczoma y sus compañeros recibian los sinceros plácemes de la multitud por la libertad alcanzada, el hombre generoso á quien eran deudores de ella, pagaba con la vida la nobleza de sus sentimientos. Irritado Toteitzin contra él por la fuga de los prisioneros, mandó darle la muerte y descuartizarle, haciendo que sufriesen igual terrible castigo sus hijos y su esposa. Solamente un hijo y una hija se

Toteitzin,  
señor de Chalco,  
manda matar  
á Cuateotzin y  
á toda  
su familia.



puieron salvar de esa espantosa hecatombe, ocultándose el primero en casa de unos parientes, y refugiándose la segunda en Méjico, donde fué tratada con las altas consideraciones á que era acreedora por el heroico servicio prestado por su noble padre.

El señor de Chalco que esperaba recibir del rey de Azcapozalco los plácemes por la prision de Moteuczoma, se vió aun contrariado en su lisonjera esperanza. El tirano Maxtlaton, conservando su enojo por su pasada alianza con Nezahualcoyotl, le reprendió ágricamente por haber procedido á la captura de la embajada mejicana; le llamó hombre traidor y doble, y le ordenó que, sin pérdida de tiempo, dispusiese la libertad de sus inocentes prisioneros. Totcitzin sintió profunda pena al ver reprobada su conducta; y temiendo el enojo de Maxtlaton, le pidió humildemente su perdon, protestando servirle lealmente en lo sucesivo. Asi apareció con doble fealdad el horrendo crimen de haber quitado la vida al generoso Cuateotzin y á su inofensiva familia.

La orden del tirano Maxtlaton en favor de los desgraciados prisioneros, no fué sin embargo dictada en obsequio de un sentimiento noble y generoso del corazon, ni por que se hubiese operado en su alma un cambio favorable hácia los mejicanos. Jamás se habia encerrado mas odio en su pecho contra los habitantes de Méjico, ni habian bullido en su mente mas ideas de venganza contra ellos que en aquel instante. Era que con aquella orden se habia propuesto humillar la vanidad del señor de Chalco, y que viese envuelta en la reprobacion del hecho de que se envanecia, el desprecio que le merecia por su pasada conducta.

Lojos de haber sido inspirada por un sentimiento generoso luácia los mejicanos la disposicion para quo pusiesen en libertad á los ombajadores, Maxtlaton se propuso abrir la campaña contra Nezahualcoyotl, atacando la ciudad de Méjico, y una vez tomada y destruida, marchar al encuentro del enemigo principe, y recobrar, derrotándole, todas las plazas que le obedecian.

Nezahualcoyotl que comprendió el plan que se proponia desarrollar el usurpador, pasó á Méjico para concertar con el rey Itzcoatl, el que ellos debian adoptar. Despues de una larga deliberacion en que tomaron parte los hombres mas notables en las armas, convinieron en que las tropas texcocanas pasasen á Méjico, y que, unidas á las mejicanas, defendiesen la ciudad, como punto importante y de la mas alta trascendencia en la decisiva campaña, próxima á empezarse.

En medio de las penurias y escaseces que habian trabajado desde un principio á la reducida nacion mejicana, sus sufridos hijos, con una constancia inquebrantable, siguieron edificando casas, levantando puentes, construyendo canoas, aumentando el número de flotantes huertos, haciéndose notables ya en aquellos instantes, entre sus muchas y notables obras, las anchas calzadas construidas sobre el lago, para facilitar su comercio y sus comunicaciones con el continente.

La plebe pide al rey de Méjico que evite la guerra con el de Azcapozalco. La plebe, al tener noticia de la próxima ruptura de las hostilidades contra los tepanecas que se disponian á tomar por asalto la ciudad, quedó consternada, temiendo ver desaparecer en un dia, lo que les habia costado largos años de fatigas y de privaciones.

Y no era sin motivo el terror que entonces inspiraba á la plebe de las naciones cortas, la guerra con otra comparativamente poderosa. Para los vencedores que entraban en una ciudad, no habia ni ancianos, ni niños, ni mujeres, ni enfermos: todos eran tratados de la misma suerte. Las ciudades eran destruidas, y perseguidos los habitantes, hasta en las cuevas de las montañas en que buscaban su salvacion.

La plebe que no podia aspirar á ningun puesto honroso; que trabajaba para los reyes, la nobleza y los magnates; que no mejoraba de condicion en los triunfos, y que era la victima en las derrotas, no podia, por mucho que sintiese ver á su nacion feudataria de otra, tomar un interés palpitante en la política.

Los reyes, los señores, la nobleza y el clero, eran los poseedores de la riqueza pública, de los honores, de las consideraciones y del mando. No debe extrañarse, en consecuencia, que los pensamientos levantados, los rasgos heroicos y el heroismo por la patria, no se encontrasen en la plebe, sino en las clases privilegiadas.

La plebe, considerando que de la lucha con los poderosos tepanecas, no podria resultarle mas que la esclavitud ó el sacrificio, se agolpó á las puertas del palacio, y pidió al rey, con súplicas conmovedoras, que desistiese de su intento; que ofreciese al monarca de Azcapozalco separarse de la liga de los que le combatian; y que se llevase á la presencia de Maxtlaton al dios *Quetzilopochtli*, en hombros de los sacerdotes, para alcanzar su gracia y su perdón.

Los gritos de la multitud y las súplicas mezcladas con

algunas voces amenazadoras, hicieron titubear al monarca Itzcoatl, sobre la respuesta que debía dar al gentío que continuaba en su demanda. Moteuczoma que se hallaba al lado del rey y presenciaba aquella escena, sintiéndose indignado al ver la pusilanimidad de la plebe, tomó la palabra, y dominado por el noble sentimiento del amor á la patria y por el lustre de su buen nombre, dijo con acento de autoridad al pueblo, que era indigno de corazones mejicanos el paso de bojeza que se le proponía al rey; que nunca debían borrar los hijos de Méjico, que eran descendientes de aquellos héroes que inquebrantables en su fe y en sus resoluciones, habían fundado la ciudad que habitaban; de aquellos hombres que la habían conservado luchando constantes por la independencia y por la libertad. «Entre una muerte honrosa y una vida de ignominia—agregó—nunca, ningun mejicano ha dudado optar por la primera. Si no queréis renunciar al nombre honroso de mejicanos, si queréis ser dignos de la gloria heredada de vuestros abuelos, deponed el temor y poneos del lado de vuestro rey para rechazar á la nacion que trata de arrojar un borron de ignominia sobre la nuestra.»

Las palabras de Moteuczoma, pronunciadas con acento varonil y enérgico, entusiasmaron á la multitud.

1425.

El rey  
de Méjico envía  
un embajador  
á Maxtaton  
proponiéndolo  
la paz.

El rey Itzcoatl, aprovechando aquellos momentos de entusiasmo, habló á sus vasallos diciéndoles; que no se trataba de provocar una guerra, sino de celebrar una paz honrosa; que antes de romper las hostilidades, se enviaria un embajador proponiendo un arreglo digno para las dos naciones; y que, puesto que la guerra no producía

en las sociedades sino ruina y desgracias, solo se recurriría á ella cuando no quedase otro medio de salvar su honra. En seguida invitó con la comision de embajador al que se encontrase con deseo, valor y disposicion para desempeñarla. El desempeño de la comision era peligroso. Todos temian presentarse ante el cruel y vengativo Maxtlaton. Los nobles se miraron sin atreverse á tomarla á su cargo, y todos permanecieron por un instante en silencio. Entonces el valiente Moteuczoma, dispuesto siempre á sacrificarse por la patria, se ofreció á desempeñar la comision, diciendo que perderia gustoso la vida en servicio de su país y de su rey. El monarca le abrazó enternecido, y poco despues Moteuczoma salia de Méjico para Azcapozalco. No habria llegado á la mitad del camino, cuando se encontró con una fuerza tepaneca. El intrépido jóven manifestó la comision que llevaba, y pidió que le dejaran pasar á conferenciar con el monarca. Los tepanecas le dejaron libre el paso, y Moteuczoma llegó al fin á la presencia del soberano tepaneca.

Despues de saludarle respetuosamente, el embajador mejicano le pidió una paz que fuese digna y decorosa para los dos pueblos. Maxtlaton le dijo que para resolver aquel delicado asunto dignamente, necesitaba consultar con los consejeros y la nobleza; y que no siendo posible reunirles á todos en aquel instante, volviese al siguiente dia, á saber lo acordado.

1425.

Declaracion de guerra entre mejicanos y tepanecas.

Moteuczoma prometió volver, y haciendo otro saludo, se dirigió á Méjico, que solo dista legua y media de Azcapozalco. Al nacer el nuevo sol, el embajador mejicano volvió á

presentarse en la corte del usurpador. Maxtlaton le recibió con airo imponente, y le dijo que la resolución del consejo, así como la suya, era la guerra. Moteuczoma, para manifestar que la aceptaba, hizo las ceremonias que en su nación se usaban entre los magnates que se retaban. Las ceremonias fueron presentarle unas armas ofensivas, le untó la cabeza con un aceite aromático, colocándole en seguida en ella unas plumas, como tenían costumbre de colocarlas en la cabeza de los muertos. Este último acto de la ceremonia fué acompañado con las siguientes palabras dichas por el embajador. «Por haber rehusado la paz que en nombre de mi soberano os he ofrecido, vais á perecer al golpe de nuestras armas, lo mismo que el reino que mandais.»

Maxtlaton escuchó impasible aquellas palabras, y á su vez le dió armas á Moteuczoma para que las presentase á su rey Itzcoatl. Rotas así las relaciones, Maxtlaton, temiendo que el pueblo intentase algo contra el embajador mejicano, le dijo que saliese por una puerta secreta del palacio, valiéndose de un disfraz que le proporcionó. Moteuczoma consiguió de aquella manera ponerse fuera de la población; pero dejándose llevar de su carácter atrevido, no quiso ulejarse de allí sin hacer ver á los soldados que cuidaban la puerta de la ciudad, que habia logrado burlar los perversos intentos que habian acariciado de matarle. «Aquí me teneis, cobardes,—les dijo,—dueño aun de la vida que os habiais propuesto quitarme: temblad; que pronto nuestras armas tomarán venganza de las graves ofensas que vuestra nación ha inferido constantemente á los mejicanos.» Los soldados tepanecas, irritados por aque-

lla provocacion, salieron con intencion de apoderarse de él; pero Moteuczoma, despues de haber matado á dos de los que le acometieron, se retiró tranquilamente hácia Méjico.

Los que están acostumbrados á ver el respeto y justas consideraciones que mutuamente guardan las naciones á los representantes de ellas, se formarán un concepto muy desfavorable sin duda, de los soberanos y de los embajadores de las diversas nacioncitas que habitaban el Anáhuac, al ver que no podia garantizar el soberano de Azcapozalco la vida de un embajador, y que éste admitió un disfraz para poder huir, poniéndose luego que se vió fuera de la ciudad, á dar voces desde el camino, insultando á los soldados. Pero se engañaria el lector si, por el hecho anterior, juzgase que así eran tratados todos los embajadores. Aquel fué un caso excepcional. Maxtlaton era un rey sanguinario, sin respeto á nada ni á nadie, que detestaba á los mejicanos y que, acaso, se hubiera complacido en que sus soldados hubiesen matado á Moteuczoma. Pero ya que estaba obligado á respetar, en cierta manera, el derecho de gentes, en la infancia aun entre aquellos pueblos, quiso que Moteuczoma llevase la idea de que reinaba entre los tepanecas tanto entusiasmo como odio hácia los mejicanos, que solo fué posible salvarle del segundo, dándole un disfraz y haciéndole salir ocultamente. Respecto de Moteuczoma, cuyo carácter y tamerario arrojo eran proverbiales, no es de extrañarse que, indignado contra los tepanecas por la manera poco decorosa con que habia sido tratado, desfogase su cólera dirigiéndoles palabras amenazadoras. Pero aunque en la infancia, repito, entre aquellas naciones, el

derecho de gentes, no por esto dejaban de guardar á los embajadores las consideraciones debidas.

Embajadores; Para las embajadas se elegian siempre los  
 su traje hombres mas notables por su nacimiento, no-  
 ceremonial bleza, virtudes y elocuencia, y se componian  
 con que orn aquellas comisiones, desde tres hasta cinco in-  
 recibidos. dividuos. Llevaban, á fin de que se conociese el carácter de  
 que se les habia investido y hacerlo respetar, un traje verde,  
 semejante en su forma, á un escapulario con largos flecos  
 de algodón, y un sombrero adornado con vistosas plumas  
 de brillante matiz y flecos de variados colores: llevaban,  
 en la mano derecha, una flecha con la punta hácia arriba,  
 y en la izquierda una lujosa rodela: pendiente del brazo  
 izquierdo llevaban una red con las provisiones necesarias  
 para el camino. En su marcha, por donde quiera que  
 pasasen, eran recibidos con altas muestras de respeto,  
 y se veian tratados con las consideraciones á que eran  
 acreedores por su elevado carácter. Esto, siempre que  
 no se apartasen del camino principal á donde llevaban  
 la embajada, pues se hacian indignos de toda deferencia y  
 de toda consideracion, si se apartaban de la senda que de-  
 bían seguir. En cuanto llegaban á las puertas de la pobla-  
 cion á donde llevaban la embajada, se detenian antes de  
 entrar, hasta que la nobleza salia de la ciudad para reci-  
 birles; y, acompañados de ella, marchaban en seguida á la  
 casa pública, en donde se les alojaba y se les trataba con  
 todas las atenciones debidas á su carácter. Los nobles, con  
 notable respeto, les incensaban y les presentaban ramos de  
 exquisitas flores. Luego que los embajadores habian des-  
 cansado un rato, la nobleza les conducia al palacio del



rey, régulo ó señor, y eran introducidos en la sala de audiencia. En esta les aguardaban ya el soberano y los grandes que formaban su consejo, todos sentados. Los embajadores, al presentarse, hacian una profunda reverencia, y on seguida se sentaban en el suelo, en medio del salon, donde sin alzar los ojos ni pronunciar una sola palabra, permanecian quietos, esperando que les indicasen que podian exponer el asunto que llevaban. Cuando esta indicacion se les hacia, se ponía en pié el que hacia cabeza en la embajada, volvia hacer otra profunda reverencia, y en seguida exponia, con voz medida y reposada, el objeto de la mision que llevaban, valiéndose de las frases mas elocuentes y escogidas. El rey y sus consejeros escuchaban aquel discurso con suma atencion, con la cabeza inclinada hasta las rodillas, y sin quitar la vista del suelo. Terminado el discurso, los embajadores volvian á su alojamiento, acompañados de la nobleza, para esperar la resolucion del monarca ó señor á quien habian llevado la embajada.

El rey, sin perder momento, entraba en consulta con los consejeros sobre la respuesta que convenia dar, y en seguida de haberse resuelto la contestacion, se les hacia saber á los embajadores por medio de los ministros; se les proveia de víveres para el camino, se les hacian algunos regalos, y salian á acompañarles hasta las puertas de la ciudad, los mismos nobles que les habian recibido en ellas. Cuando el supremo magnate á quien iba dirigida la embajada, era amigo de los mejicanos, no se podia excusar ninguno de los enviados, de recibir los regalos, pues esto era considerado como un ofensivo desaire, como una señolada

afrenta; pero cuando era enemigo, ningun embajador mejicano los podia recibir, si para ello no alcanzaba el consentimiento de su monarca. Estas coremouias no eran las que se observaban en todas las embajadas, ni estas se enviaban únicamente al jefe de la nacion ó del Estado, pues algunas veces iban enviadas al cuerpo de la nobleza ó á la plebe.

Por la descripcion anterior respecto á las consideraciones que se guardaban entre las naciones del Anáhuac á los embajadores, habrá visto el lector que lo acontecido con el embajador Moteuczoma y el rey de Azcapozulco, fué un caso excepcional.

Convencio  
entre el rey  
de Méjico y la  
plebe.

En cuanto se divulgó la noticia de haberse declarado la guerra, la plebe de Méjico volvió, llena de espanto, porque juzgaba indefectible su ruina, á presentarse ante el palacio del rey con grandes clamores de afliccion. Itzcoatl se presentó á ella para saber lo que anhelaba, y un clamor general se escuchó pidiendo que se les permitiese salir de la ciudad para no ser víctimas del furor de los tepanecas. El monarca trató de alentar á la multitud, asegurándola el triunfo, animándola para que se quedase, y, unida á la nobleza y al ejército que estaban resueltos á luchar, participase de la gloria de haber humillado el orgullo tepaneca.—«¿Y si somos vencidos?» Replicó la multitud.—«Entonces,—contestó el rey,—yo me ofrezco desde ahora á vosotros, para que me sacrificéis á los dioses y os liberten de las desgracias que temeis.»

Aquella promesa tranquilizó á la plebe, que juzgaba eficaz presentar en holocausto á su rey, para conjurar los

males que, en el caso adverso que temia, pudieran amenazarla.

Aceptó la multitud la proposicion del monarca, y á su vez ofreció, por su parte, si se alcanzaba la victoria, ser siempre, así ella como sus descendientes, tributaria del soberano, labrar sus tierras y las de los nobles, edificar sus casas, y llevar, cuando saliese á campaña, sus armas y sus equipajes.

Izcoatl admitió la proposicion ; y la multitud se retiró, dispuesta á permanecer en la ciudad y á luchar contra los tepanecas.

---

## CAPITULO IX.

Los tepanecas se dirigen á Méjico con objeto de apoderarse de la ciudad.—El rey Itzcoatl pide auxilio á Nezahualcoyotl y lo recibe.—Batallas entre mejicanos y tepanecas.—El general tepaneca muere á manos de Moteuczoma.—Triunfo de los mejicanos.—Muerte del tirano Maxtlaton.—Incendio y destruyen la ciudad de Azcapozulco.—Nezahualcoyotl reduce varias ciudades á su obediencia y se reúne con el rey de Méjico.—Fundacion de la monarquía de Tacuba.—Alianza ofensiva y defensiva entre los reyes de Méjico, Acolhuacan y Tacuba.—Acertada política del primero.—Coronacion de Nezahualcoyotl.

Los habitantes de la ciudad de Méjico, se dispusieron al combate.

De aquella lucha dependia su futuro bien ó su desgracia.

Los tepanecas, por su parte, preparaban un numeroso ejército para invadir la ciudad y dominarla.

El rey Itzcoatl, á la vez que alentaba á su gente para la defensa, puso en conocimiento del príncipe Nezahualcoyotl la ruptura de la paz con el monarca de Azcapozulco, y le suplicó que le enviase inmediatamente á Méjico parte de su ejército para combatir, unidos, al tirano.

Nezahualcoyotl se apresuró á complacer á su aliado, y

pocos dias despues llegó un general suyo á la ciudad, al frente de mas de cien mil acolhuas, ostentando los plumajes mas variados y vistosos, y provistos de excelentes rodelas, flechas, hondas y espadas.

El rey Itzcoatl y sus generales se entregaron con actividad á poner la ciudad de Méjico en un estado de defensa inespugnable.

Sobre las anchas y admirables calzadas que los mejicanos habian construido sobre la laguna, logrando mantener por medio de ellas fácil y cómoda comunicacion con el continente, situaron escogidas fuerzas, en combinacion con otras que debian cruzar en canoas por las calles, y con las situadas en los principales templos.

Aquellas calzadas, que mas tarde llamaron la atencion de Hernan Cortés y de sus compañeros, fueron elegidas por Nezahualcoyotl y el monarca mejicano, como punto estratégico y principal de sus operaciones.

Al siguiente dia de haber llegado el principe Nezahualcoyotl á Méjico, se dejaron ver enfrente á la ciudad, ocupando un campo vastisimo, las numerosas legiones tepanecas.

Nunca con mayor lujo se habian presentado sobre el terreno del combate los ejércitos del orgulloso Mexlaton. Envanecidos de su poder, quisieron ostentarse entonces con todo el brillo y aparato usado entre aquellas naciones. Altos penachos de vistosas plumas llevaban arrogantes en sus erguidas cabezas, con el fin de hacer mas alta su estatura y dar al individuo un aspecto guerrero. Grandes escudos de formas caprichosas, figurando cabezas de leones, de tigres y de serpientes, sostenian en el brazo izquierdo,

para cubrirse de los golpes de sus contrarios, mientras en la mano derecha empuñaban la temible macana ó sostenian las veloces flechas que sacaban de su carcaj.

A la cabeza de este ejército que caminaba con la seguridad del triunfo, marchaba el general *Mazatl*, famoso guerrero en quien el tirano *Maxtlaton* tenia toda su confianza y la certeza de un éxito favorable. El monarca tepaneca, juzgando innecesaria su presencia en la campaña contra los mejicanos, se quedó en Azcapozalco, disponiendo todo lo necesario para marchar despues á recobrar la ciudad de Texcoco, y castigar á los pueblos que se habian declarado en favor de Nezahualcoyotl.

El ejército mejicano, dirigido por el valiente *Motcuczoma* á quien el rey habia conferido el mando de las tropas, se situó convenientemente, observando todos los movimientos del enemigo que seguia avanzando para asaltar la ciudad. El monarca de Méjico, queriendo participar de los peligros de sus soldados, se colocó al lado de su general, animando con su voz y su presencia á sus guerreros.

Pronto el ejército tepaneca, que afanoso de venir á las manos, avauzaba sobre sus contrarios, llegó junto á las calzadas de la ciudad. El rey *Itzcoatl* dirigió entonces algunas palabras llenas de bélico ardor á los mejicanos, y en seguida dió la señal de ataque, tocando un tamborcito que llevaba al hombro.

Batallas entre mejicanos y tepanecas. Ambos ejércitos se acometieron entonces con furia espantosa, y la lucha se hizo tenaz y sangrienta por todas partes. El combate se prolongó todo el dia, ganando unos y otros el terreno que poco despues volvian á perder. Sin embargo, las probabilidades del

triunfo se presentaban del lado de los tepanecas que iban recibiendo continuos refuerzos de refresco, mientras las tropas mejicanas, no contando con ese recurso, se encontraban fatigadas y rendidas de cansancio.

Los tepanecas, alentados con los refuerzos que recibían, atacaban la ciudad por todas partes, y habían logrado apoderarse de algunos puntos.

A la vista de las ventajas adquiridas por los tepanecas y de las considerables fuerzas que de continuo recibían, desmayó la plebe, se insubordinó contra sus jefes y prorumpió en gritos contra su soberano, cuya ambición, decía, iba á ser causa de la ruina de todos.

El monarca Itzcoatl oyó aquellas voces de la multitud, con hondo pesar y sobresalto, temiendo que ellas hiciesen flaquear el espíritu de las tropas, y consultó con Motenczoma lo que sería conveniente hacer para alentarlas. «Conducirlas al peligro, y luchar hasta morir:» contestó el valiente general. «Pues conduzcámoslas—dijo el soberano—y muramos como valientes.»

Pero el ardor del general y del monarca no era suficiente á sofocar las voces de la plebe insubordinada, que continuaba clamando contra los que habían provocado aquella guerra. Varios individuos de los que capitaneaban á la multitud, se atrevieron á dirigir amenazas al rey, y no faltaron algunos que, tratando de atraerse la piedad de los tepanecas, les gritaban que, si les ofrecían el perdón, darían allí mismo la muerte á los jefes. (1)

(1) El apreciable historiador mejicano Clavijero, pone las siguientes quejas en boca de la numerosa plebe. «¿Qué hacemos? ¿Será bueno el sacrificar nuestra vida á la ambición de nuestro rey y de nuestro general? ¿Cuánto más salu-

Heróico valor  
del rey, de  
Moteuczoma  
y de la  
nobleza.

La indignacion que produjo aquella infame proposicion en el rey, en la nobleza, en el general y en todos los jefes, fué indescriptible, y aun hubieran castigado severamente á los que la vociferaban, si la precision de atender á la lucha no les hubiera impedido detenerse allí. «Quien amo la honra de su patria, quien no reniegue del glorioso nombre de mejicano que lleva, que nos siga.» Dijeron á la vez el rey y el general Moteuczoma. Aquellas bélicas palabras fueron repetidas por los nobles y por los guerreros; y reanimados los soldados y la plebe con el ejemplo de sus jefes, se lanzaron con impetu irresistible sobre las tropas tepanecas, logrando arrojarles de un foso de que se habian apoderado. La lucha se hizo entonces mas sangrienta. Moteuczoma, animando con la voz y con el ejemplo, acometia y desbarataba cuanto se oponia á su paso. En los momentos mas críticos de la batalla, cuando la balanza de la fortuna debia inclinarse al lado en que la menor ventaja se presentase, llegaron á encontrarse los dos generales contrarios. Al verse, ambos se dirigieron á la vez uno al otro, con las armas levantadas, emprendiendo una lucha personal. Moteuczoma, con su pujanza hercúlea y su brazo poderoso, detuvo el golpe que le dirigió Mazatl, y descargó sobre éste uno furibundo que le hizo rodar por el suelo, privándole de la vida. La muerte del general Mazatl, aterró

Moteuczoma  
combate  
personalmente  
con Mazatl  
y mata á éste.

dable no será el rendirnos, confesando humildemente nuestra temeridad, para obtener el perdón y la gracia de la vida? Luego llamando á sus enemigos les decian: «¡Oh fuertes tepanecas, señores del continente, refrenad vuestra cólera, pues ya nos rendimos. Si os agrada, aquí á vuestra vista mataremos á nuestros



á los tepanecas, que empezaron á ceder terreno á sus contrarios. Los mejicanos, mirando ya seguro el triunfo, redoblaron sus esfuerzos; pero la noche vino á impedir la continuacion del combate, y ambos ejércitos se retiraron á sus respectivos puntos, para renovar al siguiente dia la sangrienta batalla.

**1425.** El orgulloso Maxtlaton al ver desalentadas á sus tropas con la muerte de su mejor general, les arengó excitándoles á la venganza; y al alumbrar la luz del nuevo sol, avanzó su ejército sobre los mejicanos, quienes alentados por las ventajas obtenidas el dia anterior, salieron de la ciudad para encontrar á los tepanecas. El combate se renovó con el mismo furor que la víspera, y la victoria se mantuvo indecisa hasta el medio dia en que, deshechos los tepanecas en todas partes, emprendieron la retirada. Los mejicanos siguieron el alcance de sus enemigos haciendo en ollos una horrible carnicería. Aterrados los tepanecas, y dejando sembrado el camino de su retirada con millares de cadáveres, entraron desaladamente en Azcapozalco, seguidos siempre de sus temibles contrarios que penetraron en sus mismas casas llevando el estermínio y la muerte. Los tepanecas, para salvarse de la tenaz persecucion de los vencedores, huyeron á los montes; y el orgulloso Maxtlaton se escondió en un *temazcalli*, baño sudorifero, donde fué encontrado y muerto á palos y pedradas por los vencedores. No satisfechos aun con haberle quitado la vida, y henchidos de ira contra aquel hom-

Jefes, para merecer de vosotros el perdón de la temeridad á la cual nos ha inducido su ambición.»

bro que se había complacido en humillarles, arrojaron al campo su cadáver para que sirviese de pasto á las fieras y á las aves de rapiña. La sed de venganza de que se sentían poseidos contra los tepanecas era insaciable, y no se respetó sexo ni edad en la horrible carnicería hecha entre los que no lograron huir á las montañas. A las escenas sangrientas del día, siguieron las no menos terribles de la noche. Los mejicanos, para acabar para siempre con el poder de sus contrarios, destruyeron cuanto en la ciudad había, quemaron los templos, derribaron las casas, destrozaron el palacio, y se apoderaron de todo lo que de valor encontraron en los edificios.

Esta espléndida victoria, acaecida en 1425, un siglo despues de la fundacion de Méjico, vino á cambiar la faz de aquellos pueblos, y á dar á los mejicanos un poder y una influencia extraordinarios.

Toma de No fué menos favorable la fortuna de las varias ciudades. tropas tlaxcaltecas y luexotzingas que se hallaban á las órdenes del principe Nezahualcoyoll, que operaban á su vez, por distinto rumbo, pero por la misma causa. Destacadas del ejército, atacaron con impetuoso brio la antigua corte de Tenayuca donde residieron los primeros reyes chichimecas, y la tomaron por asalto, haciendo un horrible estrago en sus enemigos. Noticiosos entonces del triunfo alcanzado por los mejicanos y los acollhuas, vinieron al siguiente día á reunirse con ellos, dirigiéndose, unidos, á la ciudad de Cuclachtepec, que se rindió á las pocas horas.

La estrella de los tepanecas se había eclipsado. La esperanza de recobrar lo perdido, había desaparecido de

ellos: errantes y hambrientos, perseguidos y sin albergue, resolvieron implorar la clemencia de los vencedores y rendirse á ellos, si les concedian la vida. Tomada esta resolucion, enviaron al rey de Méjico una embajada, compuesta de las personas mas respetables de la nacion, que fueron admitidas inmediatamente á la presencia del soberano. El personaje que llevaba la voz en aquella embajada, imploró del rey Itzcoatl el perdon para sus compatriotas los tepanecas; le manifestó que estaban dispuestos á reconocerle por su legitimo señor, á servirle como leales vasallos, y á respetar sus disposiciones, si en virtud de lo que ofrecian, se les concedia la vida y se les dejaba volver á sus casas sin que nadie atentase en lo mas mínimo á su libertad.

El monarca mejicano, en cuya alma se albergaban los nobles sentimientos que enaltecen al hombre, respondió á los embajadores, que concedia á los vencidos todo lo que le pedian; que lejos de mirarlos como á contrarios, les consideraria como hijos, si cumplieran con lealtad su promesa; pero que seria inexorable con ellos, si alguna vez faltaban á su juramento.

Los tepanecas reconocen por señor al rey de Méjico.

Los tepanecas, mirando en las palabras del rey Itzcoatl la mas segura garantia de su vida y de su libertad, volvieron inmediatamente á la ciudad de Azcapozalco, donde se ocuparon ardientemente de reparar los estragos causados por la guerra.

Desde entonces aquella ciudad y los pueblos á ella próximos, quedaron reconociendo para siempre, como soberanos, á los monarcas de Méjico. Pero no toda la nacion tepaneca ontró en aquellos convenios. Muy al contrario. La

parte que no habia sido invadida, se hallaba resuelta á combatir en caso de verse atacada. En esa parte que se mantenía dispuesta á resistir á quien tratase de someterla, se contaba el Estado de Coyoahuacan, uno de los mas grandes de la nacion tepaneca, cuya principal ciudad, que llevaba el mismo nombre, se hallaba dispuesta á la defensa.

No pensó el soberano de Méjico, por entonces, en llevar la guerra hasta aquel punto. Habia conseguido destruir á Mixtlaton y sujetar lo mas importante del reino, y se dedicó á dictar las disposiciones que estimó mas acertadas, para asegurar de una manera sólida á la corona de Méjico, los pueblos que se habian sometido á su obediencia.

Itzcoatl, premia  
á los que se  
distinguiéron  
en la  
guerra, destierra  
á los que  
pedian la paz,  
y obliga á la  
plebe á  
que cumpla el  
pacto de servir  
á la nobleza.

Su primer acto, despues de la victoria, fué premiar los señalados servicios que acubaban de prestarle sus vasallos. Dió en propiedad á los jefes y nobles que se hicieron notables por su valor, su lealtad y su relevante proceder, así como al intrépido general Moteuczoma que se habia distinguido por sus heróicos hechos, una gran parte de las tierras conquistadas, recomendando que no se ofendiese en nada á los pueblos sometidos, y la otra parte la cedió á los sacerdotes para el sostenimiento del culto. Hecho esto, hizo comparecer á la plebe para que ratificase el convenio que habian celebrado al declarar la guerra á los tepanecas, de obligarse á servir á la nobleza, en caso de triunfo, así como él se habia ofrecido á sor sacrificado por el pueblo si la suerte era adversa. La plebe confirmó su promesa, y desde entonces se constituyó en sierva de la nobleza y del rey.

No se olvidó el monarca Itzcoatl de los indignos vasa-

llos que habian procurado con sus voces, lágrimas y clamores, desmayar el valor de sus soldados ; y con el fin de evitar que se repitiesen en lo sucesivo actos semejantes, les borró de la nacionalidad mejicana, y les hizo salir desterrados del territorio mejicano.

Dictadas estas y otras providencias de buen gobierno y de recta administracion, Itzcoatl volvió á Méjico con sus tropas, cargado de ricos despojos, con un número considerable de prisioneros, con no pocas cautivas, y llevando presos en medio de las filas de sus soldados, á todos los ídolos de que pudo apoderarse el ejército vencedor.

Costumbre era entre aquellas naciones capturar los dioses de las ciudades vencidas, y llevarlos prisioneros para encerrarlos en una prision hecha expresos. Se creia que de esta manera se les privaba á los enemigos del favor de sus deidades, á los cuales juzgaban al mismo tiempo, rivales de las suyas.

Cada provincia tenia sus ídolos particulares, y estaba persuadida que únicamente los suyos eran sus protectores.

En Méjico, la prision destinada á las prisioneras deidades, se hallaba junto al templo de *Huitzilopochtli*. Era una cárcel de notables dimensiones donde cabian muchos millares de ídolos.

El monarca Itzcoatl fué recibido con entusiastas aclamaciones de la mas viva adhesion.

El triunfo obtenido sobre los tepanecas, y la sumision de una gran parte de los pueblos de estos á los monarcas mejicanos, se celebró con extraordinarios regocijos públicos, manifestando su gratitud á los dioses con el sacrificio de algunos prisioneros.

Conducta leal observada por el monarca mejicano Itzcoatl con el príncipe Nezahualcoyotl. El rey de Méjico, despues de haberse ocupado activamente del arreglo de los negocios públicos, envió sus tropas en auxilio del príncipe Nezahualcoyotl, para sujetar algunos ciudades que aun se mantenian rebeldes en el reino de Acolhuacan, en cuyo trono anhelaba ver sentado al valiente príncipe, á quien, por derecho, le correspondia.

La conducta de Itzcoatl ha sido, con justicia, ensalzada por todos los que se han ocupado de darla á conocer, figurando, entre ellos, el discreto y sabio mejicano Clavijero, uno de los literatos que mas han ilustrado, con sus luminosos escritos, la historia antigua de Méjico.

Elógian, y repito que con justicia, el noble empeño de ponerle en posesion de la corona arrancada de la frente del rey su padre, cuando podia haber pretextado derechos legales para ceñírsela á sus propias sienes. «Tezozomoc—dicen—dió á Chimalpopoca, rey de Méjico, el señorío de Texcoco, sobre cuya ciudad mandó como señor absoluto. Itzcoatl, heredero de todos los derechos de su antecesor, podia considerar aquella ciudad como incorporada mucho tiempo antes á la corona de Méjico. Habiendo conquistado además la ciudad de Azcapozalco, y sometido á los tepanecas, parecia justo que se apoderase de los derechos de los vencidos; tanto mas, cuanto que tenian en su favor una posesion de doce años, y el consentimiento de los pueblos.»

No se puede negar la verdad de esos hechos; pero el proceder de Itzcoatl, rey de Méjico, no hubiera correspondido al que el honor prescribe á un hombre honrado,

si se hubiera separado una sola línea de la pauta de conducta que se trazó al proponerse obrar de la manera leal con que obró. Itzcoatl tenia presente que el señorío dado por el usurpador Tezozomoc á Chimalpopoca, era en premio del auxilio que le habia importado para derrocar al padre de Nezahualcoyotl, despojando á éste de sus sagrados derechos al trono de sus mayores; que este señorío, debido al favor de un usurpador, era ilegal, como era ilegal todo lo que procedia del acto de una usurpacion; y que, en consecuencia, no podia cambiar de condicion un señorío de origen infame, con solo pasar al sucesor del que lo recibió de un usurpador. Además, Nezahualcoyotl le habia enviado en los momentos en que los tepanecas amenazaban á Méjico, una gran parte de sus tropas para combatir contra el tirano Maxilatou, y hubiera sido injusto corresponder con una ingratitud, al hombre que le habia ayudado á destruir el poder del enemigo mas implacable de los mejicanos.

Itzcoatl, obrando como correspondia á la nobleza de un rey que no quiere manchar este título augusto con accion ninguna indigna de la grandeza real, se propuso colocar en el trono de Acolhuacan al príncipe Nezahualcoyotl, á quien por derecho pertenecia, y puesto de acuerdo con él, se unieron con sus tropas en Chimalhuacan, para someter á la obediencia á varias ciudades que aun se mantenian rebeldes contra el legítimo heredero.

La primera ciudad que se propusieron atacar fué Huexotla, próxima á Texcoco, donde su orgulloso señor, llamado Huitznahuatl, se mantenia resuelto á permanecer rebelde.

En el instante en que el rey de Méjico se puso en camino para unirse á Nezahualcoyotl, los habitantes de Coyohuacan, creyendo oportuno manifestarse abiertamente contra él, aprovechándose de su lejanía, empezaron á excitar los ánimos de los tepanecas, aconsejándoles que sacudiesen el yugo de los mejicanos. Era Coyohuacan, la principal ciudad del Estado del mismo nombre; uno de los mas grandes del reino tepaneca; y que, como dije al hablar del sometimiento de Azcapozalco, no quiso quedar sujeto á la corona de Méjico. Al llamamiento de los coyoanescos acudieron algunas ciudades, tambien tepanecas, como Atlacuihuayan y Huitzilopochco, pero la mayor parte de los pueblos permanecieron quietos, temiendo sufrir el mismo castigo que el terrible que sufrió Azcapozalco. Los coyoanescos, despreciando á los pueblos que se manifestaban tímidos, y creyéndose suficientemente fuertes con los que se les habian unido, empezaron á manifestarse insolentes con los mejicanos que, obligados por negocios de comercio, llegaban á Coyohuacan. Deseando provocar una guerra en aquellos momentos en que el monarca mejicano se dirigia á la campaña de Huexotla, los habitantes de Coyohuacan insultaban á las mejicanas que iban al mercado, así como á los mejicanos que pasaban por el camino ó la ciudad. Las quejas de sus vasallos llegaron á oídos del rey de Méjico; pero precisándole concluir la guerra contra los de Huexotla, disimuló, por entonces, los desmanes cometidos por los coyoanescos, aplazando para mas tarde, el severo castigo que pensaba aplicarles.

Deseando sin embargo que este se verificase en el plazo



mas breve posible, activó la campaña de Huexotla, y dispuso todo para terminarla felizmente.

Reunido, como lo dicho, con Nezahualcoyotl en Chimalhuacan, aprestaron sus tropas para atacar la ciudad. Listo ya todo para el ataque, enviaron una embajada á Huitznahuatl, señor de la poblacion, diciéndole que, si la ciudad se ponía á disposicion de su legítimo soberano, los habitantes serian perdonados por su pasada falta; pero que, si hacia resistencia, seria entregada á las llamas y castigados severamente cuantos en ella habia.

La respuesta de Huitznahuatl fué salir al encuentro de las tropas reales, en forma de batalla, provocándolas al combate.

La accion se trabó á los pocos instantes, y los rebeldes fueron completamente derrotados, siendo hecho prisionero su caudillo por el valiente general Moteuczoma.

Los habitantes de la poblacion salieron entonces pidiendo perdon humildemente, presentando al vencedor, como era costumbre de aquellos pueblos, sus mujeres embarazadas, sus tiernos hijos, sus ancianos y sus enfermos.

Los dos egregios personajes, llenos de magnanimidad, les ofrecieron el perdon; y dueños de la ciudad, que reconoció por su rey á Nezahualcoyotl, se ocupó ésto de dar las disposiciones necesarias para el buen arreglo y marcha de la poblacion.

Libre el rey de Méjico de las atenciones de la campaña de Huexotla, solo pensó ya en marchar sobre las poblaciones tepanecas que le habian provocado á la guerra insultando á sus vasallos, y se propuso atacar primero á la ciu-

dad de Coyohuacan, que habia sido la excitadora á la lucha. Creyendo así el como Nezahualcoyotl, que con las tropas mejicanas y acolhuas era bastante para alcanzar el triunfo sobre los enemigos, que uno y otro pudieran combatir, licenciaron las legiones tlaxcaltecas y huexotzincas, dejándolos llevar una gran parte del botin cogido en Azcapozalco y otros puntos, y el ejército mejicano y el acolhuo, unidos, marcharon sobre Coyohuacan. Los rebeldes se prepararon al combate, y los jefes de esta ciudad, así como los de Atlacuihuayan y los de Huitzilopochco, reunieron sus fuerzas, que eran respetables por su número y por su calidad.

Conquista  
de Coyohuacan  
y de  
otros pueblos  
por los  
mejicanos y  
acolhuas.

El monarca mejicano Itzcoatl y el intrépido Moteuczoma, iban al frente de sus tropas. El encuentro de los dos ejércitos contrarios fué terrible. Por tres dias se renovó la batalla, sin mas intermedio que las noches, sin que

las tropas reales alcanzasen ventaja alguna considerable. Puede decirse que fueron tres batallas interrumpidas únicamente por algunas horas. Durante la noche que debia proceder á la cuarta, Moteuczoma, emboscó una fuerza de escogidos guerreros en un punto conveniente, quedándose allí á la cabeza de ellos. Trabada la lucha por la cuarta vez con mas ardor que nunca por ambas partes, la victoria se mantenía indecisa, sin atreverse á declararse por ninguno. En medio del ardor de la pelea, y cuando los brazos no se ocupaban mas que de herir y de matar, salió, de repente, Moteuczoma de la emboscada, como sale el rayo de la preñada nube, y lanzándose por la retaguardia del enemigo con la velocidad

Arriba de  
Moteuczoma  
y sus hazañas.

del águila, empezó causando una horrible carnicería en sus enemigos. Aterrados los rebeldes con aquella acometida inesperada, se pusieron en confusion, y sobrecogidos de espanto, huyeron en desorden hácia la ciudad, perseguidos de cerca por los mejicanos y acolhuas. Moteuczoma, conociendo que procurarían refugiarse en el templo para resistir en él, se apresuró á ocuparle antes que ellos, y conseguido su intento, pegó fuego á las torres, que pronto dejaron ver gruesas columnas de llamas que elevándose gigantescas hasta el cielo, parecían alumbrar la horrorosa escena del esterminio de la humanidad.

Los rebeldes, al verse sin retirada, cercados por todas partes, ocupados sus templos y oprimidos por sus enemigos, echaron las armas á tierra, indicando así que se rendían á discrecion, y la matanza cesó desde aquel instante.

Un hecho original y notable se verificó en aquella batalla. Moteuczoma y otros tres oficiales acolhuas, convinieron entre sí, pero sin comunicar á nadie su pensamiento, en cortar á cada prisionero que hicieran, un mechón de cabellos para conocer los hechos por mano de ellos. Terminada la batalla, y presentados los prisioneros, se vió que á casi todos les faltaba un tufo de cabellos. La mayor parte de los prisioneros habian sido, en consecuencia, hechos por Moteuczoma y sus tres valientes compañeros.

Los habitantes de Coyohuacau, de Huitzilopochco y de Atlacuihuayan, así como los de todos los pueblos que les habian seguido, se sometieron al rey de Méjico, protestándole obediencia. Itzcoatl les prometió gobernarles como padre amoroso, y despues de haber dejado en buen orden

los asuntos públicos, se volvió con Nezahualcoyotl y todo el ejército á la ciudad de Méjico, que recibió á los dos soberanos y á sus tropas con indecible entusiasmo.

El monarca mejicano Itzcoatl, queriendo probar á los tepanecas que, el ofrecimiento que les habia hecho de gobernarles con el cariño de un padre, no era una simple promesa, sino una sincera verdad, se propuso nombrar para que les gobernase, á una persona digna, de su misma nacionalidad, que les inspirase aquella confianza que hace mas tranquila la vida, y que les guardase aquellas consideraciones que les pudieran hacer menos duro el yugo de los mejicanos. La persona que eligió para el noble cargo que se habia propuesto, fué Totoquihuatzin, nieto del rey Tezozomoc, á quien amaban como á miembro de la familia de sus antiguos soberanos. Itzcoatl hizo que el individuo elegido, que vivia en Azcapozalco, marchase á Méjico. Totoquihuatzin se presentó, ignorando el objeto para que era llamado. El monarca mejicano le recibió con afabilidad, le dijo su pensamiento, y le creó rey de Tlacopan ó Tacuba, importante ciudad de los tepanecas, de la parte del territorio que se hallaba al poniente, y del agradable pais de Mazahuacan. El rey Itzcoatl, al concederle el gobierno de los puntos expresados, exigió de Totoquihuatzin la obligacion de acudir con sus tropas en defensa del monarca de Méjico, en el momento en que éste se las pidiese para combatir contra cualquier enemigo, reservándole la quinta parte del botin que se hiciese á los contrarios. En compensacion el soberano de Méjico se comprometió á enviar en auxilio de

Fundacion  
de la monarquia  
de Tacuba.  
Totoquihuatzin.  
1.º rey de  
Tacuba.

Pacto  
celebrado entre  
el rey de  
Méjico, el de  
Tacuba y el de  
Acolhuacan.

él, siempre que la necesidad lo reclamase, las tropas necesarias y los auxilios precisos. El favorecido nieto de Tezozomoc, se manifestó dispuesto á cumplir con lo que se le exigía, y lleno de gratitud hácia el soberano Itzcoatl, se dirigió á tomar posesion de los Estados de que le habia hecho rey. Aunque las ciudades de Azcapozalco, Coyoahuacan, Mixcoac y otras eran tambien tepanecas, no entraron en las concedidas al nieto de Tezozomoc, sino que quedaron dependientes de los soberanos de Méjico. En los convenios celebrados entre el rey Itzcoatl y Nezahualcoyotl para poner á éste en posesion del reino de Acolhuacan, se hizo constar, que el segundo se comprometia á acudir con sus tropas, siempre que se le llamase, en auxilio de los mejicanos; que tenia derecho á la tercera parte de los despojos hechos al enemigo, despues de separada la que le correspondia al rey de Tacuba, quedando para el soberano de Méjico las otras dos terceras partes. Los reyes mejicanos se obligaban en compensacion, á socorrer á los de Acolhuacan, y por lo mismo á Nezahualcoyotl, siempre que lo necesitasen.

Notable fuerza y poder dió á los mejicanos aquella alianza, precursora de grandes victorias para sus armas, de magnificencia para sus reyes, y de prosperidad para su nacion.

Son crendos electores honorarios, el rey de Acolhuacan y el de Tacuba.
A fin de que el lazo que acababa de unir á los tres reinos llegase á ser inquebrantable y firme, quedaron el rey de Tacuba y el de Acolhuacan creados electores honorarios, para cualquier tiempo en que se procediese á la eleccion de monarca en Méjico por muerte del anterior. Sin embargo,

en los únicos que residía la facultad de nombrar rey era en los cuatro electores elegidos de la primera nobleza que, como hemos visto, representaban los sufragios de la nación entera. El rey de Acolhuacan y el de Tacuba, no hacían mas que ratificar la elección hecha por los cuatro referidos electores, que eran los verdaderos, y nunca concurren á ninguna elección.

La alianza que acababan de celebrar los tres reyes, acordando ayudarse mutuamente en sus guerras ofensivas y defensivas, distribuyéndose los despojos en la forma que habían convenido, llegó á ser notable por la fidelidad con que fué observada. Aquella liga no tiene igual en la historia, por la lealtad que se guardaron los monarcas de las tres naciones por espacio de mas de un siglo de no interrumpidas guerras.

Al fin el tacto político revelado en Itzcoatl para crearse aliados de invariable fidelidad por la gratitud y el interés recíproco, agregó otro rasgo de política interior para captarse el aprecio de los hombres de mérito de todas las clases de la sociedad, estimulando las heroicas hazañas, sin excepcion de personas. Para alcanzar este noble objeto, recompensó, con dignos premios, á los fieles vasallos que habían conquistado con sus hechos la gratitud de su país, fijándose, al obsequiar con el galardón, no en el nacimiento elevado y en la alta alcurnia del individuo á quien premiaba, sino en los merecimientos de la persona.

1428. Terminados los asuntos de mas vital interés para el Estado, y celebrada la alianza ofensiva y defensiva con los dos agradecidos soberanos, el rey

Acertada política del rey de Méjico.  
Coronacion de Nezahualcoyotl.

de Méjico acompañó á Nezahualcoyotl á Texcoco, donde le coronó por sus propias manos, en 1426, con regocijo de todos los pueblos, celebrándose la coronacion con grandiosa solemnidad.

Colocado Nezahualcoyotl en el trono de sus mayores, se esmeró en obsequiar al monarca mejicano; pero llamándole á éste los asuntos de Estado á su nacion, se despidió del soberano de Acolhuacan, y volvió á Méjico, satisfecho de haber obrado con la lealtad que correspondia á su buen nombre y á la dignidad de su patria.

---

## CAPÍTULO X.

Gobierno de Nezahualcoyotl.—Amnistía general.—Reglamentos y disposiciones para la buena marcha del reino de Acolhuacan.—Tribunales de hacienda, de justicia y de guerra.—Junta de ciencias, artes y literatura.—Agricultura mejicana y algunos instrumentos de labranza.—Nuevas conquistas del rey de Méjico.—Establece un juez supremo y recaudaciones en las provincias tributarias.—Muerte del rey de Méjico.—Funerales entre los mejicanos: sus ceremonias.

El rey Nezahualcoyotl, al empuñar el cetro de Acolhuacan, se ocupó con infatigable celo en remediar los males que en el orden y administracion del reino habian causado el tirano Tezozomoc y su cruel hijo y sucesor Maxtlaton, durante los veinte años que lo tuvieron usurpado. Dotado de una inteligencia privilegiada, de una inclinacion irresistible á las ciencias y á la literatura, de un amor profundo á las leyes de buen gobierno y de un sentimiento noble hácia todo lo bello, hácia todo lo noble, hácia todo lo útil, Nezahualcoyotl supo asociar, con acierto admirable, en la sociedad que empezaba á regir, lo conveniente con lo agradable, lo sério con lo digno, las



rígidas leyes con la equidad, los estudios serios con la cautivadora poesía. Rey y poeta, ocupaba la mejor parte del día en dictar convenientes leyes para la buena marcha de la nación, y los ratos de solaz, en expresar en agradable ritmo y en sentidos y seductores conceptos, los afectos más puros del alma. Estudioso observador de las necesidades de la sociedad con respecto á reglamentos de buena administración política, reformó muchas de las leyes observadas en tiempo de sus antepasados, y nombró para los consejos que habían sido establecidos por su abuelo, y á los cuales dió nueva forma, los hombres más aptos, probos y entendidos del país.

Educado en la escuela del infortunio, Nezahualcoyotl, había estudiado el carácter de los hombres y las necesidades de los pueblos.

El nombre de Nezahualcoyotl que le pusieron sus amigos y sus adversarios cuando andaba errante en los montes para no caer en manos de los últimos, revela su astucia y su penetración.

Significando (del nombre) Nezahualcoyotl que significa *zorra hambrienta*, había estudiado con efecto, en medio de sus necesidades, lo que era la sociedad en que vivía.

Pero si tenía la astucia de la zorra, también tenía la generosidad del hombre probo.

Dominado por los levantados sentimientos de su noble corazón, su primer paso en la carrera del poder, fué proclamar una amnistía general que hiciese perder la memoria de los disturbios pasados, y que llevase al seno de las familias el consuelo y la ventura. Su máxima era: «que el rey podía castigar; pero que era indigna de él la venganza».

za.» (1) Máxima digna de imitacion y que él la practicó lealmente desde el principio de su reinado, no solo perdonando á los que lo habiau combatido, sino confiriendo puestos de honor y de confianza á no pocos de sus antiguos contrarios. Ciertó es que para obrar de esa manera digna, se necesitaba estar dotado de una alma noble y magnánima como la que abrigaba el generoso Nezahualcoyotl, y que, por desgracia, muy pocos de los hombres políticos poseen.

Nezahualcoyotl Celoso del orden y de la justicia, formó un forma un código con ochenta leyes. código de ochenta leyes, altamente útiles al Estado, que llenaban las exigencias de la época, y que produjeron los mas felices resultados respecto de las costumbres y de la administracion de justicia, algo relajadas ambas durante la dominacion de los anteriores reyes usurpadores.

Estas leyes que fueron adoptadas por los soberanos de Méjico y de Tacuba como concepciones acertadas para el buen régimen de los pueblos, las recopiló despues de la conquista de aquel bello país por Hernan Cortés, su esclarecido descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, en su «Historia de los señores chichimecas.» (2)

Nezahualcoyotl establece los tribunales de hacienda, guerra, y de justicia. Cuatro eran los consejos principales que formó, para que los ramos de la administracion pública no encontrasen jamás obstáculo ninguno en la marcha conveniente que debian llevar. El de las causas civiles, en que figuraban

(1) Ixtlilxochitl, Historia chichimeca.

(2) Esta obra la escribió Ixtlilxochitl, por obsequiar el deseo del virrey, que le suplicó escribiese las antigüedades de su nacion. El erudito indio, además de la expresada obra, escribió otras no menos apreciables, que se titulan: «Historia de la Nueva-España,» un compendio histórico del reino de Texcoco, y

hombres de la mas notoria honradez y ciencia; el de las causas criminales quo lo presidian dos hermanos del monarca, principes integérrimos en quienes la nacion tenia puesta toda su confianza; el de hacienda compuesto de los comerciantes mas entendidos y honrados de la nacion y de los mayordomos del palacio real que eran personas de capacidad y de experiencia; y el de guerra, uno de los mas importantes en las naciones del Anáhuac, que estaba formado de los capitanes mas distinguidos, entre los cuales ocupaba el lugar preferente el señor de Teotihuacan, uno de los trece magnates del reino, y yerno del monarca Nezahualcoyotl.

Arreglados los ramos importantes de la administracion pública, creó academias de historia, de astronomía, de bella literatura, donde se cultivaba la poesia, de músico, de pintura y de escultura, para lo cual llamó de todas partes á los maestros mas distinguidos en cada uno de los ramos expresados. A fin de que los resultados correspondiesen al objeto noble con que las academias habian sido creadas, ordenó que, en dias señalados, se reuniesen los catedráticos y los sabios, para comunicarse mutuamente sus conocimientos, sus observaciones y sus descubrimientos, y fundó para cada una de las secciones de ciencias y artes, en la infancia entonces entre aquellas naciones, diversas escuelas que se establecieron en diferentes puntos de la capital.

Para el fomento de estos nobles ramos de las ciencias,

«Memorias históricas de los toltecas y de otras naciones del Anáhuac.» Estas obras se hallaban en la librería del colegio de jesuitas de San Pedro y San Pablo, en Méjico.

de la literatura y de las artes, formó un tribunal, llamado «Consejo de Música,» á cuyo juicio se sometian las obras de cronología, historia, astronomia, bellas letras y todas las que pertenecian á la inteligencia. Componian ese cuerpo calificador, los hombres mas eminentes del reino en los diversos ramos del saber humano. Todo se hallaba bajo la vigilancia de este tribunal, así las obras intelectuales como las materiales. Era, por decirlo así, un consejo general nombrado para la educacion del reino, que decidia sobre la aptitud de los profesores encargados bien del cultivo de las letras ó de las ciencias, bien de las manufacturas ó de las artes.

Delante de esta numerosa y respetable corporacion recitaban en determinados dias, los poetas, los oradores y los cronistas, sus escogidas producciones, basadas sobre algun punto moral, histórico, religioso ó tradicional. En el espacioso salon en que se celebraban estos agradables certámenes, esas nobles luchas de la inteligencia, en que el talento brilla con todos los fulgores de la inspiracion, de la filosofía y de la oratoria, habia asientos destinados para los reyes de Méjico, Tacuba y Texcoco, quienes deliberaban, en union de los ilustrados miembros que formaban la junta, sobre el mérito de las composiciones. distribuyendo en seguida, valiosos premios entre los autores que mas habian sobresalido.

Llama la atencion y causa maravilla al hombre pensador, encontrar en los primeros habitantes del Anáhuac, esa admirable institucion, que bastaria, por sí sola, á dar una idea favorable de la marcha de un pueblo en la senda de la cultura y del buen gusto. Muy alto hablan en favor

de aquellas nacientes sociedades, los restos de los monumentos arquitectónicos que, cual hojas sueltas, pero elocuentes, de un libro que ha desaparecido, convencen del mérito de la obra entera, y denuncian la inteligencia del autor. Pero la arqueología, aisladamente, solo podría conducirnos al conocimiento del desarrollo operado en los sentidos de una sociedad amante del esplendor, que da los primeros pasos en el gran trayecto de la civilización; mientras que las resplandecientes señales que encontramos de la existencia de la científica academia, creada para el cultivo de las facultades intelectuales, nos están revelando la existencia de un gusto delicado, producto del desarrollo en la marcha de la cultura social.

Los respetables fragmentos de las grandiosas pirámides y templos que, solitarios y semiocultos entre la yerba y el musgo, yacen olvidados de la mayoría de los hombres, son un ténue rayo emanado del astro de la civilización; pero los fragmentos que se han conservado de las producciones de los poetas, de los oradores, de los astrónomos y de los historiadores reunidos en Texcoco, son el astro mismo de la civilización asomando en el horizonte, alumbrando directamente á las naciones del Anáhuac.

Texcoco podia considerarse como la Atenas del Anáhuac, bajo el reinado de Nezahualcoyotl, no porque la ciencia de sus hombres pudiese compararse con la de los que inmortalizaron el nombre de aquella ciudad de la Grecia, sino por ser el punto en que se habian reunido los individuos mas sobresalientes en saber y en letras que existieron en la América.

Dispuesto de la manera acertada que referido queda lo

concerniente á la marcha política, á las ciencias, á las letras y á las bellas artes, se ocupó inmediatamente del buen arreglo de las artes mecánicas, y señaló exclusivamente para cada una de ellas, uno de los treinta barrios en que dividió la ciudad de Texcoco para el buen orden de la policía. Por esta disposición, se le ponía al comprador en la ventajosa posición de poder encontrar reunido en un punto, el objeto que necesitaba, escoger lo mejor, y alcanzarlo á cómodo precio, por la competencia que se establecía en los comerciantes que vendían un mismo renglón. Las zapaterías, las platerías, las tiendas de telas, así como todos los giros de comercio y de industria, ocupaba cada cual una calle determinada.

Pero si era amante del saber y de la buena policía, no lo era menos del progreso de la agricultura. Siempre juzgó Nezahualcoyotl á esta, como la gran fuente de prosperidad y de riqueza de todo país, y la protegió marcadamente, logrando, con el favor que le impartía, ver cubiertos de cultivos campiñas hasta los sitios que habían parecido, hasta entonces, improductivos por su aridez.

Comprendiendo las condiciones favorables de un país donde las arboledas y los bosques abundan, prohibió, bajo penas severas, la destrucción de ellos, y prescribió á los leñadores los límites convenientes para el corte de las maderas. Celoso de la conservación de esos bosques que á la inestimable circunstancia de proveer á los reinos y á las ciudades del material precioso para objetos de notable utilidad, contribuyen á mejorar las condiciones higiénicas de los países en que se conservan, Nezahualcoyotl salía muchas veces de incógnito, á visitarlos, para saber, por sí

mismo, si se observaban religiosamente, las disposiciones por él dictadas. En una de esas veces, se detuvo á la falda de un monte cercano á Texcoco, donde estaban los limites prescritos á los leñadores para el corte de los árboles. Nezahualcoyotl iba acompañado de un hermano suyo, que tambien iba de incógnito, como él. En la línea marcada, encontró á un muchacho recogiendo pedazos de leña menuda que habian dejado tirada allí los leñadores. Nezahualcoyotl al verle entregado á aquella faena, le dijo:—«Para nada sirve eso que recoges: ¿por qué no vas al bosque y llevas á tu casa pedazos mas gruesos?»—«Porque el rey, contestó el muchacho, ha mandado que no pasemos de estos limites, y si quebrantásemos su disposicion, seriamos castigados severamente.» Nezahualcoyotl trató de que el muchacho saltase á la prohibicion diciéndole, que nadie le veia, y ofreciéndole un regalo si penetraba al bosque á cojer la poca leña que le hacia falta; pero el muchacho se manifestó inflexible á toda seduccion, repitiendo que el rey tenia prohibido bajo penas graves el que se infringiese la ley, y el monarca, despues de obsequiarle por su comportamiento, se retiró satisfecho de ver que eran respetadas religiosamente sus disposiciones. Sin embargo, conociendo que eran demasiados cortos los limites prescritos, los ensanchó con el fin de que la gente pobre pudiera proveerse de la leña indispensable.

Agricultura mejicana y algunos instrumentos de labranza. No trabajaba con men: celo el monarca mejicano Itzcoatl por el bien de sus pueblos. Desde que logró derrocar al soberano de Azcapozalco, y de oprimidos convertir á sus vasallos en dominadores, se ocupó de dar vida á la agricul-

tura, hasta entonces reducida á muy estrechos límites por la falta de terrenos donde sembrar. Pero dueña la nación de vastas campiñas, conseguidas por sus últimas conquistas, los mejicanos se dedicaron con afán al cultivo del campo que les proporcionó bien pronto las semillas y los frutos que constituyen el bien primero de los países.

Como no existían en la América ni bueyes, ni caballos, ni animal ninguno, propio para dedicarlo á las faenas del campo, ni se conocía el arado, los mejicanos, así como las demás naciones del Anáhuac, lo suplían á fuerza de trabajo y de algunos instrumentos sumamente sencillos. En lugar de la ozada y del azadon usados en Europa para remover la tierra, tenían un instrumento llamado *coatl*, que hoy se conoce allí con el nombre de *coa*. El expresado instrumento tenía el mango de madera y la plancha de cobre, pues desconocían el hierro. Sembraban el maiz practicando con un palo, cuya punta endurecían al fuego, un leve agujero donde echaban uno ó dos granos de maíz que cubrían con un poco de tierra que movían con el pié. Esta operacion se repetía de trecho en trecho, en línea recta, hasta el fin del terreno que era preciso sembrar, y se volvía de allí al punto de partida, formando otra línea paralela á la primera, practicando la misma operacion. Con este sistema, ya casi en desuso hasta entre los mismos indios, encontraban la ventaja de no perder casi ninguno de los granos sembrados, y la de proporcionar con mas acierto la cantidad de semillas á la calidad y condiciones del terreno. En cuanto la planta del maíz llegaba á una altura dada, le cubrían el pié con un monton de tierra sin abono ninguno, que estaba junto, á fin de que se



nutriera y presentase suficiente resistencia á los vientos.

Tenian para deshojar y desgranar el matz, eras de bastante capacidad, y para guardarlo y conservarlo bien, contaban con graneros diestramente fabricados, y en nada parecidos á los que se usan en Europa. Esos graneros que tenian capacidad para contener hasta siete mil fanegas de matz, eran de forma cuadrada, y estaban hechos de la madera incorruptible, dura y flexible á la vez. de un árbol muy alto llamado *ojamell*. Aun se ven en nuestros dias, en algunas haciendas y lugares próximos á la capital, varios graneros semejantes, y es de creerse que hay entre ellos algunos que fueron fabricados antes de la conquista por los españoles, segun la antigüedad que manifiestan.

Además de la especie de azada llamada *cottl*, tenian los mejicanos otros varios y curiosos instrumentos de agricultura, todos de cobre; y para cortar los árboles usaban de una sierra del mismo metal, cuya forma era muy parecida á la nuestra. Para regar los campos construian sólidas presas en que recogian las aguas de los rios ó las de los arroyuelos que descendian de los montes, y por medio de perfectas canales, las conducian á sus deliciosas sementeras que recompensaban con usura los trabajos del sencillo labrador.

Mientras el monarca mejicano Itzcoatl, lo mismo que Nezahualcoyotl y el de Tacuba, se ocupaban en sus respectivos reinos del adelanto de todos los ramos de utilidad social, los xochimilcos, juzgando que la preponderancia de los mejicanos era una amenaza para su independencia, se reunieron con el objeto de resolver si debian declararse feudatarios del rey de Méjico, para no sufrir la suerte de

los tepanecas, ó si debian formar alianza con otros reinados, á fin de declararles la guerra y destruir su poder antes de que llegase á mayor altura. La opinion dominante fué la de la guerra, la cual no se debia declarar hasta no tener seguro el golpe.

Los xochimilcos son vencidos por los mejicanos. Aunque las juntas se celebraron con el mayor secreto, el monarca mejicano Itzcoatl, llegó á tener conocimiento de ellas, y se propuso destruir á sus enemigos antes de darles tiempo á que pusieran en práctica lo que habian ideado. Procurando no perder ningun instante, alistó su ejército, pidió á los reyes de Tacuba y de Acolhuacan, segun el pacto de su triple alianza, que le enviasen un número de fuerzas respetable, y puestas todas bajo el mando del valiente Moteuczoma, salieron con direccion á donde estaba el enemigo. La accion se trabó en las inmediaciones de Xochimilco, quedando victoriosos los mejicanos. Los xochimilcos, derrotados completamente, huyeron á la ciudad para tratar de defenderse; pero perseguidos de cerca por sus contrarios, destruidas muchas de sus casas, incendiadas las torres de sus templos y acosados por los mejicanos en los montes, á donde se habian refugiado por último, arrojaron las armas al suelo, en señal de rendimiento, y protestaron obediencia al monarca de Méjico.

Los despojos cogidos en la poblacion rendida á viva fuerza, fueron considerables.

En todos esos triunfos de ciudades tomadas por asalto, se contaba entre el botin, un número bastante crecido de mujeres y de tiernos niños; aquellas hechas cautivas para inmolarlas á sus diosas en determinadas fiestas, como ve-

remos en el curso de los acontecimientos; y los segundos, cautivos tambien, con el fin de sacrificarlos en las varias festividades que se hacian al año á Tlaloc, dios del agua, y de tener en ellos además, victimas reservadas, para con la sangre de ellas amasar la pasta de semillas con que se hacian algunos ídolos en señaladas fiestas. (1)

Xochimilco era la ciudad mas grande que habia en el valle, y por lo mismo, la sujecion de ella á los mejicanos, fué de gran importancia para los vencedores.

Moteuczoma que acabó en once dias aquella campaña, desplegando, como siempre, una intrepidez fabulosa, entró triunfante con sus tropas en la ciudad conquistada, donde fué recibido con música de flautas y tamboriles, por los sacerdotes de Xochimilco, que trataron de atraerse su aprecio. Asegurada la conquista, el rey Itzcoatl, marchó á tomar posesion de la nueva tierra conquistada, y llegó á Xochimilco rodeado de la nobleza y de los grandes de su reino. Itzcoatl fué aclamado inmediatamente rey, y recibió de los xochimilcos el homenaje que le presentaron, declarándose desde entonces súbditos suyos.

No bien habian sido sujetados los xochimilcos, cuando los habitantes de Cuiclahuac, ciudad colocada en una isla del lago de Chalco, y fuerte por su posicion, provocó á la guerra contra los mejicanos. Moteuczoma pidió permiso

(1) Clavijero al hablar de la tercera fiesta que se hacia á *Umtzilopochtli* y al hermano de esta sangrienta deidad, dice: «que los sacerdotes hacen dos estatuas de aquellos dioses, con ciertos granos amasados con sangre de niños.»

Hernán Cortés, en su segunda carta-relacion escrita á Carlos V el 30 de octubre de 1520, lo dice: «Los ídolos son hechos de masa de tolas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y unidas con sangre de corazones de cuerpos humanos.»

al rey para irles á batir, y concedido por Itzcoatl, salió el bravo general con algunas compañías de jóvenes que él mismo habia adiestrado en el manejo de las armas, y despues de siete dias de asedio, tomó la ciudad que quedó sujeta á la corona de Méjico; cargó de ricos despojos á los valientes que le habian acompañado en su empresa, y volvió á Méjico, conduciendo un número considerable de prisioneros para sacrificarlos al dios de la guerra, y no pocas cautivas y niños á quienes no les estaba reservada mejor suerte.

Atribuyendo los mejicanos las victorias alcanzadas y sus rápidas conquistas y engrandecimiento á la proteccion de su deidad principal, el rey Itzcoatl, ordenó, despues de la conquista de Cuiclahuac, que de referir acubo, que se ampliase el templo del dios de la guerra *Huitzilopochtli*, y levantó un notable santuario á la diosa *Cihuacohuatl*, que significa *mujer culebra*, conocida tambien con el nombre de *Quilaztli*. Esta diosa habia sido, segun la religion de los mejicanos, la primera mujer que tuvo hijos en el mundo, teniendo la particularidad de parir siempre gemelos. Era tonida en gran veneracion esta femenil deidad, la cual aseguraban que se aparecia con frecuencia, llevando sobre las espaldas una cuna con un niño dentro.

La conquista de Cuiclahuac dió á los mejicanos un nombre respetable, y sus hazañas fueron vistas con asombro, por unos, con envidia, por otros; pero como grandes por todos. Con la agregacion de los pueblos vencidos, Méjico empezó á extenderse y crecer.

Nadie miraba con peores ojos el engrandecimiento del imperio mejicano como Cuauhtlatoa, tercer rey de Tlatelol-

co. No atreviéndose á declarar una guerra franca, y juzgando que la muerte del monarca de Méjico bastaria á que los mejicanos volviesen al estado en que anteriormente se hallaban, trató de hacer asesinar á Itzcoatl, confederándose con otros caudillos de las provincias vecinas, para reprimir á los vasallos de la víctima en caso de que tratasen de vengar su muerte. El plan estaba bien concebido; pero el soberano Itzcoatl que no ignoraba los intenciosos proyectos, supo desbaratarlos, preparándose á la defensa, sin darse por entendido de nada. El rey de Tlatelolco, viendo al de Méjico poner en pié de guerra un grande ejército, desistió de sus proyectos, y todo quedó en el estado mismo que antes tenia.

Cuauhlatoa ocultó su odio, y el monarca Itzcoatl siguió en tranquila posesion de las ciudades que habia conquistado.

Por otra circunstancia rara vino el monarca mejicano Itzcoatl á entrar en posesion de la ciudad de Cuauhnahuac, y á tener un nuevo aliado en el señor de Xiuhtepec, ciudad del país de los tlaluicas, situado á cosa de diez leguas al Mediodía de Méjico. Este magnate habia pedido al señor de Cuauhnahuac, vecino suyo, una de sus hijas para esposa. El padre de la jóven contestó manifestándose dispuesto á obsequiar su deseo; pero habiendo pedido pocos dias despues la mano de la misma jóven el señor de Tlaltexcal, el inconsecuente padre, mirando mas al interés que al cumplimiento de su palabra, se la entregó al segundo.

Ofendido el señor de Xiuhtepec del afrentoso ultraje recibido, trató de vengarse; pero siendo mucho mas pequeño su Estado que el de su ofensor, solicitó el favor del rey de

Méjico, ofreciéndole, en cambio, perpétua amistad, firme alianza, y servirle con su persona y sus vasallos siempre que fuese necesario. El monarca Itzcoatl vió una manera oportuna de ensanchar su reino con nuevas conquistas, y pidiendo tropas al rey de Tacuba ó Tlacopan y al de Acolhuacan, las unió á las suyas, formando un ejército respetable. Bien se necesitaban las tropas que reunió para acometer la empresa. Cuauhnhuac era una de las ciudades mas fuertes por su situacion y por el número de gente de que podia disponer el señor de ella, como se vió en tiempo de la conquista de los españoles en la resistencia que opuso cuando la sitiaron. El monarca mejicano Itzcoatl dispuso que la plaza fuese atacada por tres partes á la vez. Los tepanecas, por Tlatzacapechco, en la parte del Norte: los toxcoanos y xiuhtepequeses, por Tlalquitenanco, en la del Oriente y Mediodía, y los mejicanos por Ocuilla, en la parte de Occidente. El ataque se dió con vigor. Los tepanecas subieron resueltamente; pero recibidos con una lluvia de flechas y de podradas, se vieron precisados á retroceder ante el enemigo. Pero esta ventaja de parte de los que defendian la ciudad, solo duró un momento, pues atacados casi al mismo tiempo por todas partes, se vieron encerrados en un círculo inquebrantable, de donde salia la destruccion y la muerte. Los cuauhnhuaqueses resistieron con valor el choque; mas al fin se vieron precisados á rendirse al rey de Méjico, obligándose á pagar anualmente un tributo de algodón, telas y otros objetos. Con la conquista de aquella importante ciudad, capital de los tlahuicas, la monarquía mejicana ensanchó su poder considerablemente, aumentándose mas y mas con las conquis-

tas de la ciudad de Cuauhtitlan y de Toltitlan que se efectuaron poco tiempo despues.

Méjico, que doce años antes habia sido tributaria de los tepanecas, que se vió precisada á sufrir en silencio afrentas y humillaciones de sus contrarios, se presentaba ahora potente y magnánima, respetada y temida, empezando á figurar en primera línea entre las naciones del Anáhuac.

La alianza ofensiva y defensiva, formada por las tres naciones y guardada con una fidelidad de quo no hay ejemplo igual en la historia, fué de brillantes resultados para cada una de ellas. Ninguna de las naciones del Anáhuac podia resistir por mucho tiempo á las fuerzas unidas de los monarcas coligados. Declarar la guerra á cualquiera de ellos, era declarársela á los tres para sufrir una derrota y perder la libertad.

El monarca mejicano Itzcoatl, lleno de gloria, respetado de los extraños y querido de los suyos, se dedicó, despues de la guerra, á los negocios del Estado. Todos los ramos de la administracion los puso bajo un pié brillante: hizo que se construyesen buenos edificios; enriqueció con los despojos de las conquistas la ciudad; embelleció sus calles con importantes obras; impulsó el comercio y la agricultura; premió los servicios de los hombres que se habian distinguido en la guerra, atendiendo mas al mérito que al nacimiento del individuo; aumentó el brillo y esplendor de la carrera de las armas; mejoró la administracion de justicia, y colocó, en fin, á la nacion en un sendero de progreso y de prosperidad relativamente notable.

Izcoatl fué el primer rey conquistador que tuvo Méjico, y el primero tambien que reinó con verdadera indepen-

dencia. Los monarcas mejicanos anteriores, no lo habían sido mas que en el nombre, puesto que siempre fueron el juguete de los reyes de Azcapozalco. Itzcoatl, sabiendo sacar partido de las circunstancias favorables que se le presentaron, destruyó el poder de los tepanecas que se habían ostentado como dominadores: les hizo tributarios de la corona de Méjico, cuando poco antes eran ellos los que cobraban el tributo; sujetó á muchas de las naciones vecinas que no hacia mucho se desdeñaban de contraer alianza con los mejicanos; conquistó señorios que agregó á su nacion; creó un rey; colocó en el trono á otro, y dió á su patria gloria, riqueza y poder.

El monarca de Méjico establece tribunales y recaudaciones en las provincias tributarias.

El rey Itzcoatl, con el fin de que las provincias que había sujetado á la corona de Méjico cumpliesen con el pago de los tributos que se habían obligado á dar á la corona de Méjico, nombró recaudadores para el cobro; creó en cada ciudad principal un juez supremo para que conociese y fallase en las causas civiles y criminales, dejó en los principales puntos conquistados alguna fuerza para conservar lo adquirido, y dictó otras muchas providencias para la buena marcha del gobierno.

Religioso en alto grado, no se contentó con haber mandado edificar á la diosa *Zihualcohuac*, *mujer-culebra*, un magnífico templo, como dejó referido, sino que dispuso que se construyese otro en honor del dios de la guerra *Huitzilopochtli*.

1438. Muerte del rey Itzcoatl. Itzcoatl no tuvo el gusto de ver concluida la obra, pues falleció poco tiempo despues de haberse empezado su fabricacion.



Doce años duró su reinado, que fueron otros tantos de preponderancia para su reino, y murió en 1436.

Como general, sirvió á la patria, antes de subir al trono, por espacio de treinta años, con valor y celo constantes: como rey, sus doce años de reinado fueron una série de triunfos y de adquisiciones territoriales no interrumpida. Su muerte fué, en consecuencia, muy sentida por todos los mejicanos, y sus funerales se celebraron con la extraordinaria solemnidad con que se acostumbraba celebrar las de los monarcas, grandes y señores, y que paso á referir por ser dignos de conocerse.

Desde el instante en que el soberano caía enfermo, se le ponía al dios de la guerra *Huitzilopochtli* una careta, sobre las dos que tenia, segun queda referido en páginas anteriores, y otra al dios *Tezcatlipoca*, cuyo templo, despues del consagrado á *Huitzilopochtli*, era el mas notable. Aquellas máscaras colocadas á las dos referidas deidades, no se las quitaban sino cuando el monarca habia recobrado la salud ó despues de haber sucumbido á la enfermedad. En el instante en que el rey de Méjico espiraba, se daba publicidad á su muerte con grande aparato, y se avisaba, así á los señores de los pueblos tributarios, caciques y grandes, como á los personajes notables de la corte para que asistiesen á los fuerales. Mientras llegaba el dia en que se debian celebrar éstos, se colocaba el cadáver del rey sobre hermosas y finas esteras, quedando á su lado, para acompañarle, sus criados. Por espacio de cinco dias permanecia así el cadáver del monarca, tiempo en que llegaban de sus respectivas provincias los caciques tributarios, ataviados

Manera de  
celebrar los ritos  
funerarios  
entre  
los mejicanos.

con sus mas lujosos trajes, ostentando ricos plumajes de brillantes colores, y acompañados de un séquito numeroso de escogidos esclavos. Dado el pésame á la familia real, los fastuosos caciques, revelando en sus semblantes la dolorosa pena por la pérdida del monarca, vestian por sí mismos el embalsamado cadáver. Varios hábitos de finas telas de algodón de variados colores, formaban el ropaje que le ponian. Alhajas de oro y plata, exquisitamente trabajadas, y preciosas piedras de valiosos precios, adornaban sus brazos, cuello y pecho. Una rica esmeralda que le debía servir de corazon, le suspendian del labio inferior horadándoselo ligeramente, y varias joyas, de diversas hechuras, las colocaban en distintos pliegues del ropaje. Vestido el real cadáver, y terminado el adorno, se le cortaba con profundo respeto, un pedazo de la melena que, unido á otro que se le habia cortado en la infancia, lo guardaban en una preciosa cajita de fina y aromática madera, con objeto de perpetuar la memoria del finado monarca, uniendo su nacimiento con su muerte; la cuna con la tumba. Todo lo mas rico, lo mas precioso que podia en vida adornar su cuerpo, lo llevaba despues de muerto; y para que nadie pudiese notar el cambio que la muerte habia operado en su fisonomía, lo cubrian el rostro con una careta lujosa y rica. Puesto el misterioso antifaz, colocaban sobre los vestidos que velaban su cuerpo, las insignias de la divinidad en cuyo templo debian sepultarse sus cenizas, y encima de la cajita en que habian guardado las dos melenas de pelo, ponian el retrato ya de madera, ya de piedra, del finado monarca.

A este acto curioso de vestir y engalanar el cadáver, se-

guia otro que, como casi todos los que pertenecian á la religion que profesaban, exigia victimas.

La primera que se sacrificaba despues de vestir al monarca, era el capellan que habia tenido á su cargo el cuidado del oratorio y de todo lo que correspondio al culto privado de sus dioses, y que era esclavo suyo. La muerte de este esclavo capellan era precisa, segun sus creencias religiosas. No se le quitaba la vida por el duro placer de verter sangre, sino con el fin de que en el mundo desconocido á donde se pasa de este que habitamos, continuase sirviendo á su señor en el empleo mismo en que le habia servido en la tierra.

Ejecutada la muerte del capellan, seguia inmediatamente la procesion fúnebre con todo el aparato propio de la grandeza de un soberano. Delante del cadáver marchaba triste y silenciosa, la nobleza, llevando en alto un gran estandarte de papel, y las insignias y las armas reales. Junto al finado monarca iban, en el mas profundo recogimiento sus parientes, sus consejeros, los caciques y los grandes del reino. Suelto el abundante cabello, vestidas de luto, vertiendo abundante llanto y lanzando lastimeros ayes, marchaban las mujeres del difunto rey, acompañando sus lágrimas y suspiros con diversos y raros ademanes con que trataban de significar la honda pena de sus almas. Sin tocar ningun instrumento músico, triste el semblante y clavada la vista en el suelo, caminaban los sacerdotes cantando los himnos religiosos propios de aquel acto imponente. Cerraba la lúgubre procesion el inmenso pueblo que, respetuoso y con aire melancólico, seguia de lejos á la selecta comitiva.

Mientras marchaba el fúnebre cortejo hacía el templo donde debían sepultarse las cenizas del rey, en el átrio á donde se dirigía, se hallaba levantada una pira de maderas aromáticas y resinosas, con abundancia de copal y de otros aromas muy estimados por los mejicanos. Aquella pira era la destinada para colocar en ella el cadáver del monarca en el instante que llegase. Varios sacerdotes esperaban en el átrio la llegada de la procesion, guardando el mas profundo recogimiento. Cuando la comitiva fúnebre llegaba al átrio inferior del templo, los sumos sacerdotes que habían estado pendientes de su llegada, salían inmediatamente con sus ministros, al encuentro del real cadáver, y acto continuo lo hacían colocar sobre la pira que, como he dicho, se hallaba dispuesta en el átrio.

Terminada esta operacion, instantáneamente los sacerdotes prendian fuego á la pira, cuyas maderas resinosas, empezaban á levantar sus llamas envolviendo entre ellas el cadáver que debía reducirse á cenizas. Durante el tiempo en que el fuego abrasador, envuelto en densas nubes de humo aromático, pulverizaba el cuerpo del difunto rey, las ricas telas con que estaba vestido, las insignias reales, las armas y todos los adornos que sobre el cadáver se habían colocado, eran sacrificados uno á uno, al pié de la escalera del templo, varios de los esclavos presentados por los caciques, otros que pertenecian al rey fenecido, algunos hombres irregulares y monstruosos que había reunido en su palacio para su diversion y pasatiempo y que debían proporcionarle igual recreo en el otro, y varias de sus mujeres mas queridas que también debían serlo en el sitio destinado á las almas de los finados. Según la categoria del per-

sonaje difunto, así era la cifra á que se hacia subir la de personas que se sacrificaban, llegando muchas veces el número de éstas á mas de doscientas. A los sacrificios humanos, seguia el sacrificio de un cuadrúpedo doméstico llamado *techichi*, semejante á un perrito. Se creia que sin aquel guia no podria el rey, en el largo viaje que acababa de emprender, salir de algunos intrincados senderos que se encontraban en el camino desde este mundo al otro.

Las horas restantes del dia en que se habia quemado el cadáver, así como la noche de aquel, se pasaban en distintos actos religiosos, y al brillar la luz del nuevo sol, se procedia á recoger, por los sacerdotes, las cenizas y los dientes que se habian conservado enteros, buscando con gran empeño la esmeralda que le habian colgado en el labio inferior. Encontrada la esmeralda, la ponian, en union de las cenizas y los dientes, dentro de la cajita en que habian colocado los dos pedazos de pelo cortados de la melena. La caja se colocaba entonces con sumo respeto, en el sitio que estaba señalado para su sepulcro, y sobre esto celebraban en los cuatro siguientes dias, ofrendas de los comestibles mas delicados; el quinto, sacrificaban algunos esclavos; y estas hecatombes se repetian de veinte en veinte dias hasta el octogésimo en que terminaban los sacrificios humanos. El aniversario de la muerte del monarca se celebraba los cuatro primeros años nada mas; pero, por fortuna, los sacrificios no eran entonces de víctimas humanas, sino de codornices, conejos y mariposas, acompañados de presentes de pan de maíz, pues el trigo no era conocido allí, de vino extraido del maguey, de flores, copal y

de unos cañutos llamados *acaiell*, llenos de sustancias aromáticas.

Funerales de la gente del pueblo. Respecto de los funerales de la gente del pueblo, las ceremonias eran igualmente curiosas, y revelaban una superstición que excedía los límites de lo concebible.

Habia unos maestros de ceremonias, hombres ya de avanzada edad, á quienes se llamaba cuando habia muerto alguna persona en una casa. Dominados estos hombres de las mismas supersticiones que el vulgo, y creyendo en la eficacia de las ceremonias del ministerio que ejercian, cubrian el cadáver con pedazos de papel que cortaban con religioso respeto, y derramando un vaso de agua sobre su cabeza, le decian que aquella era el agua que se habia formado durante su existencia. Terminada esta ceremonia, vestian al cadáver con el traje correspondiente al dios protector del oficio, arte ó profesion que habia ejercido, siendo el valor de la tela y adornos, proporcionado á la fortuna del individuo. Al militar se lo vestia como al dios de la guerra *Huitzilopochtli*; al comerciante, con los atributos de *Xacatcutli*, divinidad del comercio, al platero de la manera misma que á *Xipe*, deidad protectora de los plateros, y al labrador con los distintivos de *Centeotl*, diosa de la tierra y del maíz. Cuando un individuo moria ahogado, le vestian de *Tlaloc*, dios del agua, llamado tambien *Tlalocatecutli*, señor del paraiso; al que habia sufrido la pena de muerte por adulterio, así como á todo individuo ajusticiado por delito infamante, se le ponía el traje de *Tlazolteotl*, deidad que invocaban los mejicanos para precaverse de la infamia y obtener el perdon de sus pecados; y al que habia sido

privado de la vida por ébrio, se le presentaba con el hábito de *Tezcatzoncall*, dios del vino. Por eso dice Gomara que llevaban despues de muertos mas vestidos que los que habian usado durante toda su vida.

Terminado de vestir el cadáver, faltaba lo mas importante para su tranquilidad y ventura. Las provisiones y las cartas de recomendacion ó pasaportes indispensables para el largo viaje que habia emprendido desde este mundo al otro.

Los maestros de ceremonias estaban encargados de proporcionarle todo lo necesario, á fin de que no encontrase tropiezo ninguno en el camino. Como en el largo trayecto no existian fuentes, ni arroyuelos, le ponian entre los vestidos un gran jarro de agua cristalina y fresca para que mitigase la sed cuando la necesidad le aquejase. Llenada esta obligacion sagrada y caritativa, le colocaban seis pedazos de papel, hecho de las hojas del maguey, indicándole el uso que debia hacer de cada uno de ellos, y en los cuales se veian trazadas algunas pinturas geroglíficas. El primer papel servia para marchar con seguridad y sin tropiezo por en medio de dos montes que continuamente se daban el uno contra el otro: el segundo era el seguro pasaporte para cruzar sin el mas leve obstáculo por un peligroso sendero que estaba defendido por una enorme serpiente: el tercero le aseguraba el paso por un punto en que se hallaba el terrible cocodrilo *Nochitonal*: el cuarto era un salvo conducto para cruzar libremente ocho vastos desiertos que se encontraban en la penosa travesia: el quinto servia para pasar igual número de collados; y el sexto para atravesar sin lesion ninguna por el monte *Izte-*

*hecayan*, donde soplaban un viento cortante y frío que despedazaba la cara, y de una fuerza indescriptible que levantaba las piedras. Con el fin de evitar que el viento helado que suponían en el referido monte, entumeciese los miembros del viajero, reunían toda la ropa vieja de éste, y la quemaban haciendo con ella una hoguera. Creían que así, con el calor del fuego producido por sus vestidos usados, neutralizaban la atmósfera helada que reinaba en el monte *Iztehecayan*, y que el viajero que caminaba al otro mundo iba disfrutando de una temperatura templada y deliciosa.

Terminadas las anteriores ceremonias, se procedía á matar un *techichi*, especie de perrito que, como ya he dicho, no faltaba en ninguna casa. El sacrificio de este doméstico animalito tenía por objeto el que acompañase á su amo en su prolongado viaje, sirviéndole de guía en los intrincados senderos de que estaba lleno el camino. El *techichi* se mataba en todas las ceremonias, cualquiera que fuese la categoría y posición del personaje muerto. En el momento en que se sacrificaba el leal animalito, le ataban una cuerda en el pescuezo, sin la cual creían que era imposible pasar el río *Chihnahapan*, que significa *rio de siete aguas*, y en seguida lo quemaban ó lo enterraban con su amo, según correspondiese á la clase de muerte que su dueño había tenido. Acto continuo los maestros de ceremonias encendían la hoguera para quemar el cadáver, y los sacerdotes entonaban entre tanto que aquel se reducía á cenizas, sùnebres cánticos en voz doliente y lúgubre. Apagado el fuego y consumido el cuerpo, recogían las cenizas en una taza, y juntas con una piedra de mas ó me-



nos valor, según la fortuna que dejaba el difunto, pero siempre vistosa y estimada, que debía servirle de corazón en el lugar donde se hallase, las enterraban en un hoyo profundo, sobre el cual hacían oblaciones de pan y vino por espacio de cuatro días.

Todos los cadáveres se quemaban, excepto los de los individuos que morían de hidropesía, ahogados ó de otros accidentes y enfermedades no comunes, los cuales eran enterrados enteros.

Generalmente se colocaban las cenizas de los reyes, de los magnates, de los caciques y de los régulos, en las torres de los templos.

Para enterrar las cenizas ó los muertos, no había un sitio determinado. Cada cual enterraba al deudo que se le moría, en el lugar que más le convenía. Unos enterraban las cenizas de sus linados en el campo, otros junto á los templos de sus divinidades; algunos en los montes dedicados á los sacrificios, y no pocos en los collados próximos al pueblo en que vivían. Los sepulcros donde se enterraban los cadáveres enteros, eran unas fosas hechas de piedra y cal, donde colocaban los cadáveres, sentados en unas sillitas muy bajas (*icpalli*), ostentando en los instrumentos con que habían sido enterrados, el oficio, arte ó profesión á que se habían dedicado en el mundo. En el sepulcro del militar colocaban una rodela y una espada: en los de aquellos que habían estado encargados de los ritos, ponían oro y joyas; en los de las mujeres, los objetos necesarios para hilar; y en todos abundantes víveres para que de nada careciesen en el largo viaje que tenían que hacer en el desconocido mundo á donde marchaban.

Los chichimecas, en los primeros años de haberse establecido en el Anáhuac, tenían sus sepulcros en las cuevas de los montes; mas luego que llegaron los acolhuas á quienes recibieron con el aprecio que dejamos referido, adoptaron sus ceremonias, que eran casi las mismas de los mejicanos y de todos los pueblos nahuacatlots, ó ilustrados relativamente.

Por lo que hace á los mixtecos, la costumbre observada respecto de sus finados, aunque participaba en algo de la antigua de los chichimecas, tenía cosas enteramente originales y que diferían de las que practicaban los mejicanos. Al caer enfermo el jefe principal de su nación ó cualesquiera de sus prohombres que ejercían mando, se hacían rogativas, sacrificios y votos á los dioses para que recobrase la salud. Si en vez de sanar sucumbía á la enfermedad, se continuaba hablando de él como si viviese aun; vestían á uno de los esclavos del finado con un traje de éste, le cubrían el rostro con una máscara, le llevaban á donde el cadáver de su señor se encontraba, le ponían delante de él, y le tributaban, durante aquel día, todos los honores correspondientes á la categoría del difunto, como si realmente fuese aquel esclavo el individuo ilustre que había muerto, puesto que ellos le juzgaban su representante en aquella ceremonia. Llegada la media noche, cuatro sacerdotes entraban por el cadáver, y le llevaban á darle sepultura en alguno de los bosques, montes ó cuevas, prefiriendo, si se disponía que fuese enterrado en cueva, aquella que consideraban que era la boca ó puerta que conducía al Paraíso. Terminado aquel acto, sacrificaban al volver, al esclavo á quien habían reverenciado durante

todo el dia; y, siu despojarle de los vestidos que le habian puesto de su amo para revestirle de una autoridad verdaderamente quimérica, hacian un hoyo, y le enterraban en él, sin llegarle á cubrir con tierra. Los mixtecos no celebraban el aniversario del cacique fenecido; pero sí el de su nacimiento, guardando en toda esa ceremonia un silencio profundo, y sin hablar una sola palabra.

Vecinos de los mixtecos eran los zapotecas, y sin embargo el uso de enterrar sus muertos diferia del de los primeros. Los zapotecas embalsamaban el cadáver del jefe de la nacion, usando de confecciones aromáticas que preservaban por algun tiempo el cuerpo de la corrupcion, sistema que algunas veces, aunque pocas, usaron los chichimecas.

La costumbre de enterrar á los grandes personajes con ricas joyas de oro y otras alhajas de valor, era comun á todas las naciones del Anáhuac. La verdad de esta costumbre está testificada por el dicho de los conquistadores españoles que descubrieron casualmente algunos de esos sepulcros.

Durante el sitio puesto á Méjico por los españoles, los soldados, al hacer algunas entradas en la ciudad, dieron, al derribar algunos edificios, con varias tumbas que contenian alhajas. Hernan Cortés, en su tercera carta-relacion escrita al emperador Carlos V. desde Coyoucan el 15 de Mayo de 1522, dice que algunos de sus subordinados que habia dejado de celada en unas casas de la ciudad, «estando allí abrieron una sepultura, y hallaron en ella, en cosas de oro, mas de mil quinientos castellanos.»

## CAPITULO XI.

Moteuczoma I, quinto rey de Méjico.—Ceremonias usadas en la coronacion de los reyes.—Los monarcas mejicanos salian á campaña para hacer prisioneros que fuesen sacrificados en su coronacion.—Manera con que los reyes se presentaban en público.—Son muertos por órden del señor de Chalco dos hijos del rey de Texcoco y tres nobles mejicanos.—Son vencidos los chalqueños, y su territorio sometido á la corona de Méjico.—Amagos de guerra entre mejicanos y tlaxcaltecas.

Celebrados los funerales del rey Itzcoatl con la magnificencia que le correspondia por haber colocado á su nacion entre la categoría de las primeras del Anáhuac, se procedió á la eleccion del nuevo monarca, pues no podia hacerse la eleccion sino despues de haberse celebrado las exequias del rey difunto.

1436. Reunidos los cuatro electores, muy poco Moteuczoma I, 3.º rey de Méjico. tuvieron que deliberar respecto del hombre que en concepto de ellos debia empuñar el cetro. No teniendo el difunto soberano hermano ninguno, la eleccion debia hacerse en uno de sus sobrinos. Entre éstos el que mas notable se habia hecho por su valor, por su ta-

lento y por los servicios prestados á la patria, era Moteuczoma Ilhuicamina, hijo de Huitzilihuitl. Los cuatro electores juzgándole altamente digno de la suprema magistratura, lo eligieron rey con sumo placer de la nacion entera, y pusieron en conocimiento del rey de Acolhuacan y del monarca de Tacuba el nombramiento para que lo confirmasen, y luego á todos los feudatarios que habian asistido á las exequias del soberano Itzcoatl.

Ceremonias en la coronacion de los reyes de Méjico. Las ceremonias usadas entre los mejicanos, en la coronacion del monarca elegido, y que se efectuaron, en consecuencia, en la de Moteuczoma, son muy dignas de conocerse. Lo primero que se hacia despues de la eleccion, era dar aviso de ella á los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, esto desde la alianza de los tres reinos, para que aprobasen el nombramiento. Confirmada por ambos la eleccion de los cuatro electores mejicanos, se hacia saber, como he dicho arriba, á todos los caciques y señores feudatarios, el nombre de la persona elevada al trono. Unánimes todos con lo resuelto por los electores, el rey de Acolhuacan y el de Tacuba, acompañados de la nobleza y de los hombres mas notables, conducian al templo de *Huitzilopochtli*, que era el principal del reino, al hombre elegido para gobernar los pueblos. El orden que llevaba aquella procesion desde la casa del elegido hasta el santuario donde debian celebrarse las ceremonias, era el siguiente: Abrian la marcha los señores feudatarios de los diversos Estados, llevando cada uno las insignias correspondientes al suyo: seguian los nobles con los distintivos que revelaban sus empleos y dignidades: marchaban despues los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, fir-

mes aliados del de Méjico; y detrás caminaba el monarca elegido. Iba éste desnudo, sin otra tela que el *maxtlatl*, conveniente y ancha faja de algodón, que tapaba sus pudencias, llavando á sus lados algunos ministros de la religion. Al llegar al templo, subia á la parte elevada de éste, apoyado en los hombros de los personajes mas distinguidos de la nobleza. En el instante que llegaba al punto elevado del santuario, salia á recibirle uno de los sumos sacerdotes que le estaba ya esperando con lo mas distinguido de los ministros de la religion. El rey, conducido por los sacerdotes á donde se hallaba el dios *Huitzilopochtli*, adoraba de rodillas á esta sangrienta deidad, tocando respetuosamente al suelo con la mano, y llevándola con igual respeto á la boca. Prestada esta adoracion, pero continuando siempre de rodillas, el sumo sacerdote, empapando un lienzo en una especie de tinta, le teñia todo el cuerpo con ella; tomaba en seguida ramas de sauce, de cedro y de hojas de maíz, y mojándolas en una agua que habian bendecido, le rociaba por cuatro veces, que era el rito que se seguia en la mayor de las fiestas; le consagrada al mismo dios *Huitzilopochtli*. Hecho esto, el mismo sumo sacerdote le vestia con un manto en que estaban pintados cráneos y huesos humanos; le cubria la cabeza con dos velos uno azul y otro blanco, en que se veian las mismas figuras; le colocaba en el cuello, atada por una cinta, una calabacita que contenia dentro un polvo misterioso que servia de amuleto, segun sus creencias, contra las enfermedades, los engaños y los hechizos; y en seguida le daban un incensario y un saquito de copal para que incensase á su venerada divinidad.

Terminadas las anteriores ceremonias religiosas, en que el rey habia permanecido de rodillas, tomaba asiento el sumo sacerdote, y haciendo que se sentasen tambien el monarca, los reyes aliados, los señores y la nobleza, dirigia un discurso al nuevo soberano, felicitándole por su elevacion al trono como él mismo se felicitaba, y recomendándole el buen gobierno, la recta administracion de justicia, el respeto á la religion, el cariño paternal hácia los pobres, y el engrandecimiento y prosperidad de la patria.

Al discurso pronunciado por el sumo sacerdote, seguian los de los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, los de los señores y los de la nobleza, reducidos todos á congratulaciones por su nombramiento y á ofrecimientos de amistad, de lealtad y de disposicion á servirle. El rey contestaba á todas las arengas, ofreciendo cumplir religiosamente con los deberes sagrados que tiene un monarca que solo debe vivir para labrar la felicidad de sus pueblos.

Despues de los discursos, el rey, seguido de su comitiva, bajaba al átrio inferior, donde el resto de la nobleza le esperaba para protestarle fidelidad y obediencia y pagarle en telas y en joyas el tributo á que estaban obligados. Cuando los nobles que le habian esperado en el átrio inferior acababan de jurarle adhesion y presentarle su tributo, el sumo sacerdote y algunos otros ministros de los dioses, le conducian á una habitacion llamada Tlacateco, situada dentro del mismo templo, y en ella le dejaban enteramente solo por espacio de cuatro dias. En cada uno de estos, solo podia hacer una comida, bien de carne, bien de cualquier otra cosa que apeteciese. En cada uno de estos cuatro dias habia de bañarse dos veces, sacándose sangre de las orejas

despues de haberse bañado, y ofreciéndola al dios *Huitzilopochtli*, acompañada de oloroso copal que en honor de la deidad quemaba, orando continuamente á fin de alcanzar las luces que eran necesarias para gobernar con acierto el reino.

Trascurridos los cuatro dias, al siguiente volvia la nobleza al templo, y conducia á su palacio al nuevo monarca con las mas altas distinciones y consideracion. Aquí se presentaban otra vez los feudatarios para que les confirmase en la investidura de sus feudos, y se repetian las protestas de fidelidad. La corona era puesta en las sienes del que habia sido nombrado rey de Méjico, por el rey de Acolhuacan. La corona, llamada *copilli* por los mejicanos, tenia la forma de una mitra, pues estaba levantada por la parte anterior rematando en punta, y por la posterior pendiente y caida sobre el cuello. Se componia generalmente de láminas de oro muy sùtiles, ó tejida primorosamente con hilo tambien de oro y figurado con brillantes plumas.

Siguieron á la coronacion de Moteuczoma I los festejos y los regocijos públicos, acompañados de los sacrificios humanos verificados en los prisioneros de guerra, en honor del dios *Huitzilopochtli*.

Hasta entonces las víctimas sacrificadas en los regocijos de la coronacion de un monarca á la sangrienta divinidad, habian sido prisioneros hechos en general en las batallas por todo el ejército, sin necesidad de que en éstas se encontrase el soberano; pero el nuevo monarca Moteuczoma introdujo la costumbre que se siguió continuamente despues, de que las víctimas que habian de sacrificarse en la grandiosa fiesta de la coronacion fuesen hechas en comba-



tes dados por el mismo que habia sido nombrado rey. Según lo dispuesto por el reciente soberano y por él puesto en práctica, el rey elegido estaba obligado á salir á la guerra para proveerse de los prisioneros que debian sacrificarse en su coronacion. Para conseguir el objeto que se anhelaba, jamás faltaba alguna ciudad que se rebelaba, algun insulto que vengar hecho á los embajadores, ó bien la captura de los que en los mercados habian inferido alguna ofensa, ó hecho algun daño á los mejicanos.

El personaje elegido monarca, salia á la guerra para hacerse de los prisioneros necesarios que se habian de sacrificar en su coronacion, con grande aparato, llevando sus insignias reales y ostentando sus armas. Los prisioneros eran conducidos con notable pompa, con objeto de dar todo el realce posible á la campaña hecha por el soberano; pero entre esos prisioneros, los que tenian un lugar distinguido, y marchaban separados de los otros

Los prisioneros hechos por mano del rey. como merecedores de mas honra, eran aquellos que habian sido hechos por mano del mismo rey. A esos prisioneros, cuya presencia argüia el valor y el esfuerzo del monarca vencedor, se les vestia con las ropas de mas lujo y vistosas; se les engalanaba con brillantes adornos, y colocados en preciosas literas, eran llevados á la capital, de donde los habitantes salian á recibirles con músicas y demostraciones de regocijo. Todas las provincias del reino, anhelantes de patentizar su admiracion hácia el rey, por los prisioneros hechos por su mano, le enviaban embajadas y regalos, felicitándole por el alto esfuerzo de su magnánimo corazon.

Llegados á la capital los prisioneros hechos por el mo-

narca, eran conducidos á un sitio cómodo y decente, donde se les daba de comer abundantemente hasta el día destinado para el sacrificio. La víspera de este, el rey ayunaba y hacia largas oraciones con gran recogimiento y devoción, como era costumbre hacerlo por los dueños de las víctimas que iban á ser sacrificadas, por ser ceremonia expresa de la religion que profesaban. Llegado para los desdichados prisioneros el funesto día destinado á su sacrificio, les colocaban las insignias del sol, y les conducian en seguida al altar comun de los sacrificios, donde morian á manos del gran sacerdote, que era quien desempeñaba el cargo de sacrificar á los prisioneros debidos á la persona real. Acto continuo de haber rasgado á la primera víctima el pecho y sacado el corazon que lo presentaba al sol y lo arrojaba luego á los piés del númen de la guerra, hacia con la sangre del prisionero sacrificado una aspersion hácia los cuatro vientos cardinales, y daba al rey un vaso de ella para que rociara con el rojo y caliente líquido de la víctima, los ídolos que se hallaban en el ensangrentado recinto del templo, en demostracion de gratitud por el triunfo alcanzado sobre los enemigos de la patria. Terminada la anterior ceremonia con el profundo respeto con que solian celebrarla, colocaban la cabeza del sacrificado sobre un palo altísimo hasta que se llegase á secar perfectamente el pellejo, y conseguido esto, lo llenaban de algodón, y á fin de que el hecho glorioso del monarca se perpetuase, lo colgaban en algun sitio del palacio, donde se conservaba como glorioso trofeo que patentizaba el real valor del personaje real.

Moteuczoma fué el primero que dió el ejemplo, y el que

dejó establecida esa costumbre. Despues de haber concurrido al templo, como todos los reyes anteriores, y de haber permanecido en él cuatro dias practicando los actos que referidos quedan, quiso, antes de proceder á la coronacion, salir á campaña, con el fin de hacer el mayor número de prisioneros para que fuesen sacrificados en honra del dios *Huitzilopochtli* en aquella solemne ocasion. Queriendo vengarse de la injuria que hacia algun tiempo le hicieron los chalqueños de conducirle preso á la cárcel de Chalco, cuando salia de desempeñar su embajada con Nezahualcoyotl, en Texcoco, dispuso proveerse de víctimas en la nacion de ellos. Tomada esta determinacion, reunió su ejército, y salió al frente de él con direccion á Chalco. Los chalqueños, le salieron al encuentro; pero derrotados completamente, huyeron á la ciudad, dejando en poder de los mejicanos un considerable número de prisioneros.

El dia señalado para la coronacion, Moteuczoma entró en Méjico con los tributos y regalos que los pueblos vencidos le habian presentado. En medio de los soldados victoriosos marchaban, en gran número, los prisioneros chalqueses; pero los que habian sido hechos por mano del mismo Moteuczoma, iban por delante, en vistosas literas llevados, vestidos con gran lujo, y acompañados de la música que habia salido á recibirles al acercarse á la ciudad. Moteuczoma, rodeado de la nobleza, caminaba en medio de los victores del pueblo que le miraba como al hijo mimado del dios de la guerra. Delante de él marchaban los mayordomos de su palacio y los recaudadores de rentas: seguian á estos los individuos que de parte de sus señores, llevaban los regalos: iban divididos en igual número de cua-

drillas al que formaban los pueblos cuyos presentes llevaban. El orden en que caminaban llamaba la atención de todos; y los regalos hácia los cuales se dirigian las miradas de la multitud, consistian en oro, plata, plumas de esplendidos colores, ricas telas de algodón, innumerable cantidad de preciosas aves de diversas clases, y otros mil objetos de gran gusto y valía.

La coronacion de Moteuczoma se celebró con una esplendidez que superó á la de todos los reyes que le habian precedido. Los prisioneros hechos por su mano fueron sacrificados por el gran sacerdote: el nuevo monarca que habia ayunado la víspera, como era costumbre, roció con la sangre de la primera víctima, los sangrientos idolos que estaban en el templo; el pellejo de las cabezas fué llenado de algodón así que estuvo bien seco, y colocado en un sitio conveniente del palacio; y las iluminaciones, los juegos y las fiestas presentaron una animacion que excedió á todo lo que hasta entonces se habia visto.

El traje que usaban los monarcas mejicanos Traje de los reyes mejicanos. era el *xiuhcilmalli* ó capa entretejida de azul y blanco, dentro de palacio: el que vestian para asistir al consejo y demás actos públicos, variaba, segun el acto á que tenian que concurrir: para ir al templo llevaban el *xiuhcilmalli* blanco; pero á todas las funciones iban con la corona puesta.

Manera con que se presentaban en público los reyes mejicanos. Cuando salian á la calle, lo hacian en unas lujosas andas, llevadas en hombros de cuatro señores principales, en las cuales se ostentaba, en lugar conveniente, un rico quitasol de brillantes plumas verdes. Delante de la regia comitiva

marchaban tres personajes de la nobleza, llevando levantadas tres varitas de oro, anunciando así al pueblo que el monarca se acercaba, y detrás de las andas caminaban cuatro distinguidos magnates llevando un magnífico pálio, también de plumas verdes con exquisitos adornos de oro, para cubrir con él al soberano cuando anhelase bajar de las andas y marchar á pié. El respeto que se tenía á los reyes era profundo, y el pueblo se postraba ante ellos cuando pasaban, sin atreverse á levantar los ojos para verles. La nobleza y los grandes señores, cuando iban á su lado ó se presentaban al monarca, tenían fija la vista en el suelo, y nunca hablaban delante de él si no cuando dirigia la palabra á alguno.

El nuevo rey Moteuczoma, que significa *señor sañudo* (1), lleno de noble ambicion y anhelando continuar el engrandecimiento de su patria, se preparaba á notables empresas.

Atribuyendo, lo mismo que el anterior monarca, que las victorias alcanzadas eran debidas á la proteccion del dios *Huitzilopochtli*, su primera providencia, al sentarse en el trono, fué levantar un suntuoso templo á la referida divinidad en un punto de la ciudad que llamaban Huitznahuac. Para hacerlo con toda la magnificencia que él juzgaba digna del númen de la guerra, pidió á los reyes de Acolhuacan y al de Tacuba que le ayudasen en la obra, enviándole piedra, madera y todos los materiales, así como entendidos operarios. Nezahualcoyotl y Totoquihuatzin le

(1) El verdadero nombre era Moteuczoma, *señor sañudo*; pero por corrupcion de la voz se ha quedado el nombre de Moctezuma, como le llamaremos desde ahora.

enviaron, en abundancia, todo lo que pedia, y el templo se terminó muy en breve, celebrándose su dedicacion trascurridos algunos dias.

Poco tiempo despues de haber dado principio á la obra, los chalqueses ó chalqueños que conservaban un odio implacable á los mejicanos, buscaban los medios de ofenderles, insultando á los que á sus mercados marchaban, y profiriendo siempre palabras ofensivas contra Moctezuma y sus vasallos. La campaña anterior hecha por éste con el fin de proveerse de prisioneros chalqueses para sacrificarles en su coronacion y el haberse vuelto sin atacar la ciudad de Chalco, les persuadia á creer que si sus enemigos podian dar un golpe de mano, eran impotentes para sostener una guerra contra ellos.

El reino de Chalco era, con efecto, fuerte entre las naciones del valle, y sus soldados, instruidos en el ejercicio de las armas y valientes: el gran número de canoas que tenian, les hacia poderosos por el agua, y sus muchas y buenas tropas, respetables por la tierra. Moctezuma comprendia que una lucha contra aquella nacion se debia evitar mientras no hubiese un motivo poderoso de honra para emprenderla, y por lo mismo disimulaba todo lo que no llevaba una ofensa imperdonable para el país, para poderse ocupar en los negocios importantes del Estado. La prudencia de Moctezuma, aumentó la osadia de los chalqueses, y un acto inhumano cometido por ellos, obligó al rey de Méjico á dejar su actitud pacífica.

El acto, que reunia á la crueldad la injusticia, fué cometido en personas de alta suposicion, de nacionalidad acolhua y mejicana.

Teteotzin,  
señor de Chalco,  
manda matar  
á dos hijos  
del rey  
Nezahualcoyotl  
y á tres señores  
mejicanos.

Dos príncipes reales de Texcoco, hijos del rey Nezahualcoyotl y tres señores mejicanos, marchando de caza y entretenidos en ella, se alejaron de su comitiva y entraron en los montes que dominan las llanuras de Chalco, ajenos á todo temor y recelo. Cuando mas entretenidos se hallaban, se vieron sorprendidos y presos por una partida de soldados chalqueses. Conducidos á Chalco, el cruel Teteotzin, señor de la ciudad, dejándose llevar de su odio hácia Moctezuma, y sin atender al elevado carácter de sus prisioneros, ni cuidarse de las consecuencias que podrían sobrevenirle, ordenó que se diese muerte así á los dos príncipes de Texcoco, como á los tres señores mejicanos. La bárbara disposicion se ejecutó inmediatamente; pero no satisfecho aun el cruel Teteotzin con el crimen cometido, mandó que los cinco cadáveres se salasen y secasen perfectamente para poderlos conservar, y cuando, con efecto, estuvieron bien secos, los colocó en una de las salas de su palacio, á donde tenia por costumbre pasar de noche un rato de tertulia con tres ó cuatro de la nobleza. El objeto que se habia propuesto era recrearse con la vista de aquellas víctimas de su odio, y á fin de que sus ojos pudiesen gozar por completo del espectáculo que le recreaba, hacia que los cadáveres sirviesen para sostener las rajas de pino con que de noche se alumbraba.

Guerra  
contra los  
chalqueses.

Nezahualcoyotl, lleno de dolor por la muerte de sus dos hijos, y anhelante de justicia para castigar aquel acto horrible de inhumanidad, pidió al rey de Méjico y al de Tacuba, sus dos firmes aliados, que le enviasen auxilios para llevar la guerra al señor de

Chalco. No se hizo esperar mucho el socorro. Moctezuma necesitaba castigar también severamente á los chalqueses por los asesinatos cometidos en los tres señores que acompañaban á los dos desventurados príncipes, y resolvió ponerse al frente de las tropas. Listos los tres ejércitos de Tacuba, Méjico y Acolhuacan, Moctezuma dispuso que los texcocoanos atacasen la ciudad de Chalco por tierra; y que sus tropas y las de Tacuba lo harian al mismo tiempo por agua.

Los chalqueños  
son vencidos,  
y su territorio  
sometido á  
la corona  
de Méjico.

Reunido un considerable número de canoas para trasportar las tropas de Méjico y de Tacuba, y preparadas por tierra las fuerzas de Nezahualcoyotl, el ejército marchó sobre la ciudad. Los chalqueños no se intimidaron ante el considerable número de contrarios que sobre ellos iba. Por el contrario, llenos de valor y confiando en el triunfo, esperaron á sus enemigos. El combate empezó con igual furia por una y otra parte; los chalqueses, á pesar de la superioridad numérica de los que les atacaban, no cedían ni un palmo de terreno. El mismo Teteotzin, aun que cargado de años que le impedían el andar, pero lleno de bélico entusiasmo, se hizo llevar en una litera al teatro del combate, con el objeto de inflamar con su presencia el valor de sus vasallos. De su lado Moctezuma, con su arrojo temerario, se lanzaba donde mas grande era el peligro y mas recia la pelea. Pero quien en medio de aquella lucha tenaz aparecía como el dios de la guerra, era el príncipe Axoquentzin, hijo del rey Nezahualcoyotl, quien deseando dejar vengada la muerte de sus hermanos, arrollaba cuanto á su paso se le oponía. Prodigios de heroicidad hicieron



los chalqueses para contener el empuje de sus contrarios; pero al fin fueron vencidos, despues de haber visto caer muertos á sus mejores guerreros, y de dejar en poder de sus contrarios, millares de prisioneros. Dueños de la ciudad los vencedores, la pusieron á saco, se apoderaron de todo cuanto de algun valor habia en ella, tomaron prisioneras algunas mujeres; y habiendo logrado capturar á Te-teotzin, que habia provocado aquella guerra con el acto inhumano referido, fué sentenciado á la pena del último suplicio, que sufrió con entereza. El triunfo alcanzado sobre los chalqueses se debió, en gran parte, al príncipe Axoquentzin, digno vástago del ilustre Nezahualcoyotl.

Con arreglo al convenio celebrado entre el rey de Acolhuacan, el de Méjico y el de Tacuba, en el reinado del monarca mejicano Itzcoatl, los tres soberanos se repartieron el bolin; pero Chalco, así como todo el territorio que le pertenecia, quedó sometido desde aquel instante al rey de Méjico.

La posesion de Chalco, aumentó considerablemente el poder de los mejicanos, cuya nacion crecia diariamente con sus conquistas.

La alianza de los tres soberanos era la garantía de cada uno de ellos respecto de cualquiera otra nacion que tratase de promoverle guerra.

No habian crecido menos que los acolhuas y mejicanos, los tlaxcaltecas, que, como tengo repetido, pertenecian á una de las siete tribus *nahuatlacas*, que despues de los toltecas, poblaron el Anáhuac.

Celosos rivales los tlaxcaltecas de los mejicanos, eran siempre los que estaban dispuestos á prestar auxilio á las

nacioncitas que los solicitaban para hacer la guerra á Méjico.

Las conquistas hechas por Itzcoatl y su sucesor Moctezuma, las vieron con profundo disgusto, y anhelaban que se presentase una ocasion propicia para poder cortar las alas á aquella águila que, aparecida sobre el solitario nopal de una isleta miserable, habia emprendido un vuelo que amenazaba no terminar sino despues de haber dominado con su garra todos los pueblos que se hallaban al alcance de su penetrante mirada.

Con este fin aumentaron su ejército, que era ya numeroso, y esperaron, preparados, el momento en que fuese necesario medir sus armas con las de los mejicanos.

---



## CAPÍTULO XII.

Buena administración del rey Nezahualcoyotl.—Viveres que anualmente se consumían en palacio.—Casamiento de Nezahualcoyotl con la hija del rey de Tacuba.—Sus composiciones literarias.—Magnificencia de los palacios y jardines de Nezahualcoyotl.—Número de gente que se ocupó en su construcción.—Nobles sentimientos de Nezahualcoyotl.—Su idea reconociendo un Sér supremo.—Prohíbe los sacrificios humanos, pero se vé precisado á permitirlos.—Un lunar en su brillante vida.

Mientras los tlaxcaltecas se ocupaban de proyectos de guerra, Nezahualcoyotl, el poeta rey de Acolhuacan, se afanaba por reunir en su corte de Texcoco, todo lo que pudiese influir en el adelanto de las ciencias, de la literatura y de las artes, y en poner en un estado digno la administración de justicia, en la cual fué siempre inflexiblemente recto. Siguiendo la marcha que habia emprendido desde el primer día que empuñó las riendas del gobierno, no habia descuidado, ni por un solo instante, la obra del engrandecimiento de la patria, ni en la parte intelectual ni en la parte material. Con igual empeño queria que se cultivase la inteligencia que produce los bienes de la civiliza-

cion y de la cultura, como las fértiles campiñas que, agradecidas al trabajo del hombre, le presentan sus sabrosos frutos.

Fija su mente en esa civilizacion que él comprendia, y con razon, como reguladora de todos los actos nobles, la quiso ver aplicada á todas las leyes que promulgó y que, con efecto, fueron verdaderamente notables en aquel tiempo. Celoso del orden, dispuso que ninguna causa, ya fuese criminal, ya civil, se alargase mas de ochenta dias, que constituian cuatro meses mejicanos.

Cada vez que terminaba este periodo, los jueces y los reos se presentaban en una sala del palacio real, donde se celebraba una reunion, para juzgar allí todas las causas que en el tiempo señalado no se hubiesen terminado y que, irremisiblemente, tenian que quedar en aquel sitio concluidas. Si al que se creyó reo, aparecia inocente, se le dejaba en libertad; si culpable, recibia allí mismo el castigo que las leyes señalaban al delito que habia cometido. Para los crímenes de adulterio, homicidio, sodomia, embriaguez, hurto y traicion á la patria, dictó leyes severísimas. Los historiadores texcocanos, al hablar de su intransigencia con algunos de los crímenes indicados, y de que, para salvarse del castigo no valian las recomendaciones del nacimiento ni del parentesco, dicen que mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por haber cometido el crimen de incesto.

Pero si por su excesivo celo de justicia hacia que se cumpliesen las leyes, no por esto se le puede acusar de falta de sensibilidad. Nezahualcoyotl poseia sentimientos generosos, tiernos y humanitarios. Creia que la aplicacion

de la pena á los delitos, segun señalaban las leyes, era de imprescindible deber, y desobedecia á sus afectos de compasion, por obsequiar los derechos de la justicia. Que era compasivo, se manifiesta por todas las disposiciones que dictó para con los desgraciados á quienes siempre vió con singular clemencia. Al mismo tiempo que era inflexible con los criminales y bastaba robar del campo ageno cuatro mazorcas de maíz para incurrir en la pena de muerte, queriendo hacer así sagrada la propiedad, mandó que á los lados de todos los caminos se sembrase maíz, alubias y otras semillas y plantas, á fin de que los caminantes pobres, pudiesen tomar de balde lo necesario para vivir. Con los que carecian de recursos, muy especialmente si eran enfermos, ancianos ó viudas, se manifestó siempre caritativo, pues gastaba en limosnas una gran parte de lo que tenia.

No era, pues, falta de humanidad sino sobra de amor á la justicia la que le obligaba á ser severo con los transgresores de las leyes y con los criminales.

Los víveres que consumia la casa real de Texcoco en el reinado de Nezahualcoyotl. La pauta de su celo por la buena administracion de justicia, la podemos conocer de una manera marcada, en una de sus disposiciones dadas con el objeto de que fuesen incorruptibles los jueces. Para que no pudiesen éstos ser sobornados por los litigantes, dispuso que víveres, ropa y cuanto era necesario para sostenerles con la decencia debida á la categoria de cada uno, les fuese suministrado por la casa real. Pero aunque los progresos en las artes, en las ciencias y en las letras, así como las acertadas leyes sobre administracion de justicia hablan muy alto en favor de los

adelantos de la nacion acolhua, lo sensible era que, de los beneficios de su prosperidad y de su grandeza, solo gozaban, casi exclusivamente las clases privilegiadas, pues en aquellos gobiernos, el pueblo no tenia derecho mas que á ser defendido de los grandes señores, á quienes servía cultivando sus tierras y fabricando sus palacios. La plebe no tenia acceso á ningun destino ni puesto elevado. La nobleza era la que desempeñaba todos los cargos públicos.

Los pueblos puede decirse que trabajaban para los reyes y los señores. Causan asombro las enormes cantidades de víveres que anualmente se consumian en el gasto del rey Nezahualcoyotl y de su familia, incluso los jueces á quienes mantenía. 4.900,300 fanegas de maíz; 2.744,000 de cacao; 3,500 de *chiles* ó pimientos y tomate; 1,300 panes gruesos de sal, y 8,000 pavos. (1) Respecto del consumo que se hacia de alubias ó *frijoles*, de chia, de verduras de todas clases, de frutas, ciervos, patos, conejos, liebres, codornices y toda especie de aves, pueden considerarse aun mucho mayor, aunque no se marca su guarismo.

Se dudaria de que esa enorme cantidad de víveres se consumiese cada año en el sólo servicio de la familia real y de los jueces, si no constase de las pinturas originales en que consta lo dicho, y si no estuviese confirmado por el irrecusable testimonio de un descendiente del mismo Nezahualcoyotl.

Pero prescindiendo de los sacrificios exigidos del pueblo para sostener el boato y grandeza de los reyes y de la

(1) *Ixtlilxochitl*, Hist. chib.

nobleza, la enorme cifra de víveres que dejamos indicada, revela la exuberancia de aquellos vírgenes terrenos, el grande movimiento comercial de Texcoco y el considerable número de brazos que debían emplearse en recoger los efectos referidos, especialmente por la notable cantidad de cacao que consignada queda. El cacao no se daba en ninguno de los puntos de los diversos reinos del Anáhuac. Era planta propia de la tierra caliente, y provenia el que se consumía en Texcoco, Méjico y otras ciudades, del comercio establecido con la referida tierra-caliente. Todas estas provisiones y otras muchas como la leña que se consumía en cantidades enormes en la casa real, eran proporcionadas, durante medio año, por catorce ciudades, y durante el otro medio, por quince. Los nombres de las catorce primeras eran Texcoco, Alenco, Huexotla, Coatlichan, Chiauh-tla, Papalotla, Tepetlaoztoc, Tezonyocan, Acolman, Coatepec, Tepechpan, Iztapallocan, Xaltocan y Chimalhuacan. Los de las restantes quince, los siguientes: Aztaquemecan, Otompan, Axapochco, Cempoallan, Teotihuacan, Tepepolco, Tlalanapan, Tizayocan, Ortoticpac, Ahuatepec, Cuauhtlatzinco, Coyoac, Oztotlatlahucan, Achichillacachocan y Telliztacac.

Los grandes recursos que para cubrir los enormes gastos de la casa real, de los magistrados, de las obras materiales emprendidas para el embellecimiento de la ciudad, así como para el pago de los maestros dedicados á la enseñanza de las ciencias y de las artes, emanaban de las conquistas de diversos pueblos hechos por el monarca, de la vida de la industria, del impulso dado á la agricultura, y de la actividad del comercio.



Casamiento de  
Nezahualcoyotl,  
con la hija  
del rey  
de Tacuba.

Nezahualcoyotl, trascurrido algun tiempo del brillante triunfo alcanzado sobre los chalqueses, quiso tomar una esposa digna de la brillante posicion que guardaba el reino. Aunque tenia varias mujeres con las cuales se habia casado desde su juventud, y habia tenido de ellas varios hijos, á ninguna le habia concedido el título de reina. Para haber obrado así, existia el motivo de que todas eran hijas de sus vasallos, ó esclavas, si se exceptúa á Nezahualcochitl, que pertenecia á la casa real de Méjico y podia elevarla al trono. Pero ésta habia muerto antes que Nezahualcoyotl hubiese recobrado la corona usurpada por el rey tepaneca Azozomoc, y Nezahualcoyotl resolvió casarse con la princesa Matlalcihuatzin, jóven de notable belleza y modestia, hija del rey de Tacuba su aliado.

Concedida la mano de la jóven, por su padre el monarca Totoquihuatzin, fué conducida la princesa por éste y el rey de Méjico á Texcoco, donde fué recibida por Nezahualcoyotl con el aparato régio que le correspondia. Las bodas se celebraron con notable esplendor y extraordinarios regocijos públicos que duraron ochenta dias. El último de estos, el rey Nezahualcoyotl obsequió con un banquete espléndido á la nobleza de su reino y á la de las dos naciones aliadas. Amante de la poesia y dotado de inspiracion dulce y tierna, Nezahualcoyotl escribió una sentida oda que hizo que los músicos la cantasen á la mitad de la comida. La composicion era filosófica como todas las que brotaban de la mente del rey poeta. En ella comparaba, con sencillez cautivadora, la brevedad de la vida y la de los halagadores placeres de la tierra, con la belleza de una flor que se mar-

chita apenas ha comenzado á gozar de los primeros albores de la mañana. Los tiernos conceptos con que presentó las melancólicas imágenes de su expresiva concepcion, conmovieron profundamente el auditorio, á cuyos ojos asomaron las lágrimas del sentimiento. Esta sencilla produccion del rey Nezahualcoyotl, la he visto traducida por entendidos poetas mejicanos de nuestra época, logrando que en la traduccion se conservase aquel dulce sabor primitivo que caracterizaban las producciones] poéticas de Nezahualcoyotl. La oda comenzaba con estas palabras:

*«Flores esparcidas simétricamente en el pueblo de los sabinos.»*

Terminado el banquete, el rey de Méjico y el de Tacuba, acompañados de la nobleza de sus respectivas naciones, volvieron á sus correspondientes reinos, para ocuparse de los asuntos del Estado.

Un año despues, la jóven y hermosa reina Matlalzihuatzin dió á luz un hijo á quien se puso por nombre Nezahualpilli, cuyo nacimiento se celebró con manifestaciones de regocijo.

Nezahualcoyotl, procurando que al par del  
Nezahualcoyotl  
 fabrica un  
 gran palacio.  
 Descripción  
 de él.
 adelantado de las ciencias y de las artes, marchasen las obras materiales que embelleciesen la ciudad de Texcoco y el esplendor de la corona, levantó agradables palacios para la nobleza, y construyó un conjunto de soberbios edificios reunidos, que se llamó Hueictecpan, ó gran palacio, que servian de morada á la familia real, y donde estaban al mismo tiempo todas las oficinas públicas. Este soberbio palacio, media de Oriente á Occidente 1234 varas, y de Norte á Sur 798. Le rodea-

ba un espeso muro de ladrillos crudos y mezcla, de seis piés de ancho y nueve de alto, en la mitad de la circunferencia, y quince piés de altura en la otra mitad. Dos espaciosos patios se ostentaban dentro de este vasto recinto: era el exterior la plaza del mercado de la ciudad, que siguió sirviendo de lo mismo despues de la conquista hecha por los españoles: el interior tenia á uno y otro lado los salones en que se celebraban los consejos: ricos alojamientos para los embajadores extranjeros, y un vasto salon, con preciosos pórticos, donde se reunian los hombres entregados á las letras y á las ciencias, á tratar sobre diversas materias, y que comunicaba con los aposentos que les estaban destinados. En el mismo departamento, pero en sala separada, se encontraban los archivos públicos que se conservaban con especial cuidado.

Las habitaciones del rey y las de las numerosas y bellisimas mujeres que formaban su delicioso serrallo, estaban anexas al átrio interior que era de magnífica estructura. Vastas y numerosas eran las piezas que tenian, y las paredes de todas ellas ostentaban riquísimos tapices hechos de brillantes plumas y pinturas de vivisimos y variados colores. Grandiosos y notables departamentos, adornados con todo el gusto y abundante lujo de aquel tiempo entre las naciones del Anáhuac, estaban destinados exclusivamente para cuando los reyes de Méjico y de Tacuba, sus importantes y leales aliados, visitasen la corte de Texcoco. Por debajo de majestuosos pórticos de agradable elegancia y solidez, y cruzando por entre odoríferas veredas de flores y de arbustos, se pasaba de las régias habitaciones á los deliciosos y pintorescos jardines del palacio, cuya at-

mósfera embalsamaban las delicadas rosas y las variadas y aromáticas plantas que en abundancia admirable se ostentaban. Preciosos baños, vistosas fuentes, espaciosos estanques en cuyas ondas se veían cruzar millares de peces de los mas vivos colores; inmensas pajareras dentro de las cuales cruzaban volando de un punto á otro las aves de plumajes riquísimos, todo estaba cercado de frondosos árboles, cuyas ramas, uniéndose en la copa, formaban una verde y sonante bóveda que se mecía dulcemente al suave halago de las brisas, graduando sabiamente los rayos solares que debían penetrar embelleciendo el recinto sin perjudicarlo.

No era posible fijar la vista en aquel conjunto de suntuosos edificios unidos, sin sentirse dominado por el asombro. Trescientos riquísimos aposentos, muchos de ellos de mas de cincuenta varas cuadradas, se contaban dentro de la suntuosa fábrica que nos ocupa. Su altura nos es desconocida, por no haber tenido la curiosidad ninguno de los que pudieron saberlo, de marcar ese detalle, ni existir pintura antigua que lo consigne. Exquisitas maderas y materiales escogidos se emplearon en la construcción interior de esos palacios; y que la argamasa y la piedra entraban en las obras sólidas que emprendían, lo estuvieron demostrando por mucho tiempo después de la conquista por los españoles, la enorme cantidad que proporcionaron los restos de aquellos régios palacios, para construir iglesias y levantar cómodas casas en el mismo sitio en que había estado situada la antigua ciudad de Texcoco.

Se ignora el tiempo que se tardó en terminar ese con-

junto de palacios que componian el llamado *Hueitecpan* ó gran palacio; pero se asegura que en su construccion se emplearon doscientos mil operarios.

No sé si la cifra adolecerá de exageracion; pero yo mas bien la admito que la rechazo, puesto que los reyes de todas las naciones del Anáhuac, tenian á su disposicion los brazos de la gente del pueblo, y podian disponer de inmensas masas para sus obras, como los monarcas egipcios y del Asia.

Número de hijos que tuvo Nezahualcoyotl. Educacion de ellos.	Los hijos del rey Nezahualcoyotl que ascendian á ciento diez, cincuenta hembras y sesenta varones, tenidos de sus varias mujeres, habitaban vastos edificios contiguos al gran palacio. Dentro de esos mismos edificios habia salones destinados á la enseñaanza de los principes, donde se instruian, guiados por los mejores maestros en las letras, en las ciencias y en la manera de gobernar á los pueblos.
--	--

A estos ramos del saber quiso Nezahualcoyotl que sus hijos reuniesen otros pertenecientes á las artes, y les hizo aprender á trabajar el oro, la plata, las joyas y los mosaicos de pluma.

Juzgando que sin moral y sin religion los gobernantes no pueden dirigir bien á los pueblos, tenia dispuesto que una vez, cada cuatro meses, concurriesen á escuchar un discurso que abrazase las dos importantes materias referidas, y que era pronunciado por uno de los hombres mas eminentes del sacerdocio, en una sala consagrada al objeto. En esos discursos, el orador se esmeraba en inclinar el ánimo de los principes á la práctica de las virtudes y en

separarles de toda senda que no condujese al bien y á la felicidad del alma.

Magnificencia de los jardines de Nezahualcoyotl. No eran de menos magnificencia los jardines destinados al recreo del rey Nezahualcoyotl, que los notables palacios de que hace un instante me ocupé detenidamente. Nada habia mas hermoso que esos pensiles cubiertos de extrañas y preciosas flores, de estanques, de pajareras, de plantas exquisitas y de corpulentos y copudos árboles. Pero entre todos esos deliciosos jardines, habia uno que se hacia notable por su singular belleza y que se conocia con el nombre de Textotzinco. Era mas bien que un jardin, un precioso bosque, donde se veian reunidas la majestad de éste con las rientes gracias de aquel. Rodeaba el precioso bosque-jardin, sitio que era el preferido de Nezahualcoyotl para sus frecuentes paseos, un muro bastante alto y grueso. Profundas albercas, espaciosos estanques, pintorescas fuentes, cómodos y vistosos baños y multiplicados canales de riego que cruzaban en todas direcciones, se veian en medio de frondosos árboles, de variadas y fragantes flores, de verde, fresca y abundante grama. Alimentaba estas albercas, fuentes, baños y estanques, el agua conducida de sierra en sierra, desde su nacimiento, por un acueducto sólido, sostenido por gigantescos y robustos muros de argamasa, que iba á una parte alta que tenia el bosque, de donde, como de un monte, se dominaba el resto del jardin y la llanura que se desarrollaba como una alfombra de rosas y verduras. Por unas espaciosas gradas, parte de ellas practicadas en la roca, y la otra parte construidas de argamasa, se subia al sitio elevado y dominante, donde habia un delicio-

so paseo de estrechas calles de árboles, en que se respiraba una brisa fresca y embalsamada por el aroma de las flores que desde la parte baja exhalaban sus perfumes. Como vigilante centinela de aquel recinto, se levantaba, en el punto culminante de la expresada altura, una elevada torre que ostentaba por chapitel, un colosal maceton de donde salian brillantes penachos de vistosas plumas; y debajo de ella, sombreado por un páblio formado de oro y delicadas plumas, yacia reclinado un melenudo leon de cuatro varas de largo, ostentando alas y plumas, con la mirada fija en el Oriente, y en cuya boca asomaba un rostro que era el retrato del rey Nezahualcoyotl.

En el principal de los estanques se levantaba una roca que señalaba, en claros geroglíficos esculpidos en ella, los años trascurridos desde el nacimiento de Nezahualcoyotl hasta el instante en que la obra quedó terminada, y los mas preclaros hechos de su vida. Eran dos inscripciones importantes que señalaban dos épocas históricas de alto interés en los anales de la existencia del reino de Acolhuacan. Junto á la segunda inscripcion que patentizaba las proezas del monarca científico y poeta, se hallaban tambien esculpidas en la roca, sus armas. Eran éstas una casa ardiendo en llamas, amenazando desplomarse, enfrente de otra sólidamente edificada, en medio de las cuales se veia una piedra preciosa atada á un pié de venado, del que brotaban unos penachos de plumas y una cierva, encima de la cual se descubria un brazo, empuñando con la mano un arco con flechas. Completaban el escudo de armas, un guerrero con morrion, orejeras y coselete, con dos tigres á los lados arrojando agua y fuego por las

bocas, y por orla doce cabezas de reyes y de señores.

Dos abundantes porciones de agua se desprendían majestuosamente de este monumental estanque, recorriendo y vigorizando la una, la exuberante parte del bosque por el lado delicioso del Sur, y llevando la otra sus fecundantes linfas por el pintoresco punto que se encontraba al Norte.

Tres abundantes albercas se levantaban á distancia conveniente del hermoso estanque descrito, sombreadas por el espeso ramaje de los corpulentos árboles que á distancia próxima crecían.

En la deliciosa alberca que se encontraba en medio de las otras dos no menos admirables, se destacaban tres hermosas estatuas de mujer, alusivas á los tres Estados del imperio. En la alberca que á la parte del Norte se ostentaba á su lado, se levantaba una peña en que se hallaba grabado el escudo de armas de Tollan, capital de los toltecas, y esculpido diestramente en otra caprichosa peña que embellecía la tercera alberca que ocupaba el lado del Sur, se veía el escudo de Tenayucan, corte primera de los reyes chichimecas, edificada por Xolotl, cuando se estableció con su errante y numerosa tribu en el Anáhuac.

Abundante y cristalina era el agua que enriquecía esas espaciosas albercas que enviaban sus refrigerantes linfas por numerosos canales que en diversas direcciones cruzaban los jardines; pero se destacaba entre las tres, por su profundo lecho, la que se hallaba ocupando el lado del Sur, desprendiendo de su seno, por anchurosos chorros, una cantidad asombrosa de agua que, cayendo sobre las peñas formando espumosas y pintorescas cascadas, descendía luego, como brillante y menuda lluvia, sobre una ma-



tizada alfombra de fragantes flores, en cuyos delicados pétalos brillaban temblantes las trasparentes gotas, remediando limpios y nítidos brillantes.

Siguiendo una calle de gigantescos árboles que formaban con su espeso ramaje una bóveda impenetrable á los rayos del sol, se llegaba á un delicioso sitio en que, excavados en la viva roca de maciso pórvido, se encontraban espaciosos baños y pórticos y pabellones de mármol, á los cuales se descendía por relucientes peldaños formados en la misma roca, que brillaban por su lustre y la perfeccion con que estaban pulimentados, como límpidos y diáfanos espejos. Esculpidos con admirable maestría se veían en el pretil de esta admirable escalera, en signos geroglíficos, la hora, día, mes y año en que el rey Nezahualcoyótl recibió la noticia de la muerte del señor de Huexotzinco, leal y fiel amigo que le había ayudado á recobrar el trono, y á quien profesaba una amistad profunda. La funesta y sensible nueva la llegó á recibir en los instantes mismos en que se terminaba la escalera, y en su pretil quiso dejar consignado aquel triste suceso, como un vivo recuerdo á la memoria de su amigo.

En uno de los pintorescos sitios del majestuoso jardín, cercado de gigantescos cedros y acariciado por las frescas brisas, se levantaba esbelto y grandioso el régio alcázar de agradable arquitectura, notable por la variedad infinita de sus mármoles, con sus numerosas y ventiladas alcobas, sus espaciosos salones y sus anchos patios, donde se aspiraba una atmósfera pura y embalsamada por el blando perfume de las nacientes flores.

A este delicioso alcázar se retiraba con frecuencia el

poeta rey Nezahualcoyotl, para descansar de las fatigosas tareas del gobierno, y entregarse á los goces de la bella literatura, y á la dulce sociedad de sus mujeres favoritas. En aquel poético alcázar tenia destinadas esplendentes habitaciones para sus aliados soberanos de Méjico y de Tacuba, cuando llegaban á visitarle para entregarse con él á los placeres de la caza en las umbrosas selvas que se extendian á corta distancia de la quinta. Enfrente de esas lujosas habitaciones, se ostentaba un espacioso patio en que se verificaban, en determinados dias, las mas vistosas danzas y los espectáculos mas dignos y agradables que entonces se conocian entre las naciones del Anáhuac.

Las descripciones de los grandiosos monumentos de la arquitectura texcocana están plenamente confirmadas por las venerandas ruinas que aun quedan semi-enterradas como recuerdos de esa régia quinta, en la desierta y coniforme colina de Tezcotzingo, que se descubre á dos leguas de Texcoco. Allí yacen olvidadas y casi ignoradas de la generalidad de los hombres, sin conseguir atraer mas que las miradas de uno que otro viajero que, impulsado por la curiosidad ó el amor al estudio, las examina afanoso, dando forma y vida en su fecunda imaginacion á lo que solo son fragmentos ennegrecidos por el tiempo.

Pero no tenia Nezahualcoyotl los bosques y los jardines únicamente con el objeto de recrear los sentidos, sino tambien con los de ilustrar la inteligencia. Aficionado al estudio de la naturaleza, se recreaba examinando las flores y las plantas, de las cuales procuraba descubrir los secretos y las propiedades. El amor al estudio de la botánica y de la zoología, le hizo que mandase pintar con toda exactitud en

las paredes de sus palacios, las plantas y los animales de otros climas que no se daban en Texcoco, para poder conocerlos, ya que no le era posible estudiarlos.

Nezahualcoyotl tiene una idea del verdadero Dios, y desprecia interiormente la idolatría. Dedicando una gran parte del tiempo que le permitian sus asuntos de gobierno, á la investigacion de las causas de los fenómenos naturales, llegó á formarse una idea bastante clara de la existencia de un Sér Supremo, y á persuadirse de la falsedad de la idolatría. Dotado de una razon clara y de un juicio recto, perfeccionado con el análisis de los mas bellos objetos de la creacion, confesaba la existencia de un solo Dios increado, invisible al hombre, criador de cielo y de la tierra; recto juez que premiaría despues de la muerte las virtudes de los buenos con inefables goces de eterna ventura, y castigar con terribles penas las acciones de los malvados. No reconociendo en el fondo de su alma mas que una divinidad, creadora de toda lo existente, la invocaba como á «aquella por quien vivimos y que tiene todas las cosas en sí misma.»

Aunque precisado, para no chocar con las creencias de los demás, á guardar respeto y venerar á los ídolos, enseñó á sus hijos á no reconocer mas Dios que uno solo Todopoderoso, y á desconfiar de las falsas deidades, aunque exteriormente les manifestasen respeto, á fin de marchar en armonía con las creencias de la nacion entera.

Con estas ideas rectas, hijas de una inteligencia superior y de un juicio admirable, era lógico que juzgase indignos de un Dios todo bondad y amor hácia el hombre, la sangre vertida en los altares á los monstruosos ídolos que adoraban. Persuadido de que todo acto inhumano y san-

griente debía pugnar con la dulzura del supremo Hacedor, prohibió los sacrificios de víctimas humanas. Este era un gran paso dado en el camino de la civilización y de la humanidad; pero que por desgracia no pudo realizarlo. Los sacerdotes y el pueblo se rebelaron contra aquella disposición que juzgaron sacrilega, y Nezahualcoyotl se vió precisado á permitirlos, «viendo cuán difícil es apartar á los pueblos de las ideas antiguas en materias de religión.» (1)

Esta oposición de la nación entera acolhua á la noble idea del mas querido de sus reyes, viene á prestar un vehemente indicio mas, en apoyo de la idea emitida por el profundo observador Humboldt, respecto á que los toltecas observaban, aunque moderadamente, el sacrificio de víctimas humanas.

El reino de Acolhuacan ó de Texcoco, se componia de los restos de la nación tolteca, de la chichimeca y de la acolhua, fundidas en esta última. Si los sacrificios hubieran estado en pugna con las creencias de una parte de los habitantes del reino, la disposición del monarca, no hubiera encontrado, como encontró, una oposición absoluta en los sacerdotes y el pueblo todo, ni el rey hubiera ocultado hasta entonces sus creencias «porque no le acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores.» (2)

Se ha consignado, por respetables historiadores, que los sacrificios humanos fueron trasmitidos á todas las naciones del Anáhuac por los aztecas ó mejicanos que, dominando el país entero, introdujeron aquel sangriento culto entre los pueblos conquistados. Pero los mejicanos, en la

(1) Clavijero: «Hist. ant. de Méjico.»

(2) Clavijero: «Hist. ant. de Méjico.»

época en que Nezahualcoyotl trató de quitar la sangrienta costumbre, apenas acababan de sacudir el yugo de los tepanecas y de darse á conocer como nacion independiente y guerrera. Hasta pocos años antes, lejos de imponer sus costumbres, eran mirados con desden aun por las tribus menos poderosas. Si los mejicanos hubieran sido los que habian trasmitido á la nacion acolhua el sangriento rito de las víctimas humanas, se habria verificado esa trasmision despues de su preponderancia y no cuando yacían reducidos á los estrechos límites de su aislada ciudad, donde vivian como tributarios del rey de Azcapozalco.

Pues bien, la preponderancia de los aztecas ó mejicanos era reciente; y que la costumbre de la nacion acolhua databa de una fecha remota, está demostrado en el temor que Nezahualcoyotl tenia de que «no le acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores,» viendo «cúan difícil es apartar á los pueblos de las *ideas antiguas* en materias de religion.»

Si el régulo de Colhuacan y su corta tribu se horrorizaron de los cuatro prisioneros que los mejicanos sacrificaron cuando los tenia reducidos á la esclavitud, no debemos deducir por esto que las demás tribus que poblaban el Anáhuac dejasen de practicar el mismo sangriento rito.

No habian impuesto los mejicanos sus costumbres ni su dominio, aun muchos años despues, á varias naciones mas ó menos distantes, y sin embargo, «desde la isla de Cozumel y punta de Yucatan hasta la isla de Sacrificios y Villa de Veracruz, sacrificaban víctimas humanas.» (1)

(1) «Carta de la Justicia y Regimiento de la Ríon Villa de la Veracruz á la reina doña Juana y al emperador Carlos V, en hijo, á 10 de Julio de 1519.»

Nacion bien distante de la de Méjico era la de Cutzala, situada junto á la laguna de Chapala, á 170 leguas de aquella ciudad, y sin embargo sacrificaban anualmente considerable número de niños y de niñas, todos los prisioneros que cogian en sus guerras á la nacion tarasca que era su enemigo, y se lavaban sus cuerpos con la sangre de los sacrificados, imaginándose que así quedarían fuertes y se hacían invencibles.

No estaban mas próximos á Méjico los habitantes de Teul, indios comarcanos á Guadalajara. El dios de ellos era distinto en el nombre al de los mejicanos: le llamaban *Theoll*; pero no por esto era menos sanguinario que *Huitzilopochtli*. Los teules, atribuyendo á la divinidad que adoraban, deliciosa complacencia en ver humear sus altares con la sangre de seres racionales, le sacrificaban, con reverente afán, hombres y niños.

Mas lejana aun estaba la provincia de Acalán, por donde Hernan Cortés pasó en su penosa expedición á las Hibueras; mas no obstante su ningun comercio con los mejicanos, ni aun despues de su engrandecimiento, sacrificaban á una diosa en quien tenían mucha fé, doncellas vírgenes y hermosas, pues creían que era indispensable que concurriesen esas cualidades en las sacrificadas, para que la deidad no se irritase contra ellos. Con este fin las elegían entre las mas hermosas, y las criaban desde niñas con notable esmero y cuidado. (1)

Que «los chichimecas estuvieron mucho tiempo sin usar sacrificios, no teniendo al principio ni ídolos, ni templos,

(1) Carta de Hernan Cortés al emperador Carlos V, escrita en Méjico el 3 de Setiembre de 1526.

ni sacerdotes, ni ofreciendo otra cosa á su dioses, el sol y la luna, que yerbas, flores, frutas y copal,» (1) no arguye que en su país, antes de pisar la tierra de Anáhuac, y cuando ya estuvieron viviendo en sociedad, no hubiesen tenido sacrificios. Los mejicanos adoraban el sol y le ofrecian incienso y codornices. Tambien ellos caminaron sin ídolos y sin sacerdotes desde que salieron de su país Aztlan, situado al Norte del seno de la California, hasta que pasados muchos años fabricaron una estátua de madera á su dios *Huitzilopochtli* en Hueicolhuacan, hoy llamado Culiacan, lugar situado sobre el seno de la California: tampoco de ellos se sabe que hubiesen sacrificado hasta allí víctimas humanas; y si la historia de los mejicanos hubiera terminado allí, no existiria dato ninguno para asegurar que sacrificaban seres humanos á sus dioses. Sin embargo, los hechos posteriores nos hacen creer que si realmente no sacrificaron hasta entonces, que no es creible, no era porque dejasen de anhelar los sacrificios, sino porque carecian de víctimas para hacerlos. Acaso aconteció igual cosa respecto de los chichimecas; pero si así no fué, puede asegurarse de todas maneras, que los sacrificios entre los acolhuas, de cuya nacion formaban parte, eran ya muy antiguos cuando los mejicanos empezaban apenas á ejercer alguna influencia en las naciones del Anáhuac.

Me he detenido á hacer las observaciones anteriores, no para defender á los aztecas del cargo que les hacen de que «no ocurrió á las demás naciones la inhumanidad de sacrificar víctimas humanas hasta que los mejicanos no borraron con su ejemplo las primeras ideas impresas por

(1) Clavijero, «Historia antigua de Méjico.»

la naturaleza en sus ánimos;» (1) hasta que dominando con sus conquistas «dieron un sombrío colorido á las creencias de las naciones conquistadas;» (2) sino con el noble deseo de que se esclarezca en lo posible todo lo relativo á ese punto importante de la historia.

Ignoro si las razones que acabo de exponer parecerán aceptables al lector. No las he emitido con la vana pretension de que sean admitidas, sino con el objeto de que el público las conozca, para que en vista de ellas, abrace la opinion que mas lógica y segura juzgue.

Enemigos irreconciliables fueron siempre de los mejicanos, los tlaxcaltecas y michoacanos; y sin embargo, ambas naciones vertian en los altares de sus ídolos la sangre de humanos seres, aun mucho antes de que la nacion mejicana se presentase potente y conquistadora.

El rey Nezahualcoyotl, viendo que era preciso dejar al pueblo en la sangrienta costumbre religiosa que profesaba, alcanzó al menos que, en lo sucesivo, solo serian sacrificados los prisioneros de guerra.

Mucho conseguir fué; pero sin embargo, la sangre de los cautivos inmolados á los ídolos, le despedazaba el alma, y en el seno de su familia, comparando las creencias que sus observaciones le habian inspirado, con las que observaba el resto de la nacion, exclamaba: «Los ídolos de piedra que no hablan, ni sienten, no pudieron hacer ni formar la hermosura del cielo, el sol, la luna y estrellas que lo hermosean, y den luz á la tierra; rios, aguas y fuentes, árboles y plantas que la embellecen, las gentes que la po-

(1) Clavijero: «Historia antigua de Méjico.»

(2) Prescott: «Historia de la conquista de Méjico.»



seen, y todo lo criado: algun Dios muy poderoso, oculto y no conocido, es el Criador de todo el Universo. El solo es el que puede consolarme en mi afliccion, y socorrerme en tan grande angustia como mi corazon siente.» (1)

Nezahualcoyotl  
 fabrica  
 una torre al  
 Dios  
 verdadero.

Convertidas en profunda conviccion sus nuevas ideas religiosas, robustecidas fuertemente por la observacion, edificó un templo en forma de torre, dedicado al «Dios no conocido, causa de las causas.» (2) El religioso monumento ostentaba nuevos cuerpos que representaban otros tantos cielos, el último de los cuales dejaba admirar un majestuoso techo de bóveda, pintado de un limpio azul claro celeste con brillantes estrellas, y elegantes cornisas de oro con gusto y lujo trabajadas. En el remate de esa elevada torre, que estaba provista de habitaciones para los encargados de cuidarla, colocó finisimas hojas de sonoro metal, cuyo sonido, al tocarlas, se escuchaba de cualquier punto de la ciudad.

Cuando á determinadas horas del dia la voz del sonoro metal sonaba tocado por el mazo de uno de los encargados del nuevo templo, el rey se ponía de rodillas para elevar sus oraciones al Criador del cielo, en cuyos altares se le prohibió al pueblo que vertiese sangre humana.

Nezahualcoyotl  
 se hace  
 notable por sus  
 composiciones  
 poéticas.

Llaman la atencion y asombran los conocimientos que Nezahualcoyotl adquirió en las ciencias, en las letras y en las artes, sin haber tenido libros en que estudiar, ni sabios maestros de quienes aprender. En la poesia brilló por la

(1) M. S. de Ixtlilxochitl.

(2) M. S. del mismo.

dulzura de sus expresiones y por sus pensamientos filosóficos. Todas sus producciones poéticas eran escuchadas con indecible entusiasmo y placer, y los sesenta himnos que compuso en alabanza del Criador del cielo, fueron celebrados en el siglo XVI por los españoles. Dos de estas obras fueron traducidas al castellano, despues de la conquista, por uno de sus descendientes, y se conservan todavía. Una de ellas fué compuesta poco despues de la ruina de Azcapozalco, y su argumento entraña el mismo pensamiento que la composicion que los músicos cantaron en el banquete que dió á la nobleza y á los reyes de Méjico y de Tacuba con motivo de su boda con la hija de este último: lamenta la inestabilidad de las grandezas humanas, presentando al tirano rey Maxtlaton como á un árbol frondoso y robusto que extiende sus ramas dominando todo lo que alcanza y cubriendo con la sombra de sus ramas al territorio del imperio entero; pero que roidas sus raíces por el gusano, y podrido y seco su tronco, vino al fin á tierra despreciado de todos, y sin esperanza de levantarse ni de recobrar el antiguo verdor y lozanía.

La dedicacion del rey á las ciencias y á la literatura; el cuidadoso empeño que tuvo de llevar á su corte á todos los hombres mas eminentes entre ellos en saber y talento, y las recompensas que dedicaba á los que sobresalian en bien decir, en capacidad y en la enseñanza, despertaron en la nobleza y en todos, el deseo de cultivar el entendimiento, y Texcoco llegó á ser considerada despues, como el centro de la civilizacion, como la patria de las artes, y como la ciudad en que se hablaba con mas pureza y perfeccion el idioma mejicano. Muchas de las leyes que regian

á la nacion gobernada por Nezahualcoyotl, fueron adoptadas por los mejicanos y por otros muchos pueblos, y no sin motivo ha merecido que se denomine á Texcoco la Atenas del Anáhuac y á Nezahualcoyotl como el Solon de la América.

En medio de las brillantes cualidades que distinguian al ilustre soberano de la nacion acolhua ó texcocana, una debilidad, nacida de una pasion vehemente, vino á formar un triste lunar en el bello conjunto de su admirable conducta. La pasion fué inspirada por una jóven de seductora hermosura, cuya mano estaba destinada á otro hombre.

Buscando Nezahualcoyotl nuevos objetos de estudio en la naturaleza, se propuso visitar algunos de los Estados de su reino, próximos á su deliciosa quinta de Tezcotzinco. Siguiendo un poético sendero que habia cautivado sus sentidos, llegó á un punto delicioso, donde fué recibido con distinguidas manifestaciones de aprecio por el señor de Tepechpan, noble anciano y leal vasallo suyo, que le habia servido con fidelidad durante la lucha contra los usurpadores del trono. Juzgándose honrado con la visita del monarca, el agradecido súbdito obsequió con un magnífico banquete á su ilustre soberano, y dispuso que la escanciadora que le sirviese el rico licor, fuese una noble y bellisima jóven con quien debia casarse muy en breve y que, contra la costumbre de aquellos países, habia sido educada bajo el mismo techo del que se iba á unir á ella.

La interesante jóven, cuyos hechiceros atractivos adquirian un indefinible encanto bañados por las delicadas tintas del pudor y de la modestia, se presentó con el rubor en

Nezahualcoyotl  
se prenda  
de la  
prometida de  
uno de sus  
leales  
vasallos.

las mejillas y la dulce afabilidad en el semblante, á desempeñar junto al monarca, el cargo mismo que en la mesa de los dioses desempeñaba en el Olimpo la hermosa y seductora Hebe.

La belleza de la linda escanciadora causó una profunda emoción de amor en el alma apasionada del monarca poeta; pero cauto y prudente, supo ocultarla por aquel momento, para no acibarar la satisfacción del noble anciano que le obsequiaba.

Nezahualcoyotl se despidió de su leal vasallo, llevando impresa en su corazón la imagen de la pudorosa joven que no podía apartar un solo instante de su memoria, y hácia la cual sentía una violenta pasión.

El enamorado monarca, ocultando á todo el mundo el volcánico fuego que le abrasaba, Negro lunar en la brillante vida de Nezahualcoyotl. discurría la manera de hacerse dueño del amor de aquel ángel que le había cautivado, y no encontrando otro medio que el de hacer desaparecer al hombre á quien estaba destinada, lo abrazó á pesar de conocer que el paso que iba á dar era contrario á sus sentimientos de justicia y á su honor.

Para que nadie pudiera sospechar ni remotamente su intento, nombró al señor de Tepechpan, jefe de una de las secciones de un ejército que enviaba contra los tlaxcaltecas, diciéndole que á nadie mas que á él, cuyos conocimientos en el arte de la guerra y su prudencia en el consejo le eran conocidos, quería confiar el cuerpo de tropas que le correspondía.

El noble anciano que hacia muchos años que se había retirado á la vida tranquila del hogar, se sorprendió con

la órden de marchar á campaña, y su présago corazon, vaticinando una desgracia, buscó el motivo que podia haber decidido al rey á dictar la órden referida, y como por intuicion, creyó ver la verdadera causa de ella.

No quiso, sin embargo, revelar á nadie su sospecha, temiendo equivocarse ofendiendo la honra de su rey; pero sí manifestó en un convite de despedida que dió á sus amigos, que presentia que no volveria de aquella expedicion.

No le engañó su presentimiento.

El noble anciano salió al frente de sus tropas, á combatir con los tlaxcaltecas.

El mando del ejército en general, lo confirió el rey á dos acreditados jefes texcocanos, encargándoles que á donde el peligro fuese mas inminente, allí obligasen á marchar, en lo mas recio del combate, al señor de Tepechpan. Para que no les sorprendiese la órden que les daba, les dijo que el veterano anciano se habia hecho acreedor á la muerte por una grave falta que habia cometido; pero que en consideracion á su edad, á los buenos servicios prestados á la patria y al distinguido puesto que ocupaba, habia resuelto evitarle un castigo público, haciendo que terminase su vida de una manera gloriosa.

Pocos dias despues se daba una sangrienta batalla entre tlaxcaltecas y texcocanos, y el anciano y valiente señor de Tepechpan moria en el campo de batalla, víctima de su lealtad al rey, y dedicando su último pensamiento á la jóven que amaba.

Nezahualcoyotl, al recibir la noticia de la muerte del noble anciano, manifestó, por medio de una parienta suya,

á la jóven que debió desposarse con él, la honda pena que sentia por la desgracia que habia sufrido, entablando con este motivo con ella una correspondencia amistosa.

La jóven, que ignoraba que la muerte del hombre á quien debió unirse habia sido dispuesta por el monarca, se manifestaba agradecida al interés que éste se tomaba por su felicidad. Cuando Nezahualcoyotl conoció que el corazon de la jóven se encontraba mas resignado, le hizo saber que estaba dispuesto á unirse á ella, si por su parte no habia obstáculo que lo impidiera. No fué rechazada la proposicion del monarca, y Nezahualcoyotl se dispuso á realizar su deseo.

Para que todo guardase una marcha natural y nadie sospechase, ni remotamente, su conocimiento ni aficion á la jóven, convino en que ésta se presentase un dia determinado en la quinta de Tezcotzinco, como una de las muchas concurrentes á una ceremonia pública que se celebraria.

Con efecto, la hermosa jóven se presentó en los jardines reales cuando el monarca Nezahualcoyotl se encontraba asomado á uno de los corredores de su alcázar. Al verla, preguntó á los que le rodeaban, fingiendo sorpresa, «quién era aquella dama que por primera vez veia en sus posesiones,» y cuando le hicieron saber su desgracia y rango, mandó que la condujesen á donde estaba, para que fuese tratada con las distinciones debidas á su cuna.

La recepcion hecha por el rey á la simpática jóven fué altamente afectuosa, y á ella se siguió poco despues una declaracion pública de amor de parte del monarca. Transcurridos algunos dias, el matrimonio del rey con la jóven se celebró con grandes regocijos y fiestas, con asistencia de

toda la corte y de los monarcas de Méjico y Tacuba sus aliados.

Este hecho, único á todas luces reprobable en la vida de nobles y heróicos hechos del rey Nezahualcoyotl, se encuentra referido por el historiador texcocano Ixtlilxochitl, cuya relacion la sacó de la hecha circunstanciadamente por el hijo y un nieto del monarca. Ambos censuran ese acto, presentándolo como una degradante mancha caída en la honra de su ilustre antecesor. Reprensible es, con efecto, aquella innoble accion, y sensible que la hubiese cometido un hombre de relevante mérito, digno de respeto y de alabanza por todos los demás actos de su gobierno.

---

## CAPITULO XIII.

Indigna conducta y muerte de Cuauhtlatoa, rey de Tlatelolco.—Conquistas de Moctezuma.—Inundacion de Méjico.—Construccion de un dique.—El ejército; oficiales de guerra: órdenes militares; traje marcial del rey; armas ofensivas y defensivas; simulacros, táctica y fortificaciones.—Hambre en Méjico en 1452.—Nuevas conquistas de Moctezuma.—Prohíbe todo comercio con los tlaxcaltecas.—Estos se ven privados absolutamente de la sal.—Los chalqueños invitan á un hermano de Moctezuma á que sea rey de ellos.—Se quita la vida por no admitir.—Moctezuma vence á los chalqueños y les hace sus tributarios.—Muerte de Moctezuma.

Indigna conducta y muerte de Cuauhtlatoa, rey de Tlatelolco. Mientras el rey Nezahualcoyotl, despues de unirse á la mujer que amaba, se entregaba de nuevo á las ciencias, al embellecimiento de la ciudad de Texcoco y á la buena marcha de los negocios públicos, el monarca de Méjico, Moctezuma se veia precisado á prepararse para la lucha.

El temible Cuauhtlatoa, tercer rey de Tlatelolco; el mismo á quien vimos confederarse con los señores de los territorios inmediatos cuando proyectó asesinar el rey Itzcoatl, con el fin de apoderarse de Méjico, volvió á concebir el mismo pensamiento respecto de Moctezuma.



Desde que fracasó el plan puesto contra Itzcoatl, ambas naciones se vieron con desconfianza, y la antigua enemistad de los mejicanos y de los tlatelolcos, se aumentó de una manera notable, hasta el grado de haber pasado muchos años sin comunicarse, excepto algunos individuos del pueblo que, furtiva y reciprocamente asistian al mercado, por causas de comercio.

Sabedor Moctezuma de los proyectos de su vecino el rey de Tlatelolco, se propuso sorprenderle cuando mas confiado estaba en que iba á sorprender, y disponiendo su ejército, asaltó con extraordinario brio la capital de su contrario; hizo prisionero á su rey Cuauhtlaton, y mandó que le quitasen la vida. Dado aquel severo castigo al sagaz rey de Tlatelolco, no quiso, por entonces, someter su Estado á la corona de Méjico, y se contentó con hacer que sus habitantes eligiesen por soberano al digno y moderado Moquihuíx.

Libre Moctezuma de su peligroso contrario y vecino, se dirigió con sus tropas, para vengar la muerte cometida en algunos de sus vasallos, al territorio de los colhuixcas, situado al Sur de Méjico. Dispuestos sus habitantes á combatir contra los mejicanos, lucharon denodadamente; pero era imposible resistir al empuje de los tres poderosos aliados, y vencidos al fin, añadió Moctezuma á la corona de Méjico, los territorios de Yautepec, Tepoztlan, Huaxtepec, Yacapichtla, Totolapan, Tlalcozauhtitlan, Quilapan ó Chilapan, Oztamantla, Coixco, Tlachmalac y otros muchos, distantes los siete primeros, á cincuenta leguas de la corte. Hechas estas conquistas, marchó inmediatamente hácia el Poniente, y haciéndose dueño de Tzompahuacan, some-

lió al dominio de los monarcas de Méjico, todo el vasto país de los cohuixcas.

Enriquecido con el triunfo del botin, volvió Moctezuma triunfante á la capital, llevando un número considerable de prisioneros, que fueron sacrificados en honor de la divinidad de la guerra *Huitzilopochtli*.

Para asegurar la posesion de las provincias conquistadas, quedaban en las principales ciudades, guarniciones mejicanas, y á los señores de ellas se les exigia que viviesen en Méjico durante cierta época del año, dejando en rehenes al volver á sus territorios, algun hijo ó pariente en su lugar. Con este sistema se afianzaba lo conquistado, y la ciudad se embellecia con los palacios que levantaban los señores feudatarios para vivir con la esplendidez que les correspondia.

La grandeza y fausto de los reyes mejicanos fué creciendo á proporcion que se ensanchaban mas y mas los limites de su imperio.

La sencillez de los primeros monarcas se habia sustituido con el lujo y el esplendor de una corte poderosa; y los tributos de los pueblos, se aumentaron á medida que el boato de los reyes y de los grandes crecia.

Moctezuma viendo levantar á los feudatarios de la corona, residentes en la capital del reino, vastos y elegantes palacios, mandó edificar para sí uno verdaderamente suntuoso, poniendo la servidumbre bajo un pié de grandeza y aparato hasta entonces desconocidos.

La fortuna sonreia á este monarca que se hallaba dotado de las cualidades mas notables y elevadas.

Nueve años llevaba de encontrarse al frente de los des-

tinios de la patria, y la nacion habia adquirido un ensanche asombroso, con las muchas provincias que con las armas habia agregado á su imperio.

1446. Cuando mas risueña y próspera se presentaba á los mejicanos la fortuna, una funesta calamidad les fué á sorprender en medio de sus glorias militares y de sus prósperas conquistas.

Méjico, fundado sobre una ancha laguna, estaba expuesta á sufrir grandes inundaciones, aunque hasta entonces no habia sufrido ninguna. Pero en 1446, diez años despues de haber subido al trono Moctezuma, las lluvias, sucediéndose sin interrupcion y con abundancia excesiva, aumentaron considerablemente el volúmen de las aguas del lago á donde iban á parar además todas las que descendian de las montañas, y no pudiendo contenerse en su lecho, se desbordaron por la ciudad, derribando algunas casas, arruinando muchas, y anegando por completo, sin excepcion, todas las calles, por las cuales no se podia transitar sino en canoas.

Se hace un dique para evitar las inundaciones. Pasada la calamidad con grandes pérdidas para la ciudad, Moctezuma, deseando prevenir el remedio á fin de que el daño no volviese á repetirse, consultó con el sabio rey Nezahualcoyotl sobre lo que seria conveniente hacer para librar á Méjico de ser invadido por otra inundacion. Nezahualcoyotl manifestó que lo preciso, en su juicio, era que se construyese un gran dique en un punto que determinó, indicando al mismo tiempo las dimensiones que debia tener para que pudiese refrenar las aguas. Moctezuma adoptó inmediatamente el parecer del rey de Acolhuacan, y á fin de poner

lo sin pérdida de tiempo por obra, hizo que los pueblos de Xochimilco, de Azcapozalco y de Coyohuacan, le suministrasen algunos millares de estacas muy gruesas, mientras á otros pueblos ordenó que condujesen toda la piedra necesaria para la construccion de la obra. Reunido el material necesario, Moctezuma convocó á los habitantes de Tacuba, de Colhuacan, de Tenayuca y de Itzpalapan, para la ejecucion de la importante obra, y atendido su deseo, los reyes mismos, los caciques, los señores y los magnates fueron los primeros en estimular, con el ejemplo, á sus vasallos, á emprender la obra concebida.

Es incalculable el número de miles de hombres que se ocupó en la construccion del dique; pero merced á ese número, la empresa quedó terminada en muy poco tiempo, cuando, de otra manera, hubieran trascurrido muchos años para darle fin. Tres leguas de largo y veintidos varas de ancho tenia el dique; el cual se componia de dos sólidas estacadas paralelas, perfectamente aseguradas, cuyo espacio medio se terraplenó sólidamente de piedras y de arena. Grandes dificultades se presentaron para poder trabajar dentro del lago, y muy particularmente en aquellos sitios en que habia mucha profundidad; pero la constancia, la industria y el empeño las vencieron todas, y el dique se vió terminado, y la ciudad preservada, aunque no del todo, de nuevas inundaciones, puesto que de estas no le han podido salvar ni las grandes obras hechas despues de la conquista por los españoles, y practicadas por los mas insignes ingenieros europeos.

Queriendo los chalqueses aprovecharse de los trabajos emprendidos por Moctezuma, creyendo que aquel era el

momento mas oportuno para sacudir el yugo de los mejicanos, se rebelaron empuñando las armas; pero nada consiguieron. El monarca de Méjico salió contra ellos, y despues de un reñido combate, los chalqueses fueron vencidos, aunque la victoria les costó á los vencedores algunos buenos capitanes.

Oficiales de guerra, Reprimidos y sujetos de nuevo, Moctezuma volvió á Méjico, donde se ocupó de reparar los males que la inundacion habia causado en la ciudad, de embellecer el templo de *Quetzilopochtli*, y de poner bajo un pié brillante el ejército, pues la carrera de las armas era entre las naciones del Anáhuac, la mas honrosa y distinguida. Entre los mejicanos, ningun príncipe podia ser rey, si antes no habia servido en el ejército, dando pruebas de pericia y de valor. El númen predilecto era el de la guerra, que estaba reputado como el defensor de la nacion; y aun en la otra vida se juzgaba que alcanzaba privilegiado lugar el que habia servido á la patria con las armas, gloria que se centuplicaba si moria luchando en defensa de ella. Los Estados pequeños para defender su independendencia, y los mayores con el objeto de hacerse obedecer de los señores tributarios, necesitaban del ejército como elemento indispensable de su existencia política. No es de extrañarse, por lo mismo que, reinicos insignificantes en terreno, presentasen ejércitos numerosos. Las armas eran generalmente el argumento que resolvía todas las cuestiones, y conociendo su importancia, los padres de familia procuraban inspirar valor á sus hijos, les instruian en el manejo de ellas desde la niñez, les acostumbraban á sufrir grandes

fatigas, y les hacian practicar ejercicios propios para el desarrollo y fortaleza del cuerpo.

A esa escuela constante de las armas á que los mejicanos se dedicaron con empeñoso afan, debieron el salir de la esclavitud de los colhuas, el sacudir mas tarde el yugo de los tepanecas, y por último, la gloria de haber sujetado á la corona de Méjico á los reyes y señores de quienes poco antes eran tributarios.

El rey Itzcoatl, adiestrando á su ejército, habia sacado á los mejicanos del estado de humillacion á que los monarcas de Azcapozalco les tenian reducidos; hizo siervos á los que eran sus señores; hizo tributarios de los mejicanos, á los que poco antes pagaban estos tributos; y con las armas colocó á su reino á uua altura suprema entre las demás del Anáhuac.

Moctezuma que le sucedió en el gobierno, ensanchó y engrandeció tambien, por medió de las armas, el reino que regia, y comprendiendo que con ellas únicamente podria mantener lo conquistado y aumentar el esplendor de su grandeza, se dedicó, con particular esmero, á las atenciones del ejército y al brillo de las armas.

En la esclarecida carrera de la milicia, la primera dignidad era la de general, y de esta graduacion, aunque diferentes en categoria, habia cuatro en el ejército. El principal, el que tenia la autoridad suprema, se llamaba *tlacochcalcatl*, que significa *habitante de la armeria ó de la casa de los dardos*. Los nombres con que se designaba á los otros tres eran, *atempañecatl*, *azhuacatecatl* y *tlillan-calqui*, que se ignora si estaban subordinados al primero, ó tenian autoridad independientemente de él. El nombre

que tenían los demás jefes del ejército era el de capitanes; pero en este nombre se incluían todas las graduaciones de la oficialidad, desde la inmediata al general, hasta la menos importante, y todos ellos mandaban un número mas ó menos mayor de gente.

Todas las cuestiones relativas á la guerra, se trataban detenidamente en un consejo compuesto de los generales mas distinguidos, presidido por el rey. Cuando la opinion del monarca y de la mayoría se manifestaba por recurrir á las armas en caso de no recibir satisfaccion á la ofensa recibida, se enviaban embajadores, exigiendo de la nacion enemiga, que recibiese los dioses mejicanos y se declarase feudataria de la corona de Méjico, pagando el tributo que se le señalaba. Si la proposicion no era admitida, se mandaba una declaracion de guerra ó se desafiaba al combate. Toda provincia conquistada, quedaba obligada al servicio militar siempre que fuese necesario, lo mismo que al pago de los tributos.

Los monarcas aztecas, con el objeto de estimular el espíritu guerrero y dar á la carrera de las armas el mayor brillo y esplendor posibles, crearon tres órdenes militares para premiar los servicios de los guerreros que llegaban á distinguirse por sus heroicos hechos. Estas tres órdenes se llamaban *Achcauhctin*, *Cuauhtin* y *Ocelo*, ó lo que es lo mismo, *principes*, *águilas* y *tigres*. Cada una de las referidas órdenes, disfrutaba privilegios especiales, usaba insignias peculiares, y todas tenían en sí mismas, individuos que se distinguían por el lugar preferente que ocupaban. Entre los que pertenecían á la primera orden, los mas notables eran los conocidos con el nombre de *cuachictin*. Lle-

vaban éstos atado el cabello en la coronilla, con un cordón de un rojo encendido, del cual pendían blancas borlas de algodón, cuyo número era igual al de acciones heroicas en que el que las llevaba se había distinguido. Era una condecoración que se consideraba de la más alta estima, y que los reyes mismos se envanecían de llevarla. La orden de los *tigres* usaba una armadura imponente y seria, matizada de las variadas manchas que cubren la piel de la fiera cuyo nombre habían adoptado; y la de las *águilas*, vistosos y pintorescos trajes, adornados de pedrería, y bellísimos penachos formados de las ricas plumas de la reina de las aves. Únicamente cuando marchaban á la guerra usaban los brillantes vestidos mencionados, pues en la corte, toda la oficialidad llevaba un traje llamado *tlachuanhco*, de fina tela de algodón, tejida de varios colores.

A nadie le era permitido llevar insignias de oficiales, mas que á los militares aguerridos, acreditados por su valor en los combates. Los que por primera vez salían á campaña, iban vestidos con un ropon blanco, hecho de tela de maguey (pita); y solo cuando con sus hechos acreditaban su valor, les cambiaban aquel traje por otro altamente honroso, que se llamaba *tencaliuhqui*. La observancia de esta regla era inquebrantable, cualquiera que fuese la categoría del individuo que entraba en la milicia; y ni aun los mismos príncipes podían llevar otro vestido hasta no haberse dado á conocer por alguna distinguida acción en algún combate. Las órdenes militares no solamente se distinguían por el traje, sino también por las habitaciones que ocupaban en el palacio real cuando daban la guardia. A todas ellas les era permitido engalanarse con joyas de



oro y plata, vestirse de telas finas en la corte y usar exquisitas fajas, diferentes de las que llevaba el pueblo, cosa que á los soldados les estaba prohibida mientras no hubiesen alcanzado algun ascenso por sus acciones. Además de los trajes que servian para distinguir á todos los que desempoñaban algun cargo militar, habia otro llamado *tlacatzinlqui*, que se destinaba á los valientes jefes que, en los momentos criticos en que entraba el desaliento en las filas, animaba á sus soldados haciéndoles entrar de nuevo y con mas brio en el combate.

Todos los grados del ejército estaban reservados á la nobleza.

El reclutamiento del ejército era sencillo, puesto que se derivaba del principio de que todo hombre que podia manejar las armas, estaba obligado á pertenecer á él.

Los jefes y señores feudatarios estaban obligados á suministrar un número de tropas, á cuya cabeza marchaban ellos, siempre que el monarca lo exigia.

Respecto del rey, el fausto con que marchaba á campaña era notable.

No existiendo caballos ni animal ninguno que pudiese conducir á un hombre encima, el rey era llevado en lujosas andas adornadas de oro y pedrería, en hombros de sus nobles, que se iban remudando de cuatro en cuatro en distancias convonidas. La armadura que vestia, presentaba además de la consistencia y la belleza, el lujo y la riqueza. Encima de esta armadura de un trabajo exquisito, ostentaba unas insignias especiales que denunciaban su ilustre categoría: ricos brazaletes llamados *matemeatl*, con profusion de figuras de oro y pedrería adornados, cubrian la mitad de

sus brazos, y brillantes pulseras nombradas *matzopeztli*, ostentando profusion de piedras preciosas, adornaban sus muñecas. Para evitar que una flecha ó el golpe de una piedra dirigida por certera honda le hiriese una pierna, calzaba lujosos borceguíes, *cozehuatl*, cubiertos de láminas delgadas de oro; una valiosa cadena ó collar, tambien de oro, que se conocia con el nombre de *cozcapellatl*, adornaba su cuello; en el labio inferior llevaba una esmeralda engarzada en oro, cuyo nombre particular era *tentell*: vistosos pendientes, llamados *nacochtli*, tambien de oro y de esmeraldas, colgaban de sus orejas; y en la corona que cubria su cabeza, y que tenia, como he dicho anteriormente, la forma de una mitra, ondulaba al halago del viento, un lindo penacho de brillantes plumas que le caian sobre la espalda, y que era conocido con el nombre de *cua-chictli*.

Todas las naciones de Anáhuac ponian cuidadoso esmero en que las insignias diesen á conocer inmediatamente la categoría de las personas, y muy especialmente en los momentos de una batalla.

Las armas así ofensivas como defensivas que usaban los mejicanos y los diversos reinos establecidos en aquella region, eran varias, y muchas de las primeras, muy temibles. El arma defensiva de que iban provistos nobles y plebeyos, jefes y soldados, el ejército entero en fin, era el escudo llamado *chimalli*, cuya forma variaba segun el gusto del que los hacia, pero que generalmente era redonda.

Nada podia darse mas pintoresco que el traje de los guerreros de superior graduacion. Llevaban gruesas cotas

de algodón acolchadas, llamadas *ichcahuepilli*, impenetrables á la aguda punta de la flecha de los indios, á la vez que ligeras para evitar la fatiga en las marchas. Encima de estas cotas que defendian el pecho y la espalda, se collocaban otra armadura que les cubria además, la mitad de los brazos y de los muslos. Los jefes principales y los señores, cifrando su mayor placer en la brillantez y riqueza de sus arreos militares, ostentaban corazas hechas de láminas delgadas de oro y plata, y lujosas capas de exquisitas plumas sobre los hombros. Para resguardar la cabeza como resguardaban el cuerpo, la metian en yelmos de madera que imitaban las cabezas de animales feroces, como el leon, el tigre, la pantera, ó la serpiente, con la boca abierta y enseñando los dientes, inflamadas las narices y centelleantes de ira los ojos, con el objeto de inspirar terror en los contrarios. Encima de estos espantosos yelmos pintados todos de los mas vivos colores, llevaban grandes penachos de preciosas plumas, para aumentar así notablemente la estatura y realzar al mismo tiempo la persona. Los escudos que empuñaban con gracia en su mano izquierda, eran hechos de láminas delgadas de oro, de plata ó de bronce, de grandes conchas de tortugas, guarnecidas de algun rico metal, y no pocas veces de cuero de venado, de leon, de tigre, y de ricas telas cubiertas de resinas elásticas y adornadas de oro, plata y esmeraldas.

Como no habia uniformidad en el tamaño de los escudos, y cada individuo, como he dicho, lo mandaba hacer á medida de su gusto, habia algunos con los cuales el guerrero se cubria todo el cuerpo durante el combate, y que cuando avanzaba, retrocedia ó marchaba, lo doblaba por la mitad

y lo colocaba debajo del brazo. Estos colosales escudos eran hechos de tela y materias resinosas elásticas.

Para los simulacros de guerra, pero de ninguna manera para las batallas, usaban los nobles, escudos muy pequeños y vistosos, adornados de escogidas y brillantes plumas.

Para poder distinguir unas compañías de otras, los nobles y los oficiales llevaban una insignia especial que evitaba toda equivocación.

Los soldados iban desnudos, sin más vestido que una faja que usaban para cubrir sus pudencias; pero se pintaban el cuerpo de diversos y vivos colores, imitando el traje que más les agradaba. Los escudos que llevaban eran de unos palos flexibles y duros á la vez, llamados *otalli*, ó bien de cañas igualmente sólidas y flexibles que se sujetaban con hilo muy grueso de algodón, cubriéndolos de plumas, conciliando así la suficiente resistencia con la ligereza.

Las armas ofensivas que usaban, y en las cuales se manifestaban altamente diestros, pues estaban enseñados á manejarlas desde la niñez, eran la espada, la meza, la honda, el arco, la flecha, la lanza, la pica, el dardo y la vira. (1)

Los arcos, que eran de una madera fuerte y elástica, los usaban generalmente muy grandes, y había muchísimos cuya cuerda hecha de nervios de animales y de pelo de ciervo, hilado, tenía cinco pies de largo. Las puntas de las flechas eran de agudo y duro pedernal, ó de *itzli*,

(1) Se da el nombre de vira á una especie de saeta delgada y de punta muy aguda: se la llamó así, de *ris*, por la mucha fuerza con que se arrojaba.

de hueso muy afilado, ó de alguna espina fuerte y gruesa de enormes peces. Su puntería era certera, y rara vez se desviaba la flecha del punto á donde habia sido dirigida. La misma seguridad y destreza manifiestan hasta el dia en el manejo de esa arma, las tribus salvajes de indios que habitan junto á las fronteras de la actual república mejicana, y en cuyos pueblos fronterizos suelen hacer algunas irrupciones.

El dardo mejicano, llamado *tlacochlli*, no se diferenciaba de la flecha sino en que se arrojaba atado con una cuerda para poderlo arrancar despues de haber herido al contrario, mientras las flechas se disparaban sueltas.

Otra de las armas favoritas era la honda, que la manejaban con admirable destreza, y con ella arrojaban piedras durisimas, cuyo golpe muchas veces era mortal.

Sin embargo, nada era mas temible que la denominada espada por los españoles, y que los mejicanos llamaban *macahuitl*. Venia á ser un recio baston de vara y tercia de largo y cuatro dedos de ancho, que lo llevaban atado al brazo con una cuerda, con el fin de que no se escapase de la mano al estar combatiendo. Por una y otra parte del baston se veian adheridos á él, trozos agudisimos y cortantes de piedra *itzli*, pegados de una manera inseparable por una goma resinosa llamada laca. Nada habia que resistiese al golpe primero del *macahuitl*, cuyos afilados pedernales separaban instantáneamente del cuerpo, el brazo, pierna ó cuello en que daba. La potencia del filo de esa arma la conocieron los soldados de Hernan Cortés, que vieron cortar alguna vez con ella, de un solo tajo, la cabeza de un caballo en el combate. Pero evitado el pri-

mer golpe, parándolo con destreza, el arma valia ya muy poco, pues embotado el filo de los pedernales, solo podia causar ya los efectos de un simple baston.

Usaban tambien mucho en los combates, las lanzas y la *maza*. Aquellas tenian la punta, no de hierro, porque era desconocido entre ellos, sino de cobre diestramente trabajado ó de cortante pedernal. La segunda era semejante á la clava antigua, pues engrosando desde la empuñadura, remataba en abultada cabeza llena de cortantes puntas de *itzli* y de cobre.

En ninguna de las naciones de Anáhuac se hizo jamás uso de las flechas envenenadas, pues siendo su afan hacer prisioneros para sacrificarlos á sus dioses, no podian desear que los heridos que caian en su poder, dejasen de vivir, privándose así de verter su sangre en los altares de sus divinidades.

Todos los soldados iban generalmente armados de arco, flechas, honda, espada y dardo.

Los ejércitos estaban fraccionados en cuerpos de ocho mil hombres, y cada cuerpo en compañías de trescientos soldados, cada una con sus jefes respectivos. Todos los cuerpos y compañías tenian sus estandartes y divisas particulares; pero habia uno, que era el principal, perteneciente á todo el ejército, donde se ostentaban las insignias y las armas del Estado, hechas de oro, de plata ó de plumas. Este estandarte nacional, que tenia alguna semejanza con el *signum* de los romanos, le tocaba conducirlo al general en jefe, ó bien á otro personaje de alta graduacion en el ejército. El asta, iba atada á la espalda del personaje que lo llevaba. De esta manera le era imposible al enemigo

apoderarse del estandarte sin hacer primero pedazos al jefe que lo tenia. La bandera de los mejicanos llevaba por insignia una águila en actitud de lanzarse sobre un tigre, y siempre la colocaban en el centro del ejército durante la batalla.

En los combates, mas gloria adquiria el soldado por el número de prisioneros que hacia, que por el de enemigos que mataba. Lo primero era visto como un bien para el Estado y para la religion, puesto que proporcionaba esclavos al primero y victimas á los dioses; mientras lo segundo solo daba por resultado la muerte de algunos enemigos. Por eso en la guerra ora castigado con la pena de muerte, el que le quitaba á otro su prisionero ó le ponía en libertad.

Lo temible cuando se rompian las hostilidades entre dos naciones, era la toma de una plaza por asalto. El incendio, la destruccion y el exterminio, sin excepcion de edades ni de sexo, sucedian al triunfo. Por eso la primera precaucion de los sitiados era poner en seguro á sus mujeres, á sus hijos y á los ancianos, enviándoles á los montes hasta ver el término del asódio.

La táctica que tenian, aunque estaba muy lejos de merecer el nombre de ciencia, era sin embargo suficiente para aquellas naciones, cuyo ejercicio ordinario puede decirse que era la guerra. Nunca acometian sino cuando la señal del combate habia sido dada por el sonido de un tamboril que llevaba á la espalda el general ó el rey, ó por los instrumentos bélicos. El soldado que atacaba á sus contrarios antes de darse esa señal, pagaba con la vida su falta.

Dado el toque de guerra, avanzaban entonando himnos guerreros y lanzando gritos espantosos, simulando dirigirse á un punto para cargar vigorosamente á otro: ora atacando con indecible furia, ora retirándose cautelosamente; ya emprendiendo la fuga determinados cuerpos para atacar á los enemigos á una emboscada; ya avanzando una parte del ejército por el centro, mientras el resto flanqueaba las posiciones contrarias. No era una batalla sin plan ni combinacion, sino hecha con el mayor orden y observando una disciplina rigurosa. El historiador Anónimo que presenci6 las acciones de guerra al verificar Hernan Cortés la conquista de aquellos países, dice «que era un hermoso espectáculo verles marchar al ataque moviéndose todos alegremente y en admirable orden.»

La ordenanza señalaba castigos muy severos por la falta mas leve. La desobediencia á las órdenes de los jefes; el robarle á otro el botin ó el prisionero hecho en campaña y el abandonar sus banderas, se pagaban con la muerte.

En la ejecucion de las penas impuestas por la ordenanza á los transgresores, eran inflexibles los monarcas, cualquiera que fuese la categoría del transgresor. Uno de los últimos soberanos de Texcoco hizo que se aplicase la pena de muerte á dos de sus hijos, despues de haberles curado de las heridas recibidas en el combate, por haberse apropiado los prisioneros de otro. (1)

A fin de inflamar el espíritu guerrero, el ejército tenia su música militar. Los instrumentos, mas á propósito para

(1); Ixtlilxochitl, Hist. chich. M. S.



meter ruido que para producir armonías, se componian de caracoles marinos, tamboriles y trompetas.

Todas las plazas de alguna importancia, muy especialmente las que se hallaban en las fronteras, presentaban obras de defensa, que llamaron la atención de los españoles. Las fortificaciones eran espesos muros con parapetos, estacadas y fosos, siendo los puntos mas fuertes por su solidez y por la manera con que estaban dispuestos, los *teocallis*, que venian á ser otros tantos castillos dentro de las poblaciones. La muralla que defendia la ciudad de Cuauhquechollan, consta que tenia veinte piés de altura y doce de espesor, y que estaba construido de piedra y cal.

Mas notable aun era el atrincheramiento militar de Xochicalco, que se halla al Suroeste de la ciudad de Cuernavaca, próximo á Tetlama. Monumento digno de ser visitado por los amantes al estudio de los objetos que revelan el adelanto de los pueblos antiguos de aquella parte del mundo y de las sociedades pasadas. Es un collado que tiene 117 metros de elevacion, aislado, formando cinco cuerpos ó plataformas defendidas por parapetos hechos de cal y piedra, formando el todo una pirámide truncada, cuyos cuatro lados, que miraban á los cuatro vientos cardinales, se encuentran perfectamente orientados. Llaman la atención por la maestría con que están cortadas, las piedras de pórfido con base de basalto, llenas de figuras geroglíficas representando hombres sentados en el suelo con las piernas cruzadas, como los orientales, y grandes cocodrilos arrojando agua á larga distancia. Este collado atrincherado, se ve cercado de fosos; y la gran plataforma que ostenta el curioso monumento, tiene 9,000 metros cuadrados, dejando

ver los restos de un reducido edificio de forma cuadrada, que revela haber sido el punto último en que los defensores que lo guarnecían, hicieron una resistencia heroica.

No menos importante que las fortificaciones referidas eran otras de que nos han dejado noticia los conquistadores españoles, figurando entre las de primer orden, la gran muralla de seis millas de largo que los tlaxcaltecas, para defenderse de las invasiones de los mejicanos, levantaron en los confines de la república, ocupando el intermedio de dos montañas.

1452.  
Hambre en  
Méjico.

Seis años habían trascurrido desde la inundación de Méjico, y la monarquía mejicana se había consolidado mas y mas en todo ese tiempo, y sus rentas habían crecido, y su ejército había mejorado, cuando otra calamidad mas funesta que la inundación de 1446, llegó á llenar de aflicción á sus habitantes.

Perdidas casi por completo, á consecuencia de fuertes heladas, las cosechas de maiz en los años de 1448 y 1449, y por falta de agua la de 1450 y 1451, la población se encontró, en 1452, sin aquel grano de primera necesidad para su alimento, pues el trigo no se conocía como tengo dicho. El hambre se dejó sentir bien pronto con todo su rigor y con todas sus horribles consecuencias. Gran número de gente del pueblo, sin encontrar un pedazo de pan que llevar á la boca, transitaba macilenta y flaca por calles y caminos, en solicitud de algo con que restaurar sus desfallecidas fuerzas. Aflijidas madres, estrechando á sus tiernos hijos contra su pecho, fallecían de necesidad, dando el último alimento que habían conseguido, á los frutos de su amor, cuya vida preferían á la suya. Los hombres y las mujeres

marchaban á otras naciones vecinas para vender su libertad, y se hacian esclavos por alcanzar lo muy preciso para alimentarse y no morir; y los ancianos y los enfermos, que no podian marchar á otros países para venderse, ni recorrer las calles buscado lo preciso, sucumbian víctimas del hambre.

El monarca Moctezuma y los principales maguates, abrieron sus graneros para socorrer á sus vasallos; pero todo se agotó en un instante. Alligido el rey con la desgracia de sus súbditos, y viendo que no le era dado de manera alguna remediarla, les permitió que se marchasen á otras naciones para que no pudiesen de hambre en la suya. Muchísimas personas fueron las que emigraron, y muchas las que murieron de necesidad en los caminos antes de llegar al término de su viaje. Casi todas las que llegaron, viéndose expuestas á morir de hambre, vendieron su libertad, por un poco de maíz.

El monarca Moctezuma, viendo que la necesidad les obligaba á gran número de personas á venderse por la mezquina subsistencia de dos ó tres dias, mandó, por medio de un bando que hizo publicar, que ninguna mujer se vendiese por menos de cuatrocientas mazorcas de maíz, ni hombre ninguno por menos de quinientas.

En medio de aquella desolacion producida por el hambre, la gente infeliz del pueblo se vió precisada á alimentarse de raices, de yerbas, de moscos, de insectos, de aves acuáticas y de pececitos de la laguna, como los primeros fundadores de la ciudad.

Por fortuna el año de 1453 fué mas abundante, y habiendo sido aun mejor el de 1454, la nacion volvió á go-

zar de las comodidades de los buenos tiempos, y la calma volvió al seno de las familias.

Nuevas conquistas de Moctezuma. No bien empezaban los mejicanos á ver cu-  
biertos sus campos de abundantes maizales y de toda clase de hortaliza y de verduras, cuando les fué preciso empuñar las armas para llevar la guerra á un poderoso contrario que la provocaba. Atonaltzin, señor de la ciudad de Coaxtlahuacan y del Estado del mismo nombre, en el país de los mixtecas, por mala voluntad hácia los mejicanos, cuyas glorias despertaban su envidia, prohibió que ninguno de los últimos pasase por su Estado, para cualquier parte que fuese y el negocio que llevase. Esta orden la hacia cumplir con todo rigor; y cuando algun mejicano, porque no tuviese conocimiento de ella, ó por circunstancias ajenas á su voluntad, pasaba, se veia insultado, preso y maltratado.

Moctezuma, disgustado altamente contra aquella arbitrariedad que perjudicaba los intereses de sus vasallos y ofendia la dignidad de su nacion, envió una embajada al orgulloso Atonaltzin, pidiéndole satisfaccion de las ofensas hechas á sus vasallos y la derogacion de la orden injusta que les negaba transitar por su territorio, ó que de lo contrario declaraba la guerra. Atonaltzin que estaba preparado para ella, y que contaba con fuerzas numerosas, por ser su señorío muy poblado y poderoso, recibió á los embajadores con desden, y mandó traer á presencia de ellos parte de las riquezas que tenia. Hecho esto, se las entregó á los enviados, encargándoles que dijesen á Moctezuma que por aquel presente que le enviaba, podria deducir lo mucho que él recibia de sus vasallos; y el alto grado de adhesion

que le consagraban; que señor que así es querido, nada teme de otra nacion; que, en consecuencia, admitia la guerra, y que en ella se resolveria la cuestion de si los mejicanos habian de ser tributarios de él, ó el Estado de Coaxtlahuacan, de los mejicanos.

Recibida esta arrogante contestacion, Moctezuma pidió á los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, sus aliados, un número de fuerzas que juzgó suficientes, y unidas á las mejicanas, las envió, bajo el mando de un esperto general, contra el señor de Coaxtlahuacan.

El ejército contrario, fuerte y numeroso, y mandado por el mismo Atonaltzin, esperó á los mejicanos on la frontera, ocupando posiciones ventajosas. La batalla se dió, combatiendo por una y otra parte con indecible arrojó; pero atacados de repente los mejicanos con ímpetu terrible por los mixtecas, no pudieron resistir el choque, y deshechos y acosados por todas partes, se vieron precisados á retirarse, abandonando la empresa.

Moctezuma, al recibir la fatal noticia de la derrota, resolvió marchar él mismo al frente de todo su ejército, para recobrar el brillo de sus armas y dejar bien puesto el honor de su corona. Dispuesto quanto era necesario para la campaña, y acompañado de los reyes Nezahualcoyotl y Toloquiluatzin, que quisieron ir con el ejército que cada uno le proporcionó, marcharon los tres soberanos á llevar la guerra á los mixtecas.

Orgullosa Atonaltzin con el triunfo alcanzado, y no dudando, desde el momento de la victoria, que Moctezuma trataria de enviar nuevas tropas, se preparó á recibir las, y con el fin de asegurar el triunfo, envió embajadores á los

tlaxcaltecas y huexotz'ingos, invitándoles á una alianza y pidiéndoles auxilio. Los tlaxcaltecas, que eran enemigos irreconciliables de los mejicanos, y que anhelaban atajar las conquistas de éstos, enviaron inmediatamente un grueso ejército en favor de Atonaltzin, y lo mismo hicieron los huexotz'ingos.

Lo primero que hicieron fué dirigirse sobre Tlachiquiaulico, pueblo de la Mixteca, en que habia una fuerza mejicana que allí se detuvo despues de pasada la batalla, quedándose en posesion del pueblo. Los tlaxcaltecas y huexotz'ingos se arrojaron sobre la guarnicion mejicana y degollaron á todos los soldados que la componian.

Irritado Moctezuma contra sus enemigos, apresuró su marcha para llegar pronto á la Mixteca, en cuya frontera le aguardaba ya Atonaltzin con su ejército y el de los tlaxcaltecas y huexotz'ingos. El combate fué mucho mas tenaz y sangriento que el pasado, pero fatal para los mixtecas, que fueron completamente derrotados, pereciendo casi todos á manos de los mejicanos, que les persiguieron con tenacidad. Muy pocos fueron los soldados mixtecas, tlaxcaltecas y huexotz'ingos que pudieron salvarse, y Atonaltzin, viéndose perdido, se rindió á Moctezuma. Ganada la batalla y tomada la ciudad de Coaxtlahuacan, ésta y todo el Estado reconoció por dueño al monarca de Méjico, de quien en lo sucesivo fueron tributarios. Triunfante Moctezuma de sus enemigos, y queriendo aprovechar aquellos instantes oportunos en castigar á otros pueblos que se habian distinguido en hacer daño á los mejicanos transeuntes y correos en tiempos de paz, siguió adelante y se apoderó de Tachtepec, Tzapotlan, Tototlan y Chinantla.

Cargado de ricos despojos y con un considerable número de prisioneros destinados para el sacrificio, volvió el ejército mejicano á su ciudad, donde Moctezuma premió á los que se habian distinguido en la campaña.

Dos años despues, por causas iguales á las que provocaron la guerra de los mixtöcas, se vió precisado Moctezuma á ir contra las ciudades de Cozamaloapan y Cuauhlochco, á las cuales, despues de conquistarlas, les hizo sus tributarias.

1457. Pasado algun tiempo de las señaladas victorias que dejo referidas, Moctezuma, por causas que se ignoran, se vió precisado á emprender una expedicion contra la provincia de Cuclachtilan, ó sea Cotasta, que se hallaba en la costa del seno mejicano. La expresada provincia estaba habitada por los olmecas, á quienes, como dijimos en otra parte, arrojaron los tlaxcaltecas del territorio que poseian. Los olmecas eran gente de valor y habian logrado poner la provincia de Cotasta bajo un pié de abundancia notable. Comprendiendo, sin embargo, que para conjurar la tormenta que les amenazaba, no tenian un ejército que pudiese competir en número con el que enviase el monarca de Méjico, pidieron auxilio á los huexotzingos y tlaxcaltecas, cuyo odio hácia los mejicanos conocian. Los huexotzingos, no solo contestaron favorablemente, sino que consiguieron hacer entrar en la liga á los cholulses, sus vecinos. Puestas de acuerdo las tres repúblicas de Tlaxcala, Huexotzingo y Cholula, enviaron reunidos sus ejércitos en auxilio de los cotasteses.

Conociendo Moctezuma lo difícil de la empresa, dispu-

so una gran division, compuesta de los soldados de las dos naciones amigas, que, unidos á los suyos y á los que pidió á los Estados tributarios, formaron un ejército numeroso. Toda la nobleza de Méjico, de Texcoco, de Tacuba de Tlatelolco se alistó en la expedicion. Lo mas granado de la grandeza se encontraba en aquel ejército, que se disponia á destruir el poder de los habitantes de Cotasta. El valiente Moquihuix, roy de Tlatelolco, que sucedió en el trono al desventurado Cuauhtloa, afanoso de gloria, era uno de los principales personajes que iba en aquella expedicion. Tambien brillaban en ella, el general Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, hermanos los tres, los cuales pertenecian á la familia real de Méjico, y que, mas tarde, ocuparon sucesivamente el trono. Junto á ellos, y dominados del mismo entusiasmo bélico, se veia á los caudillos de Teuayuca, de Colhuacan y de otras regiones, esperando, impacientes, el momento de marchar al combate.

El dia de partir llegó por fin, y el ejército salió, quedando Moctezuma en Méjico, ocupado en asuntos de gobierno. Cuando se pusieron en marcha las tropas, se ignoraba la alianza hecha entre las tres repúblicas y los de Cotasta, así es que, cuando llegó á noticia de Moctezuma la liga celebrada, despachó inmediatamente correos á los generales de su ejército, ordenándoles quo regresasen á Méjico. Vista la disposicion de Moctezuma, los jefes conferenciaron sobre lo que seria conveniente hacer. Las opiniones fueron encontradas. Unos creian que se debia seguir la marcha, si en algo se estimaba la honra militar, y otros juzgaban que la honra no quedaba enpañada por obedecer las órdenes del soberano. La opinion de los últi-



mos se aceptó al fin como la mas arreglada al deber de los leales y buenos vasallos, y las tropas se dispusieron á volver. Entonces Moquihuix, rey de Tlatelolco, que habia sido de los que con mas color habian manifestado que retroceder equivaldria á echar sobre la nobleza la infamante nota de cobardía, exclamó colocándose al frente de sus vasallos: «Vuelvan la espalda al enemigo los que carezcan de ánimo para combatir y arrear el peligro: yo, que amo mas la honra que la vida, avanzaré con mis tlatelolcos sobre los contrarios, y alcanzaré el honor de la victoria.» Aquellas palabras, y la heroica resolucion del rey Moquihuix, inflamaron el corazon de todos los generales y de la nobleza, los cuales á una voz exclamaron: «Marchemos al combate.»

Los cotasteses, los tlaxcaltecas, los cholulenses y los huezotzingos, esperaron reunidos, la llegada de sus contrarios.

El ejército mejicano, unido al de sus aliados, se dejó al fin ver en Cotasta, y la accion que se dió fué sangrienta. Dudosa estuvo, por mucho tiempo, la victoria; pero al fin se decidió por los mejicanos. Los cotasteses y sus confederados fueron completamente destrozados, y dejaron en poder de sus vencedores seis mil dociientos prisioneros. La provincia de Cotasta, temiendo la destruccion de sus pueblos, juró obediencia al rey de Méjico, quedando desde entonces sujeta á la corona mejicana.

La victoria se debió, en gran parte, al arrojo y buenas disposiciones dictados por el rey Moquihuix.

Los vencedores volvieron á Méjico llenos de abundantes y ricos despojos, dejando en Cotasta una guarnicion mejicana que mantuviese á los cotasteses en la obediencia, y

llevando, en medio de sus filas, á los seis mil doscientos prisioneros que el rey mandó que estuviesen bien tratados, á fin de que disfrutasen de buena salud el día en que se celebrase la dedicacion de un templo llamado Coaxicalco, en cuya fiesta debian ser sacrificados.

Mientras los desgraciados prisioneros eran colocados en sus jaulas para engordar y presentarse robustos al sacrificio, los ídolos que se habian capturado en las ciudades conquistadas, se encarcelaban tambien en la espaciosa prision de las divinidades enemigas.

Pronto se terminó el templo Coaxicalco, construido para guardar los huesos de las victimas.

Los preparativos para el estreno, se hicieron con la mayor minuciosidad, y los prisioneros destinados para ofrecer al dios *Huitzilopochtli*, fueron sacrificados en la dedicacion del *teocalli*.

Aunque Moctezuma miró con disgusto la desobediencia á sus órdenes, la olvidó al ver los buenos resultados de la campaña; y posponiendo su amor propio al cariño de la patria, premió generosamente á todos los que se habian distinguido en servicio de ella. Al rey de Tlatelolco, cuya autorizada voz decidió á toda la grandeza á seguir sin retrocedor en la marcha emprendida, le dió en gratitud, por mujer, á una hermosa prima suya, hermana de los tres principes de que hice mencion al hablar de los altos personajes que se habian puesto al frente del ejército mejicano.

Moctezuma  
prohibe todo  
comercio  
con los  
tlaxcaltecas.

Quoriendo Moctezuma castigar de alguna manera á la república de Tlaxcala, por el favor que constantemente prestaba á los enemigos de Méjico, prohibió que ninguna pro-

vincia de las á él sometidas, tuviese comercio con los tlaxcaltecas. Carccian éstos de sal y de otras cosas muy precisas, y se propusó hacerles padecer, ya que eran demasiado fuertes para llevarles la guerra. Los tlaxcaltecas movieron todos los resortes para conseguir de pueblos lejanos la sal que necesitaban; pero temiendo aquellos á quienes se dirigian, atraerse el enojo de Moctezuma, observaban exactamente la disposicion dada por éste, y los tlaxcaltecas se vieron desde entonces precisados á tomar sus alimentos sin sal. La prohibicion de que se mantuviese comercio con Tlaxcala, encendió mas y mas el odio de los tlaxcaltecas contra los mejicanos; odio que existió vivo hasta la conquista de Méjico por los españoles.

No bastaron todas las victorias hasta entonces alcanzadas por Moctezuma, ni el engrandecimiento que las continuadas conquistas dieron á Méjico, á contener el espíritu de independenciam de algunos pueblos que habian sido sujetos á la corona de Méjico. Entre esos pueblos se contaban los habitantes de Chalco, siempre dispuestos á empuñar las armas para romper el yugo que les oprimia. Con la mira de sustraerse al dominio del monarca de Méjico, hicieron prisionero al señor de Ehccatepee, hermano del mismo Moctezuma, y á varios mejicanos nobles que se Los chalqueños hallaban á su lado. El pensamiento concebido invitan á un hermano de Moctezuma á que sea rey de ellos. por los chalqueses fué proclamar rey de Chalco al ilustre prisionero que tenian, no dudando que, con su aduision, se aseguraba el respeto de Moctezuma hácia el territorio gobernado por su hermano, y hacer que Chalco, libre de todo tributo, llegase á ponerse al nivel de la ya potente ciudad de Méjico.

El invitado hermano de Moctezuma, se negó por mucho tiempo á admitir el honroso puesto con que se le invitaba; pero temiendo que su negativa le atrajese el odio y la venganza de los que le ofrecian la corona, admitió la suprema dignidad, manifestando que, con el fin de que al acto se le diese toda la solemnidad que merecia, se colocase en medio de la plaza un árbol de gigantesca altura hecho de madera, adornado de un tablado, en donde se presentaria para hablar á sus nuevos vasallos y ser visto de todos ellos.

Los chalqueses, contentos de la admision, se apresuraron á satisfacer los deseos del electo monarca, y todo se encontró terminado en un espacio cortísimo de tiempo.

El personaje invitado á ceñirse la corona de Chalco, dejó á los mejicanos que le acompañaban, al pié del árbol, y en seguida subió al tablado, llevando en la mano un ramo de flores.

La multitud llenaba todos los ámbitos de la plaza, ávida de ver y de escuchar al hombre á quien habia brindado con el cetro. El favorecido hermano de Moctezuma tendió la vista desde la dominante altura sobre el inmenso pueblo, y dirigiéndose luego hácia los mejicanos que se hallaban al pié del árbol, exclamó con acento varonil y fuerte: «Mejicanos, los chalqueses me han invitado á que acepte la corona de su nacion; pero yo no puedo admitirla. Nuestros dioses me libren del menor pensamiento de traicion á la patria; y ellos me inspiran la resolucion del sacrificio de mi vida, para que con mi ejemplo aprendais á tener en nos la honra y el deber, que la existencia.»

Terminada esta breve alocucion, el invitado á ser rey

Heróica resolución del hermano de Moctezuma. de Chalco, se arrojó de la inmensa altura en que se hallaba, y poco despues yacia siu vida, tendido al pié del árbol.

Los chalqueses, indignados, se arrojaron sobre los mejicanos indefensos que alli estaban, y á todos les mataron con las puntas de sus lanzas.

Terminada la matanza y calmada la sed de sangre, la reflexion ocupó el lugar de las ideas vengativas, y ella les hizo pensar en que el acto que acababan de cometer, lo procuraria vengar el monarca de Méjico. Preocupados con este pensamiento, y dados como eran á la supersticion, al escuchar á la siguiente noche el cauto melancólico de una ave nocturna, creyeron oir en aquel canto el triste presagio de su próxima ruina.

Los hechos vinieron á arraigar mas y mas en ellos la supersticion, y hacerles ver como realidad las predicciones de los agüeros.

Moctezuma, irritado por la muerte dada á sus vasallos, y apenado por el fin trágico de su hermano, declaró inmediatamente la guerra á los chalqueses, mandó encender, como señal de exterminio contra los enemigos, las hogueras en la cima de los montes, y al frente de un numeroso y aguerrido ejército, se dirigió á vengar las ofensas recibidas. Los chalqueses resistieron un poco; pero fueron deshechos completamente, y el ejército mejicano recorrió toda la provincia, llevando el exterminio y la ruina á su paso. El incendio, la muerte, la desolacion, era el cuadro que presentaba el territorio entero. La ciudad de Chaleo fué entregada á saco; la provincia quedó casi despoblada; y los pocos que lograron salvarse huyendo á los montes y

ocultándose en las cavernas, se refugiaron en Hucxotzingo y en Atlixco, donde fueron acogidos con benevolencia.

Pasado el furor de la venganza, Moctezuma, movido á compasion por la suerte de los desventurados profugos, la mayor parte ancianos, niños y mujeres, publicó un indulto general, ofreciendo no hacer mal á ninguno, y asegurándoles que podian volver á sus hogares donde serian respetados. Muchos volvieron tranquilizados por la real promesa y fueron distribuidos en Tlalmanalco, Amecameca y otros pueblos; pero no saltaron algunos que, por despecho, ó por no querer sufrir el dominio de sus vencedores, prefirieron morir de hambre en las montañas.

Moctezuma despues de dividir entre los capitanes que mas se habian distinguido en la guerra, una gran parte de la provincia de Chalco, se volvió á Méjico, llevando un crecido número de prisioneros y considerables despojos de los vencidos.

A la anterior campaña siguió, poco despues, otra no menos favorable para las armas del rey de Méjico, en la cual sus tropas conquistaron las ciudades de Tamazollan, Piazzlan, Xilotepec, Acatlan y otros muchos pueblos.

La fortuna empeñada en conducir al pueblo mejicano de ventura en ventura y de conquista en conquista, le hizo extender su mando á territorios distantes y ricos, que le proveian de cuanto al gusto y al regalo produce la naturaleza. El poder de Moctezuma se extendia dominante y respetado, por Levante, hasta el golfo de Méjico; por Sudeste, hasta el bello y vasto país de los mixtecas; por Mediodía mucho mas allá de la rica provincia de Chilapan; por Sudocste, hasta el centro del territorio de los otomites,

y por el Norte hasta dar fin al pintoresco y grandioso valle de Méjico.

En el trascurso de cuarenta años que llevaba Méjico do haber salido de la dependoncia de los reyes tepanecas vencidos por Itzcoatl, digno antecesor de Moctezuma en el trono, su faz habia cambiado de una manera que hacia imposible conocer el presente por el pasado.

Moctezuma, no menos atento á los progresos de la agricultura, de las artes, de las ciencias y del embollecimiento de la ciudad que á los de la guerra, habia fomentado todos los ramos útiles, y el país presentaba, por todas partes, el risueño aspecto que imprimen en los pueblos la abundancia y la gloria. Celoso de la buena administracion de justicia, adoptó muchas de las sabias leyes dadas por Nezahualcoyoll. Amante de su religion, edificó un gran templo á la sanguinaria deidad de la guerra, instituyó muchos ritos, aumentó el número de sacerdotes, les repartió tierras de las conquistadas para sostener con brillantez el culto, dió creces al esplendor de su corte, y llegó á introducir en ella un fastuoso ceremonial desconocido de sus antepasados.

Despues de haber trabajado con empeño y fortuna por el engrandecimiento de su nacion, Moctezuma cayó gravemente enfermo. Pronto comprendió que el término de sus dias estaba muy próximo, y conservando hasta el postrer instante el deseo del bien de la patria, convocó á todos los principales personajes de su reino, al sitio en que estaba postrado. Reunidos alli para escuchar á su rey, Moctezuma pidió á los cuatro electores nombrados por la nobleza, que eligiesen por rey al principe Axayacatl, en quien juzgaba concurrían todas las prendas que deben adornar al

hombre encargado de regir las riendas del Estado. En aquella peticion de Moctezuma recomendando la eleccion del príncipe Axayacatl, no habia un sentimiento de preferencia de simple afecto hácia determinada persona, sino el sentimiento santo del bien de la patria. Axayacatl se habia distinguido en los campos de batalla, y á la entonces indispensable cuolidad del valor, reunia las de las demás virtudes que deben adornar el alma de un príncipe. Primo de Moctezuma y nieto del primer rey Acamopictzin, las simpatías de los electores estaban de su parte, y por lo mismo, la peticion de Moctezuma fué tomada en consideracion.

1464.

Muerte del rey

Moctezumun.

Pocos dias despues de la reunion que acabo de referir, Moctezuma espiró, en 1464, dejando entre sus vasallos los recuerdos mas gratos de gloria y de justicia. Su reinado, que duró veintiocho años y algunos meses, fué verdaderamente de engrandecimiento para su patria. La sobriedad, la prudencia y las buenas costumbres distinguieron siempre al valiente monarca mejicano. Amante del buen orden, castigó siempre con severidad el degradante vicio de la embriaguez que rebaja al hombre en su dignidad y le hace despreciable á la vista de todo el mundo. Sus exequias se celebraron con un aparato y pompa desconocidos hasta entonces. La magnificencia de ellas se encontró, como era preciso, en relacion con el brillo de la corte y el poder y grandeza á que habia llegado la nacion.





## CAPÍTULO XIV.

Engrandecimiento de la monarquía mejicana.—Pompa de los reyes aztecas.— Gobierno político y administración de justicia.—Castigos que señalaban las leyes á los transgresores de ellas.—Los hombres tenían obligación de casarse á determinada edad.—Los esclavos y la esclavitud.—Orden civil.—Cómo se hacía la compra y venta en el comercio.—Corros y manera de comunicar las noticias.—Nobleza y plebe.—Manera en que estaban distribuidas las tierras.—La plebe no poseía propiedad rústica individualmente, y estaba obligada á cultivar las tierras de la corona y de los nobles, así como á edificar los palacios y jardines de los príncipes.—Impuestos y tributos enormes que pesaban sobre el pueblo.—Recaudadores de tributos, y penas impuestas á los que no los pagaban.—Educación de la juventud.—Seminarios para ambos sexos.—Máximas de moral de los padres á sus hijos.—Astronomía azteca; arreglo del tiempo.—El calendario mejicano y explicación de los signos que contiene.—Literatura y teatro, música y baile.—Aritmética.—La *escrito-pictura*.

Méjico era ya la nación mas poderosa del Anáhuac. El dominio azteca se extendía á veintinueve ciudades poderosas, y las armas mejicanas, marchando victoriosas por lejanos territorios, fueron conquistando todos los pueblos hasta la mar del Norte, dando la vuelta hasta la mar del Sur.

Grandes provincias se veían sujetadas á la corona azte-

ca; y los reyes mejicanos, anhelando manifestar la superioridad de su poder sobre los reyes de Texcoco y de Tucuba, sus aliados, tomaron desde entonces el título de emperadores, juzgándole mas digno y elovado.

La ciudad de *Tenochtitlan*, cuyo humilde origen habia sido una árida isleta sin mas vegetacion que un verde nopal sobre una abierta peña en que descansaba la reina de las aves, era ya la corte mas brillante y fastuosa de cuantas se habian edificado, hasta entonces, en aquellas fértiles regiones.

La grandeza de la corte azteca, patentizaba la pública prosperidad de la nacion entera. Los frágiles edificios de ramas y de caños con que al principio se guarecia la sufrida y fatigada tribu, se hallaban sustituidos por otros amplios y hermosos, de sólidas paredes de cal y piedra.

Obligados los grandes señores feudatarios á vivir una parte del año en la capital del imperio y á dejar á sus hijos en rehenes en su ausencia, levantaban palacios y quintas por todas partes, contribuyendo eficazmente al pronto embellecimiento de la ciudad.

Las casas reales eran suntuosas: tenian vastos salones y espaciosos departamentos para alojar á la numerosa guardia que daba diariamente al rey la nobleza; grandes patios donde quedaban los esclavos y numerosos criados que llevaba cada noble; amplios corredores donde los grandes se paseaban entreleuidos en variada conversacion; un magnífico serrallo abundante en mujeres hermosas, á donde solo penetraba el monarca, y bellos jardines con vistosas pajureras, fuentes, estanques, y magníficos baños, sombreados por gigantescos árboles y rodeados de las galanas flores

que ostentaban los variados climas del florífero Anáhuac.

Los soberanos aztecas, desde que su poder se extendió hasta lejanas y ricas provincias obligadas á contribuir á las rentas de la corona de Méjico, vivian con una pompa y un lujo verdaderamente orientales.

Pero no por esto descuidaron las leyes de buen gobierno para regir á los pueblos.

La administracion de justicia, llenaba todas las exigencias de aquella sociedad, y las leyes velaban por la incorruptibilidad de los encargados de desempeñarla.

Aunque el poder legislativo residia enteramente en el monarca, su imperio absoluto se encontraba neutralizado por la institucion de tres tribunales supremos, compuestos de los individuos mas distinguidos de la primera nobleza. Ninguna resolucion tomaba, generalmente, en ninguno de los negocios importantes del gobierno, sin haber consultado antes y escuchado la opinion de sus consejeros. Todos los negocios relativos al gobierno de las provincias, á la hacienda y á la guerra, se hallaban bajo la inspeccion de esos tribunales, con quienes el monarca guardaba las mas altas consideraciones.

En la corte, así como en cada una de las ciudades principales y los territorios que de ellas dependian, habia un juez supremo, á quien se le daba el nombre de *cihuacoatl*, nombrado por el soberano, investido con tan amplias facultades para que entendiese y fallase en las causas civiles y criminales, que de sus sentencias no se podia apelar á ningun otro tribunal, ni al rey mismo. Su empleo era vitalicio, y á cualquiera que usurpaba sus insignias ó su autoridad, se le castigaba con la pena de muerte. A este

supremo magistrado le estaba encomendado nombrar los jueces subalternos, y á él rendian las cuentas los recaudadores de las rentas del distrito, pertenecientes á la corona.

Estaba además establecido en cada provincia un tribunal inferior al magistrado referido, compuesto de tres jueces que conocian de las causas civiles y criminales. El principal de estos tres jueces, llevaba el nombre de *tlacatecall*, que era el mismo con que se denominaba el tribunal, y los otros dos, el de *quauhnochtli*. Todos los dias se reunian, á determinadas horas, en una sala de la casa del público, donde escuchaban con calma y atentamente á los litigantes, examinaban las causas, y sentenciaban en conformidad con las leyes, aunque la sentencia se pronunciaba á nombre solo del *tlacatecall*, que, como he dicho, era el principal de los tres. En las causas civiles, lo dispuesto por este tribunal, no tenia apelacion; pero en las criminales, podia apelarse al supremo magistrado ó *cihuacoatl*. Pronunciada la sentencia, se hacia saber á los interesados y al público, por medio del pregonero (*tepojotli*), y se ejecutaba por uno de los tres jueces del tribunal, aunque nunca por el principal de ellos.

Para que nada faltase al buen arreglo de la justicia, habia en cada barrio de las ciudades y de los pueblos, ministros inferiores de ella, nombrados anualmente por el pueblo; unos, que conocian en primera instancia de las causas de su distrito, que diariamente iban á dar cuenta al tribunal de los tres jueces de todo lo que ocurría y á recibir sus órdenes; otros, que estaban encargados en cada barrio de vigilar la conducta de cierto número de familias,

y de avisar á los magistrados todo lo que en ellas ocurría; y algunos aun mas inferiores, como alguaciles, celadores y ministriles, que se ocupaban en llevar las notificaciones de los magistrados y de citar á los reos.

En los juicios, las partes interesadas no hacian sus alegatos por medio de abogados, sino por si mismas. Ninguna prueba se le admitia al actor en una causa criminal, mas que la de testigos; pero el reo podia dar como señal de su inocencia, el juramento. Cuando los pleitos versaban sobre límites de posesiones, los jueces consultaban las pinturas de las tierras, que venian á ser como escrituras auténticas. Esas pinturas jeroglíficas en que estaba representado con admirable exactitud todo lo referente á la propiedad y division de terrenos, fueron recibidas, en los tribunales españoles, mucho despues de la conquista, como pruebas, para fallar sobre algunos negocios de esa naturaleza. Conociendo su importancia, por los muchos intereses de propiedad que con frecuencia eran llevados á los tribunales despues de la agregacion de Méjico á España, el gobierno español estableció en Méjico en 1553, una cátedra para el estudio y la interpretacion de esas pinturas en que estaban la relacion del caso, las pruebas y los procedimientos de los juicios.

Los empleos eran vitalicios, y para sostener con decencia digna á los jueces de los tribunales, estaba dedicada á ese objeto una parte de los productos de las tierras de la corona. En los procedimientos judiciales, se observaba gran compostura y decencia, como estaba ordenado. Dos terceras partes del día estaban destinados al despacho de los negocios; y con el laudable objeto de aprovechar el

tiempo y abreviar los asuntos, comian los jueces en una sala próxima á la de las causas.

El juez que tenia la debilidad de dejarse cobechar, ó formaba colision con algunos de los litigantes, era castigado con la pena de muerte.

Las primeras leyes fueron, entre los mejicanos, hechas por un cuerpo de sabios de la nobleza; pero despues, los reyes fueron los legisladores de la nacion, y los que hacian que se vigilase cuidadosamente por el cumplimiento de ellas, siendo los primeros en respetarlas.

De la formacion de los tribunales rescridos y del buen orden establecido en todos los ramos, se desprende que los aztecas estaban bastante civilizados, puesto que uno de los rasgos que mas caracterizan la civilizacion de un pueblo, es que el gobierno extienda su cuidado así á los derechos de la propiedad, como al de los individuos. La ley que en los asuntos únicamente criminales, autorizaba la apelacion á los tribunales superiores, da una idea muy ventajosa de la prevision de los legisladores, pues demuestra claramente la atencion con que atendian á la seguridad personal, tanto mas obligatoria y laudable, cuanto era extrema la severidad de su código penal.

Una de las medidas que hablan muy alto en favor del grado de adelanto á quo habian llegado los aztecas, es la absoluta independenciam de los jueces superiores respecto de la corona. Esa independenciam era el valladar mas firme de las garantías que las leyes concedian á la sociedad, y diquo seguro contra la tiranía.

No pretendo manifestar con esto que los mejicanos se hallaban á la altura de la civilizacion de los pueblos de Eu-

ropa; pero si que habian llegado á una altura de civilizacion tanto mas osombrosa, cuanto á sus esfuerzos, á su capacidad y á su ingenio eran exclusivamente debidos todos sus adelantos.

En la vasta extension que comprende toda la América, las naciones de Anáhuac eran las mas cultas, las mas civilizadas, las únicas que han dejado un código de leyes que las distingue y honra.

Las leyes se promulgaban por medio de figuras jeroglificas. Estas leyes se recopilaban y promulgaban por medio de pinturas jeroglificas, como aconteco en toda nacion imperfectamente civilizada, que atiende con preferencia á la seguridad del individuo que á la propiedad; pero que, sin embargo, revelan una excelente marcha en el adelanto social.

Debido al estado todavia imperfecto de esa civilizacion, se encuentran, al lado de leyes que indican humanidad, prudencia y notable celo por la moral y las buenas costumbres, otras excesivamente rigurosas, que casi degeneraban en crueldad.

Penas impuestas á los que faltaban á las leyes. La traicion á la patria se castigaba descuartizando al traidor y reduciendo á la esclavitud á todos los parientes de él que, sabiéndolo, no le habian denunciado.

La pena de muerte y la confiscacion de bienes se aplicaba al que se presentase en las fiestas públicas ó en una accion de guerra con las insignias del soberano de Méjico, de Tacuba ó de Acolhuacan.

La mujer adúltera era apedreada, y se la aplastaba la cabeza entre dos piedras. Este delito se castigaba terriblemente en todos los Estados; pero en unos con mas cruel-



dad que en otros. En Ichoatlan, la mujer contra la cual se presentaban á los jueces pruebas que testificaban su delito, era sentenciada en el mismo tribunal, donde inmediatamente se le aplicaba la pena, descuartizándola y dividiendo los cuartos entre los testigos.

En Itztepec los magistrados sentenciaban á la que habia cometido adulterio, á ser castigada por su marido, quien acto continuo procedia á cortarle la nariz y las orejas.

Para hacer mas odiosa esa falta y apartar de ella á la que habia contraido los deberes de esposa, se castigaba con la pena de muerte al marido que volvía á unirse con la que le habia faltado á la fidelidad.

Nadie podia repudiar á su mujer sin permiso de los magistrados, quienes procuraban disuadir al marido de aquel intento; pero si insistía, le daban permiso para hacerlo; pero ya no podia volverse á unir despues con ella, aunque lo solicitase.

Aunque el adulterio estaba visto como el delito mas digno de castigo, sin embargo, el marido que malaba á su mujer, aun sorprendiéndola en su falta, era sentenciado á muerte. Con esto impedía la ley que se invadiese la autoridad de los jueces, á quienes correspondia únicamente juzgar los delitos y señalar el castigo del culpable.

El homicidio se castigaba con la pena de muerte, aun cuando se hubiese cometido en un esclavo.

Todo individuo que cometía un pecado nefando, era ahorcado; y si era sacerdote, se le quemaba vivo.

El robo se castigaba con la esclavitud ó con la muerte, segun las circunstancias que habian concurrido en el delito, y la importancia del robo. Si el hurto era de consi-

deracion, se le condenaba á ser esclavo del individuo á quien habia robado. Si el robo consistia en alhajas de oro ó piedras preciosas, se le sacaba á la vergüenza, paseándole por todas las calles de la ciudad, y en seguida le encarcelaban hasta el dia de la fiesta de los plateros, en que le sacrificaban al dios *Xipe*, patron de los artifices. Al que robaba en el mercado, se le mataba á palos, acto continuo, en la misma plaza. Pena de la muerte tenia el soldado que robaba á otro sus armas ó insignias. La persona que arrancaba del campo ajeno plantas útiles, ó robaba cierto número de mazorcas de maíz, era condenado á ser esclavo del dueño del campo en que habia cometido el robo. Únicamente el ladron de cosas insignificantes estaba libre de la esclavitud ó de la muerte; pero, en cambio, tenia que pagar el valor de la cosa robada.

Con la vida pagaba un juez el haber dado una sentencia injusta ó contraria á las leyes. El mismo fin tenia el individuo que motivase una sedicion en el pueblo, y el que mudaba ó quitaba de los campos las señales puestas por la autoridad, marcando los límites de las posesiones.

A todos los individuos que se juzgaban por delitos notables, se los presentaba en pintura; y cuando la sentencia que se fulminaba contra alguno era de muerte, se indicaba por medio de una liaca trazada con una flecha que atravesaba el retrato del delincuente.

Cuando alguno de los jóvenes de ambos sexos que se educaban en los seminarios incurria en algun exceso contra la continencia que profesaban, el castigo que se le aplicaba era severo, y no pocas veces el de la muerte. Pero al

mismo tiempo no existia ley ninguna que prohibiese la simple cópula carnal, aunque se conocia la molicia de este acto, puesto que los padres exortaban á sus hijos á que lo evitasen.

La mujer que terciaba en las ilícitas relaciones de personas de distinto sexo, desempeñando el repugnante ministerio de facilitarles los medios de satisfacer sus pasiones, se la conducia á la plaza pública, donde, con hachas de pino, le quemaban los cabellos, embarrándole en seguida la cabeza con la trementina del mismo árbol.

Todo el que hacia esclavo suyo al niño extraviado que encontraba, ó lo vendia á otro, era condenado á ser esclavo y á perder sus bienes, la mitad de los cuales se destinaban para los alimentos del niño, y la otra mitad para pagar al individuo que lo habia comprado de buena fé, restituyendo así la libertad al tierno cautivo. A la misma pena de esclavitud era condenado cualquiera que, habiendo tomado en alquiler alguna posesion, la vendia á otro como propia.

Las personas que valiéndose de su destreza y de medios que no estaban al alcance de la multitud, usaban de hechicerias, eran sacrificadas á las divinidades.

La embriaguez en los jóvenes, se castigaba con la pena de muerte; en los hombres, con esa misma muerte, pero recibida á palos en la cárcel á donde eran conducidos; en las mujeres, apedreándolos; y en los ancianos, imponiéndoles alguna pena severa. Unicamente en la celebracion de las bodas ó de otros festejos semejantes, era permitido que se bebiese mas de lo acostumbrado; pero habia de ser dentro de la casa. Se decia que era indigno de vivir entre los hombres el que, por su voluntad, se privaba de las fa-

cultades intelectuales para colocarse mas abajo que las mismas bestias.

El tutor que presentaba menoscabados los bienes de sus pupilos, por mala versacion, era ahorcado.

La misma pena sufrían los hijos que disipaban en satisfacer sus vicios, los bienes heredados de sus padres.

Al que decia alguna mentira grave que perjudicase á la honra de alguna familia ó individuo, se le cortaba parte de los labios, y algunas veces tambien las orejas.

El hombre que se vestia de mujer, así como la mujer que se vestia de hombre, sufrían la pena de horca.

Los hombres  
tambien  
obligacion de  
casarse.

El matrimonio era visto entre los aztecas como un bien imprescindible de la sociedad; como un lazo que todo individuo debia contraer á cierta edad para seguir disfrutando del aprecio de las familias. El jóven que llegaba á la edad de veintidos años y permanecia soltero, se veia precisado á consagrarse al servicio de los dioses; y si arrepentido de su celibato pretendia despues casarse, quedaba infamado, y no habia mujer que le admitiese por marido. (1) Los ritos del matrimonio se celebraban con majestuosa formalidad, y para esta institucion, que era vista con el mayor respeto, habia establecido un tribunal que solo se ocupaba de las cuestiones relativas á ella.

Los esclavos  
y la esclavitud

Otra parte muy importante del código mejicano que nos ocupa, era la relativa á la esclavitud.

Habia varias clases de esclavos. Una era la de los pri-

(1) En Tlaxcala al que no se casaba al cumplir la edad referida, se le cortaba el cabello, que era la señal mas palpitable de deshonra entre ellos.

sioneros de guerra, la mayor parte de los cuales se reservaban para sacrificarlos á los dioses; la de los hijos vendidos por sus padres en una necesidad extrema; la de los que se vendian á sí mismos por carecer de recursos para la subsistencia, y la de los criminales y deudores públicos.

Ílicito le era á cualquiera que se hallase necesitado, venderse; pero el que le compraba no tenia derecho para venderle á otra persona, si no consentia en ello el esclavo.

Exceptuando los prisioneros de guerra, todos los demás esclavos podian adquirir propiedades, tener bienes y comprar otros esclavos que le sirviesen, sin que el amo pudiese disponer de ellos, pues solo tenia jurisdiccion sobre los individuos que él habia comprado.

Los hijos de los esclavos, nacia libres, cosa verdaderamente laudable, puesto que el hijo no debe ser, en justicia, responsable de los actos ni de la desgracia de su padre.

Si una esclava ajena resultaba grávida del trato ilícito con un hombre libre, y moria, éste quedaba esclavo del dueño de aquella; pero si no acontecia desgracia ninguna, el hijo nacia libre sin que sobre el padre recayese pena ninguna.

Los esclavos que cometian alguna falta y no se corregian, eran llevados al mercado, atados en unas varas largas y con un collar de madera al cuello, donde eran vendidos sin que fuese necesario su consentimiento. Tal vez no les era muy difícil á los amos conseguir este último, á juzgar por el crecido número que llevaban para su venta, pues Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular, dice que tantos esclavos de ambos sexos llevaban á vender á la plaza de

Tlutelolco, «como traen los portugueses los negros de Guinea.»

Esto indica que el número de esclavos era demasiado crecido; y que si es cierto que los reyes, los señores y la nobleza ostentaban lujo, vasallos y grandeza, la plebe estaba muy lejos de gozar de la abundancia, puesto que no pocos de sus individuos, obligados por la miseria, se hacían esclavos y vendían á sus hijos, para remediar sus necesidades.

Mucho influiría también en el número, la bondad con que eran tratados por los amos, pues les señalaban un trabajo moderado, les miraban con benignidad, y comunmente al morir, les concedían la libertad.

Para ser válida la venta de un esclavo, era preciso que se hiciera delante de cuatro testigos de edad madura.

El precio que comunmente se daba por un esclavo, era una carga de ropa, ó un equivalente.

Además de esta esclavitud, había otra que se llamaba *huchuetlacolli*. Consistía en que una ó dos familias pobres se comprometían á suministrar, por un precio convenido, un esclavo perpetuo á la persona con quien habían celebrado el contrato. La combinacion era la siguiente: le daban uno de los hijos, para que le sirviese por algunos años, al cabo de los cuales le enviaban otro, para que el primero volviese al seno de su familia. De esta manera, alternando sucesivamente todos los hijos que tenían, la esclavitud venía á hacerse menos dura.

Estos son los rasgos mas notables del código azteca. En medio de la excesiva severidad que encierra, no en la parte relativa á la esclavitud, sino en la parte penal, reve-

lando que los legisladores confiaban mas, para precaver los delitos, en los medios físicos que en los morales, manifiesta, sin embargo, el profundo conocimiento de los principios de moral y el laudable respeto que les consagraban; conocimiento y respeto en que no les superaban las naciones mas cultas.

A las actuales sociedades parecerán demasiado draconianos esos artículos del código penal azteca; pero aunque es cierto que algunos podriamos calificar de crueles, no debemos olvidar que se daban para un pueblo nuevo y guerrero, ayesado á las penalidades y á los peligros, acostumbrado á mirar con desprecio la vida, y familiarizado á ver derramar en los altares de sus deidades, no solo la sangre de centenares de victimas sacrificadas en honor de su religion, sino la suya propia.

Pero si cuidadoso se mostraba el gobierno del cumplimiento de las leyes, no se manifestaba menos del buen arreglo de la policia y del orden en todos los ramos públicos.

*Arreglo y delitos en los mercados.* Habia jueces del comercio que señalaban en las plazas de mercado, el sitio especial que le correspondia á cada mercancia. Los vendedores de aves ocupaban un panto, otro los de pescado, otro los de verdura, y así sucesivamente los de legumbres, los herbolarios, los fruteros, los vendedores de esclavos, los de telas, los de cueros curtidos, los plateros, pintores, alfareros y todos aquellos, en fin, que llevaban las obras de su arte. de su profesion y de su industria.

Habia, para evitar el fraude en los contratos y vigilar cuidadosamente del orden, agentes de policia y comisarios

que cuidaban de que el pescado ni la caza estuviesen pasados, de la exactitud de las medidas y de evitar riños y desórdenes.

Toda diferencia suscitada en el mercado, se arreglaba por el tribunal de comercio, que se componia de doce individuos, que celebraban sus sesiones en una casa de la plaza. Las quejas, las reclamaciones, todo pasaba á este tribunal que decidia y sentenciaba despues de escuchar á los interesados.

Muy raros eran en el mercado los robos, las disputas y los fraudes, pues la constante vigilancia de los empleados, evitaba los desórdenes y mantenian la buena armonia.

Todos los efectos que entraban al mercado, pagaban derechos al rey, parte de los cuales se invertia en el pago de los empleados en él.

El comercio se hacia por medio de permutas, y aun por compra y venta. Un gran parto del comercio se hacia en la plaza, por medio de permuta; pero no era menos activo el que se verificaba por compra y venta. Cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, tenian los mejicanos para facilitar sus contratos: una que consistia en saquillos de cacao, diverso del usado en las bebidas, y que contenian un número determinado de granos; otra hecha de pedacitos de tela de algodón, que servia para comprar los artículos de primera necesidad; la tercera, en pedazos de cobre cortados en forma de una T, que era la que mas semejanza tenia con la acuñada; la cuarta, en cierto número de granos de oro, contenidos dentro de un cañutilo estrecho; y la quinta, que solo se empleaba en la compra de cosas de muy poco valor, en pedacitos de estaño.



Las permutas, lo mismo que las compras, se hacian por uedio de número ó medida; pero no por peso, para evitar el fraude que se juzgaba más fácil por este medio que por los otros.

La persona que cometia algun robo ó delito en el mercado, era severamente castigado allí mismo.

Para tener noticias prontas de todo lo que acontecia en el reino, habia establecidas, de Correos y manera de comunicar las noticias. dos en dos leguas, en todas direcciones, unas torrecillas, en cada una de las cuales habia un correo dispuesto siempre á ponerse en camino. Comunicada una noticia al primer correo, éste corria hasta la próxima posta, donde la comunicaba al otro correo que en ella estaba, quien á su vez hacia lo mismo con el que estaba inmediato, y asi sucesivamente hasta que llegaba con admirable prontitud á su destino. Cuando la noticia era infausta para el rey, anunciándole, por ejemplo, una batalla perdida, el correo llevaba los cabellos sueltos, melancólica la faz, y al llegar á la presencia del rey, se ponía de rodillas para entregarle la relacion que iba puesta en pinturas jero-glíficas.

Si por el contrario, la noticia era grata, el correo llevaba atados los cabellos con una cinta de color, el cuerpo ceñido con un lienzo blanco de algodón, alegre el rostro, empuñando en la mano derecha una espada, un escudo en la izquierda, y entonando algun canto guerrero de la patria. En el momento que entraba en la corte, el pueblo, lleno de regocijo y de entusiasmo, salia á recibirle, y le conducia, con manifestaciones de regocijo, á la presencia del rey.

Con esa sistema de correos, las noticias se recibían con prontitud admirable, pues había mensaje que atravesaba cien leguas en un solo día.

*Clases de la sociedad.* Respecto de la sociedad, la nación se componía de dos clases: la noble y la plebeya. Aquella desempeñaba exclusivamente todos los puestos elevados, productivos y de honra, así en los cargos del gobierno, como de la magistratura y en la milicia. La segunda no tenía acceso á ningún destino distinguido.

Pero no todos los nobles eran de una misma categoría, sino que pertenecían á diversas clases en que la nobleza estaba dividida, y cada una de las cuales tenía insignias y privilegios particulares.

Aunque en el traje, que era sumamente sencillo, no existía casi diferencia, se conocía el carácter de la persona por los adornos de oro y de piedras preciosas que llevaba. Los plebeyos no podían usar ninguna alhaja de valor: únicamente los nobles tenían derecho á adornarse con oro y joyas.

La nobleza era hereditaria entre los mejicanos, y los hijos sucedían á los padres en todos sus derechos, excepto en la familia real que, como se ha dicho, la elección caía sobre un hermano del monarca, un sobrino ó un primo.

*Distribucion de las tierras.* En cuatro partes estaban repartidas las tierras de la nación. Una que era la mas extensa, pertenecía á la corona, otra á la nobleza; la tercera á los templos, y la cuarta al comun de los vecinos. La pertenencia de cada una de estas tierras se conocía por el color de las pinturas con que estaban representadas. El color púrpura, indicaba las del rey; el grana, las de los

nobles; el rojo, las del clero, y el amarillo, las de los plebeyos.

Las tierras de los nobles procedían de galardones concedidos por el rey, por servicios prestados á la corona, ó de posesiones propias transmitidas de padres á hijos. El dueño de ellas tenía el derecho de enajenarlas; pero le estaba prohibido darlas ó venderlas á los plebeyos.

Las tierras pertenecientes á los templos eran vastísimas, y cada uno de ellos tenía las suyas propias y aun labradores para cultivarlas y hacerlas mas productivas. Con las rentas que producían, se atendían ó todos los gastos del culto y á la manutención de los sacerdotes. Las semillas ó comestibles que sobraban y que solían guardarse en almacenes hechos expresos, al lado de los templos, se repartían anualmente entre los pobres.

Las tierras pertenecientes al comun de los vecinos, se dividían en tantas partes cuantos eran los barrios de la ciudad, villa ó pueblo en que estaban. Cada barrio poseía su parte con entera independencia del otro, pero no podía venderla ni en todo ni en parte. La propiedad particular no existía, pues, entre la clase del pueblo. La plebe solo podía tener terrenos de la comunidad; pero sus individuos no podían poseer personalmente finca rústica ninguna.

Se creía que respecto de la plebe, bastaba para cumplir con ella, dictar leyes que la pusiesen á cubierto de toda ofensa. Por eso, aunque veía protegidas su vida y su propiedad por leyes verdaderamente dignas, se encontraba precisada á contribuir con fuertes impuestos, y con su trabajo personal, al lujo de los reyes, de los señores y de la nobleza.

El pueblo  
estaba obligado  
á cultivar  
el campo de los  
reyes y de los  
nobles.

La plebe no solo cultivaba los campos de la corona y los de los nobles, atendia á los jardines reales y levantaba palacios para los monarcas, sin estipendio ninguno, sino que se veia precisada á pagar tributos onerosos para sostener el fausto y la grandeza del rey y de las clases privilegiadas.

Tributos  
terribles que  
pagaba el  
pueblo.

Las poblaciones próximas á la capital, tenían obligacion de enviar operarios y toda clase de materiales, para la construccion de los edificios de la corona, y proveian además, de leña, víveres, y de todo lo necesario, á la casa real. para el gasto diario de ella, que era exorbitante.

Los vasallos de los señores de las provincias ó ciudades conquistadas por los mejicanos, daban tambien á la corona una parte de sus aprovechamientos, agregándose á esto otro impuesto sobre todas las manufacturas y productos agrícolas del reino.

Se pagaban estos tributos, que eran demasiado crecidos y fuertes. en telas finisimas de algodón, en trajes exquisitos hechos del mismo género, en mantos preciosos de ricas plumas, oro en polvo, perlas, vajilla, vasos, armaduras, con primor trabajadas, brazaletes de oro, collares de esmeraldas, liquidambar, jarros y copas doradas de una especie de cristal agradable á la vista, armas, turquesas finas, hojas redondas de oro, considerable cantidad de miel, ocre amarillo para la pintura; pendientes de ámbar, engarzados graciosamente en oro, cacao, aves, frutas, leña, maíz, alubias, sal, cochinilla, copal y cuanto en fin es necesario para el lujo, el aliumento y la fabricacion de grandes palacios, templos, jardines y quintas de recreo.

Estas excesivas contribuciones que se pagaban al rey de Méjico, con todas las producciones útiles, naturales y artificiales de todos los Estados que reconocian su gobierno, unidas á los despojos de las continuas guerras y á los frecuentes, repetidos y grandes regalos que le enviaban los gobernadores de las provincias y los señores feudatarios, trasformaron la corte en un sitio de fausto, de grandeza, de lujo y de poder, que realizan los fantásticos cuentos de las hadas.

Pero aun hay que agregar al número de tributos pagados en las diversas materias que dejo referidas á que estaban obligados, sin distincion, todos los pueblos tributarios, otros mas onerosos todavía, que consistian en objetos propios de la naturaleza de cada uno de los puntos sometidos.

En una de las pinturas que se han conservado, y en que los tesoreros del rey tenian especificados los objetos que en calidad de tributos les correspondia á las poblaciones tributarias, se encuentran los que gravitaban sobre las ciudades que paso á mencionar.

Veinte sacos de cochinilla y cuarenta trozos grandes de oro, daban anualmente, los zapotecas, además de las contribuciones ordinarias. Doscientos sacos de cacao, cuatro mil manojos de plumas exquisitas, de diversos colores, cuarenta pieles de tigre, y ciento sesenta pájaros de bello plumaje, grandes y de diversas especies, entregaban las ciudades de Huehuetlan, Xocomocho y Mazatlan, sin contar las muchas telas de algodón que les estaban impuestas. Exotlan, Tlachquiauhco, y Tcotzapotlan, entregaban veinte vasos grandes, llenos de polvo de oro. Los puntos cercanos á la capital, como Acatziuco, Tecama-

chalco y Tepeyacac, ocho mil cañas, llenas de materias aromáticas, cuatro mil de otra especie, para la construcción de edificios, igual número que el segundo, para hacer dardos y flechas, cuatro mil sacos de cal, y gran cantidad de leña. Las poblaciones situadas en la costa del golfo mejicano, sobre las cuales pesaban grandes tributos de ropas finas de algodón, de cacao y de oro, entregaban veinticuatro mil manojos de ricas plumas, de diversos colores, diez y seis mil cargas de resina ó goma elástica; cien botes de liquidambar, cuatro collares de esmeraldas corrientes, dos de muy finas. veinte pendientes grandes de amber, engarzados en oro fino, y número igual, hechos de una materia brillante parecida al cristal. Varias poblaciones meridionales situadas en las tierras cálidas, como Mulinoltepec, Cuolac, y Olimallan, daban cuarenta cántaros de ocre amarillo, destinado á la pintura; seiscientas botijas grandes de miel, ciento sesenta hachas de cobre; diez copas llenas de turquesas finas; una carga de ordinarias, y cuarenta láminas redondas de oro, de regular tamaño. Huitzilac, Xiultepec y algunas otras poblaciones de los tlahuicuc, diez y seis mil hojas de maguey, confeccionadas, para que sirviesen como papel en las pinturas jeroglíficas, y cuatro mil *xicallis*, (vasos) de tamaños diferentes. Varios pueblos próximos á la ciudad, como Caauhtitlan y Tehuiloxocan, ocho mil banquetos y número igual de esteras. Otras poblaciones enviaban piedra, cal y vigas para las construcciones de edificios, sal, leña, pavos, matz, pieles, toda especie de aves, cuadrúpedos, pescado, legumbres y todo cuanto, en fin, producian las exuberantes provincias sujetas á la corona de Méjico.

Algunas provincias pagaban el tributo con indias y con indios. (1)

Agobiados se hallaban los pueblos con las enormes gabelas que pesaban sobre ellos. La grandeza de los reyes, de los nobles y el brillo de la corte, eran deslumbradores, verdaderamente notables; pero en cambio la plebe formaba contraste con las clases privilegiadas, para quienes trabajaba. La monarquía mejicana era poderosa en el Anáhuac; pero los goces, las comodidades, las prerogativas, el poder y la gloria, solamente los disfrutaban las clases privilegiadas. Por eso el año en que la cosecha del maíz se perdía y escaseaban las semillas de primera necesidad, el pueblo sufría la plaga del hambre, y la parte más desgraciada de él se veía precisada á vender su libertad para no morir de necesidad, como aconteció en el reinado de Moctezuma I.

A lo exorbitante de los tributos, se agregaba la manera despótica y odiosa de cobrarlos, y el castigo terrible aplicado á los que no podían pagarlos.

En la capital de cada provincia conquistada, había guarnición mejicana para mantener lo conquistado, y recaudadores encargados de cobrar los tributos en semillas, minerales, telas y en todos los frutos perteneciente á cada país, que se almacenaban en grandes edificios hechos expresamente para ello, en las ciudades principales. Los recaudadores eran hombres que no guardaban consideración con ninguno, por desgraciado que fuera, y eran por lo mismo, odiados de todos los pueblos. La insignia que usaban era una va-

(1) Bernal Díaz: «Conquista de la Nueva-España.»

ra en la mano derecha y un abanico en la izquierda.

Nadie tenía jamás la dicha de salvarse, por olvido de los recaudadores, de la contribucion que le tocaba, pues los tesoreros del rey tenían especificados perfectamente en pinturas joroglificas, las poblaciones tributarias y los efectos que á cada una le correspondia entregar.

Al que no pagaba el tributo, se le vendía como esclavo. La ley relativa á los onerosos impuestos referidos, era inflexible, dura y odiosa, pues el desdichado que no pagaba el tributo que se le habia impuesto, era vendido como esclavo, cobrando así el gobierno, con el precio de la libertad de un individuo, la cantidad que no le habia podido pagar con su industria y su trabajo.

Para comprender toda la repugnancia con que serian pagados los tributos, preciso es tener presente que, desde los pueblos que se hallaban á legua y media, como Azcapozalco y otros, hasta los mas lejanos, eran conquistados, naciones distintas de la mejicana. Mejicanos no se llamaban, ni eran entonces otros, mas que los que ocupaban la ciudad de Méjico, á que estaba concretada verdaderamente la nacion azteca. El nombre de mejicano solo se hizo extensivo á todo el país, despues de la conquista por los españoles, al darle estos al territorio entero de aquella parte de la América, el nombre de Nueva-España ó Méjico. Pero antes de la agregacion de aquella deliciosa parte del Nuevo-Mundo á la corona de Castilla, cada nacion de las muchas que ocupaban el vasto país de la actual república mejicana, se distinguia por sus dioses, sus costumbres y sus nombres, siendo tan contrarias unas de otras, como el Portugal y la España, á pesar de hallarse próximas. Mu-



chas de esas naciones se diferenciaban no solo por las costumbres, sino por el idioma. En nada se parecían la lengua mejicana á la otomita, mixteca, matlatzinca, tarasca, zapoteca, populuca, totonaca y otras.

Pasan de veinte las lenguas que aun se hablan entre los indios de las diversas provincias que hoy cuenta la república mejicana, lo cual arguye que existia una notable variedad de castas y de orígenes entre las diversas naciones establecidas en el Anáhuac. De estas lenguas se encuentran impresas catorce gramáticas escritas por los primeros misioneros españoles que aprendieron los diversos idiomas que se hablaban en aquellas apartadas regiones, con el noble objeto de instruir á los indios. «Parece—dice el baron de Humboldt—que la mayor parte de dichas lenguas, lejos de ser dialectos de una sola, como algunos autores lo han creído sin fundamento, son tan diferentes unas de otras como el griego del alemán, ó el francés del polaco.»

Méjico era entonces lo que habia sido Roma en sus primeros tiempos. Guerreros y valientes sus hijos, fueron extendiendo su poder, reducido al principio al solo recinto de la ciudad, á los pueblos inmediatos. Vencedores de ellos, les precisaron á ser sus auxiliares; y conquistando nuevas provincias, que á su vez se unian á sus vencedores para marchar contra otras, el imperio mejicano llegó á ser el mas poderoso y rico de la América.

Pero los reinos sometidos y conquistados, lejos de considerarse mejicanos, anhelaban sacudir el yugo de ellos, y siempre que encontraban una ocasion oportuna, se sublevaban con objeto de recobrar su independencia.

Sin embargo, esto era difícil. Los principales señores

de todas las provincias estaban obligados á residir en la corte de los emperadores aztecas ó á dejar en rehenes sus hijos, y al instante que se indicaba la rebelion en un punto, marchaban á sofocarla los demás Estados feudatarios, resultando de aquí la sumision general, temiendo cada uno que los demás fuesen contra él en caso de pretender la independenciam de su reino.

Previsora era esta política de los mejicanos, y ella revela el delicado tacto de sus gobernantes.

La residencia obligatoria de los grandes señores de los Estados en la capital, ó de rehenes de alta estima en su ausencia, eran la garantia mas segura de su obediencia, y daba un poder formidable á los emperadores aztecas.

Aunque en el sistema establecido entre las provincias sujetas á la corona de Méjico y ésta, existian algunos rasgos del sistema feudal; en otros diferia absolutamente de él. Los soberanos de Méjico eran absolutos; pero al mismo tiempo su absolutismo no era el despotismo ejercido por los soberanos del Oriente, pues el gobierno de aquellos iba acompañado de muchas circunstancias lenitivas, desconocidas en él de los segundos.

Pero si en el gobierno político que á los mejicanos regia, se observaban, en medio de las tristes condiciones en que se colocaba al pueblo, leyes previsoras de sana moral y rasgos notables de justicia, de prevision y de amor al bien público, en el gobierno doméstico, en la vida íntima de la familia y de la sociedad; en las máximas que constituyen el ser moral de los pueblos, base principal del orden y de la felicidad, habian llegado á un grado que se tendria por inverosímil, á no estar comprobada la verdad por las pin-

turas jeroglificas que aun se conservan, y por los escritos de autores intachables, que con laudable diligencia se ocuparon despues de la conquista, como testigos oculares, de recoger todo lo que pudiese ilustrar la historia.

El erudito jesuita español, D. José de Acosta, autor de la *Historia natural y moral de las Indias*, que vivió algunos años en la América, dice que nada le causó mas admiracion ni juzgó mas digno de alabanza y de memoria, que el orden y cuidado que tenian los mejicanos en la educacion de sus hijos.

Con efecto, asombra el esmero que los padres de familia tenian en sembrar en el tierno corazon de sus hijos la semilla de la moral, considerando á la juventud como la destinada á regir, despues de ellos, los destinos de la patria. Para que al respeto se agregase el amor filial, las mejicanas, sin excepcion de clases, criaban por sí mismas á sus hijos, nutriéndoles á la vez que con su leche, con sus caricias maternales. Desde la infancia les enseñaban á ser parcios y á los diversos cambios de las estaciones, pero de una manera moderada y prudente. A los cinco años, en Seminarios para nobles que se encontraban ya en estado de entender y hacerse entender, eran enviados los niños á los seminarios y escuelas que estaban á cargo de los sacerdotes, únicos encargados de la enseñanza; y las niñas, á los dirigidos por respetables y entendidas matronas, cuya vida ejemplar y saber eran conocidos.

Todos estos planteles de educacion estaban situados junto á los templos; pero sin que hubiese comunicacion entre los destinados á distinto sexo, castigándose con severidad el mas leve descuido en ese punto.

Como la sociedad estaba dividida en dos clases, plebeya y noble, habia para cada una distintos seminarios. Los hijos de los reyes y de los nobles recibian su educacion en los mas contiguos al santuario; los de los plebeyos, en los que estaban algo mas retirados. La enseñanza religiosa era la primera que recibia la juventud, y se tenia cuidadoso esmero en ocuparla algunos instantes en el servicio de los templos. A los hijos de los nobles les correspondia barter el átrio superior del templo y atizar el fuego sagrado. A los jóvenes plebeyos, llevar la leña, la piedra y la cal para la compostura ó reparacion de los santuarios. Despues de la cátedra de religion, se les daba otras de es-crito-pintura, historia, música, astronomia y pintura.

No eran menos celosas las matronas encargadas de la educacion de los jóvenes, respecto de inculcar en estas las máximas de religion, que lo eran los sacerdotes con sus educandos. Los jóvenes se levantaban tres veces durante la noche, para ofrecer incienso á sus dioses, preparar las viandas destinadas á las oblaçiones y arreglar los adornos que se habian de poner á las divinidades. Al mismo tiempo que se las instruia en los deberes religiosos, se les enseñaba á disponer lo necesario en el arreglo de una casa, la música, á coser, bordar, tejer, hilar, y á todo lo que forma la educacion esmerada y útil de la mujer. Las piezas en que dormian, eran salas amplias, donde eran vigiladas por las matronas, argos constantes que ponian especial cuidado en que la modestia y la compostura acompañasen siempre todas las acciones de sus jóvenes educandas.

Los alumnos de ambos sexos que se educaban en esos

seminarios, no marchaban á su cusa sino cuando, transcurrido mucho tiempo, sus padres manifestaban que deseaban verles y solicitaban el permiso para ello. Difícil era conseguir la concesion ; pero cuando se alcanzaba, el jóven iba acompañado de otros dos condiscípulos y de uno de los maestros. La visita á su familia era corta, y siempre acababa con bellisimas máximas de moral, dadas por los padres al jóven educando, que las escuchaba con respeto, volviendo en seguida al seminario, acompañado siempre de los mismos con quienes habia salido. De esta manera permanecia el jóven hasta los veinte ó veintidos años, que era la edad en que, como he dicho ya, debia casarse si no queria que se le destinase al servicio de los dioses. Entonces el jóven pedia permiso al director del seminario para irse á casar, aunque el permiso lo pedia generalmente el padre del educando, y se despedia dando las gracias al superior por los beneficios que le debia de una buena educacion. El superior al conceder la licencia á los jóvenes de ambos sexos que salian de los seminarios, para contraer matrimonio, pronunciaba un breve discurso, en que les exhortaba la perseverancia en la virtud, la fidelidad conyugal, y el cumplimiento oxacto de las obligaciones que se imponian en el nuevo estado en que iba á entrar.

Las jóvenes se casaban generalmente de diez y siete á diez y ocho años.

Aunque el número de seminarios era considerable, no por esto recibia toda la juventud, la educacion en ellos. Los hijos de los pobres eran generalmente educados por sus padres, á quienes al mismo tiempo ayudaban en sus facnas.

Sin embargo, la educacion dada en el hogar, era altamente moral, como lo era la recibida en los colegios de ambos sexos.

Máximas de moral de los padres á sus hijos. No se pueden concebir máximas que enseñen doctrina mas pura que la que encerraban, las que los aztecas daban á sus hijos. Solamente es sensible que aplicasen castigos que casi tocaban en crueldad, cuando algun hijo faltaba á ellas. Les enseñaban á respetar á los dioses, como á dispensadores de todos los bienes de la tierra; les hacian conocer las bellezas de la virtud y la horrible fealdad del vicio.

Los primeros misioneros españoles que en la época de la conquista pisaron aquel pais, y aprendieron la lengua de los indios para instruirles en el catolicismo, nos han dado á conocer gran parte de esas máximas que recogieron con solicitud laudable. El padre Olmos, franciscano español, que no solo aprendió las lenguas mejicana, totonaca, y huasteca, sino que escribió de ellas, gramáticas y diccionarios, nos dejó escritas en mejicano, las exhortaciones que los antiguos aztecas hacian á sus hijos, y que prueban la suma moral que predicaban.

En esas exhortaciones, que las tradujo el señor Clavijero para su historia, se encuentran dos muy notables: una dirigida por una tierna madre á su hija, y la otra por un padre á su hijo. Como en ambas se resúmen, por decirlo así, los principios mas culminantes de la moral y aun de algunos muy marcados de urbanidad, voy á transcribirlos para que el lector pueda juzgar, por sí mismo, de la doctrina que encierran.

Exhortacion de un padre á su hijo. «Hijo mio—decia el padre en sus consejos, como el pollo del huevo, y creciendo como él, te dispones á volar por el mundo, sin que alcancomos á saber por quanto tiempo nos concederá el cielo el goce de la preciosa piedra que en tí poseemos. Sin embargo, sea cual fuere ese tiempo, procura vivir rectamente, rogando á Dios de continuo, que te ayude. El te crió y él te posee: él es tu padre, y te ama mas que yo: pon todos tus pensamientos en él, y dirígele noche y dia tus plegarias y suspiros. Reverencia, respeta y saluda á tus mayores, y no vean en tí jamás señales de desprecio. No permanezcas mudo con los pobres y atribulados; por el contrario procura consolarles con cariñosas palabras. Honra á todos, pero especialmente á tus padres, á quienes debes obediencia, amor, respeto y servicio. Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos que, á guisa de bestias privadas de razon, no reverencian á los que les han dado el sér, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse á sus correcciones; por que quien sigue sus huellas tendrá un fin funesto, y morirá lleno de despecho, ó arrojado en un precipicio, ó entre las garras de una fiera.

«No te burles nunca, hijo mio, de los ancianos, ni de los que tienen alguna deformidad en su cuerpo: no te mojes de aquel á quien veas cometer alguna culpa ó flaqueza, ni se la echés tampoco en cara: por el contrario, confúndete y teme que te suceda lo mismo que te ofende en los otros. No vayas á donde no te llaman, ni te ingieras en lo que no te importa. En todas tus acciones y palabras procura demostrar tu buena crianza; y cuando con-

verses con alguno, no le molestes con tus manos, ni hables demasiado, ni interrumpas ó perturbes á los otros con tus discursos. Si oyes hablar á alguno desacertadamente y no te toca corregirle, calla : pero si te toca, medita antes lo que vas á decirlo, y no lo hables con arrogancia, á fin de que sea mas agradecida tu correccion.

»Cuando alguno hable contigo, óyelo atentamente y en actitud comedida, no jugando con los piés, ni mordiendo la capa, ni escupiendo demasiado, ni alzándote á cada instante si estás sentado, pues estas acciones son indicios de ligereza y de mala crianza.

»Cuando te pongas á la mesa no comas á prisa, ni des señal de disgusto, si algo te desagrada. Si á la hora de comer llegase alguno, parte con él lo que tienes, y cuando alguien coma contigo, no fijes en él tus miradas.

»Cuando andes, mira por donde vas, para que no tropieces con los que pasan. Si ves venir á alguien por el mismo camino, desvíate un poco para hacerle lugar, y no pasos nunca por delante de tus mayores, sino cuando sea absolutamente necesario, ó cuando ellos te lo ordenen. Cuando comas en su compañía, no bebas antes que ellos, y sirveles lo que necesiten para grauearte su favor.

»Cuando te den alguna cosa, acéptala con demostraciones de gratitud : si es grande, no te envanezas : si es pequeña, no la desprecies, no te indigues, ni ocasiones disgusto á quien te favorece.

»Si te enriqueces, no te insolentes con los pobres, ni les humilles, pues los dioses que negaron á otros las riquezas para dártelas á ti, pueden quitártelas, disgustados de tu orgullo, para dárselas á otros. Vive del fruto de tu



trabajo, porque así te será mas agradable el sustento.

»Yo, hijo mio, te he sustentado hasta ahora con mis sudores, y en nada he faltado contigo á las obligaciones de padre; te he dado lo necesario sin quitárselo á otros. Haz tú lo mismo.

»No mientas jamás, que es gran pecado mentir: cuando refieras á alguno lo que otro te ha contado, di la verdad pura, sin añadir nada. No hables mal de nadie, y calla lo malo que observes en otro, sino te toca corregirlo. No seas noticiero ni amigo de sembrar discordias. Cuando llesves algun recado, si el sujeto á quien le llevas se enfada y habla mal de quien lo envía, no vuelvas á él con esta respuesta, sino procura suavizarla y disimula cuanto puedas lo que hayas oido, á fin de que no se susciten disgustos y escándalos de que tengas que arrepentirte.

»No te entretengas en el mercado mas del tiempo necesario, pues en estos sitios abundan las ocasiones de cometer excesos.

»Cuando te ofrezcan algun empleo, haz cuenta que lo hacen para probarte: así que, no lo aceptes de pronto, aunque lo conozcas mas apto que otro para ejecutarlo, sino escúsate hasta que te obliguen á aceptar, pues así serás mas estimado.

»No seas disoluto, porque se indignarán contra ti los dioses y te cubrirán de infamia: reprimo tus apetitos, hijo mio, pues aun eres jóven, y aguarda á quo llegue á edad oportuna la doncella que los dioses te han destinado para mujer. Déjalo á su cuidado, pues ellos sabrán disponer lo que mas te convenga, y cuando llegue el tiempo de ca-

sarte, no te atrevas á hacerlo sin el consentimiento de tus padres, porquo tendrás un éxito infeliz.

»No hurtes ni te des al robo, pues serás el oprobio de tus padres, debiendo antes bien servirles de honra, en recompensa de la educacion que te han dado. Si eres bueno, tu ejemplo confundirá á los malos. No mas, hijo mio : esto basta para cumplir las obligaciones de padre : con estos consejos quiero fortificar tu corazon: no los desprecies ni los olvides, pues de ellos depende tu vida y toda tu felicidad.»

Las máximas inculcadas por la madre de familias á su hija eran las siguientes:

Preceptos  
de una vieja  
á su hija. «Hija mia—le decia—nacida de mi sustancia, purida con mis dolores, y alimentada con mi leche, he procurado criarte con el mayor esmero, y tu padre te ha elaborado y pulido á guisa de esmeralda, para que te presentes á los ojos de los hombres como una joya de virtud. Esfuerzate en ser siempre buena, porque si no lo eres, ¿quién te querrá por mujer? todos te despreciarán. La vida es trabajosa, y es preciso echar mano de todas nuestras fuerzas, para obtener los bienes que los dioses nos quieran enviar; pero conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente en todo. Sé ascada, y teu tu casa en orden: da agua á tu marido para que se lave las manos, y haz el pan para tu familia. Donde quiera que vayas, preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, ni reirte de las personas que encuentres, sin fijar las miradas en ellas, ni volver ligeramente los ojos á una parte y á otra, á fin de que no padezca tu reputacion. Responde cortesmente á quien te salude ó pregunte algo.

»Empléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser

y en bordar, porque así serás estimada, y tendrás lo necesario para comer y vestirlo. No te des el sueño, ni descanses á la sombra, ni vayas á tomar el fresco, ni te abandones al reposo, pues la inaccion trae consigo la pereza y otros vicios.

»Cuando trabajes, no pienses mas que en el servicio de los dioses y en el alivio de tus padres : si te llaman ellos, no aguardes á la segunda vez, sino acude pronto para saber lo que quieren, á fin de que tu tardanza no les cause disgusto. No respondas con arrogancia, ni muestres rehusarte á lo que te ordenen : si no puedes hacerlo, excúsate con humildad. Si llaman á otra y no acude, responde tú, oye lo que mandan, y hazlo bien. No te ofrezcas nunca á lo que no puedas hacer, y no engañes á nadie, pues los dioses te miran. Vive en paz con todos : ama á todos honesta y discretamente, á fin de que todos te amen.

»No seas avaro de los bienes que los dioses te han concedido : si ves que á otras se dan, no sospeches mal en ello, porque los dioses, de quienes son todos los bienes, los reparten como juzgan conveniente. Si quieres que los otros no te disgusten, no les disgustes tú á ellos.

»Evita la familiaridad indecente con los hombres, y no te abandones á los perversos apetitos de tu corazón, porque serás el oprobio de tus padres, y ensuciarás tu alma, como el agua con el fango : no te acompañes con mujeres disolutas, ni con las embusteras, ni con las perezosas, porque infaliblemente inficionarán tu corazón con su ejemplo. Cuida de tu familia, y no salgas á menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por la plaza del mercado, pues allí encontrarás tu ruina. Considera que el vicio, como

verba venenosa, da muerte al que lo adquiere, y una vez que se introduce en el alma, difícil es arrojarlo de ella.

»Si encuentras en la calle algun joven atrevido y te insulta, no le respondas, y pasa adelante: no hagas caso de lo que te diga; no des oídos á sus palabras; si te sigue, no vuelvas el rostro á mirarle, para que no se inflamen mas sus pasiones. Si haces lo que te aconsejo, se detendrá y te dejará ir en paz.

»No entres en casa ajena sin urgente motivo, porque no se diga ó se piense algo contra tu honor; pero si entras en las de tus parientes, salúdales con respeto, y no estés ociosa, sino toma inmediatamente el huso, ó empleate en lo que sea necesario.

»Cuando te cases, respeta á tu marido, y obedécele diligentemente en lo que te mande. No le ocasiones disgusto, ni te muestres con él desdeñosa ni airada: acógelo amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva á tus expensas. Si en algo te apesadumbra, no le des á conocer tu desazon cuando te mande algo: disimula por entonces, y despues le expondrás con mansedumbre lo que sientes, á fin de que con tu suavidad se tranquilice y no te aflija mas: no le denuestes en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada. Si alguno entrase en tu casa para visitar á tu marido, muéstrate agradecida y obsequiale como puedas. Si tu marido es desacordado, sé tú discreta: si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para aquel encargo, tómalo tú por tu cuenta, cuidando esmeradamente de tus posesiones, y pagando con exactitud á los operarios. Guárdate de perder algo por tu descuido.

«Sigue, hija mía, los consejos que te doy. Tengo muchos años y bastante práctica del mundo : soy tu madre, y quiero que vivas bien : lija estos avisos en tu corazón pues así vivirás alegre ; y si por no querer escucharme, ó por descuidar mis instrucciones te sobrevienen desgracias, culpa tuya será, y tú serás quien lo sufra. No mas, hija mía : los dioses te amparen.»

Cada padre de familia daba á sus hijos, consejos de igual importancia, añadiendo aquellos avisos particulares, relativos al oficio, arte, profesion ó carrera que tenían.

Nada se puede pedir mas perfecto respecto á moral, que los anteriores preceptos ; pero las penas aplicadas por los padres á los hijos que no los observaban, eran crueles.

Duros castigos por la falta mas leve. Cuando les cogian en alguna mentira, les punzaban los labios con las duras y agudas espinas del magney hasta brotar la sangre. Al hijo discolo y desobediente le azotaban con ortigas. Cuando incurria en la falta que ya se le habia reprendido, le hacian recibir por la nariz el terrible humo del pimiento, ó se le ataba durante un dia á un leño. Cuando la falta era de alguna gravedad, le echaban ascuas pequeñas en la cabeza. Los azotes y los pellizcos en todo el cuerpo se aplicaban con mucha generalidad, por los padres, á los niños de ambos sexos.

Las mismas penas imponian los sacerdotes en los seminarios á los educandos que descuidaban algun deber.

Las faltas de respeto á los padres eran castigadas quemando los cabellos al irrespetuoso, azotándole con una vara, ó aplicándole otras penas severas.

Pero eran muy raros los hijos que incurrian en la falta

de irrespetuosidad hacia sus padres. Generalmente eran obedientes y respetuosos, y este respeto lo conservaban toda la vida, pues aun despues de casados, apenas se atrovian á hablar en su presencia.

Pero si las excelentes máximas de moral inculcadas por los padres y maestros á la juventud, hablan muy alto en favor de la cultura de los aztecas, no hablan en voz menos elocuente respecto de ella, los datos que se conservan referentes á la manera con que tenian distribuido el tiempo y al arreglo de su calendario.

Astronomía. Los mejicanos, lo mismo que las demás  
Arreglo  
del tiempo. naciones del Anáhuac, distinguian cuatro edades diferentes, con igual número de soles que, segun el orden, eran, sol ó edad de agua, sol ó edad de tierra, de aire, y sol ó edad de fuego. La primera comprendia desde la creacion del mundo hasta el instante en que el sol y casi todos los habitantes de aquel, perecieron victimas de una general inundacion. La segunda abrazaba un periodo que, segun sus creencias, duró desde el expresado cataclismo hasta la repeticion de otra escena no menos espantosa que la anterior, en que la tierra, sacudida por espantosos terremotos, causó la ruina de los gigantes, y puso fin al segundo sol. La tercera daba principio en la caida de los poderosos gigantes, y terminaba con los destructores torbellinos que hicieron desaparecer el tercer sol y á todos los hombres que poblaban de nuevo la tierra. La cuarta, que era la edad del fuego, empezaba en la última restauracion del género humano que se verificó, merced al esfuerzo de mil seiscientos héroes, nacidos á la vez de una diosa, y debia concluir cuando el sol y la tierra fuesen consumidos por

el fuego. La manera con que esos seiscientos héroes lograron que la tierra que habia quedado sin un solo individuo, volviera á verse habitada, fué, segun la religion de los aztecas, altamente milagrosa.

La diosa *Omecihuatl* que habitaba en el cielo, dió á luz en un parto, un cuchillo de pedernal. Indignados sus hijos de aquel acontecimiento, la arrojaron del cielo á la tierra. Al caer á osta la diosa, nacieron de ella, al recibir el golpe de la caída, seiscientos héroes. Como la tierra se habia deshabitada, los nobles hijos de la diosa, orgullosos de su alto origen, y viéndose sin gente que les sirviesen, pidieron á su madre, por medio de una embajada, el permiso de crear hombres que les acatasen. La diosa les dijo que solicitasen del dios del infierno un hueso de muerto, del cual, regándole con sangre de ellos mismos, saldrian un hombre y una mujer, de quienes nacerian despues muchos hijos, y la tierra volveria á verse poblada. El consejo fué admitido; y *Nolotl*, uno de los héroes, bajó al infierno, en solicitud del hueso. Obsequiado por el dios del infierno con lo que anhelaba, echó *Nolotl* á correr hácia la superficie de la tierra, antes de que el nùmen infernal se arrepintiera de la dádiva, como en efecto se arrepintió, y le seguia para quitársela. *Nolotl*, violentó mas la carrera, sin ver que el perseguidor se volvia ya al infierno, y en su apresuramiento, tropezó, y el hueso se rompió en pedazos desiguales. *Nolotl* se detuvo un instante á recogerlos, y en seguida volvió á emprender la fuga, hasta llegar á donde le esperaban sus hermanos. Los pedazos del hueso fueron entonces colocados en una vasija, y sacándose todos sangre de varias partes del cuerpo, los regaron con olla. Cua-

tro dias despues vieron formarse un niño, y continuando el riego do sangre por espacio de otros tres, so formó una niña de seductora belleza. Nololt, por ruego do sus hermanos, se encargó del cuidado do las dos criaturas, á las cuales crió con lecho de cardo. Así, segun los mejicanos, habia vuelto á poblarse el mundo. Esta cuarta edad debia terminar, segun creian, el último dia de uno de sus siglos, y por eso al llegar la última noche de los cincuenta y dos años, en que acababa el siglo, apagaban, como hemos visto, el fuego de los templos y de las casas, rompian los utensilios do cocina, y esperaban con ansia inaudita ver arder el fuego en la montaña, anunciando que habia empezado otro siglo.

Pero estas creencias religiosas, en nada se oponian al admirable arreglo con que distribuian el tiempo, y al método que observaban para contar los siglos, los años, los meses, las semanas y los dias.

Los mejicanos seguian el sistema de los antiguos toltecas en el cómputo del tiempo. Su siglo, como queda dicho, constaba do cincuenta y dos años, dividido en cuatro periodos de trece años. Cada dos siglos hacian una edad, y en los últimos instantes del siglo que senecia, le daban el nombre de *ligadura del tiempo*, porque en ellos se ligaba el nuevo que empezaba á correr para formar una edad.

Lo mismo los aztecas que los acolhuas, ajustaban en la medida del tiempo, su año civil al solar. Constaban los años de diez y ocho meses de veinte dias cada uno, especificando los primeros y los segundos por medio de jeroglíficos peculieres. Aunque parece que resultaba de esta distribución, que el año tenia trescientos sesenta dias, ne



ora así, pues, como los egipcios, agregaban cinco días que denominaban inútiles, porque estaba destinado á visitarse mutuamente, dando por resultado que tenia, como el nuestro, trescientos sesenta y cinco días.

Las estaciones del año estaban señaladas por jeroglíficos; y para saber exactamente los años que iban transcurridos de cada siglo, y aquel en que se hallaban, habian puesto á los años, cuatro nombres, que eran, *conejo*, *caña*, *pedernal* y *casa*. (1) El año primero con que empezaba el siglo, era *primer conejo*; el segundo año, *segunda caña*; el tercero, *tercer pedernal*; el cuarto, *cuarta casa*; el quinto, *quinto conejo*, siguiendo este orden hasta el fin del primer periodo que se verificaba el año décimotercio, que era *décimotercio conejo*. El segundo periodo empezaba con el segundo nombre del año correspondiente al primer siglo, esto es, con *primera caña*, puesto que daba principio por ella; seguia *segundo pedernal*, *tercera casa*, *cuarto conejo*; y así sucesivamente hasta el décimotercio año, que venia á terminar con el nombre con que habia empezado el periodo. Como el nombre que seguia á *caña* era *pedernal*, el periodo de trece años inmediato, empezaba con *primer pedernal*, y el cuarto periodo, con que terminaba el siglo, con *primera casa*.

Con este método sencillo en que eran cuatro los nombres y trece los números, se hacia del todo imposible la equivocacion de un año con otro, y segura la cuenta de los siglos transcurridos.

El año primero con que daba principio el siglo, empe-

(1) Los nombres en mexicano eran, *Tachli*, *Axol*, *Tecyall* y *Calli*.

zaba el 26 de febrero; pero los últimos comenzaban doce días antes, esto es, el 14. Provenia lo expuesto, de que en año moxicano se anticipaba un día cada cuatro años, por causa del día intercalar de nuestro año bisiesto, interponiéndose, en consecuencia, trece días en los cincuenta y dos años que constituían el siglo. Cuando éste había terminado, el ontrante continuaba empezaudo, como empezaban todos, el 26 de febrero.

Los nombres de los meses los tomaban ya de sus fiestas religiosas, ya de alguna cosa notable que se practicaba en ellos, ó bien de ciertas particularidades muy marcadas. En esos nombres, así como en las figuras, se notaba muchas veces alguna variedad, aunque nunca sustancial.

El número trece era el que figuraba en todas las combinaciones del arreglo del tiempo entre los moxicanos; y esta importancia que al número trece daban, reconocía por causa el ser trece los dioses principales. El siglo se componía de cuatro periodos de trece años; de trece meses se componía su ciclo, y trece eran los días que se interponían en el curso del primero.

Respecto del gobierno civil, dividían el mes en cuatro periodos de cinco días cada uno, y en el último de cada semana se celebraban las ferias públicas ó mercados llamados *tianguix*.

Este arreglo tenía una ventaja sobre el de las naciones del antiguo continente así de Europa como de Asia; el de que cada mes tuviese igual número de días, y de que las semanas fuesen completas, sin fracción ninguna en el año y en los meses.

Aunque á primera vista parece complicado el sistema

de los mejicanos y de los toltecas respecto de la distribución del tiempo, no lo es realmente si se analiza bien; pero de todas maneras revela que, las naciones que lo plantearon, estaban dotadas de notable ingenio, y que lejos de merecer el calificativo de bárbaras, que algunos escritores les han dado por no haberlas estudiado, tenían bastantes grados de cultura y de civilización.

El siglo estaba representado con una rueda de cuatro figuras que indicaban los nombres de los años, y que se hallaban repetidas trece veces, en la rueda, haciendo todas el número de cincuenta y dos que correspondía á los años del siglo. Al rededor pintaban una serpiente enroscada, formando cuatro pliegues, indicando así los cuatro puntos cardinales, y el punto de partida de los cuatro periodos de trece años de que cada uno de ellos constaba. El año se simbolizaba por medio de un círculo dividido en diez y ocho figuras, que representaban el mismo número de meses que tenía; y el mes, con otro círculo, dividido en veinte figuras, que correspondían á los veinte días de que constaba.

De los signos con que distribuían los años y los días, solían servirse también para señalar en sus pronósticos supersticiosos el sino con que nacía la criatura, la felicidad ó desgracia de los acontecimientos, el resultado de las empresas, y todo aquello que tenía relación con la fortuna del hombre, y cuyos resultados debían ser ya venturosos ó ya adversos, según el día en que se habían empezado. Por eso todos procuraban emprender un viaje, entrar en un negocio ó dar principio á una obra en un día señalado como propicio.



Calendar:o azteca .



Pero estas supersticiones han sido propias casi de todos los pueblos.

Los mejicanos conocian la causa de los eclipses, y tenían un sistema arreglado de constelaciones, como lo demuestra palpablemente la operacion de regular todas sus festividades por las Pléyadas.

El calendario mejicano. Explicacion de los signos que contiene.

Lógico es suponer, atendida su aplicacion al estudio de la astronomía, que conocerian varios instrumentos astronómicos; pero no se tiene noticia de ninguno de ellos, y solo existe un monumento de su ciencia astronómica. Ese monumento, digno de conocerse, es una inmensa piedra circular, en que está diestramente grabado el calendario azteca; obra verdaderamente notable, de la antigüedad mejicana, que está revelando que poseian los conocimientos claros de determinar, con precision, el período de los equinoccios, de los solsticios, de las horas del dia, y el tránsito fijo del sol por el cónit de Méjico.

Una feliz casualidad proporcionó á los hombres amantes al análisis de los progresos de la ciencia, en la marcha de los antiguos pueblos, esa produccion, hija del estudio y de la observacion de un pueblo separado del resto del mundo. El 17 de Diciembre de 1790, siendo virey el conde de Revillagigedo, al remover los trabajadores un trozo de tierra de la plaza mayor de Méjico, para componer el empedrado, se encontraron, á la insignificante profundidad de diez y ocho pulgadas, con una enorme piedra circular, que llamó su atencion por la forma y figuras que tenia. Era el calendario azteca, que yacia enterrado sin duda allí por los mejicanos, antes de que Hernan Cortés se apodera-

se de la capital. El sitio de la plaza en que se encontró, se hallaba á distancia de ochenta varas de la puerta segunda de palacio, al Poniente, y á treinta y siete al Norte del Portal de las Flores. Inmediatamente se procedió á desenterrarla, y el virey, conde de Revillagigedo, á petición de dos personas notables del cabildo eclesiástico, ordenó que á éste se entregase el monumento azteca, á condicion de que fuese colocado en sitio público, como se verificó en seguida, colocándolo al pié de la torre de la catedral, al costado de ésta que mira al Empedradillo, donde permanece actualmente.

El importante calendario que nos ocupa, es de lava volcánica, de la clase del basalto, como lo son casi todos los monumentos antiguos aztecas, que se han encontrado en diversas épocas en la capital de Méjico.

Aunque el calendario está completo en la parte correspondiente á los signos, no lo está en la que pertenece á la material. Se ve que la piedra, en su origen, era un paralelepípedo rectángulo, cuya base lo formaba un cuadro perfecto de doscientas diez y seis pulgadas por lado, ó quinientas cuarenta y seis varas y cuarta cuadradas de superficie, en su base y contrabase: el grueso ó profundidad debía ser una vara, á juzgar por lo que se advierte; y su peso se calcula que no baja de cuatrocientos ochenta y dos quintales.

Esa enorme mole fué conducida á Méjico desde las montañas, que altísimas se levantan detrás del ancho lago de Chalco. Asombra el que esa extraordinaria piedra, fuese conducida desde el fragoso punto en que fué tomada, hasta la capital de Méjico, no existiendo animales de carga, y no

pudiendo hacer uso mas que de los brazos de los hombres.

La conduccion de esa piedra ha dado lugar á que algunos conjeturen que debió ser conducida por algun medio propio de la ciencia mecánica ; pero sus conjeturas se miran destruidas por la relacion que existe de eso hecho. No existian máquinas de ninguna naturaleza, para transportar esos enormes peñascos que eran conducidos de un punto á otro para sus grandes monumentos ; pero habia grandes masas de hombres dispuestos para suplirlas, y se sabe que se emplearon muchos miles de individuos en la conduccion de la colosal piedra, escogida para formar el calendario. Sin tropiezo ninguno, habia cruzado largas leguas de malos caminos la enorme mole ; pero al pasar por uno de los últimos puentes de la capital, se hundieron los cimientos, y la colosal masa fué al fondo del agua, de donde lograron sacarla, merced al gran número de brazos que se emplearon para conseguirlo.

Sobre el fondo de ese monumento astronómico de los aztecas, hay un cilindro de ciento noventa y cuatro pulgadas de diámetro y diez y seis de espesor, en que están grabadas las figuras y signos que constituyen el calendario. El canto ó proyectura circular del cilindro, ostenta curiosas y diversas labores perfectamente hechas, pero sin mas objeto que el de embellecer la obra , pues carecen de significacion. La superficie del cilindro, que es la parte principal y está con perfeccion labrada, se encuentra dividida en seis partes ; una en que se representa la imagen del sol con las insignias y adornos con que le presentaban, que es el círculo que se encuentra en el centro ; y las



cinco zonas ó fajas circulares concéntricas que se hallan á su derredor, todas de diversa anchura, y circunscritas las unas á las otras.

Cuatro cuadros, con figuras que representan las cuatro edades que los aztecas suponían que había tenido el mundo, y señalaban al mismo tiempo las cuatro fiestas principales, formaban la primera zona. Dos de esos cuadros se encuentran en la parte superior, encima del sol; y los otros dos en la parte inferior, debajo del astro referido. En medio de los dos cuadros de arriba, se ve un triángulo que no tiene mas objeto que señalar la division de la segunda zona; pero á cada uno de sus dos lados se encuentra una figura diminuta que indican dos fiestas distintas, y los dias en que se celebran. A cada lado del sol y entre los cuadros de arriba y los de abajo, se ven dos figuras en forma de herradura, que representan á *Cipactonal* y á su mujer *Oxomaco*, á quienes juzgaban inventores de la astronomía. En la parte inferior se descubren otras dos figuras, que indican igual número de fiestas, al mismo tiempo que señalan dos de los principales movimientos del sol.

La segunda zona presenta los veinte dias que componían el mes, los cuales se deben contar empezando por la parte de arriba, sobre el triángulo, y de derecha á izquierda.

La zona tercera contiene cuatro figuras que cortan con su extremidad superior, la siguiente zona. Estas cuatro figuras que están dos en sentido vertical y las otras dos en posición horizontal, en forma de fajas unidas por la extremidad saliente y dobladas en los extremos opuestos, simbolizan cuatro rayos del sol. En cada una de las cuatro

partes en que está dividida la zona por medio de las figuras que, como he dicho, representan otros tantos rayos solares, hay diez rectángulos pequeños, ó sea cuarenta en toda la zona. Esto por lo que hace á los rectángulos visibles; pero como hay además doce que se suponen cubiertos por la parte inferior de los cuatro rayos referidos, tres por cada uno de ellos, resulta un total de cincuenta y dos rectángulos, número igual al de años que tenia el siglo azteca. Cada uno de esos rectángulos representa, por medio de un círculo y de cuatro óvalos pequeños, los cinco días en que dividian la semana, resultando una suma de doscientos sesenta días que tenia su año lunar, del que no existen pormenores; pues con respecto al solar, al cual arreglaban el civil, ya he dicho que se componia, como el nuestro, de trescientos sesenta y cinco días.

La cuarta zona, que presenta mayor espacio que las otras, tiene cuatro rayos solares, semejantes á los de la zona anterior; pero sin que se les vea abajo, la parte curva que los otros tienen. Los arcos pequeños que hay en esta zona, representan las luces que rodean el sol; y los catorce circulitos dobles, son signos numéricos. Las ocho figuras que en forma de carcaj, en cuyos extremos se descubren unos circulitos dobles, simbolizan ocho rayos solares; y varios arquiteos que están entre esos rayos, representan, como los arcos pequeños, antes mencionados, las luces del sol. En el remate de la zona se ven doce figuras en forma de llamas, unidas á la última faja. Estas figuras representan los objetos á que los aztecas consagraban gran veneracion y respeto; esto es, los montes y las nubes.

La quinta zona da á conocer la *via láctea*, que los meji-

canos conocian con el nombre de *Citlalinyuc*. Entre dos ángulos agudos, que sirven de índices y se encuentran en la parte superior de la zona, hay una figura cuadrada que simboliza el año *trece caña*, que es la terminacion del medio siglo. En el extremo opuesto ó parte inferior, se descubre una figura grande, donde se ven dos rostros idénticos, uno frente al otro, puestos de perfil y con adornos en la cabeza. Esta figura representa al dios de la noche, á quien los mejicanos daban el nombre de *Xoulteuctli*.

Muchos signos y caractéres pequeños, cuyos significados se ignoran, se encuentran en el calendario azteca; pero se cree, con bastante fundamento, que servian para señalar á los sacerdotes el tiempo de sus prácticas religiosas, de algunos ritos, de sus oraciones y de otros actos propios de su ministerio, por medio de la sombra proyectada sobre las figuras y caractéres numéricos por los gnómones, ó varitas de bronco que ponian encima, como se pone á los relojes de sol para señalar la hora.

El calendario azteca es, como se ve, un monumento notable de las antigüedades mejicanas. En él están demostrados los movimientos del sol, en declinacion, durante los doscientos sesenta dias que tenia su año lunar, desde que partia de la línea equinoccial, para marchar al trópico de Cáncer, hasta volver á la misma línea. Indicaba las épocas del año destinadas á celebrar fiestas, marcando los dias de éstas. Servia de reloj solar, señalando á los sacerdotes aztecas las horas destinadas al culto y á los sacrificios; y, por último, en ese calendario se encontraba reducida la mitad de la Ecliptica, ó movimiento del sol, de Occidente á Oriente, desde el primer signo del zodiaco hasta

el sétimo ó primero de Libra, así como el movimiento diario do Oriente á Occidente, desde el instante que nace hasta aquel en que se oculta.

Literatura  
mejicana.

La inteligencia y el amor al estudio, revelados por los mejicanos, en los pocos monumentos que de ellos se conservan, resaltan también en las leyendas históricas, en las maravillosas tradiciones, en las fábulas heroicas y en los patrióticos himnos que en los seminarios enseñaban á la juventud.

No se conserva ninguna de esas composiciones de los antiguos aztecas, para poder apreciar debidamente su mérito; pero las traducciones del laborioso fraile franciscano español, Sahagun, vertiendo al castellano las plegarias y discursos públicos de los mejicanos, dan una idea favorable de la riqueza y dulzura del idioma de éstos, y de la buena forma y elocuencia que daban á sus obras literarias los oradores y los poetas. Las producciones de los últimos están manifestando, en los apreciables fragmentos que de ellos quedan, que el lenguaje poético era dulce, sonoro, puro y brillante, y que los hombres que se entregaban al cultivo de la poesía, observaban en sus versos el metro y la cadencia.

Los que se dedicaban á la oratoria, procuraban desde niños expresarse con facilidad y elegancia, bebiendo las ricas frases del bien decir, en las sonoras y elocuentes arengas y discursos de sus mas ilustres oradores, que sus maestros les hacian aprender de memoria.

No es mi intento, al hacer el elogio de los oradores y poetas aztecas, nivelarlos con los oradores y poetas de las naciones cultas de Europa. Nada de eso. Mi objeto no es

otro que dar á conocer el estado de civilizacion, á que por sus solos esfuerzos habian llegado los mejicanos, haciendo observar únicamente, que sabian dar á sus producciones un fondo de racionios sólidos, y una forma elegante y bella.

Para sus composiciones, no echaban mano los poetas, de argumentos complicados que revelasen esfuerzo de inventiva. Todas las obras basaban en argumentos sencillos. Eran himnos en honor de sus dioses, que se cantaban en los templos ó en los bailes sacros; algun hecho heroico de personaje notable; una fábula moral, ó algun himno, ensalzando las glorias de la patria.

Literatura  
dramática,  
teatro  
y música.

La misma sencillez observaban en las composiciones dramáticas. Sus comedias tenian por objeto, despertar la hilaridad del público, presentando cojos, mudos, sordos, ciegos y tullidos que se dirigian al templo á pedir la salud á los dioses. Los teatros se levantaban en los átrios de los templos, ó en las plazas de mercados, y los hacian de palos y enramada, no pasando sus dimensiones de treinta piés en cuadro. El adorno consistia en arcos de plumas y flores, de los cuales colgaban vistosas aves, conejos y objetos agradables.

El pueblo acudio á las representaciones despues de comer, y los actores, que como he dicho, figuraban personajes lisiados, entablaban diálogos en que cada cual exponia los inconvenientes de su enfermedad ó de su defecto fisico, provocando la risa de los espectadores, y terminando con que se dirigian al templo á pedir á sus divinidades el remedio á sus males. Otras comedias tenian por argumento, dar á conocer el sufrimiento y las propiedades

de los animales; y entonces los actores se disfrazaban con caretas, que figuraban la cabeza del animal que tenían á su cargo desempeñar. En los mismos teatros se daban espectáculos pantomímicos, y toda función terminaba con un gran baile, ejecutado por todos los actores, al son de una música insonora y desagradable, que se componía de trompetas, caracoles marítimos, un tambor llamado *huc-huett*, que era un cilindro de madera, de una vara de alto, cubierto con una piel de ciervo por arriba, que se tocaba con los dedos, y de sonajas y chirimías.

Monótono y duro, como el ruido de sus instrumentos, era su canto; pero su afición hacia este era extremada, y veces había, que en sus fiestas y regocijos, se pasaban cantando un día entero.

Por imperfectas que las comedias fuesen, y por desaplicable que para nuestros oídos sería hoy aquella música, revelan al menos el principio de una cultura literaria, y la pasión hacia una de las artes más delicadas y dulces en que, ciertamente, sobresalieron menos.

En su marcha progresiva por el campo de la inteligencia, tocaron también, con buen suceso, el principio de la ciencia de las matemáticas. Dotados de agudo ingenio, inventaron un sistema sencillo de numeración para su aritmética, y ejecutaban sus operaciones con notable facilidad.

La escrito-pintura. Con la misma expresaban sus pensamientos, por medio de la pintura. Esto, más que un arte para recrear el sentido de la vista, era entre los mejicanos, la instructiva y útil historia de los acontecimientos operados en la nación. Las pinturas eran, por de-

cirlo así, los caracteres tipográficos, para eternizar la memoria de los hechos; y los pintores, los cronistas encargados de escribirlos. Los primeros que en la América se valieron de la pintura, para formar la historia, fueron los toltecas; y conociendo la importancia de ella, pronto la adoptaron los acolhuas, extendiéndose rápidamente su uso á todas las naciones de Anáhuac.

Los mejicanos tenían infinidad de pinturas. En unas se hallaban compiladas las leyes que regian en el reino: en otras la historia de los principales acontecimientos: en algunas, los tributos señalados á los pueblos, y en no pocas, su mitología, los objetos del culto idolátrico, los ritos, fiestas y ceremonias religiosas.

Habia pinturas topográficas y corográficas, en que se marcaba los límites de los terrenos, la situación de los pueblos, la forma de las costas, la distancia de los puntos, la posición de los lagos y el curso de los rios: las había religiosas, en que constaban los himnos que se cantaban en los templos; y abundaban las cronológicas, astronómicas y astrológicas. No había acontecimiento ni objeto, así animado como inanimado, que no estuviese representado en las pinturas. No es de extrañarse, por lo mismo, que el número de ellas fuese exorbitante. Por desgracia, recién hecha la conquista de Méjico por los españoles, los primeros misioneros, creyendo que aquellas pinturas no representaban mas que ídolos y signos idolátricos que alimentaban en los indios las ideas de sacrificar seres humanos, que siempre que podían lo verificaban ocultamente, hicieron una inmensa hoguera en la plaza de Texcoco, con las muchas que allí encontraron, desapareciendo entre las

llamas, junto con los signos y jeroglíficos de la superstición, de los oráculos, de la mitología y de las extravagantes producciones de los fanáticos arúspices, la memoria de importantes hechos, relativos á la marcha de aquellos pueblos; al lado de las figuras de los sangrientos ídolos, el importante manuscrito en que estaban consignados los curiosos pormenores de la inmigración de aquellas naciones, y de su paso desde el Norte del Asia á la apartada América; unido al ridículo vaticinio sobre el nacimiento en determinados meses, el instructivo y precioso mapa hecho con la mas admirable exactitud.

Sensible fué para la historia, la pérdida de los muchos documentos buenos que, mezclados con un gran número de inútiles, y convertidos unos y otros en cenizas, esparció el viento por todas partes. Siu embargo, no lo fué tanto como se ha tratado de hacer creer por algunos historiadores extranjeros, mas apasionados que filósofos, menos analizadores que sinceros. Los mismos misioneros, al saber el error que habian cometido, se apresuraron á reparar el mal causado involuntariamente, buscando y recogiendo, con laudable afán, todas las pinturas que se habian salvado del incendio; informándose verbalmente de los indios instruidos, del contenido de las que se habian quemado, y apuntándolo todo con la exactitud mas escrupulosa; aprendiendo el idioma para informarse de sus costumbres, y escribiendo apreciables obras relativas á todo lo concerniente al país de Anáhuac; obras que han sido la fuente de donde han tomado gran copia de hechos para las suyas, los demás escritores que se han ocupado de las cosas de aquellos países.



Fresca estaba en la memoria de los sabios aztecas y texcocanos, los acontecimientos históricos de sus respectivas naciones, y referidos por ellos á los misioneros, empeñados en darlos á conocer, hay motivo para creer que si la reparacion no excedió al mal, quedó al menos compensado felizmente. El noble celo por reparar el daño causado, les hizo escribir lo que acaso nadie, ni ellos mismos hubieran escrito por entonces, á no haber sido quemados los jero-glíficos; y quedando estos archivados, fácil hubiera sido que mas tarde nadie los pudiera descifrar, como no se hubieran descifrado algunas pinturas, que despues se hau encontrado, á no ser por los escritos que nos dejaron. Sin las producciones literarias de esos humildes misioneros, serian incomprensibles las pinturas que se conservan, como los manuscritos de los clásicos latinos lo hubieran sido, si el clero de la edad media, celoso de la pureza de lo bello, no se hubiera esforzado en mantener viva la lengua en que estaban escritos, viniendo á ser el idioma litúrgico.

El mismo gobierno español, animado de un noble celo, creó una cátedra de antigüedades mejicanas, en la Universidad de Méjico, donde el profesor se dedicaba exclusivamente al estudio de la *escrito-pintura*, y á la explicacion de los caractéres, signos y figuras de la pintura azteca.

Otra consideracion consoladora para los amantes del saber, viene en apoyo de que la pérdida sufrida en las pinturas quemadas, aunque lamentable, fué menor que la que se ha supuesto. La *escrito-pintura* exigia grandes y muchos volúmenes, para referir un suceso, por breve que el asunto fuese.

Los signos y los emblemas de que tenían que valerse los aztecas para expresarse, tenían que ocupar un espacio mucho mayor que el que hoy se ocupa para dejar consignado un hecho. Un viaje lo significaban, pintando lo *huella del pie*. Un terremoto se indicaba con *un hombre sentado en el suelo*, y el habla con *una lengua*. Todos los objetos que tenían forma, los presentaban como eran, y para las cosas que no tenían imagen propia, usaban caracteres significativos de ellas, pero que ocupaban mas lugar que el que hoy se ocupa para escribir. Cuando trataban de presentar una persona determinada, pintaban una cabeza de hombre ó de mujer, segun el sexo á que pertenecía, ó un hombre ó una mujer, colocando sobre el dibujo, una figura que expresaba la significacion de su nombre. Igual cosa verificaban para dar á conocer el nombre de una ciudad ó de una villa. Respecto de la historia, para formarla, pintaban en el márgen del papel las figuras de los años á que se referian en número igual de cuadritos, y al lado de cada uno de éstos, los acontecimientos que le correspondian. Cuando eran muchos los años y no cabian, por lo mismo, en la misma tela, seguian colocándolos en otra.

De lo expuesto, debemos deducir que, aunque fué grande el número de pinturas que al principio se quemaron, lo importante para la historia, contenido en ellas, podria reducirse á muy estrechos limites.

Materias en que Las pinturas las hacian sobre pieles adoba-  
escribían. das, telas de palmas y de cortezas muy sùtiles de árboles á propósito, preparadas con goma y otras materias.

El papel que resultaba de esas combinaciones y de los

medios de que se valian para confeccionarlos, era semejante al carton actual, aunque mucho mas terso y claro que éste. Por la manufactura mejor y mas apreciable usada para la *escrito-pintura*, era la confeccionada con las hojas de la pita, planta llamada por los mejicanos *maguicy*. Para reducirles al estado de admitir la pintura, las maceraban como cáñamo, las lavaban perfectamente, las extendian y las pulimentaban, resultando un papel semejante al *papyrus* de los egipcios.

Los colores empleados por los aztecas en las pinturas, eran vivísimos, y los sacaban de ciertas piedras minerales, de las flores, del añil, de la cochinilla, y de varias plantas. Que la brillantez de esas pinturas era notable, se deduce de la frescura y viveza que ostentan las que se conservan hasta nuestros dias.

Los pliegos de la *escrito-pintura*, se conservaban arrollados como los antiguos pergaminos, ó doblados como un biombo, en volúmenes de regular tamaño.

El escritor prusiano Paw, no queriendo conceder á los paises antiguos de la América, ninguno de los adelantos que realmente tenian, ridiculiza la *escrito-pintura* de los mejicanos; dice que para representar un árbol, pintaban un árbol, que no tenian jeroglíficos, y que apenas podian expresar por medio de las pinturas, aunque siempre de una manera imperfecta, los acontecimientos mas sencillos.

No negaré yo que estaba muy lejos de la perfeccion el modo de representar las cosas por aquellos pueblos; que el método observado daba lugar á interpretaciones y equívocos; pero no por eso podré estar ni remotamente de acuer-

do con las apreciaciones del escritor mencionado. Los mejicanos usaban de los jeroglíficos, y no solo representaban los objetos materiales, sino tambien el siglo, el año, el mes, la semana, la noche, el día y todo lo que anhelaban dar á conocer. Creo, por lo mismo que, aunque imperfecto, como tenia que ser, el modo de representar las cosas, merecen todo elogio y alabanza los pueblos que, sin modelos á quienes imitar y por sí solos, se entregaban al estudio y á la observacion, y llenos de la noble ambicion de saber, caminaban por el sendero de los adelantos, dejando en sus pinturas, un recuerdo eterno de su legislacion, de su industria, de su policia, de su moral y de los acontecimientos operados en el rico suelo de Auáhuac.

---



## CAPITULO XV.

Religion de los mejicanos.—Sus dioses y sus atributos.—Origen de los sacrificios.—Fiestas celebradas en los diez y ocho meses del año azteca.—Sacrificios de víctimas humanas que en ellos se hacian.—Número de sacrificados anualmente.—Oblaciones, ayunos y penitencias.—Ceremonias á la salida del sol.—Número de veces con que diariamente incensaban á sus ídolos.—Sitios destinados á las almas en la otra vida.—Número de sacerdotes que habia.—El sacerdocio no era perpetuo y los sacerdotes eran casados.—Gerarquias que existian entre los sacerdotes.—La educacion de la juventud estaba á cargo de los sacerdotes.—Ordenes religiosas.—Sacrificadores sacerdotes y sacrificios en diversas fiestas.—Ayunos y terribles penitencias de los sacerdotes.—Número de templos y sus rentas.—Ritos de los mejicanos en el nacimiento de un niño.—Ritos nupciales.

Despues de haber dejado correr la pluma por el agradable campo de los adelantos y la civilizacion de un pueblo, que supo con su inteligencia y su amor al estudio formar códigos de acertadas leyes, presentar monumentos que acreditan sus conocimientos en astronomia, y crear una literatura sentida y filosófica, preciso es detenernos á dar á conocer uno de los puntos que se enlazaban intimamente con su vida politica, y que ejercia una poderosa influen-

cia en los mas notables actos de la sociedad. El punto íntimamente ligado al sér político de aquella sociedad, era la religion.

Quien no conozca la religion de los aztecas, es imposible que pueda formarse una idea exacta de sus instituciones sociales y de su gobierno.

La mitología azteca, aunque semejante en los atributos de algunos dioses, á la mitología de los antiguos griegos y romanos, no lo era en la parte relativa á la moral de sus divinidades.

En ambas se ven los esfuerzos del hombre, impulsado por un sentimiento religioso que, no comprendiendo los misterios de la naturaleza, busca para poderlos explicar y darse cuenta de su misma existencia, los agentes sobrenaturales que dirigen las maravillosas obras de la creacion.

Comprendian que no podia existir efecto sin causa, criatura sin creador; y siendo muchas las cosas creadas, juzgaban que el número de dioses, debia estar en relacion con el número de ellas. Sin embargo, los sentimientos que la nacion mejicana atribuia á sus dioses, diferian completamente de los que los griegos y romanos concedian á los suyos. Estos dos últimos pueblos, atribuian á sus divinidades todas las vengauzas, impurezas y crímenes imaginables, y celebraban sus fiestas con vergonzosas bacanales y escandalosas saturnales, justificando sus vicios con los vicios de que juzgaban dotados á sus númenes. Los dioses de los aztecas, estaban exentos de impureza; pero en cambio eran sangrientos, y solo parecian complacidos cuando la caliente sangre de víctimas humanas humeaba en sus altares.

Las hecatombes de seres racionales, era una exigencia de aquellas divinidades, que manchaban el poético y florido suelo del Anáhuac; la negra nube importuna, en medio de un cielo diáfano y encantador; la repugnante huella del genio desolador, impresa en el delicioso jardín de América; el sombrío semblante de la tristeza, en medio de los trasparentes lagos, del ambiente perfumado, de las floríferas colinas, de los bosques, de las aves, de las delicias en fin, de un país encantador, donde la naturaleza entera sonreía dulcemente al hombre.

En todas las fiestas de las principales deidades, que se celebraban en los diez y ocho meses, de á veinte días, de que constaba el año azteca, se hacían sacrificios de víctimas humanas á las divinidades, excepto en una que se verificaba el 16 de Febrero, en honor del dios del fuego.

Las mismas hecatombes se repetían en las fiestas anuales, así como en las que se celebraban al principio de cada período de trece años, y en la secular, al fin de los cincuenta y dos de que se componía el siglo de aquellas naciones. En esas fiestas, se presentaban asociadas íntimamente cosas que, por su naturaleza, se repelían, se rechazaban como repulsivas y contrarias entre sí. Al mismo tiempo que se vertía la sangre humana de desventuradas víctimas, se ofrecían flores, incienso, codornices, palomas, plantas y semillas, á las inhumanas deidades. Mientras modestas y virtuosas jóvenes y candorosos niños, coronados con bellas y aromáticas guirnaldas, se dirigían en agradable procesion al templo, á colocar al pié de los altares, aromático incienso y vistosos ramilletes, otra procesion, imponente y severa, conducía á ofrecer á la misma



divinidad, el corazón arrancado del pecho de un desgraciado. La idea de lo bello, de lo digno, de lo grato, estaba unida á la de lo funesto y lo espantoso.

Se diría, examinando los contrastes de aroma y de sangre, ofrecidos á la vez á sus trece dioses tutelares, que los mejicanos obedecían á dos influencias opuestas, noble y magnánima la una, inspirada por la naturaleza; dura y terrible la otra, sugerida por la preocupacion. En el punto religioso, lo mismo que en lo que hace relacion al estado social, los mejicanos ofrecían disparidades las más inconcebibles y extrañas. Al lado de las máximas de moral, insinuadas de la manera más dulce, los castigos severos y hasta crueles, por la infraccion de la menos importante: leyes prudentes y sabias, junto á otras inobservables: costumbres suaves, mezcladas con otras rudas y sangrientas: la luz acompañada de la sombra: lo bello y encantador, unido á lo repugnante y fiero; los sacrificios humanos y los banquetes celebrados con los miembros de las víctimas sacrificadas, asociados á las fragantes rosas, las vistosas guirnaldas de flores, las blancas palomas y las sencillas codornices.

Los aztecas, aunque idólatras, tenían una idea, bien que imperfecta, de la existencia de un Sér Supremo, Creador de todo lo que ostentan los cielos y la tierra. Le juzgaban invisible, y por lo mismo no le representaban bajo ninguna forma ni figura. Le distinguían con el nombre genérico de *Teotl*, y en las plegarias que le dirigían, le llamaban «el dios por quien vivimos;» «el que todo lo tiene en sí mismo,» «sin el cual es nada el hombre;» «que está presente á cuanto se hace;» «que lee todos los

pensamientos, y ve todas las obras;» «dispensador de las gracias y los bienes;» «perfecto y puro,» «bajo cuya paternal proteccion, encontramos dulce reposo y seguro amparo.»

Pero á pesar de esos sublimes atributos que le concedian, juzgaban demasiado grande la máquina complicada del Orbe, para que pudiese regirla sin asociarse á otros dioses, y creian que á cada uno de éstos, estaba encomendada una de las sublimes obras de la creacion. La unidad de un Sér, á cuya sola voluntad se subordinan y obedecen las diversas partes del sublime conjunto que forman las maravillas de la creacion, no la veian con claridad; y no se podian explicar la marcha uniforme y perfecta del todo, sino por medio de agentes inferiores, encargados de la ejecucion de sus respectivas obras.

Trece eran los dioses principales; doscientos sesenta, los que recibian oraciones durante todo el año lunar; y dos mil, los menos importantes, aunque no menos respetados.

El dios de mas alta alcurnia, despues del Supremo Sér invisible, que ya hemos mencionado, era *Tezcatlipoca*, que significa *espejo reluciente*. Se le juzgaba autor del cielo y de la tierra, el *alma del mundo* y señor de todas las cosas. Representábanle hermoso y dotado de juventud perpetua, para significar la belleza de lo creado, y que siempre es jóven la naturaleza. La materia de que el ídolo estaba hecho, era de una piedra negra y reluciente, llamada *teotell*, que significa *piedra divina*, semejante al mármol negro. Le juzgaban dispensador de envidiables bienes, á todos los que observaban una conducta irreprochable, y severo con los malos y viciosos, á quienes castigaba, enviéndoles

penosas enfermedades y males continuos. Atento con el menesteroso arrepentido, escuchaba los ruegos que se le dirigian, y remediaba las penas que le aquejaban. No habia esquina de calle que no ostentase asientos de piedra, hechos exclusivamente, para que en ellos descansase la deidad; bancos sagrados, en que á ninguna persona le era permitido sentarse. Segun la historia mitológica, presentada en las pinturas aztecas, habia descendido del esplendente cielo por medio de una misteriosa cuerda, formada de telarañas que, cediendo suave y elásticamente al divino peso de la celeste deidad, llegó justamente hasta tocar la tierra. En las curiosas páginas de esa misma mitología, que constituian el libro divino de la nacion azteca, se consignaba, que habia arrojado de la ciudad de Tula al gran sacerdote Quetzalcoatl, virtuoso y venerable sabio, á quien mas tarde se le colocó en el número de las divinidades. Se le representaba al dios *Tezcaltipoca*, atados los cabellos con un cordon de oro, de cuyo extremo pendia una oreja del mismo rico metal, con algunas partículas, imitando el humo, que significaban los ruegos de los afligidos. De su labio inferior le colgaba un cañuto trasparente, de una materia semejante al cristal, en cuyo fondo brillaba una pluma verde, que persuadia de pronto, una piedra preciosa. Cubria su ancho pecho una lámina de oro macizo, y ricos brazales, tambien de oro, adornaban sus brazos. Velaba su ombligo una fina esmeralda de subido precio: ricos pendientes de oro adornaban sus orejas, y en la mano izquierda ostentaba un bellissimo abanico del mismo metal, con brillantes plumas, en que se reflejaban los objetos, como en un limpio y terso espejo. De esta manera trataban de sig-

nificar, que todo lo veía la expresada deidad; que nada se le ocultaba de lo que en el mundo se hacía. Cuando querían darle á conocer con los atributos de la justicia, lo representaban sentado en un banco, rodeado de un lienzo escarlata, en que se veían pintados huesos y cráneos humanos, empuñando en la mano izquierda un escudo y cuatro flechas; levantado el brazo derecho, en cuya mano tenía un dardo en actitud de arrojarlo: pintado de negro el cuerpo, y coronada la cabeza con plumas de codorniz.

Otras dos divinidades, altamente reverenciadas, y que habitaban en una ciudad llena de encantos y placeres, edificada en el cielo, eran el dios *Ometeuctli*, ó *Citlallatouac*, y la diosa *Omecihuatl*, ó *Citlalicue*. Se creía que ambos tenían el cuidado de velar por la felicidad del mundo, y que comunicaban á los seres humanos sus respectivas inclinaciones. La diosa que había tenido muchos hijos, tuvo la desgracia de dar á luz, en un parto, un cuchillo de pedernal, como tengo dicho en el capítulo anterior, al hablar de la última de las cuatro edades, por lo cual fué arrojada del cielo por aquellos. También referí, que al caer á la tierra, brotaron, al golpe dado, seiscientos héroes que, por medio de un hueso pedido al dios del infierno, que se hizo pedazos, lograron, rociando con sangre de sus cuerpos los fragmentos, formar un hombre y una mujer, volviendo de esta manera á poblarse de nuevo el mundo. Los seiscientos héroes, ó semidioses, consiguieron de aquella manera, su objeto, que era tener servidores y vasallos. Mucho tiempo disfrutó la tierra de todos los bienes apetecibles; pero llegó un día en que se extinguió el sol, sin cuya luz y calor el mundo tenía que desaparecer. Ante

Apotosis  
del sol.      aquel conflicto, los expresados héroes se reunieron en Teotihuacan, al rededor de una inmensa hoguera que encendieron, y con acento profético dijeron á la multitud que, si habia alguno que se atreviese á lanzarse en las llamas, al instante se veria convertido en sol, perteneciendo desde entonces á la gloriosa clase de los diosos. Al escuchar la promesa de los héroes, un hombre llamado *Nanahuatzin*, lleno de intrepidez y deseando verse deificado, se arrojó al fuego y bajó al infierno. Todos los circunstantes quedaron esperando el resultado de la empresa acometida. Entre tanto los seiscientos héroes hicieron una apuesta con varios animales, entre los cuales figuraban las langostas y las codornices, respecto del sitio por donde el sol debia aparecer de nuevo. Ninguno de los animales consultados, pudo adivinar el punto por donde apareceria el astro del dia, y en consecuencia, fueron sacrificados.

Por fin el sol se presentó por la parte que despues se llamó *Levante*; pero á los pocos instantes de haberse elevado sobre el horizonte, se detuvo. Los héroes le mandaron que continuase su carrera; pero habiéndose negado el sol á obedecerles, uno de ellos, llamado *Citli*, preparando el arco, le arrojó una flecha. El sol se inclinó un poco, y evitó el golpe. *Citli* disparó otras dos flechas, de las cuales solo una llegó hasta el sol. Irritado éste de aquel desacato, rechazó la flecha contra *Citli*, clavándosela en la frente, de cuya herida murió á los pocos instantes. La muerte de *Citli*, llenó de consternacion á los demás héroes; y juzgándose impotentes para luchar contra el sol, ó queriendo desagruar al ofendido

Origen de los  
sacrificios

humanos.

dios, pidieron á su hermano Xolotl, que les matase por su propia mano. Xolotl obsequió el deseo de los héroes ; les quitó la vida, abriéndoles el pecho á todos, y en seguida se mató á si mismo. Antes de morir, los héroes se despojaron de sus ropas y las entregaron á sus servidores. Cuando Hernan Cortés conquistó Méjico, los indios guardaban aun, con grande veneracion y respeto, unas telas muy viejas que se aseguraban ser las que heredaron de los ilustres héroes. La muerte de éstos, llenó de tristeza á los habitantes de la tierra, y el dios Tecaztliopoca que era, como he dicho, la divinidad mayor, despues del invisible Ser Supremo, envió á uno de los fieles vasallos de los sacrificados héroes, al palacio del sol, para que trajese una sonora música con que se celebrasen las fiestas en honor del mismo sol, encargándole que hiciese saber á éste que, cuando hiciese un viaje por mar, como tenia resuelto, se le pondria un puente de ballenas y tortugas. El hombre encargado de la elevada comision, partió hácia el palacio del astro principal, entonando un himno que el mismo dios Tecaztliopoca le enseñó. De aquí tuvo origen, segun los mejicanos, la música y el baile con que celebraban las fiestas de sus divinidades, y el sacrificar diariamente codornices al sol. Respecto de los sacrificios humanos, la costumbre reconocia por principio, el cometido por Xolotl

en sus hermanos, y en el mismo. Parecido al  
 Apoteosis de la luna. apoteosis del sol fué el apoteosis de la luna.

Otro hombre, de los que se hallaban al rededor de la hoguera en que se arrojó Nanahuatzin, se lanzó tras él, imitando su ejempló ; pero como las ilamas habiau perdido, al devorar el combustible, parte de su brillantez,

apareció menos luminoso, quedando transformado en luna.

La divinidad mas interesante, en la mitología de los aztecas, es *Quetzalcoatl*, dios del aire, en quien concurrían la bondad, el talento, la belleza y el buen gobierno. El nùmen del aire era reverenciado con igual fervor en las diversas naciones del Anáhuac, y su nombre pronunciado con veneracion. Segun las creencias religiosas de los mejicanos, Quetzalcoatl habia sido gran sacerdote de Tula, y su vida honesta y ejemplar, su talento y su prudencia le habian conquistado las simpatias del mundo entero. A él se debia la invencion de la fundicion de los metales, el pulimento de las piedras preciosas, el mejoramiento de la agricultura, y las sabias leyes que regian á los hombres. En armonia con la belleza del alma, se encontraba la del cuerpo. Era blanco, alto, bien formado, de espaciosa frente, grandes y rasgados ojos; de cejas arqueadas y negras, como eran negros su luengo cabello y su espesa y bien peinada barba. La moderacion y la elegancia resaltaban en todas sus maneras; así como en sus vestidos, que eran largos, la decencia y la honestidad. Nadie hizo en el mundo una vida mas austera que él, ni nadie se dedicó al bien de la humanidad, con el afan y los buenos resultados que Quetzalcoatl. Bajo su direccion, creció la industria; la tierra anmentó el volùmen de sus producciones. Una sola mazorca de maiz formaba la carga que podia llevar un individuo; las calabazas, eran de dos varas; las ciruelas, como el puño de la mano; les *tunas* ó higos chuitubos, del tamaño de la cabeza de un hombre. El uso de teñir las telas, era innecesario, pues el algodón crecia en el árbol con to-

dos los colores apetecibles: el sol calentaba, sin abrasar; el viento era dulce y perfumado; blanda y tibia la atmósfera, y suave y templado el invierno.

Las aves se hallaban vestidas de mas brillante plumaje, y su canto era mas delicado y melodioso que lo que hasta entonces habia sido. Era la edad de oro del Anáhuac, en que la felicidad y la ventura, se presentaban risueñas al hombre, brindándole dichas sin guarismo. Cuando juzgaba prudente dictar alguna ley benéfica, como eran todas las suyas, mandaba al monte Tzatzitepec, *monte de los clamores*, próximo á la ciudad de Tula, un pregonero para que la diese á conocer al pueblo. La voz, que era sonora y metálica, se escuchaba clara y distintamente, á mas de trescientas millas de distancia, sin que las personas que la escuchaban, llegasen á perder ni una sola palabra. No habia pobre ninguno en el país gobernado por el sabio y virtuoso Quetzalcoatl: la riqueza era general, y él, no obstante su modestia, habitaba en palacios de plata y de piedras preciosas. Pero la felicidad de los hombres suele tener su término, y la de los gobernados por Quetzalcoatl, era preciso que tuviese su límite. Cuando todo el país nadaba en la abundancia, el dios Tezcatlipoca, primero en gerarquía, en la mitología, como queda dicho, dispuso el destierro del benéfico gobernante, sin que jamás se llegase á saber el motivo. Para hacerle abandonar el país, se presentó á él, en figura de un venerable anciano, el dios Tezcatlipoca, haciéndole saber, que la voluntad de los seres inmortales era que pasase al reino de Tlapallan, patria de donde salieron los toltecas. Al mismo tiempo que le comunicaba la voluntad de los dioses, le presentó una bebida



para que la tomase, diciéndole que con ella alcanzaria la inmortalidad. Afanoso de alcanzar la deificacion, bebió Quetzalcoatl el liquido, y en el instante se sintió con desens de partir para Tlapallan. Pronto emprendió la marcha, acompañado de gran número de vasallos que quisieron seguirle, procurando hacerle agradable el viaje, tocando sin cesar en él, escogidas piezas de música, de encantadora melodía. Aseguraban los habitantes de Anáhuac, que cerca de la ciudad de Cuauhtitlan, arrojó unas piedras sobre un árbol, las cuales quedaron enterradas en el tronco. Por cosa igualmente cierta tenian, que en las inmediaciones de Tlalnepantla, dejó señalada su mano en una piedra; señal que los mejicanos mostraban á los españoles, despues de la conquista, como objeto venerado hasta entonces. Al llegar á Cholula, los cholultecas se esmeraron en hacerle una recepcion brillante; le agasajaron dignamente, y le suplicaron que les gobernase por algun tiempo. Quetzalcoatl, accedió á la súplica de sus admiradores, y permaneció veinte años en Cholula, enseñándoles el arte de la fundicion; dictando leyes sabias para que mas tarde se gobernasen; instruyéndoles en los ritos y ceremonias de la religion y en el arreglo del calendario. Quetzalcoatl. era amante de la paz y de las costumbres suaves. Veia con horror todo acto cruel; y solo el nombre de guerra, le hacia estremecer, por la consideracion de los estragos y desgracias que ocasiona toda lucha.

Emprendida su marcha de Cholula, acompañado de cuatro jóvenes nobles y gallardos, llegó á la provincia maritima de Coatzacoalco, desde donde se propuso ir solo á Tlapallan. Antes de partir, llamó á los cuatro arrogantes

jóvenes y les dijo que se volviesen á Cholula, que asegurasen á los cholultecas, que pasado algun tiempo, volverian él y sus descendientes al país, para regirlo y gobernarlo; y que les recomendaba la observancia de las leyes por él dictadas. Dichas estas palabras, Quetzalcoatl se despidió de ellos, entró en un ligero esquife, hecho de pieles de serpientes y de conchas, y desapareció en el Océano, sobre cuyas ondas, resbalaba la encantada embarcacion, con la suavidad de una blanca gaviota en la tranquila superficie de un sereno lago.

Los habitantes de Cholula, queriendo testificar el cariño que profesaban al sabio Quetzalcoatl, confiaron el gobierno de su país á los cuatro nobles jóvenes que habian alcanzado el aprecio del sér mas bueno de la tierra. Pasado algun tiempo, corrieron varias noticias con respecto á Quetzalcoatl: unos decian que habia desaparecido, y otros que habia muerto en la costa; pero como quiera que fuese, los toltecas de Cholula le consagraron dios, le constituyeron protector de la ciudad, y le elevaron un magnifico templo, cuyos restos se contemplan al presente, como una muestra de la grandiosidad de los monumentos antiguos del Anáhuac. Pronto le erigieron otro no menos notable en Tula; y propagándose rápidamente el culto por todas partes, se edificaron santuarios al dios del aire, aun entre las tribus enemigas de los cholultecas.

El nùmen del aire adquirió, por donde quiera, una fama imperecedera. Las fiestas que se celebraban en su honor, eran notables, especialmente en Cholula, á cuyo santuario iba la gente en romería, desde puntos muy lejanos. Se aseguraba que concedia grandes bienes; y las mujeres

estériles, elevaban á él sus ruegos para salir de su esterilidad. La fiesta principal, que la celebraban los cholultecas en el *año divino*, era notable. Precedían á ella ochenta dias de rigoroso ayuno y de austeridades las mas terribles, de parte de los sacerdotes. Como tesoro de inestimable precio, conservaban los cholultecas unas piedrecitas verdes que, segun ellos, habian pertenecido á su deidad protectora. La veneracion al dios del aire era profunda y general. Los cholultecas se gloriaban de haber recibido de él las leyes y el conocimiento de las ciencias y de las artes, y los yucatecos, tenian como un timbre de honra el asegurar que sus señores descendian del ilustre Quetzalcoatl.

En la mezcla extraña que hacian de las ocupaciones que atribuian á los dioses, tenian por cierto, que la divinidad del aire, el nūmen Quetzalcoatl, barria el suelo al dios de las aguas, porque siempre la lluvia llega precedida por el viento.

Algunos escritores, han creido ver en la descripcion que los habitantes de Anáhuac hacian del virtuoso y sabio Quetzalcoatl, rasgos del apóstol Santo Tomás, deduciendo de ellos, que el Evangelio habia sido predicado en aquellos países, algunos siglos antes de la llegada de los españoles. En apoyo de su opinion, presentan el ayuno de cuarenta dias, que observaban algunos pueblos de la América; la semejanza de la doctrina y de las predicaciones de los dos personajes; el hallazgo de algunas cruces, en varios puntos de aquellos países; la tradicion que se habia conservado entre los indios, de que seria ocupado el país por gente blanca y barbuda; el ropaje que usaban, y algunas otras circunstancias que han juzgado que robustecian su opinion.

Sin embargo, todas las conjeturas de los que así han opinado, desaparecen ante un exámen detenido. Ni una sola palabra referente á Jesucristo, ni á su religion, se encuentra en las máximas que por tradicion conservaban del sabio Quetzalcoatl los indios. La hechura del vestido con que le presentaban, estaba muy lejos de tener la forma del traje que usaban los apóstoles; y por lo que hace al ayuno de cuarenta dias, no arguye nada en favor de su opinion, puesto que observaban ayunos de tres, cuatro, cinco, veinte, ochenta y aun de ciento sesenta dias.

Reverenciado y muy querido era tambien el dios *Tlaloc*, númen del agua, á quien creian habitando en lo mas alto de las montañas, velando por la fecundidad de los campos y en proporcionar á los hombres los bienes temporales. Segun la mitologia azteca, Tlaloc habia llegado al Acáhuac en tiempo de Xolotl, primer rey tolteca, y el idolo apareció en la cima del monte, que tenia el mismo nombre que la aparecida divinidad. El idolo era de piedra blanca, porosa y ligera, y figuraba un hombre sentado en una piedra cuadrada, teniendo delante una vasija llena de semillas, de diferentes especies, y de resinas elásticas. Se cree que el idolo de Tlaloc fué el mas antiguo en el pais, pues los toltecas, que le hacian todos los años una oblacion por las cosechas que habian recogido, le colocaron en el expresado monte, donde permaneció hasta principios del siglo XVI. En esta época, el rey Nezahualpilli, que gobernaba el reino de Acolhuacan, lo quitó de allí para colocar otro idolo. Poco duró aquel cambio, pues habiendo caido un rayo sobre el idolo que le usurpó el lugar, el au-

tiguo de Tlaloc volvió á ser colocado en el mismo sitio, para calmar la ira de la deidad ofendida. Allí permaneció, recibiendo culto, hasta despues de la conquista de aquel país por los españoles, tiempo en que, predicado el evangelio, el ídolo fué hecho pedazos por disposicion de Zumárraga, primer obispo de Méjico.

Otro de los dioses de alta importancia, era el sangriento *Huitzilopochtli*, númen de la guerra, cuyo fabuloso nacimiento queda referido en uno de los capítulos anteriores.

Seguian á estas divinidades, la de la caza, la diosa de la tierra y del maíz, de las flores, el númen del fuego, el dios de la noche, el del infierno, de los caminos, de las calles, del comercio, de la medicina, de la pesca, del vino, de los pláteros y de todos los ramos imaginables.

**Fiestas** Sin embargo, la multiplicidad de los dioses  
 de los diez y ocho **hubiera sido menos sensible, si las fiestas**  
 meses del año **consagradas á los que figuraban en primera**  
 azteca, con **línea, no hubiesen exigido hecatombes cons-**  
 sacrificios de **tantas de inocentes víctimas humanas.**  
 víctimas  
 humanas.

Cada mes, de los diez y ocho de que se componia el año, estaba consagrado á la fiesta de alguna deidad tutelar, y solo en una dejaban de humear los altares con la caliente sangre de los desgraciados seres condenados al sacrificio.

**Fiesta á Tlaloc,** El mes primero, empezaba el 26 de Febre-  
 dios del agua. **ro.** Desde las primeras horas del siguiente  
 Sacrificio de **dia, la vida y la animacion se notaba por**  
 niños, **donde quiera que se dirigia la vista. Los ha-**  
 y sacrificio **bitantes de la ciudad, henchidos de entusiasmo religioso,**  
 gladiatorio. **apresuraban el paso para llegar á un espacioso *teocalli,***  
**casa de dios, que se levantaba en forma de pirámide en**

uno de los sitios mas pintorescos de la poética ciudad de Méjico, la graciosa Venecia de la América.

Se trataba de presenciar y de asistir á la solemne fiesta que se consagraba á *Tlaloc*, dios del agua.

Los sacerdotes de la falsa divinidad, celosos del brillo y lucimiento de la festividad, adornaban esmeradamente el templo, y engalanaban á su dios con brillantes plumas de exquisitos colores, y con ricas y preciadas joyas.

Pero el valioso presente que mas grato juzgaban á los ojos del nùmen del agua, en su funesta religion, era el holocausto de infantiles sères, en esa tierna edad en que se presentan con toda la gracia cautivadora de la inocencia. Se juzgaba como imprescindible deber religioso, sacrificar á su dios tiernos niños, que apenas contaban un lustro de existencia, y esos inocentes niños eran comprados á padres fanáticos y pobres, para conducirlos al sangriento sacrificio. Pero no todos estaban destinados á sufrir la muerte en el mismo dia. Preciso era sacrificar algunos en los siguientes meses de Marzo y Abril; y para las fiestas que en ellos debian celebrarse, se reservaban los que se creian necesarios.

Entre tanto, los que estaban destinados al dios *Tlaloc*, veian, sobrecogidos de terror, las galas y los trajes que se preparaban para vestirles. Los desventurados habian visto, en otras fiestas, sacrificar á niños de la misma edad que ellos, y conocian perfectamente el terrible fin que les esperaba.

El momento angustioso llegaba al fin. Los infelices niños, vestidos con traje de papel de colores, semejante en la hechura al que le ponian al nùmen del agua, y coronados

con vistosas guirnaldas de fragantes flores, se veían colocados en vistosas andas descubiertas, embellecidas con fresca enramada y con delicadas rosas.

Cuatro sacrificadores tomaban en hombros aquellas andas, y precedidos de varios ministros del templo, y seguidos de la multitud, conducían á las infantiles víctimas por las calles, al sitio de la hecatombe.

El terror se veía pintado en el rostro de aquellas tiernas criaturas, que veían llevarse á la muerte. Sobrecogidas de espanto y tendiendo hácia todas partes sus bracitos y sus manos, pedían, llorando, piedad; llamaban á sus padres con doloroso acento, buscándoles con la vista entre la multitud, y gritaban, desconsoladas, al ver que nadie se compadecía de ellas, que á nadie habían ofendido en el mundo. Aquel era un cuadro desgarrador; una escena dolorosa, que la pluma no puede presentar con el delicado colorido de profundo sentimiento que encerraba. Pero eran vanos sus tristes clamores y su llanto. Sus infantiles voces morían ahogadas en el horrible canto de los sacerdotes, y sus lágrimas eran vistas por la multitud, como presagios de fecundantes aguas que destinaba á los campos la deidad, no para aquel mes, en que eran innecesarias, por lo cual se llamaba *detención del agua*, sino para los meses en que eran altamente benéficas.

A los lamentables sacrificios de los inocentes niños, se agregaba el sacrificio gladiatorio, que tenía el tinte de los antiguos torneos, y que, por lo mismo, llamó la atención de los conquistadores españoles. Era un sacrificio en que el valor y la destreza del prisionero en el manejo de la espada, podían conquistarle la libertad, y que reputado co-

mo altamente honorífico, únicamente estaba destinado para los prisioneros que se habían distinguido por su valor y su pujanza en los combates.

El valiente prisionero, destinado al sacrificio gladiatorio, era conducido á un terraplen redondo, de ocho piés de alto, sobre el que descansaba una piedra redonda, grande, de tres piés de alto, cubierta de raros y bien ejecutados relieves. El terraplen se hallaba próximo al templo, en un sitio espacioso, capaz de contener un número considerable de espectadores. Al llegar al sitio referido, el prisionero, enteramente desnudo, y cubiertas únicamente sus pudencias con una faja, subía á la piedra llamada *temalacatl*, por los aztecas; se le ataba un pié, á fin de que permaneciese firme en un punto, y se le daba para combatir, una espada corta y una rodela. Dispuesto para el combate, se presentaba á lidiar con algun oficial ó soldado mejicano de acreditado valor, provisto siempre de mejores armas. El prisionero ponía en juego todos sus recursos para vencer á su contrario, quien, á su vez, procuraba no perder ante el numeroso concurso que presenciaba el combate, la reputacion de valiente que disfrutaba. Sin embargo, en el prisionero, además de la calidad inferior de sus armas, concurría una circunstancia que amenguaba su fuerza moral. No le bastaba vencer al formidable guerrero con quien la lucha empezaba. Para recobrar la libertad, por medio de su esfuerzo, tenia que salir victorioso de otros seis contrarios, en otros tantos combates. La consideracion de esta idea que le presentaba como imposible el triunfo, debilitaba su brazo, y daba generalmente el triunfo á su contrario. Si, pues, como generalmente acontecia, quedaba



vencido por alguno de los siete, se apoderaba inmediatamente de él un sacerdote llamado *chalchiuhtepehua*. le conducia herido ó muerto al altar de los sacrificios ordinarios, le abria el pecho, y arrancándole el corazon, lo arrojava á los piés del ídolo. El vencedor no solo alcanzaba los plácemes y los aplausos del pueblo, sino que era premiado por el rey con alguna honrosa insignia militar.

Segundo mes.  
Fiesta al dios  
Xipe. A los  
sacrificados se  
les desnuda  
después  
de muertos.

El segundo mes, que empezaba el 18 de Marzo, se celebraban fiestas solemnes, en honor del dios *Xipe*, protector de los plateros. Antes de que llegase el dia de la anhelada fiesta, se escogian los desventurados prisione-

ros que debian ser sacrificados. y se les ponía en sitios mas cómodos y ventilados. Desde aquel funesto instante en que contados quedaban los breves dias que iban á permanecer en el mundo, se les servía la comida bien condimentada y sustanciosa, á fin de que se presentasen en la procesion que solia preceder á la hecatombe, vigorosos y lozanos, como correspondia á las víctimas destinadas á la festividad de un dios.

Mientras las escogidas víctimas esperaban el plazo fatal, ocultando su pena, pues se les obligaba á manifestarse contentas, los sacerdotes y la sociedad entera, se disponia para la fiesta con severas penitencias, en que se sacaban sangre de varias partes del cuerpo, y con rigurosos ayunos.

Los encargados del adorno del templo, se manifestaban celosos de su deber, y engalanaban los ídolos y los altares con todo lo que juzgaban digno de la grandeza de sus rúmenes.

El ídolo del dios Xipe, objeto de la festividad, se veía lujosamente vestido, ostentando ricas joyas y delicados adornos de oro y plata, presentados por los plateros.

La devoción á sus divinidades, no conocia límites en los mejicanos, y las oblaciones de pan, aves, semillas, pastas y delicados manjares, que hacian á sus dioses durante el año, bastaban para mantener á los ministros del templo.

Todas las mañanas se veia al pié de los altares del dios Xipe, lo mismo que en las fiestas de los demás dioses, centenares de platos con delicados guisos, que calientes presentaban á la divinidad, á fin de que llegando su regalado olor hasta el elevado sitio que ocupaba el ídolo, gozase el olfato con el aroma de las sabrosas viandas, que constituia, segun sus creencias, el agradable alimento de las inmortales deidades.

Mientras los sacerdotes se ocupaban del ornato del santuario y cada miembro de la sociedad en los actos con que juzgaba hacerse grato á los ojos del nûmen, los nobles, animados del mismo sentimiento religioso, entonaban himnos guerreros en honor de los héroes, y los militares se ejercitaban en el manejo de las armas, arreglaban sus arcos, sus flechas, sus espadas y sus escudos, y hacian vistosos simulacros de guerra, en que ponian en juego todos los recursos de su reducida táctica. Los tlaxcaltecas daban grandes bailes, de nobles y plebeyos, y se presentaban vestidos de pieles de diversos animales, con abundantes adornos de oro y plata.

Llegado el dia de la fiesta, la multitud invadia el tem-

plo, y los puntos próximos á él, para presenciar las ceremonias religiosas.

Los sacerdotes y los nobles bailaban delante del ídolo, en tanto que otros le incensaban con aromáticas resinas, y elevaban cánticos en su alabanza.

Nada habia hasta allí repugnante ni sangriento.

Las escenas que reunian estas dos funestas condiciones, se reservaban, en la fiesta del dios Xipe, para lo último.

La procesion salia despues de terminadas las oraciones y los himnos religiosos, figurando en ella los desventurados prisioneros destinados al sacrificio.

Despues de haber recorrido todo el espacio al rededor del templo, la procesion volvía á entrar en éste, poco antes de la caída del sol.

El momento de los sacrificios habia llegado; y estos sacrificios, en la fiesta del dios Xipe, que nos ocupa, presentaban un aspecto de crueldad aterradora. Las desventuradas victimas no eran conducidas apaciblemente al sitio en que debian recibir la muerte, sino que eran llevadas al átrio superior del templo, tirándolas por los cabellos. Allí los esperaban, con sus repugnantes vestiduras sulpicadas de sangre, con el luengo cabello enmarañado, con las cabezas ceñidas con cintas de cuero y teñidos de negro el cuerpo, seis inflexibles sacerdotes, que desempeñaban el terrible cargo de sacrificadores.

Las victimas eran llevadas por estos, una á una, y desnudas, al altar del sacrificio. Allí, el sacrificador señalaba á los circunstantes el ídolo á quien se dedicaba aquel holocausto. para que lo adorasen: y mientras la multitud oraba

de rodillas, los sacerdotes tendían al prisionero sobre el altar de piedra; cinco le sujetaban la cabeza, los pies y las manos; y el sexto, abriéndole el pecho, le arrancaba el corazón que, palpitante, lo ofrecía al sol, arrojándolo en seguida á los pies de la funesta divinidad. Dada la muerte á los prisioneros, sacrificados al dios Xipe, los sacerdotes los desollaban con admirable destreza, y con sus pieles ensangrentadas, se vestían, ostentando, durante algunos días, como un timbre de gloria, los despojos sangrientos de las desventuradas víctimas. Los dueños de los prisioneros sacrificados, dominados de profundo sentimiento religioso, ayunaban rigurosamente por espacio de veinte días, entregándose en ellos, á las oraciones y á la penitencia. De todos los placeres de la mesa se privaban durante ese tiempo; la abstinencia en el comer y el beber, la observaban rigidamente; pero terminado el penoso ayuno, disponían grandes banquetes, á que convidaban á sus amigos, en los cuales, el plato principal era el condimentado con carne de las víctimas.

En la misma fiesta del dios Xipe eran conducidos también al sacrificio, los individuos que habían cometido algún robo de oro, plata ó de alhajas; pero sus cadáveres, como manchados por el crimen, eran destinados para el alimento de las fieras, que se mantenían en una de las casas de recreo de los reyes.

El nombre con que era conocida la fiesta del dios Xipe, que acabo de describir, se hallaba en perfecta consonancia con la repugnante operación que se verificaba en ella, pues se llamaba *Tlacaxipehualiztli*; que significa *desollamiento de gente*.

Tercer mes.  
Segunda  
fiesta á Tlaloc.  
Sacrificio  
de niños.

El 7 de Abril, daba principio al mes tercero, y en él se celebraba la segunda fiesta á Tlaloc, dios del agua. Los inocentes niños que se habian reservado en la primera festividad, dedicada al espresado nùmen, se veian ahora conducidos al sacrificio, llorando vivamente y tendiendo sus brazos hácia la multitud, desde las floridas andas descubiertas en que les llevaban. ¡Inùtiles clamores y estériles lágrimas! La muerte de las infantiles victimas, se consideraba como un deber sagrado á la divinidad que fecundizaba la tierra con sus lluvias, y aquellas inocentes criaturas sufrían el sacrificio, sin que nadie se compadeciese de ellas.

En esta fiesta, se llevaban en solemne procesion, desde el templo de Xipe al de Nopico, que estaba situado dentro del recinto del templo principal, las pieles de los prisioneros sacrificados el mes anterior. El concurso era numeroso, y los sacerdotes, entonando religiosos cánticos, depositaban las pieles humanas, al llegar al santuario, en una cueva que habian hecho junto á él.

Fiesta sin  
sacrificios en el  
mismo mes,  
á la diosa  
de las flores.

Mas agradable y poética era la fiesta que dedicaban los xochimilcos, en el mismo mes, á la diosa *Coatlícué*, divinidad de las flores, que dió á luz á *Huitzilopochtli*, concibiéndole, como tengo referido, por medio de una flor, que guardó en su seno, al estar barriendo el templo. Los xochimilcos, ó *ramilleteiros*, le presentaban á la Flora del Anáhuac, graciosos ramilletes de exquisitas flores, artísticamente mezcladas, cuyo suave aroma embalsama suavemente la atmósfera. Aquellos ramilletes, formados con el

mas delicado gusto, eran colocados en el altar de la diosa, con la mayor veneracion; y á nadie le era permitido oler sus flores, hasta no haber terminado la oblacion.

Cuarto mes. El cuarto mes empezaba con una notable  
 Fiesta de fiesta, dedicada á *Centcotti*, diosa de la tierra  
 la diosa del y del maíz. El mes se llamaba *Hueitozotli*,  
 maíz. ó vigilia mayor, en que no solo los sacerdotes velaban en el templo, sino tambien la nobleza y la plebe. Los actos con que se preparaban para la fiesta eran duros y sensibles.

Se sacaban sangre de las orejas, de los párpados, de los labios, de la lengua, de la nariz, de los carrillos, de los piés, de las manos, de los brazos y de los muslos, en desagradio de las ofensas hechas á los dioses, con los pecados que habian cometido. Satisfechos de que su obra era meritoria á los ojos de la deidad que veneraban, teñian con la sangre que vertian de sus miembros, algunas ramas cortadas de los árboles, y las colocaban en las puertas de sus casas, á fin de hacer ostentacion de su penitencia ante los ojos del público. Llegado el dia de la fiesta, se sacrificaban á la diosa víctimas humanas, así como varios animales, especialmente codornices. Mientras por un lado se verificaba la horripilante escena de los sacrificios humanos, por otro se veia acercarse al altar de la diosa á hermosas jóvenes, coronadas de flores, llevando en sus manos doradas mazorcas de maíz, que le presentaban amorosamente, juzgando que así quedaban santificadas, y preservado el grano de todo animal dañino. Terminada la ceremonia de la presentacion de las mazorcas, las volvian á conducir á sus graneros, entonando cánticos de alabanza á la

divinidad. Los militares repetian en esta fiesta sus simulacros de guerra.

Quinto mes. El 17 de Mayo, era el dia con que daba principio el quinto mes, que casi todo él se componia de festividades. La primera y principal, se celebraba en honor del dios *Tescatlipoca*, que ocupaba, despues del Supremo Sér, el rango mas elevado en la mancion de las divinidades, y á quien, como tengo dicho, se le creia autor del cielo y de la tierra y *el alma del mundo*. Como se le presentaba jóven, hermoso y robusto, se elegia tambien para que fuese sacrificado en sus altares, el prisionero de mas distinguida figura, que reuniese las condiciones físicas que se le atribuian á la fabulosa deidad. La eleccion del prisionero se hacia un año antes de que llegase la fiesta, y desde entonces se le vestia con riquísimos trajes, semejantes á los que se le ponian al ídolo; se le instruia en la manera de desempeñar con gracia y dignidad el honroso papel que á su cargo tenia, y se le dejaba pasear libremente, aunque siempre escoltado por una respetable guardia. El oficial encargado de su custodia, no podia oponerse á que marchase libremente á los sitios que mas halagasen su fantasía, para pasearse; pero, aunque á distancia regular, vigilaba constantemente sobre él, para que no huyese, pues la pena impuesta al que dejaba huir á la víctima, era ocupar su mismo lugar para el sacrificio.

Las distinciones que se tenian con el gallardo prisionero, tocaban en veneracion. Los nobles encargados de cuidarle, le incensaban, le obsequiaban con ramilletes de flores, y hacian que le sirviesen en la mesa los manjares mas ex-

quisitos. Cuando salía á la calle, iba acompañado de nobles pajes de palacio, pendientes siempre de obsequiar hasta su menor deseo; y por donde quiera que pasaba ó se detenía, la multitud se prosternaba ante él, rindiéndole homenajes y respeto, como si realmente fuese una divinidad. Encargado de pedir limosna para el culto, como se encargaba á todo prisionero, á quien se vestía con las insignias del dios á quien iba á ser sacrificado, recorría los puntos principales de la ciudad, alcanzando considerables presentes, que recogían y llevaban al templo los que le acompañaban.

Así, entre el lujo y el regalo, que para el obsequiado prisionero no eran mas que recuerdos vivos de una muerte próxima, pasaba los días, echando de menos los que había visto transcurrir al lado de sus amigos y en su propia patria, con menos regalo, es cierto, pero con mas tranquilidad, mas alegría y mayor libertad.

Entonces podía endulzar sus penas y sus dolores, comunicándolas á un amigo, á un hermano, á una amorosa madre. Ahora tenía que ahogar en el corazón todo sentimiento de pesar: ahora se le obligaba á manifestarse contento, para no agregar á su honda pena el severo castigo que se le hubiera aplicado, manifestándose triste, pues se tenía por funesto agüero que la víctima no apareciese contenta.

Tener que reír con el semblante, cuando se llora con el corazón, debe ser uno de los tormentos mas terribles del hombre de tiernos y nobles sentimientos.

La máscara del placer se adapta bien con las almas egoístas: no con las nobles y sensibles.

Veinte días antes de la fiesta, y á fin de que gozase de



todos los placeres de la vida, se le casaba con cuatro jóvenes doncellas, de singular belleza, á quienes daban los nombres de cuatro diosas principales. Era un sarcasmo presentar las delicias del amor, del afecto que presta encanto y existencia á todo, á las puertas de la horrible muerte del sacrificio. Los cinco últimos dias, las atenciones con la elegida víctima, se multiplicaban, y los nobles le daban espléndidos banquetes, en que se le servian las bebidas mas exquisitas, tributándole todos los distinguidos honores que hubieran rendido á la misma divinidad.

Mientras el obsequiado prisionero veia acercarse el fin de su existencia entre el amor y los placeres, acibarados por el recuerdo de una muerte próxima, en el templo se preparaban las cosas necesarias al esplendor de la festividad del dios Tezcatlipoca. Diez dias antes de la celebracion de la fiesta, se vestia un sacerdote con vestiduras parecidas á las de la deidad, y tomando en la mano un ramo de flores y una flautilla de barro, salia del templo y se colocaba en un sitio bastante elevado. Al verse alli, levantaba el rostro, y mirando primero al Oriente y en seguida á los otros tres puntos cardinales, llevaba á los labios la flautilla, la tocaba con fuerza, dejando escuchar un sonido agudo á distancias considerables, tomaba del suelo, acto continuo, un poco de polvo, que á poco tragaba con gran reverencia, y en seguida volvia al templo. Al oir el sonido del agudo instrumento, todos se arrodillaban; los que habian cometido algun crimen, temblaban sobrecogidos de espanto, pidiendo á la poderosa deidad perdon de sus culpas y la gracia de que no fuesen descubiertos sus delitos; los buenos, solicitaban perseverancia; los militares, feliz

éxito en las batallas y gran número de prisioneros para sacrificarlos en honor de los dioses; y todos repetían la ceremonia de llevar el polvo del suelo á la boca y tragarlo con gran respeto, implorando la proteccion y misericordia de los dioses.

El toque de la flautilla, por el sacerdote, se repetía todos los días á la misma hora, causando el mismo efecto en los habitantes de la ciudad; y la víspera de la fiesta, los nobles regalaban al ídolo un traje nuevo de gran valor, que los sacerdotes le ponían inmediatamente, guardando el que le quitaban en una caja del templo, como reliquia preciosa de inestimable precio. Puesto el nuevo vestido, le adornaban con ricas alhajas de oro, plata y piedras preciosas, y hermosas plumas; le incensaban con aromático copal, y en seguida abrían el porton que cerraba siempre la entrada al templo, para que todos los concurrentes pudiesen ver y adorar la veneranda imágen del dios Tezcatlipoca. El día de la fiesta, un inmenso gentío llenaba el átrio interior del templo, esperando la solemne procesion con que empezaba la ceremonia religiosa. La mayor compostura y recogimiento se observaba en la numerosa concurrencia. Ni una palabra mal sonante, ni el mas ligero acto de disgusto, ni nada que revelase irrespetuosidad ó negligencia, se advertía en las personas allí reunidas.

Mientras con satisfaccion religiosa esperaba la multitud la solemne fiesta, el gallardo jóven, destinado para el sacrificio, veía desaparecer todos los goces y delicias que le habian proporcionado por espacio de un año. El papel que habia representado, imitando las maneras del dios á quien le destinaban, iba á terminar en la dura piedra de

los sacrificios. El instante fatal habia llegado para él: el término de sus amores y de los regalos conque le habian obsequiado, espiraba en aquel momento. Cuando acaso el verdadero amor hacía alguna de las hermosas jóvenes, á quienes le habian unido, se dejaba sentir dulce y tierno en su corazon, le arrancaban del lado de ella para conducirle á la muerte.

Desde las primeras horas del dia de la fiesta, se dirigía una lucida comitiva por el jóven, para conducirle al templo donde debia ser sacrificado. El gallardo prisionero se despedia tristemente de las cuatro lindas compañeras con quienes habia vivido veinte dias, y poco despues entraba, acompañado de los nobles y de los sacerdotes, en una adornada canoa de la casa real, que habia sido enviada con aquel objeto. La ligera embarcacion, surcando rápidamente las tranquilas aguas de las risueñas calles de la Venecia de la América, llegaba al severo templo que se levantaba á la orilla del lago. En cuanto el gallardo prisionero pisaba el santuario, se le conducia al sitio en que se hallaba la deidad venerada.

El numeroso concurso entre tanto, esperaba ansioso la salida de la procesion. Pronto se dejaba ver ésta con toda la pompa y majestad acostumbrada; y desde el instante que se presentaba, la multitud se ponía de rodillas. Varios sacerdotes, pintados de negro el rostro y cuerpo, y vestidos con traje igual al ídolo, se presentaban llevando en hombros, sobre lujosas andas, la imágen del dios Tezcatlipoca, mientras otros dos le iban incensando de continuo. El ídolo llevaba adornada la cabeza con una guirnalda de granos de maiz tostado, de que formaban cuerdas, y en el

pescuezo un collar de la misma materia. Las andas iban ceñidas también con cuerdas hechas de hileras de granos de maíz tostado, y las doncellas y los jóvenes del templo, así como los nobles y la numerosa comitiva que marchaban en la procesion, llevaban gargantillas y pulseras de lo mismo.

Estas cuerdas simbolizaban la sequia, mal muy temido por aquellas gentes; y para evitarla, y que la cosecha del maíz fuese abundante, adornaban en aquella fiesta á la divinidad, con los granos cogidos de sus mejores mazorcas, y tostados cuidadosamente.

Acompañando al ídolo, y á corta distancia de él, iba el joven prisionero, alcanzando aun la veneracion de los concurrentes. Al tiempo mismo que la procesion cruzaba el espacioso átrio interior, la desventurada victima se iba despojando poco á poco del rico traje que llevaba, se desceñia la corona de bellas flores que adornaba su cabeza, y arrojaba al suelo las galas todas, con que por espacio de un año habian escondido su tristeza.

Del átrio interior la procesion pasaba al átrio inferior, cuyo pavimento estaba alfombrado de fragantes flores y de aromáticas yerbas. En este sitio se detenia la procesion un instante; y en tanto que unos sacerdotes elevaban himnos á la deidad y otros la incensaban, el pueblo, arrodillado siempre, se azotaba terriblemente las espaldas con duras cuerdas llenas de gruesos nudos. Terminada la procesion y con ella la prolongada flagelacion, el ídolo se colocaba sobre el altar de donde se le habia llevado, y el prisionero era conducido, desnudo, á la parte superior del templo, en donde, entre otros monstruosos ídolos, se descubria aquel á quien iba á ser sacrificado.

Seis sacerdotes se encontraban en aquel sitio destinado á la muerte.

Eran los sacrificadores, encargados de la repugnante mision de las hecatombes.

Cinco de ellos vestian hábitos blancos, recamados de negro, de la forma de un escapulario, salpicados de manchas de sangre; llevaban enmarañada la luenga cabellera; ceñida la cabeza con correas de cuero; llena la frente de ruedecillas de papel, pintado de varios colores, y teñido el cuerpo de negro. El sexto, que era el principal, el que en cada sacrificio tomaba el nombre del dios á quien se dedicaba la víctima que por su mano sacrificaba, vestia un hábito de la misma forma que el de sus compañeros, pero escarlata, emblema de su sanguinaria mision; ostentaba en la cabeza una corona de plumas rojas y amarillas; en las orejas zarcillos de oro y esmeraldas, y pendiente del labio inferior una rica piedra turquesa.

Al presentarse el desnudo prisionero en la parte superior del templo referida, era recibido por los temibles sacerdotes y llevado al altar del sacrificio, que era una piedra de jaspe verde, de tres piés de alto, una vara de ancho y cinco piés de largo, convexa en la superficie superior, á fin de que al tenderse en ella la víctima, quedase arqueada, con el vientre y pecho levantados.

El principal sacrificador, á quien se daba el nombre de *topiltzin*, dignidad preeminente y hereditaria, señalaba á los circunstantes el ídolo á quien se dedicaba el sacrificio, para que lo adorasen: los cinco sacerdotes extendian en seguida á la víctima sobre la piedra; dos le sujetaban los brazos; dos las piernas, y el otro la cabeza con un instru-

mento de madera de la forma de una culebra enroscada. Colocado en aquella posición violenta, el sacrificador se acercaba, armado de un afilado cuchillo de *itctli*, sustancia volcánica y dura como el pedernal; le abría el pecho, le sacaba el corazón, y palpitando y vertiendo sangre, lo ofrecía al sol, objeto del culto de todo el Anáhuac, arrojándolo en seguida á los pies del ídolo.

Según la interpretación que los sacerdotes aztecas daban al sacrificio verificado en el gallardo joven, se representaban en ese hecho lo pasajeras que son las grandezas humanas, junto á las cuales encuentra generalmente el hombre, los pesares y la muerte.

El cadáver del joven, sacrificado en la fiesta que nos ocupa, no era arrojado, como solían ser los de las otras víctimas, por las escaleras del templo. Ahora era llevado con gran reverencia al pie del santuario, donde se le cortaba respetuosamente la cabeza. Terminado instantáneamente este acto, para ellos altamente religioso, el cráneo se ensartaba en unos largos palos que estaban en un edificio dispuesto con ese objeto, mientras los brazos y las piernas, cocidos y condimentados, se enviaban, como exquisito regalo, á los banquetes de los principales individuos de la nobleza.

En cuanto terminaba el sacrificio, la multitud se acercaba al altar del dios Tezcatlipoca, y se le hacían abundantes oblações de plumas, piedras preciosas, aves y sabrosos manjares, dispuestos por las doncellas del templo y por otras mujeres de la nobleza, consagradas, por voto particular, á desempeñar en aquellos días, lo necesario en el servicio del culto. Los platos de sabrosas viandas, eran

llevados en procesion por las vírgenes del templo, precedidas de un respetable sacerdote de distinguido nacimiento, y entregados á los jóvenes que los repartian en las habitaciones, á los ministros del ídolo, para los cuales habian sido dispuestos.

Seguia á los actos que referidos quedan, un gran baile, en que tomaban parte los nobles que habian asistido á la fiesta, y los alumnos de los seminarios. En los momentos que el sol se ocultaba en Occidente, las vírgenes que se educaban en el templo, preparaban nuevas oblacones de pan, amasado con miel, que se destinaban para premiar á los jóvenes alumnos que mas se distinguian en la carrera, que hacian por las escaleras del templo, no como acto religioso, sino como solaz y grata diversion, que presenciaban con gusto los sacerdotes y el pueblo.

La fiesta terminaba con el licenciamiento de los alumnos de ambos sexos que se encontraban en edad de casarse. Los que se quedaban, se chanceaban con ellos, satirizándoles con gracia inofensiva, el que dejasen el servicio de los dioses por el de la mujer, y arrojándoles hacecitos de yerba. Los sacerdotes les permitian en ese dia esas chanzas de buen género, que á nadie ofendian, y que eran propias de la edad.

Fiesta en el mismo mes, en honor de *Huitzilopochtli*. Sacrificios de codornices y de víctimas humanas.

Otra fiesta notable se celebraba en el mismo quinto mes que dejamos referido. Era la del Marte mejicano *Huitzilopochtli*, númen tutelar de la nacion azteca. La víctima destinada al sacrificio de esa funesta divinidad, se elegia, lo mismo que la del dios *Tzacalipoca*, con un año de anticipacion, y ambas se paseaban muchas veces jun-

tas por las calles. El prisionero destinado á la deidad batalladora, era tambien jóven y de arrogante presencia; pero el pueblo no le adoraba como lo hacia con el que representaba al dios Tezcatlipoca. Sin embargo, las consideraciones que el pueblo le guardaba eran muchas; y cuando pascando por las calles pedia limosna para el culto, como le estaba ordenado al prisionero que representaba al dios á quien iba á ser sacrificado, los presentes que sus guardias recogian para el templo, eran numerosos.

Con bastante anticipacion al dia de la fiesta, los sacerdotes hacian una imágen de *Huitzilopochtli*, para sacarla en la procesion. Tenia la estátua la altura de un hombre: la carne estaba hecha con la masa de una legumbre que usaban mucho en sus comidas, y los huesos de una madera dura y poco pesada. Terminada la imperfecta escultura, se procedia á vestirla con el lujo que le correspondia. Un rico manto de brillantes plumas, colgaba de sus hombros, rivalizando la perfeccion de su manufactura, con la de la fina tela de algodón de su ropaje. Su pecho resplandecia con una bruñida plancha de oro, delicadamente trabajado: ostentaba sobre su cabeza un quitasol de papel, engalanado de vistosas plumas, que remataba con un afilado cuchillo de pedernal ensangrentado; y valiosas figuras, imitando corazones y cuerpos despedazados, simbolos de sus sanguinarios instintos, completaban el adorno de la terrorífica deidad. Terminado el arreglo de la vestidura, se disponia una procesion, para llevar el ídolo desde el sitio en que se habia hecho, hasta el altar.

La imágen del númen de la guerra era colocada en unas lujosas andas, dispuestas sobre cuatro espantosas ser-



pientes de madera: cuatro jefes de alta graduacion en el ejército, las cargaban en hombros; y varios jóvenes de la nobleza, formando circulo con adornadas flechas, que unos las tenian por el remate y otros por la punta, se colocaban delante de las andas. A la cabeza de todos se ponía otro joven de distinguida cuna, llevando en el remate de un palo, un gran papel en que se veian representadas, con extraños jeroglíficos, las gloriosas acciones del número de la guerra. Dispuesta en el orden referido la procesion, se emprendía la marcha á paso lento y acompasado, entonando los nobles jóvenes, al son de instrumentos poco sonoros, himnos guerreros en que se elogiaban los hechos mas notables de su venerada divinidad.

Al dia de la fiesta, el rey, los consejeros, los grandes y la nobleza se dirigian desde muy temprano al templo, pues el monarca era el que daba, por decirlo así, principio á la ceremonia. El pueblo invadia el átrio y todos los puntos desde donde se podia presenciar el espectáculo religioso.

Al prisionero destinado al sacrificio, le vestian con un traje vistoso de papel pintado; en la cabeza le ponian una especie de mitra, hecha de escogidas plumas de águila; le colocaban á la espalda una ligera red con una bolsa encima, y así era conducido á la fiesta con las mas altas consideraciones.

La ceremonia empezaba con el sacrificio de centenares de codornices. El rey era el primero que sacrificaba varias de estas aves, cortándolas la cabeza y arrojando sus cuerpos al pié del altar. Al rey seguian los sacerdotes, y á los sacerdotes el pueblo. Era asombroso el número de codornices sacrificadas en esos momentos. Una parte se

condimentaba para la mesa del monarca, otra para los sacerdotes, y las aves restantes se guardaban para diversos banquetes. Al sacrificio de las codornices seguía un baile de doncellas y de sacerdotes. Las primeras llevaban adornada la cabeza con guirnaldas hechas de granos de maíz tostado; en los brazos, vistosas plumas; y en las manos unas graciosas banderolas de algodón y papel, colocadas en ligeras y adornadas cañas. La cara la llevaban teñida de raros colores. Los sacerdotes se presentaban con el rostro pintado de negro, con un cetro en la mano, que terminaba en una flor y un círculo de plumas; la frente con ruedas de papel pegadas á ella, atada la lengua cabellera; untados de miel los labios, y cubiertas las partes genitales con un papel. Sobre el borde en que ardía el fuego sagrado, bailaban dos hombres, que cargaban en los hombros una jaula de pino; y en un sitio algo retirado, bailaban á la vez los militares y los cortesanos, tomando parte en el baile de estos, el prisionero destinado al sacrificio.

En todos los bailes, los músicos se colocaban dentro del círculo de los que bailaban; pero en éste se situaban fuera del círculo, á fin de que los instrumentos pudiesen escucharse bien de todos los sitios en que se bailaba.

Poco atractivo podían tener en aquel instante, para el prisionero, los acordes de la música y los pasos de la danza; pero el desgraciado bailaba en el honroso círculo de los cortesanos, vestido con el fragil traje de pintado papel, que debía durar mucho mas que su vida. Pero era lo singular, que nadie en esta fiesta, señalaba el instante del sacrificio humano.

La elección de la hora y del momento, estaba al arbitrio

de la misma víctima, á la cual le tocaba señalar el término de su vida, aunque siempre dentro de las horas de aquel día. Libre, pues, para escoger el fatal instante, se presentaba, cuando le parecia, á los sacerdotes encargados de la ejecucion del acto sangriento. Los ministros de la funesta deidad, no conducian á este prisionero á la piedra del sacrificio, como se llevaba á todos, sino que le tenian en sus brazos, donde el sacrificador le abria el pecho y le extraia el corazon, que lo presentaba al sol y lo arrojaba á los piés del ídolo.

A la terrible escena del sacrificio, seguia otra bastante dolorosa. Todos los niños nacidos en el año anterior, eran presentados en el templo, y los sacerdotes les hacian una ligera incision en el pecho y en el vientre; ceremonia que indicaba que la nacion azteca se reconocia consagrada especialmente al Marte mejicano.

Los bailes, la música, los regocijos y las diversiones, seguian á los actos anteriores, y el país entero esperaba grandes bienes de los sacrificios consumados.

El sexto mes empezaba el 6 de Julio, y  
 Sexto mes.  
 Tercera fiesta al dios del agua.  
 Desmanes de los sacerdotes de la deidad: sacrificio de prisioneros y de niños.  
 en ese día se celebraba en honor del dios del agua Tlaloc, la tercera fiesta que le correspondia. Los sacerdotes consagrados á la expresada divinidad, se dirigian algunos días antes al lago de Citlaltepec, donde cogian el número de juncos que querian para adornar el templo. Segun su religion, tenian derecho de hacer, impunemente, todo el daño que quisieran á las personas que encontraban en el camino que ellos llevaban al ir á cortar los juncos. El encuentro de los ministros de Tlaloc,

era temible en aquellos instantes, pues los caminantes se veían despojados de la ropa y de todo lo que llevaban, y aun recibían terribles golpes, si oponían resistencia al despojo. Nada respetaban: así como se apoderaban de las cosas de los plebeyos, se hacían dueños de los tributos reales, que los recaudadores llevaban, si por casualidad eran encontrados en el camino. Nadie tenía derecho á quejarse de las tropelías sufridas en esos momentos, ni el rey para castigarles.

El día de la festividad del Neptuno azteca, los ministros de la deidad del agua, conducían al *teocalli* gran cantidad de resina elástica y de papel de diversos colores. Después de haber elevado algunas oraciones á los dioses, se ocupaban de untar resina al papel, y acercándose en seguida á los ídolos, les emborraban la garganta con la misma resina elástica. A esta ceremonia supersticiosa y extravagante, seguía otra demasiado seria y dolorosa: el sacrificio de varios prisioneros en la terrible piedra, á la cual eran llevados, vestidos de la manera misma con que se presentaba á Tlaloc.

No menos sensible y dolorosa era la escena que seguía á la anterior. En todas las fiestas del nùmen del agua se sacrificaban niños; y era preciso que también en ésta figurasen como víctimas. Con efecto, una niña y un niño, coronados de flores y graciosamente vestidos, eran llevados por los sacerdotes en una canoa, á un sitio del lago.

Los nobles y la multitud seguían á la embarcación de las infantiles víctimas, en ligeras falúas, conducidas por robustos remeros.

La canoa de los sacerdotes hacia alto en un punto en que el lago tenia una vorágine.

Allí era el sito en que las dos tiernas criaturas debian ser sacrificadas.

El terrible aparato, la vista del agua, el instinto que les indicaba que allí iban á perder la vida, llenaba de espanto á los dos niños, que lloraban sin cesar y demandaban compasion.

Los himnos religiosos apagaban la voz infantil de las dos víctimas, que eran ahogadas en el lago, en cuyas aguas se arrojaban en seguida los cadáveres de los prisioneros sacrificados, que habian sido llevados en una canoa con aquel objeto. Así creian que el dios Tlaloc les enviaria las aguas en tiempo oportuno para la sieembra.

Despues de los sacrificios, seguia el castigo de los sacerdotes que, durante el año, se habian manifestado negligentes en el cumplimiento de sus obligaciones, ó habian cometido algun delito que no merecia la muerte. El castigo era privarles del sacerdocio, y atándoles de la cintura una cuerda, sumirles repetidas veces en el agua, de donde salian medio ahogados y sin fuerzas.

El mes séptimo empezaba el 26 de Junio, Séptimo mes. y en él se celebraba la fiesta en honor de Fiesta á la diosa de la sal. *Huixtocihuatl*, diosa de la sal. La vispera se daba un gran baile de mujeres, que danzaban formando circulo. En medio de éste se encontraba una mujer que llevaba un traje semejante al de la diosa: era una prisionera destinada al sacrificio de la deidad. El baile duraba toda la noche. Al siguiente dia, que era el de la festividad, se daba otro baile, desempeñado por los sacerdotes. Se le sacrifica una prisionera.

Solo se interrumpia este baile, que duraba todo el dia, de cierto en cierto tiempo, en que se detenian para sacrificar algunos prisioneros que presenciaban la fiesta.

Así continuaban hasta la caída del sol, que era la hora destinada para el sacrificio de la infeliz prisionera.

Conducida á la piedra del sacrificio, cuya superficie convexa obligaba, como he dicho ya, á tener levantado el pecho, el corazon de la victima era presentado al sol por el sacerdote, cuando aquel astro se ponía, como queriendo no presenciar las uberraciones de los hombres.

El alimento que los sacerdotes tomaban el dia de la fiesta que acabo de describir, se reducía á elabias, llamadas allí *frijoles*.

Todo este mes, era de grandes regocijos y fiestas. Los builes y los banquetes se verificaban casi todos los dias en las casas de los nobles; los pobres y los ricos se vestian con los trajes mejores que tenian; los poetas recitaban sus mejores composiciones eróticas; los plebeyos iban á cazar á los montes, los grandes daban dias de campo en sus vastos jardines, y los militares hacian vistosos simulacros de guerra.

Octavo mes.  
Fiesta á la diosa  
del maíz.

Regalos entre  
las familias.

Se le sacrifica  
una prisionera  
y varios  
prisioneros.

El octavo mes, que empezaba el 16 de Julio, se celebraba la fiesta en honor de *Cen-teoll*, diosa de la tierra y del maíz, á quien en ese período, se le daba el nombre de *Xilomcu*. á causa de que en ese tiempo, la ma-zorca tiene el grano en estado tierno que se llama *xiloll*, y aun hoy suelen decir los indios labradores, cuando se halla así, que está *jiloteando*. Ocho dias duraban los fiestas que se hacian á esta divinidad, y en ellas

las familias se enviaban regalos unas á otras, de oro, plata, plumas y animales raros; los nobles daban grandes banquetes, y el rey y los señores daban de comer, en esos dias, en el átrio inferior del templo, á gran número de personas del pueblo. Los que alcanzaban esta distincion, se colocaban en el átrio, formando hileras, y á la vez que abundantes y buenos manjares, se les servia un agradable licor llamado *chüampinotti*. Entre los sabrosos platos de que gustaban los mejicanos, se encontraba el *tamalli*, llamado hoy *tamal*. (1) Despues de la comida del pueblo, y al ponerse el sol, bailaban los sacerdotes por espacio de cuatro horas, en cuyo tiempo estaba iluminado el templo con leños aromáticos y resinosos, que no producian humo.

Varios prisioneros se destinaban para ser sacrificados á la deidad festejada; pero la víctima notable era una prisionera, á quien vestian con traje igual al de la diosa, para que la representara.

Esta prisionera, que era jóven y hermosa, tomaba parte el último dia, en el baile de los nobles y de los militares. Llegado el momento fatal, era conducida al altar, donde era sacrificada con las demás víctimas. A esta fiesta, lo mismo que al mes en que se celebraba, se le llamaba *Hueitencuilhuil*, que significa *gran fiesta de los señores*.

(1) Son hechos de masa de maíz, y entre ellos hay de varios clases: unos mezclados con pedacitos de carne, otros con pimienta, llamado *calle*, otros de dulces, otros de manteca, y algunos de una fruta parecida á nuestra cereza, llamada *capulín*. Suelen tomarse calientes, y están envueltos en hojas de maíz. El tamaño es el de un chorizo, pequeñito y gordo.

Noveno mes. El noveno mes, que caía el 5 de Agosto, se  
 Segunda fiesta celebraba la segunda fiesta del dios *Huitzilo-*  
 al dios de la guerra. *poctli*. En esta festividad, se adornaban con  
 Adorno de flores y sacrificio de flores todos los ídolos de los templos, de las  
 y sacrificio de víctimas humanas. calces y de las casas, al mismo tiempo que se  
 elegían los prisioneros que debían ser sacrificados. ¡In-  
 comprensible mezcla de costumbres dulces y suaves, con  
 otras duras y crueles! ¡La tendencia á la sensibilidad, á  
 lo bello, amalgamada á una costumbre dura, impuesta por  
 la funesta preocupacion que avasalla y domina!

La noche que precedía á la fiesta, se pasaba en prepa-  
 rar las viandas que se habían de servir al siguiente día  
 en medio del regocijo y la alegría. Al nacer el nuevo sol,  
 la ciudad se ponía en movimiento, y el átrio inferior del  
 templo se llenaba de gente. Los nobles y los guerreros for-  
 maban un baile, en que danzaban, poniendo cada cual sus  
 manos encima de los hombros de los otros. Este baile dura-  
 ba, con ligeras interrupciones, desde la salida hasta la pue-  
 sta del sol, y terminaba con el sacrificio de los prisioneros.

Con sangre también de víctimas humanas, se celebra-  
 ba en el mismo mes, la fiesta que se hacía en honor de  
*Yacatecilli*, dios del comercio.

Décimo mes. Mas horrible era la muerte que sufrían  
 Fiesta al los prisioneros del mes décimo, que empeza-  
 dios del fuego. bu el 26 de Agosto, en la fiesta destinada á  
 Las víctimas son arrojadas á la hoguera. *Tzihuetecilli*, dios del fuego. Con gran pompa  
 y luego sacrificadas. y solemnidad hacían conducir los sacerdotes,  
 desde un bosque inmediato, un árbol hermoso y lozano  
 que colocaban de pié, en medio del átrio inferior del  
 templo. Ninguna atención se descuidaba para mantenerlo



fresco y frondoso: diariamente se regaba su tronco y sus ramas. Así permanecía con toda su belleza, hasta la víspera del día en que debía celebrarse la fiesta. Entonces sufría una metamorfosis completa. Los sacerdotes le despojaban de las verdes ramas y de la aromática corteza, y lo adornaban con papeles de colores, reverenciándole desde ese instante como á perfecta imágen de la divinidad del fuego. Muchos individuos que poseían prisioueros, dominados por el sentimiento religioso, que se sobreponía al del interés y la comodidad, se proponían presentarlos á los sacerdotes, para que fuesen sacrificados. Para verificar dignamente la dádiva y hacer que en todos los actos resaltasen sus creencias, se teñían escrupulosamente el rostro y todo el cuerpo, con ocre de subido color, tratando de imitar, en lo posible, el encendido y flamante del fuego; se adornaban la cabeza con brillantes plumas rojas y amarillas, se ponían el traje mas fino y exquisito que tenían, y así marchaban al templo, llevando las víctimas que consagraban al nñmen abrasador. Para entregarse á la oracion y dedicar su pensamiento á la protectora deidad, se quedaban en el santuario, donde pasaban la noche bailando respetuosamente delante de los monstruosos idolos. Así llegaba el siguiente día, dedicado á la celebracion de la fiesta. A la hora destinada á los sacrificios, los sacerdotes ataban las manos y los piés á las desventuradas víctimas; les cubrían el rostro con el soporífero polvo de una planta llamada *zauhtli*, con el objeto de que, entorpecidas las facultades por el olor, sintiesen menos los padecimientos que les estaban reservados para morir, y revisaban las ligaduras que les sujetaban. Terminada la operacion referida, cada

dueño cargaba en hombros á uno de los esclavos que habia presentado, y se dirigia al átrio, en medio del cual se habia encendido una hoguera. Reunidos allí todos los dueños, bailaban al rededor del fuego con su prisionero á cuestas, y cada cual arrojaba el suyo en las llamas, de donde les sacaban inmediatamente con unos instrumentos de madera, conduciéndoles en seguida al altar, donde eran sacrificados, abriéndoles el pecho, como era costumbre, y arrancándoles el corazón.

Mes undécimo.

Fiesta á la madre de los dioses. Se sacrificaba una prisionera, sobre una espaldar de otra mujer.

El mes undécimo empezaba el 16 de Setiembre; pero desde cinco dias antes cesaban todas las fiestas, aunque no los preparativos para la siguiente, que estaba bien cerca, y se dedicaba á *Tetecotman*, madre de los dioses.

Los primeros ocho dias se hacian bailes; pero sin que en ellos sonase el menor instrumento de música ni voz ninguna de canto, llevando cada cual el compás que mentalmente se fijaba, y acompañando sus pasos con los gestos y contorsiones que le dictaba su fantasía.

Pronto, por desgracia, transcurría aquel tiempo; y al terminarse, el primer paso que se daba por los sacerdotes, era elegir entre las prisioneras mas hermosas, una que representase á la madre de los dioses. Hecha la eleccion, vestían á la bella cautiva con un vistoso traje, de hechura igual al que ostentaba la estatua de la diosa, y le destinaban para que la acompañasen, sirviesen y consolasen en su tristeza, varias mujeres, entre las cuales se contaban siempre algunas distinguidas parteras. Por espacio de cuatro dias, permanecían las mujeres á su lado, procurando distraerla de sus tétricos pensamientos de muerte, y dis-

puestas á obsequiar con amistosa voluntad, hasta sus mas ligeros deseos. Llegado el dia principal de la celebracion de la fiesta, la hermosa y desventurada prisionera era conducida por varios sacerdotes al átrio superior del templo, donde estaba colocada la estatua de la diosa, á cuya presencia debia perder la vida. No se tendia á la bella prisionera, como se acostumbraba en otras fiestas, sobre el altar para sacrificarla, sino que, teniéndola sobre las espaldas otra mujer, era decapitada por el sacrificador, ensartado su cráneo entre el infinito número de los que se guardaban en determinado edificio, y desollándola cuidadosamente en seguida. En tanto que duraba esta última horripilante operacion, se sacrificaban sobre el altar, cuatro prisioneros, en memoria de los cuatro primeros xochimilcos, de igual condicion, que sus antepasados sacrificaron en Colhuacan, durante su penosa esclavitud.

En el momento en que el cadáver de la desdichada prisionera quedaba desollado, se entregaba la piel á un guerrero jóven y gallardo, quien, acompañado de gran número de nobles, la presentaba, con gran veneracion, al dios *Huitzilopochtli*, conmemorando así el becho de sus mayores, cuando para hacer madre de su númen de la guerra á una princesa de Colhuacan, hicieron vestir su piel, despues de sacrificarla, á un jóven y valiente guerrero.

En este mes, se pintaban los edificios, se componian las calles y los caminos, se reparaban los acueductos y se hacian todas las mejoras materiales posibles. Los militares se ejercitaban en el manejo de las armas; los jóvenes que pretendian pertenecer al ejército, se engancharan, quedando obligados desde ese instante á ir á la guerra, siem-

pre que se les ordenase; el rey y los generales, pasaban revista á todas las tropas; y los nobles y los plebeyos, barrian el templo.

Mea duodécimo. El duodécimo mes, se celebraba la llegada  
 Fiesta de la llegada de los dioses. El mes empezaba el 4 de Octubre. Para recibirles con la decencia y dignidad que á tan altos seres correspondian, en galanaban el dia 16 las calles, con bellos arcos de preciosas enramadas, de donde colgaban exquisitos ramilletes y graciosas guirnaldas, formadas de las mas delicadas flores, que producian las flotantes y poéticas *chinampas*, acariciadas por el lago. No era menos agradable el adorno con que se vestian los templos y la limpieza que reinaba en ellos.

Aunque nadie habia visto jamás llegar á los dioses, ninguno dudaba que empezaban á llegar el 18 de aquel mes, para recibir las manifestaciones de amor de los hombres.

El primero que llegaba al templo, segun las creencias de la nacion azteca, era el dios *Te:callipoca* que, despues del Sér Supremo, presidia los destinos de la humanidad. Para que sus delicadas plantas no pisasen el áspero suelo, colocaban á la entrada del santuario una estera finisima de palma, sobre la cual esparcian blanda y suave harina de maíz. Toda la noche anterior, velaba un sacerdote de alta gerarquía, acudiendo de continuo á la puerta para observar la estera y ver si en la harina que la cubria, si existia la huella de la deidad esperada, la cual indicaria que habia entrado ya al santuario. La pisada se presentaba por último, impresa sin duda por algun otro

sacerdote, y entonces daba voces diciendo: *nuestro gran dios, ha llegado*. Al escuchar la agradable y anhelada nueva, los sacerdotes y el pueblo acudían presurosos para adorarle, bailaban y entonaban himnos sagrados en el templo durante la noche, y aumentaban el adorno de los altares. Desde el día siguiente, se creía que iban llegando los demás dioses, y el último del mes, en que se suponía que estaban ya reunidos todos, se celebraba la gran fiesta.

Una ancha hoguera hecha de maderas aromáticas y resinosas, se encendían en medio del espacioso átrio del templo. Los sacerdotes, vestidos de negro, y atado el cabello en trenzas, conducían junto al fuego, á los desgraciados prisioneros que debían ser sacrificados, y que marchaban desnudos.

Varios jóvenes de la nobleza, vestidos con extravagantes trajes, imitando horrendos monstruos, se presentaban en seguida; la multitud, ávida de presenciar las escenas que se preparaban, invadía todos los puntos próximos. De repente sonaban los instrumentos músicos; los jóvenes disfrazados de monstruos empezaban á bailar al rededor de la hoguera; y mientras, haciendo ridículas contorsiones, giraban en torno del elemento abrasador, eran arrojados á las llamas los desdichados prisioneros, donde morían lanzando terribles gritos, y entre convulsiones horribles.

Terminados los sacrificios, empezaban los grandes banquetes á la caída del sol. En ellos reinaba la alegría, y los licores se servían con abundancia. Todos los convidados bebían en ese momento mayor cantidad de vino de la que acostumbraban tomar comunmente; pero más que por el gusto que les pudiera proporcionar el beber, lo hacían por

espíritu religioso, pues creían que el vino que en aquella fiesta bebían, servía para lavar los pies á los dioses que les habiau visitado.

Otra ceremonia pronunciadamente supersticiosa, se verificaba en la fiesta que nos ocupa. Se creía de una manera firme, que uno de los dioses, antes de marchar, podría descargar su enojo sobre los niños; y á fin de preservar á éstos del mal que temían, les pegaban en las piernas, en los brazos y en los hombros, plumas embarradas en trementina.

<p>Mes          décimo tercio.          Cuarta fiesta          á los dioses del          agua y de los          montes.          Sacrificio de          mujeres y de un          hombre.</p>	<p>Empezaba el décimo tercio mes el 24 de Octubre, y en él se celebraba la cuarta fiesta á los dioses del agua y de los montes. Hacían montecillos de papel, sobre los cuales colocaban sierpes de madera, idolitos, árboles y arroyos. Dispuestas todas las figuritas, ponían los montecillos en los altares, y los adoraban como á imágenes de los dioses, entonando himnos en su alabanza, y les ofrecían copal y manjares. La parte sensible, que era la de los sacrificios, llegaba en seguida. Cinco eran los prisioneros que se inmolaban en esta fiesta, á las falsas divinidades. Cuatro mujeres y un hombre. A todos se les vestía con papeles de vivos colores, cubiertos de resina elástica, y á cada uno de ellos se le daba un nombre particular, que correspondía á determinado misterio de su religión. Puesto el vistoso traje y llegada la hora funesta, se les colocaba en unas lujosas andas, y se les conducía procesionalmente al lugar en que debían sufrir la muerte. Recibidos allí por los sacerdotes y despojados de sus galas, eran sacrificados de la manera comunmente acostumbrada.</p>
--	--

Mes El mes décimo cuarto, empezaba el 13 de  
 décimo cuarto. Noviembre. La fiesta que en él se celebraba,  
 Fiesta á la diosa de la caza. pertenecia á *Mixcoatl*, diosa de la caza. Los  
 Se disponian preparativos para la funcion de esa divinidad,  
 para ella con de seductor atractivo para los mejicanos, se  
 oraciones, hacian con fervoroso celo religioso. Se dispo-  
 ayunos y efusion nian para celebrarla dignamente, con fervientes oraciones,  
 de sangre. un riguroso ayuno general de cuatro dias, y con efusion  
 de sangre. Durante ese tiempo, se hacian las flechas y los  
 dardos, para proveer abundantemente las armerias reales.  
 Transcurridos los cuatro dias de ayuno, los mejicanos y  
 tlatalolcos, llevando al hombro sus arcos y sus flechas, sa-  
 lian juntos á cazar, á uno de los montes inmediatos, lo  
 mismo que el rey y la nobleza; y los animales cazados por  
 todos, y que se procuraba cogerlos vivos, se conducian á  
 Méjico, con grandes demostraciones de júbilo y de satis-  
 faccion, donde se sacrificaban á la diosa. El acto del sacri-  
 ficio se hacia con toda pompa, y el mismo rey solia asistir  
 á él.

Poco despues de la anterior escena, los mejicanos se  
 dirigian á los sepulcros de sus parientes, llevando vian-  
 das, leña de pino y saetas, que acababan de hacer con ese  
 objeto.

Al llegar al sitio en que reposaban los restos de las  
 personas de su familia, colocaban aquellos objetos sobre la  
 tumba, y con gran veneracion y respeto los quemaban,  
 permaneciendo allí hasta que se extinguia la última llama.  
 Se le daba á este mes el nombre de *Quecholli*, porque en  
 esa estacion del año aparecia en las pintorescas orillas del  
 lago un pájaro bellissimo, llamado así.

Mes El mes décimo quinto, empezaba el 3 de  
 décimo quinto. Diciembre, y en él se celebraba la tercera fies-  
 Tercera fiesta ta dedicada á *Huitzilopochtli* y á su hermano  
 al dios *Tlacahuepan-Cuexcotzin*. Con anticipacion se  
 de la guerra. *Tlacahuepan-Cuexcotzin*. Con anticipacion se  
 Estátua hecha escogian los desdichados prisioneros que de-  
 con sangre bían ser sacrificados en aras de la sangrienta  
 de niños. deidad, y se compraban esclavos con el mis-  
 Sacrificio de prisioneros. mo objeto. En el primer dia del mes, los sacerdotes, lle-  
 nos de fanático celo por aquella religion absurda, hacian  
 dos estátuas, que representaban á las dos funestas divini-  
 dades mencionadas. La materia de que las formaban, era  
 de legumbres, amasadas con sangre de inocentes niños sa-  
 crificados; los huesos los figuraban con varas de acácia.  
 Terminados los horribles ídolos que, hidrópicos de vícti-  
 mas, llevaban en sí mismos el rojo liquido manado del pe-  
 cho de seres infantiles, los colocaban respetuosamente so-  
 bre el altar principal del templo, donde toda la noche  
 permanecian los sacerdotes velándoles con religioso celo.  
 A las primeras horas del dia siguiente, se bendecian con  
 gran solemnidad los ídolos, y lo mismo se hacia con una  
 Bendecian el cantidad de agua que se guardaba en el tem-  
 agua y la plo. Esta agua bendita se destinaba para di-  
 guardaban para versas ceremonias, unas que tenian tiempo  
 ciertas determinadas en el año, y otras que se verifi-  
 ceremonias. caban, segun lo exigian los acontecimientos operados en  
 la nacion. Con ella se rociaba, cuando se elegia nuevo so-  
 berano, el rostro del electo rey. Igual cosa se hacia con  
 el personaje que era nombrado general de las armas; pero  
 por añadidura, se le daba á beber un vaso de ella.

Terminada la consagracion de las estátuas, se daba



principio á un baile, entre personas de ambos sexos. Este baile duraba cuatro horas, y se verificaba todos los dias, hasta la terminacion del mes. Notables eran las penitencias que se imponian durante ese tiempo un gran número de personas, martirizándose, como tenian de costumbre, sacándose sangre de la lengua, de los oidos, de los párpados, y de otras partes del cuerpo. Los dueños de los prisioneros, ayunaban los cuatro últimos dias que precedian á la fiesta, y á las miseras víctimas que debian ser sacrificadas, se les pintaba el cuerpo de diversos colores.

Llegada la mañana del vigésimo dia, que era verdaderamente el de la fiesta, se verificaba una procesion solemne en que marchaban los personajes mas notables de la nacion. Abrian la marcha dos sacerdotes de reconocida virtud, recogidas en trenzas las luengas cabelleras, vestidos con negro ropaje, llevando uno de ellos en las manos, que las alzaba sobre la cabeza, una sierpe de madera, pintada de vivos colores, que era la veneranda insignia de los dioses de la guerra, y el otro el estandarte guerrero, en que se veian signos y pinturas jeroglíficas de raros, pero significativos lineamientos. Detrás, y á distancia regular de ellos, marchaba otro sacerdote, vestido de igual manera, cargando la horrenda estátua del dios *Painalton*, teniente de *Huitzilopochtli*. Con aspecto de resignacion, pero con firme y seguro paso, caminaban á poco, los desdichados prisioneros y esclavos, destinados al sacrificio, vestidos con papeles de colores, imitando el traje de las divinidades á quienes iban á ser inmolados. Tras de las desventuradas víctimas marchaban los sacrificadores, ostentando en sus extrañas vestiduras, salpicadas de seca

sangre, algunos signos jeroglíficos de su funesta misión; seguían después los nobles, los seminaristas y los sacerdotes de varios templos; y cerraba, por último, la marcha, el numeroso pueblo.

La procesion salía del templo mayor, y hacia su primera detencion en el barrio de Teotlachco. Durante el tiempo que allí se detenía, eran sacrificados dos prisioneros y varios esclavos, á las sangrientas deidades de la guerra. Continuaba la procesion su marcha, deteniéndose en Tlatelolco, Popotla y Chapultepec, en cada uno de cuyos puntos se hacían sacrificios de codornices, y luego de prisioneros y esclavos. De Chapultepec, volvía la procesion á la ciudad; recorría algunos barrios; hacia nuevos sacrificios en cada sitio en que se detenía, y por último, llegaba al templo principal, de donde había salido.

En cuanto la procesion penetraba en el santuario, colocaban los sacerdotes la estatua de Painalton y los estandartes, en el altar de *Huitzilopochtli*, donde era incensado inmediatamente por el rey. Pocas horas después, se hacia otra procesion al rededor del templo, que concluía al ponerse el sol, siendo sacrificados todos los prisioneros y esclavos que quedaban. Llegada la noche, velaban los sacerdotes, orando y elevando himnos á sus divinidades. Al brillar la luz del siguiente día, conducían respetuosamente á una sala del templo la estatua de *Huitzilopochtli* que, como he dicho, la habían hecho, para aquel objeto, de semillas amasadas con sangre de niños, y la colocaban en un punto conveniente.

En aquella sala estaban únicamente el rey, los cuatro principales sacerdotes, los cuatro superiores de los semi-

narios y otro ministro del altar, á quien se daba el nombre de Quetzalcoatl, *siempre armado de plumas*, y que era el mismo del dios del aire. Este último sacerdote cogia un arco, preparaba una flecha, y la disparaba sobre el ídolo, atravesándole de parte á parte. Al verle cruzado el pecho con el arma, aseguraban que su dios habia muerto; y acto continuo, el gran sacerdote se aproximaba á la estatua, le sacaba el corazon, hecho de la masa ya referida, y se lo daba á comer al rey. El cuerpo de la estatua se partia entonces en dos mitades: una para los tlalolcos, la otra para los mejicanos. La parte perteneciente á éstos, se dividia en seguida en cuatro porciones, distribuyéndolas en los cuatro barrios que formaban la ciudad, y cada porcion se subdividia en tantos pedacitos, cuantos eran los hombres que habitaban en cada barrio.

Los sacerdotes  
dan á comer  
al rey el  
corazon de la  
estatua.

A esta ceremonia se le daba el nombre de *teocualo*, que equivale á *dios comido*. Las mujeres no participaban de la masa del ídolo, porque no tocándoles el ejercicio de las armas, no necesitaban de un alimento que tenia la virtud de excitar el espíritu guerrero. Los jóvenes que estaban ya en actitud de manejar el arco y la flecha, en los combates, y comian el cuerpo de *Huitzilopochtli*, contraian, con solo ese hecho, la obligacion de observar por espacio de un año, un riguroso ayuno.

En este mes, llamado *Panquetzaliztli*, que significa *enarbolar el estandarte*, por motivo de que así se llevaba en la procesion descrita, se dedicaban los mejicanos á la reparacion de los vallados y lindes de los campos.

Mes décimo  
sesto.  
Quinta fiesta al  
dios Tlaloc.

El mes décimo sexto, empezaba el 23 de Diciembre. En él se celebraba la quinta y última fiesta consagrada á Tlaloc y á otras divinidades del agua, así como á las de los montes. Los mejicanos se disponían para la celebración de esta fiesta, con duras penitencias de sacarse sangre de sus miembros, como acostumbraban en sus notables funciones religiosas, con oblacones de aromáticas resinas, y con oraciones fervientes.

También hacían montecillos de papel, simbolizando á los númenes, y muchos idolitos con pasta de semillas, á quienes, después de haberles adorado reverentemente, les abrían el pecho, imitando el verdadero sacrificio, les arrancaban el corazón y les cortaban la cabeza. A cada individuo que hacía cabeza de una familia, se le daba un pedazo del cuerpo de algún ídolo, para que lo repartiese entre sus sirvientes, á fin de que, comiéndolo, se librasen de muchas enfermedades, á que quedaban sumamente expuestos los que descuidaban el culto de los dioses.

Los cuatro días anteriores á la fiesta, los ayunos eran altamente rigurosos, y la efusión de sangre, verdaderamente excesiva.

Al mismo tiempo que en las casas particulares se practicaban los ritos que dejo consignados, en los templos se sacrificaban víctimas humanas, cuyo número aumentaba el día de la fiesta. En esta, ó en otra consagrada al mismo dios del agua, Tlaloc, se hacía perecer de una manera inhumana, á tres inocentes niños de seis años, encerrándoles en una cueva, y dejándoles perecer en ella de hambre, de sed y de espanto.

Mes décimo sétimo. Empezaba el mes décimo sétimo, el 12 de  
 Fiesta á la diosa Enero, y en él se celebraba la fiesta de *Ila-*  
 de la vejez. *mateuctli*, diosa de la vejez, como lo indica  
 su nombre, que significa, *señora vieja*. La víctima que  
 debia ser sacrificada en la festividad de la anciana divini-  
 dad, era una mujer que se escogia entre las prisioneras,  
 y á la cual se la vestia como se representaba á la diosa,  
 cuyo papel desempeñaba en aquellos instantes. Era la  
 única fiesta en que se le permitia estar triste, por su pró-  
 xima muerte, al que iba á ser sacrificado; pues en todas  
 las demás, se les obligaba á manifestarse contentos, por  
 ser, como he dicho, de mal agüero cualquiera demonstra-  
 cion de pena. Pero aunque libre para poderse entregar á  
 la tristeza y á sus melancólicos recuerdos, no lo era para  
 permanecer completamente dedicada á ellos. Muy lejos de  
 eso, se le obligaba á bailar sola á determinadas horas, no  
 al compás de melódica y agradable música, sino de una  
 monótona cancion religiosa, cantada con insonoras voces,  
 por los fanáticos ministros de la divinidad á quien iba á  
 ser inmolada. Verificada la procesion al rededor del tem-  
 plo, la víctima era llevada al altar por los sacerdotes, que  
 se presentaban vestidos con las insignias de varios dioses;  
 y al ponerse el sol, la sacrificaban sobre la piedra, del  
 modo ordinario que ya conoce el lector. Muerta ya, y se-  
 parada del cuerpo, como era costumbre, la cabeza, uno de  
 ios sacerdotes tomaba esta en sus manos y empezaba á  
 bailar, siguiéndole los otros. Terminado el baile, corrian  
 por las escaleras del templo, y despues entonaban himnos  
 á la diosa. Al dia siguiente, los habitantes de la ciudad de  
 Méjico, presenciaban una escena muy parecida á la que

los habitantes del imperio romano presenciaban en tiempo del paganismo, en la fiesta de las lupercales. El pueblo azteca, provisto de sacos de heno, corria presuroso por las calles, pegando con ellos á todas las mujeres que encontraba. Los romanos lo hacian con correas de cabras sacrificadas, cuyos golpes tenian, al decir de ellos, la virtud de hacer fecundas á las mujeres estériles. Ignoro la virtud que se les suponía á los recibidos de los sacos de heno.

Otra fiesta se celebraba en el mismo mes, á *Mictlan-teuctli*, dios del infierno, en la cual se sacrificaba de noche á un prisionero.

Ultimo mes. El último mes, que era el décimo octavo, caia en 1.º de Febrero. En él se celebraba la segunda fiesta del dios del fuego. Toda la juventud salia, al rayar la luz del dia 10, armada de arco y de flechas, á los montes y á las selvas, á cazar aves y fieras. Cuanto se cazaba, lo presentaban los cazadores á los sacerdotes, que lo guardaban para los momentos de la festividad. El dia 16 se veia lujosamente engalanado en su altar, el idolo del dios del fuego, ostentando preciosas plumas y valiosas joyas. En ese mismo dia, apagaban los sacerdotes el fuego del templo, y el pueblo el de sus casas, y encendian el nuevo, ante el altar del númen en quien estaba representado. Terminada la ceremonia de encender el fuego, los sacerdotes ofrecian á los dioses, en holocausto, parte de la numerosa caza que tenian recibida de los cazadores, y la otra la sacrificaban á la deidad de la fiesta. A este acto, seguia otro sencillito, pero curioso: los niños de ambos sexos, que habian asisti-

Ceremonia en que se perforaban á los niños de ambos sexos las orejas. do en gran número á la fiesta, se acercaban á los sacerdotes, quienes les perforaban las orejas, para que les pusieran pendientes.

Lo notable en la fiesta que nos ocupa, era que no habia en ella sacrificio de victimas humanas.

Todos los animales sacrificados se condimentaban en seguida para los sacerdotes y la nobleza. Entre los cazadores se repartian, con abundancia, sabrosos *tamalli* (tamales) que las mujeres habian presentado á los dioses como agradable oblacion.

En este mismo mes, se verificaba la segunda fiesta en honor de la madre de los dioses. En ella habia una ceremonia altamente original y extravagante. Los sacerdotes agarraban á los muchachos de las orejas y los levantaban en el aire, pues se creia firmemente que asi llegarian á tener una estatura elevada. Se ignora todo lo demás que se practicaba en esta fiesta, y si los sacrificios humanos eran los mismos que se celebraban en la que se le dedicaba en el mes de Setiembre.

Dias llamados inútiles, en los que se temia por un mal el nacer. Terminado el año mejicano de diez y ocho meses, el 20 de Febrero, empezaban los cinco dias llamados inútiles, el 21, en los cuales nadie emprendia obra ni negocio importante, persuadidos de que el resultado seria infausto. Aun el nacer en esos dias se tenia por una desgracia: al varon nacido en ellos se le llamaba *nemoquichtli*, *hombre inútil*, y á la niña, *nenciknattl*, *mujer inútil*.

Pero las fiestas que excedian en solemnidad á las que dejo referidas, eran las que se celebraban, una, al princi-

pio de cada periodo de trece años, de los cuatro en que estaba dividido el siglo azteca, y la de *Teotihuacatl*, ó año *divino*. En ellas, las numerosas oblacones, los bailes y los himnos religiosos, estaban en relacion con las víctimas humanas, que con exceso se sacrificaban.

Sin embargo, á todas esas fiestas superaba la secular con que terminaba el siglo, y de la cual habié ya detenidamente, detallando la manera con que se disponian para el temido cataclismo del fin del mundo. (1) Los regocijos públicos que se hacian al ver que la naturaleza seguia su majestuosa marcha, superaban á lo que la pluma podria ponderar, correspondiendo, por desgracia, los sacrificios en honra del nuevo siglo que entraba, á la importancia que daban á la fiesta.

Esto, por lo que hace á las víctimas sacrificadas en las fiestas religiosas; pues respecto á las hecatombes hechas en la consagracion de un templo, en la coronacion de un rey, en la celebracion del triunfo de una batalla, en la muerte de un soberano ó de cualquier notable acontecimiento, el número de sacrificados era excesivo.

Difícil seria precisar la cifra de los sacrificados anualmente á sus falsas divinidades, por la variedad que se nota en los historiadores, respecto de su número.

El primer obispo de Méjico, D. Juan de Zumárraga, en una carta escrita el 12 de Junio de 1531, al capitulo general de su órden, consagrado en Tolosa, manifiesta que solo en la capital se sacrificaban anualmente veinte mil. « Lo que no puedo referir —decia— sin causar espanto y

(1) Desde la página 190 á la 193.



horror, es que tenían antes por costumbre, principalmente en la gran ciudad de Tenochtitlan, sacrificar todos los años á sus dioses mas de veinte mil personas.»

Otros, refiriéndose á los inmolados en todo el imperio, tambien anualmente, consignan que su número ascendia á cincuenta mil. Segun el entendido escritor D. José de Acosta, jesuita español, (1) habia dia en que, en diversos puntos de la nacion mejicana, se sacrificaban cinco mil, y en alguno hasta veinte mil. El cronista real de las Indias, D. Antonio Herrera, estima en veinte mil el número de víctimas anuales, y algunos creen que á esta cifra es á lo que subian solo las sacrificadas en el monte de Tepeyacac.

El apreciable escritor mejicano, D. Francisco Clavijero, que escribió á fines del siglo pasado, dice que, «el número de veinte mil, que es el que se cree acercarse mas á la verdad, si se comprenden todos los individuos sacrificados anualmente en el imperio mejicano, no le parece excesivo;» «pero lo juzga exagerado si «como pretenden algunos autores, se limita á solos los niños; á los sacrificados solamente en el monte de Tepeyacac ó en la capital.»

Solamente el padre las Casas, mas recomendable por sus preclaras virtudes y sus sentimientos filantrópicos que por su criterio, difiere de todos los escritores en ese punto,

(1) D. José Acosta, que supo conquistar con sus obras un buen lugar en la república de las letras, despues de haber vivido por espacio de muchos años en ambas Américas, recogiendo noticias importantes de las personas mas caracterizadas, escribió la «Historia natural y moral de las Indias.» impresa por primera vez en Sevilla en 1590, y reimpressa en Barcelona en 1591. La obra fué traducida á varias lenguas en Europa.

reduciendo el número de víctimas á la menor cifra imaginable. «No sé, dice con este motivo el ilustre Clavijero, por qué el señor Casas, el cual en sus escritos se vale contra los conquistadores del testimonio del señor Zumárraga y de los primeros religiosos, se oponga á ellos tan abiertamente en cuanto al número de los sacrificados.»

Conocido el carácter noble y recto del señor Zumárraga, su amor á la verdad y el deber de dar exactos informes al ministro general de la orden; examinadas las cifras que los autores mas caracterizados han presentado, y teniendo en cuenta el sano criterio del ilustre historiador mejicano, (1). Francisco Javier Clavijero, se puede asegurar, sin temor de incurrir en el defecto de exceso, que el número anual de víctimas sacrificadas á las funestas deidades en todo el imperio mejicano, ascendia á veinte mil.

Parece á primera vista que con los millares de individuos sacrificados annualmente, la poblacion hubiera ido decreciendo sensiblemente hasta quedar reducida á muy pocos habitantes, en lugar de ir creciendo, como realmento crecia; pero pronto la razon viene á convencer de que el número de victimas no podia producir el resultado creido. Obligados por la ley, á casarse los hombres de veinte á ventidos años, y las mujeres de diez y siete á diez y ocho; existiendo la poligamia en aquellos pueblos, y mirándose la esterilidad como una desgracia, era lógico que la poblacion creciese notablemente en habitantes, sin que el número de sacrificados pudiese igualar al de nacidos.

Meditando sobre los sangrientos actos que referidos quedan en las anteriores páginas, causa dificultad creer que pueblos que se hallaban íntimamente adheridos á esas cos-

tumbres, pudiesen presentar nada que arguyese la mas ligera idea de civilizacion y de cultura.

Los sacrificios humanos y una forma regular de gobierno, parecen incompatibles en una sociedad; antagonistas que se rechazan, que no pueden unificarse jamás; y sin embargo, en la nacion mejicana, se presentaba el fenómeno de esa unificación; de esa amalgama de costumbres disímbolas. Tenian las hórridas hecatombes de hombres, de mujeres y de niños; y presentaban, al mismo tiempo, leyes, reglamentos, costumbres, máximas morales, literatura, ciencias y gobierno, que le daban derecho al título de adelantada y culta, relativamente. Además de las fiestas de cada mes á los dioses tutelares, tenian otras muchísimas particulares, y ceremonias diarias que, por fortuna, no exigian mas que oblacones de resinas aromáticas, para incensar los ídolos, de pan, de aves y de flores.

Todos los dias, momentos antes de que apareciese el sol en el horizonte, se situaban algunos sacerdotes en el átrio superior del templo, vuelto el rostro hácia el Oriente, con el fin de ver el primer rayo del astro principal, y teniendo cada uno de ellos una codorniz viva en la mano. En cuanto el luminar del dia dejaba ver su esplendorosa luz, le saludaban con los acordes de una música, para ellos melodiosa, y cortando la cabeza á las codornices, se las ofrecian, incensándole acto continuo con oloroso copal y aromáticas resinas delicadas. Nueve veces al dia se repetia la incensacion al astro rey: cuatro, desde su aparicion hasta su puesta, y cinco durante la noche. A los ídolos se incensaba cuatro veces al dia; al amanecer, al medio dia, al descender al ocaso, y á las doce de la noche. A la in-

ceusacion última, asistían los sacerdotes mas caracterizados, y la ceremonia de incensar la desempeñaba el sacerdote á quien tocaba el turno.

En los dias comunes las oblaciones eran de flores, de frutas, de aves, de plantas y de resinas aromáticas, con que el público manifestaba á sus dioses su amor y su reconocimiento.

La idea religiosa, era la dominante en aquella sociedad.

En todas las casas habia incensarios para incensar á los idolos particulares que en ellas tenian. Nada se hacia sin incensar primero á los dioses. Los jueces incensaban á sus idolos, hacía los cuatro vientos cardinales, antes de pronunciar cualquier sentencia ó resolver algun punto; los padres de familia, en sus hogares, al ir á empezar sus negocios; y los sacerdotes en el templo, para dar principio á sus oraciones.

Respecto del alma, los mejicanos creian en su inmortalidad, y se imaginaban tres mansiones diversas, cuya belleza y esplendor estaba en relacion con los méritos de los que dejaban de existir. El sitio privilegiado y refulgente, que brindaba una eternidad de goces inefables, estaba reservado para las venturosas almas de los guerreros que morian heroicamente en el combate, ó que, cayendo prisioneros, espiraban en la piedra de los sacrificios con la serenidad del valiente. Creian con toda la fuerza de una fé viva, que las felices almas de esos patrióticos séres, que sucumbian vertiendo su sangre en las batallas, pasaban instantáneamente al espléndido y reluciente palacio del sol, á quien acompañaban en su brillante carrera por los cielos, entonando himnos de dulcísima melodia, y gozando

entre las nubíferas glorietas de sus mirtúcos jardines, bienes sin término, y dichas sin guarismo.

Reservada estaba para las mujeres que llegaban á morir al dar á luz al tierno fruto de sus amores, la misma deliciosa mansion. Cuatro años habitaban el brillante alcázar del astro de la luz; mirando resbalar su plácida existencia envuelta en una superabundancia de felicidad que excedia á lo imaginable, pasando á animar al espirar su plazo, las blancas y flotantes nubes y los canoros pájaros de brillante plumaje, libres siempre para remontar su vuelo por las etéreas salas, bien para vagar por las deliciosas florestas, las selvas, los lagos y los perfumados pensiles que transforman la tierra en un oasis de delicias. Pero esta brillante transmigracion solo estaba reservada á las almas de los nobles y de los grandes. Las almas de los plebeyos, oscuras como la existencia de los humildes séres que animaron, iban á habitar los asquerosos cuerpos de los escarabajos, de los sapos, de las lagartijas y de los inmundos reptiles. ;Ni en la otra vida se les concedia á las personas del pueblo, una habitacion decente para sus almas! La transmigracion debia ofrecer poco atractivo á la plebe.

A la mansion del sol, destinada á los intrépidos guerreros, seguia otra de felicidad negativa, pero siempre de felicidad, que se llegaba á alcanzar, no por medio de la práctica de meritorias obras, sino por la casualidad de haber sucumbido victima de un rayo, de hidropesía, úlceras, tumores y de otras dolencias igualmente penosas. Para compensar los sufrimientos causados por las caprichosas enfermedades en sus cuerpos, iban sus almas á la morada de Tlaloc, dios del agua, en cuyo fresco y delicio-

so sitio se les obsequiaba diariamente con opíparos banquetes, en que lo selecto de los manjares competía con lo exquisito de los vinos. Las almas de los niños sacrificados á la expresada divinidad del agua, á quienes su inocencia y su temprana muerte parecía darles derecho á delicadas venturas, risueños paraísos, animadora música y deleites celestiales, pasaban á habitar esa misma mansion del dios Tlaloc, en cuyas fiestas se les había arrancado de un mundo que apenas conocían.

El lugar destinado á los individuos que morían sin haber dejado en la tierra huella ninguna de patrióticas virtudes, de honradez ó de moral, se encontraba en el centro de la tierra, y era conocido con el nombre de *Mictlan* ó infierno. Sin embargo, en ese lugar, á donde se temía descender al abandonar la vida, no era un sitio de expiación ó de terribles castigos, sino de tristeza y de silencio, donde la pena consistía en vivir en perpetua oscuridad.

El mismo don de inmortalidad concedían á las almas de los animales, y por eso, cuando moría algun individuo, sacrificaban, como he dicho, un perrito, para que enseñase en el otro mundo el camino á su amo.

Los otomites, por el contrario, creían que el alma de todos los seres moría con el cuerpo.

Número de sacerdotes. En relacion con el crecido número de dioses, estaba el de sacerdotes. Solamente en el templo principal de la ciudad de Méjico había cinco mil, y á un millon ascendía la cifra de los que se contaban en todo el imperio.

Para que la cifra de ministros del altar arrojase esa enorme suma, existían motivos altamente poderosos. Sa-

tisfacian primeramente el sentimiento religioso, que era el mas pronunciado y dominante en aquella sociedad, donde los actos de la vida política y social estaban íntimamente unidos á la religion; y rodeaban en segundo lugar al individuo, de consideraciones y respetabilidad comparables solo á las que disfrutaban las mismas divinidades á quienes estaba consagrado.

Todos Los nobles de primera clase, los señores, y dedicaban á sus hijos, hasta cierta edad, al servicio de la iglesia. hasta los mismos reyes, dedicaban por algun tiempo á sus hijos al servicio de los templos, por la honra que á las familias les resultaba de tener séres empleados en algun acto de servicio hácia sus celestes divinidades. A ellos les tocaba incensar los ídolos y cuidar los altares. Los hijos de la nobleza menos elevada, eran los que llevaban la leña al templo, barrían, atizaban el fuego sagrado, cuidando de que no se estinguiese, y desempeñaban otros cargos análogos.

El sacerdocio no era perpetuo y los sacerdotes eran casados. El sacerdocio entre los mejicanos no era perpetuo, sino por determinado tiempo que los que lo abrazaban se proponian, bien para cumplir una promesa, bien por devocion, bien por alcanzar el favor de sus dioses. Sin embargo, habia individuos que se consagraban por toda la vida.

No excluia tampoco el sacerdocio el casamiento. Todos los ministros del altar eran casados, excepto los que se habian entregado para siempre al servicio de los dioses, aunque ignoro si se hacia extensiva á ellos la poligamia. Durante el tiempo que dedicaban á las obligaciones del ministerio religioso, se abstenian de toda otra mujer que no fuese la legítima; y cuando se encontraban con alguna

extraña, bajaban honestamente la vista para no mirarla. La incontinenca, durante la época en que el sacerdote estaba de servicio en el templo, era castigada con marcado rigor. En Teotihuacan era entregado al pueblo y matado á palos por éste, de noche, el ministro del altar á quien se le probaba que habia faltado al deber de castidad.

El traje que usaban era el mismo que llevaban los demás mejicanos, sin otro distintivo que un velo negro de algodón, que ostentaban en la cabeza. Pero no todos iban de esta manera. Los que habian hecho voto de una vida austera y mortificada, vestian traje negro, que era el ropaje que llevaban los demás sacerdotes de las naciones conquistadas y anexas al imperio mejicano. Los cabellos, que á muchos les colgaban hasta las piernas, porque nunca los cortaban, los llevaban entrenzados con gruesos cordones de algodón, untados de tinta, formando una voluminosa trenza embadurnada con el negro y asqueroso liquido mencionado, no menos estorbosa para el sacerdote, que repugnante nos pareceria hoy á nuestros ojos, aunque no lo parecia así á la vista de aquella sociedad de diferentes costumbres á las presentes.

Los sacerdotes A estos asquerosos embadurnamientos dia-  
se embadurnaban el cuerpo. rios de tinta, agregaban otro mucho mas repugnante, siempre que tenian que hacer algun sacrificio en las montañas ó en las oscuras cavernas en que podian habitar animales feroces ó venenosos. Cogian escorpiones, culebras, lagartijas, arañas, gusanos y diversos reptiles, y quemándolos en un sitio determinado del templo, colocaban las cenizas en un mortero de piedra, donde mezclávanlas con hollin de una madera resinosa llamada *ocoll*, con



insectos vivos, yerbas y tabaco, hacian una masa nada seductora para la vista ni para el olfato. Pero la preocupacion reviste de atractivo y de virtudes los objetos mas innobles, y aquella confeccion encerraba para los sacerdotes aztecas, eucantos y virtudes sobrenaturales. Convencidos de la excelencia de la extraña confeccion, llenaban con ella bruñidos vasitos, y despues de presentarla á los dioses, se untaban todo el cuerpo, emprendiendo en seguida el camino á los sitios mas peligrosos, con la firme fé de que ni las fieras de los bosques, ni las culebras de las montañas, ni los animales ponzoñosos de las cavernas les podian hacer ya el mas leve daño.

Pero no solamente atribuian á la confeccion referida, la virtud de librar á los sacerdotes que con ella se ungian, de ser atacados por los animales dañinos y feroces, sino que le atribuian el don eficaz de curar todas las enfermedades, por cuya razon la aplicaban á los enfermos y á los niños. Aquella untura era considerada como la panacea de todas las dolencias físicas; y como acontece con todas las cosas que han logrado alcanzar por el consentimiento general alguna reputacion, aunque estén los hechos muy lejos de corresponder á su fama, á pesar de que ningun enfermo sanaba por la eficacia de ella, le llamaban *teopatli*, esto es, *medicamento divino*.

A los alumnos de los seminarios les estaba encomendada la tarea de coger los asquerosos animales para la milagrosa confeccion, así es que familiarizándose desde muy niños con el manejo de ellos, los cogian despues sin temor ninguno, haciéndolo todo sin la mas ligera repugnancia.

Habia diversas gerarquías en los sacerdotes. Estaban establecidas en el sacerdocio diversas gerarquías. Los sumos sacerdotes ó jefes supremos eran dos, cuya alta dignidad solo se conferia á personas de ilustre nacimiento, notables no menos por sus virtudes como por su saber. Su nombramiento se hacia por eleccion, aunque se ignora si esta era hecha por los sacerdotes ó por los que elegian á la suprema dignidad politica del reino. Ninguna providencia importante tomaba el monarca, sin consultar antes con ellos, que eran verdaderamente los oráculos de los reyes. Aunque investidos ambos del elevado carácter de cabezas de la religion, existia sin embargo alguna diferencia que establecia una distincion entre los dos, como lo indica el nombre de *señor divino*, que daban al uno, y el de *gran sacerdote* con que era denominado el otro. El *señor divino* ó primer sumo sacerdote, era ungido entre los totonacas, y lo mismo se cree que sucedia entre los mejicanos, con sangre de niños, á cuya ceremonia le daban el nombre de *uncion divina*. La dignidad de sumo sacerdote nadie la obtenia en el reino de Acolhuacan mas que el hijo segundo del rey. A él solo le pertenecia el honroso distintivo que le colocaba en el primer puesto de los ministros de las diversas divinidades. Los sumos sacerdotes eran los que ungian á los monarcas despues de su eleccion. Los hombres sin cuyo parecer jamás declaraba el rey la guerra á nacion ninguna, y los que, en fin, tenian como un distintivo de honor en los ritos sangrientos de su funesta religion, abrir el pecho y arrancar el corazon á las victimas humanas ofrecidas á sus monstruosos ídolos en las solemnes festividades.

La insignia que comunmente llevaban los sumos sacerdotes de la ciudad de Méjico, era una borla blanca de algodón sobre el pecho. En los días destinados á la celebracion de algun notable acontecimiento, bien religioso ó bien politico, vestian ricos trajes de finísima tela, en que se veian pintados los distintivos de la divinidad á quien estaba dedicada la fiesta que se celebraba. El sumo sacerdote de los mixtecas, cuando la festividad era solemne, se presentaba con una fina túnica de algodón, en que se veian pintados los principales sucesos de la mitologia. Sobre la delgada túnica lujosamente adornada, se descubria, limpia y con esmero puesta, una especie de sobrepelliz, cuya blaucura rivalizaba con el ampo de la nieve: una lujosa capa, adornada de jeroglíficos signos de misteriosa significacion, colgaba con gracia sobre sus hombros; un lienzo blanco de algodón, de finísimo tejido, llevaba pendiente del brazo derecho; otro lienzo no menos limpio y delicado pendia de sus hombros, y sobre su cabeza resplandecia un rico penacho de vistosas plumas, artísticamente tejidas, donde brillaban diminutas figuritas de oro, representando diversas divinidades de su falsa religion.

Seguia á la alta dignidad de sumo sacerdote, la del encargado de velar sobre la exacta observancia de los ritos y ceremonias; de la conducta de los directores de los seminarios; de castigar á los sacerdotes que no cumplieran con su sagrado ministerio, y de cuidar, en fin, de que nadie se desentendiese de las obligaciones que se habia impuesto al admitir el puesto que ocupaba. Para poder desempeñar eficazmente su difícil cargo, tenia dos vicarios que observaban con infatigable actividad, todo lo que era neces-

rio examinar, uno de los cuales era el superior general de los seminarios.

A las dignidades referidas, seguía el ecónomo de los santuarios; el compositor principal de los himnos destinados á cantar en las fiestas; el maestro de ceremonias; el de capilla, que tenía á su cargo enseñar y dirigir el canto, y otro número considerable de sacerdotes encargados de diversos ramos que sería prólijo mencionar.

En la capital de Méjico, lo mismo que en las demás ciudades del imperio, existía en cada barrio, un sacerdote principal, encargado de dirigir en su distrito ó parroquia, las fiestas y los demás actos religiosos, reconociendo siempre como superior, al encargado de vigilar sobre el cumplimiento de los ritos y de todo lo relativo al culto.

Los asuntos relativos al servicio de los templos, estaban repartidos en todo el cuerpo sacerdotal. Había sacerdotes encargados de barrer el santuario; los había destinados al adorno de los altares: cantores que entonaban himnos á las divinidades durante varias horas de la noche, y músicos que desempeñaban el mismo cargo durante el día; había sacrificadores; cuidadores del fuego sacro, compositores de canciones religiosas y poetas encargados de componer la letra.

Los sacerdotes lo eran todo en aquella sociedad, porque en ellos residía el talento y el saber.

Los sacerdotes eran los encargados de la educación. La educación de la juventud, el arreglo del calendario; las pinturas mitológicas, los adelantos de la juventud, los seminarios y las escuelas, todo se hallaba encomendado á los ministros del altar.

Una gran parte de los sacerdotes se teñían diariamente el cuerpo con un tinte negro, hecho de la madera aromática, llamado *ocotl*, (ocote) preparándolo como un espeso hollin reluciente y negro, sobre cuyo embarramiento se untaban otro de ocre, que les daba un matiz repugnante. Así desempeñaban durante el día sus deberes religiosos, y todas las noches, á determinada hora, se bañaban en unos espaciosos estanques que se hallaban en el recinto del templo. Ya he dicho que el cabello lo usaban sumamente largo y que lo llevaban formando una gruesa trenza, embadurnada también de tinta.

Sacerdotisas  
y varias órdenes  
religiosas. No era el sacerdocio propiedad exclusiva de los hombres. El ministerio se veía ejercido igualmente por las mujeres, aunque estaban excluidas de alcanzar las primeras dignidades y del cargo de sacrificar víctimas humanas. Pero cuidaban del fuego sagrado, entonaban himnos, incensaban los ídolos, adornaban los altares, barrían el templo, y presentaban á los ídolos las oblações de comestibles que diariamente se hacían.

Algunas de estas sacerdotisas se habían consagrado desde la niñez al servicio de los dioses, por promesa de sus padres; pero la mayor parte estaban por dos años, ya para cumplir con algun voto hecho por devoción, ya para lograr un matrimonio feliz, ya, en fin, por cualquier otro motivo de los muchos que nunca faltan á los desventurados seres de la especie humana. Las jóvenes que desde la niñez se habían consagrado al servicio de los dioses, en cuanto cumplían los diez y siete años, que era la edad en que debían casarse, se disponían para salir del templo. Sus padres, que para entonces les tenían dispuesto ya mari-

do, presentaban al encargado de hacer cumplir el culto, en bruñidos platos de curiosas labores, flores, delicados comestibles, copal, codornices, y un discurso en que, después de manifestar en expresivos conceptos su profunda gratitud por la esmerada educación que sus hijas habían recibido, terminaban solicitando la gracia de llevarlas al seno de sus familias. La solicitud era contestada verbalmente, con otro discurso bien sentido, accediendo á la justa solicitud de los padres, y exhortando á las jóvenes á la práctica de las virtudes y al cumplimiento exacto de los sagrados deberes del matrimonio.

Varias eran las órdenes religiosas que habia de hombres y de mujeres; pero una de las mas dignas de conocerse era la del dios del aire Quetzalcoatl. La vida que en los monasterios dedicados á la expresada deidad hacian los jóvenes de uno y otro sexo, era sumamente austera. Practicaban duras penitencias, donde se sacaban sangre de varias partes del cuerpo, ayunaban con frecuencia; pasaban parte del dia elevando himnos á su deidad, se bañaban siempre á media noche, velaban hasta poco antes de amanecer, y tenian libertad para marchar á los montes á la hora que quisiesen, así antes de ponerse el sol como después de haberse ocultado, para martirizarse el cuerpo con terribles flagelaciones. El traje que usaban era altamente modesto.

Austeridad  
observada por  
los superiores  
de los  
monasterios.

La austeridad que observaban los superiores de esos monasterios, era excesiva. Su vida estaba dedicada á la mortificación y á las privaciones. A nadie visitaban mas que al rey, y eso únicamente en circunstancias precisas. La manera

de ingresar en la órden de Quetzalcoatl era la siguiente. El padre que anhelaba que algun niño suyo fuese recibido, convidaba á comer al superior, quien enviaba en su lugar á uno de los sacerdotes que elegia para el caso. El fiel representante tomaba al niño, y lo presentaba al superior; éste le tomaba en brazos, elevaba una religiosa oracion al dios Quetzalcoatl, ofreciéndole la criatura, y en seguida le ponía un collar al cuello, que debia llevar durante siete años.

Transcurridos dos desde la presentacion, el superior practicaba en el pecho del niño una incision, que era lo mismo que el collar, el signo de su consagracion. Cuando se cumplian los siete años, el padre del jóven dirigia á éste un moral discurso, exhortándole á practicar todas las virtudes, á no faltar en lo mas leve á las buenas costumbres, á respetar á sus superiores, á rogar á los dioses por la felicidad de los séres que le dieron la vida, así como por la dicha y prosperidad de la patria, y en seguida entraba al monasterio.

Habia otra órden en que estaban juntos jóvenes y niños, que tambien se consagraban desde la infancia al culto, casi con las mismas ceremonias que los dedicados al dios del aire. Pero los miembros de esta *órden de jóvenes*, que así se llamaba, no vivian en comunidad, sino en sus respectivas casas.

En cada barrio de la ciudad tenian un superior; y todos los dias, á la caida del sol, se reunian en una casa á bailar, entonando á la vez himnos en elogio de su divinidad. Concurrían á esta ceremonia personas de ambos sexos, guardando siempre el mayor órden y compostura,

pues la mas leve falta hubiera sido castigada rigurosamente.

Pero la órden mas notable era una que habia entre los totonacas, compuesta de ancianos, monges de acrisolada virtud, consagrados al culto de Centeotl, diosa de la tierra y del maíz. A esta órden no podian pertenecer sino hombres que habian cumplido sesenta años de edad, viudos, de moral intachable, de costumbres honestas y verdaderamente castos. Vivian entregados á la oracion, al recogimiento, al estudio, y á presentar en pinturas jeroglíficas, los principales puntos de la historia. El número de ellos era fijo, y solo cuando alguno moria, podia entrar otro á ocupar su lugar. Era grande la veneracion en que el pueblo les tenia, y siempre que algun individuo se encontraba afligido por algun negocio, iba á consultar con los monges lo que debia hacer. Los sacerdotes escuchaban sentados, con profunda atencion, llenos de amabilidad y con los ojos bajos, lo que les decian, y el consejo que en seguida daban, era admitido como pronunciado por el oráculo.

La incensacion era una de las primeras atenciones de los ministros de la religion azteca. Cuatro veces al dia, como tengo ya dicho, incensaban á sus idolos, y nueve al sol. Para el desempeño de cada cosa perteneciente al culto, habia sacerdotes encargados de dar cumplimiento á la que les pertenecia. Pero el cargo mas importante y distinguido, el principal y mas honorífico, era el de los sacrificios. El presente de victimas humanas se consideraba como el mas grato á las divinidades del culto azteca, y sacerdotes distinguidos tenian que ser los que ofreciesen la sangre



de aquellas en el altar de las segundas. Nada importante se emprendía sin que precediesen sacrificios. Se imploraba la proteccion de los dioses, sacrificando desventuradas víctimas, y otras nuevas volvian á sacrificarse cuando, verificándose algun fausto acontecimiento, se creía que habian atendido á la peticion hecha.

Seis sacerdotes eran, como manifesté al describir las fiestas de cada mes, los encargados de las hecatombes, y descritos están allí el traje que usaban y los pormenores del sacrificio ordinario.

Algo respecto de los sacrificios. **El** número de víctimas inmoladas, lo mismo que la forma de sacrificio y el sitio donde se verificaba el sangriento presente, cambiaban segun la categoría de la fiesta y las circunstancias del momento. Generalmente, la funesta escena se verificaba en el átrio superior del templo, donde estaba el altar destinado á los sacrificios: sobre su piedra convexa on la superficie, tendian á la víctima, le sujetaban entre cinco los piés, las piernas y le cabeza, y el sexto, abriéndole el pecho con un afilado cuchillo de *iztli*, le sacaba el corazon, le presentaba al sol, lo arrojaba en seguida á los piés del ídolo; volvia á cogerlo para presentarlo á la divinidad, lo quemaba, y permanecia un instante contemplando sus cenizas. Cuando el ídolo era hueco y de proporciones colosales, solia el sacrificador introducirle en la boca, con una cuchara de oro, el corazon de la víctima. Otras veces untaban los labios de la espantosa imágen de la falsa deidad y la cornisa de la puerta del santuario, con sangre del infortunado que habia perecido.

Si era prisionero de guerra el sacrificado, despues de

arrancarle el corazón, le cortaban la cabeza para conservarla, como tengo referido; arrojaban el cuerpo por las escaleras al átrio inferior, donde lo esperaban el oficial ó soldados que le habían hecho prisionero, y cortándole los muslos y los brazos, los llevaban á sus casas para guisarlos y comerlos, mientras la parte del vientre se destinaba para el alimento de las fieras de la casa real. Cuando el sacrificado era esclavo, su amo se apoderaba del cuerpo, y se lo llevaba con el mismo objeto de guisarlo y de comerlo, en union de los amigos mas predilectos.

Los otomites vendían en el mercado la carne del prisionero sacrificado. Los otomites, mas comerciantes en este punto que los mejicanos, dividian los miembros de la víctima en pedazos regulares, y los vendian en el mercado, como hoy se vende la carne de ternera.

Pero no todos los sacrificios se hacian sobre la convexa piedra de los altares, pues ya hemos visto, al referir las fiestas celebradas durante los diez y ocho meses del año, que unos eran quemados, otros ahogados en el lago, que algunos morian de hambre y de sed, encerrados en las cavernas, no pocos en el sacrificio gladiatorio, y bastantes mujeres sobre la espalda de otras, donde recibian la muerte.

Los zapotecas sacrificaban niños á ciertos númenes pequeños que tenian; hombres á los dioses, y mujeres á las diosas.

Horrible fiesta. Los habitantes de Cuauhútlau, celebraban cada cuatro años, una fiesta al dios del fuego, verdaderamente terrible. La víspera de la funcion plantaban en el átrio inferior del templo, seis árboles muy altos, y sacrificaban

dos esclavos, á los cuales, despues de sacrificados, les arrancaban la piel y les sacaban los huesos de los muslos. Vestidos con las ensangrentadas pieles, arrancadas á las víctimas, y ostentando los huesos de ellas en las manos, se presentaban al siguiente dia, que era el de la fiesta, dos sacerdotes, bajando á paso lento del templo y dando espantosos gritos. «Aquí están ya nuestros dioses que se acercan;» exclamaba en alta voz la multitud, que se hallaba agolpada al pié del templo. Los dos sacerdotes, continuando con la misma lentitud su marcha, llegaban al átrio inferior, y entonces empezaba un baile en que el ruido de los instrumentos, mas que para facilitar el compás y halagar el oído, servia para destrozár el timpano y causar una profunda sensacion nerviosa. Mientras con monótono movimiento bailaban los que á su cargo tenian la danza, el pueblo sacrificaba un número considerable de codornices, que muchas veces llegaba, y algunas pasaba, de ocho mil.

En cuanto terminaban las anteriores ceremonias, seis sacerdotes subian á los árboles, llevando igual número de prisioneros; les ataban á las ramas, y dejándoles allí para que sirviesen de blanco á las flechas disparadas por el pueblo, descendian inmediatamente. Cuando habian bajado al suelo, ya los prisioneros habian espirado, cubiertos de millares de flechas, que el pueblo les habia disparado. Los sacerdotes volvian entonces á subir á los árboles, desataban los cadáveres, los arrojaban al suelo, y acto continuo, les abrian el pecho y les arrancaban el corazon, como era costumbre entre aquellos pueblos. Las codornices, lo mismo que los muslos y brazos de los prisioneros, se distribuian entre los sacerdotes, los nobles y los gran-

des, y bien cocidos y condimentados, eran el plato principal de los suntuosos banquetes con que terminaban aquellas terribles fiestas.

Los tlaxcaltecas, en una de sus principales festividades, ataban á un prisionero en una cruz altísima, y disparando sobre él una lluvia de flechas, moría, sufriendo espantosos dolores: otras veces, por el contrario, le ataban á una cruz muy baja, y sobre ella moría á palos.

No se reducían únicamente á víctimas humanas los sacrificios de los antiguos aztecas. También hacían en número considerable sacrificios de animales de diferentes especies. Al sol, en cuanto asomaba en el Oriente, sacrificaban diariamente codornices; á *Huitzilopochtli*, codornices y esparavanes; y á *Mixcoatl*, diosa de la caza, conejos, coyotes (especie de zorras), liebres y ciervos.

Terribles  
penitencias y  
rigurosos  
ayunos de los  
sacerdotes.

Sorprende el rigor que consigo mismos usaban la mayor parte de los sacerdotes, para hacerse gratos á los ojos de sus dioses. Acostumbrados á verter en los altares la sangre de las víctimas, eran pródigos de la suya en los actos religiosos. Casi diariamente se sacaban sangre de sus miembros, perforándolos, y aplicándose agudas espinas de magney que penetraban en sus carnes, hiriéndoles brazos, piernas, párpados, frente, pecho y orejas. Creyendo insuficiente estos tormentos, introducían pedacitos muy delgados de caña en los agujeros hechos con las espinas, aumentando progresivamente el grueso de la cañita, á fin de que manase en abundancia el rojo líquido de sus cuerpos. Satisfechos del terrible martirio que se imponían, guardaban la sangre vertida de sus miembros, en ra-

mos hechos de una planta llamada *acxoyatl*, y las espinas ensangrentadas las clavaban en unas de heno, que exponían en los merlones del *teocalli*, *casa de Dios*, á fin de que el público supiera que hacían penitencia.

Los sacerdotes que practicaban las terribles austeridades que acabo de referir, pertenecían á una órden llamada *Tlamacazque*. Cuando acababan su penitencia, se bañaban en uno de los estanques que habia en el mismo templo, cuyas aguas estaban siempre teñidas de sangre, por cuyo motivo se le llamaba *ezapan*.

Los ayunos y las vigiliass eran sumamente frecuentes entre los mejicanos. No habia fiesta ninguna para la cual no se preparasen con ayunos rigurosos, no haciendo mas que una comida ligera cada veinticuatro horas, privándose en ella de tomar carne y vino. Los ayunos iban generalmente acompañados de vigilia y efusion de sangre, y le estaba vedado al mismo tiempo al que ayunaba, acercarse á mujer ninguna, ni aun á la legitima, durante su penitencia.

En algunas fiestas, los ayunos eran generales, y el pueblo estaba obligado á ellos. Los ayunos en que estaba incluida la plebe, era en los que se hacían en las fiestas del sol, y en las del «dios de la providencia.» Cuando se verificaban esos ayunos, el rey se retiraba á un edificio situado dentro del recinto del templo, donde hacia penitencia, se sacaba sangre y velaba.

Habia otros ayunos que obligaban únicamente á los dueños de las victimas que debían sacrificarse en la fiesta que se celebraba.

Los nobles, lo mismo que el rey, tenían dentro del re-

cinto una casa á donde se retiraban cuando tenian que entregarse á la oracion y la penitencia.

En los funestos casos de una calamidad pública, en que era preciso calmar la ira de los dioses, el sumo sacerdote de Méjico hacia un ayuno extraordinario, acompañado de las privaciones mas penosas, y de austeridades que asombran. Lleno de ardiente celo, se retiraba á un bosque donde no habia mas habitacion que una cabaña, construida exclusivamente para ese objeto. Separado de todo trato social y sin tener comunicacion con nadie, pasaba allí nueve meses, y algunas veces un año, sin tomar mas alimento que maíz crudo y agua, lacerándose el cuerpo, y sacándose con frecuencia sangre de sus miembros.

No era menos austera la vida que hacian cuatro sacerdotes que habitaban el templo principal de Teotihuacan. Su traje era el mismo que llevaba la gente pobre, y su comida consistia en un pan de maíz que no pesaba mas que dos onzas, y en una taza de *atolli*, atole, líquido hecho tambien del maíz. Entregados á la penitencia y á la oracion, incensaban cuatro veces á sus ídolos, velaban dos de ellos cada noche entonando himnos á las divinidades, y martirizándose los cuerpos con efusion de sangre. En los cuatro años que estaban obligados á vivir en el templo, para que entrasen otros cuatro, el ayuno era diario, excepto un dia de fiesta que habia cada mes. Cuando se acercaba la festividad del dios del templo, se preparaban para ella, perforándose con agudas espinas de maguey las orejas, y pasando por los agujeros que se habian hecho con ellas, sesenta pedacitos de caña de diferentes tamaños. Venerados eran por su virtud esos sacerdotes, y los mismos reyes

de Méjico les miraban como á séres privilegiados. Por la misma razon de que eran vistos con veneracion por todos, estaban obligados á no faltar en lo mas leve á sus deberes. Al que faltaba á la continencia, se le mataba á palos, se quemaba su cadáver, y se esparcian sus cenizas por el viento.

La penitencia estaba generalizada en las naciones del Anáhuac. En la Mixteca, los primogénitos de los señores, antes de entrar en posesion de sus Estados, estaban precisados á permanecer por espacio de un año en un monasterio, haciendo una vida de privaciones y de penas. En el momento en que llegaban al templo, eran despojados del traje rico que llevaban, y se les vestia con otro impregnado con goma elástica; les untaban en la espalda, en el vientre y en la cara un líquido fétido, hecho de yerbas que juzgaban gratas á sus dioses, y les ponian en la mano una lanceta de *itzli*, para que hiriéndose con ella en diversas partes, se sacasen sangre en abundancia. La abstinencia que observaban durante el año, excedia á toda ponderacion, y la falta menos importante era castigada con severo rigor.

Pasado el año de martirio y de padecimientos, cuatro hermosas doncellas les lavaban con aguas olorosas, y en seguida eran conducidos á sus casas con grande regocijo y alegria.

Los tlaxcaltecas celebraban en su año divino una fiesta, preparándose con ayunos y penitencias no menos terribles que los que llevamos referidos. La fiesta se hacia en honor de su dios Camaxtle. Cuando se aproximaba su celebracion, el jefe de los penitentes convocaba á éstos, exhor-

tándoles á la penitencia; pero haciendo saber al mismo tiempo que, quien no se juzgase con fuerzas para hacerla, lo manifestase en el término de cinco dias.

De no hacer la manifestacion, se argüía que pertenecian al número de los que anhelaban mortificarse en servicio de la divinidad. El individuo que transcurrido el plazo faltaba al ayuno, era expulsado del sacerdocio, y se le quitaban los bienes que poseia. Pasados los cinco dias, el jefe, seguido de todos los que se encontraban dispuestos á hacer penitencia, subia al monte Matlalcueye, sobre cuya cima se levantaba el templo consagrado á la diosa del agua. Al llegar á la mitad de la montaña, los penitentes hacian alto, y el jefe, avanzando hasta la cúspide, hacia una oblacion de copal y de piedras preciosas. Entre tanto, los que habian quedado en la mitad del monte, pedian á los dioses fuerzas y valor para las austeridades que se proponian verificar. Hecha la oblacion por el jefe, bajaban en compañía de él, del monte, y mandaban hacer unas navajas de piedra de *itzli*, y varitas de diversos tamaños.

Los obreros encargados de hacerlas, ayunaban cinco dias para emprender la obra, y se tenia por fatal agüero el que rompiesen alguna varilla ó navaja, al fabricarlas, pues indicaba que el individuo, en cuyas manos se habia roto, no cumplió con el ayuno impuesto. A este ayuno de los operarios, seguia el de los penitentes, que duraba ciento sesenta dias. Empezaban por la dolorosa operacion de hacerse un agujero en la lengua, por donde introducian las agudas varas. Terribles eran los dolores que con aquel martirio sufrían; y sin embargo, sobreponiéndose á los sufrimientos, y mirando la sangre que manaba de sus



lenguas, como una ofrenda grata á los ojos de sus dioses, se esforzaban en cantar himnos en alabanza de ellos. Cada veinte dias repetian esta terrible operacion, que no se comprende como podian resistirla. El ayuno del pueblo empezaba ochenta dias despues de haber principiado el de los sacerdotes, y ni aun los jefes de la república estaban exceptuados de ese ayuno. Durante el tiempo consagrado á esas austeridades, á nadie le era lícito servirse en la mesa la pimienta con que condimentaban la comida, ni bañarse.

Número de templos. Los templos llamados *teocallis*, esto es, *casas de dios*, eran numerosos en Méjico, y varios autores no han titubeado en elevar la suma de los que existian en la capital solamente, á dos mil, incluyendo en ella hasta los mas pequeños. Sin poner en tela de juicio la mas ó menos exactitud en la cifra, añadiré que entre los numerosos santuarios levantados en la capital á las falsas divinidades, ocho ó diez eran los verdaderamente notables por su magnitud y solidez, elevándose arrogante el templo levantado á *Huitzilopochtli*, junto á la gran plaza de Tlatelolco; punto importante durante el sitio que Hernan Cortés puso á Méjico, y en cuyas elevadas torres, á la lúgubre luz de las antorchas de resinoso pino, murieron sacrificados algunos soldados del héroe extremeño, sin que sus compañeros, que les veian desde las posiciones que ocupaban, pudieran favorecerles en aquel angustioso lance que Bernal Diaz, testigo ocular, nos describe en su imparcial historia.

La estructura de los templos variaba segun la importancia de ellos. La base de algunos tenia mas de cien piés cuadrados, y sus torres se elevaban á mucha mayor altu-

ra. Muchos ostentaban una forma piramidal de un solo cuerpo, y una escalera, mientras otros presentaban varias escaleras y un solo cuerpo: algunos eran sólidas masas de tierra, cubiertos por dentro con ladrillo y piedra, dejando ver una forma semejante á la de las antiguas pirámides de Egipto. Se componian generalmente de cuatro ó cinco cuerpos, que iban en disminucion visible. Se subia al primer cuerpo, por una escalera practicada en uno de los ángulos exteriores del templo, llegando á un amplio terrado, en la base del segundo cuerpo, hasta ir á dar con otra escalera, construida tambien en el mismo ángulo y en la misma forma, por la cual se ascendia al otro cuerpo, encontrándose allí con otra escalera igual, para continuar subiendo al inmediato, y así sucesivamente.

De esta manera, para llegar á la cúspide del templo, era preciso rodear éste tantas veces, cuantos eran los cuerpos que tenia. Por esta construccion dada á los *teocallis*, el pueblo podia presenciar de cualquier punto de la ciudad en que se hallase, conducir al átrio superior del *teocalli*, á las victimas destinadas al sacrificio. En esa parte superior se veia una espaciosa área, donde se destacaban dos torres de diez y ocho varas de altura, que eran los venerados santuarios en que se hallaban sus principales deidades. Delante de aquellos monstruosos idolos, se descubria la horrible piedra del sacrificio y dos sólidos altares en que ardia continuamente el fuego sagrado, mantenido cuidadosamente por los sacerdotes, como ardia en el altar de Vesta el consagrado á esta diosa, cuidado por las vírgenes sacerdotisas, encargadas de mantener inextinguible la llama. Seiscientos de estos alteres, se contaban

en los diversos edificios comprendidos dentro del inmenso muro que rodeaba el templo principal, cuyas brillantes hogueras, uniéndose á otras sin número, que se elevaban de los multiplicados altares de los demás templos que se encontraban repartidos por toda la ciudad, causaban de noche un efecto admirable y fantástico.

Entre ese conjunto de *teocallis*, el principal era el templo mayor, dedicado á *Huitzilopochtli*. Anexos á él, se encontraban otros vastos edificios que pertenecian al servicio religioso. Uno de ellos, era la espaciosa prision en que estaban encerrados todos los idolos hechos prisioneros en las diversas provincias conquistadas; los otros eran, el llamado *Guaxicalco*, donde estaban hacinados en grandes montones los huesos humanos, y el destinado á guardar las calaveras de las victimas sacrificadas. Las dos torres de este edificio estaban construidas de cráneos y cal; entre piedra y piedra de todos sus escalones, habia un cráneo, y colgados de las vigas, y repartidos en los puntos mas visibles de aquel espantoso local, llegaron á contar los soldados de Hernan Cortés, ciento treinta y seis mil, simétricamente colocados.

Rentas y  
posesiones que  
disfrutaban  
los sacerdotes.

Las rentas que cada templo principal tenia, eran cuantiosas. Todos esos grandes *teocallis* contaban con posesiones y tierras propias, y con numerosos labradores para trabajarlas. Parte de esas considerables rentas, estaban destinadas á la manutencion del numeroso clero, y para la leña que en gran cantidad se consumia, puesto que la única luz de sus altares, era la de las maderas aromáticas y resinosas, que abundaban en aquellos países. El número considerable de labra-

dores que se ocupaba, sin remuneracion ninguna, en el cultivo de las tierras pertenecientes al clero, se consideraban muy felices, por contribuir con su trabajo al sostenimiento del culto de sus dioses y á la manutencion de los sacerdotes. Numerosos eran los pueblos, que á la vez que estaban obligados á suministrar las provisiones á sus reyes, las proporcionaban tambien á los templos. A las grandes riquezas que poseian, se agregaban las constantes y numerosas oblaciones de víveres, que espontáneamente presentaban los pueblos, y que hubieran bastado ellas solas para sustentar abundantemente el crecido número de sacerdotes que existia. Para poder guardar las infinitas ofrendas que de los primeros y mejores frutos que producía la tierra les hacian los pueblos, habia junto á los templos, grandes almacenes, con distribuciones á propósito, para los diferentes renglones que recibian. A medida que fué creciendo con las conquistas el imperio, creció tambien la riqueza territorial de los templos. Las posesiones de los ministros de las falsas deidades, se aumentaban con cada adquisicion de una nueva provincia, sujeta por las armas á la corona de Méjico; y como esas conquistas eran frecuentes y rápidas, las posesiones se multiplicaron con la misma rapidez, con los donativos de terrenos hechos por la devocion de los reyes, llegando á poseer en el reinado de Moctezuma II, una inmensa extension de territorio que cubria una gran parte de los distritos del imperio.

Sin embargo, una porcion, no pequeña, de los bienes que los templos recibian, se empleaba en hospitales para los pobres y en aliviar las necesidades de las familias

miserables. Siempre, al fin de cada año, repartian entre los pobres los víveres que sobraban.

Rito observado en el nacimiento de los niños. En los ritos que los mejicanos observaban en el nacimiento de los niños, hay cosas de nobles sentimientos religiosos, al lado de raras supersticiones.

La primera atencion de la partera, al nacer la criatura, era proceder á cortarle el cordon umbilical. Terminada esta operacion y de enterrar las secundinas, lavaba al niño perfectamente el cuerpo, acompañando el lavatorio con estas palabras: «Recibe, tierna criatura, el agua primera, pues la diosa de ese precioso líquido, que fecundiza la tierra, es tu madre: el baño que ahora recibes, sirve para lavar las manchas con que has salido del vientre de la que te dió la vida: baño purificador que te limpiará el corazon, embellecerá tu alma, y te proporcionará una existencia tranquila y perfecta.» Luego, dirigiendo la palabra á la diosa, le pedia los mismos bienes para el recién nacido; y en seguida, tomando por segunda vez el agua con la mano derecha, soplabá en ella, humedeciendo el pecho, la cabeza y la boca del recién nacido. A estas ceremonias, seguía un baño general. Durante los momentos que en él transcurrian, la partera decia con cariñoso anhelo: «Que el dios invisible descienda á esta agua venturosa; que amoroso y benéfico borre todos tus pecados, inmundicias y debilidades, y que, velando amante por tí, te libre de infortunios y desventuras.» Despues, dirigiendo la palabra á la criatura, continuaba diciendo: «Gracioso niño, en la parte mas elevada y esplendente del cielo te criaron los dioses *Ometcuelli* y *Omeci-*

*huatl* (1) para enviarte á vivir en la tierra; pero no olvides jamás, que es triste y penosa la vida que empiezas; que está sembrada de sobresaltos y dolores, de trabajos, de males y de lágrimas: que comerás por medio del trabajo, y que las vicisitudes y las desgracias constituyen la vida del hombre. Vénelas, pues, con tu honradez y tu laboriosidad, y Dios te ayude y acorra, como se lo pido, en las adversidades y aflicciones que te aguardan.» Terminadas estas palabras, la partera felicitaba á los padres y parientes del inocente sór, que acababa de entrar en el sendero del mundo.

Limpio ya, con el primer baño, de las culpas con que habia nacido, los padres consultaban con los augures sacerdotes, sobre la suerte mala ó buena que le esperaba al niño. Los augures sacerdotes se informaban detenidamente del dia, la hora y circunstancias del nacimiento; y despues de consultar la calidad del signo, bajo cuyo influjo habia nacido, declaraban la suerte que al niño le esperaba. Si el vaticinio era adverso, y era tambien funesto el quinto dia despues del nacimiento, que solia ser el destinado para dar al recién nacido el segundo baño, se transferia esta ceremonia para otro dia que no estuviese bajo el influjo de signo contrario. Elegida la fecha conveniente, los padres de la criatura convidaban á todos los parientes y á muchos niños para que asistiesen á esta segunda ceremonia, que era mas solemne que la primera. Despues de darles un banquete, se regalaba un vestido á cada uno de los convidados, esto cuando los padres de la criatura se

(1) Dios el primero y diosa la segunda, que volaban desde el cielo sobre el mundo y daban sus inclinaciones, aquél á los hombres, la diosa á las mujeres.

hallaban en buena posición social. Para el día destinado al segundo baño, los padres preparaban para la criatura aquellos objetos propios de la profesión que ejercían, y un traje hecho á la medida del niño, de la misma hechura del que debía usar en su edad adulta. Si el padre era labrador, se le ponían algunos instrumentos diminutos de labranza; si militar, un arco pequeño y cuatro flechas, en armonía con el arco; si pescador, una redcita; y así, según el oficio ó carrera que tenían.

Llegado el acto de la ceremonia, se encendían bastantes luces de maderas aromáticas y resinosas; y la partera, tomando á la criatura en brazos, la paseaba por el patio de la casa, le colocaba sobre un lecho de hojas de junco, junto á un barreño de agua, puesto en medio del patio, y procediendo á desnudarle poco á poco, le decía: «Niño querido, los dioses Ometenctli y Omecihuatl, que imperan en lo más alto del cielo, te han enviado al triste mundo que habitamos: recibe venturoso esta agua, que te dará la pureza y la vida.» Dichas las anteriores palabras, repelía la ceremonia del primer baño de lavarle el pecho, la cabeza y la boca; hecho esto, le bañaba todo el cuerpo, y al irle frotando uno por uno sus miembros, decía: «¿En dónde te escondes, fortuna adversa? deja inmediatamente el cuerpo de este inocente niño.» Después de haberle frotado suavemente todos los miembros, para que la mala fortuna saliera de ellos, levantaba en sus brazos á la criatura y la ofrecía á los dioses, pidiéndoles con fervoroso acento, que nutriesen el alma de aquel niño con todas las virtudes conocidas. Cuatro eran las oraciones que elevaba, haciendo la anterior petición: una, que era la primera, al dios y á

la diosa ya mencionados; la segunda, á la femenil deidad de las aguas; la tercera, á los dioses en general, y la cuarta, al sol y á la tierra, en la cual pronunciaba estas palabras: «Tú, benéfico sol, que prestas vida á la creacion, padre amoroso de todos los vivientes, y tú, Tierra, madre cariñosa, que velas por nosotros, acoged benignos á esta criatura, protegiéndole como á hijo vuestro.» Despues, diciéndoles la profesion para la cual habia nacido, pues los hijos seguian la misma que la de sus padres, les manifestaba que en ella, procuraria servir á los dioses, á los cuales consagraba parte de su trabajo.

Terminada la súplica, la partera rogaba á los niños que habian sido convidados para la ceremonia, que le pusiesen nombre al recién nacido; y ellos, sabiendo ya cuál era el que deseaban los padres de la criatura, le ponian el convenido de antemano. Puesto el nombre, le colocaban en las manecitas los instrumentos de la profesion que le correspondia seguir; le vestia en seguida la partera, y poniéndole en la cuna, rogaba á la diosa de las cunas que le cuidase y abrigara, y al nùmen de la noche, que le enviase gratos y dulces sueños. Si la criatura era niña, le ponian en las manecitas un huso pequeñito, ó cualquier otro utensilio de tejer, y le ponian un traje correspondiente á su sexo.

Generalmente se le ponía un nombre que estuviese en relacion con el signo del dia en que habia nacido, ó con las circunstancias que habian ocurrido en el nacimiento, aunque tambien era muy comun poner á los varones nombres de animales, y á las niñas, de flores. Aunque regularmente no se daba mas que un nombre, muchas veces



los guerreros solian adquirir otro por sus hazañas, revelando aquellas en que se habian hecho notables.

Terminadas todas las ceremonias, empezaba el gran banquete, donde cada convidado procuraba lucir su talento, pronounciando breves discursos análogos á la fiesta. En estos banquetes era permitido beber mas de lo que se tenia por costumbre; pero nadie salia del convite sino despues de encontrar expeditas sus facultades. La festividad se repetia á los tres años, que era cuando se destetaba á la criatura. Las mismas fiestas se celebraban en Guatemala, cuando el niño empezaba á andar; y el aniversario de su nacimiento, se festejaba en los siete años primeros.

Cuando el recién nacido era hijo de un rey ó de un gran señor, visitaban al padre los principales súbditos, dándole la enhorabuena por el beneficio que el cielo le habia concedido, y augurando las mas envidiables venturas al nuevo vástago.

En Chiapas, en Guatemala, y en otras provincias próximas á esos lugares, se sacrificaba un pavo en el instante de nacer la criatura; el baño se verificaba en algun rio de fuente, acompañado de oblacones de copal; se inmolaban muchos papagayos; se cortaba el cordon umbilical con un cuchillo nuevo, sobre una mazorca de maiz, y el instrumento cortante se arrojaba inmediatamente á las aguas. Terminadas estas ceremonias, sembraban un grano de la mazorca, y cual si fuese objeto celestial, lo cuidaban esmeradamente, y la cosecha que producía se repartía en tres partes; una para el augur, otra destinada al niño para que le sirviese de alimento, y la tercera para guardar-

la, con el fin de que al llegar á la edad de la juventud la sembrase en provecho suyo.

**RITOS NUPCIALES.** Los ritos nupciales de los mejicanos, aunque revelaban una supersticion extrema, no tenian nada contrario al pudor, á la decencia, ni á la moral. Cuando el jóven llegaba á la edad de veinte á veintidos años, sus padres le buscaban una esposa, en quien concurriesen las bellas cualidades que deben resaltar en la que está llamada á ser la depositaria de la honra de su marido, y el claro espejo en que sus hijos miren reflejarse la virtud y la amabilidad. Hecha la eleccion, los padres del jóven consultaban con los adivinos, á fin de que, examinando los signos bajo cuya influencia habia nacido la novia, manifestasen el porvenir que les esperaba. Si la contestacion de los augures era funesta, se desistia de aquel enlace, y se buscaba otra jóven, hasta encontrar la que habia nacido bajo un signo favorable. La peticion primera se hacia por medio de tres mujeres llamadas *cihuatlanque* ó modo de pedir la mano de la novia. *licitadoras*, parientas del novio. Provistas de un regalo, en relacion con la fortuna del solicitante, se presentaban á media noche en la casa de la jóven, y despues de entregar el presente á los padres de la jóven, les pedian, con palabras corteses y respetuosas, la mano de su hija para el hombre que anhelaba unirse á ella. La contestacion de los padres de la jóven, era siempre negativa, aun cuando ambicionasen aquella union, como el bien supremo de su hija. Transcurridos algunos dias, volvian las mismas mujeres, con nuevos regalos, á repetir la demanda, exponiendo las cualidades que adornaban al novio, los bienes que poseia, el dote que podia

dar á su futura, preguntando lo que ésta tenia, y rogando que no desairasen su solicitud. En esta segunda visita, los padres de la jóven respondian que, antes de resolver, necesitaban contar con la voluntad de ella y conocer la opinion de sus parientes. Dada esta contestacion, las mujeres se marchaban á dar cuenta de su comision á los padres del novio, y éstos, habiendo terminado allí lo que estaba establecido por la costumbre, esperaban la contestacion que estaban obligados á dar los padres de la jóven. Con efecto, pasados algunos dias, otras mujeres, pertenecientes á la familia de la novia, se presentaban en la casa del novio á dar la respuesta. Si era favorable, se señalaba el dia de la union, y los padres de la jóven, despues de exhortarla á la virtud y de hacerla saber las obligaciones que contraia, y á las cuales jamás debia faltar, Modo de llevar y de recibir á la novia. la conducian con música, y acompañada de todos los parientes, á la casa del suegro, á pié, si pertenecia al pueblo; en litera, si pertenecia á la nobleza. El novio y los padres de éste, precedidos de cuatro mujeres, que tenian en las manos hachones de aromáticas maderas, aguardaban en la puerta. Al llegar la jóven, se incensaban mutuamente los novios; luego, tomando el futuro esposo á su elegida consorte de la mano, la conducia al salon ó pieza en que debia celebrarse el casamiento, precediendo la marcha las cuatro mujeres que alumbraban, y cerrándola los parientes de la feliz pareja. Llegados á la sala dispuesta para la ceremonia, Curiosas ceremonias en el matrimonio. los dos contrayentes se ponian en un *petatl*, (*petate* ó estera) muy lleno de adornos y enteramente flamante, colocado en el centro de la pieza, y á cuyo lado

ardía un poco de fuego, encendido expreso para aquella ceremonia. Puestos los novios en el petate, el sacerdote se acercaba á ellos, y agarrando una punta del *hucipilli* ó camisa de la jóven, y otra del *tilmatli* ó capa del novio, las ataba una con otra, pronunciando ciertas palabras misteriosas, quedando celebrado con ese solo acto lo mas importante del contrato matrimonial. Terminado el anudamiento de la punta de la camisa y de la capa, la jóven daba siete vueltas al rededor del fuego, que junto al petate estaba; ofrecía, en seguida, en union de su esposo, aromático copal á los dioses, y despues se hacian uno al otro mútuos regalos.

Consumada de esta manera la union de los dos jóvenes, se daba principio al banquete. Los recientes conyuges comian en el petate, sirviéndose el uno al otro, y á los convidados se les servia en los sitios que ocupaban. Cuando el vino habia hecho sus efectos en los concurrentes, salian éstos al patio á bailar y divertirse, y los nuevos consortes

Terribles penitencias que se imponian los recién casados. quedaban solos en la pieza, donde permanecian por espacio de cuatro dias, sin salir mas que á media noche para incensar á los ídolos, y presentarles oblacones de delicados manjares. Durante ese tiempo se guardaban un respeto profundo, sin tomarse la mas ligera libertad, entregándose al ayuno, la penitencia y la oracion, pues tenian por cosa indubitable que los dioses les castigarían severamente el menor exceso carnal que cometiesen. En esas cuatro noches, dormian en dos petates nuevos, de junco, formando la línea devisoria de los dos lechos, unas plumas y una rica piedra conocida con el nombre de *chulchilmil*. Los sacerdotes eran los en-

cargados de hacerles la cama durante ese tiempo para santificar la union, y en los cuatro ángulos del lecho colocaban espinas de maguey y cañitas puntiagudas, para que se entregasen á la penitencia y á la mortificación. Dominados por el sentimiento religioso y anhelando hacerse dignos del aprecio de sus dioses, ambos conyuges se apoderaban de las espinas y de las cañas, y llenos de un celo, digno de mejor religion, se sacaban sangre de las orejas, de los párpados, de la frente, de los brazos y de la lengua.

En esta continua penitencia, ayuno y oracion, y vestidos con trajes nuevos y ostentando las insignias de los dioses de su devocion, vivian hasta el cuarto dia, en que se consumaba el matrimonio. No bien aparecia la luz de la siguiente mañana, se lavaban, se ponian un traje nuevo, se adornaban con finas plumas blancas la cabeza, y con rojas las manos y los piés, y despues de ser felicitados por los convidados, repartian á cada uno de estos un traje mas ó menos valioso, segun la posicion del nuevo esposo. La ceremonia terminaba con llevar al templo los petates, las espinas, las cañas y las oblacones de ricos manjares, que debian ser presentados á los dioses.

Aunque en casi todas las provincias sujetas á Méjico se observaban las mismas ceremonias, habia, sin embargo, pueblos en que resaltaban algunas particularidades dignas de conocerse. El individuo que en Ichcatlan queria casarse, comunicaba su deseo á los sacerdotes. Estos le conducian al templo; le cortaban un mechon de cabellos delante de los ídolos que alli se veneraban, y enseñándole en seguida al pueblo desde el átrio superior, gritaban: «Este

quiere casarse.» Anunciado de aquella manera el deseo del jóven le hacian bajar, para que se casase con la primera mujer soltera que encontrase, creyendo que aquella seria indefectiblemente la elegida por los dioses para él.

Este sistema tenia un inconveniente para el hombre, y grandes ventajas para la mujer, pues la que no hallaba de su agrado al individuo anunciado, tenia buen cuidado de no acercarse al templo; y la que le encontraba aceptable, se apresuraba á llegar para ser su mujer, aunque el interesado no la encontrase de su gusto. Por lo demás, las ceremonias eran las mismas que ya quedan referidas.

Los otomites podian abusar de cualquier mujer soltera antes de casarse con ella.

Entre los otomites, por el contrario, las ventajas eran para el hombre, pues les era permitido abusar de la soltera que les gustaba y los queria, antes de casarse. Si en la primera noche encontraba el hombre que se ca-

saba, algo que no le pareciese bien en su mujer, tenia el derecho de desecharla al dia siguiente; pero ese derecho desaparecia, si continuaba viviendo otra noche mas con ella, sin haber manifestado su descontento. Contraido el matrimonio, y satisfecho el marido de su compañera, se retiraban los cónyuges, por espacio de un mes, de todo placer sensual, entregándose durante ese tiempo, para lavar los pasados deslices, á los ayunos, á la penitencia, á los terribles actos religiosos de sacarse sangre y martirizarse, y bañándose con frecuencia.

Las ceremonias que usaban los mixtecos eran las mismas que tenian los mejicanos; pero á ellas se agregaban dos mas: una consistia en cortarse parte de los cabellos: la otra en que el novio llevaba en hombros á la novia.

Aunque generalmente era costumbre que los padres del jóven que anhelaba casarse, buscasen novia para él, tambien se acostumbraba que los que tenian hijas, buscasen maridos para ellas, si no habían tenido solicitantes hasta la edad de diez y ocho años, que era la señalada para contraer matrimonio.

Ya tengo manifestado que la poligamia estaba establecida en aquellas naciones, y que los reyes, señores y caciques, tenian un número considerable de mujeres; pero es de creerse que las ceremonias que hemos referido, solo se verificasen con las que eran consideradas como las principales esposas, reduciéndose en las demás á solo el acto de unudar la punta de la camisa y de la capa.

El casamiento, entre parientes en primer grado de consanguinidad ó de afinidad, estaba prohibido por las leyes, así en Méjico, como en el reino de Michoacan. Se exceptuaba en esas leyes á los cuñados. Ningun casamiento se hacia sin que precediera el consentimiento de los padres de los contrayentes.

Dadas á conocer la religion y las principales costumbres de aquella sociedad, que explican esa mezcla extraña de sacrificios y de cultura, de supersticiones y de moral, de rudeza y de civilizacion, que le dan un tinte interesante y vardaderamente original, continuemos siguiéndola en sus conquistas, que extendieron la esfera de su poder á pueblos numerosos y distantes.

## CAPITULO XVI.

Axayacatl, sexto rey de Méjico.—Significado del nombre del nuevo rey.—Lleva la guerra á la provincia de Tehuantepec.—Triunfos de Axayacatl y conquista de Coatlulco.—Nuevos triunfos de los mejicanos.—Chimalpopoca, segundo rey de Tacuba.—Muerte de Nezahualcoyotl.—Nezahualpilli, rey de Acolhuacan.—El rey de Tlatelolco se pone de acuerdo con varios señores para hacer la guerra á Méjico.—La mujer del rey de Tlatelolco, pone en conocimiento del monarca de Méjico los proyectos de su esposo.—El rey de Tlatelolco y sus guerreros, beben para alcanzar la victoria contra los mejicanos, sangre humana mezclada con agua.—Los tlatelolcos atacan la ciudad de Méjico.—Se renueva el combate al siguiente dia, y muere el rey de Tlatelolco.—Los tlatelolcos se hacen vasallos del rey de Méjico.—Axayacatl, sentencia á muerte al sacerdote tlatelolco Poyabuitl.—Varios caudillos sufren la misma pena.—La ciudad de Tlatelolco llega á formar un barrio de la de Méjico.—Modo de declarar la guerra entre aquellas naciones.—Manera con que marchaba el ejército á campaña: tenian una ambulancia para retirar los heridos del combate, y se estimaba en mas hacer prisioneros que matar enemigos.—Campaña contra el señor de Xiquipilco.—Combate personal del rey Axayacatl.—Sale herido.—Triunfo de los mejicanos.—Axayacatl da un banquete á los reyes aliados y manda que den muerte allí mismo á su prisionero Tlilcuezpallin.

1464.

Axayacatl  
6.º rey  
de Méjico.

Honrada de una manera esplendente la memoria del monarca Moctezuma, los cuatro electores que resumian en si los sufragios del pais entero, procedieron á la eleccion del personaje que debia ocupar el trono vacante. La recomendacion del di-



funto rey, en favor de su primo Axayacatl, estaba en completa armonía con el ventajoso concepto que ellos tenían formado del apreciable príncipe. Sin embargo, mirando con escrupulosidad lo que mejores resultados podría dar al Estado, se detuvieron á meditar entre las condiciones notables que distinguían al valiente Axayacatl, y entre las que poseía el príncipe Tizoc, hermano mayor del propuesto. Del exámen hecho entre las virtudes que poseían los dos príncipes, el resultado fué favorable para Axayacatl, y en consecuencia, fué inmediatamente nombrado rey.

Significado del nombre Axayacatl. Las virtudes y el valor que distinguían al nuevo monarca Axayacatl, nombre que significa *rostro cercado de agua*, eran una garantía de nuevas glorias para los mejicanos.

Las ceremonias religiosas que procedían á la coronación y seguían al nombramiento, se celebraron de la manera misma que al lector he referido, al describir esa original costumbre, y una vez terminadas, Axayacatl salió á la guerra, con el objeto exclusivo de hacer en la campaña, el número mayor de prisioneros que le fuese dable, para sacrificarlos en las fiestas de su coronación.

No se encontraba en aquellos instantes Méjico en desavenencia con ninguna de las tribus ó naciones del Auáhuac; pero era indispensable para la coronación, el sacrificio de desdichados prisioneros, y no faltó un pretexto que condujese á realizar el objeto deseado.

Guerra contra Tehuantepec. La provincia elegida para llevar á ella la guerra, fué Tehuantepec, situada ventajosamente en la costa del mar Pacífico, distante ciento treinta

y tres leguas de Méjico hácia el Sudeste, y favorecida por los dones de la naturaleza.

Declarada la guerra, los tehuantepecas, resueltos á oponerse á las tentativas de los mejicanos, formaron alianza con los pueblos vecinos, logrando así formar un respetable ejército, que se preparó á la lucha.

Axayacatl, al frente de sus lucidas y numerosas tropas, llegó á la vista de sus contrarios, acometiéndose ambos ejércitos con furia espantosa, y dando los horrendos alaridos de costumbre. La batalla se prolongaba sin que se advirtiese la menor ventaja en ninguno de los dos cuerpos contendientes. Axayacatl, diestro en el arte de la guerra, comprendió que era preciso acudir á un recurso estratégi-

co para vencer á sus contrarios, y ordenando á varios cuerpos que se ocultasen en un punto á propósito que habia á retaguardia, emprendió una retirada falsa, dándole todos los visos de una fuga. Los tehuantepecas, juzgándose victoriosos, emprendieron la persecucion, sin cuidarse de guardar orden ninguno; y cuando mas ciegos y confiados en el triunfo marchaban, se vieron acometidos de repente, por la retaguardia y los flancos, al mismo tiempo que lo hacia por el frente el rey Axayacatl, que habia hecho alto en un punto convenido. La mortandad causada en los tehuantepecas fué espantosa, y la victoria de los mejicanos completa. Los primeros, enteramente destrozados, procuraron refugiarse en la ciudad; pero los segundos, penetrando al mismo tiempo en ella, la entregaron á las llamas, que alumbraron las escenas de muerte y de esterminio, que seguian siempre á la toma de una poblacion. Axayacatl, aprovechándose del

Conquista de terror que habia causado en las poblaciones  
Coatullo. próximas, siguió su marcha triunfante, ex-  
tendiendo sus conquistas á Coatullo, poblacion y puerto  
muy importante del mar del Sur, que despues se ha lla-  
mado Huatulco ó Guatulco.

Cargado de ricos despojos, volvió el ejército de Axaya-  
catt á Méjico, llevando un número considerable de prision-  
eros, que fueron sacrificados en las fiestas de la corona-  
cion del monarca, que estuvieron espléndidas.

Durante su campaña, algunas de las provincias con-  
quistadas anteriormente, queriendo romper el yugo á que  
estaban sujetas, se rebelaron contra Méjico, anhelando re-  
cobrar la independenciam que esta nacion les habia quitado.

Axayacatt, esperó á que terminasen los regocijos públi-  
cos, para salir á someterlas á la obediencia, y conquistar  
á la vez otros Estados que codiciaba.

Pronto se puso en campaña, y los resultados de ella  
feron felices.

El monarca mejicano, regresó á la capital lleno de ri-  
quezas, y se dedicó á dictar providencias de buen gobier-  
no, favoreciendo la agricultura, las artes y el comercio.

Pero la vida de los palacios, no teuis, para Axayacatt,  
atractivo ninguno, y su monotoniam se le hacia insopor-  
table.

Nuevas conquistas de  
Axayacatt  
y sujecion de  
algunas  
provincias rebe-  
ladas. Dotado de un espíritu guerrero indomable,  
ambicionando gloria militar, y queriendo  
aumentar mas y mas el poder y grandeza de  
la monarquia, no se ocupó en los primeros  
años de su reinado, mas que en llevar á cabo  
nuevas conquistas. Siguiendo en esto el ejemplo de sus

dos predecesores, Itzcoatl y Moctezuma, llevó sus tropas vencedoras por diversas partes, agregando tributarios á la corona de Méjico. Reconquistó en 1467 á Cotasta y á Tochtepec, que se habian sublevado para recobrar su independencia: alcanzó una completa victoria en 1468 sobre los huexotzingos y los atlixqueses; dejó fuertes guarniciones mejicanas en todas las ciudades conquistadas, y rico de gloria y de despojos, volvió á Méjico al frente de su ejército triunfante.

1469. Nuevos proyectos de conquista halagaban Muerte del rey de Tacuba. la imaginacion del monarca mejicano, que acaso los hubiera realizado; pero que se vió precisado á aplazarlos para mas tarde. La causa de este aplazamiento fué la muerte de sus dos leales aliados, el rey de Tacuba y el de Acolhuacan, acaecida la de Totoquihuatzin en 1469, y la de Nezahualcoyotl en 1470. Los dos monarcas habian ayudado á los soberanos de Méjico en todas sus empresas, y la muerte de ellos no podia menos de ser muy sensible para Axayacatl.

En los cuarenta años que Totoquihuatzin, primer rey de Tacuba ó Tlacopan, ocupó el trono creado por Itzcoatl, monarca de Méjico, despues de la conquista de Azcapotzalco, siempre fué constante amigo de los mejicanos, y les sirvió con empeñoso celo en todas las conquistas y campañas que emprendieron.

1469. Axayacatl asistió á sus funerales, que se Chimalpopoca, 2.º rey de Tacuba. celebraron con todo esplendor; y á ocupar el trono subió el príncipe Chimalpopoca, hijo del finado rey, y dotado de la misma lealtad y virtudes que distinguieron á su excelente padre.

Sensible fué para los mejicanos, la muerte de un amigo que se distinguió siempre por su fidelidad; pero aun lo fué mas la del monarca Nezahualcoyotl que, á la lealtad, al talento y á las dotes distinguidas del caballero, reunia las del valor y la prudencia.

Nezahualcoyotl, que fué, sin disputa, uno de los héroes mas famosos de la América antigua, no podia menos que dejar, con su muerte, una profunda pena en el corazon de sus amigos y en el de sus vasallos.

1470. Antes de morir, el ilustre rey convocó á Muerte del rey Nezahualcoyotl. dos sus hijos, para comunicarles algunas cosas importantes, y manifestarles su voluntad con respecto al príncipe que unhelaba que le sucediese en el trono.

Aunque amaba con igual ternura á todos sus hijos, declaró heredero de la corona á Nezahualpilli, que era el menor de sus hijos; pero cuyas virtudes, talento, saber y don de gobierno, juzgó como la mejor garantía de la felicidad de los pueblos.

1470. Declarada su voluntad, y dada por todos sus Nezahualpilli. hijos la promesa de cumplirla, Nezahualcoyotl rey de Acolhuacan. recomendó á su primogénito Acapipiltzin, que ayudase, con sus buenos consejos y su experiencia, al nuevo rey, en la direccion de la nave del Estado, mientras aprendia el arte difícil de gobernar. El príncipe le prometió obsequiar cumplidamente su deseo; y entonces, volviéndose Nezahualcoyotl al jóven Nezahualpilli, le recomendó, muy expresivamente, el amor á sus hermanos, el cariño hácia sus vasallos, la buena administracion de justicia, y el celo por la felicidad de la patria.

Con el laudable fin de evitar que su muerte diese lugar

á que se dividiesen las opiuciones con respecto al hijo que debía sucederle en el trono, encargó que aquella se ocultase á sus vasallos todo el tiempo posible, hasta que Nezahualpilli se viese firmemente consolidado en el poder y se hubiese conquistado, con su buen gobierno, las simpatias de todo el pueblo.

Los principales salieron profundamente conmovidos de la estancia real, y se dirigieron á la sala de la audiencia en que estaba reunida la nobleza, esperando saber de ellos las disposiciones del moribundo rey. Entonces Acapipiltzin que, como queda dicho, era el primogénito, expresó, con nobleza, que la voluntad de su excelente padre habia sido nombrar á Nezahualpilli sucesor de la corona, y que él, su hermano mayor, era el primero que se complacia en aclamarle por rey. La nobleza, acatando la disposicion del espirante monarca, y siguiendo el noble ejemplo del principe Acapipiltzin, aclamó por rey á Nezahualpilli, ante el cual prometió leal obediencia.

Pocas horas despues espiró el ilustre Nezahualcoyotl, á los ochenta años de edad, y de un reinado venturoso de cuarenta y cuatro, consagrados al bien de la patria y al engrandecimiento de sus pueblos.

Para poder ocultar al reino su muerte, se quemó en secreto su cadáver, y sus cenizas se colocaron en un sitio reservado y digno. Al pueblo solo se le dijo que Nezahualcoyotl seguia enfermo, y que su voluntad era que se coronase rey su hijo menor Nezahualpilli.

Con el fin de mantener viva la creencia de que vivia aun Nezahualcoyotl, en vez de celebrarse sus exequias, se celebró la coronacion de Nezahualpilli, con lujosos fiestas

y notables regocijos públicos, que acabaron de persuadir completamente á la multitud, de lo que se tuvo cuidadoso empeño en hacer creer. Pero aunque el secreto llegó á estar oculto por algunos dias, al fin se supo que Nezahualcoyotl habia espirado, y muchos magnates y señores se dirigieron á Texcoco, para dar el pésame á los miembros de su familia. El pueblo manifestó profundo sentimiento por el fallecimiento de un rey que le habia mirado con el amor de un padre; pero siempre mantuvo la creencia de que el ilustre monarca, cuyas virtudes le colocaron á una altura suprema sobre los demás gobernantes de su época, habia sido llevado á la mansion de los dioses, para premiar, con interminables venturas, el bien que habia proporcionado á sus vasallos.

Desde que el rey de Méjico Axayacatl, volvió á su corte en 1468, triunfante de los huexotzingos y los atlixqueses, se ocupó en embellecer la ciudad con nuevos edificios, y emprendió la fábrica de un suntuoso templo, que llamó *Coatlan*. El estímulo hizo que Moquibuíx, rey de Tlatelolco, no queriendo que los mejicauos superasen á su nacion en la belleza de los templos, mandase edificar otro de no menos importancia, á quien puso el nombre *Coatlan*.

Axayacatl, comprendiendo el espíritu de rivalidad que dictó aquella obra, se manifestó con sus nobles, disgustado de la competencia de su vecino; pero reprimió su enojo, reflexionando que cada gobernante tiene derecho para emprender la obra que mas juzgue conveniente al Estado.

Pronto, á la competencia de la fábrica del templo establecida por el rey de Tlatelolco, siguieron las señales de

una envidia poco disimulada de parte del mismo monarca, por las glorias adquiridas por los mejicanos.

El rey de Moquihuix no podia resignarse á que Méjico apareciese á los ojos de las naciones del Anáhuac con mas esplendor y renombre que los tlatelolcos, y no descuidaba ocasion para tratar de oscurecer su brillo y su poder. Esta mala voluntad de Moquihuix, hácia los mejicanos, nacida de la bastarda pasion de la envidia, hizo que empezase á sentir odio contra su esposa, hermana de Axayacatl, que Moctezuma le dió por mujer, como en su lugar dije, en premio de la victoria alcanzada sobre los cotasteses. La vida mas amarga hacia pasar Moquihuix á la desventurada reina, blanco en quien desfogaba su ira y su encono contra los mejicanos. Por último, queriendo manifestarse abiertamente enemigo de la nacion mejicana, empezó á trabajar activamente para formar una liga con los pueblos subyugados por los mejicanos, y que deseaban romper su yugo.

Pronto se prestaron á entrar en la liga las ciudades de Chalco, Xilotepec, Tenayuca, Toltitlan, Mexicaltzinco, Huitzilopochco, Cuiclahuac, Xochimilco y Miscuic. Todos estos pueblos convinieron en atacar á los mejicanos por la retaguardia, en el momento en que estos emprendiesen la batalla con los tlatelolcos. El ambicioso Moquihuix, para asegurar mas su triunfo, logró que los huezotzingos, los cuauhpanqueses y los mallatzincas, se uniesen á su plan, y que convinieran en que enviarian sus tropas, á fin de que, unidas á las de Tlatelolco, defendiesen la ciudad.



La mujer del  
rey de Tlatelolco  
avisa al monarca  
de Méjico de  
los proyectos de  
su esposo.

Mirando con pena la reina, los preparativos que se hacian para llevar á cabo la ruina de la naciou mejicana á que pertenecía; y convertido en odio su antiguo cariño hácia el rey, su esposo, por el indigno trato que le daba, puso en conocimiento de su hermano Axayacatl, el proyecto de Moqui-huix, y de sus confederados.

El monarca de Tlatelolco, contando ya con el apoyo de todas las ciudades aliadas, convocó á los nobles de su corte, excitándoles á que de su parte hiciesen los mayores esfuerzos, á fin de conseguir la ruina y destruccion de la monarquia de Méjico. Las palabras del rey fueron escuchadas con entusiasmo, y poniéndose en pié un anciano sacerdote llamado Poyahuitl, hombre de gran influencia entre la nobleza, y de gran estima y veneracion en el pueblo, se ofreció, en nombre de todos, á luchar hasta vencer ó morir, contra los mejicanos y en pró de la prosperidad de su patria. Hecha esta promesa, hizo un sacrificio, y dió á beber al rey y á todos los jefes y caudillos, agua teñida con caliente sangre humana. El monarca y los que le rodeaban, manifestaron que la bebida prodigiosa, habia redoblado el valor de sus corazones, y que con ella se juzgaban invencibles.

La reina, exasperada por los ultrajes continuos de Moqui-huix, y deseando poner en conocimiento de su hermano Axayacatl, los proyectos destructores de su esposo, pasó á Méjico con cuatro hijos que tenia, y se puso bajo la proteccion del monarca mejicano. El paso de la reina á Méjico, fué muy sencillo y fácil, á causa de la proximidad de las dos cortes, á quienes separaba un corto tramo.

La fuga de la reina exasperó al orgulloso Moquihuix, y fué mirada con satisfaccion por los mejicanos.

Entre tanto, los preparativos de guerra seguian activamente en Tlatelolco, y no con menos empeño los emprendió el monarca mejicano.

Al aproximarse la época dispuesta para abrir la campaña, el rey Moquihuix se dirigió, con los caudillos principales de su reino y de los pueblos confederados, á un monte que se hallaba próximo á la ciudad. En él, á fin de atraerse la proteccion y el favor de los dioses, hizo un solemne sacrificio, y no dudando ya de que la victoria seria el resultado de la lucha, se determinó el dia en que debian romperse las hostilidades. Convenidos en la fecha, Moquihuix pasó inmediatamente aviso á los señores de la confederacion, encargándoles que estuviesen dispuestos á socorrerle en el instante en que el ataque se empezase.

El belicoso Xiloman, señor de Colhuacan, manifestó su deseo de acometer inmediatamente á los mejicanos; su proyecto era fingir una retirada, atraerlos fuera de la ciudad, y que los tlatelolcos les acometiesen por la retaguardia, destrozándoles por completo.

Al siguiente dia de haber avisado á los confederados que estuviesen dispuestos para acudir al combate, verificó el rey de Tlatelolco, con toda solemnidad, la original ceremonia de armar á sus tropas. Contento y altamente satisfecho del entusiasmo de que estaban poseidas, pasó en seguida al gran templo del dios *Huitzilopochtli*, santuario soberbio llamado Coaxolotl, que ora distinto del templo que se ostentaba en la ciudad de Tenochtitlan. Llegado á

El rey de Tlatelolco y la nobleza bebían, para hacerse invencibles, sangre humana mezclada con agua.

la casa de la sangrienta deidad, acompañando de la nobleza, y de los principales caudillos, invocó la protección del dios de la guerra; y para aumentar hasta un grado heroico el valor y la fé, bebieron todos, otra vez, el agua mezclada con sangre humana,

que el sacerdote les había servido en la primera conferencia. Tomada la bebida sangrienta, se inclinaron ante el idolo, y acto continuo, todos los soldados fueron pasando uno á uno por delante del dios *Huitzilopochtli*, haciéndole cada cual, una profunda reverencia.

Pocos momentos despues de haber terminado esta ceremonia, y cuando mas tranquila se hallaba la ciudad, penetró en la plaza una corta fuerza de mejicanos, sembrando el terror y la muerte en los que encontraban á su paso. Las tropas tlatelolcas, al tener noticia de la temeraria empresa de la osada partida, acudió al sitio en que se hallaba, la atacó por todas partes, la arrojó de la ciudad, y le hizo algunos prisioneros, que fueron sacrificados inmediatamente en otro vasto templo que se llamaba *Tlillan*.

Varias mujeres de Tlatelolco, llevadas del odio que se consagraban los habitantes de las dos ciudades, tuvieron la temeridad de penetrar, al ponerse el sol, en las calles de Méjico y de insultar á los mejicanos, anunciándoles su próxima ruina.

Los tlatelolcos atacan la ciudad de Méjico.

Por la noche, los tlatelolcos, tomaron las armas; y al asomar la primera luz del siguiente dia, emprendieron su ataque sobre la ciudad de Méjico, arrojando, como era costumbre, espantosos gritos y alaridos. La acción se formalizó bien pronto, y la lucha

se hizo sangriento. En los instantes mas supremos de la accion, se presentó con sus tropas, Xiloman, señor de Colhuacan, que era el mismo que se ofreció á atacar á los mejicanos, y emprendiendo una retirada falsa, hacer que los tlatelolcos los desbaratasen, atacándoles por retaguardia. El valiente caudillo, al ver que Moquihuix habia emprendido el ataque sin darle aviso ninguno y despreciando su plan, se retiró indignado; pero aunque resentido de aquel acto poco atento, no quiso alejarse sin hacer algun daño á los mejicanos; y para conseguirlo, cerró el canal por el que podian recibir socorros. El rey de Méjico que, con una actividad maravillosa, atendia á los diversos puntos de la ciudad, hizo reparar inmediatamente el daño causado por Xiloman, en el canal, y el paso quedó libre á los socorros que esperaba.

La accion duró desde la salida del sol hasta la hora de ponerse, y la noche fué la única que puso fin al combate, obligando á los tlatelolcos á que volviesen á su ciudad.

Durante la noche, una partida de mejicanos, por orden de su general, se acercó á quemar algunas casas próximas á Tlatelolco, con objeto de dejar enteramente libre el campo de operaciones; pero los tlatelolcos salieron de improviso, y llegaron á coger veinte prisioneros, á los cuales sacrificaron pocos instantes despues.

Se renueva el combate **El** combate se renovó al siguiente dia, con al siguiente dia. el mismo encarnizamiento que el anterior; pero en esta vez, los mejicanos fueron los que tomaron la ofensiva, habiendo salido desde la noche á ocupar todos los caminos que conducian á Tlatelolco. Los defensores de la ciudad, al verse cercados y acometidos por todas partes,

se fueron reconcentrando hácia la gran plaza del mercado, notable por su belleza y extension, con el objeto de reunir allí sus fuerzas y combatir con esperanza de buen éxito; pero el número considerable de fuerzas allí aglomeradas fué precisamente lo que mas les impedia maniobrar y defenderse. El rey Moquihuix, colocado en lo mas alto de un templo, desde donde se dominaba todo el campo, daba voces de mando que no podian escucharse en medio del fragor de la pelea, y de los gritos de los combatientes. Sus soldados, acometidos por sus contrarios con ímpetu terrible, caian á centenares, heridos de muerte, lanzando insultos á su rey, y llamándole cobarde, porque no bajaba de la torre á combatir al lado de ellos. La acusacion era injusta, pues no era el temor el que le obligaba á Moquihuix á permanecer en la torre, sino la necesidad de ver los movimientos de los mejicanos, para hacer que sus soldados acudiesen á donde las circunstancias lo exigiesen.

Pronto la gran plaza de Tlatelolco quedó cubierta de cadáveres, pertenecientes á los defensores de la ciudad, y el templo en que se hallaba el rey Moquihuix, cercado por todas partes. Los mejicanos, trataron de ganar la torre que ocupaba el monarca de Tlatelolco. Despues de una tenaz resistencia, lograron llegar hasta las escaleras del templo: allí se renovó con mayor furia la lucha, pero venciendo los mejicanos todos los obstáculos que se les presentaban, subieron hasta el sitio en que se hallaba Moquihuix, con lo mas selecto de la nobleza.

Muere en el  
combate el rey  
de Tlatelolco.

El rey de Tlatelolco, resuelto á morir luchando, combatia con un valor indescriptible. Pero era imposible que pudiese resistir por mucho tiempo

al número de enemigos que le atacaban. Sin embargo, Moquihuix blandía furiosamente el *moquahuill*, ó espada, hiriendo á cuantos alcanzaba su brazo, hasta que un capitán mejicano, llamado *Quetzalhua*, logró arrojarle por la escalera abajo, quedando muerto en el acto, del golpe. El cadáver, al rodar hasta al suelo, fué recogido por unos soldados mejicanos que lo presentaron al rey Axayacatl. El monarca vencedor, contento de su triunfo, abrió el pecho á su ya muerto competidor y le arrancó el corazón con la facilidad adquirida por la costumbre de hacerlo así con los prisioneros.

Los tlatelolcos, viendo muerto á su rey, y sin esperanza de alcanzar la victoria, emprendieron la fuga desordenadamente, quedando los mejicanos dueños de la ciudad.

Los tlatelolcos Los vencidos, para salvar la vida y alcan-  
 se hacen zar clemencia, se declararon vasallos de la  
 vasallos del corona de Méjico, y así aquella ciudad que se  
 rey de Méjico. había gobernado por espacio de ciento diez y ocho años por sus reyes, que fueron cuatro, quedó agregada para siempre á la ciudad de Méjico; ó mejor dicho, formó en lo sucesivo un barrio de la misma ciudad, como sucede hasta el presente.

El rey Axayacatl, dominador ya de aquel vecino terrible, puso allí un gobernador rígido, pero justo; y los tlatelolcos se comprometieron, ya no solo á satisfacer el tributo que le pagaban en granos, telas y armas, sino también á reedificar, siempre que necesario fuese, el templo de *Huitznahuac*.

La impaciencia fué la causa de la derrota de Moquihuix, pues empezó la batalla antes de que sus aliados se

acercasen; y ofendidos estos de la falta de atención del rey de Tlatelolco, se retiraron, sin tomar parte en la lucha.

Recibe la pena  
de muerte el  
sacerdote  
Poyahuilli.

El monarca mejicano, viéndose dueño de la ciudad rival, mandó dar muerte al sacerdote Poyahuilli, á quien vimos tomar la palabra excitando á la guerra contra los mejicanos, y haciendo libar al rey y á los caudillos agua mezclada con sangre. Igual orden dió respecto de otro personaje llamado *E'hecatzitzimill* que, lo mismo que el primero, habia despertado el espíritu de guerra contra los mejicanos.

Varios caudillos  
sufren la pena  
de muerte.

Libre de estos dos poderosos contrarios, cuya influencia con los habitantes de Tlatelolco podia ser, con el tiempo, contraria á Méjico, el monarca Axayacatl ordenó, poco tiempo despues, que tambien sufriesen la pena de muerte, los caudillos de Cuiltahuac, Huitzilopochco, Nochimilco y otros que se habian confederado con los tlatelolcos para hacerle la guerra, tratando con estos severos castigos, evitar que nadie en lo sucesivo se confederase con la nacion con quien Méjico se declarase en guerra.

Tlatelolco  
y Méjico forman  
do una sola  
ciudad.

Los tlatelolcos que, como hemos visto en otra parte, no eran mas que mejicanos segregados de sus compatriotas por rencillas entre algunos jefes, olvidaron sus querellas pasadas, y volvieron á unirse á sus hermanos con sincero y estrecho lazo nacional. La reconciliacion de los dos antiguos bandos, fué leal y franca; y viviendo desde entonces bajo un mismo gobierno, y formando de ambas ciudades una sola, combatieron siempre unidas, por el engrandecimiento y

la gloria de la patria comun, hasta los últimos tiempos de su existencia política.

El espíritu guerrero y de conquista que formaban el carácter del rey Axayacatl, no quedó satisfecho con solo el castigo aplicado á los caudillos de los Estados menos poderosos. Su anhelo era descargar la misma severidad sobre otros que, considerándose poderosos, eran el constante apoyo de los pueblos, que no cesaban de hacer esfuerzos por no ser tributarios de la corona de Méjico. Entre esos caudillos de importancia, se encontraba el rey de los matlatzincas, intrépido guerrero que se habia ofrecido á enviar sus legiones al monarca de Tlatelolco, cuando éste se preparaba á combatir contra los mejicanos. Los matlatzincas, eran una nacion de gran poder y numerosa, asentada en el fértil valle de Toluca, á quien respetaban los Estados colindantes. Su gente, fuerte, robusta y ágil, reunia á la actividad en sus movimientos, el valor y la decision.

Axayacatl, conociendo el poder y las cualidades de sus contrarios, dispuso un numeroso ejército, formado de la gente mas granada y aguerrida, para llevarles la guerra.

El pensamiento del rey de Méjico era humillar la soberbia del monarca de los matlatzincas, y probar á las naciones del Anáhuac, que le sobraba poder para sojuzgar á la que se declarase su contraria.

Dispuesto el ejército, Axayacatl, para salvar su responsabilidad y patentizar que no era la arbitrariedad la que dictaba sus actos, quiso observar escrupulosamente la costumbre que estaba establecida entre aquellos pueblos, antes de recurrir á las armas.



La costumbre á que me refiero, y que el rey Axayacatl observó al disponerse á castigar en los matlatzincas sus pasadas ofensas, voy á consignarla, á fin de que el lector la conozca en todos sus detalles.

Modo de  
declarar la  
guerra.

Celoso el Consejo del acierto en las resoluciones de que dependia la suerte futura de los pueblos, se reunia en una sala destinada á sus conferencias, para examinar detenidamente, si existia la suficiente causa para declarar la guerra y emprenderla. La causa, considerada como terminante, como poderoso motivo para la declaracion de guerra, era la rebelion promovida en alguna ciudad ó provincia; las ofensas ó los insultos inferidos á los embajadores; la muerte dada en época de paz y de armonía á algun correo, traficante, viajero, ó á cualquiera otra persona que se hallase en extraño territorio. Bajo dos aspectos se examinaba la rebelion en el Consejo mejicano, y conforme al que presentaba, se establecia la reclamacion. Cuando los promovedores de ella solo habian sido los jefes, sin tomar participacion los pueblos, se daba orden de prender á los primeros; y conducidos á la capital, eran castigados severamente. Si en la rebelion se hallaba complicado el pueblo, se le exigia que diese una cumplida satisfaccion al rey. Si se prestaba á darla, manifestando humildemente, un sincero arrepentimiento, alcanzaba, inmediatamente, el perdon de su culpa, amonestándole, sin embargo, á que se abstuviese de turbar en lo sucesivo el orden; pero si se negaba á dar la satisfaccion pedida, manifestándose altanero contra los mensajeros, el Consejo se reunia para deliberar, y tomada la resolucion de la guerra, se expedian las órdenes oportunas á los generales que de-

bían conducir á la campaña al ejército. Algunas veces el rey con el objeto de justificar á los ojos de los pueblos su conducta, y patentizar que buscaba todos los medios nobles y honrosos de conciliacion, enviaba tres embajadas consecutivas; una, que era la primera, al monarca, régulo ó señor de la nacion con quien existian las diferencias, exigiendo una satisfaccion cumplida en el término que se le prescribia, amenazándole con que seria tratado, en caso de no darla, con el rigor de un enemigo irreconciliable. La segunda embajada se dirigia á la nobleza, invitándola á que, haciendo ver los males que de una guerra resultaria al Estado, persuadiese al que empuñaba las riendas del gobierno, á que los evitase, dando una franca y digna satisfaccion. La tercera embajada, cuando las dos anteriores habian fracasado, se enviaba á la plebe, para darla á conocer las causas que habian provocado la guerra que se le llevaba.

La elocuencia desplegada por los embajadores, pintando los horrores de la guerra y las bellezas de la paz, alcanzaba, no pocas veces, que se efectuase una reconciliacion entre las naciones preparadas á la lucha, con profundo regocijo de la clase pobre, que era la víctima en esas guerras de desolacion y de ruina.

El rey de Méjico, además de las instrucciones que daba á sus embajadores cuando llevaban la delicada mision de ajustar la paz ó declarar la guerra, enviaba con ellos una imágen del dios *Huitzilopochtli*, exigiendo de los que habian dado causa á las diferencias suscitadas, que colocasen á la deidad mejicana en el lugar en que reverenciaban y tenian sus divinidades. La proposicion del monarca de

Méjico, únicamente era admitida, cuando la nacion amenazada era débil. El temor de ser vencidos y aniquilados, les obligaba á que diesen acogida al ídolo enviado, señalándole un honroso sitio entre los dioses nacionales, y respondian á la embajada con expresivas palabras de suision, despidiéndola con un buen regalo de oro, de piedras preciosas ó de hermosas plumas. Pero cuando la nacion se consideraba con suficiente fuerza para combatir, la proposicion era rechazada, y el dios extranjero era despedido, como inmerecedor de hallarse al lado de las deidades que adoraba la nacion.

Rechazadas las proposiciones presentadas por los embajadores, rotas todas las esperanzas de un avenimiento pacífico, y resuelto el reclamante monarca á dejar muy alta la bandera de su honra, avisaba á sus enemigos, por un acto de nobleza y de caballeridad, que se dispusiesen para la guerra que iba á llevarles á sus Estados, pues era considerada como accion indigna de hombres de corazon noble y de valor probado, el atacar de súbito al enemigo que se encontraba desprevenido. El caballeroso aviso á que hago referencia, se daba algunas veces, enviando al rey amenazado, algunos escudos que revelaban desconfianza, acompañados de varios vestidos de algodón de poca valia.

Cuando el desafio tenia la circunstancia de ser de un monarca á otro monarca, el jefe principal de la embajada, con la dignidad que á su alto carácter correspondia, aumentaba á los actos comunes de la declaracion de guerra, la ceremonia de ungir al soberano retado, y tomando en sus manos vistosas y delicadas plumas de variados colores,

con profundo respeto se las pegaba en la cabeza, de la manera con que el valiente Moctezuma, siendo embajador del monarca Itzcoatl, llegó á ungir al tirano Maxtlaton, al admitir el reto de su poderoso adversario.

Publicada en ambos países la declaracion de la guerra, cada nacion ponía en movimiento todos los resortes que le condujesen al conocimiento de los actos y disposiciones referentes á su contrario. Los espías llamados *quimichin*, esto es *ratones*, porque como ellos penetraban en las partes mas secretas, registrándolo todo sin ser vistos, se esparcian, disfrazados, por los pueblos enemigos, y observando los movimientos, el número de fuerzas, la calidad de ellas, el espíritu que las animaba, y la calidad de los caudillos que las mandaban, lo ponían en conocimiento de sus respectivos gobiernos, á fin de que, conociendo los recursos de que podían disponer los contrarios, hiciese todo lo posible para superarlos.

Antes de salir á campaña, y con el objeto de atraerse la proteccion de sus divinidades para que los concediesen el triunfo, se hacían algunos sacrificios de víctimas humanas, al dios de la guerra y á los númenes protectores de la ciudad ó del Estado á donde se llevaba la guerra, y en seguida salía el ejército lleno de animacion y de esperanza en la victoria. No salían las columnas formando en alas ni en filas. Marchaban divididas en compañías, llevando cada una de ellas, un jefe y un estandarte, y cada cuerpo iba mandado por un general. Si el número de tropas era considerable, se dividía en *xiquipillis*, esto es, en cuerpos de ocho mil hombres.

La música militar, sin la cual jamás marchaba el ejérci-

to, se componia, como tengo dicho en otra parte, de caracoles marinos que producian un sonido agudísimo y de cornetas y tamboriles de una destemplanza suprema.

La primera batalla se daba generalmente en un vasto terreno destinado para aquel objeto, que cada provincia tenia, y que era conocido con el nombre de *Aoutlalli*, que significa *campo de batalla*. La accion empezaba, como entre los antiguos romanos, por un estruendo espantoso producido por los caracoles marinos, las destempladas cornetas, los tamboriles, los agudos alaridos, los silbidos y el continuo clamoreo de los combatientes. En algunos ejércitos, y entre ellos el texcocano, la señal de ataque la daba el mismo rey, sonando un tamboril que llevaba á la espalda.

Sangriento y terrible era siempre el primer choque; pero no se empeñaba nunca la accion, como algunos han creido, tomando parte á la vez todas las tropas. Todo lo contrario; tenian formada con gran cuidado su reserva, y de las relaciones consignadas por los españoles consta, de una manera incontrovertible, que enviaban tropas de refresco que emprendian la accion con un vigor prodigioso, que no pocas veces decidian la victoria. La batalla empezaba comunmente con un diluvio de flechas, de dardos, de piedras y saetas que causaba horrorosos estragos en las filas; pero cuando las distancias se estrechaban acercándose un ejército al otro, y las armas arrojadas habian concluido, se acometian con la espada, la maza y las picas. En medio del sangriento combate, y despreciando el peligro, se veia á un número de hombres ocupados en retirar los heridos y los muertos, con el fin de ocultar al enemigo las pérdi-

das que se sufrían, y evitar que adquiriese mayores bríos. Esta operación y la de guardar la unión en las huestes y defender el estandarte, eran las cosas en que más cuidadoso empeño ponían aquellas naciones.

Al prisionero que trataba de huir, le desjarretaban. El renombre de valiente y los timbres de gloria militar del soldado, mas que por el número de enemigos que mataba, lo adquiría por el de prisioneros que hacia para que pudiesen ser sacrificados al número de la guerra, en gratitud á la victoria alcanzada sobre los contrarios. Por eso cuando algun enemigo vencido procuraba escaparse, lo desjarretaban, privándole así del movimiento de las piernas, y en consecuencia, de la posibilidad de huir.

La defensa del estandarte nacional, insignia veneranda en la milicia, era el deber sagrado del ejército. Cuando ese símbolo de las grandezas nacionales, que lo llevaba el general en jefe, llegaba á caer en poder del enemigo, el ejército emprendía la fuga, y todo esfuerzo de sus jefes era inútil para detener á los soldados.

Conseguido el triunfo, se celebraba la victoria con las demostraciones del mas vehemente júbilo, y el general, contento del esfuerzo de sus valientes subordinados, premiaba debidamente á los oficiales y soldados que habían hecho mayor número de prisioneros.

El rey mejicano Axayacatl, antes de emprender la guerra contra el monarca de los matlatzincas de quien estaba ofendido, como he dicho, por haberse dispuesto á favorecer á los tlalolcoas, envió sucesivamente las tres embajadas que era costumbre enviar; una al rey, otra á la nobleza y la última á la plebe, exigiendo una cumplida

satisfacción á la ofensa; pero no habiéndola alcanzado, Axayacatl, en union de los reyes aliados de Acolhuacan y de Tacuba, salió con un poderoso ejército, contra el arrogante monarca de los matlatzincas.

Valle de Toluca. La empresa era altamente difícil.

perteneciente  
á los

matlatzincas.

La provincia de los matlatzincas comprendía, además del ameno valle de Toluca, hoy Toluca, que mide mas de cuarenta millas de longitud de Sur á Noroeste, y treinta de la latitud por donde mas se extiende, todo el pintoresco espacio de fértil tierra que se descubre hasta *Taximaroa*, entonces *Tlaximaloyan*, frontero al potente reino de Michoacan. Toluca, que era la residencia del jefe principal de los matlatzincas, y que habia tomado su nombre del risueño valle que se extendía á sus plantas, se hallaba situado, como se encuentra actualmente, al pié de un elevado monte, coronado de perpetuas nieves, distante diez y seis leguas de la capital de Méjico. Multitud de pueblecillos que se extendian por el mismo valle, se veian habitados, parte de ellos por los matlatzincas, y la otra parte por los bravos otomites. El rey, formando un ejército aguerrido, se dispuso al combate. Pero por mucho que fuera el valor y la decision de los matlatzincas, era imposible que pudieran resistir el impetu de las numerosas tropas que conducian Axayacatl y sus leales reyes aliados. El ejército mejicano, venciendo cuanto se oponia á su paso, tomó, Nuevas conquistas de los mejicanos. en su marcha, los pueblos de Atlalpolco y Xalatlauhco; y penetrando en el valle de Toluca, conquistó á Telenanco, Metepcc, Tziuacantepec, Calimayan y otros varios lugares de la parte meridional. Convenci-

dos los mallatzinques de que era de todo punto imposible resistir á sus contrarios, y temerosos de su completa ruina, imploraron la clemencia del rey Axayacatl, y se ofrecieron á ser desde entonces tributarios de la corona de Méjico.

Alcanzado el triunfo, y dejando una guarnicion respetable en la nueva nacion tributaria, Axayacatl se volvió á Méjico, donde fué recibido con marcadas demostraciones de regocijo.

No pasó mucho tiempo sin que en su espíritu guerrero no se despertasen deseos de nuevas conquistas, y sin que al pensamiento concebido de hacerlas, no sucediese inmediatamente la ejecucion.

Axayacatl buscó un pretexto para declarar la guerra á los señores que ocupaban otro rumbo de la misma provincia que acababa de sentir la fuerza de sus armas; señores que gobernaban los pueblos situados en la parte septentrional del valle, que actualmente se llama *valle de Ixtlahuaca*.

Entre las poblaciones que se propuso conquistar, se hallaba Xiquipilco, ciudad y poderoso estado de los otomites, gobernados en aquellos momentos por Tlilcuezpalin, hombre de un valor extraordinario, que habia llegado á hacerse notable por su arrojo en los combates y por su estrategia militar.

A la aproximacion de las tropas mejicanas, Tlilcuezpalin dispuso las suyas, y esperó á los contrarios, que pronto se dejaron ver enfrente de sus soldados. Dada la señal de acometida, los dos ejércitos se lanzaron con indecible furia, dando espantosos alaridos y sonando los músicos sus



caracoles marinos, sus trompetas y sus tamboriles. Tlilcuezpalin, desafiando el peligro y metiéndose donde la lucha era mas sangrienta, buscaba al rey de Méjico, deseando medir con él, personalmente, sus armas. Axayacatl, que no estaba dotado de menos valor que su real contrario, animado del mismo deseo, le salió al encuentro, trabándose bien pronto entre los dos un combate personal terrible. Los dos monarcas eran diestros en el manejo de las armas, y los dos se hallaban dotados de grande aptitud y fuerza. Los golpes que se dirigian eran mortales, pero los paraban con destreza maravillosa. Sin embargo, no era posible detener todos los golpes, y el rey de Méjico recibió una profunda herida en un muslo, sin haber tenido tiempo de parar el arma de su pujante adversario. En los mismos momentos en que recibió la herida, se lanzaron sobre él dos capitanes otomites que sobrevinieron, y arrojándole al suelo se disponian á llevarle cautivo, cuando aparecieron sobre la escena algunos jóvenes mejicanos que, haciendo retroceder á los dos capitanes, lograron salvar la libertad y la vida de su rey. Aunque herido el monarca mejicano, la lucha siguió con igual encarnizamiento, y al fin, la victoria la alcanzó el ejército mejicano. El triunfo fué espléndido. Once mil sesenta, fueron los prisioneros hechos en aquella sangrienta batalla, entre ellos el mismo Tlilcuezpalin y los dos capitanes que habian derribado al suelo al rey Axayacatl.

Triunfos de los  
mejicanos, y  
nuevos Estados  
conquistados.

Con el brillante triunfo alcanzado sobre los otomites, Axayacatl agregó á la corona de Méjico, los Estados de Xocotitlan, Niquipil-

co, Atlacomolco y todos los demás que antes no poseía en aquel valle.

La recepcion hecha al rey Axayacatl, al volver á Méjico, fué brillante.

La herida recibida en el combate personal con el jefe otomite, le enaltecia á los ojos de la nacion, y todo el pueblo rogaba á los dioses que sanase de ella.

Dotado de una naturaleza robusta, pronto sanó Axayacatl de su herida; pero quedó para siempre cojo.

Contento de las victorias alcanzadas y deseando obsequiar á los reyes aliados y á los magnates de Méjico por el brillante comportamiento con que se habian distinguido en la campaña, les dió un gran banquete al que asistieron con el mayor placer. En los momentos mas deliciosos de la mesa, y como espectáculo que debia parecer agradable

<p>Axayacatl manda matar á Tlilcuezpalin y á dos capitanes otomites.</p>	<p>á los convidados, Axayacatl mandó dar muerte á su ilustre prisionero Tlilcuezpalin y á los dos capitanes otomites ya mencionados. No eran esas escenas de sangre, vistas con repugnancia en medio de las delicias de un convite, puesto que era costumbre de aquellos pueblos el derramar sangre humana, en todos sus regocijos públicos y ceremonias religiosas. Horrible y funesta era esa costumbre, y debemos lamentarnos de que hubiese existido; pero no podemos culpar á los que la practicaban, puesto que ellos la habian heredado de sus mayores, y lejos de juzgarla, como realmente era, horrible, la tenian por digna y meritoria. Era una aberracion del entendimiento humano; pero era una aberracion presentada como idea altamente luminosa por sus mismos sacerdotes al adorar á sus ídolos sedientos</p>
--	--

siempre de sangre. Aquellos hombres eran mas dignos de lástima que de vituperio, toda vez que no obraban por impulso propio, sino por el que juzgaban deber patriótico y religioso.

Despues de haber transcurrido algunos años de tranquilidad respecto de hechos de armas, Axayacatl, por motivos que se desconocen, se dispuso á llevar la guerra contra los michoacanos, gente belicosa, entendida y de claro ingenio, cuya nacion rivalizaba en poder con la mejicana.

Desde muy lejanos tiempos existia entre las dos naciones un odio profundo, y era preciso que de la enemistad que se profesaban, surgiese, al fin, la guerra.

Axayacatl, comprendiendo las dificultades de la empresa y el notable valor de los michoacanos, dispuso un numeroso ejército mandado por lo mas selecto de la nobleza y de los mas intrépidos generales.

Dispuestas las tropas y provistas de todo lo necesario para la campaña, Axayacatl, puesto al frente de sus agueridas legiones, salió con direccion al país que se habia propuesto hacer tributario de la corona de Méjico.

Pero mientras el formidable ejército de los tres reyes aliados, marchaba lleno de entusiasmo hácia el país de sus contrarios, conveniente es, para los hombres amantes del saber, detenernos un instante á dar á conocer, siquiera sea someramente, las producciones de su suelo, las costumbres, usos, religion, carácter, adelantos y cultura á que habian llegado los habitantes del rico reino de Michoacan, uno de los mas occidentales de aquella parte de la América.

## CAPITULO XVII.

Descripcion del reino de Michoacan.—Tribus que lo poblaban.—Separacion de los mejicanos y tarascos á su paso por Michoacan.—Fusion de los tarascos con otras tribus que habitaban el país.—Se adopta el culto de Huitzilopochtli.—Llegada de los chichimecos vanécos.—Guerra entre ellos y las tribus que poblaban Michoacan.—Fundacion de Patzcuaro por los chichimecas vanécos.—Guerra entre uno de los reyes que habitaba junto á la laguna y los chichimecas.—Derrota de éstos.—Asesinato cometido en los dos príncipes que gobernaban á los chichimecas.—Vapeani, hijo de uno de los príncipes asesinados, toma venganza de la muerte de su padre, conquistando los pueblos que fueron sus contrarios.—Divide el imperio de Michoacan en tres reinos.—Las provincias tarascas quedan reducidas al dominio de los chichimecas.—Fusion de los chichimecas y tarascos.—Se declara corte del reino, Tzintzuntzan.—Templos y casas que se fabrican: fortificaciones de la ciudad.—Estado de la industria en Michoacan.—Traje que usaban.—Cualidades fisicas de los tarascos.—Modo de ir á campaña.—Premio que se daba por un hecho heroico en la batalla.—Límites de Michoacan.—Descripcion del suelo de Michoacan, su clima y producciones.—Ministros de justicia.—Algunas leyes y administracion de justicia.—Religion.—Victimas humanas.—Ceremonias en los funerales, y condicion de las personas que eran sacrificadas en ellas.—Guerra entre michoacanos y mejicanos.—Derrota de éstos.—Muerte del rey Axayacatl.—Los tesoros que dejó guardados.

El reino de Michoacan, que significa *lugar de pescado*, (1) estaba poblado de gente belicosa, y competia en poder y en riqueza con la temible nacion mejicana. Los michoacanos ó tarascos, llamados así por los españoles, porque

(1) Michoacan es un nombre compuesto de *michin*, que significa *pescado*, y

cuando fueron á aquella provincia, los principales de ella les daban sus hijas llamádoles *tarascae*, que significa yerno, pertenecian á la misma familia de aquellas siete tribus nahuatlacos, que superaban en civilizacion á todas las otras que se establecieron en el país de Anáhuac.

Los mejicanos se detienen en Michoucan. Los mejicanos, en su larga peregrinacion, despues de salir del país de Aztlan, se detuvieron en ese rico territorio, cuando se dirigieron al valle de Méjico, llevando en andas á su dios *Huitzilopochtli*. Varias tribus salvajes y cazadoras, de distintas denominaciones habitaban, á la llegada de ellos, esparcidas en las orillas de los lagos, en las montañas y en los bosques. Los mejicanos, con quienes iba otra tribu de distinta nacionalidad; pero de igual origen, de costumbres parecidas, de idéntica religion, y de idioma semejante en algunas cosas, aunque muy diversas en vocablos y pronunciacion, se situaron en los puntos mas deliciosos, arrojando de ellos á los habitantes que los poseian.

La feracidad de la tierra, su benigno clima, la pureza de su cielo, la abundante pesca con que brindaban sus anchos lagos y sus multiplicados rios, todo convidaba á permanecer en aquel delicioso país, que reunia las condiciones que pudieran apetecer los colonos mas exigentes. En todas partes, á donde iban de paz, eran bien recibidos. Sin embargo, el idolo de su dios *Huitzilopochtli* les habia ordenado que continuasen el viaje, y obedeciendo al oráculo, atravesaron los pueblos de Pénjamo, Numaran, Con-

Je can que quiere decir *lagar*. El nombre le fué puesto por el mucho pescado que hay en la laguna de Pátzcuaro, que allí existe.

guripo y otros, hasta llegar á descubrir la pintoresca laguna de Pátzcuaro.

Prendados de la amenidad del rico suelo que se descorría á la vista, la tribu vagabunda creyó que aquel era el bello país prometido por su dios *Huitzilopochtli*, como término de sus fatigas y premio de sus trabajos. Pero no fué así. Consultado el ídolo por los sacerdotes, su contestacion fué ordenarles que abandonasen el país, y siguiesen su peregrinacion hasta que él les indicase el sitio en que debian establecerse, dejando en el país á los individuos que formaban la tribu, con la cual habian hecho hasta entonces su viaje.

Abandonan  
los mejicanos  
á sus  
compañeros. Los mejicanos, obedeciendo las disposiciones de su divinidad, emprendieron su marcha, dejando abandonados á sus antiguos compañeros.

Esta separacion ha sido referida de distintas maneras, aunque atribuyéndola siempre á mandato del nùmen de la guerra *Huitzilopochtli*.

Entre esas relaciones hay algunas de todo punto inverosímiles, al dar noticia del origen de sus primeros habitantes.

En una de ellas se dice, que habiendo llegado los mejicanos, al cabo de una larga peregrinacion á Michoacàn, resolvieron instalarse allí, admirados de la feracidad del terreno; pero que siendo pequeño el territorio para contener á toda la gente que hasta entonces habia caminado junta, su dios *Huitzilopochtli* sugirió á sus elegidos la idea de que cuando los otros, como tenian de costumbre todos, se estuviesen bañando en la laguna de Pátzcuaro.

inmediata á la ciudad, les robasen los vestidos, y continasen su marcha; pues de esta manera, al verse sin ropa los que estaban en el agua, no podrian salir de ella, por la vergüenza natural que debia darles presentarse desnudos. Los aconsejados obedecieron, y con efecto, al verse sin ropa los que se bañaban, permanecieron en el agua, logrando entre tanto los otros, alejarse del pais.

Una sola reflexion echa por tierra la relacion anterior. Si el número de la tribu no cabia en el vasto territorio que ocupaba el reino de Michoacan, llama la atencion que cupiese una tercera parte de ella en solo la laguna de Pátzcuaru, y el resto en sus orillas, para apoderarse de la ropa de los que se bañaban. Ni era un obstáculo insuperable para seguir á los que se alejaban; el verse sin vestidos, puesto que no eran los indios los que mas se cuidaban de cubrir su desnudez.

En casi todas esas relaciones, se presenta á los que fueron abandonados y á los que les abandonaron, como mejicanos. No abrigo yo la misma opinion. El odio que aun hasta despues de la conquista efectuada por los españoles, hubo entre los habitantes de Michoacan y los mejicanos; el desamparo en que estos dejaban á sus compañeros, exponiéndoles á que fuesen victimas de las demás tribus, y la resolucion de los últimos en preferir el peligro á continuar su viaje, arguyen, en mi concepto, que no pertenecian á una misma nacionalidad. Diferencias y cuestiones notables hubo durante aquella peregrinacion, y existian en los mismos momentos de hallarse en Méjico, entre los que despues se dividieron en tlatelolcos y mejicanos; y sin embargo, la separacion no se efec-

tuó sino despues de verse libres de todo enemigo, continuando juntos por entonces su marcha, dejando unos y otros amenazados de grandes peligros á los que, hasta entonces, habian visto como compañeros. Si de una misma prosapia hubieran sido todos, se hubieran propuesto correr una misma suerte, como se propusieron, aplazando la resolucion de sus diferencias, mejicanos y tlatelolcos.

La tribu abandonada por los mejicanos, se entregó al trabajo y á la pesca para atender á las precisas necesidades de la vida. La feracidad del terreno y la abundancia de peces en la laguna, premiaron con usura la laboriosidad y la industria, y pronto empezó á reinar en las familias la abundancia y la tranquilidad.

Los nuevos colonos se unieron con otras tribus que habitaban en Michoacan.

Los nuevos colonos, dotados de clara inteligencia y de actividad, se unieron bien pronto con otras naciones comarcanas, formándose una fusion completa; y contentos de verse en medio de un país que les brindaba con la abundancia y el regalo, adoptaron el idioma de los habitantes del país, aunque conservando muchas voces de su materna lengua.

La poblacion tarasca crecia visiblemente, y la tierra de Michoacan se vió á los pocos años poblada de un número asombroso de habitantes.

La cultura y la industria crecieron al par que la poblacion; y los industriosos huéspedes, llegaron á formar ciudades pintorescas, en que reinaban el buen orden y la abundancia.

La principal residencia estaba en Tzintzuntzan, ciudad



edificada junto á la espaciosa laguna, y cuyo nombre significa, *pueblo de pájaro verde*, en memoria del origen de su ídolo *Huitzilopochtli*, que nació adornado el pié izquierdo con plumas de colibrí.

Los mejicanos, que fueron los que le dieron á la ciudad nombre antes de partir, la llamaron en su lengua, *Chinciu-la ó Huitztila*, que es como la denomina Hernán Cortés en sus cartas.

Adoptan el culto de *Huitzilopochtli*, los diversos pueblos que se unen al *Tlascalco*. Al mismo tiempo que se levantaban con asombrosa actividad agradables casas, se construían también templos para los dioses, entre los cuales figuraba, en primer término, el sanguinario *Huitzilopochtli*, cuyo culto fué admitido por todos los pueblos con quienes se mezcló la nueva tribu.

Otras muchas nacioncitas y señoríos se encontraban en el vasto territorio de aquel país, figurando como uno de los jefes de más renombre el rey de las islas situadas en la laguna de Pátzcuaro, á quien le daban el título de *El-Henditaré*, que significa, señor. Varias tribus chichimecas y otomites, cuyo establecimiento en aquella provincia se ignora como se efectuó, reconocían la autoridad del personaje mencionado, mientras otras vivían errantes y sin jefe, por los bosques y las florestas.

A distancia corta de la ribera del Norte, se levantaba pintoresca la ciudad de *Navanjan*, señorío independiente que regia con acertado tino, el régulo *Ziraciran Camaro*, hombre de prudencia y de valor, que velaba constante por la felicidad de su reducido señorío.

Cuando más felices se consideraban aquellos diminutos reinos, aparecieron en los bosques próximos á *Na-*

Llegada de los *Naranjan*, los *chichimecas vanáceos*, tribus nomadas y guerreras, que vivían de las frutas, de las raíces y de la caza, y que llegaban de un país lejano llamado *Bayameo*.

Marchaba al frente de la guerrera tribu, un jefe muy distinguido de ella, llamado *Iri-Ticatamé*, que llevaba, por un derecho correspondiente á su elevada dignidad, al ídolo que adoraba su tribu, y que representaba á su dios *Curicaceri*.

El caudillo chichimeca se detuvo con su belicosa gente en *Virín-Cuarampejo*, espeso bosque, desde donde se descubrían los edificios de *Naranjan*. Su primer acto fué levantar, debajo de uno de los copudos árboles, un altar á la divinidad protectora que llevaban, y ordenar á su gente que construyese sus chozas en el sitio en que se encontraban.

Los pueblos comarcanos se alarmaron al ver que aquella tribu extranjera elevaba un altar, pues creían ver en aquel hecho, la resolución de los chichimecas en permanecer en el país.

El rey de Naranjan un  
una hermana  
al jefe  
chichimeca.

No se engañaron en su suposición. El jefe chichimeca *Iri-Ticatamé*, envió al señor de Naranjan, sus embajadores, ordenándole que enviase leña para que ardiese en el altar de

su dios. Esta notificación, que equivalía á notificarle al rey de Naranjan que en lo sucesivo sería tributario de la tribu chichimeca, indignó á los sacerdotes y á la nobleza; pero el monarca les hizo ver que los resultados de una guerra contra los numerosos extranjeros sería fatal para el Estado, y que el medio mas acertado para vencerles no

era el de las armas, sino el de la astucia. «El tiempo,—les dijo,—nos presentará esta favorable ocasion. Por ahora es preciso obsequiar su deseo, y enviar además á su jefe una hermana mia, dándosela por esposa.»

Las observaciones del monarca convencieron á los sacerdotes y á la nobleza; y poco despues le fueron entregadas al jefe chichimeca, la leña para el altar, y la hermana del rey para que la recibiese como esposa en señal de alianza.

El caudillo chichimeca se manifestó agradecido, y de la union con la hermana del rey de Naranjan, tuvo un hijo, á quien pusieron por nombre *Sicuiracha*.

Educado en el culto de los dioses y en el ejercicio de la caza, le encomendaron, siendo ya hombre, que saliese á cazar algunos animales para ofrecerlos á uno de los dioses. Sicuiracha salió; pero todos los animales huyeron heridos, marchando á morir á los campos de Querécuaro, (Jerécuaro).

Disposicion  
del señor  
de Naranjan,  
contra los  
chichimecas.

Esto fué visto por el rey de Naranjan, como funesto agüero para los chichimecas y para el jóven cazador, y convocó á los sacerdotes y á la nobleza, diciéndoles que habia llegado el momento de obrar que él les habia anunciado que llegaria.

El jefe chichimeca *Iri-Ticatamé*, sabedor de lo que so disponia por el señor de Naranjan, mudó, con su tribu, de residencia, estableciéndose en un lugar llamado *Zichacuá-jero*, donde levantaron sus rústicas cabañas y un altar para sus idolos.

Pero aunque los habitantes de Naranjan vieron alejarse

á los que á su llegada se habian manifestado altaneros, no por esto olvidaron los parientes de la mujer del caudillo chichimeca, que aquella esposa se le habia dado, no por voluntad, sino por temor; y considerando que el nacimiento del jóven Sicuiracha, envolvía una deshonra para ellos, se propusieron destruir el poder del padre.

El momento era oportuno. El jefe *Iri-Ticatamé*, estaba ya viejo y sin vigor; su tribu, entregada al ócio desde que pisó el feraz terreno de Michoacan, habia perdido su espíritu guerrero.

El rey de Naranjan y la nobleza, para dar feliz cima á la empresa, imploraron el auxilio de *Oresta*, jefe en aquellos momentos de Camachin, y sumo sacerdote del dios *Téscupemé*.

Para alcanzar la cooperacion de este cacique, uno de los mas temidos entonces, le enviaron algunos regalos de exquisitas obras de pluma y de valiosas alhajas.

*Oresta*, que habia temido siempre que creciese el poder de la tribu chichimeca, entró con gusto en la alianza, y envió sus tropas para que, unidas á las de Naranjan, destruyesen á *Iri-Ticatamé*.

El plan se dispuso con el mayor secreto, y los aliados cayeron sobre la poblacion de los chichimecas vanáceos, sin que estos pudiesen evitar el golpe.

La hermana del rey de Naranjan, que se hallaba de paseo, lejos de la poblacion, al ver las tropas de Naranjan, sospechó el peligro que corria su esposo, y quiso marchar á avisarle; pero la detuvieron, impidiéndole cumplir su deseo.

Los habitantes de Naranjan sorprenden á los chichimecos, quemando sus aduanas y matan á su jefe.

La desgraciada hizo esfuerzos supremos para desprenderse de los que la detenian mientras los demás avanzaban. Por fin logró que la dejaran libre, y corrió hácia el sitio en que se hallaba su esposo. ¡Vano afan! Los enemigos habian llegado antes que ella; y cuando la infeliz penetró en el umbral de su casa, sus piés tropezaron con el ensangrentado cadáver de *Ivi-Ticutamé*, que, aunque anciano y sorprendido, habia muerto luchando como un valiente.

El jóven *Sicuiracha* se encontraba, en los momentos de la terrible escena, cazando en la montaña, bien ajeno de pensar el fin trágico del hombre á quien debia la vida. Una persona le dió aviso de la lucha trabada entre los asaltantes y los asaltados. Sicuiracha, voló inmediatamente en auxilio de los suyos; pero cuando llegó, todo habia terminado, menos el profundo dolor de su afligida madre que, mostrándole el cadáver de su padre, exclamó, vertiendo un torrente de lágrimas: «Mira, hijo mio, la obra de tus tíos: ellos han derramado la sangre del sér que mas amábamos y se han llevado los dioses de nuestros altares.»

El jóven Sicuiracha quedó con la vista fija sobre el cadáver de su padre, mientras la desgraciada viuda exhalaba lastimeros ayes de dolor.

Aquella era una escena conmovedora, que la hacia mas terrible aun las devoradoras llamas en que estaban convertidas las cabañas incendiadas de la tribu chichimeca.

Sicuiracha se inclinó hácia el cadáver de su padre, estrechó entre sus manos las de la virtuosa mujer que le dió

la existencia, y dirigiendo una mirada al cielo, juró vengarse de los que habian cubierto de duelo su corazon.

**Sicuiracha** No fué vano su juramento. El indignado  
**veuga la muerte** y valiente jóven reunió los restos de los chi-  
**de su padre** chimecas que se habian salvado de la matanza,  
**y derrota á los** za, y poco despues logró alcanzar, derrotar y  
**de Naranjan.** hacer prisioneros á sus contrarios.

Triunfante y temido, Sicuiracha se dirigió con todos sus prisioneros, á un punto llamado Bayameo, donde habia establecido su residencia.

Con aquel completo triunfo alcanzado por el intrépido jóven chichimeca, los guerreros de Naranjan y los de Cumachin vinieron á ser sus esclavos.

**Sicuiracha es** Los nobles, despues de prometer fidelidad  
**proclamado rey** al vencedor, recobraron su libertad, comprán-  
**de los** dola con una parte de sus riquezas, y Sicui-  
**chichimecas.** racha, aprovechando la buena disposicion de sus agradeci-  
 dos prisioneros, logró ser proclamado rey con todas las  
 ceremonias acostumbradas, siendo entre los chichimecas,  
 el primer jefe que tenia aquel título.

Sicuiracha, atribuyendo á sus dioses las dichas conseguidas, mandó edificar altares y construir templos de mas importancia que los que hasta entonces se habian levantado, y nombró sacerdotes para el servicio de los ídolos.

Bayameo, que vino á ser así, en Michoacan, la capital de los reyes chichimecas, creció notablemente en belleza y comercio.

**Muerte del rey** Sicuiracha emprendió algunas expedicio-  
**Sicuiracha.** nes por los señoríos comarcanos, y agregó á  
 su nacion varios pueblecitos que no pudieron resistirle.

Después de un reinado verdaderamente venturoso, murió en 1290, dejando entregado el gobierno á sus dos hijos Pavacumé y Vapeaní.

Por algun tiempo permanecieron los dos príncipes sin hacer que resonara en sus pueblos el estrépito de las armas; pero ambicionando al fin extender sus fronteras, se dispusieron á llevar la guerra á los comarcanos señorios en que mas rica se manifestaba la naturaleza. Contentos los guerreros con aquella determinacion, tomaron sus arcos y sus flechas, y cargando entre varios sacerdotes las andas en que llevaban á su dios *Curicaveri*, emprendieron la marcha hácia el cerro de Capacureo, en cuya cima, añadian, habia manifestado el ídolo deseos de ser colocado.

Los chichimecas iban sometiendo á su yugo todas las poblaciones que encontraban al paso, y avanzaban sin obstáculo hácia el cerro en que anhelaban levantar un altar á su dios, y desde el cual se dominaba el anchuroso lago.

Los dos príncipes, después de haber sometido á su dominio muchos pueblos, llegaron á subyugar á los habitantes de *Patamahua-Nacaracho*.

Al ser dueños de este punto, convinieron los guerreros chichimecas en separarse en varias fracciones, para que cada una viviese en el sitio que mas agradable le pareciese; y con efecto, tomando cada una alguno de los ídolos que habian llevado, se situaron en los puntos que les brindaban mas comodidades.

Pero aunque vencedores de muchos pueblos, no por esto terminó la guerra. Los príncipes, viendo la tenacidad de los habitantes del país en seguir la lucha, se dirigieron

á las riberas del lago, y sojuzgaron varios pueblos situados en la orilla; pero ninguno de ellos habia logrado ser admitido en las pintorescas ciudades de las islas que se elevaban en la laguna, en una de las cuales, llamada Xarácuaro, estaba edificado un suntuoso templo.

El rey que gobernaba aquellas pintorescas islas se llamaba Curicaten, y llevaba el titulo de *El-Henditaré* que, como ya he dicho, significa *señor*.

Aquellas poblaciones levantadas en el delicioso archipiélago, en que los árboles, las flores y las plantas embalsamaban la atmósfera, eran fuertes por su ventajosa posición y por el crecido número de canoas que sus habitantes poseían.

El príncipe Vapeani, contemplando un dia desde la cima de la montaña de Atupen el sorprendente panorama que presentaba el anchuroso lago, con sus poéticos pueblos, acariciados por las ondas, quedó seducido del bellissimo conjunto del paisaje que se describía á su vista.

En aquellos momentos vió á un pescador que se aproximaba con su canoa á la orilla y que echaba sus redes á corta distancia del sitio en que él estaba. Vapeani concibió de repente una idea, que juzgó conducente al logro de un derecho legitimo para ser admitido en las poblaciones del archipiélago.

Concebido el pensamiento, llamó al pescador. Amedrentado éste, se disponía á huir; pero viendo que varios guerreros chichimecas le apuntaban con sus flechas, se vió precisado á obedecer.

El príncipe Vapeani le hizo varias preguntas, infor-



mándose del nombre de los pueblos y del señor bajo cuyo gobierno estaban.

Satisfecho de las respuestas del pescador, y sabiendo por ellas que tenia una hija hermosa, le dijo que volviese al siguiente dia con ella; que sus dioses le habian prometido que seria dueño de todo aquel hermoso pais, y que, en consecuencia, la jóven participaria de aquella dicha.

El pescador volvió al siguiente dia con su hija, pues se habia comprometido solemnemente á ello, y el príncipe encontró á la jóven aun mas hermosa de lo que se habia imaginado.

Vapeani, despues de haber recibido á la jóven, encargó al pescador que no manifestase que voluntariamente habia cedido su hija, sino que dijese que se la habian robado los chichimecas, reduciéndola á la condicion de esclava.

El pescador prometió cumplir lo que se le ordenaba, y marchó á la ciudad, al mismo tiempo que el príncipe Vapeani se dirigió con la jóven á *Tarimi Chündiro*, donde tenia su residencia, pintoresco pueblo que se levantaba al Oeste de Tzuntzintzan.

Vapeani habia tomado á la jóven con objeto de casarla con su hermano; y con efecto, se casó con Pavacumé, que la encontró hechicera. Al enlazarse con ella, el príncipe se creyó con derecho para poseer los territorios que su dios *Curicuceri* habia prometido á los chichimecas vanacuos. Creian los jefes chichimecas que, el casarse con una mujer del pais, cualquiera que fuese su dignidad ó clase, daba derecho al caudillo á la posesion de la tierra prometida por sus deidades.

Un año despues del referido enlace, la hija del pesca-

dor dió á luz un hijo, á quien pusieron por nombre *Tariacuri*.

El rey que gobernaba las islas, alarmado por los resultados que podian sobrevenir á su país, sino se buscaba un medio de contener el espíritu de dominacion de los chichimecas, convocó á los nobles y grandes personajes, con objeto de buscar el remedio al mal de que estaban amenazados.

Oido el parecer de todos, se resolvió, por unanimidad, que para atraer á su favor á los príncipes chichimecas, se les invitase á establecerse entre ellos, ofreciéndoles riquezas, honores, enlaces con las hijas de la nobleza del país, y nombrar á uno de ellos primer sacrificador, y al otro gran sacerdote del dios *Guangari*.

Inmediatamente salió una embajada, llevando ricos presentes á los príncipes. Los caudillos chichimecas recibieron á los enviados con amabilidad, y no queriendo desairar la invitacion que se les hacia de parte del rey de Narácuaro para que pasasen á su corte, se embarcaron los dos príncipes con los individuos de la embajada, y poco despues entraban en la corte del soberano de aquellas islas, muy obsequiados de todos sus habitantes.

El rey les recibió con la mayor benevolencia y les dió un gran banquete, al que asistieron los nobles, los guerreros y la grandeza.

Las atenciones, los honores, el fino trato de los cortesanos, cautivaron á los dos príncipes; y persuadidos de que los bienes que recibian eran superiores á los que les podria proporcionar una conquista dudosa, admitieron las proposiciones, y el nombramiento de primer sacrificador el uno, y de gran sacerdote el otro.

El rey de Xarácuaró, los habitantes de las islas y los dos príncipes, se manifestaban satisfechos del convenio celebrado; pero mientras ellos creían establecida la buena armonía entre los dos pueblos, los guerreros chichimecas, que se habían quedado en la costa esperando á sus caudillos, viendo que no parecían, y temiendo que les hubieran hecho víctimas de alguna traición, se embarcaron en unas canoas, y se presentaron en la ciudad, reclamando que les volviesen los príncipes que les habían concedido los dioses, ó que de lo contrario, emprenderían inmediatamente la guerra.

La amenaza de los guerreros chichimecas alarmó al rey, y para evitar una lucha que podía serle funesta, accedió á la petición, y los príncipes abandonaron la ciudad con verdadero sentimiento, aunque fingiendo una alegría suprema.

La vida errante que llevaba aquella tribu guerrera, que no quería establecerse fijamente en ninguna parte, había perdido á los ojos de los príncipes el atractivo que antes tenía.

Los dos príncipes hermanos, que habían llegado á conocer las ventajas de la vida agrícola de los tarascos, á la nómada de su tribu, se propusieron hacer abrazar á sus montaraces vasallos, una existencia mas tranquila y social. Para conseguirlo, se pusieron de acuerdo con los sacerdotes, cuyas palabras eran recibidas como oráculos por aquellas naciones. Los ministros de las falsas divinidades, convocaron entonces al pueblo chichimeca, anunciándole que tenían que comunicarle una orden de sus dioses. Los chichimecas acu-

Fundacion  
de Patzouaro.

dieron á saber la palabra de sus números, y entonces los sacerdotes les hicieron saber que la voluntad de los dioses, era que edificasen una ciudad y dejaran la vida nómada. La tribu se afaná por obsequiar el deseo de sus números, y fundó la ciudad de Pátzcuaro, que hasta hoy figura como una de las principales ciudades de Michoacan.

Reducidos así á la vida social los chichimecas vanáceos, se dedicaron á la industria y al trabajo; y con la afluencia de gente, que de todas partes acudia á la moderna ciudad, crecieron prodigiosamente en cultura y civilizacion.

Guerra entre uno de los reyes de Michoacan y los chichimecas y derrota de éstos.

Por algun tiempo vivieron en buena armonia con las demás naciones que habitaban á la orilla de la laguna; pero la prosperidad de los nuevos pobladores, despertó los recelos del rey de Curincuaró, uno de los mas poderosos de los que habitaban una parte del lago, y buscando un pretexto para la guerra, envió un embajador á los príncipes chichimecas Pavacumé y Vapeauí, notificándoles, que les pagasen tributo, reconociéndole como señor, ó que se dispusiesen á la lucha. Los gobernantes chichimecas, contestaron que estaban dispuestos á luchar en vez de declararse feudatarios, y se prepararon al combate. Los soldados chichimecas se pintaron el cuerpo con vivísimos colores, tomaron sus arcos y sus flechas, y conducidos por sus valientes jefes, armados de pesadas mazas y ostentando ricos penachos de plumas en la cabeza, salieron hácia *Atácuaro* (Atécuaro), en busca de sus contrarios que les esperaban en un campo próximo á aquella ciudad.

La batalla fué sangrienta, pero fatal para los chichimecas, que fueron completamente derrotados, saliendo heridos los príncipes que les gobernaban, Pavacumé y Vapeani.

El rey de Curincuario, podia haber penetrado en Pátzcuaro y haber aniquilado el poder de los chichimecas, si hubiera marchado en persecucion de los vencidos; pero afortunadamente para éstos, era aquella precisamente la época en que se celebraban las fiestas de la diosa de Curincuario, y el monarca vencedor se contentó con el triunfo alcanzado, pues en las fiestas de la diosa, no era costumbre ocuparse de batallas, y toda enemistad cesaba en esos dias, sin distincion de nacionalidades, para concurrir todos á las grandes festividades.

1330. Restablecidos de sus heridas los dos príncipes chichimecas, fueron invitados por algunos vecinos de Curincuario, á que asistiesen á las fiestas; y aunque sus consejeros trataron de disuadirles que no emprendiesen el viaje porque temian una asechanza, ellos no lo creyeron así, y se dirigieron á las fiestas. Las sospechas de los consejeros salieron ciertas. Los dos príncipes hermanos, cayeron en una emboscada antes de llegar á Curincuario. Vapeani fué asesinado, y Pavacumé, que cayó herido, se levantó y logró escaparse, volviendo á la ciudad de Pátzcuaro. Pero de nada le valió su esfuerzo y ligereza. Casi todos los habitantes de Pátzcuaro se hallaban en las fiestas de Curincuario; y el príncipe, seguido de cerca por sus enemigos, fué alcanzado y asesinado en las calles de su misma ciudad.

Este hecho, que aconteció en 1360, llenó de indignación á los chichimecas; pero ocultaron por entonces su deseo de venganza, aplazando esta para ocasion oportuna.

Quedó al frente de los negocios públicos y ejerciendo el mando supremo sobre los chichimecas de Pátzcuaro, Cuatamá, el mayor de los hijos del príncipe Vapeantí. El hijo de Pavacumé y de la hija del pescador, llamado, como tengo ya dicho, Tariaturi, era aun muy jóven, y los sacerdotes le habian enviado á educar á la isla de Xarécuaro, á fin de que adquiriese una instruccion propia de un príncipe tarasco, y conservase, á la vez, la entereza y energia de la raza chichimeca.

Acontecida la muerte de su padre, dejó la isla y regresó á Pátzcuaro, donde se ejercitaba en el ejercicio de las armas y en el servicio de los dioses.

Tariaturi era un jóven de grandes esperanzas.

Los sacerdotes y el pueblo veian en él un porvenir de gloria para la patria.

El príncipe Tariaturi, llegado á la mayor edad, fué investido por los ministros de los dioses y por la nobleza, con el mando del ejército, que le acogió con entusiasmo.

Puesto al frente de los destinos de su nacion, tomó el mando del ejército, y queriendo tomar venganza de la muerte de su padre, hizo la guerra á todos los pueblos vecinos de Pátzcuaro, los venció y sujetó; pero no siendo bastante vasto aquel escenario para sus hazañas, llevó la guerra á lejanos Estados, venciendo á todos los que se oponian á su paso. Los señores de las diversas nacioncitas, queriendo poner un dique á su poder, se coligaron, mar-

chando en seguida sus ejércitos sobre Pátzcuaro. No se intimidó ante aquella tempestad el valiente jóven Tariacurí. Por el contrario, salió con sus tropas á hacerles frente, y dando una batalla, derrotó completamente á los ejércitos aliados, conquistó al reino de Zirumbo, se apoderó de las islas del lago, y el reino entero de Michoacan fué la recompensa alcanzada por su valor y su heroismo.

El aura popular del valiente Tariacurí, despertó la envidia de sus primos, y formaron una conspiracion que tenia por objeto asesinarle. Tariacurí, aleccionado con el trágico fin de su padre, descubrió lo que se tramaba; y cayendo sobre sus contrarios, los venció, sin que nadie en lo sucesivo se atreviese á hacer armas contra él.

Investido con el título de rey de todo Michoacan, el valiente monarca, se dedicó á dar impulso á las artes, á la industria y á la agricultura, en que los pueblos tarascos habian sobresalido siempre.

1400. Entregado á los negocios de su feliz gobier-  
 Tariacurí, divide no se encontraba, cuando se vió acometido de  
 el imperio de una enfermedad que comprendió le llevaria al  
 Michoacan sepulcro. Viendo cercano su fin, llamó á los  
 an tres reinos. hijos de uno de los primos que habia conspirado contra él,  
 y olvidando las ofensas del padre, dividió en tres reinos  
 el imperio michoacano que habia conquistado. Al mayor de  
 ellos le dió á gobernar Coyúcan, una de las ciudades mas  
 importantes de Michoacan en aquella época: al segundo  
 le asignó la ciudad de Pátzcuaro y los pueblos inmediatos;  
 y á su mismo hijo Tangaxoan, le confirió el gobierno de  
 Tariacurí ó Tzintzontzan, que llegó á ser despues la capi-  
 tal de todo el imperio de Michoacan, y que entonces reco-

nocia como dependencias suyas, los diversas islas que se hallaban en el lago.

Fuison  
de tarascos  
y chichimecas. Por esta distribucion hecha en 1400, vieron todas las provincias tarascas á quedar reducidas al dominio de los chichimecas vanáceos, los cuales, mezclándose bien pronto con los indígenas del país, se confundieron con ellos, formando una sola familia.

Muerto el monarca, la division ordenada por él se efectuó lealmente; pero duró muy poco aquel órden de cosas. El rey de Pátzcuaro, Hicucaxé, tuvo la desgracia de que sus hijos observasen una conducta indigna y escandalosa; y en vez de poderles dejar el trono, se vió precisado á condenarles á muerte, para castigar los escandalosos abusos que diariamente cometian. Poco tiempo despues tuvo otro hijo, en quien cifró sus esperanzas; pero fué muerto por un rayo; y aquella funesta muerte, fué considerada, en las creencias supersticiosas de aquellos pueblos como un bien del cielo, y el rey Hicucaxé fué adorado, como una divinidad, desde el trágico fin de su último hijo. Al morir sin descendientes, el reino quedó agregado á Tzintzuntzan; y el cuerpo del monarca, despues de haber sido embalsamado, se colocó en el gran templo de la isla de Apupato.

Vuelve á  
formarse un  
reino solo. Poco tiempo despues murió tambien Huicipan, rey de Coyúcan; y habiendo abandonado sus sucesores el gobierno, se unió de nuevo todo el reino de Michoacan, no formando ya mas que un solo imperio, bajo el gobierno de *Ziziz-Pandecuaré*, hijo y sucesor de Tangaxoan, rey de Tzintzuntzan.



Se declara corte del reino Tzintzuntzan. El reino de Michoacan, creció rápidamente bajo la acertada direccion del monarca *Ziziz-Pandecuaré*, que poseia virtudes y capacidad no comunes. Comprendiendo la ventajosa posicion de la ciudad de Tzintzuntzan, la hizo corte del imperio, y mandó edificar templos y edificios suntuosos que la embellecieron notablemente. Tambien mandó hacer obras de importancia en los templos de Apupato, en que se hallaban sepultados algunos de sus nobles predecesores; y en los ámplios sepulcros de éstos, que eran subterráneos, guardó todos los tesoros reales. Contentos de su noble celo los pueblos, miraban sus disposiciones con prevencion benévola; y el monarca, lleno de noble ambicion y de amor patrio, introdujo notables mejoras en la administracion, dictó acertadas leyes, estableció el orden mas perfecto en los distintos ramos administrativos, y pronto sus vastos Estados se vieron fuertes, ricos y preponderantes.

Fortificaciones. Para atender á la seguridad del reino, colocó fuertes guarniciones en las fronteras, y empezó á levantar notables fortificaciones en la capital.

Muy poco tiempo llevaba de haber mandado construir las últimas, cuando se sintió atacado de una enfermedad, que al fin le llevó al sepulcro.

1460. Muerte del rey Ziziz-Pandecuaré. La muerte del sabio y prudente rey *Ziziz-Pandecuaré*, acaecida en 1460, cuatro años antes que la de Moctezuma I, fué profundamente sentida de todos sus vasallos.

El reino de Michoacan, bajo su reinado, creció en poder y en orden, como habia crecido Méjico durante el gobierno de Moctezuma. Eran los dos soberanos que brillaban al

mismo tiempo, y con igual esplendor, en el horizonte político de la América.

1460. Sucedió á *Ziriz-Pandecuaré* en el trono, Sube al trono de Michoacan Zuvanga ó Sihuanga. Sihuenga ó Zuvanga, hombre dotado de valor y de nobles sentimientos. Siguiendo las huellas de su predecesor, dió impulso á las artes y á la agricultura; y aunque amante de la paz, estaba siempre preparado para la guerra, temiendo que los mejicanos tratasen de llevar sus armas conquistadoras hasta sus provincias. Prudente y activo, mandó, para prevenirse contra cualquier ataque, que se trabajase con actividad en las fortificaciones que su antecesor habia comenzado en la capital; y pronto aquella obra, que mas tarde llamó la atencion de los españoles, quedó terminada.

Las conquistas del emperador mejicano *Axayacatl*, le hicieron creer que este guerrero monarca proyectaba algo contra Michoacan, y quiso prepararse para el caso de que algo intentase.

Entre tanto, el comercio crecia, la industria se aumentaba, y adquiria mejoras la administracion de justicia.

Estado de la industria. Los mosaicos de pluma, las telas de algodón, todos los artefactos, en fin, que se hacian en la nacion de los tarascos, en el bello reino de Michoacan, aventajaban en hermosura y perfeccion á las obras del mismo género hechas en las demás naciones de la América. Nadie podia competir con los tarascos, en la manera de curtir las pieles de los animales que cazaban: trabajaban primorosamente el oro y la plata; tenian bastantes conocimientos respecto del uso, mezcla y aplicacion de muchos colores, así vegetales como minerales; hacian

con exquisito gusto preciosas esteras de juncos; labraban la madera con instrumentos de cobre, como entendidos carpinteros y entalladores; en sus esculturas de piedra, revelaban mayor perfeccion que las otras naciones de Anáhuac, como se nota en la forma que dieron á sus ídolos; los lapidarios cortaban con suma facilidad y destreza las piedras preciosas, valiéndose de una arena especial que ellos conocian; y los fabricantes de instrumentos cor-  
Con las navajas de piedra se podian afeitar. tantes, hacian notables navajas de una piedra negra y dura, llamada *teinapo*, cuyo filo podia competir con el acero. Los soldados españoles, poco despues de la conquista, se afeitaban con esas navajas, sin sentir molestia ninguna.

El tejido de las telas destinadas para los reyes y magnates, era delicado y fino. Generalmente las destinadas á los monarcas, eran unas preciosas mantas de algodón, blancas unas, azules otras y de diversos colores las mas. No eran menos curiosos los tejidos hechos de pelos de conejo y de algodón, que usaban los caciques y gente principal.

Trajes de los michoucanos. La manera de vestirse de los tarascos diferia muy poco de la de los mejicanos. Entre los grandes personajes se acostumbraba llevar largo el ropaje hasta media pierna, y encima una vistosa manta terciada, formando un nudo encima de uno de los hombros: su calzado consistia en unas suelas delgadas de cuero de venado, bien curtido, que se sujetaban á los piés por medio de cordones, á semejanza de las sandalias; distintivo de la misma nobleza era llevar levantado el pelo y atado al rededor de la cabeza, formando con vistosos cordones

de algodón, de diversos colores, varias trenzas, y ostentar lujosos penachos de primorosas plumas.

La plebe iba desnuda, sin otra tela en todo su cuerpo que unos pañetes con que se cubrían sus pudencias; y el pelo lo llevaban suelto, con una que otra pluma en la cabeza.

Las indias llevaban el cabello levantado y en la forma misma que los nobles.

Cualidades físicas de los tarascos. Los michoacanos ó tarascos, eran ligeros, robustos, valientes, trabajadores, y la gente mas hermosa entre las demás naciones indias; sobresalían en el manejo del arco y de la flecha, y eran infatigables en sus marchas.

Como soldados, ninguno les aventajaba; y era casual la batalla que perdían.

Modo de ir á la guerra. Belicosos y amantes del peligro, iban á campaña con el placer y júbilo con que pudiera irse á una fiesta de regocijo y de placer; pintados los desnudos cuerpos de rojo, negro y amarillo; con petos hechos de hojas de maguey, y armados de arco, flechas, macana y escudo. Los estandartes, que los llevaban oficiales de alta graduacion, eran labrados de plumas de diversos y vivos colores; y para aumentar el entusiasmo y enardecer el corazón en medio del combate, llevaban una numerosa música de bocinas, trompetas, caracoles ruarinos y otros instrumentos mas ruidosos que armónicos.

Se deseaba en las batallas hacer prisioneros para el sacrificio. En las batallas procuraban, lo mismo que los mejicanos, mas que matar, hacer prisioneros para sacrificarlos á sus dioses. Para estimular el espíritu guerrero, se da-

Premios  
destinados á  
los que sobresa-  
llan en una  
batalla.

ban premios á los que se distinguian por alguna accion heroica en un combate.

Al capitán que alcanzaba la gloria de hacerse notable durante la batalla, le daba uno de los grandes del reino, por esposa, una mujer de las veinte que cada uno tenia; acto en que la mujer cedida, se consideraba muy honrada, porque se la consideraba como un gran premio al valor.

Para evitar cualquier golpe de mano de los mejicanos y matlatzingas, tenian fuertes guarniciones en las ciudades de las fronteras, que eran Tiaximaloyan ó Taximaroa, Tzi-tácuaro, Maravatio y Tzinapécuaro.

El valor era la primera virtud que debia resaltar en sus reyes y señores; y á ningun príncipe le era permitido ponerse joyas y ricos vestidos, sino despues de haberse distinguido en las batallas, haciendo, por su propia mano, algun prisionero.

Nunca se empeñaban en una guerra, sino despues de la cosecha, para asegurar así la manutencion de todos los habitantes del reino; pero si alguien trataba de invadir su reino, entonces les encontraban dispuestos á luchar en cualquier tiempo.

Juegos y  
diversiones.

Los juegos favoritos de los michoacanos eran la pelota y la carrera, y tenian extraordinaria aficion al baile y á la música

Se ignora el sistema de gobierno que rigió á los michoacanos en los primeros tiempos; porque no tuvieron la curiosidad de consignar en sus pinturas los acontecimientos operados en sus cambios políticos; pero desde que la monarquia llegó á su apogeo, la corona fué hereditaria.

El monarca ejercía un poder absoluto, en toda la extensión de la palabra. Sus vasallos estaban sujetos á su voluntad; le daban cuanto les exigía, y por la pesada servidumbre en que vivían, mas que súbditos, venían á ser esclavos. (1)

No les permitía tampoco á los señores y caciques grande libertad el rey; pero sin embargo, gozaban de algunas consideraciones.

Todos ellos, sin excepcion ninguna, tenían la obligacion de acudir al servicio del monarca; y en tiempo de guerra levantaban numerosos ejércitos en sus Estados, y colocados al frente de ellos, se ponían á disposicion del soberano.

Al valor y á la inteligencia de los habitantes de Michoacan, se reunían la actividad y el espíritu de adelanto.

En los momentos en que el monarca mejicano Axayacatl se preparó á llevarles la guerra, Michoacan se encontraba á una altura de civilizacion no inferior á la de los mejicanos, y gobernada, como hemos visto, por un rey entendido y prudente.

El vasto terreno que ocupaba, se veía cubierto de poblaciones mas ó menos importantes, y habitado por todas partes.

Los límites de Michoacan empezaba en el punto céntrico, pudiera decirse, del país de Anáhuac; y era, despues del reino de Méjico, el mas poderoso de todos, incluso el de Acolhuacan. Sus últimos soberanos lo eran tambien de la hermosa provincia de Jalisco; y su capital, Tzintzuntzan, presentaba edificios y templos notables. Sus

(1) Beaumont. «Crónica de Michoacan.»

confines con el imperio mejicano, los partia en Ixtlahuaca, distrito de Tula, extendiéndose ciento cincuenta leguas desde allí hasta la mar del Sur. Continuando desde este punto en direccion de la costa, iba á colindar cerca de Mazatlan, con diversas tribus nómadas que se mantenian de la caza y tenian sus movibles aduare en las frescas arboledas que se encontraban á las márgenes de los rios que bañaban los incultos campos de Sonora y Sinaloa. En forma irregular y caprichosa, y abarcando terrenos de una feracidad prodigiosa, se extendia por la parte del Norte y del Nordeste, hasta los vastos desiertos en que vagaban errantes los *teules chichimecas*; y al Norte y al Poniente, se dilataba abrazando á Zacatecas, Durango, Jalisco y Sinaloa, vastos territorios habitados por indómitas y diversas tribus guerreras, que conservaban distintas denominaciones.

Descripcion del suelo de Michoacan, su clima, sus producciones.	El terreno del poderoso reino de Michoacan ó tarasco, aunque montuoso y quebrado, ostentaba bellisimas vegas de una feracidad exuberante, y disfrutaba de un clima delicioso, templado y suave, que acaso supere al benigno y dulce con que Dios ha favorecido á la hermosa capital de Méjico. Allí, al lado de los árboles propios para la fabricacion, se encuentran los medicinales y los que brindan delicadas frutas: allí se elevaba frondoso el aromático cedro; el medicinal tamarindo de flores blancas; el gigantesco ahuehuete, de frondosas ramas: el ébano de maciza madera que compite en altura y calidad con el que se creia en las selvas de Ceilan y en la Etiopía; el frondoso llamado cañafistula, de hojas y flores vistosas, el ororuz, de flores de color
---	--

de rosa, de cuya raíz benéfica se toma el *palo dulce*; el taray; el guayaco de torcido tronco y madera medicinal; el agradable chirimoyo, de sabrosa fruta; el corpulento mamey; el coco, el guayabo, el plátano, el *chicozapote*, el cacao, y otros mil árboles de diversas frutos, cuya numerosa variedad sería difícil encontrar reunida en ninguna otra provincia.

En las entrañas de los montes, que ostenta la majestuosa sierra que embellece el pintoresco territorio de Michoacan, se ocultan abundantes y ricos minerales de oro, plata, bronce y cobre, al mismo tiempo que valiosas y exquisitas piedras.

Muchos y caudalosos son los rios que bañan y fecundizan las vistosas campiñas de la deliciosa region que ocupaban los tarascos. Entre ellos, se encuentran el de Urapan que, formándose en un ojo de agua de doce varas de circunferencia, brota con abundancia y fuerza tan extraordinarias, que, á distancia de pocas varas, no permite vadear sus corrientes; el de Zacatula, el de Talcatepeque; el de Xacona, San Gregorio, San Felipe, y otros muchos que mantienen en constante vigor y lozania los árboles, las plantas y las flores, que por todas partes se presentan á la vista del hombre. brindándole delicioso ambiente, grata frescura y regaladas frutas.

Grandiosas lagunas, cercadas de pintorescos pueblos escondidos entre el verde ramaje de los frondosos árboles, aumentan el seductor encanto del paisaje. La mas notable de esas hermosas lagunas es la de Pátzcuaro. Laguna de Pátzcuaro. en cuyas dulces aguas se encuentran los mas exquisitos peces. Esta laguna, que tiene quince leguas de



circunferencia y nueve de una punta á la otra, ostentaba en la época en que Méjico se disponia llevar la guerra á los tarascos, mayor número de pueblos situados en su esmaltada circunferencia, que los que actualmente la cercan y acompañan.

Abundantes aguas termales, como las salutíferas de Chucándiro y San Bartolomé, eficaces para curar numerosas enfermedades, así como las sulfurosas del manantial de Ario y de Tarameo que no permiten, por los elevados grados de calor que encierran, que nadie se lave en ellas, se encuentran en diversos puntos de aquel favorecido territorio.

En consonancia con la fertilidad de su rico suelo y con la belleza de su esplendente y limpio cielo, siempre azul y risueño, se encuentra su delicioso clima. Nunca, en la estación del invierno, que allí no es conocido mas que por el nombre, llueve ni nieva. El sol, constantemente libre de nubes importunas, envia sus limpios rayos, templando la transparente atmósfera en los últimos y primeros meses del año; y en la estación de las aguas, que empieza en los sofocantes calores de Junio, y termina á fines de Setiembre, las benéficas lluvias, cayendo única y casi infaliblemente de tres á cuatro de la tarde, refrescan gratamente la atmósfera, conservándola pura y agradable durante la noche, en que el cielo se ve tachonado de estrellas.

Los reyes de Michoacan, no solamente se dedicaron á proteger la agricultura y la industria, sino que, como los mejicanos y texcocanos, dictaron leyes que sirviesen á la sociedad de garantía y seguridad.

*Leyes penales de los michoacanos.* Los delitos se castigaban con severas penas; y para evitar que se cometiesen impunemente, habia en las principales poblaciones, gobernadores nombrados por el rey, que velaban por el orden y la conservacion de las buenas costumbres.

El distintivo de los principales ministros de justicia, consistia en una vara larga negra, adornada, en su parte superior, con plumas de colores, y engastada con piedrecitas que producian el sonido de los cascabeles.

*Jueces.* Cuando estos jueces pasaban por la calle, salian de sus casas algunos vecinos, para acompañarles hasta la inmediata, donde eran acompañados por los de aquella en que marchaba.

Los gobernadores no tenian mas facultad en la administracion de justicia, que examinar la causa de los transgresores de las leyes; pero de ninguna manera castigar ni absolver al acusado. La facultad de aplicar la pena, solo residia en el soberano, cuyo poder, como he dicho, era absoluto, para lo cual el gobernador le enviaba el informe y el reo.

*Código penal.* Al individuo que cometia estupro ó violencia contra la honestidad de una mujer, le rasgaban la boca hasta las orejas con un cuchillo de pedernal, y en seguida le clavaban sobre un palo.

El robo, se perdonaba por la primera vez, amonestando únicamente al ladron á que no repitiese el delito; pero si reincidia, le despeñaban de una inmensa altura, y dejaban tirado su cadáver, para que sirviese de pasto á las aves de rapiña.

La embriaguez, aunque era mal vista, no se castigaba

con las penas terribles con que se castigaba en Méjico y en Texcoco; y en los bailes y vítores que usaban, solian beber vino hecho de maiz, hasta el extremo de caer á tierra, privados de conocimiento y de fuerza. (1)

La vagancia se castigaba, condenando al entregado á ella, al trabajo de las minas, que era una especie de presidio perpétuo.

Para el homicidio no hubo señalada pena por mucho tiempo, como juzgando al hombre incapaz de perpetrar semejante crimen; pero viendo, mas tarde, que aquel se cometa, se ordenó que al homicida se le llevase arrastrando de los piés por calles y plazas, hasta que espirase.

Religion de los michoacanos. A empañar las bellas dotes naturales de los michoacanos, las obras de su clara inteligencia y de su creador ingenio, venia la funesta y falsa religion que, por desdicha, profesaban. En medio de las sencillas ofrendas de flores, copal y de diversas resinas aromáticas ofrecidas en el altar de sus ídolos, iba á mezclarse la horripilante de los sacrificios humanos.

Solemnidad en los funerales que se hacian á los reyes tarascos, y victimas que eran sacrificadas. Pero donde se manifestaban en marcado y encontrado relieve los nobles sentimientos de amor y de respeto hácia sus semejantes, con los duros actos dictados por la supersticion, era en los funerales de los reyes y de los grandes, que celebraban con un respeto profundo.

Desde el instante que caia enfermo el monarca, entraba á gobernar interinamente su sucesor, y acudian todos los médicos y herbolarios del reino, á fin de que el monarca se utilizase de los conocimientos de aquellos facultativos

(1) Beaumont. «Crónica de Michoacan.»

que mas entendidos juzgase para su enfermedad. Cuando esta no cedia á las medicinas, el rey llamaba á su sucesor, á los señores que gobernaban sus provincias y á todos los individuos que ejercian algun cargo público. Todos tenian obligacion de acudir al llamamiento del monarca; y aquel que no acudia, era considerado como rebelde y traidor. Cada uno de los referidos magnates se presentaba, llevando ricos regalos al rey enfermo, pues era condicion precisa llevarlos; y esos valiosos presentes se colocaban en un portal, donde habia una silla ostentando las insignias reales. En el momento en que el rey entraba en agonía, se prohibia á todos la entrada en su alcoba; y á los ilustres huéspedes se les señalaba, para que habitasen, espaciosos salones donde permanecian, perfectamente asistidos, hasta que espiraba el soberano.

Muerto el monarca, el sucesor al trono daba aviso de aquel triste acontecimiento á los magnates y funcionarios públicos. La noticia causaba en ellos una sensacion profunda, y corrian á la pieza mortuoria, llenos de afliccion, llorando y exhalando lastimeros ayes, apoderándose entre lágrimas y suspiros, del cuerpo del soberano. Dominados por el sentimiento de pena y de respeto, lavaban cuidadosamente el real cadáver, le vestian una camisa delicada de algodón, adornaban su garganta con rico collar de perlas; le ponian grandes zarcillos de oro en las orejas; valiosos brazaletes en los molledos, y en las muñecas unas pulse-  
ras de turquesas; un broche de oro y de esmeralda en la boca, pendiente del labio inferior; preciosas sandalias en los piés, como timbre heroico de su valor; cascabeles de oro en los tobillos; le adornaban el largo cabello con un

trenzado de ricas plumas y valiosa argenteria, y le ponian otras varias alhajas de subido precio que llamasen la atencion, asi por su valor como por su exquisita hechura.

Vestido el cadáver, lo colocaban en un lecho de finas mantas, preparado en un alto tablado, y le cubrian con otra manta finísima, en que se veia el retrato del rey, pintado de colores, y dibujados todos los objetos con que habian adornado el cuerpo.

Las mujeres del rey, que hasta entonces permanecian calladas, daban libre salida al llanto, exhalaban profundos suspiros, y pronunciaban palabras de dolor y de pena, que acompañaban con ademanes del mas vivo sentimiento.

Tras esta escena de llanto, venian otras mas serias y verdaderamente sensibles. Era preciso que al difunto monarca, acompañasen en el otro mundo un número de personas de ambos sexos, que le pudiesen proveer de todo lo necesario. La eleccion de esas personas era hecha por el que habia heredado el trono. Siete eran las mujeres que debian morir para que le sirviesen atentamente; y de hombres, uno de cada profesion y oficio, panadero, peinador, zapatero, sastre, cocinero, perfumista, leñador, músico, remero, barquero, fabricante de armas, platero, algunos de los médicos que habian pretendido curarle, sin duda para que los otros se afanasen en estudiar, y, otros, cuyos oficios y profesiones seria prolijo enumerar.

Al llegar la media noche, se disponia la procesion fúnebre para conducir el real cadáver, desde el palacio al templo, donde debia ser reducido á cenizas.

Abrian la marcha los desdichados que habian tenido la desgracia de ser elegidos para morir y acompañar al sobe-

rano. Llevaban en la cabeza graciosas guirnaldas de aromáticas flores, embarrado el cuerpo con pintura amarilla, guardando el mayor recogimiento, y marchando á lento paso y formando dos largas hileras.

Tras de las desventuradas víctimas iban cuatro señores de alta distincion, llevando en hombros las ricas andas en que marchaba el cadáver, y ostentando en sus trajes las insignias con que habian servido á su monarca. Seguian á los grandes que conducian las andas, los sacerdotes, con largas vestiduras blancas, labradas de negro, tiznados con pintura negra, enmarañado el largo cabello, ceñida la frente con una correa, y entonando con voz lúgubre, himnos religiosos, al son de una música de bocinas y caracoles. Despues de los sacerdotes marchaba la nobleza, y cerraba el lúgubre cortejo la multitud que caminaba con la cabeza inclinada y á una distancia respetable. De rato en rato, y aumentando lo pavoroso de aquella sùebre procesion, se escuchaba, en vez del doble de las campanas que ellos desconocian, el horripilante tañido causado por el golpe dado con huesos de caimanes sobre grandes rodelas de tortugas. El crecido número de luces que arrojaban las hachas de resinoso pino y de ocote, que llevaban en la mano los dolientes, imprimian un aspecto pavoroso á aquella escena en que muchos vivos, caminaban al funesto sitio donde les esperaba la muerte para que acompañasen á su rey.

Cuando la triste y numerosa comitiva llegaba al átrio del templo, daba cuatro vueltas al rededor de una gran pira de leña seca y resinosa que habia sido preparada con anticipacion por los sacerdotes, y con reverencia y notable acatamiento, colocaban el real cadáver en el último tramo

de la pira. Entonces cuatro ministros de los falsos dioses se acercaban con hachas de ocote encendidas, á la pira, y comunicando á la vez, por los cuatro lados, el fuego á la seca leña, las llamas se levantaban, envolviendo entre ellas el cadáver, en medio de los himnos religiosos, del tañido producido por las rodelas de tortuga, y por las bocinas y los caracoles marinos. En los momentos en que la hoguera empezaba á elevar su devoradora flama, se arrojaban sobre los desventurados que debían servir y acompañar al monarca en el otro mundo, y á quienes embriagaban para quitarles el temor, varios individuos armados de porras y macanas, y á golpes les quitaban la vida.

Las horas que restaban de la noche se pasaban en arrojar, de tres en tres y de cuatro en cuatro, los cadáveres de las víctimas sacrificadas, en unas hondas sepulturas, practicadas detrás del templo, que daban, segun su creencia, paso al otro mundo, y en atizar continuamente el fuego de la pira, hasta pulverizar el cadáver. Al rayar el día y asomar la luz primera del sol, se recogian cuidadosamente las cenizas, las joyas derretidas por el fuego, las valiosas piedras que se conservaban enteras y algunos huesos no consumidos; y unido todo, lo colocaban en un lienzo, procurando darle la forma del monarca, colocándole, para figurar el rostro, una careta de oro. Figurado así el cuerpo, le adornaban de nuevas joyas y gales, practicando las mismas ceremonias que en el entierro: le colocaban en la espalda una rodela de oro; y poniéndole al lado un rico arco y algunas flechas, le conducian á una ancha sepultura, profunda y cuadrada, semejante á una espaciosa alcoba, delicadamente esterada, en medio de la cual se

veía una cama de madera, donde era colocado el bulto que figuraba al rey. El lecho ostentaba rodela de oro, alhajas y preciosas joyas de notable valor. Junto á esta valiosa cama, ponían provisiones de pan, vino y delicadas viandas para que no sufriese hambre ni sed en el viaje. Acomodados en sus respectivos lugares las ollas, las vasijas y los platos, el gran sacerdote tomaba en sus brazos el envoltorio que figuraba al monarca, y en el cual estaban sus cenizas, y lo metía en una gran tinaja, le sentaba en ella con el rostro hácia al Oriente, tapaba la tinaja pronunciando algunas palabras, y en seguida se marchaba. Entonces los nobles y demás sacerdotes, tendían sobre la tinaja y la cama muchas y finas mantas; llenaban con cajas de caña, en que estaban las bellas plumas y las alhajas con que se adornaba el rey en los bailes, el hueco que quedaba, y todo lo cubrían con vigas barnizadas, formando una especie de bóveda, diferenciándose en esto de las demás sepulturas que se cubrían de tierra.

Terminadas las ceremonias referidas, todos los que habían tocado los cadáveres se bañaban, para evitar el contagio; y en seguida marchaban al palacio, donde el nuevo monarca les daba un opíparo banquete en el espacioso patio. Levantados los manteles, daban á cada convidado un trozo de algodón, con el cual se limpiaban el rostro, y en aquel patio permanecían cinco días, manifestando una tristeza profunda, con la vista clavada en el suelo, y sin pronunciar una sola palabra que interrumpiese el silencio. Eran cinco días de un duelo profundo, en que la ciudad remedaba un ancho sepulcro; días en que á nadie le era permitido encender lumbre en su casa, moler el maiz, ni



hacer nada que pudiese interrumpir el silencio: los mercados y *tianguis* cesaban; ninguna persona cruzaba por las calles, y todos permanecían en sus casas tristes, afligidos, y entregados al ayuno por la muerte del rey.

El nuevo monarca no se mostraba menos conmovido que sus vasallos; y los señores de las provincias, manifestando un dolor intenso, iban á llorar á la tumba, y velaban el sepulcro, alteruándose, segun el orden que establecían.

Las ceremonias referidas, solo se usaban con los reyes, los señores y los grandes. Respecto del pueblo, los entierros de los tarascos se celebraban segun la posibilidad de las familias, aunque con muchas y raras supersticiones. Generalmente elegían para sepulcro, las faldas de los cerros, que venían á ser unos cerritos sueltos, hechos á mano, con piedras y cascajo, de los cuales aun se ven algunos en lo que lleva el nombre de Mal-Pais.

Guerra entre  
michoacanos y  
mejicanos. Dado á conocer las costumbres y la riqueza del suelo á donde el emperador mejicano Axayacatl llevaba la guerra, pasemos á referir las operaciones de la campaña.

El monarca de Michoacan, el cauto y valiente Sihuau-ga, se preparó á recibir á su terrible adversario desde el instante que se declaró la guerra, y reforzó la frontera con numerosas y aguerridas tropas.

La lucha empezó con tenacidad y encarnizamiento.

Los mejicanos alcanzaron al principio, tras de rudos y costosos combates, algunas ventajas, logrando penetrar en las fronteras de sus enemigos; pero pronto se vieron detenidos en su avance. El monarca michoacano Sihuau-

ga, poniéndose al frente de su aguerrido ejército, esperó al conducido por el rey Axayacatl.

Sangrienta  
batalla. Dada la señal de ataque por una y otra parte, las tropas tarascas y mejicanas se acometieron lanzando espantosos alaridos, aumentando su ardor bélico el incesante ruido de las bocinas y caracoles marinos, tocados por los músicos. A una lluvia espesa de flechas, arrojadas al emprender el avance unos sobre otros, siguieron los terribles golpes de las macanas, al luchar cuerpo á cuerpo. El furor de los combatientes crecía á medida que corria la sangre, tiñendo de rojo la campiña.

Nunca se habia dado una batalla mas sangrienta que aquella.

El odio que se profesaban mejicanos y michoacanos, les hacia á unos y otros despreciar la muerte, y arrojar-se sobre sus contrarios con el afan de esterminarles.

Muchas horas llevaban de combatir y de matar. Los combatientes, pisaban, por decirlo asi, no sobre el suelo, sino sobre cadáveres.

La mayor parte de la nobleza mejicana habia perecido, y sus mejores capitanes estaban muertos ó heridos.

Axayacatl, ardiendo en ira, hizo un sublime esfuerzo, procurando alcanzar la victoria; pero en aquella acometida perdió á varios de sus mas distinguidos guerreros y al valiente Huitznahuatl, á quien profesaba singular afecto.

Los mejicanos  
son derrotados  
por los  
michoacanos. El monarca mejicano trató de vengar aquella muerte; pero rodeado por todas partes de enemigos, viendo sin vida sobre el campo de batalla la flor de sus jefes y de su ejército, y fatigados, heridos y sin capitanes á sus soldados, se vió precisado á

emprender la retirada con los restos de sus destrozadas tropas.

Los mejicanos, destruidos y acosados por los michoacanos, y dejando millares de prisioneros entre sus vencedores, volvieron á Méjico, tristes por el funesto éxito de la campaña.

Axayacatl, inconsolable por su derrota, se encerró en su palacio, á donde fueron á consolarle los principales señores y guerreros, haciéndole ver que no siempre es voluntad de los dioses premiar el valor; y que toda vez que los mejicanos, con su conocida decision y prodigando su sangre por la patria, habian probado á los michoacanos el esfuerzo de su brazo, la mayor prueba de entereza era resignarse á acatar la voluntad del que era la luz y la noche, el agua y el fuego, el cielo y la tierra, del magnánimo dios *Huitzilopochtli*.

El rey Axayacatl escuchó con grata satisfaccion las palabras de los nobles de su reino, y se manifestó grande en medio de su infortunio. «El que tiene en su mano—dijo—los triunfos y las derrotas; el que prueba en la desgracia el temple de los corazones; nuestro adorado dios *Huitzilopochtli*, dispuso negarnos la victoria, y yo venero su voluntad: mis valientes guerreros no han sido vencidos por las manos débiles de mujeres, sino por el robusto brazo de intrépidos michoacanos: la sangre de nuestros compatriotas, vertida á torrentes, ha servido de grata ofrenda á nuestra divinidad; y las almas de los que han perdido la vida, han volado á gozar de la eterna gloria que nuestro dios *Huitzilopochtli* tiene destinada á los que mueren combatiendo por él y por la patria.»

Aunque el rey Axayacatl se manifestaba resignado con el revés sufrido, no por esto desistió del pensamiento de hacer la guerra á los michoacanos. Su espíritu guerrero se sublevaba contra la idea de haber sido derrotado, y se propuso volver de nuevo á la lucha para vindicar su honor.

Su pensamiento fué ensanchar los limites de su imperio, por la parte del Poniente que le parecian demasiado estrechos por aquel punto, y continuar en seguida, internándose en Michoacan.

Nuevas conquistas de Axayacatl. Resuelto á llevar á cabo su empresa, preparó un numeroso ejército; marchó al frente de él por el valle de Toluca, y pasó mas allá de los montes; pero únicamente logró apoderarse de Tochpan y de Tlaximaloyan, quedando desde entonces fijada en aquel punto la frontera del reino de Michoacan.

El monarca Axayacatl, dejando en la frontera una parte de sus tropas para que conservasen lo conquistado, se apoderó, volviéndose hácia el Oriente, de las ciudades de Ocuilla y de Malacatepec.

Dueño de estos puntos, Axayacatl volvió á Méjico, donde empezó á prepararse para nuevas conquistas.

Los tlaxcaltecas, con quienes Moctezuma habia prohibido que se tuviese comercio ninguno, enviaron unos comisionados al rey Axayacatl, en solicitud de que se estableciese entre ambas naciones el tráfico, siempre útil á todos los pueblos. La sal, el cacao y el algodón, de que carecian en absoluto, les obligaba á insistir en su demanda. Axayacatl, ensoberbecido con la rápida prosperidad con que su nacion marchaba, respondió que el rey de Méjico era señor de todos los pueblos situados en el continente ame-

ricano; que no reconocia en nadie derecho para que le hiciese proposiciones; que los habitantes todos de los diversos reinos, eran sus vasallos; y que si los tlaxcaltecas querian alcanzar su favor, le prestasen obediencia y se declarasen tributarios de la corona de Méjico.

La arrogante contestacion de Axayacatl, llenó de indignacion á los embajadores. Ofendidos por las palabras del monarca mejicano, contestaron que los tlaxcaltecas no debian tributo á ninguna nacion, porque de ninguna habian sido tributarios nunca; que desde que sus antepasados habian salido de los países septentrionales, para habitar el punto que ocupaban, habian disfrutado de completa libertad; y que no estando acostumbrados á la esclavitud, ni hallándose dispuestos á sufrirla nunca, se retiraban dispuestos á derramar su sangre contra cualquiera nacion que tratase de imponerle su yugo.

Axayacatl se propuso probar, llevando la guerra á los tlaxcaltecas, que tenia poder suficiente para obligarles á ser sus tributarios; pero la muerte vino á <sup>1477.</sup> Muerte del rey privarle de la vida antes de que pusiese en <sup>Axayacatl.</sup> plauta sus nuevos proyectos, y falleció en 1477, á los trece años de un reinado glorioso, en los cuales la monarquía mejicana extendió notablemente sus límites.

Axayacatl, aunque dedicado á las conquistas, no por esto descuidó el buen despacho de la administracion de justicia, ni los demás importantes negocios públicos. Fué severo en castigar á los transgresores de las leyes que su antecesor dió á los pueblos: su valor no tuvo límites; y su amor á la patria, igualó á su celo por el lustre de las armas. Tuvo muchas mujeres, de las cuales dejó numero -

sos hijos, entre ellos Moteuczoma II, que llegó á ser célebre en la historia, así por su poder y magnificencia, como por haberse hallado ocupando el trono á la llegada de Hernan Cortés al rico suelo de Méjico.

Todos los ricos y numerosos despojos de oro, plata, perlas y alhajas que de sus frecuentes conquistas, durante sus trece años de reinado, llevó el rey Axayacatl á la capital, así como los valiosos tributos y presentes que de los mismos ricos objetos le enviaban con frecuencia los señores feudatarios, los dejó guardados, sin que nadie mas que la familia real supiese el sitio en que estaban, en una espaciosa pieza de uno de sus palacios.

---



## CAPITULO XVIII.

Tizoc, sétimo rey de Méjico.—Sale á campaña.—Fiestas que se hacen en su coronacion.—Trajes de los mejicanos, y adornos que llevaban en el rostro.—El rey Tizoc somete al órden varias ciudades rebeladas.—Guerra entre huexotzingos y texcocanos.—Triunfo de los texcocanos.—Casamiento de Nezahualpilli con una sobrina del rey de Méjico.—El monarca Tizoc muere envenenado.—Son castigados los culpables.—Ahuitzotl, octavo rey de Méjico.—Sale á campaña para hacerse de los prisioneros, para el sacrificio en su coronacion.—Concluye el templo de Huitzilopochtli.—Dónde estaba el *teocalli* principal.—Lo que habia en sus cimientos.—Número de víctimas sacrificadas en la dedicacion del templo.—Los indios pintados por los poetas y presentados por la historia.—Nuevas hecatombes.—Muerte del rey de Tacuba.—Tototquhuatzin, tercer rey de Tacuba.—Nuevas conquistas de Ahuitzotl.—Los mejicanos son derrotados en Atlixco.—Valor y fuerza de Toltecotl, capitan huexotzingo.—Proyecto de un acueducto.—El rey Ahuitzotl manda matar á un fiel consejero.—Ceremonias en la conduccion del agua á Méjico.—Nueva inundacion de Méjico.—Hambre en Méjico.—Descubrimiento de la piedra *tezcoulli*.—Mas conquistas.—Muerte del rey Ahuitzotl.

1477.

Tizoc,

Celebradas las exequias de Axayacatl, fué 7.<sup>o</sup> rey de Méjico. nombrado rey de Méjico, por voto unánime de los cuatro electores, su hermano Tizoc, ó Titzotzin, que significa *flechado*, y que, como general, se habia distinguido ya en varias campañas.



Para hacerse de los prisioneros que debían sacrificarse en las fiestas de su coronación, llevó la guerra á varios pueblos tributarios que se habían sublevado en cuanto espiró el monarca Axayacatl, anhelantes de sacudir el yugo de los monarcas mejicanos.

Entre las ciudades rebeladas, proclamando su independencia, se encontraban Toluca y Tecaxic; y en el país de los mixtecos, Tlapan y Tamapachco.

El monarca Tizoc, combatiendo al frente de sus agueridas y numerosas huestes, las venció, y las volvió á la sujeción de la corona de Méjico.

Los despojos alcanzados en esa campaña fueron numerosos y de gran valor.

Los habitantes de la capital salieron á recibir al rey triunfante, llenando los aires de entusiastas aclamaciones.

Las fiestas celebradas en su coronación, se hicieron notables por el placer y la alegría demostrada por la población entera.

Fiestas y juegos. Sacrificados al dios *Huitzilopochtli* los numerosos prisioneros, y repartidos sus brazos y sus muslos entre los militares que los vencieron, para regalo de sus banquetes, el pueblo acudía á todas partes, llenando las calles y las plazas en que había bailes, música, juego de pelota, volador, teatro y ejercicios gimnásticos.

La vista que presentaba aquel inmenso océano de gente por la diversidad de colores que se advertían en sus trajes, así como en los adornos que ostentaban en el rostro y la cabeza, era verdaderamente pintoresca.



Caballero azteca con todas sus insignias



Trajes de los  
mejicanos  
y adornos que  
llevaban  
en el rostro.

Allí se veía á los hombres del pueblo, cubiertas las pudencias de su desnudo y cobrizo cuerpo, por una faja de algodón, llamada *maxtlatl*, cuyas extremidades colgaban por detrás y por delante; llevando terciada y anudada sobre uno de los hombros una capa cuadrada, conocida con el nombre de *tilmalli*, de cerca de cuatro piés de cada lado, hecha del áspero hilo de maguey, pero de un tejido ordinario y abierto; calzados con unas sandalias, denominadas *cacalli*, que eran una suela de cuero de venado, sujeta al pié por correas; (1) ostentando grandes pendientes de conchas, de ambar ó de otra materia reluciente, en las orejas, en la nariz y en el labio inferior; llevando vistosos collares en el pescuezo; pulseras en los brazos, y argollas en las piernas; con su lengua cabellera trenzada y recogida, y dejando flotar sobre sus cabezas, brillantes plumas de variados colores.

Junto á ellos se descubria á las mujeres, tambien del pueblo, con la negra cabellera suelta, sin mas ropaje que un pedazo cuadrado de tela ordinaria de algodón, con que se envolvian desde la cintura hasta la rodilla, sujetándola con una faja, improvisando así unas enaguas que llamaban *cueitl*, y cubriendo su pecho y espalda con una especie de camisa, sin mangas, llamada *hucipilli*, que la llevaban por encima, y que apenas les llegaba á la cintura.

Ocupando los puntos principales y rodeados de sirvientes y de esclavos, se veía á los ricos y nobles, con finísimas ca-

(1) Hoy llaman generalmente á este calzado los indios, *guanaches*; voz tomada de la lengua tarasca.

pas de algodón de variados colores, bellos penachos de plumas en la cabeza; con valiosos pendientes de oro y piedras preciosas en las orejas, nariz y labio inferior; con preciosos collares de finas esmeraldas, costosos brazaletes, argollas de oro en las piernas; con exquisitas sandalias sujetas al pié, por medio de hermosos cordones trenzados de oro y piedras preciosas; y ostentando en el adorno de sus vestidos las alhajas de mas valía.

Todo era animacion y vida en la ciudad en aquellos dias en que se celebraba la coronacion del nuevo soberano.

Terminadas las fiestas públicas, el rey Tizoc se dedicó á la buena marcha de los asuntos del Estado.

Mas inclinado á los negocios interiores que á la guerra, se entregó á los trabajos gubernativos, y vigiló con empeño sobre la recta administracion de justicia. Pero no obstante su repugnancia á la guerra, muchas veces se vió

Tizoc somete á la obediencia varias ciudades rebeladas. precisado á salir con su ejército, para reducir á la obediencia á Estados sometidos por sus predecesores, y que buscaban sin descanso la ocasion de hacerse independientes de la corona de Méjico.

Catorce fueron las ciudades rebeladas en diversas épocas de su reinado, que obligó á volver á la obediencia, venciéndolas, segun consta de una *Coleccion* de pinturas antiguas que se conservan.

Mas amante de la paz que de la guerra, Tizoc, solo recurria á esta cuando era indispensable afianzar por las armas la estabilidad de aquella.

Dotado de un carácter grave, circunspecto y severo, semejante al que habia distinguido á los monarcas que le precedieron, se mostraba celoso de la observancia de las

buenas costumbres, y castigaba con rigor á los que cometían delitos de importancia.

Guerra entre los texcocanos y los huexotzingos. Mientras el nuevo soberano de Méjico se ocupaba de la buena marcha de los negocios públicos y del embellecimiento de la ciudad, el reino de Acolhuacan, que el sabio Nezahualcoyotl dejó floreciente y poderoso, sentía rugir la amenazadora tempestad de las revoluciones.

Nezahualpilli, que habia heredado las virtudes de su excelente padre, seguia las huellas del rey poeta y legislador, protegiendo la agricultura, las artes, las ciencias y las letras. Amante del embellecimiento de la ciudad, mandó construir un gran palacio, en que se ocuparon los artistas mas notables que contaba la culta Texcoco.

Durante los primeros años de su reinado, la armonía mas perfecta existió entre él y sus hermanos. Ninguno de estos parecia envidioso de que el menor de ellos hubiese sido el preferido para ocupar el trono. La memoria y el respeto hácia el finado monarca, que les habia recomendado la union, mantenía firme el lazo de la familia; pero pasado algun tiempo, la ambicion vino á ahogar el sentimiento fraternal en los hermanos mayores, y juzgándose humillados con obedecer al menor, resolvieron derrocarlo del poder que ellos ambicionaban.

Los hermanos del rey Nezahualpilli conspiran contra él. Para alcanzar la realizacion de su deseo, empezaron á conspirar en secreto con algunos partidarios que tenían, y se pusieron de acuerdo con los chalqueses para dar el golpe proyectado. Obstáculos imprevistos se opusieron á la realizacion del plan proyectado con los chalqueses; y entonces

los principes conspiradores solicitaron el favor de los huexotzingos, que se prestaron á servirles. Informado el rey Nezahualpilli de lo que contra él se intentaba, reunió un numeroso ejército, y marchó á su cabeza contra los huexotzingos, en cuyas filas se hallaban sus rebeldes hermanos. El general de las tropas huexotzingas, juzgando que el triunfo completo se alcanzaria fácilmente si se lograba matar ó hacer prisionero al rey, se informó del traje con que habia salido á campaña, y ofreció codiciados premios á los que le presentasen vivo ó muerto, y les dió las señas del vestido que llevaba. Muchos se propusieron alcanzar el premio, y se dispusieron á lanzarse sobre el monarca en cuanto empezase la accion. No faltó alguna persona que informase á Nezahualpilli de la disposicion tomada; y el rey, aprovechándose del aviso, y tratando de burlar el golpe proyectado, cambió de traje antes de presentarse á sus contrarios, haciendo que uno de sus capitanes se vistiese con el suyo y con las insignias reales.

La batalla se trabó con igual valor por una y otra parte. Un número considerable de huexotzingos, codiciosos de alcanzar el premio ofrecido al que matase ó hiciese prisionero á Nezahualpilli, se lanzaron sobre el capitan que vestia el traje del rey, equivocándole con este, le cercaron por todas partes, y trataron de apoderarse de él. Los soldados del acometido, defendian á su jefe con un valor heroico, á la vez que él luchaba con temerario arrojo. El monarca Nezahualpilli, que habia previsto que los esfuerzos del ejército contrario se dirigirian contra el que juzgaban rey, acometió con furia indecible á los huexotzingos

por la retaguardia. En aquellos momentos caía muerto, por infinidad de heridas, el capitán que llevaba las insignias reales; los huexotzingos lanzaron un grito de alegría, mientras los texcocanos, creyendo muerto á su monarca, pues ignoraban el cambio de vestido, empezaron á desmayar visiblemente. La presencia de Nezahualpilli, atacando

Los huexotzingos son derrotados por los texcocanos. por la espalda á los que se juzgaban triunfantes, animó á los suyos y difundió el terror en los contrarios. El general de los huexotzingos, que trató de resistir el ataque del monarca texcocano, fué muerto por éste; y los huexotzingos, al verse sin jefe, y acosados por todas partes por las tropas texcocanas, emprendieron la fuga en completa derrota, dejando sembrado el campo de batalla de millares de cadáveres. Los texcocanos, victoriosos y sin hallar enemigo que se opusiera á su paso, penetraron en Huexotzingo, saquearon completamente la ciudad, y cargados de ricos despojos, volvieron á Texcoco llenos de satisfacción por el triunfo alcanzado. Se ignora si los príncipes rebeldes, hermanos del rey, quedaron muertos en la sangrienta acción, en la cual lucharon con marcado valor, ó si se salvaron huyendo á lejanos reinos. La notable circunstancia de que nunca se llegó á saber el sitio en que se hallaban, ni á tener noticia alguna de que existían, induce á creer que retirándose de la lid mortalmente heridos, espiraron en algun bosque ó caverna, donde se ocultaron para no ser hallados por sus enemigos.

El vencedor monarca, queriendo dejar un monumento que perpetuase la memoria del triunfo alcanzado, hizo que se construyese un sólido muro, que encerrase el mismo es-



pacio que ocupaban los soldados huəxotzingos, que acudieron á defender á su general cuando cayó muerto por su mano. El monumento llevó el nombre del dia en que se ganó la memorable batalla.

El rey Nezahualpilli se casa con dos señoras mejicanas. Pocos dias despues de la anterior victoria, Nezahualpilli pensó en unirse á una mejicana de familia distinguida, para estrechar así mas el lazo que unia á las dos aliadas naciones. Muchas eran las mujeres que entonces tenia Nezahualpilli, y todas de la nobleza, de las cuales contaba numerosos hijos; pero á ninguna habia elevado al rango de reina, reservando este honor para alguna parienta del monarca mejicano.

Constante en su pensamiento, pidió á Tizoc, rey de Méjico, que le diese para esposa una jóven de la familia real; y Tizoc se apresuró á obsequiar su deseo, dándole una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin.

Conducida la novia á Texcoco por los embajadores de Nezahualpilli, se celebraron las bodas con un esplendor nunca hasta entonces visto, asistiendo á ellas los reyes de Méjico y de Tacuba, y toda la nobleza de las tres naciones. Asistió igualmente á la ceremonia una hermana de la bella desposada, llamada Xocotzin, jóven de una hermosura extraordinaria, á quien profesaba particular aprecio. Dominada de este profundo afecto, pidió á su padre que dejase á su hermana viviendo con ella en su palacio de Texcoco, y concedido el favor, la hermosa Xocotzin permaneció junto á la recién desposada.

Segundas bodas de Nezahualpilli. Pronto la belleza de la simpática Xocotzin, inflamó el corazon del rey Nezahualpilli, y

pidiéndola por mujer, se unió á ella, elevándola también á la categoría de reina.

Estas segundas bodas excedieron en fausto á las primeras, desplegando la corte un lujo inusitado y un esplendor deslumbrante.

De ambas hermanas tuvo el rey hijos, cuyo nacimiento se celebró con las solemnidades y fiestas dignas del brillo de su corona. De la primera, tuvo al príncipe llamado *Cacamatzin*; y de la segunda á *Huezohtincatzin*, á quien se puso este nombre, en memoria del triunfo alcanzado sobre los huexotzingos.

Ambos desempeñaron un papel importante en los acontecimientos que mas tarde se operaron en Anáhuac, y de los dos nos ocuparemos detenidamente, cuando lo exija la relacion de los hechos.

1482.  
Muerte del rey  
de Méjico  
Tizoc.

Cuando en Texcoco las satisfacciones y los licitos placeres parecian empeñados en hacer agradable la existencia del rey Nezabualpilli, en algunos Estados tributarios de Méjico se trabajaba secretamente para privar de la suya al monarca mejicano Tizoc. Entre los que proyectaban la muerte del soberano, se encontraba Techotlalla, señor de Itzamalapan, y Maxtlaton, señor de Tlachco, ambos feudatarios suyos.

Cautos y poderosos, únicamente revelaron el pensamiento á las pocas personas que debian ejecutarlo, y á quienes ofrecieron un premio considerable.

El rey Tizoc se ocupaba en aquellos instantes de preparar materiales para erigir un nuevo templo al dios Huitzilopochtli, que excediese en magnitud y grandeza á todos los fabricados hasta entonces. Hecho el diseño y apenas

comenzada la obra, el rey espiró en 1482, á los cinco años de su reinado, víctima de un veneno que los señores de Itztapalapan y de Tlachco lograron que se le diese de una manera disimulada. El vulgo atribuyó la muerte del monarca á las hechiceras; pero la nobleza, comprendiendo que existia en ella algo que revelaba un crimen, trabajó con actividad para averiguar la causa, y llegó á descubrir á los autores de ella. Reducidos inmediatamente á prision,

Se les condena  
á muerte á  
los que  
envenenaron  
al rey.

los regicidas sufrieron la pena de muerte en medio de la ancha plaza de Méjico, en presencia de los reyes aliados, de los señores de otras provincias y de la nobleza mejicana y

de Texcoco.

1482.

Abuitzotl  
8.º rey de  
Méjico.

Las exequias del monarca Tizoc, que espiró en el año quinto de su reinado, se celebraron con la grandeza que á su elevado carácter

correspondia. A las exequias siguió la eleccion de nuevo soberano, que recayó en su hermano Abuitzotl, que se habia distinguido, como general de los ejércitos, en diferentes campañas.

Significado del  
nombre  
Abuitzotl.

Abuitzotl, que significa, *animal palustre*, se hallaba en lo mas florido de la edad y an-

helante de gloria y de renombre.

Sale el rey á  
campaña para  
hacerse de  
prisioneros á  
quienes  
sacrificar  
en su  
coronacion.

El nuevo monarca, despues de las ceremonias que seguian á la eleccion, salió á campaña para hacerse de los prisioneros que debian sacrificarse en las fiestas de su coronacion.

Los primeros que sintieron el golpe de su ejército fueron los mazahuas, que se habian rebelado contra el rey de Tacuba y sacudido su yugo. Vencidos y der-

rotados y reducidos al orden, el rey Ahuitzotl volvió triunfante á Méjico, donde fué coronado con la mayor solemnidad.

Su primer cuidado, despues de empuñar el cetro, fué continuar la fabricacion del suntuoso templo trazado y principiado por el rey Tizoc.

La suntuosa fábrica se levantó en el mismo sitio en que hoy se encuentra la notable catedral católica, que embelece á la moderna y hermosa ciudad de Méjico.

El templo principal de Méjico estaba en Tlatelolco, y no donde hoy se halla la catedral.

El nuevo *teocalli* ocupaba una área inmensa; pero no era, como se ha dicho, por apreciables historiadores, el templo principal que existia en la corte de los emperadores aztecas.

Ha padecido una equivocacion el ilustre historiador Clavijero, al asegurar que, el espacioso *teocalli* «empezado por el rey Tizoc y terminado por Ahuitzotl, fué aquel gran templo que tanto celebraron los españoles despues de haberlo arruinado, que ocupaba el centro de la ciudad, y comprendia, juntamente con los otros templos y edificios anexos á él, el sitio de la gran iglesia catedral.» (1)

El gran *teocalli*, el que justamente llamó la atencion de los españoles y describieron ensalzando su grandeza Hernan Cortés y Bernal Diaz del Castillo, se levantaba imponente y soberbio en Tlatelolco, junto á la plaza del mismo nombre; de aquella gran plaza cercada de portales, doble-

(1) Clavijero. «Historia antigua de Méjico.» Beaumont en su «Crónica,» dice lo mismo que el Sr. Clavijero, que «el templo principal estaba donde se halla hoy la catedral.»

mente mayor que la plaza de Salamanca, (1) y en el sitio mismo en que hoy se encuentra la iglesia de Santiago, ocupando una insignificante parte del vasto terreno que ocupó el templo gentilico.

La exacta descripción del *teocalli* que presenta el ilustre historiador Clavijero, corresponde perfectamente á lo consignado en sus líneas por aquellos dos testigos oculares, de los hechos que referian; pero ha sufrido una equivocación al aplicar al templo levantado por el rey Ahuitzotl, lo que realmente se decía del de Tlatelolco.

De los renglones trazados por el conquistador de Méjico y el rudo militar que consignó lealmente los sucesos que se operaron en el país de Anáhuac, se desprende que el gran *teocalli* á que se referian, se hallaba situado en un punto contiguo á la plaza de Tlatelolco, y que contaba una antigüedad mas lejana que la del templo trazado por Tizoc y levantado por el rey Ahuitzotl.

Cuando en son de amistad, Hernan Cortés visitó el 12 de Noviembre de 1519 la capital de Moctezuma II, manifestó á sus soldados, que seria conveniente dirigirse «á la plaza Mayor, á ver el gran adoratorio de *Huitzilopochtli*,» (2) favor que solicitó del emperador mejicano. Concedido el permiso, Hernan Cortés y sus soldados «fueron al Tlatelolco,» cuyo mercado les sorprendió agradablemente; y apenas salieron de la provista plaza «entraron en el *gran cu*, que ostentaba antes de llegar á él un gran circuito de patios, mayores que la plaza de Salaman-

(1) Hernan Cortés. «Segunda carta-relacion al emperador Carlos V,» el 30 de Octubre de 1520.

(2) Bernal Diaz.

ca.» (1) Así que Hernan Cortés y sus compañeros llegaron á la altura del templo, Moctezuma, que se encontraba en él, le dijo al primero: «señor malinche, fatigado estareis de haber subido á nuestro *gran templo*.» (2) Bernal Diaz, pinta en seguida el bello panorama que se describía á la vista; el gran movimiento de la gente que hormigueaba en el mercado y «cuyo solo rumor y el zumbido de las voces y palabras, se podian oír á distancia de una legua;» describe los grandes patios, seminarios y demás templos que estaban delante del dios *Huitzilopochtli*, «en que ahora se vé la iglesia de Santiago Tlatelolco,» y termina el capítulo diciendo que, «el *gran cu* de Tlatelolco, era el mayor templo de ídolos de todo Méjico, aunque habia muchos y muy suntuosos.» (3)

Que este templo era el mismo de que hablaba Hernan Cortés en su segunda carta á Carlos V, diciendo que «era el principal; que dentro de su circuito, cercado todo de un alto muro, se podria formar una villa de quinientos vecinos; que tenia cuarenta torres, y que en una de sus capillas puso la imágen de Nuestra Señora,» se ve claramente, por que de la expresada imágen habla Bernal Diaz, refiriendo que, con permiso de Moctezuma, se colocó aquella y una cruz, en el *gran cu* de Tlatelolco, en un altar apartado de los ídolos, dejando ambas cosas al cuidado de un soldado viejo.

(1) Bernal Diaz.

(2) Idem.

(3) Mucho me ha dtenido—dice Bernal Diaz—en contar deste gran cu del Tlatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo Méjico, porque habla tantos y muy suntuosos, que entre cuatro ó cinco barrios tenian un adoratorio y sus ídolos.

Otro dato importante concurre para acabar de persuadir de que al hablar del templo mayor, los conquistadores se refieren al *teocalli* de Tlatelolco.

Cuando Bernal Diaz describe lo que en los cimientos de aquel templo depositaron los que tomaron parte en su construccion, temiendo que se dudase de su verdad, porque hablaba de un santuario de época muy remota, dice que su relacion descansa en los informes que los caciques y principales señores, así como el mismo Guatimotzin le dieron, asegurándole que lo sabian por tradicion y porque así constaba de sus libros y pinturas correspondientes á las cosas antiguas. (1)

Si se hubiera referido al levantado por Ahuitzotl, que no contaba de construido mas que cuarenta y cuatro años, que se cuentan desde 1477, en que subió el trono el rey Tizoc, hasta 1521, en que Hernan Cortés se upoderó de Méjico, no hubiera empleado Bernal Diaz la frase de *mil años*, ni los caciques se habrian referido á los libros y pinturas de hechos antiguos, puesto que la mayor parte de ellos debieron ser testigos oculares de aquel hecho.

Creo, pues, que la equivocacion de los diversos y res-

(1) «Dirán ahora algunos lectores muy curiosos, que cómo pudimos alcanzar á saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron,» etc., haciendo sobre mil años (esto es, un número indefinido y considerable de años; que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los volares, que luego propusimos que en aquel *gran cu* hablamos de hacer la iglesia de nuestro patron y guñador, señor Santiago; y los caciques, y los principales señores, así como el mismo Guatimotzin dijeron que es verdad, «e que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas.»—Bernal Diaz. «Historia de la conquista de Méjico.»

petables autores que han descrito Méjico, dando el nombre de templo principal al *teocalli* que ocupaba el sitio en que hoy se levanta la suntuosa iglesia metropolitana, ha provenido de una cosa de fácil explicacion.

Despues de la toma de la ciudad de Méjico por Hernan Cortés, se hizo el plano de la nueva ciudad, que se edificó en el mismo sitio que la antigua, aunque bastante mermaidas sus dimensiones. En ese plano, la poblacion india y la española quedaron ocupando distintos puntos. Un ancho canal dividia la parte habitada por los indios, de la que habitaban los españoles, cruzando de una á otra parte por anchos puentes de madera. La poblacion indígena se extendió por los barrios de su demarcacion, especialmente al Norte, desde Santo Domingo hasta Tlatelolco; y la española se estableció en las calles de Santa Teresa, Empe-dradillo, Tacuba, Arzobispado, y todas las inmediatas á donde se hallaban los palacios de Moctezuma, situados precisamente próximos al vasto *teocalli* levantado por Ahuizotl, cuya área era inmensa, y parte de la cual ocupa hoy la hermosa iglesia metropolitana. Establecida así la division de la ciudad, se formaron dos plazas grandes ó mercados, llamados *tianguis*; uno en Tlatelolco, para los naturales, y el otro en la plazuela del Volador, para los españoles, á poca distancia siempre de la catedral.

Para los vecinos españoles, el templo de Tlatelolco que quedaba retirado del núcleo de ellos, no tenia importancia ninguna, mientras la tenia, y muy grande, el que existia donde hoy se encuentra la catedral, no por la suntuosidad de la obra, sino por el vasto espacio que ocupaba en el centro de la nueva ciudad, abarcando una gran parte de



las principales calles que hoy se hallan próximos á la iglesia metropolitana, y en que los españoles deseaban tener solares para fabricar sus casas.

Por estos motivos, no tiene nada de extraño que al vasto templo de *Eluitzilopochtli*, allí situado, lo considerasen, como era para ellos, el principal entonces, quedando el de Tlatelolco, no obstante sus recuerdos históricos, relegado al olvido por la ninguna importancia de su terreno para edificar. Aun puede ser muy bien que algunos escritores que escribieron muchos años despues de la conquista, hiciesen la descripcion del templo que ocupó el sitio que hoy ocupa la catedral, valiéndose de los informes de las personas que lo consideraron principal por el sitio en que estaba, y no por el lugar que le correspondia en la historia. El sabio y erudito jesuita español, D. José Acosta, que estuvo en Méjico sesenta años despues de la conquista, cuando nada quedaba en pió de lo antiguo; cuando se habia operado un cambio completo en todo, describió en su «Historia natural y moral de las Indias,» en vez del templo de Tlatelolco y aun del que existió en el sitio en que se encuentra la catedral, otro muy distinto; incurriendo en el mismo error, los notables historiadores Herrera y Solís, que copiaron su descripcion.

Los informes, por las razones que dejo expuestas, podian no estar de acuerdo con la historia. Esta, por las autorizadas plumas de Hernan Cortés y Bernal Diaz del Castillo, testigos oculares, demuestra que el templo principal, durante los emperadores aztecas, fué el de Tlatelolco; y no es justo despojar al sitio que sirvió de último baluarte á los mejicanos en la heróica defensa que hicio-

ron de Méjico, de uno de sus mas notables monumentos.

Así el viajero podrá dirigirse, cuando visite la moderna ciudad, á los sitios notables de la antigua; y al fijar su vista en el modesto templo católico de Santiago Tlatelolco, dar forma, con su creadora fantasía, al soberbio santuario en que los emperadores aztecas se entregaban á la penitencia, antes de ceñir la corona y empuñar el cetro.

¡Cuántas veces me he detenido enfrente de la humilde iglesia católica que hoy existe allí, con el mismo nombre con que la designa Bernal Diaz, y emocionado por los recuerdos históricos, he permanecido quieto, por largo rato, trayendo á la memoria todas las escenas de que fué teatro el gran teocalli azteca!

Pero volvamos á ocuparnos del templo mandado levantar por el monarca Ahuitzotl al dios *Huitzilopochtli*.

Dimensiones del templo. La fábrica era soberbia, y en su construcción estaban ocupados muchos millares de indios. Por el lado meridional formaba la continuacion de la línea que desde la acera del arzobispado continúa hasta la Alcaicería, tocando con el frente de la actual catedral: al Poniente, corria fronterizo á la casa vieja de Moctezuma, quedando entre ambos la calle llamada hoy del Empedradillo, y que en un tiempo se denominó «plazuela del marqués del Valle;» pero por el Oriente y Norte se extendia mucho mas que la manzana que forman la catedral y el vasto edificio contiguo, que fué Seminario hasta hace poco, y llegaba en la primera de estas direcciones hasta la calle de Santa Teresa, y siguiendo la direccion de ésta hasta concurrir con la Enseñanza y de Montealegre. (1)

(1) D. Lúcas Alaman. «Disertaciones.»

Lo que había  
en los  
cimientos  
del templo  
mayor.

Los cimientos de esos sorprendentes *teocallis*, levantados á la deidad sangrienta de *Huitzilopochtli*, estaban, generalmente, empapados en sangre de víctimas humanas y ocultaban en ellos alhajas y tesoros de considerable valor.

Esto, al menos, aconteció en la fabricacion del gran *teocalli* de Tlatelolco, dedicado al nùmen de la guerra. Gran número de prisioneros hechos en varias batallas, fueron sacrificados al abrir los cimientos del *teocalli*, para que, bañados con la sangre de los infelices indios sacrificados, fuesen dignos del grandioso santuario dedicado al dios de las batallas. Enrojecidos los cimientos con el caliente líquido de las numerosas víctimas, todos los vecinos de alguna valía, así como los grandes y nobles de la ciudad, depositaron, en ellos, como ofrenda de amor y de respeto á la divinidad que adoraban, láminas y piezas de oro, plata, piedras preciosas, grandes perlas, aljófar y otras muchas alhajas de considerable valor. (1)

Queriendo Ahuizotl que la fiesta de la dedicacion de aquel templo fuese la primera en su clase que se hubiese verificado, dispuso que todos los prisioneros que se hicieran hasta su conclusion, se reservasen para el dia de la solemnidad.

(1) Bernal Diaz del Castillo, en su historia de la «Conquista de la Nueva-España.» dice que, despues de la conquista de Méjico, por los españoles, de que él formó parte como valiente soldado, se derribó el gran cu de *Huitzilopochtli*, para levantar allí una iglesia á Santiago; y que cuando abrian los cimientos de la Iglesia católica para hacerlos mas fijos, hallaron «*mucho oro y plata y chachihúts. y perlas é aljófar y otras piedras.*» Igual riqueza asegura que encontró otro vecino, á quien se le dió un solar en el mismo sitio para fabricar una

Entre tanto que la magnífica obra seguía, el rey Ahuitzotl salió á campaña varias veces contra los zapotecas y contra otros varios pueblos, á quienes sujetó y venció, llevando á Méjico ricos despojos y gran número de prisioneros. Cuatro años duró la construcción del templo, en que trabajaron millares de operarios, y cuatro años guerreó el monarca Ahuitzotl contra muchas ciudades que venció, conservando los prisioneros hechos en todas las batallas, para sacrificarlos, como he dicho, en la apertura del espacioso santuario.

1486. Cuando la obra estuvo terminada, el rey convidó á los monarcas de Acolhuacan y de Tacuba, así como á la nobleza de ambos reinos, á las fiestas de la dedicación, á la cual asistió un número fabuloso de personas, que algunos historiadores hacen subir á millones. Abierto el templo en 1486, los prisioneros hechos en los cuatro años, que ascendían á sesenta y ocho mil, fueron colocados en dos filas, cada una de milla y media de largo, que daban principio en las calles de Itztapalapan y de Tacuba, y que iban á terminar en el nuevo templo. (1)

Un numeroso gentío, que había acudido de todas las provincias y pueblos á la ciudad de Méjico para asistir á

(1) El fraile franciscano Betancurt, en su obra intitulada *Teatro mejicano*, impresa en Méjico en 1698, dice que la fila de prisioneros para el sacrificio, ordenada en la calzada de Itzapalapa, comenzaba en aquel sitio que se llama hoy la *caudalera Malcuítlapilco*, por cuya causa tuvo este nombre, pues *Malcuítlapilco* significa punta, cola, ó extremidad de prisioneros. El historiador D. Francisco Clavijero, versado en el antiguo idioma mejicano, dice, que la conjetura de Betancurt es muy verosímil, y que no es fácil encontrar otro origen de este nombre.

la dedicacion del templo, llenaba las plazas y las calles.

Los sacerdotes, preparados con sus afilados cuchillos de pedernal, iban recibiendo á las infelices víctimas, á las cuales iban sacrificando á medida que llegaban al átrio principal del templo de la sanguinaria deidad.

Cuatro dias duraron las fiestas de la dedicacion, en los cuales fueron sacrificados los sesenta y ocho mil desgraciados, que habian tenido la desventura de caer prisioneros.

Así, aquel templo, cuyos cimientos estaban empapados con sangre humana, que hizo verter el anterior monarca Tizoc, fué abierto á las ceremonias idolátricas con rios tambien de sangre de las desventuradas víctimas sacrificadas por orden del rey Ahuitzotl.

La vida de los  
indios  
pintada por los  
poetas, es la  
opuesta á  
la real.

Quando yo escucho ensalzar á los poetas en dulcísimas cantigas de ritmo cadencioso, las interminables delicias en que fingen envuelta la existencia de los primitivos habitantes de la América; cuando en selectos períodos de seductoras frases y de escogidas voces les presentan á la contemplacion del mundo, reclinados en blandos lechos de fragantes rosas y bajo el fresco toldo de benéficas palmeras; libres como el aire, tranquilos como el sueño de la inocencia, favorecidos con los abundantes y sobrosos frutos que afectuosa les brinda la pródiga naturaleza; recordando con delicia el pasado, contentos con el presente y acariciando las delicias del futuro; cuando esas bellas descripciones leo, y miro la triste realidad de la vida del indio, obligado á labrar la tierra de sus señores y á fabricar sus suntuosos palacios; envuelto siempre en desastrosas guerras, en que

si era vencido, no tenia mas porvenir que el de ser sacrificado á los dioses ó gemir esclavo de algun poderoso magnate, no puedo menos de maravillarme de que, pintores llenos de inspiracion, hayan pintado un cuadro, cuya valentía de pincel admira; cuya inexactitud con el original, asombra.

La historia, mas exacta que la poesia, se ve en el sensible deber de presentar la realidad, desvaneciendo los bellos ensueños con que la segunda entretiene, halagando, la viva imaginacion de los lectores. El menos favorecido de los bienes de fortuna de esos poetas, no cambiaria su modesta posicion, por la de los seres á quienes presenta en medio de un paraiso de interminables venturas. No hay noticia de que ninguno de esos entusiastas trovadores haya marchado, en nuestros dias, á asentar su morada en medio de los aduares de los indios comanches, ni de las errantes tribus de los apaches.

Pasados los cuatro dias de regocijos y de hecatombes, el monarca Ahuitzotl hizo grandes regalos á todos los personajes que habia convidado á ellos, y los monarcas aliados, así como los señores de las provincias, volvieron á su pais, admirados de la grandeza y lujo desplegados por el soberano de Méjico.

Mas Pocos meses despues, pero en el mismo  
hecatombes. año, se verificó otra horrible hecatombe de víctimas humanas. Mozaubqui, señor de Xalallauhco, muy adicto al rey de Méjico, queriendo celebrar tambien con el mayor fausto posible la dedicacion de un templo que acababa de edificarse por orden suya, sacrificó en las fiestas celebradas, un número considerable de desdicha-

dos prisioneros, á quienes se habia mantenido con abundantes alimentos para que fuesen vigorosos y sanos á servir de ofrenda á los dioses.

Causa asombro, que naciones que habian llegado á un grado de cultura y de adelanto que admira; que en la legislacion, en las ciencias, en la agricultura y en las artes llamaron la atencion de los mismos españoles, que mas tarde llegaron á pisar aquellas fértiles regiones, tuviesen una costumbre que hace estremecer al pensar en ella. Pero esa extraña mezcla de civilizacion y de duras costumbres, se concibe sin esfuerzo, al traer á la memoria que la sociedad se encontraba distribuida en clases privilegiadas y plebeya, sin que existiese contacto ninguno entre las primeras y las últimas. En las naciones del Anáhuac, el pueblo se hallaba dividido en clases, cada una de las cuales se encontraba dedicada á determinados trabajos, y le estaba vedado dedicarse á las otras. Trabajando todas en beneficio de la corporacion, de los reyes, del ejército y de la nobleza, y no gozando, por lo mismo, de propiedad particular, podian enriquecer el pais, como realmente enriquecieron, con magníficas obras, con espaciosas calzadas, con vastos palacios y jardines, con acueductos y obras notables de orfebrería, tejidos y pluma; pero era muy difícil que, conservando ese aspecto uniforme, pudiesen avanzar, si no es muy lentamente, en el cultivo moral.

1487.  
Muerte de  
Chimalpopoca,  
rey  
de Tacuba.

Mientras el belicoso rey de Méjico, el conquistador Ahuitzotl, meditaba en nuevas conquistas que llevasen su poder hasta los confines mas lejanos del Anáhuac, el monarca de Tacuba, el pacífico Chimalpopoca, dejó de existir en 1487,

despues de un reinado venturoso de diez y ocho años. Su muerte fué muy sentida por sus vasallos, así como por los soberanos de Méjico y de Texcoco. En ese año mismo, se sintió un terrible terremoto, que causó grandes daños en los edificios, y que llenó de consternacion á los habitantes.

**Totoquihuatzin.** A ocupar el trono del finado Chimalpopoca, <sup>3er rey</sup> de Tacuba. subió Totoquihuatzin, segundo de este nombre, cuyas virtudes y valor le hacian apreciable á los ojos del pueblo.

**Nuevas conquistas del rey Ahuitzotl.** Dominado el monarca Ahuitzotl de un espíritu belicoso y guerrero, y encontrando su mayor placer en el estruendo de las armas, dispuso su aguerrido ejército, y poniéndose al frente de él, llevó la guerra á los habitantes de Cozacuauhtenanco. Los contrarios se dispusieron para el combate, y la batalla que se dió fué de las mas sangrientas. Los mejicanos vencieron al fin; y Ahuitzotl, exasperado por la tenaz resistencia que habia encontrado, cometió con los desdichados habitantes de la provincia vencida, actos de la mas repugnante crueldad, no perdonando ni á niños, ni á ancianos, ni á mujeres. Enardecido mas y mas su espíritu guerrero con aquel brillante triunfo, se dirigió á Cuapilotlan, á cuyos habitantes sometió á su obediencia; marchó en seguida sobre la provincia de Quetzalcuitlapillan, habitada por gente intrépida y guerrera, á la cual venció despues de obstinada lucha; y por último, dirigió sus formidables huestes sobre Cuauhila, lugar situado en la costa del seno mejicano.

En estas campañas, acompañaron al rey Ahuitzotl, Moctezuma, hijo del anterior monarca Axayacatl, su her-



mano Tezcatzin, y el valiente Tliltotoll, noble mejicano, que llegó á ser mas tarde general del ejército.

Los habitantes de Cuauhtla combatieron con heroico brio contra los mejicanos; pero al cabo se vieron vencidos. En estos combates se distinguió, de una manera singular, el jóven Moctezuma, poco antes mencionado, y que por su rango, su valor y su nacimiento, estaba llamado á suceder en el trono al monarca Ahuítzotl.

Aunque el monarca mejicano se deleitaba con el estruendo de los combates, no por eso descuidaba los demás negocios públicos, ni el embellecimiento de la ciudad. Magníficos y numerosos edificios se construyeron en su tiempo, que no tenian rival en ninguna otra ciudad de la América. Méjico, bajo el reinado de Ahuítzotl, llegó al esplendor asombroso en que la encontraron los españoles, y fué la poblacion mas grande, rica y hermosa del Nuevo-Mundo.

Cierto es que esta grandeza era á costa de los enormes tributos impuestos á los pueblos conquistados; pero hubiera sido peor que se exigiesen aquellos con el rigor que se exigian, sin que la ciudad y sus habitantes hubiesen participado de los beneficios de las conquistas. No; el rey Ahuítzotl, lo mismo que sus predecesores, se manifestó celoso del engradecimiento de su nacion, y cuando recibia los tributos de las provincias á él sujetas, congregaba á la plebe, y entre las familias mas pobres y necesitadas repartia, por su propia mano, algunos víveres y ropa que remediasen, en algo, sus males. Igualmente generoso se manifestaba con los capitanes y soldados que se habian distinguido en los combates, así como con los ministros y empleados de la corona que cumplian religiosamente con

sus obligaciones. Valiosos objetos de oro, de joyas, de plata y de ricas plumas, eran los regalos con que obsequiaba sus excelentes servicios.

A pesar del carácter guerrero que distinguia al monarca Ahuitzotl, era sumamente alegre y jovial, y su aficion á la música rayaba casi en fanatismo. Durante las temporadas de paz, que permanecia en palacio, nunca faltaba ésta ni de dia ni de noche, no sin grave perjuicio de los negocios públicos que los descuidaba el filarmónico monarca por deleitarse en los acordes del arte encantador.

Sin embargo, su pasion dominante era la guerra; y prefiriendo á todos los placeres, los horrores de las sangrientas luchas, buscaba los pretextos mas á propósito para declarar la guerra á cualquiera nacion á quien deseaba hacer feudataria de la corona de Méjico.

De uno de esos pretextos se valió para llevar su ejército contra la república de los huexotzingos. Unidas sus tropas á las texcocanas, que puso á sus órdenes el monarca Nezahualpilli, se dieron combates muy sangrientos, en que se distinguieron por sus heróicos hechos Moctezuma, su hermano Tezcatzin y el noble mejicano Tliltotoll. Despues de sérios combates, desastrosos la mayor parte para los huexotzingos, Ahuitzotl volvió á Méjico con gran número de prisioneros y de ricos despojos, siendo recibido con indecible entusiasmo.

Antes de haber salido á la última campaña, el rey Ahuitzotl habia mandado construir un templo llamado *Tlacateco* que, á los pocos dias de haber llegado triunfante, quedó concluido á su satisfaccion. Ahuitzotl quiso celebrar la dedicacion del nuevo santuario con el mayor faus-

to posible, y en las fiestas que se dispusieron, fueron sacrificados todos los prisioneros hechos en las guerras anteriores. El incendio de otro templo llamado Tlillan, verificado en los momentos de los regocijos públicos, llegó á derramar la mas profunda tristeza en los corazones poco antes entregados al júbilo y á la alegría.

1496.

Los mejicanos  
son derrotados  
en Atlixco.

Nuevas conquistas siguieron á las luchas pasadas; y queriendo castigar algunos desmanes de las provincias tributarias, Ahuitzotl entró repentinamente en el valle de Atlixco, sin que sus habitantes tuviesen otro aviso de aquella guerra, que la vista de las tropas mejicanas en su provincia. Los atlixqueños, aunque sorprendidos, corrieron á tomar las armas para defenderse, y enviaron embajadores á los huexotzingos, sus vecinos, pidiéndoles su auxilio.

Aunque la república de Huexotzingo era feudataria de la corona de Méjico desde el reinado de Axayacatl, sin embargo, siempre estaban sus habitantes dispuestos á confederarse con los enemigos de los mejicanos, con el objeto de sacudir la dependencia á que estaban sujetos.

Los enviados atlixqueños fueron, por lo mismo, recibidos con satisfaccion por el gobierno. En los momentos que llegaron á Huexotzingo, se hallaba jugando al balon un famoso capitán llamado Toltecatl, que reunia á un valor sin límites una fuerza verdaderamente hercúlea. Noticioso de lo que pasaba, y ansioso de batirse contra los mejicanos, se puso al frente de las fuerzas auxiliares que el gobierno convino en poner á disposicion de los de Atlixco, y se dirigió á este último punto. Confiado en la pujanza irresistible de

Valor y fuerza  
de Toltecatl,  
capitan  
huexotzingo.

su brazo, y queriendo al mismo tiempo hacer alarde de su valor y del desprecio con que miraba á sus enemigos, entró sin armas en la batalla, se arrojó sobre sus contrarios, destrozó á uno con sus manos, y apoderándose de sus armas, hizo una horrible carnicería, una verdadera matanza en las filas mejicanas. En vano las tropas del rey Ahuitzotl, hicieron esfuerzos inauditos por alcanzar la victoria. Era imposible resistir el tremendo choque de las fuerzas contrarias, y los mejicanos, viéndose acosados por todas partes, emprendieron la fuga, volviéndose á Méjico destruidos y avergonzados.

Los huexotzingos, contentos por la brillante victoria alcanzada, y persuadiéndose de que con ella habian roto para siempre el yugo y la dependencia á que habian estado sujetos, elevaron al valiente Toltecatl á la primera magistratura de la república, con el noble fin de recompensar sus servicios. El favorecido capitán, ageno á la bastarda ambicion de mando, pero no á la noble y santa del bien de la patria, admitió agradecido la elevada investidura con que se le honraba, animado del laudable pensamiento de corregir los abusos que corroian la sociedad. Convencido de que nunca dan mejores resultados las providencias de orden y de moralidad que cuando los primeros á quienes se aplican son los que se encuentran en posicion elevada, dirigió una amonestacion á los sacerdotes y á otros ministros de las multiplicadas deidades, previniéndoles que procurasen no traspasar, en lo sucesivo, como lo habian hecho hasta entonces, los limites de sus atribuciones. La prevencion del nuevo gobernante habia sido dictada por el sentimiento de la mas recta justicia. Tiempo

hacia que los encargados de la religion, abusando del alto respeto y veneracion que el pueblo les consagraba, penetraban en las casas de todas las personas, sin solicitar permiso de ellas; se apoderaban de lo que juzgaban conveniente, disponian de los objetos de mas estimacion y valía, y cometian otros excesos indignos del decoro y la decencia que les correspondia guardar.

La amonestacion del recto Toltecatl, indignó á los amonestados; y valiéndose de la influencia que ejercian en todas las clases de la sociedad, excitaron los ánimos de muchos contra el jefe de la república, acusándole de irreligioso y tirano. A pesar del respeto hácia los sacerdotes de las falsas divinidades, algunos se declararon en favor de las disposiciones dictadas por Toltecatl, formándose bien en breve dos partidos, y surgiendo de los distintos pareceres, una funesta guerra civil, que amenazaba aniquilar la república. Toltecatl, sensible á las desgracias de la patria, y queriendo evitar que continuase el derramamiento de sangre, abandonó el poder y, acompañado de algunos nobles, dejó su país, marchando á Tlalmanalco, atravesando los montes que entre ambos puntos se interponian.

Noble y laudable fué la abnegacion del patriota Toltecatl, renunciando á la elevada posicion de gobernante para evitar á la patria los horrores de la guerra civil; pero esa abnegacion le fué altamente costosa. La provincia de Tlalmanalco era tributaria de la corona de Méjico; y el gobernador de ella, no olvidando la derrota sufrida por los mejicanos en Atlixco, envió un recado al monarca Ahuitzotl, avisándole que se hallaba allí el osado Toltecatl, acompañado de algunos grandes de la república. El rey de Méjico

ordenó inmediatamente la muerte de todos, considerándolos como rebeldes; y cumplida la sentencia, envió sus cadáveres á Huexotzingo, amenazando con el mismo fin á los que no querian continuar siendo feudatarios de la monarquía mejicana.

1498. Proyecto de un acueducto. Mientras los huexotzingos, alarmados con el sangriento aviso, se disponian á confederarse con otras provincias subyugadas tambien por los mejicanos, para combatir cuando fuesen invadidos, el monarca Ahuitzotl, que habia observado que la navegacion por el lago se habia hecho mas difícil, juzgó que la dificultad provenia de la falta de agua, y proyectó aumentar su volumen con la del abundante manantial de Huitzilopochco, que servia á los habitantes de Coyohuacan para fecundizar sus tierras. Concebido el pensamiento, Ahuitzotl, queriendo ponerlo en práctica, llamó á Tzotzomatzin, señor de Coyohuacan, y le comunicó su idea. Juzgando Tzotzomatzin, que la primera obligacion de los leales servidores era manifestar, con respeto, la verdad á los soberanos, se detuvo á probar al rey que el agua del manantial de Huitzilopochco no era perpétua; pero que algunas veces salia con mucha abundancia, y que al aumentar con ella el volumen del lago, podria causar la anegacion de Méjico.

El rey Ahuitzotl, manda matar á un sincero consejero. Las justas observaciones de Tzotzomatzin parecieron al orgulloso rey, pretextos de particular interés del gobernador, por su provincia. Poco dispuesto á escuchar objeciones á sus ideas, Ahuitzotl se manifestó disgustado de las que le hizo Tzotzomatzin, le despidió con marcado enojo, y poco despues ordenó que se le diese muerte.

¡Así pagó el rey Ahuitzotl la lealtad y el buen consejo de su buen vasallo!

Si Tzotzomatzin hubiera halagado el pensamiento del monarca, habria alcanzado honores y premios, mientras que con decir lo conveniente á la felicidad de los pueblos, alcanzó la muerte. Por eso en los palacios suena muy rara vez la severa verdad en los oídos del que gobierna.

Manifestando á otros consejeros el proyecto desaprobado por Tzotzomatzin, fué acogido con frenético aplauso, teniendo presente el trágico fin. Recibido como excelente el pensamiento del monarca, mandó hacer un ancho acueducto desde Coyohuacan á Méjico, para conducir por él con abundancia el agua. La ceremonia se celebró con gran solemnidad y con profusion de ritos supersticiosos.

Ceremonias  
con que fué  
conducida  
el agua  
á Méjico.

El sumo sacerdote, vestido con el traje que representaban á Chalchihuitlicue, diosa del agua, marchaba en medio de las dignidades religiosas que componian el núcleo del sacerdocio idólatra: muchos ministros de los principales templos, suelta en desórden la lengua cabellera, incensaban con aromáticas esencias el líquido elemento; varios sacrificaban tiernas codornices, con cuya sangre untaban algunos las márgenes del acueducto; otros elevaban himnos de gratitud á los dioses; no pocos tañian inarmónicos instrumentos; y todos solemnizaban á la vez, con las demostraciones de un entusiasmo sin límites, la conduccion del agua por el acueducto construido por órden del monarca Ahuitzotl. Pronto, sin embargo, se cambiaron los regocijos en afliccion y sobresalto. Las lluvias, siempre abundantes en el valle de Méjico en la estacion de las aguas,

fueron terribles y poderosas en ese año. Los aguaceros se sucedieron sin interrupcion unos á los otros, y elevándose Nueva inundacion de Méjico. las aguas de las lagunas á una altura extraordinaria, la ciudad se vió inundada por ellas; muchos de sus edificios vinieron á tierra, se ahogaron no pocas personas, y las calles quedaron convertidas en otros tantos lagos, por donde solo era dable transitar en canoas. El mismo rey Ahuitzotl estuvo en peligro de ser víctima de aquel desbordamiento de las aguas. Encontrándose en uno de esos dias en una habitacion baja de su palacio, entró de repente el agua con impetuosidad y abundancia, amenazando llenar la pieza. El monarca, sorprendido, trató de salir á toda prisa, y al hacerlo, se olvidó de que la puerta era baja, y agachando muy poco la cabeza, recibió en ella un golpe bastante fuerte, de que estuvo por algun tiempo malo.

Viendo los sufrimientos del pueblo, y temeroso de que la inundacion siguiera haciendo mayores estragos, llamó en su ayuda á Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, como Moctezuma I habia llamado en la suya al monarca Nezahualcoyotl. Nezahualpilli, siguiendo las huellas de su difunto padre, ocupó millares de vasallos en reparar el dique hecho por consejo del último, y Méjico volvió al contento y á la vida que anima la sociedad, despues de pasado el peligro.

1499. Hambre en Méjico. La grande abundancia de aguas produjo, además de los males causados por la inundacion de la ciudad, la destruccion de las sementeras y la pérdida del maíz, principal alimento de la poblacion. El hambre volvió á dejarse sentir como en 1452, gover-



nando Moctezuma I; pero los estragos fueron mucho menores, aunque no dejaron de ser sensibles. Por fortuna, el mal terminó ordenando el rey á las provincias feudatarias que proveyesen del maíz necesario á los habitantes de Méjico, y la gente pobre, no se vió en la dura necesidad de marchar á otras ciudades á venderse por esclava, como entonces, para poder adquirir el sustento indispensable á la vida.

Descubrimiento de una cantera de *tetzontli*. En los momentos mismos en que la escasez de viveres disminuía con justo regocijo de los mejicanos, se descubrió en el valle de Méjico una cantera de *tetzontli* (amigdaloides poroso) que fué, para la construcción de edificios, un acontecimiento de notoria importancia. El monarca Ahuitzotl fué el primero que mandó emplear aquella piedra rojiza, que reúne las condiciones de solidez y de ligereza, en la fabricación de los templos; y la nobleza y los grandes, á imitación del soberano, la emplearon para levantar nuevos palacios y sólidas y espaciosas casas. Ahuitzotl, contento de aquel descubrimiento, y anhelando que la ciudad aumentase en belleza y esplendor, hizo que todos los edificios arruinados por la inundación, fuesen reedificados con *tetzontli*, y haciendo que se les diese mas elegante forma, la capital de la monarquía presentó muy pronto un aspecto sorprendente de hermosura.

Nuevas conquistas de Ahuitzotl. A sacarle de sus pacíficas empresas de construcción, llegó el ruido de las armas que se dejó escuchar en varios puntos del Anáhuac. Muchas de las provincias sometidas por la fuerza á la corona de Méjico, agobiadas por los exorbitantes tributos que paga-

ban, y queriendo sacudir el yugo á que estaban sujetas, se levantaron con el objeto de recobrar su perdida independencia. Miraban á Méjico como á la orgullosa sultana de cuya ambicion se juzgaban víctimas, y cuya grandeza se veian condenados á sostener con el fruto de un constante y duro trabajo. Mirábanla como á la usurpadora de un país á donde habia sido la última en llegar, y exaltadas de indignacion contra sus actos de dominio, estaban siempre dispuestas á sublevarse para recobrar la libertad. Frecuentes eran las rebeliones de los pueblos sometidos, y frecuentes los castigos severos que por ellas recibian al ser reducidos á la obediencia. Pero nada bastaba á matar su espíritu de independencia. En el momento que se creian con bastante fuerza para luchar, volvian á levantarse, y volvian á ser sometidos y castigados. Esta constante lucha de las provincias tributarias contra sus dominadores, tenia en continuo movimiento á las tropas mejicanas que, para reducir á la obediencia á las diversas poblaciones que se sublevaban, sufrían grandes pérdidas de gente.

Entonces los mejicanos eran los conquistadores de todos los pueblos que los españoles incluyeron en el vasto territorio que denominaron Nueva-España; pero que antes del descubrimiento de la América, formaron diversos reinos de distintas denominaciones.

El rey Ahuitzotl, reunió un numeroso ejército, y ocupó los últimos años de su reinado en llevar la guerra á las provincias de Izquizochitlan, Amatlan, Tlacuilollan, Xaltepec, Tehuantepec y Huexotla.

La primera de estas campañas le fué encomendada al general Tliltotoll, que llevó sus armas victoriosas, haciendo

nuevas conquistas, hasta las lejanas regiones de Guatemala y Nicaragua, extendiendo el dominio azteca por donde quiera que su ejército dirigia la planta. Por todos los ángulos del Anáhuac se referian las notables hazañas llevadas á cabo por el general mejicano que, despues de dejar fuertes guarniciones en los puntos conquistados, volvió á Méjico cargado de ricos despojos, y llevando un número considerable de prisioneros destinados para el sacrificio.

Cuarenta y cinco ciudades y considerable número de provincias sujetó el rey Ahuitzotl á la corona de Méjico, durante su próspero reinado.

**1502.** Poco despues de los gloriosos triunfos alcanzados por las armas mejicanas, imponiendo la ley á las diversas naciones que se proponian agregar á la corona de sus emperadores, cayó enfermo el monarca Ahuitzotl, de resultas del terrible golpe recibido en la cabeza en los dias de la inundacion de la ciudad, y murió en 1502, á los veinte años de un reinado de continuas guerras, es verdad; pero en que la monarquía mejicana llegó á hacerse dueña de todas las posesiones que los mejicanos tenian á la llegada de los españoles.

Tuvo el monarca Ahuitzotl algunas virtudes que le distinguian, entre las cuales se contaba la de favorecer á los necesitados cuando recibia los tributos de las provincias feudatarias en que, como hemos dicho, congregaba á la plebe para repartir víveres y ropa entre los mas pobres. Sin embargo, esas bellas cualidades se hallaban oscurecidas por grandes defectos que le aseaban. Era soberbio, vengativo, cruel; recibia mal un consejo cuando contrariaba su

capricho; se aburría en la paz, y buscaba la guerra como una necesidad, para satisfacer su decidida pasión por los combates: tenía en continuo jaque y sobresalto á las naciones próximas, y los pueblos sometidos se veían continuamente acosados por sus providencias tiránicas. Esta inquietud y esta amenaza continua en que tenía á todos, hizo que su nombre quedase para designar á cualquiera persona que molesta á otra con sus vejaciones, y no le deja vivir tranquila. *Fulano es mi Ahuitzote, á nadie le falta su Ahuitzote*, es la frase que en Méjico suele usar el individuo acosado, al hablar del molesto pertinaz que le acosa.

Después de su pasión por la guerra, las dos mayores que le dominaban eran la de la música y la del amor. Todos los reyes mejicanos anteriores á él, habían tenido muchas mujeres, juzgando que el brillo de autoridad y de grandeza estaba en relación directa con el número de hermosas destinadas á los placeres secretos. Ahuitzotl, que había extendido considerablemente los límites de sus dominios, engrandeciendo el poder de la corona, creyó que debía superar á sus antecesores en el número de compañeras; y queriendo satisfacer su vanidad y sus deseos, excedió á todos en el guarismo de sus mujeres, con quienes sucesivamente se fué casando.

Las exequias del rey Ahuitzotl fueron celebradas con toda magnificencia; y los electores, después de terminadas, se reunieron para la elección del monarca que le debía suceder en el trono.



## CAPITULO XIX.

Moctezuma II. Xocoyotzin, nono rey de Méjico.—Discurso de Nezahualpilli, rey de Texcoco.—Campana de Atlixco.—Descripcion de la antigua ciudad de Méjico.—Los mejicanos no usaban mesa para comer, ni cubiertos.—Sus canoas, sus espejos y su ajuar.—No usaban candeleros ni velas.—Manera con que se alumbraban.—Número de habitantes de la capital.—Importancia de los comerciantes.—En los indios de carga llamados *lanemecs*.

1502. Celebradas las exequias del rey Ahuitzotl  
Moctezuma II, con magnificencia extraordinaria, los cuatro  
9.º rey electores procedieron al nombramiento del  
de Méjico. monarca que debia sucederle en el trono.

Todos los hermanos del difunto rey habian muerto algunos años antes que él, y, por lo mismo, la eleccion debia recaer, segun la ley tenia prevenido, en uno de los sobrinos.

Varios, y de relevantes cualidades, habia dejado Ahuitzotl, haciéndose notable entre ellos Moctezuma que, como he dicho al hablar del primer monarca de este nombre, significa señor sañudo

Era Moctezuma hijo del valiente rey y conquistador Axayacatl, sexto monarca de Méjico, que enriqueció á la monarquía mejicana con los despojos de las ciudades vencidas por sus ejércitos. Heredero del valor de su padre, se habia distinguido como general en las últimas guerras emprendidas por Ahuitzotl. Al valor y á la prudencia, reunia el noble príncipe, el talento, la afabilidad y la instruccion.

Educado en las prácticas religiosas, y habiendo desempeñado el cargo de sacerdote, que era visto con alta consideracion y respeto por todas las clases de la sociedad, los electores creyeron encontrar en él las cualidades mas dignas que debian concurrir en un príncipe, y le eligieron rey.

Se hallaba entonces Moctezuma en lo mas florido de la juventud. Contaba veintiseis años de edad; era esbelto, delgado, de buena estatura y perfectamente proporcionado. Su fisonomía era apasible y simpática; agradables sus facciones; aguileño el rostro y suavemente moreno su cutis; en su mirada se encontraba esa majestuosa mezcla de amor y de gravedad, que inspira cariño y respeto en quien se fija; sus ojos eran negros y de agradable forma, como era tambien negro su cabello que, con esmero peinado, y no muy largo, le colgaba graciosamente hasta cubrirle las orejas; su barba, como generalmente se advierte en toda la raza india, era muy poca, negra y rala, y la llevaba con esmero cuidada: vestia con gracia; era aseado y limpio, y se bañaba diariamente poco antes de ponerse el sol. (1)

(1) Bernal Diaz del Castillo que, el llegar diez y siete años despues á Méjico

La eleccion hecha en un jóven en quien concurrían las bellas cualidades que distinguían á Moctezuma, fué acogida con entusiasmo por la nobleza y por el pueblo, y se dió aviso de ella á los reyes aliados.

El monarca Nezahualpilli, acompañado de la nobleza texcocana, se dirigió inmediatamente á Méjico para felicitar al nuevo soberano, y lo mismo hizo Totoquihuatzin II, rey de Tacuba.

Moctezuma, al tener noticia de la eleccion y saber que los reyes aliados y la nobleza se preparaban á felicitarle, se retiró al templo, tratando de manifestar con este acto, que se juzgaba indigno del alto puesto á que se le quería elevar.

No era fingida en él aquella modestia, pues en armonía con la mesura que manifestaba en todas sus acciones y palabras, se hallaban su desinterés y su moderacion.

La nobleza mejicana, dispuesta en el órden conveniente, se dirigió al templo en que se hallaba retirado Moctezuma, le dió cuenta de la eleccion, y le condujo con marcadas consideraciones de respeto y con numeroso acompañamiento de grandes y señores, al palacio, donde los electores le hicieron saber solemnemente su nombramiento.

Terminado el acto, Moctezuma volvió al templo para verificar las ceremonias acostumbradas despues de la eleccion, y de las cuales nos hemos ocupado al hablar de la coronacion de los reyes.

con Hernan Cortés, le conoció personalmente, hace una pintura minuciosa de la persona y de las costumbres de Moctezuma II, en su «Verdadera historia de la conquista de la Nueva-España.»



Una vez concluidas las ceremonias, Moctezuma recibió los homenajes de la nobleza, de los régulos, de los gobernadores, y escuchó los discursos gratulatorios de los mas distinguidos oradores.

La primera felicitacion fué la del monarca texcocano Nezahualpilli que, como su padre el rey poeta Nezahualcoyotl, era dado á las bellas letras que las cultivaba con esmero.

Su discurso, digno de conocerse, porque manifiesta el gusto literario de aquellas naciones y la forma que daban á sus producciones, se ha conservado afortunadamente, y voy á presentarlo de la manera misma que lo guardaron los mejicanos, y que el ilustre Clavijero lo ha consignado en sus obras.

Discurso de Nezahualpilli. «La gran ventura, dijo, de la monarquía mejicana, se manifiesta en la concordia que »ha reinado en esta eleccion, y en los grandes aplausos »con que de todos ha sido celebrada. Justa es en verdad »esta alegría, porque el reino de Méjico ha llegado á tal »engrandecimiento, que no bastaria á sustentar tan grave »peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible cora- »zon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. »Claramente veo cuán grande es el amor con que favorece »á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado »para escoger lo que mas puede convenirle. ¿Quién pon- »drá en duda que el que siendo particular supo pene- »trar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, »las cosas de la tierra, para emplearlas en bien de sus »súbditos? Quien tantas veces ha ostentado la grande- »za de su ánimo, ¿qué no hará ahora, cuando tanto

»necesita aquella eminente cualidad? ¿Quién puede creer  
»que donde hay tanto valor y sabiduría, no se halle tam-  
»bien el socorro de la viuda y del huérfano? El impe-  
»rio mejicano ha llegado, sin duda, á la cúspide del  
»poder, pues tanto os ha dado el Criador del cielo, que  
»inspirais respeto á cuantos os miran. Alégrate, pues,  
»nacion venturosa, por haber encontrado un príncipe que  
»será el apoyo de tu felicidad, y en quien los súbditos ha-  
»llarán un padre y un hermano. Tienes, en efecto, un so-  
»berano que no se aprovechará de su autoridad para darse  
»á la molicie, y estarse en el lecho abandonado á los pa-  
»satiempos y á los deleites; antes bien, en medio de su  
»reposo, le inquietará el corazon y le despertará el cui-  
»dado que tendrá de tí; ni hallará sabor en el manjar mas  
»delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de  
»tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, te-  
»ned ánimo y confiad que el Criador del cielo, que os ha  
»exaltado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para  
»desempeñar las obligaciones anexas á ella. Quien ha sido  
»hasta ahora tan liberal con vos, no os negará sus precio-  
»sos dones, habiéndoos él mismo subido á esta altura en  
»que os anuncio muchos y muy felices años.»

Moctezuma contestó á este discurso, que escuchó atenta-  
mente y con profunda emocion, manifestando su reconoci-  
miento por el honor con que le habian distinguido, eleván-  
dole al trono, y dando las mas expresivas gracias al rey  
de Acolhuacan, por los elogios que le habia dirigido en  
su elocuente alocucion.

Retirados la nobleza y todos los felicitantes de la pre-  
sencia del monarca, éste quedó en el templo por espacio

de cuatro dias, para entregarse á las oraciones, baños y ayunos que eran de costumbre, y en seguida salió con pujante ejército contra los atlixqueños que se habian rebelado, con objeto de proveerse de prisioneros para sacrificarlos en las fiestas de su coronacion.

*Campaña en Atlixco.* Los habitantes de Atlixco que, como todos los que estaban bajo el dominio de los mejicanos, trataban de romper el yugo á que el derecho de conquista les habia reducido, se prepararon para la lucha. La batalla que se dió fué sangrienta. Moctezuma perdió algunos de los valientes caudillos de sus tropas; pero la victoria quedó por suya, y los atlixqueños, volvieron á quedar sujetos á la corona de Méjico.

Moctezuma regresó triunfante á la capital, y los prisioneros destinados al sacrificio, se colocaron en seguras jaulas, donde se les daba de comer abundantemente, á fin de que se presentasen robustos y sanos el dia destinado á la hecatombe.

Grandes eran los preparativos que se hacian para el dia de la coronacion. Bailes, juegos, representaciones teatrales, iluminaciones, todo se disponia en gran escala y con notable lujo. La fama de que las fiestas iban á celebrarse con magnificencia, hasta entonces sin igual, llegó á los mas apartados ángulos del vasto país de Anáhuac, y desde los puntos mas remotos emprendieron muchos señores su marcha á Méjico, con el objeto de presenciárselas. Aun de las provincias y reinos que estaban constantemente en pugna con los mejicanos, se presentaron en la corte de Moctezuma muchos nobles disfrazados, atraidos por la curiosidad. Entre esos nobles se encon-

traban algunos tlaxcaltecas y michoacanos de elevada posición.

Habiendo llegado á oídos de Moctezuma la secreta visita de los disfrazados nobles, ordenó que se les alojase en edificios dignos, que se les atendiese con las consideraciones mas distinguidas, y que se dispusiese un tablado en el punto principal en que se iban á celebrar los regocijos públicos, para que los pudiesen ver con toda comodidad y gusto.

Asombrados quedaron los nobles michoacanos y tlaxcaltecas de la grandeza, poderío y majestad que presentaba la ciudad de Méjico; la dominadora de las naciones del Anáhuac.

La realidad de lo que sorprendidos admiraban, superaba á lo que la imaginacion de ellos habia concebido ante las deslumbrantes descripciones que en sus países habian escuchado.

Descripcion de  
la ciudad de  
Méjico.

Méjico era la Venecia de la América; no menos poética entonces, que la seductora matrona reclinada entre las ondas del Adriático. El aspecto que presentaba era risueño y encantador, como debió aparecer á los ojos del primer hombre el florifero Paraíso.

Las tranquilas y serenas aguas se extendian silenciosas y apacibles, por una vasta porcion del majestuoso valle de Méjico, bañando por el Norte la base de los áridos cerros del Tepeyacac, por el Este las entonces poderosas ciudades de Texcoco y de Iztapalapan; por el Oeste los pintorescos puntos de Popotla y Chapultepec, y uniéndose, hácia el Sur, con el lago de Xochimilco, por medio de un ancho y delicioso canal.

Hoy, con los cambios y la disminucion de las aguas, seria difícil reconocer en el original, la descripcion presentada; pero ésta, sin embargo, es la fiel copia del aspecto que presentaban los sitios referidos.

La sultana de la América, la grandiosa emperatriz de las ciudades del Anáhuac, la sorprendente ciudad de Méjico, fundada en la inmensa laguna en que hacia 177 años levantó sus primeras chozas de juncos y de cañas, se presentaba ahora ostentando su belleza y poderío. Una distancia respetable la separaba, por todas partes, de la tierra firme, y tres anchas calzadas de céspedes, tierra y piedra, hechas á mano, eran las únicas que le unian con aquella. La mas notable de esas espaciosas calzadas era la de Itz-tapalapa, que medía muy cerca de dos leguas; era la otra, la de Tacuba, de mas de una legua de largo; y la tercera, que contaba tres cuartos de legua, era la de Tepeaquilla.

Para hacer mas inexpugnable y fuerte la ciudad, tenían contruidos en las tres calzadas, varios puentes de trecho en trecho, por donde entraba y salia, de una parte á la otra, el agua de la laguna. Las calles eran anchas y rectas, la mitad de agua y la otra mitad de tierra, cubierta aquella de canoas y chalupas que cruzaban en todas direcciones cargadas de mercancías de toda especie, y llena, la otra, de transeuntes que marchaban á sus diversas ocupaciones. Cerca de veinte mil eran las casas que se contaban en la ciudad, separadas unas de las otras por medio del agua, y á las cuales no se podia pasar, sino por medio de ligeros puentes levadizos que cada una tenia, ó dirigiéndose en canoa. Además de estos puentes particulares, habia otros anchos y firmes, de gruesas vigas bien labra-

das, por donde podían pasar, de frente, veinte hombres, y que se encontraban colocados de una calle á la otra. Los edificios de las personas de elevada posición eran de piedra y cal; generalmente de dos pisos, con aposentos y salas bien dispuestos; con dos espaciosos patios; paredes blanqueadas y bruñidas; amplio terrado; torres, cercados de almenas, un gracioso jardín, estanques, y dos salidas, una hacia la calle, que era la principal, y la otra al canal. Sobresalían en belleza y capacidad, entre los espaciosos edificios de los nobles y de los ricos, los vastos palacios de los señores de las diversas provincias que, en señal de vasallaje tenían la obligación de vivir una parte del año en la corte de los emperadores de Méjico. Todos estos palacios ostentaban espaciosos salones, grandes y ventilados patios, anchos corredores, lujosos baños y delicados vergeles de las más exquisitas flores. (1) Algunas de las piezas de estos edificios eran de bóveda, en que estaban pintados ídolos y astros, de colorido altamente pronunciado. (2) Las casas de la gente de mediana posición, eran de adobe y pequeñas, sin altos, blanqueadas y con azotea. Las de los pobres, que vivían en los suburbios de la ciudad, de cañas y de ladrillos

Los mejicanos  
sabían construir  
bóvedas y  
arcos.

vergeles de las más exquisitas flores. (1) Algunas de las piezas de estos edificios eran de bóveda, en que estaban pintados ídolos y astros, de colorido altamente pronunciado. (2) Las casas de la gente de mediana posición, eran de adobe y pequeñas, sin altos, blanqueadas y con azotea. Las de los pobres, que vivían en los suburbios de la ciudad, de cañas y de ladrillos

(1) Hernán Cortés. Carta segunda al emperador Carlos V.

(2) Sufría una equivocación los historiadores Torquemada y Beaumont al creer que los mejicanos ignoraban la manera de hacer las bóvedas, asegurando ambos que los indios no se atrevían á entrar en la primera iglesia católica que hicieron los españoles, al quitar las cimbras, temiendo que la bóveda viniese á tierra, cogiéndoles debajo. Acaso el temor provendría de que los españoles quitaron las cimbras antes de lo que los mejicanos acostumbraban; pero de ninguna manera de falta de conocimiento en esa parte de la arquitectura. Que conocían la bóveda y que las construían, se ve por sus pinturas; por sus baños, y por los palacios de Nezahualcoyotl, en que había bóvedas y arcos.

crudos, con débiles techos de grueso y largo heno ó de hojas de maguey, puestas unas sobre otras, en la misma forma con que se colocan las tejas, á las cuales se parecen algo en la forma y en el grueso.

Ningun edificio tenia puertas de madera, acaso porque la severidad con que las leyes castigaban el robo, las hacia innecesarias; pero para impedir que los transeuntes pudiesen ver lo que dentro pasaba, se cubrion, las salidas, con un tejido de cañas, colgando de él algunos tiestos de loza rota, á fin de que, si alguno entraba, pudiesen los de dentro despertar al ruido causado por los objetos colgados.

Esto daba un mal aspecto aun á los mejores edificios que, aunque ámplios, carecian de belleza arquitectónica.

El adorno interior de las casas era sencillo, y los muebles casi no merecian este nombre. Pero lo que no faltaba en ninguna de ellas era la piedra del metate para moler el maiz, pues las mujeres hacian las tortillas, poco antes de empezar la comida, á fin de que estuviesen calientes.

Los mejicanos no usaban mesa ni cubiertos. Para comer no usaban de mesa, sino que extendian en el suelo una estera lujosa ó corriente, segun la posicion de los individuos, que hacia el servicio de aquella. Tenian servilletas, y se sentaban en unos banquitos muy bajos de madera, palma ó juuco, llamados entonces *irpalli*, y que hoy se conocen con el nombre de *equipales*. La gente pobre se sentaba, generalmente, en el suelo. Tampoco usaban cubiertos; pero tomaban perfectamente hasta los guisados de mas salsa, dando al pan de maiz, llamado tortilla, y que era una masa flexible y sin migajon, la necesaria concavidad, sirviéndoles á la vez de

cubierto y de pan, pues el pedazo con que cogian la tajada, formaba parte del mismo bocado que tomaban. (1) Las camas se componian, en las casas ricas, de dos petates gruesos de junco, con otros dos finos de palma encima, delicadas sábanas de algodón y una colcha de la misma tela, tejida con plumas. La almohada la formaban dando los necesarios dobleces á una tela de algodón hecha expresamente.

Camas de los  
mejicanos.

La cama de los pobres se reducía á un petate ordinario sin sábanas ni colcha, pues se cubrian con su *tilmatti* ó capa hecha con el tejido de la pita, y por almohada tenían un tronco de árbol ó una piedra.

No usaban  
velas  
ni candeleros.

Los candeleros, las velas de cera ó sebo, y aun los candiles eran desconocidos, pues aunque abundaba la cera que sacaban de los panales, no les ocurrió aplicarla al alumbrado. Lo mismo sucedía con el aceite que lo extraían de varias sustancias, y que solo lo

(1) El pan de maíz, ó *tortilla*, en nada se parecía al pan de Europa. En una grande olla, llena de agua con cal, ponían el maíz á medio cocerlo á fuego lento. En cuanto estaba blando, lo sacaban y lo ponían á enfriar en una batea. Así frío y blando el maíz lo muelen sobre una piedra llamada *metate* hoy *metate*, como nuestros chocolateros muelen en varias partes el cacao, con la diferencia de que el metate no levanta una tercia del suelo, por lo cual, las *tortilleras* ó las que hacen el pan de maíz, están de rodillas para moler, á fin de poder hacer fuerza con los hombros. Formada la masa cogen un pedazo de ella y golpeándola en las palmas de ambas manos la van extendiendo y redondeando en forma de hojuela: extendida y delgada la masa, la ponen á cocer en el *comalli*, plato poroso de barro, y cuando se levantaba el pellejo de la tortilla por una de las caras, se van colocando las tortillas unas sobre otras en una canastita, segun se van haciendo, á fin de mantenerlas calientes, pues todo lo que tienen de agradable de esta manera, tienen de desagradable cuando están frías. El diáme-



empleaban en la medicina, en los barnices y en la pintura. Los *cocuyos* ó luciérnagas luminosas, eran los que de noche servian de luz en los países marítimos ó próximos á la costa; pero el alumbrado que generalmente se acostumbraba en todas las casas, era el de rajas de ocote, que produce buena y suficiente luz y exhala agradable olor; pero que en cambio produce espeso y desagradable humo que molestaba y ennegrecia las paredes.

**Modo de sacar** El sistema que tenían todas las naciones  
**lumbre.** de Anáhuac, para sacar fuego, era el de la violenta frotacion de dos leños secos, como hacian en lo antiguo los pastores de Europa.

**Fruta que suplía** Para el aseo y para lavar la ropa no usa-  
**al jabon.** ban jabon, porque no lo conocian, aunque el país abundaba en materias para fabricarlo; pero tenían en una raíz de un árbol y en una fruta llamada *camalxocoll*, una cosa que lo suplía perfectamente. Un autor francés llama á la expresada fruta *saxonnier*; la pulpa que está bajo de la corteza, es amarga y viscosa; pone blanca el agua, y al frotarla en la ropa, saca espuma y limpia lo mismo que el jabon.

**Espejos que** Los espejos en que se miraban, eran de ob-  
**los mejicanos** sidiana, especie de lava de que abundaba el  
**usaban.**

tro de la tortilla es comunmente de siete dedos, y su grueso de poco mas de una línea. Se hacen tambien mas chiquitas y delgadas; pero éstas suelen ser para las casas particulares que las toman con algun plato favorito, y sobre todo con los *rrijoles* ó *babichuales* que allí se sirven de una manera especial al terminar la comida, antes de empezar los postres. En la época de los emperadores mejicanos, se hacian las tortillas, cuando eran para los grandes señores, muy pequeñas y delgadas, de masa encarnada, y lo amasaban ya con huevo, ya con la bellissima flor *coatzontecoxobitl*, junto con algunas yerbas de grato olor y salutíferas para ayudar el calor del estómago.

país, de aspecto semejante al del vidrio, y en que se reproducía perfectamente la persona. Los peruanos fabricaban de la misma piedra sus espejos, y por este motivo, á la obsidiana en láminas, se le da el nombre hoy de *espejos de los Incas*.

Los vasos los hacían de una fruta semejante, en la corteza, á la calabaza; fruta redonda, y conocida en Méjico con el nombre de *guajc*, que se da en los países cálidos, en un árbol de corta elevación. Cada pieza de fruta dividida por en medio, daba dos vasos grandes llamados *xicalli*, y conocidos por los españoles con el nombre de *jicaras*. Además de estos vasos, había otros mas pequeños, hechos también de otra fruta llamada *tecomall* (tecomate) y de forma cilíndrica. Para convertir la fruta en útiles vasos, se le extraía, después de dividirla por mitad, la parte jugosa que tenía dentro; y por medio de una tierra mineral, conseguían darle exteriormente un brillante barniz de agradable aroma, y vivos y firmísimos colores, entre los cuales dominaba el rojo. Aun se usan actualmente de esas brillantes *jicaras* y *tecomates*, cuya vista es altamente agradable, y en que abundan los adornos plateados y dorados.

Pero si no existía, por decirlo así, ajuar notable dentro de las casas y palacios, en cambio presentaban estos grandes comodidades en sus espaciosos patios, sus jardines, sus vastos salones y sus estanques.

En las calles de Méjico, ni en la de ninguna población, había tiendas. Las plazas de mercado eran los sitios destinados á vender las diversas manufacturas y productos agrícolas. La gente se habilitaba en ellas de lo preciso, y lo guardaban en su casa.

Varias plazas de mercado, perfectamente provistas, se encontraban situadas en distintos puntos de la poblacion de Méjico, descollando entre ellas, la de Tlatelolco, rodeada por todas partes de ámplios portales, y donde la distribucion y el buen órden que reinaban en ello, llamó altamente la atencion de los conquistadores españoles.

En aquella plaza en que se reunian diariamente mas de sesenta mil personas, entre vendedores y compradores, las mercancías estaban distribuidas en sitios especiales, sin que en uno se mezclasen los efectos que se expendian en los otros. Habia departamento donde se vendian gallinas, pavos, tórtolas, perdices, codornices, palomas, lavancos, patos, dorales, zarcetas, loros, guacamayos, águilas, y todas las especies de aves que se conocian en las diversas provincias, y que formaban el ramo de volateria; otro donde se hallaban las sabrosas frutas de todo el país, figurando entre ellas la piña, la anana, el mamey, el zapote blanco, el negro, el amarillo, el chico-zapote, la guayaba, la ciruela, el higo chumbo, el chayote, el ahuate, el capulin de la forma de la cereza, la guanábana, los dátiles, los piñones, y otras mil de diversos nombres; mas allá, el sitio de los herbolarios con numerosas y variadas raíces y yerbas medicinales, en que abunda aquel país rico en producciones; casi á su lado, las que pudiéramos llamar boticas, donde se vendian diversas medicinas, así líquidas como espesas, y abundancia de unguentos y emplastos; á pocos pasos, las pieles adobadas ó con pelo, de leones, tigres, nutrias, gatos monteses, tejones, ciervos y de otros animales; los vendedores de oro, plata, perlas y piedras preciosas; aquí las telas de algodon de exquisito tejido,

las mantas de nequen, las capas de pluma, los géneros de diversas clases, y el hilo torcido de algodón de varios colores; allí los cañutos de olores de liquidambar, y las resinas aromáticas; á corta distancia, la miel de abejas, la cera, los dulces, la melcocha, el agua miel extraída del maguey, el azúcar hecha de las cañas de maíz, y algunas otras golosinas de sabroso gusto: próximo á estos renglones, los zapateros que hacían sandalias; los que vendían conejos, liebres y venados; los mercaderes de loza, expendiendo platos, tazas, ollas, jarras, vasijas y tinajas de exquisito barro, vidriadas y de colores, y braseros de la misma materia; los traficantes de maíz, de alubias y de chia; los vendedores de pasteles de aves, empanadas de pescado, de tamales y de atole; los mercaderes que vendían colores para los pintores; los comerciantes de algodón y de cacao; los estereros; los vendedores de pescado y de huevos, de leña y de cuanto, en una palabra, podía encontrarse entonces en el mercado de la nación mas poderosa de la América.

No habia  
leche, ni mante-  
ca, porque  
se carecia de  
vacas, cabras y  
cerdos.

Cierto es que no se encontraba en medio de aquella abundancia, ni leche, ni queso, ni nada de los muchos manjares exquisitos que se hacen con ella, ni manteca, porque no habia en el país vacas, ni cabras, ni cerdos; pero, esos artículos por la misma razon de que no eran conocidos, no eran tampoco codiciados, por útiles que sean, como alimentos nutritivos y agradables.

En un sitio espacioso y cómodo de la plaza, se veían, de venta, numerosos esclavos de ambos sexos, sueltos unos, y atados otros á unas largas varas y con colla-

res de madera en los pescuezos para que no huyesen. Los primeros eran los que, de acuerdo con su amo, querían ser vendidos á otro; pues, como he dicho en anteriores páginas, los dueños de esclavos no tenían derecho para vender los suyos á nadie, sino era con consentimiento del esclavo. Los segundos, los que llevaban el collar de madera, eran los que habiendo sido amonestados por tres veces, reincidían en una falta, lo cual le daba derecho al amo á llevarlos á vender al mercado.

Abundaban en el mercado los figones en que, á módico precio, daban de comer y beber; las barberías en que lavaban y rapaban las cabezas con navajas muy cortantes de pedernal, y los puestos de bebidas frescas.

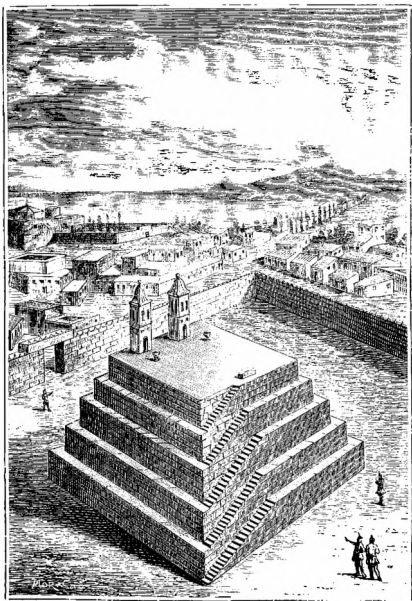
En distintos puntos del mercado y ofreciéndose á los compradores á llevar lo que compraban, se veían muchos cargadores, que eran los mismos que conducían las cargas á las tiendas.

Todo se vendía, como ya tengo dicho, por cuenta y medida, y nada por peso.

Para evitar el fraude y el engaño, así como la venta de comestibles dañinos, recorrían todos los puestos de la plaza, algunos individuos de policía, encargados de examinar los objetos y de hacer guardar el orden.

Había, además, una casa de bastante capacidad, situada en la misma plaza, donde había una especie de audiencia, compuesta de doce individuos ó jueces de mercado, los cuales resolvían todas las cuestiones suscitadas entre compradores y vendedores, y castigaban allí mismo á los que contravenían á las leyes.

El orden y el buen arreglo de aquel mercado hablaba



TEOCALLI AZTECA.



muy alto en favor de la cultura de la nacion azteca, y prueban la injusticia de algunos escritores que calificaron de bárberos á sus habitantes, fijándose solo en los sacrificios que les exigia su religion, y no en sus leyes, en su industria, en sus máximas de moral, en su policia y en su buen orden.

Inmediato á la plaza de Tlatelolco estaba el templo principal, elevado al númen de la guerra *Huitzilopochtli*, y descrito por Bernal Diaz y Hernan Cortés, quienes al visitar el mercado en 1519, pasaron al templo, que fué el objeto principal de la visita.

El sitio que ocupaba el notable *teocalli* que, segun Hernan Cortés, no habia lengua humana que pudiese explicar su magnificencia y esplendor, era vastisimo. Antes de llegar á él, se ostentaba un gran circuito de patios que excedian en magnitud, como asegura Bernal Diaz, á la plaza de Salamanca: y dentro del espacioso recinto de aquel soberbio templo que se encontraba rodeado de un sólido muro de cal y canto, de ocho piés de altura, hubiera podido caber muy bien, una poblacion de quinientos vecinos. (1) El pavimento del espacioso átrio, comprendido dentro de la muralla, y en el centro del cual se levantaba la gigantesca fábrica dedicada al númen de la guerra, era de tersas y blancas losas que brillaban como claros espejos, y donde el aseo no permitia ni la mas ligera mancha de polvo, ni la menor piedrecita. (2)

El templo era cuadrilongo y macizo, de losas iguales y

(1) Hernan Cortés. Segunda carta al emperador Carlos V.

(2) «Y todo muy limpio, que no ballaran ni una paja, ni polvo en todo él.»—Bernal Diaz. «Historia de la conquista de la Nueva-España.»



cuadradas, que descollaba, como un gigante, por encima de todos los edificios de la ciudad, ostentando cinco cuerpos casi iguales en altura, pero no en longitud ni latitud, pues la medida de ancho y largo, iban disminuyendo en cada cuerpo del edificio. El primero, que venia á ser la base de la colosal fábrica, media de largo 117 varas de Oriente á Poniente, y 104 de ancho de Norte á Sur. El segundo cuerpo tenia siete piés menos de largo, guardando proporcion la disminucion tambien de su anchura. La misma proporcionada relacion se veia en los demás cuerpos, estrechando progresivamente sus proporciones. (1) De esta manera venia á quedar, en cada cuerpo, un ancho espacio por todos lados, que permitia andar con facilidad á cuatro hombres de frente. En el último cuerpo, habia una plazoleta cuadrilonga, que hemos venido dándole el nombre de átrio superior, que media 104 varas de largo y 79 de ancho. Su pavimento era de losas blancas y tersas, igual en un todo á las que se veian en el átrio inferior.

Dos primorosas torres, perfectamente labradas, se levantaban en la extremidad oriental de la plazoleta, ostentando una altura de diez y nueve varas, que contaba tres cuerpos. En el primero de estos, que venia á ser propiamente el santuario, se veian, sobre un altar de piedra de cinco piés de alto, los ídolos tutelares; pero ocupando la

(1) La descripción que presento, he querido que esté de acuerdo con la de Cortés, Bernal Diaz y el conquistador anónimo que vieron el *teocalli*, porque el lector tendrá así una idea exacta de aquel templo. «El circuito del gran edificio Bernal Diaz,—seria de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba va estrechando, y en medio del alto o hasta lo mas alto de él, van cinco concavidades, á manera de barbancas, y descubiertas sin mamparas.

torre ó santuario que les correspondia, segun sus atributos. Sobre el altar de uno de esos santuarios, se veian los númenes de la guerra, figurando, en primer término, el terrible dios Huitzilopochtli: en el otro figuraban los ídolos de varias divinidades pacíficas, á la cabeza de las cuales se hallaba la estatua del dios Texcatlipoca. El interior del santuario, ó primer cuerpo de la torre en que estaban las falsas divinidades, era de cantería, maravillosamente trabajada; pero la sangre de las víctimas sacrificadas desde su construcción, manchaba sus altares, sus paredes y su pavimento, ocultando los primores del arte, y dejaba percibir un hedor tan repugnante y nauseabundo que contrastaba con el de la perfumada atmósfera que fuera se respiraba. (1) El segundo y tercer cuerpo eran de exquisito maderamen, con realzados de oro y plata, y figurando, entre sus adornos, monstruos raros y labores caprichosas. Las torres del templo que describo, así como la de los demás *teocallis*, que se levantaban en la grandiosa ciudad, servian de sepulcros á los grandes señores que anhelaban que sus cenizas descansasen al lado de los ídolos de su devocion.

En una de esas torres se veia un inmenso tambor, hecho de las pieles de grandes animales, que venia á ser la campana de aquellos templos, cuyo sonido melancólico y aterrador se escuchaba, dice Bernal Diaz, á distancia de dos leguas. No muy lejos de ese descomunal tambor, habia bocinas, trompetas y navajas de *itlli* para los sacrificios.

(1) «Y estaban todas las paredes de aquel adicatorio tan bañadas y negras de costra de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente.»—Bernal Diaz. «Conquista de la Nueva-España.»

Las puertas de ambos santuarios miraban al Poniente, y el último cuerpo de ellos terminaba con una cúpula de madera, llena de diversas figuras.

Desde la base del primer cuerpo hasta el quinto, se contaban ciento catorce escalones, de un pié de alto cada uno; pero esta escalera no era seguida sin interrupcion, como algunos autores han creído, sino que estaba dividida en tantas partes, cuantos eran los cuerpos del edificio. Cada cuerpo tenia su escalera de grandes y tersas losas, practicada del lado del Sur, que llegaba hasta el cuerpo superior inmediato. Pero la escalera de un cuerpo, no se encontraba con la escalera del cuerpo que le seguía, sino que conducía á un punto del ancho espacio que contaba cada cuerpo en su base; espacio por el cual rodeaba el que subía, hasta venirse á encontrar con la escalera que le conducía al otro cuerpo por la que le correspondía, y que se hallaba en la misma posición que la anterior. De esta manera era preciso andar todo el rededor de un cuerpo, desde donde terminaba la escalera del de abajo, para encontrarse con el principio de la que le correspondía, permitiendo al público ver de cualquier sitio de la ciudad, las escenas religiosas que se practicaban en el gran *teocalli*.

La altura de este notable templo, desde su base hasta la cúpula de sus torres, no bajaba de sesenta y tres varas.

En el gran átrio inferior en que descansaba el primer cuerpo del templo, se veía el altar de los sacrificios gladiatorios, y en el átrio superior, el de los sacrificios ordinarios. Dos grandes braseros, de dos varas de alto, se encontraban delante de las puertas de las dos torres ó

santuarios, en los cuales ardía constantemente el fuego sagrado, que se cuidaban de mantener vivo noche y día las sacerdotes, pues era visto como presagio de terribles desdichas el que se extinguiese. Seiscientos eran los braseros que se contaban en los templos y edificios comprendidos en el recinto del gran *teocalli*, y seiscientos, por lo mismo, las brillantes fogatas que de aquel solo punto enviaban su luz sobre la ciudad, remedando, entre las sombras de la noche, otros tantos fantasmas relucientes, envueltos en los pliegues de las negras y pavorosas nubes.

Cuarenta torres de notable altura se levantaban de otros tantos *teocallis* de menores dimensiones, que se hallaban entre el sólido muro y el templo mayor. Los más importantes, entre ellos, eran el consagrado á la divinidad del agua, al númer del aire, y el dios de la providencia. Todos, sin embargo, eran de la misma forma, cuadrados, y tenían sus fachadas hácia el templo principal, no sucediendo lo mismo con los demás *teocallis*, construidos fuera del recinto, que siempre se fabricaban con el frontis hácia el Poniente. Unicamente el del númer del aire era redondo, y la puerta que daba entrada á su santuario, figuraba la boca de una enorme culebra. Otro templo se encontraba dedicado al planeta Vénus, con una columna que representaba este astro. Junto á la expresada columna, se veía un altar donde se sacrificaban algunos prisioneros al tiempo de su aparición.

No había uno solo de estos adoratorios, que no tuviese su altar de sacrificios impregnado de sangre; y en un departamento separado, se veían grandes ollas y cazuelas,

destinadas á cocer y condimentar la carne de los indios sacrificados.

Seria imposible describir uno por uno los numerosos edificios contenidos dentro del recinto del templo mayor. Allí se hacia notable, por la singularidad del objeto para que habia sido hecho, una gran cárcel, donde tenian aprisionados, con vigilancia y órden, á los ídolos de las provincias conquistadas que habian sido conducidos á Méjico como prisioneros de guerra. No llamaba menos la atencion, aunque de una manera mas triste y conmovedora, otro en que se veian sesenta vigas altísimas agujereadas de arriba abajo, colocadas á distancia de cuatro piés unas de otras, con varas que cruzaban del agujero de una á los de las que estaban á sus lados, colgando de ellas ciento treinta y seis mil cráneos de las víctimas sacrificadas. (1)

A corta distancia, y dentro siempre del recinto, se veian varios seminarios destinados á los dos sexos; los edificios no muy altos, como dice Bernal Diaz, en que vivian los millares de sacerdotes; las casas en que se guardaban los objetos pertenecientes al culto; los grandes depósitos de leña para mantener vivo el fuego en todos los templos; un edificio destinado al retiro, en determinados dias, para el sumo sacerdote; otro á donde el rey se retiraba á hacer oracion y penitencia en ciertas épocas del año; un hospicio para alojar en él á los peregrinos que por devocion marchaban á la capital á visitar á las divinidades; un hospital; un vasto departamento para criar las aves desti-

(1) Tuvo la curiosidad de contarlos uno de los capitanes de Hernan Cortés, llamado D. Andrés de Tapia, y habiéndosele dicho al historiador Gomara, éste lo hizo constar en su obra relativa á Méjico.

nadas al sacrificio, un jardín, fuentes, y un gran estanque de agua extraordinariamente cristalina, que por amplios conductos llegaba de Chapultepec, y que estaba destinada para el servicio exclusivo de los dioses.

Por donde quiera que se dirigía la vista en aquella animada ciudad, se descubrían huertos, flores, árboles y plantas.

Era un bellissimo panorama el que se describía á los ojos, al observar el encantador conjunto desde algun punto elevado.

Aquí se levantaba una isleta cultivada esmeradamente, formando un ramillete en medio de la avenida de varias calles, como se levanta un jardincito en el centro de una de las modernas plazuelas de nuestras grandes ciudades: allí, en distintas direcciones, se veían cruzar como rápidos peces, las ligeras canoas empleadas en el tráfico constante; acá los notables palacios de los emperadores, ostentando su lujo y su belleza; sus amplias casas de recreo, sus pensiles, su serrallo, sus edificios de aves y de fieras, sus estanques, sus baños y sus retretes; allá los curiosos acueductos de cal y piedra, de cinco piés de alto, que conducían, en abundancia, la excelente agua de Chapultepec á la población; y flotando sobre las blandas ondas del tranquilo lago, las poéticas *chinampas* que, cual encantados y floríferos huertos, brindaban á la ciudad rosas y sabrosas verduras.

La pintoresca Méjico de los emperadores aztecas, se encontraba edificada en el sitio mismo en que hoy se mira la moderna ciudad del mismo nombre. (1)

(1) Algunos han creído, por la lectura de un librito en que se habla del sí-

Número de  
habitantes de la  
capital.

El número de habitantes que en su vasta área contenía, aunque no se pueda determinar exactamente, hay vehementes indicios para poderlo apreciar en ciento veinte mil, su cifra. (1) Pero lo que aumentaba la vida y el movimiento de la ciudad, era la inmensa población flotante, que diariamente marchaba de todas las partes del imperio, y el comercio activo que so mantenía con todas las poblaciones próximas que por tierra y agua enviaban sus abundantes productos.

Consideraciones  
á los

comerciantes. Los mercados estaban llenos de comerciantes que llevaban sus efectos de una población á otra. Se dedicaban muchos al comercio, porque era una ocupación á que se guardaba muchas consideraciones y respeto. Los comerciantes aztecas, no tenían almacenes fijos, sino que eran mercaderes ambulantes que recorrían todos los pueblos de Anáhuac, llevando sus mercancías, no

tio que ocuparon las tlatoalcas y los mejicanos, que la ciudad antigua abrazaba en su área á Chapultepec. Pero no es así. Chapultepec se hallaba á distancia de dos mils de la antigua Méjico. Bastará á cualquiera, para convenirse, leer las siguientes palabras de Bernal Diaz: «Una gran alberca de agua que se bencbia y vaciaba, que le venia por un caño encubierto de la que entraba en la ciudad desde Chapultepec.» El mismo autor dice al hablar del sitio puesto á Méjico por Hernan Cortés: «Acordaron fuésemos á quebrar el agua de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad.» El Sr Clavijero trae el siguiente párrafo. «Construían los mejicanos acueductos: los que conducían el agua á la capital desde Chapultepec, etc.»

(1) Hernan Cortés en sus cartas á Carlos V, decía que «era tan grande como Sevilla y Córdoba.» Sevilla, que despues del descubrimiento de Méjico y del Perú, creció en importancia y población, tenía entonces 80,000 habitantes: Córdoba tenía 40,000. La cifra que arrojan ambas ciudades juntas, está de acuerdo con el que resulta del cálculo que debemos hacer, suponiendo á cada familia, seis individuos, puesto que, exceptuando los palacios de los grandes, que tenían dos pisos, las casas eran de uno, en que únicamente vivía una familia.

cargadas por animal ninguno, pues no existían de carga, sino en hombros de individuos que no se ocupaban de otra cosa. Cada comerciante ajustaba los hombres necesarios Indios de carga, llamados *tamemes*, y reunidos varios y lo que mercados, formaban una caravana en que iban cargaban. centenares de tamemes. El peso de la carga que cada uno de estos llevaba, no podía exceder de sesenta libras. Los comerciantes llevaban á vender, finas telas de algodón, capas de bellas plumas, joyas, esclavos, y cuanto juzgaban que podría ser deseado en las provincias á donde marchaban. El comercio de esclavos era entre los aztecas, un tráfico honorífico, y generalmente los presentaban en las ferias mas concurridas, como las que se celebraban periódicamente en Azcapozalco, para la venta de ellos. (1) Los comerciantes eran respetados por donde quiera que iban, y ellos llevaban siempre algun valioso regalo del soberano del país de donde salían, para los jefes de aquellos puntos á donde iban, y recibían de éstos, otros para corresponder al regalo recibido. Las autoridades guardaban con ellos grandes consideraciones, y les daban el permiso de comerciar libremente en el sitio á que llegaban. Siempre marchaban en esas expediciones muchos comerciantes juntos, y la numerosa caravana iba perfectamente armada y municionada, para defenderse en el caso de que intentasen algo contra ella. Si alguna fuerza extraña les acometía, se defendían, sabiendo que inmediatamente marcharían fuerzas en auxilio de ellos. Pero nadie se atrevía á causar daño ninguno á los comerciantes

(1) Sabagun, Hist. de Nueva-España.



mejicanos, porque equivalia á provocar el enojo del emperador de Méjico, que estaba pronto á emprender la guerra con cualquier pretexto, para extender su dominio. (1) Para dar una idea del número de gente que se les concedia llevar á esos comerciantes, bastará decir que en cierta ocasion, pusieron sitio á la ciudad de Ayotlan, y que despues de cuatro años de asedio, la tomaron. Los emperadores mejicanos se informaban, por medio de ellos, de todo lo que pasaba en los estados que recorrían, y tomaban sus providencias, con arreglo á las noticias que les daban. Muchas veces les concedian los reyes permiso para levantar gente que se ponía á sus órdenes, y siempre les veian como á súbditos que prestaban importantes servicios á la nacion. Todas estas consideraciones y facultades concedidas á los comerciantes, hacian que la esfera de su accion se extendiera mucho mas allá de la que correspondia al simple tráfico comercial, y les daba un participio importante en la política. Como distintivo honorífico, se les permitia llevar insignias y divisas particulares que eran respetadas.

El principal distintivo era un baston negro y liso que llevaban en la mano y que, segun sus creencias, representaba la imágen del dios del comercio Xacateuctli, y con el cual se creian seguros de toda asechanza. Cuando hacian alto en alguna posada ó en algun sitio conveniente, en el camino, juntaban todos los bastones, los ataban, y colocándolos en un lugar, los tributaban culto. Por la noche

(1) Hay una pintura en el códice de Mendoza, que representa la destruccion de una ciudad, por haber maltratado, su cacique, á unos mercaderes mejicanos.

se sacaban sangre de los párpados, de las orejas, de los brazos y de los muslos, en honor de aquella divinidad. Mientras duraba el viaje emprendido, ni su mujer, ni sus hijos, ni nadie de la familia, podía lavarse la cabeza, aun cuando se bañase el cuerpo, sino de ochenta en ochenta dias. Creían que con esto se atraían la protección de los dioses, y era á la vez una demostración de tristeza por la ausencia del viajero. Cuando alguno de los comerciantes moría en la expedición, se comunicaba la noticia á los mercaderes mas ancianos del país, que eran los encargados de ponerla en conocimiento de la familia. Esta, para honrar dignamente la memoria del finado, mandaba hacer una estatua de pino que le representase, y hacían con ella las mismas ceremonias fúnebres que hubieran practicado con el cadáver verdadero.

El papel distinguido que en aquellas naciones hacían los comerciantes, se ve claramente en que varios de ellos formaban, en Texcoco, lo que pudiéramos llamar consejo de hacienda. En muchos asuntos les consultaba el monarca y escuchaba su parecer con profunda atención. Cuando les dirigía la palabra, les daba el nombre de «*tio*,» que era un dictado que revelaba estimación y cordialidad. Tenían tribunales privativos, que entendían en los negocios, así civiles como criminales, incluso las causas de delitos capitales, viniendo á formar, de esta manera, una comunión enteramente independiente, compuesta, pudiera decirse, de ellos solos. Estas prerogativas y las grandes utilidades que les dejaba el comercio, les proporcionaba respeto en la sociedad, y grandes riquezas con que atender al lujo y al regalo.

Todos los dias se veian salir por las calzadas de Méjico, gran número de esos comerciantes, llevando sus efectos en hombros de los numerosos *lanemes*, acostumbrados á la carga.

Todo se presentaba animado á la vista del observador. Los puntos próximos á la suntuosa corte de los emperadores aztecas, eran verdaderamente vergeles, entre los cuales descollaba el majestuoso bosque de Chapultepec, deliciosa quinta de recreo de los monarcas mejicanos, cuyos corpulentos y antidiluvianos ahuehuetes asombran aun con la magnitud de sus robustos troncos, que solo es dado abrazar entre doce personas, y refrescan con la benéfica sombra de su tupido y extendido ramaje.

Esta era la capital del imperio azteca, en los momentos en que se disponian las fiestas para celebrar la coronacion del emperador Moctezuma II.

Los nobles tlaxcaltecas y michoacanos que habian ido para presenciarias, estaban asistidos con cuidadoso esmero.

La coronacion se efectuó con una esplendidez que excedió á los elogios que le habian precedido, anunciándola como la mas notable.

Las ceremonias religiosas se celebraron con el brillo que correspondia á la grandeza de la nacion, y los prisioneros *allixqueños* fueron sacrificados al númen de la guerra *Huitzilopochtli*.

---

## CAPITULO XX.

Rebellen de algunas provincias tributarias y nueva sujecion de ellas.—Moctezuma declara á la plebe incapaz de obtener empleos.—Manera de presentarse al rey.—Serrallo de Moctezuma.—Comida que se le servia.—La que se daba á los palaciegos.—Bebidas que usaban.—Personas que concurrían á palacio.—Número de criados encargados del cuidado de las aves y de las fieras.—Acataamiento del pueblo al monarca.—Carácter de Moctezuma.—La agricultura.—Estado de las minas.—Guerra con los de Tlaxcala.—Muere en una batalla el hijo de Moctezuma.—Nuevos triunfos de los tlaxcaltecas sobre los mejicanos.—Hambre en Méjico.—Fausto de los grandes y miseria del pueblo.—Campana de Cusuhitemallan.—Ereccion de un nuevo templo.—Se da mayor anchura á la calzada de Chapultepec.—Incendio del templo Zomolli.—Moctezuma, desconfiando de los tlatelolcos, les priva de sus empleos.—Les repone en sus destinos.—Rebellen de algunas provincias.—Los mejicanos sujetan á los rebeldes.—Gran piedra de los sacrificios.—Fiestas celebradas en su dedicacion.—Nuevas rebeliones.—Guerra entre Méjico y Michoacan.

Rebellen de algunas provincias. Transcurridos algunos dias, el espíritu de rebellion que fermentaba, sin descanso, en todas las provincias sujetas á la corona de Méjico, estalló en Tlachauhco, poniéndose al frente del movimiento de insurreccion Malinalli, señor de ella. Moctezuma envió contra los insurrectos á un capitan llamado Tlilxochitl, que se

habia hecho notable por su valor en las campañas anteriores. Tlilxochitl venció á los sublevados, sujetándoles de nuevo á la corona de Méjico. Moctezuma, en premio á los relevantes servicios prestados á la patria, le dió el Estado que acababa de someter á la obediencia, y mandó dar muerte al rebelde Malinalli, que habia tratado de hacerle recobrar su independencia.

A esta victoria siguió otra mas importante, cuyo resultado fué la conquista del estado de Achiotlan, que llegó á quedar sujeto al imperio mejicano.

Al mismo tiempo que el capitan Tlilxochitl reducía á la obediencia á los pueblos insurrectos, Moctezuma se propuso introducir en la servidumbre de palacio y en el desempeño de varios cargos, algunas reformas que juzgó convenientes para rodear de mayor prestigio y veneracion del que aun tenia, á la persona real.

Aunque los monarcas no veian en la plebe mas que siervos, pues como hemos visto, hasta la religion azteca negaba á las almas de los individuos del pueblo un lugar decente en la otra vida, sin embargo, los reyes que habian precedido á Moctezuma, llegaron á ocupar en el servicio de su palacio, á uno que otro plebeyo que se habia distinguido por algun hecho notable. Pero Moctezuma no creyó digno á nadie del pueblo, de desempeñar ningun cargo honroso.

Cierto es que la plebe, desde el reinado de Itzcoatl, habia celebrado un solemne pacto voluntario con el monarca, obligándose por ella y por sus descendientes, á ser tributarios del rey, á trabajar sus tierras y las de los nobles, á fabricar las casas reales y á llevarle, cada vez que saliese

á la guerra, sus armas y bagajes; pero aunque, con efecto, se le obligaba á cumplir exactamente con el terrible pacto, no por esto dejaron los soberanos de premiar, de vez en cuando, el mérito de algunos plebeyos, particularmente si se habian distinguido en las batallas.

Pero Moctezuma se propuso no hacer ni esas excepciones. El nuevo monarca, no concediendo á la plebe el mas leve sentimiento elevado, ni lealtad, ni constancia, ni ninguna de esas virtudes que engendran rasgos de generosidad y de heroismo, la eliminó de todo cargo honroso; despojó de sus empleos á los pocos plebeyos que los reyes anteriores habian distinguido; declaró que nadie que perteneciese á la clase referida, podia, en lo sucesivo, obtener destino alguno; y formándose el mas despreciable concepto de ella, no titubeaba en asegurar, cuando dictaba aquellas disposiciones, que lo hacia por el buen nombre y engrandecimiento de la patria; porque los plebeyos siempre obrarian como correspondia á su oscura clase, patentizando en todas sus acciones, el bajo origen de su nacimiento y la grosera tela de su educacion.

En vano su respetable ayo, venerable y anciano, de la primera nobleza del reino, trató de disuadirle, con sólidas razones, de aquella idea que negaba, en absoluto, cualidades nobles á todos los que pertenecian á la plebe.

Los consejeros, en aquellos gobiernos en que el rey era todo y en que la voluntad del monarca era la suprema ley, no servian, segun dice Gil Gonzalez, mas que de ornamento, como vasos de aparador, que no se tienen con

Moctezuma  
declara á  
la plebe  
incapas de  
obtener  
empleos.

guna de esas virtudes que engendran rasgos de generosidad y de heroismo, la eliminó de todo cargo honroso; despojó de sus empleos á los pocos plebeyos que los reyes anteriores

otro objeto que con el de dar gusto á la vista. Moctezuma encontró importuna la opinion de su ayo, y la disposicion se cumplió, sin que la modificase en lo mas mínimo.

La dictada reforma empezó por la servidumbre de palacio. Los pocos plebeyos que desempeñaban algun cargo, por insignificante que pareciese, fueron despedidos inmediatamente. La nueva servidumbre se compuso de personas distinguidas y principales.

El palacio de Moctezuma era el núcleo de la nobleza y de los grandes.

Número de señores que marchaban á palacio diariamente. Todos los dias, al brillar la luz primera del sol, entrelan en la régia habitacion mas de seiscientos señores feudatarios y de la alta nobleza, con el exclusivo objeto de acompañarle y estar dispuestos á cumplir las órdenes que les dictase. Grandes salones y espaciosos corredores eran los sitios en que ese número extraordinario de personajes distinguidos esperaba la dicha de ver al monarca, paseándose unos, en animada conversacion otros, aunque sostenida siempre en voz muy baja, y sentados los mas en banquitos muy bajos. Allí, sin otra ocupacion que la de aguardar, entregados al solaz, las disposiciones del soberano, permanecian todo el dia, sin que en aquellos magníficos salones y corredores, á ellos exclusivamente destinados, pudiese entrar la servidumbre.

Todos estos grandes señores y feudatarios, marchaban á palacio acompañados de numerosos criados y esclavos que, no cupiendo todos en tres vastísimos patios que tenia el inmenso edificio, quedaba una gran parte de ellos

ocupando casi la calle entera, que era muy grande y ancha. (1)

Para entrar  
A ver al rey se  
quitaban  
el calzado y  
la manta del lujo.

Cuando alguno de los personajes se disponia á entrar en la estancia en que el rey se hallaba, se quitaba el calzado y se despojaba de la rica manta que á manera de capa morisca llevaban, poniéndose otra ordinaria, pero limpia, pues se hubiera tomado por manifestacion de orgullo, el presentarse con deslumbrante lujo. Descalzo ya, y cubierto con la modesta manta, entraba con los ojos bajos, inclinados al suelo, sin levantarlos jamás á mirar el rostro del monarca, y se dirigia, no de frente, porque habria sido considerado como desacato, sino rodeando un poco por el lado de la puerta, haciendo tres profundas reverencias.

Manera de  
saludar al rey  
y cómo  
se estaba en su  
presencia.

En la primera, que la verificaba al presentarse en la estancia, decia, *señor, (tlatoani)*: en la segunda, hecha en la mitad del camino, *mí señor, (notlatocatzin)*; y en la tercera, que la hacia al llegar á la distancia conveniente, *gran señor, (hucitlatoani)*.

Si el individuo que entraba habia sido llamado por el rey, permanecia con la cabeza inclinada, en la misma actitud humilde con que habia entrado, y escuchaba, respetuosamente, de boca de un secretario, la disposicion dictada por el soberano. Oida la orden que se le dictaba, hacia una inclinacion profunda, y se retiraba andando hácia atrás, para no volver la espalda al monarca; pero siempre

(1) Segunda carta de Hernan Cortés á Carlos V, en 30 de Octubre de 1520.



con la vista fija en el suelo, hasta salir de la estancia.

Cuando era un gran señor que llegaba de lejana provincia, para negocios importantes, observaba las mismas ceremonias que todos, y exponía su asunto en breves palabras y con voz muy suave; recibía la respuesta del monarca por medio del secretario, á quien escuchaba con la veneracion y respeto que podria prestarse á un oráculo, y se retiraba sin volver la espalda al soberano, ni levantar la vista, como dejó indicado que lo hacian los que eran llamados. Al verse fuera, volvía á calzarse, cambiaba la manta ordinaria por la lujosa que habia dejado, y se alejaba sin pronunciar una palabra.

Solamente les era permitido á los parientes del monarca, llegar á su presencia sin quitarse el calzado ni cambiar de vestido.

El serallo de  
los monarcas  
mejicanos.

Al extraordinario número de magnates que, desde muy temprano hasta la noche, se reunían en el palacio para hacer la corte al soberano, se agregaba el mayor aun, que componía la servidumbre del monarca. A la enorme cifra de criados, se añadía la no menor de mujeres que habitaban en la casa real entre señoras, criadas y esclavos. Los ámplios departamentos de estas mujeres que en ellos vivían encerradas, venían á constituir un magnífico serallo de bellezas indianas, donde se encontraban los mejores tipos de las razas que habitaban el Anáhuac. Nobles matronas de inquebrantable fidelidad, estaban encargadas de la custodia de ese magnífico haren, velando incesantemente sobre su conducta, pues los monarcas aztecas eran excesivamente celosos, y castigaban, con penas muy severas, la falta mas leve come-

tida en palacio. De aquel provisto serrallo de mujeres hermosas, tomaba el rey para sí aquellas que para él reunían mayores encantos, y recompensaba con las otras los actos de valor, de heroicidad ó de patriotismo de sus vasallos. La mayor parte de esas encantadoras jóvenes, que constituían un jardín de flores animadas, cuya dulce fragancia solo lo era dado aspirar al poderoso monarca, eran hijas de señores principales, llenas de habilidad y de encantos, y que, para entretener agradablemente las blandas horas del día, se ocupaban, gozosas, en hacer delicados tejidos de sobresaliente mérito.

*Bufones del rey.* Formando un contraste pronunciado con las indianas bellezas del cautivador haren, se encontraban, en distinto departamento, los desgraciados racionales, á quienes la caprichosa naturaleza se había empeñado en hacerles notables, por su deformidad y raras formas. Aunque bien tratados y asistidos, tenían á su cargo el triste papel de bufones, provocando la hilaridad de los soberanos, con los defectos físicos con que habían tenido la desgracia de nacer.

Entre los grandes que concurrían á palacio con frecuencia, á visitar al monarca, se hallaban los feudatarios de la corona, los cuales estaban obligados á residir una parte del año en la corte; y cuando se marchaban á sus estados, concurrían sus hijos ó sus hermanos que, como hemos dicho ya, dejaban en rehenes, por exigirlo así la ley, para asegurar la fidelidad de los primeros.

Nunca reyes ningunos de la tierra han ostentado mas fausto en el servicio de su persona, que los monarcas de Méjico.

La descripción que Hernán Cortés y Bernal Díaz del

Castillo hacen del sistema de vida que observaba en su palacio Moctezuma II y que, como testigos oculares de los actos de este rey, supieron apreciar debidamente, da á conocer de una manera inequívoca, la magnificencia con que se trataban los soberanos de aquella conquistadora monarquía.

Trojes que mudaba diariamente Moctezuma. Cuatro veces al dia mudaba de ricos trajes el monarca Moctezuma, siendo los cuatro diferentes unos de otros, y completamente nuevos. Estos delicados vestidos no se los ponía mas que una sola vez; y para hacerlos, se ocupaba gran número de personas de ambos sexos, dedicadas únicamente á tejer las ricas telas y á confeccionar la ropa del soberano.

Su calzado, que era una especie de sandalias, de primorosa hechura, tenían de oro la suela, y rica pedrería en las cintas que cruzaban el pié por encima.

Pero en donde resaltaba la esplendidez y el regalo que rodeaba la vida de Moctezuma, era en el servicio de la mesa.

La sala en que comía, era notable por sus dimensiones y por la clara luz que la bañaba. El pavimento tenía, por alfombra, vistosas esteras de diversos colores, hechas de finísimas palmas, y con delicado primor labradas.

Momentos antes de que entrase á comer, ponían nuevos y limpios manteles de suave tela de algodón, en una mesa bajita, cuya altura estaba en relacion con el asiento que era tambien bajo, pero rico y blando.

Se le servían al rey en la comida, 300 platos diferentes.

Puestos los manteles, que no volvían á servir otra vez, pues en cada comida se estrenaban otros enteramente flamantes, entraban, en ordenadas filas, trescientos jóvenes de la no-

bleza, llevando cada cual un guiso distinto en un plato colorado de loza de Cholula, con un braserillo de barro oscuro y fino debajo, á fin de que no se enfriase; y dejándolos en un lado de la sala, se salian en el mismo orden con que habian entrado, sin proferir una sola palabra, y procurando que casi fuese imperceptible el ruido de sus pisadas.

Platos que le servian en la comida. Los manjares que contenian aquellos trescientos platos, que casi llenaban la sala, (1) eran de los mas delicados y sabrosos. Gallinas, faisanes, perdices, patos, codornices, venado, pichones, liebres, conejos, variedad de gustosos pajaritos, peces de rio y de mar, frutas las mas exquisitas de todas las zonas, cuanto, en fin, de exquisito y bueno existia en los extensos dominios de la monarquía, se encontraba en la mesa del monarca. (2)

En cuanto el soberano se sentaba á la mesa, cerraba el mayordomo la puerta, y se acercaban á él cuatro esbeltas jóvenes de las mas hermosas del reino, llevando rico aguamanos y limpias y finísimas toallas para que se lavase los dedos.

Terminado el lavatorio, se disponia á dar principio á la comida, y entonces colocaban delante de la mesa, pero á

(1) Hernan Cortés. Segunda carta al emperador Carlos V, el 30 de Octubre de 1520. «Postante, dice, todos los manjares juntos en una gran sala en que él comia, que casi toda se llenchia, la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia.»

(2) Bernal Diaz, que vió los platos que servian á Moctezuma, despues de nombrar infinidad de ellos, dice: «Y muchas maneras de aves é cosas de las que se crian en estas tierras, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto.»

distancia conveniente, una preciosa mampara pintada de oro, con el exclusivo objeto de evitar que nadie le viese comer. Las cuatro lindas jóvenes que le habian ofrecido el aguamanos, quedaban de pié, detrás de él, y cuatro personajes de los mas distinguidos del reino, venerables por su avanzada edad y su saber, se colocaban de pié tambien, á los lados del monarca, siempre en ademan respetuoso y sin mirarle á la cara.

En la estacion del invierno que, aunque benigna en aquellos países, siempre se presenta mas fria que las restantes del año, templaban la temperatura de la pieza con lumbre de áscuas, de una leña aromática que exhalaba suave y dulcísima fragancia, sin que llegase á despedir ni la mas ligera nubecilla de humo. Desde el instante mismo en que estaba diestramente graduado el calor que el soberano apetecia, colocaban delante de la lumbre una preciosa tabla, primorosamente labrada con oro, y en la cual se veian, pintadas con diversos colores, las figuras de diversos ídolos que formaban las divinidades de aquel pueblo.

Empezada la comida, uno de los personajes que estaban de pié, señalaba al mayordomo, con una varita, los platos que deseaba gustar el monarca, y las cuatro hermosas jóvenes le servian en seguida la mesa.

Entonces se presentaban otras dos mujeres, no menos hermosas, llevando en unos platos, cubiertos con limpias servilletas, el caliente y suave pan de maíz, amasado con huevos y otras cosas sustanciosas; pan conocido en Méjico con el nombre de *tortillas*, y que las dos agraciadas mujeres le servian con cuidadoso esmero.

Bebía un licor  
hecho del  
cacao. Durante la comida, le servían de cuando  
en cuando, en copas de finísimo oro, una be-  
bida espumosa, hecha del cacao, que, en cincuenta brillan-  
tes ánforas de bruñido barro de Cholula, colocaban en la  
sala en que comía. Las escanciadoras de aquella aromática  
bebida, eran las mismas cuatro bellas jóvenes que le ha-  
bían servido el lavamanos, y al presentarle las copas, lo  
hacían con notable acato y respeto. (1)

Los cuatro ancianos y nobles personajes, permanecían  
siempre en silencio, y las únicas palabras que pronuncia-  
ban, eran las que servían de respuesta á alguna pregunta  
que les dirigía el rey.

Cuando, por distinguido favor, le daba á alguno de ellos  
el plato que á él le habían servido, lo recibía como una  
manifestación honrosa, y lo comía de pié, en actitud siem-  
pre respetuosa, y sin levantar los ojos á ver al monarca.

Algunas veces que su ánimo estaba dispuesto á chan-  
zas ó diversiones durante la mesa, se entretenía en escu-  
char, ya las chocarrerías de ciertos hombres corcovados,  
semi-enanos y horriblemente feos, quebrados por la mitad  
del cuerpo, que mantenía por ostentación, ya en oír las  
burlescas sátiras de otros mas truhanes y menos defectuo-  
sos, ya en ver bailar á diestros danzarines, ó ya, en fin,  
en escuchar el canto de los mas diestros músicos que en-  
tonces se encontraban en aquel reino.

(1) Bernal Diaz, al hablar del servicio de la mesa de Moctezuma, dice así:  
«Mas lo que yo ví, que traían sobre cincuenta jarros grandes, hechos de buen  
cacao con su espuma, y de lo que bebía; y las mujeres le servían al beber con  
gran acato.»

Terminada la comida, las cuatro jóvenes que le habían servido la mesa, levantaban los manteles, y le llevaban otro aguamanos luciente, con nuevas toallas aromatizadas, pues nada de lo que una vez había usado, volvía á servirle en lo sucesivo, excepto las copas de oro, que se tenían siempre limpias y brillantes.

En cuanto acababa de lavarse las manos, le ponian sobre la mesita tres graciosos tubos primorosamente dorados, henchidos de aromático tabaco, mezclado con ámbar; los cuatro nobles ancianos se despedian de él con profundo acatamiento, saliendo de la pieza con los ojos bajos y sin volverle la espalda; igual cosa practicaban las hermosas y el mayordomo; y entonces el monarca, saboreando el humo de uno de los dorados tubos, quedaba reposando la comida hasta que el sueño cerraba blandamente sus párpados.

En cuanto el rey había terminado de comer, se les servia la mesa en otros departamentos, á todos los grandes que diariamente le visitaban, cuyo número exorbitante dejo referido, lo mismo que á la enorme cifra de criados que llevaban.

Mas de mil platonos, llenos de las mismas exquisitas viandas que al monarca se servian, se presentaban en los espaciosos salones en que comian los nobles; y excedia de dos mil ánforas del líquido espirituoso del cacao, las que se les ponian para que bebiesen. (1)

(1) Bernal Diaz. «Verdadera historia de la conquista de la Nueva-España.» «Y me parece—dice—que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que

Vinos que  
bebían.

Pero no era el único licor de los mejicanos, el delicado hecho del cacao. Tenían además, otros varios, mas ó menos agradables, extraídos de la caña del maíz, del grano de este, de la palma, y de otras plantas; pero el principal, el que tenía mas consumo en el pueblo, el mas sano de todos, era el llamado pulque, blanco como la leche, sacado del maguey, y del cual se hace actualmente un consumo extraordinario, por ser el vino que se toma en todas las mesas. (1)

Dormían siesta  
fumando.

Acabada la comida, toda persona de mediana posición conciliaba el sueño con el humo del tabaco, cuya planta abundaba, y abunda en aquel país. Lo fumaban, poniendo la hoja con liquidambar ó alguna otra yerba aromática, en tubitos semejantes á los que hemos visto le presentaban á Moctezuma, con la única diferencia de ser, generalmente, menos ricos, pues el lujo de ellos estaba en relacion con la fortuna del fumador. El hu-

diho tenga; pues jarros de cacao con su espuma, como entre mejicanos se hace, mas de dos mil, y fruta infinita.»

(1) Los mejicanos le llamaban al vino del maguey ó de la pita, *uenelli*, que quiere decir *vino dulce*; pero los españoles le dieron el nombre de *pulque*, tomándolo de la lengua araucana que se hablaba en Chile, y que aquellos habitantes aplicaban á toda bebida embriagante. El *uenelli*, como le llamaban los mejicanos, ó el pulque, como es conocido hoy, se extrae y se prepara de una manera muy sencilla. Cuando llega el maguey al estado de madurez y de desarrollo, se le cortan las hojas tiernas que se encuentran en el centro de la planta, de que sale el tallo, y allí le hacen una cavidad conveniente. Hecho esto, le raspan la superficie interior, de la cual se filtra, en bastante abundancia un jugo muy dulce, al que dan el nombre de *aguamiel*. Se valen para sacarlo de la cavidad referida, de un calabazo largo y estrecho, llamado *acocote*, con el cual sorben y extraen el jugo de la planta, que lo ponen en una gran vasija. hasta que llega á fermentar. Antiguamente facilitaban la fermentacion con una yerba nombrada *ocpalli*, que servia, al mismo tiempo, para darle mas fuerza.



mo lo recibian oprimiendo el tubo con la boca y tapando la nariz con la mano, con el fin de que pasase aquel con mas brevedad al pulmon. Tambien useban tomándolo en polvo por la nariz, como se toma el rapé.

Con la misma abundancia se daba de comer á los infinitos criados que aguardaban á sus señores; y la surtida despensa, y los variados licores, estaban abiertos todos los dias y á todas horas, para las personas distinguidas que apeteciesen tomar algo.

Mientras á los que visitaban al monarca les servian la comida los criados, á las numerosas mujeres del soberano les servian, en sus espaciosos departamentos, las criadas y las esclavas.

Todo era allí abundancia y magnificencia. La infinita servidumbre de palacio se regalaba de igual manera que los convidados, y el gasto diario de la comida solamente, arrojaba una cifra prodigiosa.

Vasta tenia que ser la morada real para contener dentro de su recinto, de una manera cómoda, el crecido número de personas que se reunian en él diariamente; y, con efecto, era vastísima.

Magnificencia de los palacios reales. Aquel soberbio edificio, construido sólida- mente de piedra y cal, ocupaba una área inmensa, y contaba veinte espaciosas puertas que daban á la plaza y á las calles. Entro sus salones, que eran muchos y notables por su capacidad, se encontraba uno en que, segun la relacion de uno de los conquistadores de reconocida veracidad, cabian tres mil personas cómodamente. (1)

(1) «*Relacion de un gentil-hombre de Fernando Cortés.* No habiéndose podido averiguar el nombre del expresado gentil-hombre que trae cosas muy curiosas

Cien piezas de bastante extension; tres patios amplísimos, en uno de los cuales se levantaba una preciosa fuente; considerable número de habitaciones para las mujeres, las criadas y las esclavas; amplios departamentos para los ministros, los consejeros, los empleados de la corte, la servidumbre; y régias alcobas con muros de mármol, techos de cedro, de ciprés y de otras ricas maderas perfectamente labradas, destinadas para alojar á los dos reyes aliados y á los extranjeros ilustres, completaban la grandeza del palacio que servia de ordinaria residencia al monarca mejicano. (1)

La siesta que dormia Moctezuma, reclinado en el blando asiento que se hallaba junto á la mesa en que habia comido, era bastante corta. Despues de ese dulce rato de reposo, se dirigia á una sala próxima, amplia y bien adornada, donde le esperaban ya, algunos ministros y el secretario; y sentándose en un asiento bajo, resplandeciente de oro, daba audiencia á sus vasallos, que entraban descalzos, como dejo referido, con los ojos bajos y haciendo las manifestaciones de profundo acatamiento acostumbradas. Moctezuma escuchaba con suma atencion lo que con moderada voz exponian los súbditos, y les respondia por medio de sus ministros ó secretarios.

Terminada la audiencia, entrea en el baño, que era de

relativas á los templos, edificios, armas y costumbres de los antiguos mejicanos, los historiadores le designan con el nombre de «*El conquistador Anónimo.*» La curiosa y estimable produccion de este sincero escritor, se halla en la coleccion de Ramuño.

(1) El mismo *Conquistador Anónimo* dice que cuatro veces entró en el palacio referido, y que no le fué posible verlo enteramente, á pesar de haberse cuidado en recorrerlo.

agua tibia y aromatizada, y en él permanecía por espacio de una hora entregado al aseo del cuerpo.

A la magnificencia del suntuoso palacio en que tenia su residencia, correspondia la de otros muchos de recreo que tenia dentro y fuera de la capital, y la grandiosidad de sus vastísimos jardines, ricos en la variedad de todas las flores y plantas que producian aquellas floríferas regiones.

Edificios  
para  
aves y fieras. No eran menos notables los dos grandes edificios destinados, uno á las diversas fieras de toda especie que se conocian en la América, y la otra á las multiplicadas aves de brillante plumaje, que cruzan los aires y pueblan los gigantescos árboles del Anáhuac.

El edificio destinado á las últimas, estaba adornado de espaciosos corredores, sostenidos por bellísimas columnas de mármol de una sola pieza, que daban á un delicioso jardin, con esmero y gusto cultivado. Diez espaciosos estanques, de agua dulce los unos, y de salada los otros, sombreadas por el espeso ramaje de corpulentos árboles, que al rededor se levantaban robustos y lozanos, dejaban cruzar en su clara superficie á las hermosas aves acuáticas de diversas especies, que remedaban vistosos ramos de exquisitas flores, resbalando entre las suaves ondas al blando soplo de embalsamadas auras. En bellos departamentos, bañados por la luz y refrescados por las brisas, se veian los papagayos de brillante plumaje, los guacamayos de variados y encendidos colores, los parlantes loros, los rojos cardenales de elegante penacho, las águilas reales de vistosa corona, el cernicalo, y cuanta diversidad de exquisitos pájaros existen en toda la extension del favorecido

suelo del antiguo imperio azteca, desde el mayor de su elegante especie, hasta el diminuto y tornasolado colibrí, mas bello en sus variados colores, que las fragantes y delicadas flores en cuyo cáliz liba y se alimenta, agitando sin cesar sus matizadas alas.

Número  
de personas  
encargadas de  
cuidar las  
aves.

Para el cuidado exclusivo de las expresadas aves, estaban destinadas trescientas personas de ambos sexos. Cada una de las diversas especies de pájaros, cuyo número y variedad llenó de asombro á los conquistadores españoles, estaba alimentada con lo que tenia costumbre de comer en el campo.

Notable era la cantidad de granos, de frutas, de insectos y de carne que consumian. Solamente para las aves que se alimentan de peces, se gastaban diariamente diez grandes canastas de éstos, pescados en las lagunas y en los rios; y para las aves de rapiña, se mataban quinientos pavos.

De las trescientas personas destinadas al cuidado de las aves, unas estaban encargadas de curarlas cuando se enfermaban, otras de prepararlas los nidos, otras de limpiar los departamentos en que estaban, no pocas de desplumarlas en cierta época conveniente del año, y algunas en recoger las plumas, que se empleaban en hermosos penachos, en bellos mosaicos, que llamaron la atencion de la Europa, y de otros adornos que entre los nobles mejicanos eran de grande estima.

Este edificio, que presentaban magníficas habitaciones donde hubieran podido alojarse espléndidamente dos principes, con sus comitivas numerosas, estaba situado en el

sitio mismo en que hasta hace poco se levantaba majestuoso el notable convento de San Francisco.

La espaciosa casa destinada á las fieras, se hailaba embellecida por un patio de vastas proporciones y cómodas y numerosas habitaciones. En piezas hechas expreso, se hallaban, en sólidas jaulas de madera, los leones, los leopardos, los tigres, los gatos monteses, las zorras, los lobos, y otra porcion de feroces animales que seria prolijo enumerar.

Todas estas devoradoras fieras estaban alimentadas con carne, y se les daba, para sustentarlas, venados, gallinas, conejos, liebres, perrillos, pájaros, y los intestinos de las víctimas sacrificadas á las sangrientas divinidades.

Además de las fieras, se mantenian en aquel edificio, que estaba cubierto por todas partes de ídolos espantosos, diversidad de víboras, culebras de cascabel, y horribles y feroces cocodrilos; éstos en anchos estanques, rodeados de lisas paredes, y aquellas en grandes vasijas de barro, con pluma, donde ponian sus huevos y criaban sus viboreros.

Igual número de personas se ocupaban en el cuidado de las fieras y de los reptiles, como el que dejo indicado que estaban dedicadas al servicio de las aves.

Todos los palacios de Moctezuma, tenian deliciosos jardines, donde se encontraban las mas delicadas y fragantes flores, plantas medicinales; grandes estanques, en cuyas limpias aguas se veian cruzar millares de peces de colores; poéticas y enramadas glorietas; deliciosos baños; graciosas fuentes, y murmurantes arroyuelos que iban acariciando la planta de los rosales y de los copudos

árboles, entre cuyas sonantes ramas, cantaban alegremente el clarín del bosque, el *cenxontle* y la pintada calandria del Anáhuac. Pero no eran estos sitios, impregnados de aromas, los únicos que de recreo tenían los reyes mejicanos.

Aficionados á la caza, poseían bosques deliciosos, cercados de elevadas tapias, en cuya intrincada espesura vagaban considerable número de animales que el rey, acompañado de los grandes de la corte, se entretenía en perseguir en determinadas épocas del año. Entre esos agradables bosques en que los monarcas aztecas, provistos de un rico arco y de vistosas flechas, corrían tras de la ligera fiera hasta alcanzarla y hierirla, se encontraba uno altamente pintoresco entonces, por hallarse en medio de las aguas del lago, como una isla encantada y risueña; y que hoy, cambiado su aspecto por el transcurso del tiempo y las transformaciones operadas, no conserva vestigio ninguno que denuncie, ni remotamente, lo que fué, bajo el nombre de *Peñon viejo* con que actualmente es conocido.

No quedan de aquellos espesos bosques, mas que la memoria de que existieron. Únicamente ha sobrevivido á la ruina de todos ellos, el grandioso y venerando bosque de Chapultepec; esa emperatriz de las selvas; esa bellísima sultana de las florestas, que ostenta aun en su histórico recinto, lleno de recuerdos conmovedores, los gigantescos y majestuosos ahuehuetes, que los hace aun mas venerables, el encanecido y ceniciento parásito que cuelga en largas hebras de sus frondosas ramas, imprimiéndoles ese carácter de antigüedad que conmueve y cautiva.

A completar el fausto y la grandeza ostentosa del empe-

rador Moctezuma venian otros varios edificios reales, destinados á objetos notables de diversa naturaleza. Entre esos edificios descollaban dos, en los cuales se encontraban colocadas, con órden notable, todas las armas ofensivas y defensivas que entre aquellas naciones se conocian. Muchas de esas armas estaban adornadas de oro y pedrería. Allí se veian lujosas rodelas de diversos tamaños de mas ó menos lujo; temibles macanas; espadas de á dos manos, engastadas con hojas de durísimo y cortante pedernal, largas lanzas, arcos, flechas, varas de á dos gajos, hondas y rollizas piedras hechas á mano, paveses, cotas acolchadas de algodón, lujosamente labradas; cascos de madera y de hueso adornados de vistosas plumas, y otra porcion de objetos de guerra que llenaban completamente los dos edificios. (1)

Asombra la magnitud de los numerosos palacios destinados á la morada y al recreo de los emperadores mejicanos. No se concibe cómo en sesenta y seis años que llevaba Méjico de haber sacudido el yugo de los tepanecas, de quienes había sido tributaria, pudo llegar á ser la dominadora de todas las demás naciones del Anáhuac, y á levantar palacios que llenaron de asombro á Hernan Cortés y sus soldados.

Cierto es que ese férreo yugo había sido despedazado por Iztcoatl, cuarto rey de Méjico, en 1425, en que derrotó á su antiguo opresor Maxtlaton, monarca de Azcapozalco; pero tambien es cierto que las grandes obras de los palacios reales, solo se pudieron empezar desde el reinado

(1) Bernal Díaz del Castillo. «Verdadera historia de la conquista de la Nueva-España.»

de Moctezuma I, que subió al trono en 1436, puesto que su predecesor Itzcoatl no pudo ocuparse mas que de afianzar la independendencia de su pequeña nacion, hasta entonces reducida al sufrimiento y á las vejaciones de los monarcas de Azcapozalco.

Solamente se encuentra la explicacion de esas grandes fábricas, levantadas en el corto período mencionado, en el poder que los reyes ejercian sobre las masas inmensas del pueblo. Desde el rey Itzcoatl, la plebe, como tengo repetido, se obligó solemnemente, por ella y por sus descendientes, á ser tributaria del monarca, á trabajar sus tierras y las de los nobles, y á fabricar las casas reales. Pues bien, en virtud de este pacto, los monarcas mejicanos, así como el de Texcoco y todos los señores que gobernaban otros reinos y provincias del Anáhuac, disponian de masas inmensas de hombres, y podian destinar á las obras públicas, á la poblacion entera, sin excluir á las mujeres, como los monarcas del Asia y del Egipto. De esta manera, al lado de las humildes viviendas de la clase trabajadora, se destacaban los soberbios palacios, quintas y jardines de los monarcas y de los nobles; las gigantescas pirámides y los suntuosos *teocallis*, monumentos levantados como por encanto, á expensas del fatigoso trabajo de los pueblos.

La fastuosa grandeza que rodeaba á los reyes y á los señores, inclinaba el ánimo de los vasallos al respeto y casi veneracion de ellos.

Nunca se dejaban ver en público sino deslumbrando con el aparato de su riqueza y de su poder. Cuando Moctezuma salia de su palacio para dirigirse á sus quintas de



recreo ó al templo principal, se presentaba en ricas andas de láminas de oro, llevadas en hombros por nobles distinguidos; un bellissimo quitasol de plumas verdes, adornadas con figuritas de oro, le daban frescura y sombra: tres señores principales precedían la marcha, llevando levantadas tres pulidas varas de oro, indicando con ellas al pueblo la presencia del monarca: detrás de las andas marchaban cuatro personajes de elevado linaje, con un vistoso pñlio, también de plumas verdes con adornos de oro, para cubrir con él al monarca cuando quisiese caminar á pié, y cerraban la marcha muchos individuos de la nobleza, colocados de dos en dos, y arrimados á las paredes de las casas, en manifestacion de respeto al soberano. Toda esta lucida comitiva caminaba sin levantar los ojos del suelo, con la cabeza inclinada, humillado el cuerpo, y despojado del calzado, para no molestar con sus pisadas los oídos del monarca: éste marchaba vestido con un exquisito manto adornado de piedras preciosas y de finísimo oro, que le colgaba con gracia de los hombros; cubria su cabeza una esplendente corona del mismo rico metal, y calzaban sus piés magníficas sandalias de suelas de oro, sostenidas por cintas llenas de costosa y brillante pedrería.

Ninguno de la régia comitiva se atrevia á levantar la cabeza para ver al soberano; las personas que se encontraban en las calles por donde el rey pasaba, volvian el rostro para no cometer el desacato de mirarle; y todos los individuos pertenecientes al pueblo, se postraban mientras pasaba el monarca. Cuando bajaba de las andas, le daban el brazo cuatro personajes de la familia real, en los cuales se apoyaba; los otros cuatro nobles que llevaban el

pálio, le iban cubriendo para evitar que el sol le ofendiese; varios señores iban barriendo el suelo por delante de él, y otros colocaban finas mantas para que no pisase la tierra.

Moctezuma, lo mismo que los monarcas que le habían precedido en el trono, procuraba tener en continua actividad á sus vasallos. Para conseguirlo, les tenía á unos ocupados en el cultivo de los campos; á otros en la construcción de nuevos templos y palacios; en la reparación de caminos á otros; en ejercicios de guerra á los militares; y á fin de que ni aun los mendigos permaneciesen en el ocio, les impuso el deber de que entregasen Tributo de ciertos insectos. cierta cantidad de esos insectos asquerosos que se crían en el cuerpo de toda persona desaseada, y que, ocultándose en sus raídos vestidos, se alimentan de su sangre y denuncian su miseria. Para evitar que en ninguna parte apareciesen los que una vez habían sido entregados, se les ponía en sacos de tela muy espesa, de donde era imposible que se saliesen, y se colocaban en un punto separado de los almacenes reales, para arrojarlos, sin duda, en alguna hoguera, que se encendía para ese objeto.

Se ha equivocado el escritor Pav al deducir de esta disposición de Moctezuma, una consecuencia ofensiva para la generalidad de sus vasallos, suponiéndoles devorados por una innumerable cantidad de esos insectos. La obligación de ese impuesto, solo hablaba con los mendigos, desaseados en todas partes, y tenía por objeto obligarles á cuidarse de sí mismos.

Aquella terrible sujeción en que tenía á los pueblos,

los enormes tributos que pagaban, el rudo y constante trabajo que sobre ellos pesaba, y la severidad con que era castigada la mas ligera falta, producía un descontento general en la clase pobre; pero acostumbrados todos á mirar á sus reyes como á divinidades celestes, y á recibir sus mandatos como preceptos santos, sufrían, sin quejarse, sin atreverse á comunicar á ninguno, ni á los mismos de su familia, el menor sentimiento de disgusto contra el soberano.

*Carácter de Moctezuma.* Al lado de esa tirantez en que Moctezuma tenía á sus vasallos, poseía sentimientos dignos, y tenía rasgos que revelaban un fondo de alma noble y generosa. Compasivo y humano, socorria con frecuencia á los desgraciados; premiaba con largueza los servicios prestados á la patria, y se complacía en favorecer al huérfano y á la viuda. Obsequiando uno de los sentimientos nobles que le dictó su corazón, á la vista de las desgracias de muchos leales súbditos que gemían en la indigencia, convirtió la ciudad de Colhuacan, en hospital de inválidos, donde, á expensas del real erario, fuesen atendidos cuidadosamente todos los que habían servido lealmente al reino y que ya por su edad, ya por sus achaques, ya por cualquiera otra causa, no se hallaban en aptitud de trabajar.

Pero si se complacía en premiar los servicios de los rectos empleados, también sabía castigar severamente las faltas de los que no cumplían con sus deberes. Celoso de la observancia de las leyes, era inexorable en el castigo de los que las transgredían. Algunas veces, para poner á prueba la integridad de los jueces, ponía en juego, por

medio de otra persona, el atractivo de la codicia; y si alguno tenia la debilidad de dejarse seducir de ella, su castigo era terrible y seguro, aun cuando la persona perteneciese á lo mas distinguido de la nobleza.

Aunque la agricultura no podia recibir grande impulso por la falta de instrumentos de fierro y de animales propios para las faenas del campo, sin embargo, el ingenio de los aztecas y la feracidad del terreno, suplían en lo posible, aquella falta. Contribuia tambien á contener en algo el progreso de la agricultura, la falta de varias semillas muy importantes, como el trigo, el arroz, el garbanzo, la lenteja, el haba, el chícharo, la alverja, el arverjon, y algunas otras semillas y legumbres desconocidas entonces en la América; pero en cultivar el matz, la abichuela, el cacao, el algodón, el maguey, la chia y las diversas verduras en que el país abundaba, marchaban en escala ascendente. En el tejido de las telas de algodón, en la preparacion de este, en las obras de mosaico de pluma, en trabajar el oro, la plata y las alhajas, y en la manera de curtir las pieles de venado, tigre, leon y de otros animales, aunque siempre se manifestaron diestros, habian llegado, en el reinado de Moctezuma, á ser verdaderamente notables. Sabian dorar las copas de cobre ó de oro bajo, con una perfeccion asombrosa, dándoles un color brillantísimo que persuadia ser oro de veintidos quilates. Para adquirir este resultado, se valian de ciertas yerbas de que solo ellos tenian el secreto. En la arquitectura, si sus edificios no eran comparables con los europeos, eran al menos los mejores y mas grandiosos de la América, y superaban á los de las poblaciones africanas y asiáticas. Aunque no habian descubier-

to el uso del fierro, no obstante de haber bastante abundancia en algunas provincias de aquel país, no por esto carecian de instrumentos de corte y de labranza, pues lo suplían con el cobre, de cuyo metal hacían hachas, sierras y diversos objetos. No habían hecho menos progresos en la astronomía y en la literatura, que seguían encontrando protección en Moctezuma; y el idioma que era dulce, expresivo y abundante, continuó enriqueciéndose y adquiriendo mayores encantos.

Al mirar los pasos dados por aquellos pueblos en el sendero de la civilización; al ver su afán por los adelantos, y al notar su ingenio en las diversas obras de arte, que con acierto trabajaban, no concibo cómo haya autores extranjeros muy apreciables, entre ellos el Sr. Robertson, que les quieran negar la clara inteligencia que tenían. No comprendo, en vista de lo que eran realmente los habitantes del Nuevo-Mundo, como el escritor escocés mencionado, afirma que los indios, por causa de tener un entendimiento en extremo limitado, carecian de ideas generales y abstractas; que su idioma estaba reducido á cierto número de voces indispensables, para explicar únicamente las causas sensibles, y en fin, que eran incapaces de conocer por sí la causa y el efecto.

Sensible es ver que así se niegue á los antiguos habitantes de la América, por hombres justamente estimados en la república de las letras, las bellas cualidades que les adornaban, sin que les perdonen nada de lo desfavorable que tenían.

La civilización de los pueblos del Anáhuac, era una civilización que empezaba; una civilización mezclada con

costumbres duras y terribles: la luz envuelta en sombras que lucha por abrirse paso; pero al fin, civilizacion, que solo el genio, la capacidad y la inteligencia, conciben y emprenden.

Estado de las minas. En lo que puede decirse que no habian hecho adelantos ningunos, era en el trabajo de las minas. Y no es que no ambicionasen la posesion de los ricos metales. El oro y la plata eran los objetos codiciados por los reyes y por los grandes, y sus mas lujosos adornos se componian de esos dos ricos metales. La causa debemos creer que provenia de la falta de los principales articulos para explotarlos. Antes de la conquista por los españoles, la cantidad de oro y plata que los indios extraian, era muy corta. Desconocian los aztecas el beneficio por azogue; y como las fundiciones las hacian únicamente en braseros pequeños, sin mas soplo que el que podian dar con la boca, por medio de tubos, algunos hombres que alternaban en el trabajo, los resultados no podian ser sino mezquinos. Por la falta del azogue y de otros objetos indispensables de que carecian, los antiguos habitantes de aquellos países, no podian sacar de los ricos minerales que conocemos, sino una parte insignificante de los metales que encerraban. Casi toda la plata que tenian, procedia, bien de la que se encontraba en estado nativo, bien de minerales excesivamente abundantes, que se fundian con mucha facilidad. Nada prueba de una manera mas evidente la dificultad que tenian en extraer el oro y la plata, que la desventajosa proporcion en que esos metales figuraron en los regalos hechos por Moctezuma á Hernán Cortés, á pesar del empeño que tuvo aquel monarca en

presentarle la mayor cantidad posible de los metales referidos. Sufre, por lo mismo, el Sr. Prescott, una equivocacion, al asegurar que los expresados minerales y otros, se sacaban «no solo de las incultas masas de la superficie de la tierra, sino de las vetas trabajadas en las sólidas rocas, donde abrian extensas galerías.»

Los habitantes del Anáhuac eran ágiles, sufridos, parcos, de estatura mediana, bien formados, de ojos y pelo negros; de color bronceado claro; de agradables facciones, aunque desfiguradas por los pendientes que llevaban en las orejas, en la nariz y en el labio inferior; ingeniosos y valientes, barbilampiños, infatigables en sus marchas, y si no muy fuertes, sí sanos y ligeros.

No hay mas que ver al indio actual, para convencerse de su agilidad, su resistencia en las marchas, y su sobriedad en el comer.

Moctezuma, despues de haber sujetado de nuevo á la obediencia á los habitantes de Atlixco, de Tlachauhco, y de haber conquistado la provincia de Achiotlan, pensó, como sus predecesores, en hacer tributaria de la corona de Méjico á la república de Tlaxcala. Viendo sometidos á su poder casi todos los pueblos, no podia tolerar que los tlaxcaltecas fuesen los únicos que siguiesen gobernándose por si mismos, sin doblar la cerviz á la fuerza poderosa de sus armas.

Por su parte los tlaxcaltecas, conociendo que serian el blanco de la ambicion de los reyes mejicanos, se estuvieron preparando á la guerra desdo Moctezuma I, poniendo en estado de defensa todas sus poblaciones, y fabricando con actividad admirable, toda clase de armas ofensivas y

defensivas. Las palabras amenazadoras del rey Axayacatl á sus embajadores, manifestando que todos los pueblos tenían que ser tributarios de la corona de Méjico, les obligó á redoblar sus trabajos, á levantar considerables fuerzas, que situaron en las poblaciones de la frontera, á circundar las tierras de la república con grandes fosos, y á fabricar aquella sorprendente muralla de seis millas de largo que, mas tarde, llamó la atención de los españoles, y que situada en la parte de Oriente, que era el sitio mas peligroso, impedía que la nación fuese invadida.

Los enemigos mas encarnizados de los tlaxcaltecas, eran sus vecinos los huexotzingos y los cholultecas, en un tiempo aliados suyos, y entonces sus contrarios por envidia y por rivalidad. Los cholultecas, muy especialmente, habian logrado irritar el ánimo de los reyes mejicanos contra la república de Tlaxcala, diciendo que trataban de apoderarse de las provincias marítimas del golfo, con las cuales tenían un comercio activo. El aviso de los cholultecas produjo el efecto que se habian propuesto. Los habitantes de las provincias marítimas referidas, eran originarios de Tlaxcala, y sabiendo los gobernantes mejicanos que á ellos recurrían los tlaxcaltecas en solicitud de algodón, cacao y sal, redobló su vigilancia en la frontera, para impedir que recibiesen aquellos artículos, aumentó el número de tropas próximas á la república, y trataron siempre á ésta con un encono, odio y rigor imponderables.

Con las medidas dictadas por los gobernantes mejicanos, los tlaxcaltecas se vieron privados de todo comercio con las provincias marítimas desde Axayacatl, viéndose preci-



sados á comer los alimentos sin sal, que no volvieron á probarla hasta la llegada de Hernan Cortés á las playas mejicanas.

Entre tanto los tlaxcaltecas, aumentaban sus fortificaciones y acogian con aprecio en su territorio á los chalqueños y otomites de Xaltocan, que se habian salvado en las guerras anteriores del furor de los mejicanos. Los otomites odiaban de muerte á los habitantes de Méjico, por las vejaciones y daños que de ellos habian recibido. Los tlaxcaltecas, tratando de utilizar el deseo de venganza de los prófugos, pusieron á los chalqueños y otomites de guarnicion en los pueblos de la frontera. Acertada fué la disposicion, pues siempre se portaron con heróico valor, y la república premió sus servicios con generosa magnificencia.

1504.

El rey de Méjico  
manda hacer  
la guerra á los  
tlaxcaltecas.

Vigilaba la línea fronteriza el general tlaxcalteca Tlahuicolo, afamado guerrero, que se habia hecho notable por su valor y su fuerza hercúlea. Su nombre imponia terror en sus

contrarios, y cuando se presentaba en los combates, parecia el genio exterminador ante el cual todo se humillaba y perecia. La tremenda espada mejicana con que combatia, y que su formidable mano la blandía con la facilidad con que se maneja una ligera caña, era de un peso excesivo, y apenas la podia levantar del suelo un hombre de fuerzas ordinarias.

Tlahuicolo, confiando en su prodigiosa fuerza con la cual rivalizaba su denuedo, era siempre el primero en lanzarse sobre los enemigos, cada vez que éstos trataban de traspasar la frontera.

Cada vez que los huexotzingos intentaban un ataque,

eran rechazados por el temible Tlahuicolo, que parecia el rayo de la guerra.

**El valiente**  
**Tlahuicolo cae**  
**prisionero.** Los huexotzings, que á pesar de ver que nada alcanzaban, no querian desistir del empeño en molestar á los tlaxcaltecas, como se lo tenia ordenado Moctezuma, asaltaron inesperadamente un dia á una de las guarniciones otomites. Tlahuicolo empuñó su enorme espada, y voló al encuentro de sus enemigos. En el calor del combate, no vió un terreno fangoso que existia, y al querer lanzarse á donde era mayor el peligro, quedó atascado hasta las rodillas, en el pantano. Los huexotzings, al verle imposibilitado de salir, cargaron sobre él, mientras obligaban á los otomites á retirarse. Tlahuicolo se defendió heroicamente; dejó tendidos á sus piés á muchos de los que se acercaron; pero viéndose rodeado de enemigos y sin poder salir del pantanoso sitio en que estaba hundido, fué hecho prisionero y enviado á Méjico, á disposicion del emperador Moctezuma.

**Tlahuicolo no**  
**admite la**  
**libertad.** **El** monarca mejicano, admirador de las proezas de su ilustre prisionero, en vez de destinarle al sacrificio gladiatorio, le concedió la libertad para volverse á su patria. Tlahuicolo le manifestó su agradecimiento; pero no quiso admitirlo, diciendo que no queria presentarse á sus compatriotas despues de haber sido vencido, y que anhelaba morir en honor de sus dioses, como digno prisionero, en el sacrificio gladiatorio, destinado á los nobles.

La arrogante resolucion del general tlaxcalteca, cautivó el ánimo de Moctezuma, y viendo que no queria volver á su patria, por un exceso de pundonor militar, se propuso

hacerle amigo de los mejicanos y aun utilizar su valor y sus conocimientos en la guerra, combatiendo contra otras naciones. Sin indicarle, sin embargo, su pensamiento, Moctezuma le estuvo entreteniendo en la corte, alargando el día de su sacrificio y dejándole que anduviese en completa libertad.

Entre tanto los huexotzingos, los cholultecas, los tecuachalcos, y otras provincias próximas á Tlaxcala, continuaban en sus hostilidades contra los tlaxcaltecas; pero sin conseguir otra cosa que la de verse rechazados continuamente.

Moctezuma, resuelto á no tolerar que existiese nacion ninguna sin reconocerle como soberano, insistió de nuevo en que todos los Estados vecinos á los tlaxcaltecas, invadiesen el territorio de aquella república indomable. Unidas las tropas huexotzingas y cholultecas, llevando por general á Tecayahuatzin, atacaron con ímpetu y decision la frontera. Los otomites y chalqueños, que defendian los límites de Tlaxcala, resistieron con heroico valor á los invasores; pero siendo corto su número, se vieron precisados á abandonar los puntos que guarnecian y á retirarse hácia Xiloxochitlan, ciudad que se hallaba á una legua de distancia de la capital.

Los huexotzingos y los cholultecas avanzaron denodadamente y atacaron la plaza, defendida por un célebre caudillo tlaxcalteca llamado Tizaltlacatzin. El combate fué sangriento y la resistencia tenaz; pero muerto en la batalla el caudillo de los tlaxcaltecas, la victoria fué de los huexotzingos, aunque quedó muy menguado el número de sus combatientes. Cara debió costarles aquella victo-

ria, cuando, en vez de avanzar sobre la capital que se hallaba próxima, emprendieron la retirada y salieron del territorio de la república, temiendo ser atacados por las tropas tlaxcaltecas.

Con efecto, el triunfo de los huexotzingos Triunfos de los tlaxcaltecas. mas pareció un descalabro que una victoria; y los tlaxcaltecas, irritados por aquella invasión, traspasaron sus fronteras, atacaron á sus enemigos en su propio territorio, los derrotaron, y volvieron cargados de ricos despojos á Tlaxcala. Halagados por el triunfo alcanzado y ambicionando nuevo botin de guerra, los tlaxcaltecas volvieron á invadir el territorio de los huexotzingos, y atacando á éstos por las faldas de los montes que se encuentran al Occidente de Huexotzingo, les obligaron á encerrarse en su capital. Los huexotzingos, viéndose reducidos á la mayor estrechez, pidieron auxilio á Méjico, y Moctezuma les envió inmediatamente numerosas fuerzas, mandadas por su hijo primogénito. El camino que tomó el ejército mejicano, fué por la falda meridional del grandioso volcan de Popocatepetl. Reunidas á las tropas mejicanas las de Chietlan y de Itzocan, tomaron por Cuauhquechollan, entrando en seguida en el valle de Atlixco. Todos los movimientos hechos por las fuerzas de Moctezuma, los sabian los tlaxcaltecas.

El triunfante estandarte mejicano que, como he dicho en otro capítulo, llevaba por insignia una águila en actitud de arrojarse sobre un tigre, iba á luchar contra el de la república de Tlaxcala, que representaba una águila, con las alas extendidas. Las fuerzas de cada Estado, de los cuatro que componian la expresada república, llevaban ade-

más, la insignia que le correspondia al suyo, y que era diferente de los demás. La del Estado de Teticpac, era un lobo que oprimia con la garra varias flechas: la de Ocotelolco, representaba un pájaro verde, colocado sobre una roca: una garza blanca, descansando sobre una alta peña, era la insignia de Tizatlan; y un quitasol de plumas verdes, la que se veia en el estandarte del Estado de Quiahuitztlan.

Los tlaxcaltecas, llevando su estandarte á la retaguardia, como tenian por costumbre cuando marchaban á campaña, pues en tiempo de paz iba á la vanguardia, caminaban á prisa, resueltos á impedir la reunion de los mejicanos con los huexotzingos. Los mejicanos llevaban su estandarte en el centro, porque asi lo ordenaba su táctica, y caminaban tranquilos, bien agenos de pensar que sus contrarios trataban de salirles al encuentro. Los sagaces tlaxcaltecas dieron un rodeo, y atacando de improviso á los mejicanos por la retaguardia, los derrotaron completamente. Entre los distinguidos personajes que Muere en una batalla el hijo de Moctezumu. sucumbieron en ese inesperado ataque, se halló el hijo de Moctezuma, que quedó muerto en el campo de batalla. Los destrozados y cortos restos del ejército mejicano, huyeron perseguidos de cerca por sus enemigos. Los tlaxcaltecas, contentos de aquella completa victoria y cargados de ricos despojos, regresaron á Tlaxcala, dejando de continuar el sitio sobre Huexotzingo, para celebrar con grandes regocijos el triunfo.

Moctezuma, queriendo vengar la muerte de su hijo, envió otro nuevo ejército contra los tlaxcaltecas; pero fué igualmente derrotado, dejando en poder de sus contrarios

gran número de prisioneros y considerables riquezas. Los tlaxcaltecas celebraron con brillantes fiestas los triunfos alcanzados; premiaron á los valientes otomites, que habian combatido con notable heroismo, sus distinguidos servicios; confirieron al de mas elevado carácter la dignidad de Texctli, que era la primera del Estado, y dieron á sus jefes las hijas mas hermosas de la nobleza de aquella república.

1504. El emperador Moctezuma, hubiera enviado  
 Hambre en nuevos ejércitos que acaso hubieran vengado  
 Méjico. las pasadas derrotas; pero el hambre se habia presentado en Méjico con su aterrador aspecto, desde que empezó la campaña contra los tlaxcaltecas, y se vió precisado á desistir de su empresa. La terrible calamidad habia provenido de la pérdida de la cosecha del maíz en varias provincias del imperio, en los dos años anteriores. Moctezuma, viendo que se habia consumido todo el grano que existia en todas las casas particulares, abrió generoso los depósitos reales, en que tenia abundancia considerable de maíz, y lo distribuyó entre sus vasallos.

La magnánimidad del monarca sirvió, al pronto, de grande alivio á los pobres; pero agotado luego el grano que habia en los graneros imperiales, el hambre continuó acosando al pueblo y causando muchas víctimas. Moctezuma, viendo que por sí mismo no podia remediar los males de sus vasallos, concedió á estos permiso, como lo habia concedido Moctezuma I, en circunstancias iguales, de que marchasen á otros países para poderse proporcionar los medios de subsistencia como mas conveniente juzgasen.

Fausto de los grandes y miseria del pueblo. Preciso es convenir en que todo lo que de halagadora y espléndida tenia la vida de los reyes, grandes, sacerdotes y nobles, presentaba de amarga y triste la del pueblo. Sensible le es tambien al historiador, en este punto, no encontrar ciertas las bellas descripciones de los poetas, que presentan al pueblo indio satisfecho de los abundantes frutos que da el campo, de las aves que cazaba con sus flechas, y de los peces que con profusion asombrosa le brindaban los rios y los lagos.

Si en los países de Anáhuac hubiese habido vacas, toros, corderos, cabras y cerdos, el azote del hambre hubiera sido muy difícil; pero aun no se conocian esos benéficos animales, y al faltar la cosecha del maíz ó del frijol, principales alimentos de la mayoría, se dejaba sentir inmediatamente aquella plaga con todos sus horrores. Para los reyes y las clases privilegiadas, eran la carne de venado, las liebres, los conejos y las aves; pero el alimento de los pobres se reducía á un líquido alimenticio, hecho de maíz, llamado atole, con que se desayunaban, y á frijoles, chile (pimiento), tortillas y algunas verduras, que tomaban en la comida, regalándose de vez en cuando con tumales hechos tambien de maíz, con algunos pedacitos de carne.

Pero faltando la cosecha del maíz, faltaba para la gente pobre el todo; y los males que causaba la necesidad, se deduce que debian ser muy terribles, cuando hemos visto que á muchos les obligaba á vender su libertad, y que los reyes les daban licencia para privarse de ella.

1505.

Acaba

el hambre:

campaña de  
Coahuatlán.

Erreccion de

un nuevo

templo.

Por fortuna, la cosecha del siguiente año de 1505 fué abundante, y las poblaciones volvieron á disfrutar de los bienes precisos.

Moctezuma, libre del cuidado que le habia obligado á tener en inaccion las armas de sus ejércitos, envió una fuerza respetable á combatir á los guatemaltecos, que habian cometido algunos desmanes contra los súbditos de la corona de Méjico.

Los habitantes de Guatemala, se dispusieron á luchar contra los mejicanos, y la campaña fué sangrienta.

Durante esta, se terminó un gran templo que Moctezuma habia mandado levantar en honor de Centeotl, diosa de la tierra y del maiz.

Mas felices los mejicanos contra los guatemaltecos que contra los tlaxcaltecas, lograron derrotarlos en varios encuentros, y cargados de ricos despojos volvieron á la capital, donde los numerosos prisioneros que llevaban, fueron sacrificados el dia de la dedicacion del templo, á la diosa Centeotl.

Mejoras

materiales.

En el mismo año de 1505 se hicieron algunas obras materiales, de bastante importancia y utilidad pública. Entre esas obras, de provechosos resultados, se encontraba la del camino de Chapultepec á Méjico, construido sobre el lago, el cual se le dió mucha mayor anchura.

Incendio de

un templo.

El placer causado por la terminacion de esa y de otras obras importantes, se vió scibarado por el incendio que produjo la caída de un rayo en la torre ó santuario de un templo llamado *Zomolli*.

Al ver elevarse las llamas, los habitantes de la ciudad,



lejanos al templo, que ignoraban la causa que habia producido el incendio, se imaginaron que algunos enemigos de la nacion, entrando repentinamente en la ciudad, habian puesto fuego al santuario, y corrieron á tomar las armas para matarles.

Los tlatelolcos particularmente, dominados por aquel pensamiento, tomaron sus arcos y sus flechas, y corrieron al templo para defender á sus dioses.

El celo de los tlatelolcos fué interpretado por Moctezuma como un pretexto para rebelarse, y se indignó altamente contra ellos.

El monarca mejicano no tenia confianza en la adhesion de los que en un tiempo fueron ce-  
 losos rivales de los mejicanos, y á todas horas  
 temia una sedicion de parte de ellos. Domina-  
 do por aquella sospecha, privó de sus empleos á todos los  
 tlatelolcos que desempeñaban algun puesto público, y les  
 prohibió que en lo sucesivo se presentasen en la corte.

En vano protestaron de su inocencia los acusados de un hecho que estaba muy lejos de la verdad. Nada quiso oír Moctezuma, y la disposicion se llevó á cabo. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que el monarca, calmado su primer ímpetu de indignacion, no diese lugar á la justicia; y persuadido de que no habia existido un motivo justificado para la privacion de los empleos, restituyó á los despojados á sus destinos y á su gracia.

Aunque las provincias feudatarias y sujetas al poder de Méjico, comprendian lo difícil que era sacudir el yugo, no por esto renunciaban á las

Moctezuma  
 desconfiando de  
 los tlatelolcos,  
 les quita sus  
 empleos.

Los tlatelolcos  
 son repuestos en  
 sus destinos.

Nuevas  
 rebeliones.

tentativas de recobrar su independencia. Los pueblos se hallaban abrumados con el peso de los impuestos que aumentaban en proporcion del lujo y fausto de los monarcas, y los señores, anhelando no depender de un conquistador, trabajaban, sin descanso, por emanciparse de Méjico.

Los mixtecas y los zapotecas, que no podian resignarse á sufrir ningun extraño poder, se rebelaron casi en los momentos en que fueron vencidos los guatemaltecos.

La nobleza de ambas provincias tomó parte en la rebellion, y los jefes principales que se pusieron al frente de ella, fueron Catcepatl y Nahuixochitl, señor éste de Tzotzollan, y aquel, de Coaxtlahuacan.

El primer paso dado por los rebeldes, fué arrojarlos sobre las guarniciones mejicanas que ocupaban Huaxyacac y otros pueblos, las cuales fueron pasadas á cuchillo.

Al tener Moctezuma noticia de la rebellion y del fin trágico de las guarniciones referidas, pidió considerables fuerzas á los reyes aliados de Texcoco y de Tacuba, y uniéndolas á las mejicanas, envió un fuerte ejército á sofocar el movimiento. El mando de la expedicion se lo dió al príncipe Cuitlahuac, hermano suyo, y sucesor á la corona.

La campaña fué de brillantes resultados para los mejicanos. Los rebeldes fueron vencidos: el número de prisioneros considerable, contándose entre ellos sus jefes; la ciudad de Tzotzollan, saqueada; y reducidos á la obediencia todos los pueblos.

El ejército aliado volvió á Méjico llevando un abundante y rico botín, y los prisioneros fueron sacrificados á los dioses. Únicamente el jefe Catcepatl, señor de Coaxtlahua-

can no sufrió, por entonces, la muerte, por haberse diferido su sacrificio hasta que descubriese á todos los que estaban complicados en la rebelion, y los proyectos del plan.

Al mismo tiempo que los rebeldes pagaban con la vida su movimiento de independencía, Cozcacuauhtli, hermano de Nahuixochitl, que no habia querido tomar parte en el plan de éste, fué nombrado por Moctezuma, señor del Estado de Tzotzollan, ocupando asi el lugar de su vencido hermano.

Desavenencia entre Mientras el castigo sufrido por los rebeldes evitó que otros Estados intentasen sacudir el yugo, temiendo igual resultado, los huexotzingos y los cholultecas que hasta entonces habian combatido unidos, contra los tlaxcaltecas, tuvieron sérias desavenencias entre sí que dieron lugar á un rompimiento entre ellos. Recurriendo entonces unos y otros á las armas, se dieron una batalla campal. La suerte fué contraria á los cholultecas, y para salvarse en su derrota del furor de sus enemigos se refugiaron en Cholula. Los huexotzingos les siguieron de cerca, matándoles mucha gente y quemándoles algunas casas.

Alcanzado el triunfo y calmadas un poco las pasiones, los huexotzingos comprendieron que podria caer sobre ellos el enojo de Moctezuma, y enviaron dos embajadores al monarca mejicano, manifestando que la lucha habia sido suscitada por los cholultecas, y justificando ellos su proceder.

Los embajadores, al contar el hecho y pintar la victoria alcanzada contra sus antiguos amigos, cometieron la imprudencia de ponderar los estragos causados en la ciu-

dad por sus compatriotas, sin mas objeto que el de hacer resaltar así el valor de ellos. Moctezuma, creyendo por la pintura que le hacian, que la ciudad habia quedado destruida, se manifestó peseroso. Temió que el santuario del dios Quetzalcoatl, que era el mas reverenciado en el país, hubiese sido profanado por los huexotzingos, y deseando saber lo que habia pasado, envió, de acuerdo con el rey de Texcoco y el de Tacuba, sus aliados, á personas de su confianza para que le diesen una noticia exacta de todo lo que habia acontecido.

Viendo, por la relacion de sus comisionados, que los huexotzingos le habian engañado, exagerando el hecho, se indignó por el engaño; y para castigar la mentira, envió contra ellos un formidable ejército, con orden de que los castigase severamente.

Los huexotzingos, al ver aproximarse la tormenta, salieron en orden de batalla á recibir á los mejicanos. El general que mandaba las fuerzas de Moctezuma, se adelantó entonces, y expuso á los jefes huexotzingos la orden que llevaba de castigar á la poblacion, por haber causado la ruina de la ciudad de Cholula y haber profanado el templo de Quetzalcoatl.

Cortan á dos  
embojadores las  
orejas y las na-  
rices por  
haber mentido.

Los huexotzingos hicieron presente que sus embajadores habian exagerado el hecho, sin que se les hubiese dado permiso para ello, y que estaban dispuestos á castigarlos por haberse traslimitado de la mision que llevaban. Entonces, para probar la culpabilidad de los dos embajadores llamados Tolimpanecatli y Tzoncoztli, les hicieron comparecer, les cortaron las orejas y las narices, que era el

castigo de los que propagaban mentiras graves, y los entregaron al general mejicano para que les condujese á Méjico.

Moctezuma quedó satisfecho con aquel acto que revelaba la inocencia de los huexotzingos, y el ejército volvió á Méjico sin haber causado el menor daño.

1506.

Rebelion y castigo de los atlixqueños.

Un año despues, 1506, se rebelaron los atlixqueños contra la corona de Méjico, anhelando recobrar su libertad; pero la insurreccion duró poco. Las tropas mejicanas derrotaron completamente á los rebeldes, y volvieron á Méjico cargadas de despojos y con un considerable número de prisioneros, parte de los cuales se destinaron al sacrificio de la fiesta de la renovacion del fuego, al principio del nuevo siglo, que cayó precisamente en esos dias, pertenecientes á Febrero de 1506. El resto de los prisioneros se reservaron para inmolárlas en la dedicacion de un templo próximo al gran *teocalli*, destinado á guardar las calaveras de los sacrificados.

Por espacio de algunos meses, las armas descansaron y las obras materiales tomaron notable impulso á la sombra de la benéfica paz.

Los acueductos, las calzadas y los puentes, merecieron especial atencion; y la obra de la reedificacion del templo Zomolli, que vimos incendiarse por la caida de un rayo, quedó terminada.

Pero la estabilidad de la paz era imposible en un imperio que debia su grandeza á las conquistas, y en que cada nacion feudataria anhelaba recobrar su independencia.

1507. Moctezuma, para no tener ociosos sus ejércitos, envió una expedición contra Mictlan y Tzolan, pueblos mixtecas que no estaban preparados para la guerra. Al tener noticia de la aproximación de las tropas mejicanas, los habitantes de ambas poblaciones huyeron á las montañas, sin excepcion de edad ni sexo, y el ejército de Moctezuma solo consiguió hacer algunos prisioneros de aquellos que no tuvieron tiempo para salir de las ciudades y ponerse en salvo.

No encontrando el ejército mejicano enemigos con quienes combatir, se dirigió de allí á Cuauhquechollan, que se habia rebelado contra el dominio de Méjico. Los habitantes se prepararon á luchar contra las tropas mejicanas, y las acciones que se dieron fueron sangrientas.

El príncipe Cuitlahuac, que era el general que mandaba á los mejicanos, se distinguió por su valor y su pericia. La campaña costó algunos valientes caudillos al ejército de Moctezuma; pero alcanzó el triunfo sobre sus contrarios, á quienes impuso de nuevo el yugo, y llevó á la capital del imperio tres mil dascientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la dedicacion del templo reedificado, y la otra en la fiesta que se verificaba en el segundo mes mejicano.

1508. Expedición desgraciada de los mejicanos al invadir la provincia de Amatlan. No alcanzó el mismo éxito la expedición que envió, poco despues, á la apartada provincia de Amatlan. El ejército, compuesto de mejicanos, texcocanos y tepanecas, padeció fuertes temporales en el camino que diezmaron su gente. Una terrible tempestad de nieve y viento,

que le sorprendió al atravesar una elevada montaña, causó un estrago imponderable en aquellos soldados que marchaban casi desnudos y que estaban acostumbrados á un clima suave. Muchos murieron de frio, y no pocos destrozados por los árboles que arrancaba el huracan.

Mermado así el número de combatientes, era imposible que la campaña alcanzase un feliz éxito; y con efecto, el resto de los soldados pereció en las diversas batallas que tuvieron.

A la anterior expedicion, siguieron otras en el mismo año de 1508, contra los atlixqueños, huexotzingos, tlaxcaltecas, y los habitantes de Malinaltepec y Xepatepec, en que lograron hacer cinco mil prisioneros, que fueron sacrificados poco despues en la capital.

1509.

Los mejicanos  
reducen á  
la obediencia  
á los de  
Xochitopeo.

Aun no descansaban las tropas de las campañas anteriores, cuando se vieron precisadas á marchar contra los habitantes de Xochitopec, que empuñaron las armas para sacudir

el yugo impuesto por la corona de Méjico. Pronto fueron vencidos los rebeldes y reducidos á la obediencia. El botin alcanzado por los vencedores fué considerable, y el castigo de los jefes de la rebelion, severo.

1510.

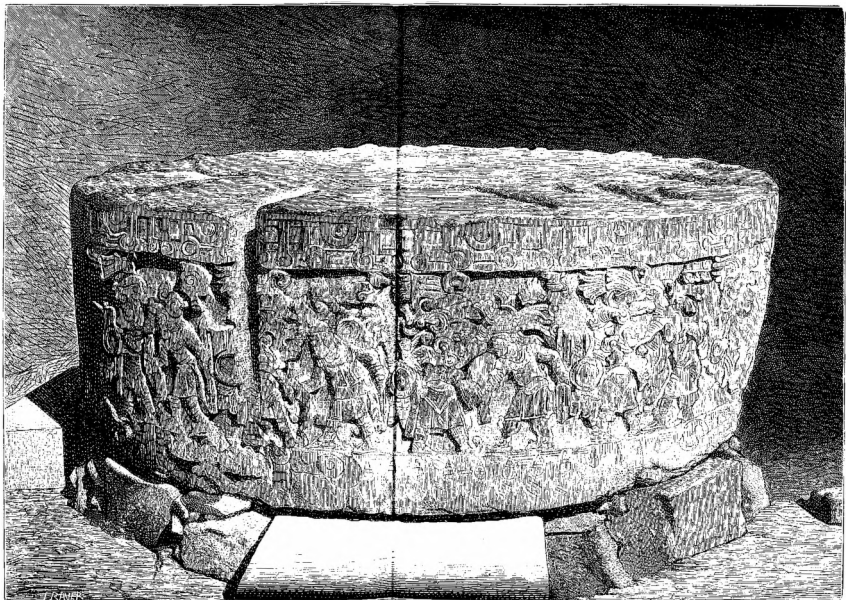
Gran piedra  
para el altar de  
los sacrificios.

Como la idea religiosa era la dominante en aquellas naciones, Moctezuma, que siempre se habia manifestado celoso por los actos de su

religion, creyó que la piedra de los sacrificios que se hallaba en el templo mayor, no correspondia ni á la magnificencia de éste, ni á la dignidad de los dioses. Deseando, por lo mismo, que todo guardase la mas perfecta armonía,







PIEDRA DE LOS SACRIFICIOS.



mandó que se buscara una piedra de la magnitud que juzgó conveniente.

El deseo del monarca fué inmediatamente obsequiado; y la piedra, que era de un tamaño enorme, fué labrada perfectamente, como lo habia ordenado el soberano. Concluida la obra, se dispuso conducirla á la capital con la mayor solemnidad posible. Millares de personas se ocuparon de su conduccion. Los sacerdotes salieron á recibirla hasta las puertas de la ciudad, y el sumo sacerdote marchaba incensándola. De repente, al pasar un puente de madera que se encontraba á la entrada de la ciudad, se rompieron las vigas de él, con la enormidad del peso, como se rompieron en época anterior las de otro, cuando se llevó la piedra del calendario, y la extraordinaria piedra del sacrificio cayó al canal, llevando tras sí al sumo sacerdote y á otras muchas personas que estuvieron en peligro de ahogarse.

Grande fué la pena que causó aquel acontecimiento en el emperador Moctezuma; pero animado de su celo religioso, hizo que se sacase á todo trance del sitio en que habia caido, y al fin logró que se colocase en el templo mayor.

Contento del resultado, se dispusieron grandes fiestas para el dia de la dedicacion de la piedra. Moctezuma convocó á la nobleza de todo el imperio para que concurriese á los solemnes festejos, y la piedra fué dedicada con el sacrificio de todos los prisioneros que se habian reservado para la solemnidad de aquel acto.

Moctezuma hizo notables regalos, al terminar las fiestas, á nobles y plebeyos, y los ferosteros que concurrieron á

ellas quedaron asombrados del esplendor con que habian sido celebradas.

Doce mil individuos sacrificados en dos ceremonias. A los regocijos públicos, por la dedicacion de la piedra que se acababa de colocar en el gran templo, siguieron, en el mismo año, otros de no menos animacion, originados por la dedicacion del templo Tlamatzinco y la del Cuaxicalco, en cuyas dos ceremonias fueron sacrificados mas de doce mil individuos.

La necesidad de hecatombes de seres humanos, para casi todos los actos religiosos, hacia indispensable la guerra.

De aquí las continuas luchas entre aquellas naciones por la mas insignificante causa, siendo el pueblo la victima de ellas.

La guerra y el afan de víctimas no eran, pues, efectos de un sentimiento inhumano, sino una exigencia religiosa que juzgaban sagrada. Pero esta exigencia religiosa, de que no eran culpables, pesaba horriblemente sobre las grandes masas de los pueblos, que eran de donde se proveian de víctimas los sacerdotes, y de esclavos los caciques y señores que vencian.

1511. Mal hallados los xopes con ser tributarios de la corona de Méjico, empuñaron las armas para independerse, y trataron de asesinar á toda la guarnicion mejicana que se hallaba en Tlaco-tepec.

Descubierto su intento, fueron sujetados de nuevo; y doscientos de los rebeldes fueron enviados prisioneros á la capital, donde fueron sacrificados.

1512. Al año siguiente envió Moctezuma una expedición hácia el Norte, contra los quetzalapanecas. La campaña fué favorable para los mejicanos, pues con la insignificante pérdida de menos de cien hombres, lograron vencer á sus contrarios y hacerles mas de mil trescientos prisioneros, que fueron llevados á Méjico para inmolarlos á los dioses.

La fortuna acompañaba á las armas mejicanas en casi todas sus expediciones. La victoria iba en sus filas; y Moctezuma logró sujetar á su imperio cuarenta y cuatro lugares y ciudades, que con sus ricos tributos contribuian á mantener el fausto y la opulencia de la corte.

Guerra entre Méjico y Michoacan. Dueño de las mas ricas provincias del Anáhuac, y anhelando la dominacion de otras nuevas, se dispuso á llevar la guerra á los michoacanos, que siempre habian tenido á raya, por su frontera, los avances de los mejicanos.

Conociendo el valor y el poder de los tarascos, reunió un gran ejército que, unido á las tropas que le enviaron sus reyes aliados de Texcoco y de Tacuba, no pudiese encontrar larga resistencia.

Para que el golpe fuese seguro, Moctezuma se propuso dar el mando á un general experimentado, cuyo valor y pericia fuesen conocidos.

Se hallaba en la corte, sin haber querido admitir su libertad, el valiente y forzado Tlahuicolo, que, desde que cayó prisionero, defendiendo la frontera de Tlaxcala, esperaba ser conducido al sacrificio gladiatorio. Creyó llegado el momento de marchar á éste, despues de los reveses sufridos por los mejicanos en la campaña contra los tlaxcalte-

cas; pero con sorpresa vió que Moctezuma, lejos de tomar en él venganza, le siguió tratando con el mas alto aprecio, le permitió que llamase á su mujer, que se hallaba en Tlaxcala, y que viviese con ella.

El esforzado Tlahuicolo, aunque estaba resuelto á no admitir la excepcion del sacrificio gladiatorio, pues creia que era un deber morir luchando en él, ya que no pudo evitar el caer prisionero, quedó cautivado de las distinciones del monarca mejicano, sintiendo hácia él un sincero afecto de simpatía.

Moctezuma da el mando del ejército á Tlahuicolo. Moctezuma, comprendiendo los nobles sentimientos que abrigaba el alma del rigido tlaxcalteca, y queriendo utilizar sus conocimientos militares y su valor, le llamó á palacio y le nombró general en jefe del ejército que iba á salir contra los michoacanos. Tlahuicolo, agradecido á las continuas manifestaciones de aprecio del monarca, y viendo que en admitir, no ofendia á su patria, aceptó el cargo, y marchó contra los tarascos.

Ocupaba entonces el trono de michoacan, Tangaxoan II, ó el Caltzontzi, como le llamaron los españoles. Dotado de gran valor y de un patriotismo á toda prueba, el rey tarasco se dispuso á esperar á sus contrarios, colocando respetables fuerzas que se opusieran al paso de los que intentaban invadir su territorio.

El general Tlahuicolo, llegó con sus aguerridas huestes mejicanas, tepanecas y texcocanas, al sitio en que debia abrirse la campaña, y plantó sus reales en las fronteras de la nacion tarasca, que eran Maravatio, Toximaroa, Tzitácuaro, Acámbaro y Tzinapécuaro.

Los dos ejércitos se prepararon á la lucha.

Dada la señal de acometida, se lanzaron el uno al otro, con la furia que les prestaba el odio profundo que las dos naciones se profesaban.

La batalla se empeñó con igual ardor, por una y otra parte.

Tlahuicolo, correspondiendo á la confianza que en él se habia depositado, y patentizando que era merecido el renombre de valiente que habia conquistado, combatia como un héroe, tendiendo por su propia mano muchos enemigos sobre el campo de batalla. Pero su pujanza y su valor, encontraron dignos enemigos que, despreciando el peligro, despedian la muerte en cada golpe de sus terribles macanas y en cada disparo de sus certeras flechas.

La decision y la destreza en el manejo de las armas eran iguales en uno y otro ejército.

Nadie cedia ni un palmo de terreno. Habian transcurrido muchas horas de combate cuerpo á cuerpo, haciéndose mutuamente prisioneros, y la victoria no queria decidirse por ninguno.

Los mejicanos hicieron prodigios de valor; pero no pudieron hacer retroceder á los michoacanos ni una sola línea de las posiciones que ocupaban.

Tlahuicolo, despues de haber permanecido algunos dias reforzando las guarniciones de la línea próxima á la frontera michoacana, volvió á Méjico, donde Moctezuma le manifestó su aprecio por lo hecho en la campaña, pues aunque no le fué dable arrojar de sus posiciones á los tarascos, les hizo muchos prisioneros, y les cogió alguna cantidad de oro y de plata.

Agradecido el emperador mejicano á los servicios prestados por el ilustre tlaxcalteca, volvió á ofrecerle la libertad. Tlahuicolo rehusó admitirla, añadiendo que, si en algo se apreciaban los servicios que acababa de prestar, se le condujese al sacrificio gladiatorio, pues su obligacion y su honra le exigian marchar á él. Moctezuma le ofreció entonces el empleo vitalicio de general, que tampoco quiso aceptar. «Nada deseo—contestó el valiente Tlahuicolo—sino ser conducido al sacrificio gladiatorio.»

Viendo el monarca mejicano el empeño del rígido tlaxcalteca, se vió precisado á condescender con él, y señaló el dia para su muerte.

Llegado el plazo, Tlahuicolo fué colocado sobre la piedra del sacrificio gladiatorio, llamada *temalacatl*, que era redonda, grande, de tres piés de alto, y cubierta de raros relieves; se le ató de un pié, y se le dió una espada corta y una rodela para combatir. La piedra, como ya he dicho en otra parte de esta historia, estaba sobre un terraplen redondo, de ocho piés de alto, de manera que la lucha pudiera ser vista con comodidad por los espectadores.

Tlahuicolo se presentó arrogante. Su colosal estatura, su musculatura atlética, su fisonomía varonil, franca y guerrera, atraian las miradas de todos los concurrentes. Un oficial de gallarda presencia, de notable valor y diestro en el manejo de las armas, salió á combatir con él; pero pronto fué víctima de su temerario arrojo, quedando muerto de un formidable golpe, descargado por el brazo de hierro del temible tlaxcalteca. Acto continuo se presentó otro intrépido guerrero, en la liza, que tambien fué



muerto, lo mismo que otros cinco, que sucesivamente salieron á combatir. Segun la ley, el prisionero que vencía á siete, era puesto inmediatamente en libertad; pero como Tlahuicolo no la habia querido recibir, y su empeño era sacrificarse por sus dioses, siguió combatiendo, hasta que despues de haber matado á ocho y herido á veinte, cayó en tierra, al recibir una herida profunda en la cabeza. Inmediatamente los sacrificadores, se lanzaron sobre él, le condujeron ante el ídolo Huitzilopochtli, y tendiéndole sobre el altar de los sacrificios comunes, le abrieron el pecho, le arrancaron el corazon, y arrojaron el cadáver por las escaleras del templo, segun el rito establecido.

Su vencedor se apoderó de los muslos y los brazos, y los llevó á su casa para dar un banquete á sus amigos.

Así terminó la vida de aquel valiente indio, que despreció los mas altos honores, por cumplir con lo que su honor, su deber y su religion le imponian.

El rasgo no cede en heroicidad á los que han eternizado la memoria de los héroes de la antigüedad, en el resto del mundo.

Ardid de guerra de los michoacanos. Moctezuma envió contra los michoacanos un nuevo general, con mayor número de fuerzas que las que llejó Tlahuicolo.

El monarca tarasco Tangaxoan ó Caltzontzi, conociendo la ventaja que le llevaban los mejicanos por la fuerza numérica, recurrió á un ardid que compensase aquella. Se puso al frente del ejército, y emprendió su marcha, llevando un número considerable de tanemes, cargados de víveres y de abundante vino.

Los tarascos llegaron de aquella manera hasta ponerse

enfrente de las tropas mejicanas, situándose en un campo conveniente; pero en vez de que escalonasen sus escuadrones, y tomasen las precauciones que se toman antes de una batalla, colocaron por toda la línea, las considerables provisiones de boca que habian llevado, sin cuidarse, al parecer, mas que de ellas.

El ejército mejicano les acometió entonces con ímpetu extraordinario, y los michoacanos, fingiéndose sorprendidos, se pusieron en precipitada fuga. Sus contrarios les siguieron un gran trecho; pero al encontrarse con las provisiones de víveres, dejaron el alcance del enemigo para entregarse á comer y beber. Cuando mas entregados estaban á los placeres de la mesa y casi embriagados con los licores, cayeron sobre ellos de improviso los michoacanos, destrozándoles completamente, y haciéndoles un número considerable de prisioneros.

Aquella derrota, hizo desistir á Moctezuma de seguir la campaña contra los michoacanos, empleando sus armas en reducir á la obediencia á las provincias que intentaban rebelarse.

## CAPITULO XXI.

Buen gobierno de Nezahualpilli, rey de Texcoco.—Paralelo entre la literatura texcocana y mejicana.—Nezahualpilli, por no quebrantar las leyes, deja que se cumpla la sentencia de muerte dada contra su hijo.—Infidelidad de una de las mujeres de Nezahualpilli: sufre la pena de muerte con sus amantes y cómplices.—Nezahualpilli se retira de los negocios públicos.—Muerte de Nezahualpilli.—Víctimas que se sacrificaron en sus exequias.—Es electo rey su hijo Cacamatzin.—Se opone su hermano Ixtlilxochitl.—Se forman dos partidos y se divide el reino de Acolhuacan.—Odio de Ixtlilxochitl á Moctezuma: reta á éste á combate personal.—Ixtlilxochitl manda quemar vivo á un primo de Moctezuma hecho prisionero.—Llegada de los españoles á las costas de Méjico.—Disposiciones de Moctezuma: la escuadilla desaparece.—Situacion del país.—Rebelliones de los pueblos.—La república de Tlaxcala; su extension.—Extension del reino de Acolhuacan.—Lo que era el reino de Tlacopan.—Extension del imperio mejicano.—Número de habitantes de todo el país.—Llegada de Hernan Cortés á las playas mejicanas.

Mientras Moctezuma, rodeado de poder y de esplendor, se ocupaba en proyectos de grandeza y de felicidad, el rey Nezahualpilli, el ilustre hijo de Nezahualcoyotl, abrumado con hondas penas de familia, se disponia á abandonar el trono, para poderse entregar á los sencillos, pero dulces goces de la vida privada.

Nezahualpilli, que significa «príncipe por quien se ha ayunado,» habia nacido con la misma inclinacion á las ciencias y las bellas letras, que manifestó el ilustre Nezahualcoyotl durante su reinado.

Mas severo aun que su rigido padre, en la moral y en la ejecucion de la justicia, logró con el castigo de algunos transgresores de las leyes, que la mayoría de la nacion no se apartase una sola línea de la pauta de sus deberes.

Mas inclinado al trato de las musas y al estudio de la astronomía que al ruido de las batallas y á los estragos de la guerra, dedicaba todos los instantes que le permitian sus asuntos de gobierno, á la composicion de sentidas leyendas y á la contemplacion de los astros, para lo cual habia hecho construir un observatorio en uno de sus palacios.

Durante los primeros tiempos de su reinado, salió varias veces á campaña al frente de sus tropas, bien para ayudar en sus empresas á los monarcas de Méjico, bien para mantener el espíritu guerrero en sus soldados; pero cuando los años calmaron el ardor de la juventud, procuró conservar inalterable la paz, y solo salian sus ejércitos cuando el rey de Méjico demandaba su auxilio, en cumplimiento de la alianza ofensiva y defensiva celebrada entre ellos y el monarca de Tacuba.

Afanoso como su padre por el esplendor de la ciudad de Texcoco, edificó magníficos palacios y quintas de recreo, en que la belleza y la comodidad rivalizaban con la buena disposicion del repartimiento de las vastas piezas y con la pintoresca situacion que ocupaban.

La corte de Texcoco siguió siendo, con Nezahualpilli, lo que había sido con Nezahualcoyotl; el punto de reunión de todos los sabios del Anáhuac, de los poetas y de los oradores.

Literatura  
texcocana y  
mejicana.

Las mejores historias, las mas delicadas poesías, eran debidas á los ingenios que habitaban en aquella ciudad, protegidos por sus literatos y legisladores reyes. En ninguna parte se hablaba con mas pureza el idioma azteca que en Texcoco. Los mejicanos competian con sus leales vecinos en la agricultura, en las artes, en la astronomía, en la grandiosidad de sus templos, en la magnificencia de sus palacios, y en la pompa verdaderamente asiática que ostentaban sus monarcas; pero en lo que correspondia á la forma literaria de sus obras, á los giros del idioma, á la pureza de la dicción, á la redondez de los periodos, y al delicado gusto de la cadencia, se encontraba mas elegancia, mas correccion, en los poetas y oradores texcocanos.

El ilustre historiador Prescott, al hacer el paralelo entre los adelantos de aquellas dos naciones que iban, en el Anáhuac, á la vanguardia de la civilizacion, atribuye la inferioridad de los mejicanos en la elocuencia y poesia, á la sangrienta religion que profesaban. La grandeza de los aztecas, en su concepto, «era el desarrollo de elementos materiales, mas bien que intelectuales. Necesitaban el refinamiento de costumbres, esencial á un continuo progreso en la civilizacion; y un insuperable limite estaba puesto á las suyas, con aquella sangrienta mitología que comunicaba su horrible y asquerosa infeccion al mismo aire que respiraban.»

Pero, en mi humilde juicio, la causa de que en las obras literarias de los mejicanos no se encontrasen las bellas formas y la correcta y elegante dición que en las producciones literarias de sus vecinos, es preciso buscarla en otra parte. Si el escollo insuperable al desarrollo intelectual hubiera sido para los mejicanos la sangrienta religion, que desgraciadamente profesaban, seria preciso negar aquel desarrollo á los texcocanos. No debemos olvidar que la religion era la misma, y que los sacrificios humanos existian entre los acolhuas, como tengo dicho, mucho antes de que los mejicanos ejerciesen el menor influjo en el Anáhuac. Solo que todos hablan de los prisioneros sacrificados por los mejicanos, detallando sus actos, y nadie hace mencion de los inmolados por las demás naciones del Anáhuac.

La causa de que las obras literarias de los mejicanos careciesen del gusto que se advierte en las de los poetas y oradores texcocanos, era la continua ocupacion de la guerra.

Ocupada la nacion en llevar la conquista á todas partes, los literatos solo se podian ocupar de himnos guerreros que ensalzasen la gloria de sus héroes y de sus monarcas.

La literatura mejicana era enérgica, guerrera, porque estaba impregnada del sentimiento que dominaba á la nacion entera. La texcocana era dulce, filosófica, tierna, amorosa, porque estaba inspirada en medio de la deliciosa calma de la paz.

Cada literatura reflejaba el sentimiento dominante de la sociedad en que brotaba, y caminaban paralelas en su desarrollo, en los distintos géneros á que pertenecian.

Nezahualpilli no solo habia heredado de su padre el gusto por las ciencias y las letras, sino tambien sus ideas religiosas. No creia en el poder de las deidades que adoraba el pueblo; pero se veia precisado á tolerar los sacrificios y á reverenciar los idolos, para no atraerse el odio de sus vasallos y de los sacerdotes.

Querido de los pueblos y gozando en los adelantos de su patria vivia, cuando un hecho, nunca por él esperado, vino á inundar de duelo y profunda pena su corazon, acibarando para siempre todos los instantes de su existencia.

El rey que siempre se habia manifestado inexorable contra los vasallos transgresores de las leyes, tenia que serlo con uno de sus hijos.

Tenia Nezahualpilli, entre sus numerosas concubinas, una que descollaba entre todas por su notable belleza, su claro talento y la agudeza de su ingenio. Era jóven de humilde origen; pero de elevados pensamientos y de rica inteligencia. Las bellas cualidades que adornaban á la interesante jóven, hizo que Nezahualpilli la mirase con singular predileccion, y que la consagrase un amor vehemente y profundo.

Habitaba aquella indiana belleza, conocida con el nombre de la señora de Tula, un elegante palacio, con agradables jardines, que el rey la destinó para que viviese con el fausto y distinciones que ninguna de sus otras concubinas disfrutaba.

Correspondencia epistolar entre una concubina del rey y el hijo de éste.

La gracia, la discrecion y la hermosura de la jóven Tula, movieron el interés de un jóven, á entablar una correspondencia poética con ella, que tambien gozaba de la reputa-

cion de poetisa. Este jóven era Huexotzincatzin, hijo del monarca, príncipe de relevantes prendas, muy dedicado á las letras, y dulce y expresivo en sus composiciones poéticas. Nezahualpilli tenia hácia este hijo, singular preferencia. Habia nacido en la época de sus triunfos contra los huexotzingos, por lo cual le puso, como entonces vimos, el nombre de Huexotzincatzin, y le tuvo de su linda esposa Xocotzin, sobrina del monarca mejicano Tizoc.

Se ignora si la correspondencia era amorosa; pero cualquiera que fuese la causa que la motivó, envolvía una grave falta al soberano y al padre. Las leyes señalaban la pena de muerte á aquel delito. El príncipe fué sujetado á un juicio, y el tribunal competente pronunció su sentencia, condenándole á perder la vida. El rey se estremeció en el fondo de su corazon; pero celoso del cumplimiento de las leyes, se sobrepuso á los sentimientos de la naturaleza, y dejó que se cumpliese el terrible fallo. Podria sospecharse que en aquella resignacion del monarca á la sentencia de los jueces, se mezclase, acaso, el sentimiento de los celos; pero no fué así. Habia manifestado siempre su invariable celo por el cumplimiento de las leyes, y hubiera juzgado un crimen no acatar el fallo del tribunal, solo porque se trataba de su hijo, cuando lo habia respetado en casos parecidos, al condenar á otros. Nezahualpilli poseia la rectitud de los antiguos héroes, y como Guzman el Bueno, ahogó en su corazon la honda pena del amoroso padre, para cumplir con el sagrado deber del hombre público.

Esentenciado  
á muerte el  
hijo de  
Nezahualpilli.

La sentencia se cumplió. El príncipe, sufrió la pena de muerte; y el desventurado padre se encerró, por mucho tiempo, en una pie-



za de su palacio, sin dejarse ver de nadie; y para que no se renovase el hondo sentimiento que despedazaba su corazón, con la vista de los sitios en que mil veces pasó con su hijo, dulces horas de amena conversacion, mandó tapiar las puertas y ventanas de las habitaciones del desventurado príncipe, ordenando que nadie las ocupase en lo sucesivo.

Al lado de esa severidad, impuesta en cumplimiento de lo que él juzgaba un deber sagrado, se encontraban los sentimientos humanitarios de su corazón. Compasivo y bondadoso con los desgraciados, había mandado hacer una ventana en una de las piezas de palacio que daba al mercado, desde donde, sin ser visto, pudiese observar á las personas que concurrían. Allí se colocaba á la hora mas á propósito el rey, y observaba, al través de una celosía que impedía le viesén, todo lo que acontecía. Cuando veía una persona pobre que solicitaba semillas ó algo para comer, revelando en su traje la necesidad que le aquejaba, hacía que la llamasén, y la proveía de todo lo necesario, si era honrada y buena. Todos los dias se daba en palacio, por órden suya, limosna á un número crecido de huérfanos y de enfermos.

Tenia en una mano la severidad para castigar á los transgresores de las leyes, y en la otra la caridad para socorrer al desgraciado.

Infidelidad  
de una de las  
mujeres  
del rey

Nezahualpilli:  
sufre la pena  
de muerte.

Pero no era sola la muerte de su hijo, la desgracia que había llenado de duelo su corazón, acibarando los dias de su vida, sino tambien la infidelidad de una de sus esposas, que tomó despues de las dos sobrinas del rey Ti-

zoc, aunque viviendo éstas.

La infiel consorte era de estirpe real mejicana. Cuando Nezahualpilli la eligió por mujer, aun era muy niña, y el monarca la puso en un palacio aparte, rodeada de numerosa servidumbre, que acatase sus mas ligeros deseos. El fausto, la grandeza y el lujo rodeaban á la jóven, y su cariñoso consorte hizo que recibiese una educacion mas esmerada que se podia dar entonces.

Pero aunque el monarca la veia aun como una niña, la jóven abrigaba un corazon inclinado á la liviandad, y una astucia superior á sus años.

Viéndose en entera libertad en su palacio; pendientes de su voluntad á sus numerosos criados, y comprendiendo que ninguno de ellos se atreveria á censurar sus actos, dió libre rienda á sus caprichos de liviandad, y los impuros pensamientos que hasta entonces habian estado encerrados en su imaginacion, los empezó á poner en práctica con un desenfreno inaudito. Si la vista de un jóven le interesaba, daba órdenes secretas para que le condujesen á sus habitaciones, y despues de haber satisfecho sus deseos carnales, hacia que le diesen muerte para que no pudiese contar á nadie su aventura. De cada víctima de su liviandad, mandaba hacer una efigie, y vistiéndola ricamente, la colocaba en una de las piezas que habitaba para recordar los goces pasados. Muchas eran las efigies, que en orden de fechas, se encontraban en la pieza referida, y llamándole la atencion al rey su número, uno de los días que fué á verla, le preguntó el objeto que tenian y lo que indicaban. La jóven le contestó que eran las estatuas que representaban á sus dioses. Nezahualpilli, conociendo lo inclinados que los mejicanos eran al culto de sus

númenes, no dudó de las palabras de su esposa, y se retiró amoroso y tranquilo.

La reina estaba segura de la fidelidad de su servidumbre, y sus dias se deslizaban entre aventuras amorosas.

Jamás cruzó por su pensamiento la idea de que el rey llegase á descubrir sus liviandades; pero se equivocó.

Llegó un dia en que los crímenes quedaron descubiertos.

La libertina reina, conservando cariño mas duradero á tres mancebos de la primera nobleza, lejos de mandar quitarles la vida, siguió teniendo con ellos un activo comercio amoroso, para lo cual entraban de noche á su palacio. La casualidad hizo que el rey reconociese entre las alhajas que llevaba uno de ellos, una que él habia regalado á su esposa. Esto, aunque no le hizo sospechar una infame traicion, sí despertó un ligero recelo que se fijó en su mente.

Entrada la noche, el monarca, deseando pasar algunas horas al lado de la reina, marchó á visitarla. Era ya algo tarde, y las mujeres encargadas de velar junto á la alcoba de su soberana, le dijeron que ésta dormia. El rey iba á marcharse como se habia marchado otras veces, cuando se le habia dicho lo mismo; pero acordándose de repente de la alhaja que habia visto en el noble jóven, insistió en entrar, y penetró en la alcoba. Nezahualpilli se acercó al lecho de su mujer para despertarla; pero en vez de encontrarse con ella, se halló con una estatua que la representaba, adornada con una cabellera semejante á la suya, y colocada la figura de una manera que persuadiese al que se acercara, que era la reina.

La infiel esposa conocia el carácter atento del monarca, y no dudaba que si alguna vez entraba en su alcoba, estando ella ausente, saldria sin atreverse á tocar la estátua, temiendo interrumpir el sueño de la que juzgaba su mujer.

Nezahualpilli, á la vista de aquel engaño y de la turbacion de los criados, comprendió la traicion de su esposa, y mandó que se registrase todo el palacio, y se la condujese á su presencia.

La infiel esposa, que estaba muy agena de saber lo que pasaba, fué sorprendida en conversacion con sus tres amantes, y llevada, en union de ellos, á la presencia del rey. Era uno, Chicuhcoatl, señor de Tezonyocan, personaje notable del reino; y los otros dos, Maxtla y Huitzilitzin, pertenecientes á la primera nobleza. El rey presentó su acusacion al tribunal competente para que obrase con arreglo á las leyes, hiciese las averiguaciones necesarias para descubrir á todos los que estaban complicados en aquellos escandalosos hechos, y aplicase á los que resultasen culpables, la pena que estimase justa.

Los jueces trabajaron con actividad, y vieron que el número de cómplices era crecido. Unos habian sido los encargados de conducir á los amantes á las habitaciones de la reina; otros los que les mataban y enterraban en un sitio escondido; y varios los escultores que ejecutaron las efigies que representaban á las victimas. Terminado el proceso, el rey Nezahualpilli envió embajadores á los reyes de Méjico y de Tacuba, poniendo en conocimiento de ellos todo lo acaecido, y avisándoles del dia que se habia señalado para la ejecucion de la reina y de sus cómplices.

Con el fin de que la nacion entera tuviese noticia del castigo impuesto á los que habian delinquido, ordenó que todos los señores de las provincias del imperio, los nobles y los caciques, concurriesen con sus hijas y mujeres á presenciar el acto de justicia, aplicado á los culpables. La ciudad de Texcoco se vió pocos dias despues de aquel aviso, llena de forasteros que de todas partes habian acudido, atraidos por la curiosidad y por las órdenes del monarca. Llegado el dia señalado para la ejecucion, esta se verificó públicamente, colocando á los reos en un sitio en donde pudiesen ser vistos de cualquier parte de la ciudad. La reina y sus tres amantes fueron los primeros que sufrieron la muerte; y como eran nobles, sus cuerpos fueron quemados en una hoguera, en union de las estátuas de los que habian gozado por un instante las caricias de su soberana. A la ejecucion de los cuatro, siguió la de los demás cómplices, que ascendian á dos mil, y sus cadáveres se arrojaron á una hoguera colocada expofeso en una barranca hecha junto al templo del ídolo de los adúlteros.

El ejemplar castigo recibido por los culpables, mereció la aprobacion del reino entero; y todos vieron en el rey un juez recto, para quien no habia, ante la ley, distincion de nacimiento.

Nezahualpilli se retiró de los negocios públicos. La infidelidad de su esposa y la pérdida del hijo que mas habia amado, y á quien la ley habia dado muerte, llenaron de amargura el corazon del monarca texcocano. Abrumado por el sentimiento y haciéndoselo pesada la carga del gobierno, decidió retirarse por algun tiempo de los negocios públicos, dejando entregado el mando, á dos principes reales, dota-

dos de recomendables cualidades. Dadas las instrucciones que juzgó conducentes á la buena marcha de una acertada administracion, se retiró á la deliciosa casa de campo de Texcotzinco, llevando en su compañía á una de las mujeres mas queridas, á la prudente Xocotzin, madre del desgraciado principe que perdió la vida por su correspondencia poética con otra de las mujeres de su padre.

Llevaba Nezahualpilli cuando se retiró á su quinta para descansar de los asuntos del reino, cuarenta y cinco años de regir los destinos de la patria. Seis meses pasó en la deliciosa posesion de Texcotzinco, entregado al cultivo de las bellas letras, á la contemplacion de la naturaleza y al estudio de los astros. La caza, los libros, los árboles y las flores formaban sus delicias, y no hubiera renunciado á ellas, si solo hubiese consultado su gusto; pero era rey, y los sagrados deberes de monarca le hicieron volver á la corte. Sin embargo, su vuelta no fué para empuñar de nuevo las riendas del Estado, sino para que el pueblo viese que vigilaba por la buena marcha de los negocios.

1516.

Muerte de  
Nezahualpilli. A su regreso á la corte, ordenó á su querida esposa Xocotzin que se retirase con sus hijos á un delicioso palacio llamado Tecpilpan, y él, resuelto á no volver á figurar en la escena política, se encerró en las piezas mas retiradas del palacio de su residencia, no dejándose ver sino de algunas de las personas mas notables. Quebrantada su salud por los antiguos pesares de familia, y por los lúgubres pronósticos de que seria dominado el reino por otra nacion que vendria del otro lado de los mares, decayeron sus fuerzas rápidamente, y pocos meses despues, en 1516, dejó de existir, á los cua-

renta y seis años de reinado y cincuenta y dos de edad. Sus exequias se celebraron con toda solemnidad; y no obstante sus creencias privadas, con la sangrienta pompa con que los pueblos juzgaban indispensable solemnizar aquel acto, por honra de sus reyes y de sus dioses. Doscientos esclavos y número igual de esclavas se sacrificaron delante de la pira funeral, en que su cadáver, vestido lujosamente y adornado de ricas alhajas, era reducido á cenizas por las llamas de las materias resinosas y aromáticas. Pulverizado el cuerpo por el fuego, se recogieron cuidadosamente sus cenizas, y se guardaron en una urna de oro, que se colocó en un suntuoso templo consagrado á Huitzilopochtli; deidad á quien, no obstante las lecciones de su padre, consagraba alguna parcialidad. (1)

Sin embargo de la celebracion de los funerales, el pueblo no pudo persuadirse que habia muerto. Creyó que las ceremonias verificadas, se habian hecho para celebrar su memoria; pero vivió en la persuacion de que habia ido al reino de Amaquemecan; país en que tuvieron origen sus antepasados, como varias veces lo habia dicho á los grandes en sus conversaciones.

1516. El rey Nezahualpilli bajó á la tumba sin  
 Cacamatzin, haber nombrado al hijo que debia sucederle  
 11.º rey de Texcoco. en el trono. Los grandes y la nobleza, com-  
 prendiendo que de la falta de una autoridad declarada le-  
 gitima, podrian surgir ambiciones y discordias peligrosas  
 entre los que se creyesen con derecho á la corona, resol-

(1) Prescott. «Historia de la conquista de Méjico.»

vieron elegir un sucesor, observando el sistema seguido por los mejicanos.

Desavenencia  
entre  
los príncipes. Animados los individuos que componian el Consejo supremo del rey, del mas puro sentimiento patriótico, se reunieron para deliberar concienzudamente respecto del príncipe que debia ocupar el trono. Sus votos, así como el de los demás consejeros, recayeron en el jóven Cacamatzin, que además de ser el mayor de los hijos del finado Nezahualpilli, estaba dotado de las prendas mas relevantes. Los príncipes que habian estado aguardando en una sala inmediata la resolucion del Consejo, recibieron recado de que entrasen para hacerles saber sobre cual de ellos habia recaído la eleccion. Al penetrar en el salon, el Consejo señaló á Cacamatzin el asiento preferente para que le ocupase, y á sus hermanos Ixtlilxochitl y Coanacotzin, los que estaban á sus lados.

Los tres príncipes eran muy jóvenes. Cacamatzin tenia veinte años; igual edad contaba Coanacotzin, y diez y ocho Ixtlilxochitl. Colocados en los sitios que les habian señalado, el individuo que habia presidido el Consejo, anciano venerable y respetado, se puso en pié, y dirigiendo la palabra á los príncipes, les hizo saber la decision de los electores, con la cual estaba de acuerdo de antemano la nacion entera. Ixtlilxochitl, que habia halagado la seductora idea de ocupar el trono, y cuyo carácter ambicioso y dominador no estaba dispuesto á admitir superioridad de ningun hermano, tomó la palabra desconociendo en el Consejo el derecho de elegir soberano. Los individuos que formaban la Junta, conociendo el genio irascible de Ixtlilxochitl, no juzgaron prudente contradecirle, y tolerando su



ofensa, suplicaron á Coanacotzin que se dignase manifestar su opinion. «Yo reconozco—dijo el jóven—el derecho del respetable Consejo, y admito, con gusto, por rey, á mi hermano Cacamatzin.» La aprobacion de Coanacotzin, exaltó mas y mas á Ixtlilxochitl, que profirió nuevas palabras ofensivas. «No es justo, hermano mio—advirtió Coanacotzin—oponerse á la sabia determinacion de los hombres mas probos del reino, y debes no olvidar que de no haber sido él la persona elegida, hubiera sido yo, por ser mayor que tú.» Ixtlilxochitl, herido con aquella advertencia, replicó: «Convengo que si la edad es la única que da derecho á la corona, os pertenece á los dos antes que á mí; pero si se adjudicase, como debiera ser, al valor, entonces seria mia.»

Viendo los consejeros que el altercado entre los príncipes tomaba un giro que podia conducir á resultados funestos para el pais, les llamaron al órden, y levantaron la sesion.

El ambicioso jóven Ixtlilxochitl marchó, terminada la junta, á sus habitaciones, y continuó manifestando á su hermano Coanacotzin lo indignado que estaba por la eleccion hecha por el Consejo.

Entre tanto Cacamatzin, nombrado legítimamente rey, consultaba con los nobles y la grandeza, las medidas que debia tomar para obligar á su iracundo hermano á conformarse con lo resuelto con los consejeros. Resuelto á permanecer en un trono que le pertenecia así por primogenitura como por eleccion, dispuso pasar á Méjico, para manifestar al monarca Moctezuma, los temores que abrigaba de que intentase Ixtlilxochitl disputarle la corona.

Moctezuma que tenia particular predileccion por el jóven y nuevo rey de Texcoco, le dijo que contase con su cooperacion para sostener la legitimidad de sus derechos, sancionada por la voluntad de los pueblos; que interpondria su mediacion con Ixtlilxochitl, para atraerle á la razon; pero que si preciso era, le enviaria sus ejércitos para sofocar cualquiera movimiento revolucionario que pudiese promover su ambicioso hermano.

Moctezuma, despues de haberle hecho los mas lisonjeros ofrecimientos, le aconsejó que, como medida de precaucion, pusiese de todas maneras, en parte segura los tesoros de la corona, que eran considerables.

Ixtlilxochitl se rebeló contra su hermano Cacamatzin. Ixtlilxochitl, comprendiendo el asunto que habia llevado á Cacamatzin á la corte de Moctezuma, abandonó la capital de Texcoco, y se dirigió, con sus parciales, á los pueblos situados en las montañas de Mexcítlan, pertenecientes á sus ayos. El inquieto príncipe, convocó inmediatamente á los principales guerreros que habitaban aquellos puntos, para tratar asuntos importantes á la patria. Todos acudieron al llamamiento, y tomando la palabra Ixtlilxochitl, les manifestó que no el deseo de mando, sino el de la dignidad de la nacion, le imponia el sagrado deber de oponerse á lo dispuesto por el Consejo. «Respeto y quiero á mi hermano Cacamatzin,—dijo;—pero sobre el respeto y el cariño á la familia, está la obligacion hácia la patria. Conozco el corazón dócil de mi hermano y la ambicion sin límites del emperador de Méjico. El reino de Acolhuacan, regido por el primero, no será mas que un dócil servidor de Moctezuma, cuyo apoyo ha ido á solicitar en este instante. El

soberano digno se sostiene con el amor de los suyos: solicitar el auxilio de los extraños, es indicar desconfianza de los suyos, ó quererlos humillar juzgándoles inferiores á los otros. Yo que amo el buen nombre de la patria y soy celoso de la honra de los valientes guerreros que le han elevado á la prosperidad en que se encuentra, invito á los que no hayan renunciado á los sentimientos del honor, á oponerse al nombramiento apasionado del Consejo, hecho bajo la influencia de los consejos de Moctezuma.»

Las palabras de Ixtlilxochitl fueron acogidas con entusiasmo por los guerreros de las montañas de Mex Titlan, que inmediatamente se pusieron á sus órdenes.

En el momento que el ambicioso príncipe abandonó Texcoco para conspirar, su hermano Coanacotzin, animado de sentimientos generosos, envió un recado á Cacamatzin, avisándole la ausencia de Ixtlilxochitl, y aconsejándole que se aprovechase de ella para coronarse.

Cacamatzin, admitiendo el consejo de su leal hermano, se despidió de Moctezuma, y acompañado de la principal nobleza de Méjico y de Cuittlahuac, hermano del monarca mejicano, marchó á Texcoco, donde fué recibido con demostraciones del mas vivo entusiasmo. Cuittlahuac, siguiendo las instrucciones de su hermano Moctezuma, convocó inmediatamente á la nobleza texcocana, la cual se reunió en el palacio de los reyes, á donde se le habia citado. Despues de un breve discurso en que hizo ver que á Cacamatzin le correspondia el trono, como primogénito y como elegido por el respetable Consejo, le presentó como legitimo soberano de Acolhuacan. Todos aceptaron con

júbilo al jóven soberano, y se eligió el dia para la coronacion. Hechos los preparativos para la solemnidad, y llegado el momento de la ceremonia, fué preciso suspenderla. Una noticia alarmante fué la causa de aquella suspension. Ixtlilxochitl, seguido de un ejército de ochenta mil hombres, se dirigia de Mextitlan sobre la corte de Texcoco. Cacamatzin dispuso su ejército, fortificó la ciudad, y se preparó á la defensa.

Con efecto, Ixtlilxochitl habia logrado con sus vehementes discursos, atraerse la adhesion de los guerreros, y habia emprendido su marcha sobre la capital. Todos los pueblos por donde pasaba se unian á su causa, y nada se oponia á su paso triunfal. Unicamente los otompanecas se manifestaron contrarios á sus proyectos. Ixtlilxochitl les envió, desde Telepolco, una embajada ordenándoles que le prestasen obediencia; pero habiéndole contestado que no reconocian mas rey que el elegido por el Consejo, marchó sobre ellos. Los otompanecas le presentaron batalla, y la lucha fué reñida. Sin embargo, era imposible resistir á las numerosas fuerzas del osado príncipe. Los otompanecas se vieron acosados por todas partes, y viendo caer muertos á sus principales capitanes y al mismo señor de Otompan, se retiraron á la ciudad que al fin cayó en manos del vencedor.

Esto alarmó á Cacamatzin, y aumentó las obras de fortificacion de Texcoco, esperando de un momento á otro ser atacado por su hermano. Pero no fué así. Ixtlilxochitl, contento de verse dueño de una importante ciudad del reino; querido de los pueblos que se le habian unido, y temido de los que obedecian á Cacamatzin, se propuso,

por entonces, permanecer en Otompan. Tomada aquella determinacion, distribuyó sus fuerzas, colocándolas en diversos puntos, ordenando que se dejase transitar libremente por los caminos y penetrar en las ciudades á todo el mundo, á fin de que la agricultura y el comercio no sufriesen daño ninguno.

Convenios  
entre el rey de  
Texcoco  
y su hermano  
Ixtlilxochitl.

Cacamatzin, viendo á Ixtlilxochitl entregado al arreglo de los negocios de los pueblos que le obedecian, le envió, de acuerdo con su hermano Coanacotzin, una embajada, haciéndole proposiciones que tenian por objeto evitar la guerra civil. Temiendo que de ésta resultase la ruina de la nacion, y prefiriendo ceder parte de su derecho en obsequio de la paz, á sostenerlo por medio de una lucha destructora, les ordenó á los embajadores que no perdonasen medio alguno para inclinar á su hermano á que admitiese, por bien de la patria, las proposiciones que le hacian. Estas se reducian á cederle el gobierno de todos los pueblos de las montañas, de que se hallaba en posesion, á condicion de que no habia de disputarle el de la ciudad de Texcoco y el de los pueblos de la llanura. Como garantía de la estabilidad de la cesion que le hacia, le manifestaba, por medio de sus enviados, que todo era con aprobacion de su hermano Coanacotzin, con quien estaba resuelto, además, á dividir las rentas de la corona, á fin de que los tres viviesen en la mejor armonía, como correspondia á hermanos que debian amarse. Cacamatzin, concluia suplicando á Ixtlilxochitl, que admitiese el arreglo que le proponia; que no continuase turbando la tranquilidad que hasta entonces habia gozado el reino, y que los dos diesen al

mundo un ejemplo de que sacrificaban parte de sus derechos al amor de la patria, evitándola una sangrienta guerra civil que la destruiría.

Las personas que formaban la embajada, eran muy notables en el reino, y de gran respeto para el príncipe, á quien iban á ver. Ixtlilxochitl les recibió con señaladas distinciones, y se manifestó digno en la respuesta que dió á sus proposiciones y advertencias. Ixtlilxochitl les dijo que su movimiento no tenia por objeto disputarle el trono á su hermano Cacamatzin; que deseaba, por el contrario, que siguiese en posesion del reino de Acolhuacan; que nada pretendia contra él; que al ponerse al frente del ejército que le obedecia, no habia tenido mas idea que la de tener á raya las aspiraciones de los emperadores de Méjico, estando dispuesto á disputarles cualquiera usurpacion que intentasen solapadamente; que la tranquilidad del reino jamás la alteraria por bastardas ambiciones; y que si en aquellos instantes se hallaba dividida la nacion, no porque él aspirase al mando, sino para oponerse á las miras ambiciosas de los mejicanos, que se habian engrandecido con los sacrificios de los acolhuas, esperaba verla muy pronta unida y fuerte, al librarse de caer en los lazos que le tenia tendidos el astuto Moctezuma. «Aconsejad á mi hermano Cacamatzin—añadió—que no dé oidos á las palabras del ambicioso monarca de Méjico; que desconfie de él. Entre tanto yo, con mis tropas, velaré por la integridad del territorio, oponiéndome á las miras siniestras del emperador mejicano.»

Los embajadores quedaron satisfechos de la respuesta de Ixtlilxochitl, y despues de celebrar el convenio pro-

puesto por Cacamatzin, se volvieron á Méjico, donde les recibió el rey con marcadas demostraciones de aprecio.

**Ixtlilxochitl** Ixtlilxochitl, dominado por su sentimiento  
 reta á de antagonismo contra los mejicanos, mante-  
 Moctezuma nia en continuo movimiento sus tropas, y va-  
 á combate rias veces llegó hasta las puertas de la capital  
 personal. de Méjico, y retó á combate personal al emperador Moc-  
 tezuma. Pero el monarca mejicano, bien porque los rega-  
 lados goces de la vida que llevaba hubiesen amortiguado  
 su energía, bien por cualquiera otra causa, nunca quiso  
 admitir el reto, juzgando, sin duda, que era mas prudente  
 destruir su ejército, saliéndole á batir con otro poderoso,  
 que presentarse á un duelo personal con un joven impetuoso  
 y resuelto, cuya destreza en las armas era conocida.

Muchos encuentros y batallas se dieron entre las tropas mandadas por Ixtlilxochitl y las mejicanas, con éxito vario. Indignado un primo del emperador Moctezuma de la arrogancia de Ixtlilxochitl, ofreció al monarca hacer prisionero al osado principe y conducirlo preso á su presencia. Puesto á la cabeza de un buen número de tropas, salió al encuentro de su contrario. Ixtlilxochitl tuvo aviso de la promesa hecha, y preparó su gente para la batalla, que fué tenaz y sangrienta. El primo del emperador Moctezuma luchó como un héroe; pero en vez de hacer prisionero á Ixtlilxochitl, fué derrotado y hecho prisionero por éste.

**Ixtlilxochitl** Ixtlilxochitl, para castigar la presuncion  
 manda quemar manifestada en la promesa hecha al monarca  
 vivo á un primo de Méjico, ordenó que le colocasen atado sobre un monton de cañas secas, y le quemó vivo en presencia de todo el ejército.

**Ixtlilxochitl** Ixtlilxochitl, para castigar la presuncion  
 manda quemar manifestada en la promesa hecha al monarca  
 vivo á un primo de Méjico, ordenó que le colocasen atado sobre un monton de cañas secas, y le quemó vivo en presencia de todo el ejército.

Así, aquellas dos naciones hasta entonces unidas con lazos de la mas estrecha amistad, se hacian la guerra para destruirse mutuamente. La armonía entre una gran parte de la nacion acolhua y la mejicana habia terminado. Cier- to es que el rey Cacamatzin continuaba siendo fiel aliado de Moctezuma; pero sus dominios habian disminuido considerablemente con los pueblos cedidos á su hermano; y mientras éste se mantuviese en actitud hostil contra los mejicanos, era imposible que Moctezuma intentase nuevas conquistas sin la alianza de la nacion entera. La firme re- solucion de Ixtlilxochitl de mantenerse contrario á los me- jicanos, contrariaba los proyectos ulteriores que Moctezu-

1518.

Llegada de los  
españoles á las  
costas de  
Méjico.

ma habia concebido respecto de Michoacan y de Tlaxcala. En aquellos momentos de con- trariedad, que exaltaban su cólera, recibió una alarante noticia, cuyo grave carácter ocupó

plenamente su pensamiento. Los gobernadores mejicanos que tenia nombrados en los pueblos de la costa, se pre- sentaron en la corte diciéndole que unos hombres blan- cos, de barbas, de diverso traje y lengua, habian lle- gado en barcos muy grandes, á las playas del imperio. Los gobernadores, á fin de dar una idea del vestido de los extraños huéspedes, de sus armas y de los barcos, los traian representados, con bastante perfeccion, en pin- turas.

Con efecto: la llegada de gente extranjera era cierta; y aquella gente era española.

D. Juan de Grijalva, que con doscientos cuarenta espa- ñoles habia recorrido, con cuatro buques, la costa de Yu- catan, acababa de llegar á una islita á quien pusieron el



nombre de *Ulua*, y á otra contigua á ella, el de *Sacrificios*. (1)

Alarmado Moctezuma con aquella noticia, y no queriendo tomar resolucian ninguna respecto á la conducta que debia seguir con los extraños huéspedes, sin consultar con sus aliados y los sabios y grandes de la corte, tuvo una conferencia con su sobrino Cacamatzin, rey de Texcoco, con el de Tacuba, con Cuitlahuitzin, señor de Iztapalapan, hermano suyo, y con varios distinguidos personajes de recto juicio y de acreditado saber, que eran sus consejeros ordinarios.

Ya he dicho, al hablar de la religion y de la mitología azteca, que todos los pueblos del Anáhuac conservaban la creencia de que Quetzacoatl, dios del aire, á quien se juzgaban deudores de sus leyes, de la agricultura, de las artes y de todos los ramos del saber, habia prometido, al desaparecer del país de una manera maravillosa, que volveria acompañado de séres de gran saber para hacerse cargo, de nuevo, del gobierno y de la felicidad de los pueblos. El cumplimiento de esta promesa estaban seguros de que se realizaria, como hecha por un dios el mas bue-

(1) El origen del nombre de *Ulua* es el siguiente: Al desembarcar en la isleta los españoles, vieron que los sacerdotes acababan de sacrificar dos niños. Preguntó Grijalva por señas, á un indio que llevaba del río de Banderas, que por qué habian dado muerte á aquellos inocentes. El indio, no pudiendo explicarse sino por señas, contestó señalando hácia Méjico, Acolhua: esto es, que el rey de los acolhuas, que así eran conocidos los habitantes del valle de Méjico lo mandaban. Grijalvo, no oyendo mas que la palabra *ulua*, llamó así á la isleta, y por ser día de San Juan y llamarse él así, se le puso á aquel sitio, San Juan de Ulua.

A la otra se le puso el nombre de isla de Sacrificios, porque en uno de los templos que habia en ella acababan de sacrificar cinco indios á sus dioses.

no; y los reyes y señores no se consideraban sino como lugartenientes de la divinidad.

Dominados por esta idea, los personajes que se reunieron á conferenciar, convinieron en que los hombres barbudos y blancos que acababan de llegar á las playas del imperio, surcando los mares en los grandes y desconocidos barcos que veian pintados, no podian ser otros que los que acompañaban al dios Quetzacoatl, el cual, sin duda, se hallaba entre ellos. Persuadido Moctezuma, por la opinion unánime, del arribo del venerado númen, dispuso que cinco notables personajes fuesen á dar la bienvenida á la divinidad, llevándole ricos presentes por ofrenda. Sin embargo, no parece que en su interior se hallaba muy contento de aqual acontecimiento.

Se encontraba muy bien rigiendo los destinos del imperio, y tal vez el númen del aire podia dar las riendas del Estado á otro de los que le acompañaban. De todas maneras, Moctezuma quiso cumplir con su deber religioso, y antes de que se pusiesen en marcha los embajadores con los regalos, ya habia comunicado órdenes á los gobernadores de las ciudades próximas á la costa, disponiendo que observasen hasta los mas ligeros movimientos de los barcos extranjeros, y que le diesen aviso de cuanto llegasen á ver.

Los enviados con los regalos, emprendieron su marcha; pero antes de que llegasen al punto en que estaban los españoles, Moctezuma recibió una noticia inesperada de los gobernadores que observaban la escuadra. La noticia fué para él agradable. Los extranjeros se habian alejado del país. Con efecto, Grijalva, no contando con los elementos

necesarios para establecerse allí, se alejó despues de haber permanecido algunos dias en Ulua y Sacrificios. Moctezuma respiró tranquilo al ver que podia continuar en el trono, y siguió ocupándose en hacer adquisiciones territoriales que aumentase su poder. El carácter blando de Cacamatzin y el influjo que como tio ejercia sobre su corazon, favorecieron sus miras ambiciosas. Moctezuma, valiéndose ya de la astucia, ya de estratagemas y ya de pretextos, logró despojar á su aliado sobrino, fingiéndole proteccion y cariño, de algunas importantes poblaciones, debilitando así el poder de la nacion Acolhua, y robusteciendo mas y mas el de su imperio.

Esto aumentaba el odio del príncipe Ixtlilxochitl, que ocupaba con su ejército las montañas, contra el monarca mejicano. Pero la guerra que continuaba haciéndole Ixtlilxochitl, lejos de considerarla como un mal, la juzgaba como un bien inapreciable, puesto que las batallas le proporcionaban prisioneros, para sacrificarlos en honor de sus dioses. Precisamente, la necesidad de víctimas que todos aquellos países tenian, era la principal causa de que rara vez viviesen en armonía entre sí; y tiempo hacia que los tlaxcaltecas y mejicanos habian convenido en darse un número de batallas campales al año, para proveerse ambas naciones, de los necesarios prisioneros que su religion les exigia sacrificar en los altares de sus ídolos.

Sin embargo, aunque le pareciese un bien la lucha contra Ixtlilxochitl porque de ella, además de los prisioneros, pudiera resultarle que se agregasen, mas adelante, algunas poblaciones á su corona, era positivamente un mal. Las provincias conquistadas, que siempre estaban re-

belándose para sacudir el yugo que les sujetaba á Méjico, viendo ocupada una gran parte de las tropas en vigilar los movimientos de Ixtlilxochitl, creyeron oportuno aquel instante para levantarse, y algunas se lanzaron á la lucha. Moctezuma, que tenia fuertes guarniciones en las principales plazas conquistadas, envió, suficiente número de gente, contra los insurrectos, y venciéndoles, volvió á sujetar á su obediencia á los pueblos sublevados, castigando con la muerte á los principales jefes. Pero estos castigos y el rigor que se desplegaba contra los vencidos, no eran bastantes á sofocar el sentimiento de independenciam. Pesaban sobre las provincias conquistadas ruinosos impuestos, que se cobraban con un despotismo odioso, para mantener el fausto y la grandeza del monarca. La insolencia de los recaudadores que no guardaban miramiento ninguno con los que tenian que entregar el tributo, ocasionaba frecuentes resistencias, y mantenia vivo el rencor contra los dominadores. Todas las provincias sojuzgadas veian á los mejicanos como á los últimos que habian llegado al país, y como á usurpadores del terreno á que ellas únicamente se juzgaban con derecho. De aquí las continuas rebeliones en cada nuevo monarca, y los continuos castigos al reprimirlas. Hacia algunos años que el reinado de Moctezuma se habia convertido en una no interrumpida sucesion de hostilidades. Cierito es que su poder era grande, y que los pueblos sojuzgados le obedecian. Pero aquella obediencia no era sino el resultado del temor, y de ninguna manera de la adhesion del cariño. No se habia procurado por ninguno de los emperadores, y mucho menos por Moctezuma, usar de una política de amalgamacion, que unie-

se, por intereses mútuos, á todos los países conquistados con la nacion conquistadora. Los reinos tributarios estaban reprimidos por las armas de sus vencedores. Eran como caudalosos rios contenidos por una alta y robusta presa. Solo faltaba que una mano extraña y diestra se presentase á romper por algun lado esta, para que, desbordándose las aguas contenidas por tanto tiempo, ahogasen en su impetuosa corriente á los que las habian puesto el dique.

La república de Tlaxcala: su extension. A estos numerosos elementos de desunion, que podian producir á Méjico la desmembracion de sus mas ricas provincias, se agregaba el antagonismo de dos próximas y guerreras naciones, sobre quienes nunca habia conseguido alcanzar ventajas. Estas guerreras naciones, que consagraban un odio implacable á los mejicanos, odio que era correspondido con igual fuerza, eran Michoacan y Tlaxcala. La extension de territorio que ocupaba la primera, ya lo he referido al dar á conocer las costumbres, adelantos, religion y producciones de ella. La república aristocrática de Tlaxcala, enclavada en el imperio mejicano, y regida por un senado compuesto de ancianos, aunque corta en su terreno, era fuerte y temible. Por el Oriente confinaba con varios Estados sujetos á la corona de Méjico: por el Poniente con el reino de Acolhuacan; por el Norte, con el Estado de Zacatlan, y por el Mediodía, con las repúblicas de Cholula y Huexotzingo, y con el Estado de Tepeyacac, que pertenecia al imperio mejicano.

No excedia la longitud de la república tlaxcalteca de diez y siete leguas, ni su latitud de diez. La capital,

La ciudad de  
Tlaxcala y nú-  
mero de  
habitantes que  
tenia.

llamada Tlaxcala, y de donde tomó su nombre la república, estaba situada sobre la pendiente de la elevada montaña Matlalucueyc, hácia el Noroeste y á distancia de veinticuatro leguas al Oriente de la capital de Méjico. Era grande y hermosa la ciudad. Sus edificios muy buenos; cerca de noventa mil sus habitantes, muy bien abastecida de comestibles y artefactos, y verdaderamente fuerte por sus notables obras de defensa.

Entre las muchas plazas de mercado que contaba, habia una, que era la principal, donde se reunian diariamente mas de treinta mil personas, unas para proveerse de lo necesario, y otras, para vender sus efectos. En ese gran mercado se encontraban joyerías de oro, plata y piedras preciosas; finas y ricas telas de algodón; capas de vistosas plumas; leña, carbon, yerbas medicinales, aves, legumbres, abundancia de maíz, vestidos, calzado y loza finísima, de la cual habla con elogio Hernan Cortés en una de sus cartas dirigidas al emperador Carlos V. Reinaba en la ciudad el mayor orden y policia; su gente era robusta, de clara inteligencia y de juicio, y superior, en capacidad, á la mejor de Africa. (1) Habia baños, barberías, en que rapaban y lavaban la cabeza al parroquiano, y cuanto era necesario á la comodidad y á la vida, excepto la sal, de que estaban privados hacia muchos años, por haber impedido los emperadores mejicanos, que sus vasallos les proveyesen de aquel artículo. La capital era la residencia de todos los grandes señores de los pueblos, y esto daba á la corte tlaxcalteca una vida y una animacion indescriptibles.

(1) Carta segunda de Hernan Cortés á Carlos V.

**Extension del reino de Acolhuacan.** El reino de Acolhuacan, aunque aliado hasta entonces de los monarcas mejicanos, se mostraba en aquellos momentos una gran parte de él, contrario, y solo le era favorable el soberano Cacamatzin con los pueblos que le obedecian. Este reino que, como el mas antiguo del Anáhuac, habia sido tambien el mas extenso, se encontraba reducido á mas estrechos límites por las adquisiciones de los mejicanos. Por el Oriente confinaba con la república de Tlaxcala; por el Sur con el Estado de Chalco, sujeto á la corona de Méjico; por el Norte con la provincia de los huastecos, y por el Poniente terminaba en la laguna de Texcoco, viéndose igualmente estrechado por algunas provincias de Méjico. La longitud del reino de Acolhuacan, de Norte á Sur, era de sesenta y ocho leguas; su latitud no excedia de veinte. Pero, si no contaba con grandes terrenos, se hallaba enteramente poblado, y sus ciudades eran muchas y notables. Texcoco, capital del reino, se hallaba situada sobre la ribera Oriental de la laguna que llevaba el mismo nombre, á cinco leguas al Oriente de la ciudad de Méjico, y era, como ya

**Texcoco.** hemos dicho, una de las poblaciones mas  
**y número de habitantes que tenía.** ilustradas y ricas del Anáhuac. Su poblacion no bajaba de ciento veinte mil almas, y sus casas de cal y piedra, así como sus templos y sus palacios, dejaban admirar su buena construccion y su vasta capacidad.

Inmediatas á esta corte, notable por el cultivo de las ciencias y de las letras, se encontraban las ciudades de Huexotla, Coatlichan y Atenco, que venian á formar, por decirlo así, tres notables suburbios de ella. (1) No eran

(1) Hernan Cortés dice que Texcoco «seria de hasta treinta mil vecinos;»

do menos importancia las ciudades de Otompan, Acolman y Teopolco, cada una de las cuales contaba con una poblacion de veinte mil almas.

Pero ya hemos visto que esta poderosa nacion, aunque amiga, hasta entonces, y aun en aquellos momentos, en las provincias regidas por el rey Cacamatzin, le era contraria en los Estados que gobernaba el príncipe Ixtlilxochitl.

Habitantes  
que tenia la  
ciudad de  
Huexotzingo.

Las repúblicas de Huexotzingo y de Cholula, aunque se manifestaban en buena armonia con el imperio mejicano, cuyo señorío

reconocian, era de temerse que si soplaban un viento contrario para éste, le volviesen la espalda y aun se declarasen sus contrarias. Las ciudades de ambas repúblicas, que llevaban el mismo nombre que éstas, eran las mas grandes y bien pobladas que se conocian, y un cambio de ellas, podia ser de gravedad para el emperador Moctezuma. Huexotzingo debia tener cosa de cien mil habitantes; y Cholula, que estaba gobernada por los sacerdotes, contenia, en su área, veinte mil casas, casi todas

Número  
de casas y de  
habitantes  
de Cholula.

de un piso, excepto la de los personajes que contaban dos, y número igual en sus arrabales. (1) Cholula era la ciudad mejor del continente americano, y dentro de ella se elevaban, de los

pero incluída en ese número á los habitantes de las tres ciudades referidas, pues, segun él, no habia, próximos á Texcoco, mas que otras dos ciudades «la una á tres leguas, que se llama Acumpan (Acolman), y la otra á seis leguas que se dice Otumpa,» (Utumba).

(1) Hernán Cortés. Carta segunda.



*teocallis*, mas de cuatrocientas torres. (1) El número de habitantes de olla no podia bajar de cien mil, suponiendo á cada casa habitada por una familia de cinco personas.

Tlacopan  
y su  
extension.

Un reino tenia verdaderamente amigo: el de Tlacopan ó Tacuba, situado entre el de Méjico y Michoacan; pero su extension era extremadamente reducida, y poco auxilio le podia prestar en un caso afflictivo. Tlacopan no comprendia mas que la capital, que llevaba su mismo nombre, algunas ciudades de poca importancia de la nacion tepaneca, y los lugares de los mazahuis, que se hallaban situados en las montañas occidentales del valle de Méjico. La corte de Tlacopan se levantaba sin pompa y sin grandeza, en la ribera occidental de la laguna de Texcoco, á distancia de legua y media de la grandiosa corte de Moctezuma.

Habia otras naciones que no habiendo sentido la dominacion de los emperadores mejicanos, vivian indiferentes á las evoluciones que se operaban en el Anáhuac, sin odio ni simpatía hácia ellos; pero teniendo de los monarcas aztecas y de la riqueza de su imperio, una elevada idea.

Península de  
Yucatan.

Estas naciones ó tribus se hallaban extendidas en la fértil península llamada Onohualco, por los aztecas, y Yucatan por los españoles, y que hoy forma uno de los Estados de la actual república mejicana.

El origen de los yucatecos ó mayas, no ha sido posible averiguarlo hasta ahora; pero las ruinas que aun existen de algunos de los templos que elevaron, atestiguan que los primeros habitantes, no cedian en cultura y civilizacion á

(1) «E certifico á V. A. que ya contó desde una mezquita, cuatrocientas y tantas torres.—Idem.

los acolhuas y mejicanos. Acaso las grandes obras, cuyos notables restos ve admirado el viajero en Uxmal, Zayi, Chichen y en otros puntos, fueron levantadas por los toltecas, cuando, precisados por la peste y el hambre á abandonar el suelo de Anáhuac en 1052, se dirigieron á Yucatan, Guatemala, Cholula y otros diversos lugares.

Algunos escritores han conjeturado que los cartagineses poblaron á Cuba, y que de allí, pasando á Yucatan, edificaron los monumentos, cuyas ruinas llaman justamente la atencion del hombre observador. Pero esta suposicion carece de fundamento, en mi humilde juicio. Si á los cartagineses se debiesen las obras del Palenque, de Itzinté, Kabah, Xlabpac y otras muchas que se encuentran esparcidas en la vasta península de los mayas ó yucatecos, es seguro que monumentos semejantes hubieran encontrado los españoles al descubrir la isla de Cuba, on caso de que esos cartagineses hubiesen sido los primeros habitantes que pasaron del viejo al nuevo continente, antes de que las evoluciones geológicas separasen completamente los dos mundos. Pero en la isla de Cuba solo encontró Colon humildes chozas de madera, cubiertas con techos de hojas de palma, circunstancia importante que revela que no fueron los compatriotas de Asdrúbal los que pisaron la porla de las Antillas.

Ya fuesen, pues, los toltecas los que levantasen los templos, cuyas ruinas se admiran, ya otra tribu cuyo origen se ignora, ó bien aquellos y ésta, que, uniéndose, formaron una sola familia, admitiendo los primeros el idioma y las costumbres de los habitantes del país, es lo

cierto que la civilización había dado ventajosos pasos entre ellos.

Parece que en los primeros tiempos, la península formaba una monarquía hereditaria, cuyas leyes encerraban un fondo de justicia admirable. La capital y residencia del gobierno, se fundó el año de 1160, y se denominó Mayapan, de donde tomó el nombre toda la península. La lengua maya no tenía ni la más ligera analogía con la mejicana, ni con ninguna otra de las diversas tribus que poblaban el Anáhuac. El carácter nacional de los mayas, no difería menos del carácter azteca. El país producía algodón, maíz, y otras semillas, y era abundante en caza de toda especie; pero muy particularmente de pavos y de venados, como lo indica el haberlo dado el nombre de *tierra de pavos y venados*.

Los mayas vivieron por algún tiempo disfrutando de la paz, y marchando á su sombra por la senda del progreso; pero brotaron en el pecho de algunos poderosos la ambición de mando, y las sangrientas revoluciones sucedieron á la tranquilidad y la calma. La discordia asentó sus reales en la península, y la ruina y la devastación cubrieron, entre escombros, las monumentales obras de sus antepasados. Los instrumentos agrícolas y de arquitectura se abandonaron para empuñar el arco, la lanza y la macana, y ni aun la capital pudo salvarse del furor de los irreconciliables combatientes. La hermosa ciudad de Mayapan fué completamente destruida en 1420, y dividiéndose el país en diversos cacicazgos ó señoríos independientes, ya no edificaron más que miserables chozas, excepto en algunos sitios de la costa, en que aun construían casas de agradable aspecto,

aunque ligeras y de poca importancia. El tiempo acabó de destruir lo poco que las revoluciones habian dejado en pié, y en la época en que nos encuentra la historia, referente al reinado de Moctezuma en Méjico, no quedaban en Yucatan mas que vestigios de los monumentos de sus primitivos habitantes, cuya memoria se hallaba envuelta en sombras. Donde en un tiempo brillaron suntuosos palacios, solo se veia crecer la yerba, cubriendo un monton de piedras ennegrecidas; y en el sitio en que brilló la hermosa ciudad de Mayapan, se alzaba la modesta habitacion de un cacique de pocos vasallos. Pero si las guerras habian hecho perder á los mayas los monumentos levantados por sus antecesores, no les privó de las bellas cualidades de que les dotó la naturaleza. Los mayas ó yucatecos eran de claro ingenio, altamente industriosos, amantes del uso, inteligentes en la agricultura y las artes, y sobrios, ágiles y valientes. Sus vestidos, hechos de tela de algodón, revelaban limpieza en las personas y lo adelantados que estaban en el tejido y el hilado. Tenian pintado el rostro y el cuerpo de diversos colores, y se horadaban las orejas, las ternillas de la nariz y el labio inferior, para llevar colgando, como llevaban, vistosos y pesados pendientes, de igual manera que llevaban las demás naciones de la América. El tributo que pagaban á sus gobiernos, consistia en algodón, gallinas, cacao, cierta resina que servia de incienso y sal, en unas monedas que usaban llamadas *cazucs*, y en determinado número de doncellas.

La religion de los mayas ó yucatecos, era la idolátrica; y sacrificaban en el altar de sus falsos dioses, niñas y niños que compraban, y á los cuales les tenian, en tanto

que llegaba el día del sacrificio, en jaulas de madera, de vivos colores pintadas, manteniéndoles regaladamente para que se presentasen robustos y lozanos. También sacrificaban hombres de edad madura, y en sus fiestas religiosas guardaban severo ayuno y hacían penitencia.

Desde 1517 colocaron los mayas, al lado de sus ídolos, un signo que más tarde sorprendió á los españoles encontrarlo en aquellos lejanos países, y que dió lugar á que algunos historiadores creyesen que, en los primeros tiempos de la Iglesia, había ido Santo Tomás á predicar allí el Evangelio. La cruz representaba, para el pueblo maya, al dios de la lluvia, y el origen de su adopción, que era moderno, lo daré á conocer cuando el asunto de la historia nos conduzca á su explicación.

La serranía que corre de Norte á Sureste, divide, por decirlo así, en dos regiones la península de Yucatán. El aspecto del país, en la parte situada al Norte, en que hoy está fundada Mérida, carece de ríos y de fuentes, es pedregoso y llano, y los habitantes se proveen de agua de los aljibes naturales que hay, á los cuales dan el nombre de *cenótes*. El terreno de la parte del Sur es montuoso y accidentado, con muchas colinas, y extensas sabanas, donde tampoco se encuentran ríos ni fuentes.

El imperio mejicano, que había crecido prodigiosamente llevando sus armas victoriosas hasta las más lejanas provincias, era la más grande y la más moderna de las naciones del Anáhuac. Por el Oriente, exceptuando una insignificante parte del reino de Acolhuacán y los tres distritos de las tres repúblicas, se extendía hasta el Golfo de Méjico; por el Sudoeste y

Mediodía, hasta el mar Pacífico; por el Sur, casi hasta Guatemala; por el Setentrion, al país de los huastecos; por el Noroeste, colindaba con las bárbaras tribus chichimecas; y por el Poniente, se hallaba estrechado por los dominios de Tlacopan y Michoacan. El reino de Méjico era, en una palabra, de mucha mayor extension que todos los demás reinos y repúblicas juntos del Anáhuac.

Iztapalapa: Ciudades insignificantes hoy, y notables número de sus habitantes. entonces por su importancia, formaban el núcleo de su poder y de su grandeza. Brillaban, entre ellas, Iztapalapa, (1) situada á orillas de la laguna, con tres cuartas partes de la poblacion edificada sobre el agua y una en la tierra, á dos leguas de Méjico, con hermosos jardines, buenos edificios, y sesenta mil habitantes; Mexicaltzingo, con quince mil; Churubusco, con veinte mil, y otras con número no menos respetable. (2) Cierlo es que esa poblacion se repartió despues en otras ciudades y pueblos que hoy existen y entonces no estaban fundados; pero, en aquella época, eran de grande importancia para sustentar el poder y el brillo de los monarcas de Méjico.

Número de habitantes que habia en el país. El número de habitantes que habia en todo el país que llevaba la denominacion de Anáhuac y en los demás reinos y repúblicas, seria difícil fijar con exactitud. Los escritores extranjeros

(1) Iztapalapa tenia, segun Hernan Cortés, de doce á quince mil vecinos: hoy tendrá mil quinientas almas; pero aun se ven las ruinas de algunas casas que indican su antigua importancia.

(2) Me seguído en el número de habitantes, á las noticias dadas por Cortés á Carlos V.

creen que los historiadores españoles le dieron un número muy superior al que realmente tenía, para que así apareciesen mas brillantes los hechos de sus compatriotas en la conquista de Méjico. Pero al lado de esos historiadores que, llevados de agenos informes y con la mejor buena fé, hicieron subir la cifra de habitantes á un número exagerado de millones, se encuentra la relacion de los conquistadores, rectificando lo dicho por aquellos, renunciando á la gloria que les podria resultar dejando pasar por cierta la poblacion que le daban á aquellos vastos territorios. El franco soldado Bernal Diaz del Castillo, á quien Robertson llama, con justicia, *el mas veraz de todos los escritores primitivos*, es el primero en denunciar el defecto del historiador Gomara, de aumentar el número y grandeza de los pueblos conquistados para hacer resaltar las proezas de los hombres que dieron cima á la difícil empresa. No es de extrañar que los que hayan leído la historia de la Nueva-España por el expresado historiador Gomara, muy apreciable por mil títulos, pero jamás en lo correspondiente á números, le den á la antigua ciudad de Méjico *sesenta mil casas* y trescientos mil habitantes. (1) Bernal Diaz, intransigente con las exageraciones, y mal hallado con las inexactitudes de Gomara, dice que cuando refiere el número de millares de casas que tenían las ciudades y pue-

(1) D. Francisco Lopez de Gomara escribió su historia de la Nueva-España, fundado en las noticias que verbalmente le dieron algunos conquistadores, y en los escritos de los primeros religiosos que marcharon á Méjico. Hay en la obra del Sr. Gomara cosas muy curiosas, y él fué el primero que publicó la manera con que los mejicanos contaban el tiempo, sus leyes, sus ritos y sus ceremonias: pero su obra adolece de graves errores por la falta de exactitud en muchos de los informes que le dieron.

blos, así como del número de indios aliados que hacían sus entradas en Méjico cuando Cortés la puso sitio, «no se debe dar crédito á su narracion, no trayendo prueba alguna, ni subiendo en realidad el número á la quinta parte de lo que él pondera.» (1)

Pues bien, Bernal Diaz, aunque no precisa el número de habitantes que tenía el país á la llegada de Hernán Cortés, sí presenta un dato para impedir que nadie se exceda de una cifra determinada. En el mismo capítulo en que censura la exageracion del historiador Gomara, añade, refiriéndose al mismo escritor y á su defecto de aumentar las cifras que, «si se suma toda la gente que pone en su historia, son mas millones de hombres que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poner mil, que ochenta mil.»

De lo dicho por Bernal Diaz, se deduce una cosa exacta para la historia; que la poblacion de los diversos reinos y repúblicas de aquel continente, era mucho menor que la que contaba entonces España, cuyo número ascendia á diez millones de habitantes. Apoyándose el abate D. Juan Nuix, en el anterior dato del sincero Bernal Diaz, dice en sus «Reflexiones Imparciales,» que todo el país conocido hoy con el nombre de Méjico, no llegaba á dos millones de almas, que eran las que tendría la provincia de Castilla. Pero esto es tomar el extremo opuesto de Gomara.

(1) «Y tambien dice este coronista que iban tantos millares de indios con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razon en tantos como pone; y tambien dice de las ciudades y pueblos y poblaciones que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte.»—Bernal Diaz. «Historia de la Conquista de la Nueva-España, capítulo 119.»



Bernal Diaz se vale del nombre de «*toda Castilla*» para indicar *toda España*, y de ninguna manera una sola parte de la Peninsula.

No creo, por lo mismo, que está muy lejos del número exacto, el consignar que los países conocidos después de la conquista con el nombre de Nueva-España, tenían una población de ocho millones de habitantes. La parte en donde, por decirlo así, se hallaba reconcentrada la mayoría de la gente que poblaba aquella deliciosa región, era la que se extendía al Sur del río de Santiago, con particularidad entre el gran valle de Méjico y la rica provincia de Oajaca, que aun conserva magníficos restos que atestiguan su antigua cultura. En esa parte que la agricultura y la civilización habían elegido como asiento, se encontraban las grandes ciudades, el orden y la verdadera población. En las provincias del Norte de aquel vasto país, apenas se encontraban habitantes. Los vastos terrenos situados mas allá del paralelo de 20° no sentían la huella mas que de pequeñas tribus errantes y nómadas de otomites y chichimecas, cuyos aduares, esparcidos en los vastos desiertos que recorrían tras de la caza, se perdían entre las inmensas llanuras y los bosques.

Los férciles terrenos que hoy forman los Estados de Querétaro, Guanajuato, San Luis, Zacatecas y otros, hasta la línea con los Estados-Unidos, eran desiertos incultos en que vagaban partidas de salvajes, sin mas ley que sus arcos y sus flechas.

Huyendo, pues, de los dos extremos tocados por Gomara y por el abate Nuix, y colocándonos en el justo me-

dio á que nos conduce la indicacion del veraz Bernal Diaz, creo que la cifra de ocho millones, es la mas aceptable, en mi concepto.

Pero, no todos esos diversos reinos, señoríos y pueblos que todos juntos arrojaban ese número bastante respetable, se hallaban á una altura de civilizacion, ni tenian todos iguales costumbres y leyes. Algunos pueblos de la costa y de la tierra caliente, asi como varias tribus bárbaras, tenian vicios repugnantes, aceptados como costumbres, puesto que á sus ídolos los representaban con ellos, en que figuraban la embriaguez, hasta un grado inconcebible, el incesto y la sodomia, y que han dado lugar á que escritores de varias naciones los hayan atribuido, injustamente, al país entero, creyéndolos generales y no locales, con daño de la verdad histórica y del buen nombre de las rectas leyes que regian á la nacion mejicana, acolhua, tlaxcalteca, michoacana, huexotzinga, cholulteca y otras, que castigaban severamente todo acto inmoral y torpe.

Ya que los historiadores se encuentran en el triste deber de referir los defectos de algunos pueblos, como el placer de ensalzar sus virtudes, debieran no envolver en aquellos á todos los habitantes de un continente, como ha tenido la debilidad de hacerlo el escritor Paw, sino precisar el punto en que los vicios existian, para no caer en el funesto y lamentable error de hacer general un defecto, que solo pertenecia á determinadas localidades. (1)

(1) Bernal Diaz, que conoció perfectamente el país en aquellos momentos, y que, en consecuencia merece mas crédito que el filósofo Paw, dice que los vi-

Varios eran los idiomas que se hablaban entre las diversas naciones que se extendían por la vasta región que después se denominó Nueva-España, y que forma actualmente la república mejicana. La lengua *nahual*, ó sabia, que fué la mejicana ó azteca, se hablaba en toda la mesa central, y se extendió su conocimiento hasta regiones muy distantes; la tarasca, expresiva y bastante abundante, era la de los michoacanos; los yucatecos y algunos pueblos de Tabasco, hablaban la maya; los habitantes de la provincia de Pánuco, llamada hoy Tamaulipas, el idioma huasteco; en la parte que actualmente forma el Estado de Méjico, y era entonces el reino independiente de Toluca, el otomí; en el istmo de Tehuantepec, así como en una parte del reino de Oajaca, hoy Estado del mismo nombre, se hablaba el zapoteco; y el mixco, el mazahua, el huave, el serrano, el popoloca y otros muchos que sería fatigoso mencionar, en diversas nacioncitas y señoríos mas ó menos importantes.

Entre esos diversos reinos y repúblicas que reunían ocho millones de habitantes, Méjico figuraba en primera línea en poder, y competía en ilustración con el reino de Acolhuacan.

El poder de Moctezuma era grande; pero el disgusto de las provincias distantes, oprimidas con las exacciones del fisco, y anhelantes de recobrar su independencia, crecía de día en día. Las provincias mas próximas, que no se atrevían á rebelarse, por temor al castigo, veían,

con satisfaccion, que se sublovasen otras mas retiradas, con la esperanza de un cambio; y los tlaxcaltecas, los michoacanos y la parte de la nacion Acolhua que obedecia á Ixtlixochitl, acechaban el momento en que pudiesen atacar con ventaja á su poderoso rival.

Las rebeliones se repitian; pero eran sofocadas inmediatamente. El hábito constante de obedecer; el respeto que infundia el nombre de Moctezuma; la vigilancia de las fuertes guarniciones mejicanas establecidas en los principales puntos conquistados; la permanencia en la corte á que estaban obligados los principales señores de las provincias feudatarias, como garantía de la obediencia de éstas; la voluntad absoluta del monarca; el temor al castigo y el valor de sus aguerridas huestes, acostumbradas á la victoria y adiestradas, como ninguna, en el arte de la guerra, hacia fuerte el imperio.

Todos anhelaban cortar las alas á la imperial águila que sujetaba á unos y amenazaba á otros; pero cada cual esperaba que otro fuese el que se lanzase á la lucha para seguir despues.

En medio de esas agitaciones y de esos deseos; en medio de las discordias que dividian el reino de Acolhuacan y ocupaban al monarca de Méjico, aparecieron el año de 1519, dia do Jueves Santo, en las playas mejicanas, once buques españoles.

1519. Eran los barcos que llevaban á Hernan  
Llejan Cortés y sus compañeros.

Hernan Cortés  
á las playas  
de Méjico.

La noticia le fué comunicada inmediata-  
mente á Moctezuma.

El emperador mejicano se sobresaltó.

¿Serían esos soldados los que iban á romper el dique que contenia á los pueblos sometidos al poder de Moctezuma?

Los acontecimientos son los que están encargados de contestar á nuestra pregunta.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



# ÍNDICE

## DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCION. . . . .	V
CAPÍTULO I. Procedencia de los primeros habitantes del continente Americano.—Los tollacas: su establecimiento en el país de Anáhuac: su civilización: su desaparición.—Los chichimecos: sus monarcas: su gobierno: su favor hacia los inmigrantes.—Llegada de los acolhuas, de los olmeccas y de otras diversas tribus que habitaron antes que los mejicanos al país á quien estos dieron al fin su nombre.—Unión de los chichimecas y acolhuas: sus progresos en las artes y en la agricultura.	31
CAP. II. Los aztecas ó mejicanos.—Su viaje al país de Anáhuac.—Se establecen sucesivamente en Tepoyacac, Cuapultepec y Acocolco.—Son reducidos á esclavitud en Colhuacan.—Un sacrificio humano.—Recobran la libertad.—Fundación de Méjico.—Huertos flotantes ó chinampas de los mejicanos.—División de los mejicanos en tlatolecos y teuocheas.—Se hacen dos naciones vecinas y rivales.—Los mejicanos piden al rey de Colhuacan una hija para hacerla madre de su dios.—Sacrificio humano.—Huitzilopochtli, námen de la guerra: su descripción.	121
CAP. III. Sistema de gobierno de los mejicanos hasta 1352.—Fundación de la monarquía.—Primer rey de Méjico.—Primer rey de Tlatelolco.—Tributos impuestos á los mejicanos por el rey de Azcapozalco.—Progresos de los mejicanos.—Huitzilihuitl, segundo rey de Méjico.—Se casa con una hija del rey de Azcapozalco, y poco despues con otra del señor de Cuahuauhuc.—Quedan libres los mejicanos de los anteriores tributos.—Trinifo debido á ellos en Xaltocan.—El rey de Acolhuacan divide su reino en 63 estados.—Prosperidad agrícola y comercial de los mejicanos.—Encuentro de Maxtlatun, señor de Coyoacan, con los mejicanos.—Se asesina por su orden al hijo del rey de Méjico.—Conducta prudente del rey de Méjico.	150
CAP. IV. Prosperidad de la agricultura entre los mejicanos, y aumento	

- de su comercio.—Tlacateotl, segundo rey de Tlatelolco.—Piestas de los mejicanos en la terminacion de cada siglo que se componia de 52 años, y en el principio del siguiente.—Juego llamado de los voladores.—Ixtilixochitl, sexto rey de Acolhuacan.—Rebelion del rey de Azcapozalco y de otros señores contra el monarca de Acolhuacan.—Muero en una batalla Cuauhxlotti, señor de Ixtapalcoan.—Convenio de paz entre el rey de Acolhuacan y los rebeldes.—Muerte de Huitzilhuitl, rey de Méjico.—Mejoras que recibió Méjico durante su reinado. 167
- CAP. V. Se da una ley para que la eleccion de monarca recaiga en un hermano, sobrino ó primo del rey fallecido.—Chimalpopoca, tercer rey de Méjico.—Nueva rebelion de Tezozomoc contra el rey de Acolhuacan.—Caida de éste.—Muere apedreado el príncipe Cihuacucucenutzin.—Muerte del rey Ixtilixochitl.—El monarca de Azcapozalco se apodera del trono de Acolhuacan. . . . . 205
- CAP. VI. Tezozomoc, usurpador de Acolhuacan.—Impono mayores tributos.—Muerte del tirano Tezozomoc.—Maxtlaton se apodera del reino de Azcapozalco.—Muere Tnyatzin asesinado por orden de su hermano.—Proclaman á Maxtlaton rey de Azcapozalco y de Colhuacan.—Ofensas que hicieron á Chimalpopoca, rey de Méjico.—Prision de éste. 211
- CAP. VII. Nezahualcoyotl se presenta en Azcapozalco por órden de Maxtlaton.—Chimalpopoca llama al príncipe á la prision en que está y le dice que huya.—Nezahualcoyotl obedece.—Fin trágico del rey Chimalpopoca.—Maxtlaton envia varios capitanes á que asesinen á Nezahualcoyotl.—El príncipe logra huir.—Ruego de fidelidad de los habitantes de Coatitlan. . . . . 231
- CAP. VIII. Itzcoatl, cuarto rey de Méjico.—Nezahualcoyotl entra con sus adictos en Texcoco.—El rey de Méjico le ofrece sus tropas para derrocar á Maxtlaton.—Embajada enviada á Nezahualcoyotl.—El embajador mejicano Motonezoma es capturado por el señor de Chalco.—Digna conducta de los huastotzingos.—Ruego heróico de Cuatcotzin.—Crueldad del señor de Chalco.—La plebe pide al rey de Méjico que no declare la guerra al de Azcapozalco.—Los embajadores, sus derechos y sus deberes.—Se declara la guerra entre mejicanos y tejanecas.—Pacto celebrado entre la plebe de Méjico y el rey. . . . . 253
- CAP. IX. Los tepanecas se dirigen á Méjico con objeto de apoderarse de la ciudad.—El rey Itzcoatl pide auxilio á Nezahualcoyotl y lo recibe.—Batallas entre mejicanos y tepanecas.—El general tepaneca muere á manos de Motonezoma.—Triunfo de los mejicanos.—Muerte del tirano Maxtlaton.—Incendian y destruyen la ciudad de Azcapozalco.—Nezahualcoyotl reduce varias ciudades á su obediencia y se reúne con el rey de Méjico.—Fundacion de la monarquia de Tacuba.—Alianza ofensiva y defensiva entre los reyes de Méjico, Acolhuacan y Tacuba.—Acordada política del primero.—Coronacion de Nezahualcoyotl. . . . . 271



<p><b>CAP. X. Gobierno de Nezahualcoyotl.—Amnistia general.—Reglamentos y disposiciones para la buena marcha del reino de Acolhuacan.—Tribunales de hacienda, de justicia y de guerra.—Junta de ciencias, artes y literatura.—Agricultura mejicana y algunos instrumentos de labranza.—Nuevas conquistas del rey de Méjico.—Establece un juez supremo y recaudaciones en las provincias tributarias.—Muerte del rey de Méjico.—Funerales entre los mejicanos: sus ceremonias. . . . .</b></p>	<p>208</p>
<p><b>CAP. XI. Moteuczoma I, quinto rey de Méjico.—Ceremonias usadas en la coronacion de los reyes.—Los monarcas mejicanos salian á campaña para hacer prisioneros que fuesen sacrificados en su coronacion.—Manera con que los reyes se presentaban en público.—Son muertos por orden del señor de Chalco dos hijos del rey de Texcoco y tres nobles mejicanos.—Son vencidos los chalqueños, y su territorio sometido á la corona de Méjico.—Amigos de guerra entre mejicanos y tlaxcaltecas. . . . .</b></p>	<p>221</p>
<p><b>CAP. XII. Buena administracion del rey Nezahualcoyotl.—Vivoros que anualmente se consumian en palacio.—Casamiento de Nezahualcoyotl con la hija del rey de Tacuba.—Sus composiciones literarias.—Magnificencia de los palacios y jardines de Nezahualcoyotl.—Número de gente que se ocupó en su construcion.—Nobles sentimientos de Nezahualcoyotl.—Su idea reconociendo un Ser supremo.—Prohibe los sacrificios humanos, pero se vé precisado á permitirlos.—Un lunar en su brillante vida. . . . .</b></p>	<p>237</p>
<p><b>CAP. XIII. Indigna conducta y muerte de Cuauhtlaton, rey de Tluteleco.—Conquistas de Moctezuma.—Inundacion de Méjico.—Construccion de un dique.—El ejército: oficiales de guerra: ordenes militares: traje marcial del rey; armas ofensivas y defensivas; simulacron, táctica y fortificaciones.—Hambre en Méjico en 152.—Nuevas conquistas de Moctezuma.—Prohibe todo comercio con los tlaxcaltecas.—Banos se ven privados absolutamente de la sal.—Los chalqueños invitan á un hermano de Moctezuma, á que sea rey de ellos.—Se quita la vida por no admitir.—Moctezuma vence á los chalqueños y les hace sus tributarios.—Muerte de Moctezuma. . . . .</b></p>	<p>245</p>
<p><b>CAP. XIV. Engrandecimiento de la monarquia mejicana.—Poupa de los reyes aztecas.—Gobierno político y administracion de justicia.—Castigos que señalaban las leyes á los transgresores de ellas.—Los hombres tenían obligacion de casarse á determinada edad.—Los esclavos y la esclavitud.—Orden civil.—Cómo se hacia la compra y venta en el comercio.—Correos y manera de comunicar las noticias.—Nobleza y plebe.—Manera en que estaban distribuidas las tierras.—La plebe no poseia propiedad rústica individualmente, y estaba obligada á cultivar las tierras de la corona y de los nobles, así como á edificar los palacios y jardines de los primeros.—Impuestos y tributos enormes</b></p>	

que posaban sobre el pueblo.—Recaudadora de tributos, y penas impuestas á los que no los pagaban.—Educación de la juventud.—Seminarios para ambos sexos.—Máximas de moral de los padres á sus hijos.—Astronomía azteca; arreglo del tiempo.—El calendario mejicano y explicación de los signos que contiene.—Literatura y toneros, música y baile.—Aritmética.—*La escrito-pintura*. . . . . : 399

CAP. XV. Religión de los mejicanos.—Sus dioses y sus atributos.—Origen de los sacrificios.—Fiestas celebradas en los diez y ocho meses del año azteca.—Sacrificios de víctimas humanas que en ellos se hacían.—Número de sacrificios anuales.—Oblaciones, ayunos y penitencias.—Ceremonias á la salida del sol.—Número de voces con que diariamente incensaban á sus ídolos.—Sitios destinados á las almas en la otra vida.—Número de sacerdotes que había.—El sacerdocio no era perpetuo y los sacerdotes eran casados.—Jerarquías que existían entre los sacerdotes.—La educación de la juventud estaba á cargo de los sacerdotes.—Ordenes religiosas.—Sacrificadores sacerdotes y sacrificados en diversas fiestas.—Ayunos y terribles penitencias de los sacerdotes.—Número de templos y sus rentas.—Ritos de los mejicanos en el nacimiento de un niño.—Ritos nupciales. . . . . 457

CAP. XVI. Axayacatl, sexto rey de Méjico.—Significado del nombre del nuevo rey.—Lleva la guerra á la provincia de Tehuantepec.—Triunfos de Axayacatl y conquista de Coahuaco.—Nuevos triunfos de los mejicanos.—Chimnipooca, segundo rey de Tucuba.—Muerto de Nezahualcoyotl.—Nezahualpilli, rey de Acolhuacan.—El rey de Tlatozolco se pone de acuerdo con varios señores para hacer la guerra á Méjico.—La mujer del rey de Tlatozolco pone en conocimiento del monarca de Méjico los proyectos de su esposo.—El rey de Tlatozolco y sus guerreros, beben para alcanzar la victoria contra los mejicanos, sangre humana mezclada con agua.—Los tlatozolcos atacan la ciudad de Méjico.—Se renueva el combate al siguiente día, y muere el rey de Tlatozolco.—Los tlatozolcos se hacen vasallos del rey de Méjico.—Axayacatl, sentencia á muerte al sacerdote tlatozolco Poyahuilli.—Varios cuudillos sufren la misma pena.—La ciudad de Tlatozolco llega á formar un barrio de la de Méjico.—Moto de declarar la guerra entre aquellas naciones.—Manera con que marchaba el ejército á campaña: tenían una ambulancia para retirar los heridos del combate, y se extinguía en unas hacer prisioneros que matar enemigos.—Campaña contra el señor de Xiquipile.—Combate personal del rey Axayacatl.—Sale herido.—Triunfo de los mejicanos.—Axayacatl da un linchete á los reyes aliados y manda que den muerte allí mismo á su prisionero Tlinczpalin. . . . . 555

CAP. XVII. Descripción del reino de Michoacan.—Tribus que la poblaban.—Separación de los mejicanos y tarascos á su paso por Michoacan.

can.—Fusion de los tarascos con otras tribus que habitaban el país.—Se adopta el culto de Huitzilopochtli.—Llegada de los chichimecas vanácoos.—Guerra entre ellos y las tribus que poblaban Michoacan.—Fundacion de Pátzcuaro por los chichimecas vanácoos.—Guerra entre uno de los reyes que habitaba junto á la laguna y los chichimecas.—Derrota de éstos.—Asesinato cometido en los dos príncipes que gobernaban á los chichimecas.—Tapeani, hijo de uno de los príncipes asesinados, toma venganza de la muerte de su padre, conquistando los pueblos que fueron sus contrarios.—Divide el imperio de Michoacan en tres reinos.—Las provincias tarascas quedan reducidas al dominio de los chichimecas.—Fusion de los chichimecas y tarascos.—Se declara corte del reino, Tzintzuntzan.—Templos y casas que se fabrican: fortificaciones de la ciudad.—Estado de la industria en Michoacan.—Traje que usaban.—Cualidades físicas de los tarascos.—Modo de ir á campaña.—Premio que se daba por un hecho heroico en la batalla.—Límites de Michoacan.—Descripcion del suelo de Michoacan, su clima y producciones.—Ministros de justicia.—Algunas leyes y administracion de justicia.—Religion.—Víctimas humanas.—Ceremonias en los funerales, y condicion de las personas que eran sacrificadas en ellas.—Guerra entre michoacanos y mejicanos.—Derrota de éstos.—Muerte del rey Axayacatl.—Los tesoros que dejó guardados. . . . .

368

CAP. XVIII. Tizoc, sétimo rey de Méjico.—Sale á campaña.—Fiestas que se hacen en su coronacion.—Trajes de los mejicanos, y adornos que llevaban en el rostro.—El rey Tizoc somete al orden varias ciudades rebeladas.—Guerra entre huexotzingos y texcocanos.—Triunfo de los texcocanos.—Casamiento de Nezahualpilli con una sobrina del rey de Méjico.—El monarca Tizoc muere envenenado.—Son castigados los culpables.—Ahuitzotl, octavo rey de Méjico.—Sale á campaña para hacerse de los prisioneros, para el sacrificio en su coronacion.—Concluye el templo de Huitzilopochtli.—Dónde estaba el *teocalli* principal.—Lo que habia en sus cimientos.—Número de víctimas sacrificadas en la dedicacion del templo.—Los indios pintados por los poetas y presentados por la historia.—Nuevas hecatombes.—Muerte del rey de Tacuba.—Totoquihuatzin, tercer rey de Tacuba.—Nuevas conquistas de Ahuitzotl.—Los mejicanos son derrotados en Atlixco.—Valor y fuerza de Toltécatl, capitán huexotzingo.—Proyecto de un acueducto.—El rey Ahuitzotl manda matar á un fiel consejero.—Ceremonias en la conduccion del agua á Méjico.—Nueva inundacion de Méjico.—Hambre en Méjico.—Descubrimiento de la piedra *teotliti*.—Mas conquistas.—Muerte del rey Ahuitzotl. . . . .

627

CAP. XIX. Moctezuma II. Xocoyotzin, nono rey de Méjico.—Discurso de Nezahualpilli, rey de Texcoco.—Campaña de Atlixco.—Descripcion de la antigua ciudad de Méjico.—Los mejicanos no usaban mesa

- para comer, ni cubiertos.—Sus canoas, sus espejos y su ajuar.—No usaban candeleros ni velas.—Manera con que se alumbraban.—Número de habitantes de la capital.—Importancia de los comerciantes.—En los indios de carga llamados *lanenues*. . . . . 683
- CAP. XX. Rebelion de algunas provincias tributarias y nueva sujecion de ellas.—Moctezuma declara á la plebe incapaz de obtener empleos.—Manera de presentarse al rey.—Serrallo de Moctezuma.—Comida que se le servia.—La que se daba á los palaciegos.—Debidas que usaban.—Personas que concurrían á palacio.—Número de criados encargados del cuidado de las aves y de las fieras.—Acataamiento del pueblo al monarca.—Carácter de Moctezuma.—La agricultura.—Estado de las minas.—Guerra con los de Tlaxcala.—Muere en una batalla el hijo de Moctezuma.—Nuevos triunfos de los tlaxcaltecas sobre los mejicanos.—Hambre en Méjico.—Fausto de los grandes y miseria del pueblo.—Compañía de Cuauhtemallan.—Ereccion de un nuevo templo.—Se da mayor anchura á la calzada de Chapultepec.—Incendio del templo Zomolli.—Moctezuma, desconfiando de los tlatoalcas, les priva de sus empleos.—Les repona en sus destinos.—Rebellon de algunas provincias.—Los mejicanos sujetan á los rebeldes.—Gran piedra de los sacrificios.—Fiestas celebradas en su dedicacion.—Nuevas rebeliones.—Guerra entre Méjico y Michoacan. . . . . 691
- CAP. XXI. Buen gobierno de Nezahualpilli, rey de Texcoco.—Paralelo entre la literatura texcocana y mejicana.—Nezahualpilli, por no quebrantar las leyes, deja que se cumpla la sentencia de muerte dada contra su hijo.—Infidelidad de una de las mujeres de Nezahualpilli: sufre la pena de muerte con sus amantes y cómplices.—Nezahualpilli se retira de los negocios públicos.—Muerte de Nezahualpilli.—Victimas que se sacrificaron en sus exequias.—Re electo rey su hijo Cacamatzin.—Se opone su hermano Ixtlilxochitl.—Se forman dos partidos y es divide elreino de Acolhuacan.—Odio de Ixtlilxochitl á Moctezuma: reta á éste á combate personal.—Ixtlilxochitl manda quemar vivo á un primo de Moctezuma hecho prisionero.—Llegada de los españoles á las costas de Méjico.—Disposiciones de Moctezuma: la escuadrilla desaparece.—Situacion del país.—Reboliones de los pueblos.—La república de Tlaxcala; su extension.—Extension del reino de Acolhuacan.—Lo que era el reino de Tlacoopan.—Península de Yucatan.—Extension del imperio mejicano.—Número de habitantes de todo el país.—Llegada de Hernan Cortés á las playas mejicanas. . . . . 743

